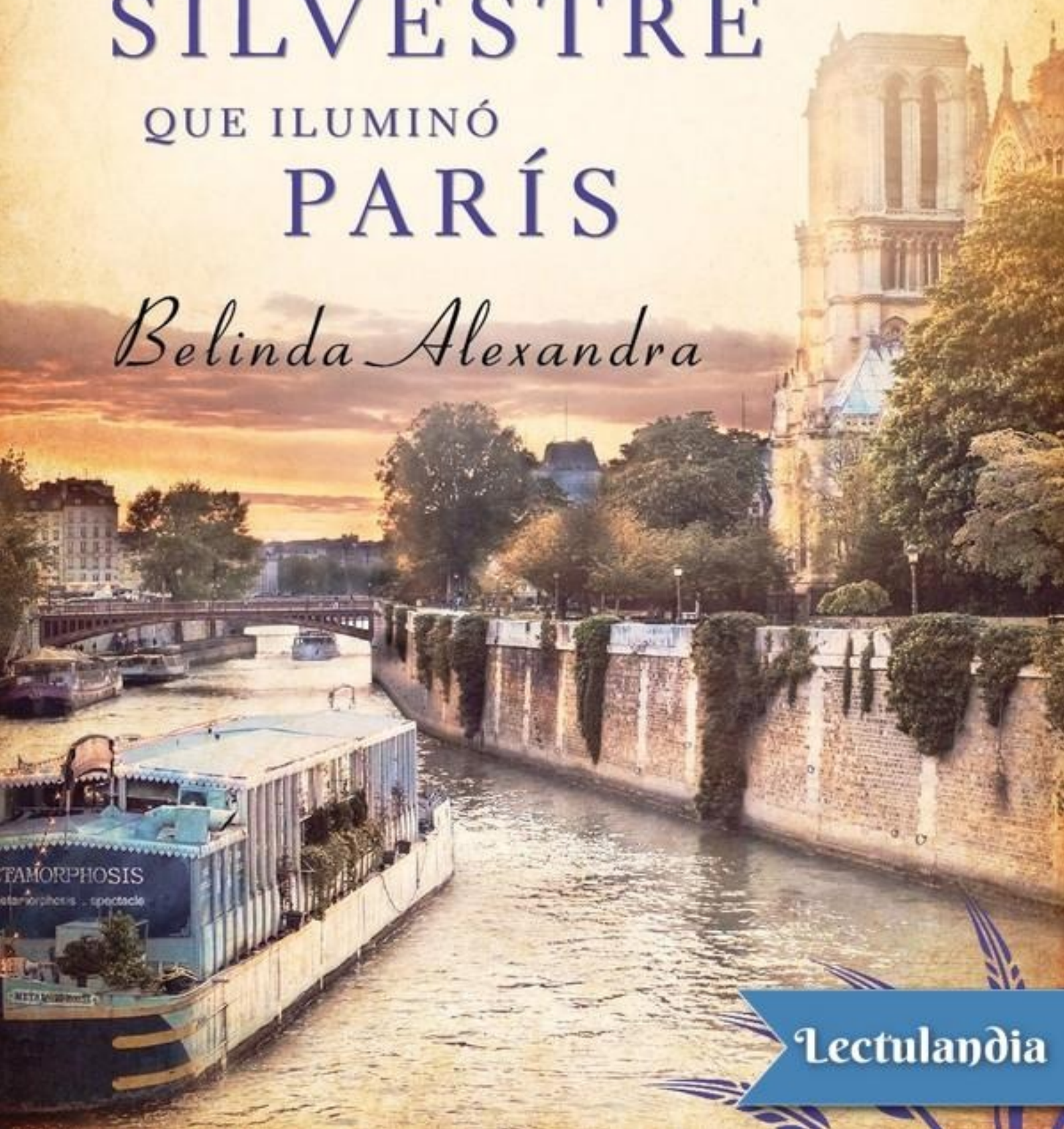




LA
LAVANDA
SILVESTRE
QUE ILUMINÓ
PARÍS

Belinda Alexandra



Lectulandia

Una recreación absorbente que nos sumerge en la vida y los amores de una mujer sin igual a la que acompañaremos desde los barrios más destartados de Marsella a las salas de grandes conciertos del París más bohemio, desde el campo de la Provenza al decadente ambiente de Berlín o a las lujosas avenidas de Nueva York antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

En la bella Provenza, la joven Simone Fleurier, de catorce años, vive arropada por el amor incondicional de su familia, dueña de una plantación de lavandas que atraviesa graves problemas económicos. Cuando por fin las cosas parecen mejorar, su padre fallece en un fatídico accidente de tráfico. Su familia, destrozada y sin recursos, se ve obligada a enviar a Simone a un vieja casa de huéspedes en Marsella dirigida por su tía, una cruel mujer que la obligará a trabajar como criada en unas pésimas condiciones.

Sola, sin el amor de los suyos y perdida cualquier esperanza, Simone cae en una vida triste y miserable. Pero su suerte cambiará cuando trabaje amistad con Camile Casal, una hermosa, fría y calculadora joven dedicada al teatro de variedades que le descubrirá el mundo del espectáculo. Poco a poco, florecerá en el corazón de Simone un sueño que la motivará a seguir adelante: convertirse en la más extraordinaria bailarina y cantante de toda Francia.

Lectulandia

Belinda Alexandra

**La lavanda silvestre que iluminó
París**

ePub r1.0
x3l3n1o 23.11.14

Título original: *The wild lavender*
Belinda Alexandra, 2004
Traducción: Julia C. Gómez Sáez

Editor digital: x3l3n1o
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi hermosa madre, Deanna
Tú has sido mi mayor apoyo y mi amiga más fiel

PRIMERA PARTE



—¡Simone, la lavanda te está esperando!

¡Piiii! ¡Piiii!

—¡Simone! ¡Simone!

No sé qué me despertó antes, si la bocina del nuevo automóvil de Bernard o mi padre llamándome desde la cocina. Levanté la cabeza de la almohada y fruncí el ceño. El olor a algodón reseco invadía la habitación. Los rayos del sol de la mañana que se filtraban a través de los postigos de las ventanas eran blancos por el calor.

—¡Simone, la lavanda te está esperando!

Percibí la alegría en la voz de mi padre. La bocina del coche de Bernard también sonaba alegre. Me senté y por la ventana vi el automóvil color granate, con la capota bajada, que se aproximaba por el camino bordeado por los pinos. Bernard lucía una gran sonrisa al volante. Los radios de las llantas hacían juego con el blanco brillante de su traje y su sombrero de panamá. Me pregunté si elegiría su atuendo para que conjuntara con los vehículos que conducía. El año anterior, cuando la moda eran los coches británicos, le habíamos visto llegar ataviado con un traje negro y un sombrero de hongo. Aparcó en el patio, cerca de la glicinia, y echó la vista atrás. A lo lejos, por el camino, traqueteaba una camioneta. El conductor era un hombre de tez oscura y los pasajeros tenían la piel tan tostada como la de las berenjenas.

Me deslicé fuera de la cama y recorrí a toda prisa la habitación en busca de mi vestido de trabajo. Ninguna de mis prendas estaba en el armario: todas ellas se hallaban desparramadas bajo la cama o sobresalían de los cajones de la cómoda. Me cepillé el pelo y traté de recordar dónde había dejado el vestido.

—¡Simone! —me llamó mi padre de nuevo—. ¡Me gustaría verte aparecer antes de que se acabe 1922!

—¡Ya voy, papá!

—¡Oh! ¿Acaso he perturbado el sueño de nuestra Bella Durmiente?

Sonreí. Me lo imaginé sentado a la mesa de la cocina, con una taza de café en una mano y en la otra un trozo de salchicha pinchado en el extremo de un tenedor. Seguramente tenía el bastón de paseo apoyado sobre la pierna y su ojo bueno miraba con paciencia hacia el rellano de la escalera en busca de alguna señal de vida por mi parte.

Localicé el vestido colgado detrás de la puerta y recordé que lo había colocado allí la noche anterior. Deslicé los brazos por el interior de la prenda y logré ajustármela sin engancharme mi larga melena en ninguno de los broches.

La bocina del automóvil de Bernard volvió a sonar. Pensé que era extraño que nadie le hubiera invitado a entrar y miré por la ventana para ver qué sucedía. Pero no era él el que estaba tocando la bocina, sino un niño que se había subido al estribo del

coche. Tenía los ojos tan redondos como ciruelas. Una mujer que llevaba el pelo recogido bajo un pañuelo lo apartó de un tirón del automóvil y le riñó. Pero su disgusto era simulado. El muchacho sonrió y su madre le cubrió la frente de besos. Mientras tanto, los tres pasajeros masculinos de la camioneta estaban descargando baúles y sacos. Contemplé como el más alto de los tres bajaba una guitarra, acunando el instrumento entre sus brazos con la misma delicadeza con la que una madre sostiene a su bebé.

Tío Gerome, con el sombrero de trabajo ladeado sobre sus cabellos grises, entabló una conversación con el conductor. Por la manera en la que las puntas del bigote de mi tío se torcían hacia abajo, supe que estaban hablando de dinero. Señaló hacia el bosque y el conductor se encogió de hombros. Continuaron gesticulando durante algunos minutos más antes de que el conductor asintiera con la cabeza. Tío Gerome se llevó la mano al bolsillo y sacó una bolsita, contó todas y cada una de las monedas y fue colocándolas en la palma de la mano del hombre. Satisfecho, el conductor le estrechó la mano y les hizo un gesto de despedida a los demás antes de volver a montarse en la camioneta y ponerla en marcha. Tío Gerome se sacó una libreta del bolsillo y un lápiz de detrás de la oreja y garabateó la cantidad que acababa de pagar en su libro de cuentas, el mismo libro en el que tenía anotado cuánto dinero le debía mi padre.

Besé el crucifijo que se encontraba junto a la puerta y me apresuré a bajar las escaleras. En medio del pasillo, me acordé de mi amuleto de la buena suerte. Corrí de vuelta a mi habitación, cogí la bolsita de lavanda de la cómoda y me la escondí en el bolsillo.

Mi padre estaba exactamente donde yo me lo había imaginado, sosteniendo el café y la salchicha. Bernard se había sentado junto a él, meciendo una copa de vino entre las manos. Bernard luchó con mi padre en las trincheras durante la guerra. Eran dos hombres que jamás se habrían conocido de no haber sido por aquellas circunstancias y ahora compartían una fiel amistad. Mi padre recibió a Bernard con los brazos abiertos en nuestra familia, porque sabía que la suya propia había rechazado a su nuevo amigo. El pelo rubio de Bernard parecía aún más claro que la última vez que lo había visto. Olfateó el vino antes de beberse, igual que olía todo en la vida antes de hacer nada. La primera vez que nos hizo una visita, lo encontré en el patio, olisqueando el aire, como un perro sabueso.

—Dime, Simone, ¿hay un riachuelo colina abajo, cerca de aquellos enebros? — me preguntó.

Estaba en lo cierto, aunque no se veían los enebros desde donde nos encontrábamos y el riachuelo no era más que un hilo de agua.

Mi madre y tía Yvette se movían de aquí para allá por la cocina limpiando los restos del desayuno: salchichas, queso de cabra, huevos cocidos y pan con aceite. Tía Yvette se metió la mano en el bolsillo del delantal en busca de sus gafas y se las puso para comprobar si había algo que mereciera la pena guardar sobre la mesa revuelta.

—¿Y yo qué? —protesté, cogiendo un trozo de pan de un plato antes de que mi madre lo retirara.

Me sonrió. Llevaba su oscura cabellera peinada en un moño alto. Mi padre le decía que era su española, por el tostado tono de su piel, que yo había heredado de ella. La piel de mi madre era más clara que la de los trabajadores que acababan de llegar, pero mucho más oscura que la de los Fleurier, que, aparte de mí, siempre habían sido de pelo claro y ojos azules. Las cejas blancas y la piel sin pigmentación de tía Yvette estaban en el otro extremo de la escala: ella era la sal y mi madre la pimienta.

Mi padre se echó las manos a la cabeza y simuló una expresión dolida:

—Ah, ¡siempre pensando antes en la comida que en los hombres de tu vida! —me dijo.

Lo besé en ambas mejillas y también en la cicatriz donde debiera haber estado su ojo izquierdo. Después me incliné y también le di un beso a Bernard.

—Ten cuidado con el traje de Bernard —me advirtió tía Yvette.

—No hay de qué preocuparse —repuso Bernard. Después se volvió hacia mí y me dijo—: ¡Cómo has crecido, Simone! ¿Cuántos años tienes ya?

—Cumpliré catorce el mes que viene.

Me senté junto a mi padre y me aparté el pelo hacia los hombros. Mi madre y mi tía se intercambiaron una sonrisa. Mi padre empujó su plato hacia mí.

—He cogido doble ración esta mañana —me dijo—. Una para mí y otra para ti.

Le di otro beso.

Había un cuenco con romero seco sobre la mesa y espolvoreé un poco sobre el pan.

—¿Por qué no me habéis despertado antes?

Tía Yvette me acarició los hombros.

—Hemos pensado que era importante que durmieras.

Le olían las muñecas a rosas y supe que se había probado el perfume que Bernard siempre traía consigo de Grasse. Tía Yvette y Bernard eran los únicos que ejercían una influencia civilizada en nuestras vidas: aunque tío Gerome era el hacendado más rico de nuestra región, no habríamos sabido lo que era un *bidet* o un *croissant* si no hubiera sido por ellos.

Mi madre sirvió una copa de vino para mi padre y rellenó la de Bernard, que estaba a la mitad. Cuando se volvió hacia el armario, le echó una mirada a mis alpargatas.

—Bernard tiene razón —me dijo—. ¡Estás creciendo tan rápido! Cuando venga el buhonero el mes que viene, tenemos que comprarte unas buenas botas. Te vas a desgastar los dedos de los pies si sigues poniéndote eso.

Nos sonreímos mutuamente. Yo no contaba con el don de mi madre de leerle la mente a los demás, pero cuando la miraba a la cara —con su expresión tranquila, reservada y orgullosa— siempre percibía el amor que sentía por mí, su única hija.

—El año que viene no sabrá qué hacer con todos los pares de zapatos que tendrá —declaró mi padre.

Él y Bernard brindaron.

Tío Gerome escuchó las últimas palabras de mi padre al entrar por la puerta.

—No, si no nos ponemos a trabajar con la lavanda inmediatamente —sentenció.

—Ah, sí —exclamó Bernard, poniéndose en pie—. Yo mejor me marchó. Tengo que visitar otras dos fincas más antes de la tarde.

—¿Les llevo a los gitanos un poco de comida? —pregunté—. Seguramente estarán hambrientos, después de su viaje.

Mi padre me revolvió el pelo, aunque me lo acababa de peinar.

—No son gitanos, Simone, son temporeros españoles. Y, al contrario que tú, se levantan temprano. Ya han comido.

Miré a mi madre, que asintió con la cabeza. De todos modos, me metí un trozo de pan en el bolsillo. Mi madre me había contado que los gitanos lo hacían para que les diera buena suerte.

En el exterior, los trabajadores esperaban con sus hoces y rastrillos. Tía Yvette se ajustó el sombrero, se bajó las mangas y se puso los guantes para el sol. *Chocolat*, su cocker spaniel, se deslizó por el césped, seguido por mi gato barcino, *Olly*, del que lo único que se veía por encima de la hierba eran las orejas anaranjadas y la cola.

—¡Venid aquí, chicos! —les llamé.

Las dos bolas de pelo correataron hacia mí. *Olly* se frotó contra mis piernas. Lo había rescatado de una trampa para pájaros cuando no era más que una cría. Tío Gerome me dijo que podía quedármelo si era capaz de cazar ratones y no teníamos que alimentarlo. Pero tanto mis padres como tía Yvette y yo misma le dábamos de comer, dejando caer trocitos de queso y carne bajo la mesa siempre que nos pasaba entre los pies. Como consecuencia, *Olly* se había puesto gordo como un melón y no era demasiado bueno cazando ratones.

—Volveré mañana para la destilación, Pierre —le anunció Bernard a mi padre.

Nos dio un beso a mi madre, a mi tía y a mí.

—Buena suerte con la cosecha —nos deseó, montándose en el coche.

Le dijo adiós con la mano a mi tío, aunque este no tenía demasiado tiempo para nuestro agente de ventas. Tan pronto como Bernard desapareció detrás de los almendros, tío Gerome comenzó a imitar sus refinados andares. Todos lo ignoramos. Fue Bernard el que corrió entre las balas y el barro hasta el hospital militar cargando con mi padre. Había estallado un obús en la trinchera, que acabó con la vida de su superior y de todos los que se encontraban a diez metros. Y ahora, de no ser por la devoción de Bernard por mi padre, y no precisamente gracias a tío Gerome, nuestra parte de la familia estaría arruinada.

Cruzamos el angosto riachuelo. Los campos de lavanda se extendían como océanos púrpura ante nosotros. Justo antes de la cosecha era cuando el color de la planta resultaba más llamativo y su aroma más penetrante. El calor del verano

acentuaba la suntuosidad de su fragancia y la intensidad de su color, pues los brotes malvas de la primavera se habían convertido en ramilletes de florecillas violeta. Me entristecía pensar que en pocos días los campos quedarían reducidos a terrones de arbustos mutilados.

Mi padre se inclinó sobre su bastón y fue asignando una zona de campo a cada uno de los trabajadores mientras tío Gerome traía el carro y la mula. Cada uno de los temporeros recogió un braguero que les dio mi padre, lo ataron por los extremos y lo convirtieron en una especie de bolsa-cinturón en la que podían acumular los tallos de lavanda que fueran cortando.

El niño que se había subido antes al estribo del coche de Bernard fue a sentarse bajo un árbol. Cogí a *Olly* y llamé a *Chocolat*.

—¿Te gustaría acariciarlos? —le pregunté, colocándole a *Olly* al lado.

Alargó la mano y les acarició la cabeza. *Chocolat* lamió los dedos del niño y *Olly* recostó la cabeza sobre su regazo. El chico se echó a reír y me sonrió. Me señalé el pecho y le dije: «Simone», pero él no entendió a lo que yo me estaba refiriendo o bien era demasiado tímido para decirme su nombre. Miré sus enormes ojos y decidí llamarlo Goya, porque pensé que parecía tener una gran sensibilidad, como la de un artista.

Me senté junto a él y contemplamos a los trabajadores distribuyéndose por los campos. Yo no sabía hablar español, así que no podía preguntarle a Goya cómo se llamaban realmente los trabajadores, por lo que yo misma los bauticé con los pocos nombres españoles que conocía. A uno desgarbado lo llamé Rafael. Era el más joven y tenía un recio mentón, cejas rectas y buena dentadura. Era atractivo y se pavoneaba como si lo supiera todo sobre la cosecha de lavanda, pero a menudo se volvía para mirar a Rosa —el nombre que le había puesto a la madre de Goya— para ver cómo lo estaba haciendo ella. Al hombre fornido lo llamé Fernández. Podría haber sido el hermano gemelo de tío Gerome. Ambos hombres cargaban contra las matas de lavanda como un toro embiste contra el torero. El otro español era el padre de Goya, un gigante con aspecto amable que iba por su cuenta y trabajaba sin grandes aspavientos. Era el que había descargado con tanto cariño la guitarra. Lo llamé José.

Tía Yvette atravesó la extensión de matas de lavanda para dirigirse hacia nosotros.

—Será mejor que empecemos a preparar la comida —anunció.

Me levanté y me sacudí la hierba del vestido.

—¿Tú crees que querrá venir? —le pregunté, señalando a Goya.

Chocolat se había acurrucado contra el hombro del chico y *Olly* se había dormido en su regazo. Goya observó fijamente los mechones de cabello plateado que sobresalían del sombrero de mi tía. Yo estaba tan acostumbrada a su aspecto que olvidaba que la gente se sorprendía la primera vez que veía a una mujer albina.

—Se cree que eres un hada —le dije.

Tía Yvette sonrió a Goya y le acarició la cabeza.

—Parece contento aquí, creo que a su madre le gusta tenerlo a la vista.

Al atardecer, tomamos la cena en el patio que separaba nuestras dos casas y permanecimos allí hasta mucho después de que cayera la noche. El aire tenía una consistencia espesa por la fragancia de la lavanda. Lo inhalé y noté su sabor en el fondo de la garganta.

Mi madre cosía una de las camisas de mi padre, iluminando la labor con una lámpara a prueba de viento. Por alguna razón que solo ella conocía, siempre remendaba la ropa con hilo rojo, como si los rotos y descosidos fueran heridas en la tela. Mi madre tenía las manos llenas de cortes, pero los recolectores nunca se preocupaban por las pequeñas heridas. El aceite de lavanda servía de desinfectante natural y aquellos cortes se curaban en cuestión de días.

Tía Yvette y yo leíamos *Los miserables*. La escuela de la aldea había cerrado hacía dos años, cuando se amplió la vía del ferrocarril y mucha gente se mudó a las ciudades, y sin el interés que mi tía sentía por mi educación, yo habría terminado siendo tan analfabeta como el resto de mi familia. Tío Gerome lograba leer los libros de contabilidad y las instrucciones del fertilizante, pero mi madre no sabía leer ni una palabra, aunque sus conocimientos sobre hierbas y plantas eran tan extensos como los de cualquier farmacéutico. Mi padre era el único capaz de leer el periódico. Se marchó a luchar en la Gran Guerra a causa de lo que había leído en él.

—Los borrachos seguían cantando su canción —leí yo en voz alta—, y la niña, bajo la mesa, cantaba la suya...

—¡Bof! —se burló tío Gerome, hurgándose entre los dientes con la punta de un cuchillo—. ¡Qué a gusto están unas que yo me sé leyendo libros inútiles, especialmente cuando no se rompen el espinazo en el campo todo el día!

Las manos de mi madre pararon de remendar en seco y cruzó una mirada conmigo. Los músculos del cuello se le pusieron en tensión. Mi tía y yo nos acercamos a ella, recogiendo el borde de la tela y simulando que la estábamos admirando. Aunque ninguno podíamos enfrentarnos a tío Gerome, siempre nos apoyábamos cuando se burlaba de alguno de nosotros. Tía Yvette no podía trabajar en el campo por las características de su piel. Una hora bajo el sol meridional le habría provocado quemaduras de tercer grado. Provenía del pueblo de Sault, y la superstición que existía en torno a los albinos era la única razón por la que una mujer atractiva e inteligente como ella había terminado casándose con tío Gerome. Él era lo bastante perspicaz como para darse cuenta de que, aunque mi tía no podía colaborar en el campo, lo compensaba con creces como cocinera y ama de casa, pero nunca le oí reconociéndole ningún mérito. En cuanto a mí, sencillamente yo no servía para cosechar. Me llamaban «el Flamenco», porque mis flacas piernas eran el doble de largas que el resto de mi cuerpo, e incluso mi padre, que tenía solo un ojo y cojeaba de una pierna, podía recoger la cosecha de un campo entero más rápido que yo.

Unas risas surgieron del granero. Me pregunté de dónde sacaban los españoles la energía para tanta jovialidad después de un día entero en el campo. El sonido de la guitarra flotó a través del patio. Me imaginé a José rasgueando el instrumento, con la mirada cargada de pasión. Los otros jaleaban dando palmas y entonando una especie de cante flamenco.

Tía Yvette levantó la mirada y después volvió a centrarse en la novela. Tío Gerome cogió un manta y se la enrolló alrededor de la cabeza, para dejar patente que le disgustaba aquella música. Mi padre miró hacia el cielo, ensimismado en sus propios pensamientos. Mi madre seguía concentrada en su labor, como si estuviera sorda ante aquellos sonidos festivos. Aunque estaba sentada, mantenía de cintura para arriba una postura tan erguida que la hacía parecer una estatua. Miré bajo la mesa. Mi madre se había quitado los zapatos y marcaba con uno de los pies un sensual ritmo, arriba y abajo, como si la extremidad estuviera bailando por su cuenta. Su disimulo me recordó que mi madre era una mujer llena de secretos.

Aunque las fotografías del abuelo y la abuela Fleurier presidían nuestra chimenea, no había ninguna foto de mis abuelos maternos en ningún otro lugar de la casa. Cuando yo era niña, mi madre me enseñó la cabaña en la que habían vivido, al pie de una colina. Se trataba de una sencilla estructura de piedra y madera que se mantuvo en pie hasta que un incendio forestal, avivado por un fuerte viento mistral, barrió el desfiladero aquel mismo año. Florette, la encargada de correos de la aldea, me contó que mi abuela era tan famosa por sus remedios medicinales que incluso la esposa del alcalde y el viejo párroco solían recurrir a ella cuando fallaban la medicina convencional o las oraciones. Me dijo que un buen día mis abuelos, que entonces ya eran una pareja de mediana edad, aparecieron en la aldea con mi madre. La encantadora niña, a la que llamaron Marguerite, ya tenía tres años la primera vez que los habitantes de la aldea la vieron. Aunque ellos aseguraban que la niña era suya, muchos pensaban que a mi madre la habían abandonado los gitanos.

El misterio en torno a sus orígenes y los rumores de que poseía dones de curandera no sentaron bien en la estricta familia católica de los Fleurier, que se opusieron a que mi madre se casara con el hijo predilecto. Sin embargo, nadie pudo negar que fue mi madre la que cuidó de mi padre cuando todos los médicos de campaña ya le habían desahuciado.

Los españoles continuaron cantando mucho después de que tío Gerome y tía Yvette regresaran a su casa, y de que mis padres y yo nos fuéramos a la cama. Me tumbé despierta, contemplando las vigas del techo y notando como me corría el sudor por los espacios entre las costillas. La luz de la luna a través de los cipreses creaba sombras que parecían olas sobre la pared de mi habitación. Me imaginé que aquellas siluetas eran los bailarines moviéndose al ritmo de la música.

Debí de quedarme dormida, porque me senté sobresaltada poco tiempo después y me di cuenta de que la música se había detenido. Oí que *Chocolat* ladraba. Me deslicé fuera de la cama y miré por la ventana hacia el patio. Una suave brisa había

refrescado el ambiente y la luz plateada de la luna caía sobre las tejas del tejado y sobre los edificios. Contemplé el muro que se encontraba al final del jardín y parpadeé. Había un corro de gente bailando allí. Se deslizaban en silencio, sin tocar música ni cantar, moviendo los brazos sobre sus cabezas y taconeando al son de un ritmo que no se oía. Agucé la mirada en la oscuridad y reconocí a José bailando con Goya sobre sus hombros: la sonrisa de dientes blancos del muchacho parecía una cicatriz sobre su oscura tez. Yo misma elevé los talones del suelo. Sentí la necesidad de correr escaleras abajo y unirme a ellos. Me agarré al marco de la ventana, sin saber si los bailarines eran realmente los españoles o espíritus malignos disfrazados para atraerme hacia la muerte. Las ancianas de la aldea contaban historias así.

Se me paró el corazón durante un instante.

Además de Goya, había otros cinco bailarines: tres hombres y dos mujeres. Me quedé boquiabierta cuando vislumbré la larga melena oscura y las delicadas extremidades de la segunda mujer. Bajo su piel ardía un fuego incandescente y casi saltaban chispas de los pies cada vez que tocaban el suelo. El vestido que llevaba flotaba a su alrededor como una corriente de agua. Era mi madre. Abrí la boca para llamarla, pero en su lugar me sorprendí a mí misma trastabillando hacia la cama, rendida de nuevo por el sueño.

Cuando abrí los ojos, estaban despuntando las primeras luces del día en el cielo. Tenía la garganta seca. Me froté la cara con las palmas de las manos, sin saber si lo que había visto había sido real o un sueño.

Me puse el vestido, bajé de puntillas las escaleras y pasé frente a la habitación de mis padres. Mi madre y mi padre estaban dormidos. Puede que yo no hubiera heredado los poderes de mi madre, pero sí tenía su curiosidad. Me deslicé hasta el final del patio, cerca del muro donde crecían los almendros. Con el verano, la hierba era alta y apacible. Miré bajo los árboles y plantas en busca de algún rastro que hubieran podido dejar los intrusos, pero no encontré nada. No había coronas de hierbas trenzadas, fragmentos de hueso o amuletos de piedra. No había ni rastro de ningún objeto mágico. Me encogí de hombros y me di la vuelta para marcharme, pero entonces vi un destello por el rabillo del ojo. Alargué la mano y toqué la rama más baja de uno de los árboles. Enredado entre las hojas, había un solitario hilo rojo.

La pálida piel de mi tía y mis largas piernas no nos dispensaron del trabajo ligado a la destilación. Mi padre y tío Gerome, con los rostros contorsionados por el esfuerzo, sacaron del alambique con la ayuda de un cabrestante un humeante cilindro de tallos de lavanda comprimidos. Mi madre y yo nos apresuramos a deshacer el montículo de tallos con nuestros rastrillos y los extendimos sobre esteras antes de ponerlos al sol para que se secaran.

—No hay tiempo que perder —nos indicó mi padre—. Con el nuevo alambique podemos utilizar esos tallos como combustible en cuanto estén secos.

Mi madre y yo les dimos la vuelta a los tallos cortados de lavanda para evitar que fermentaran mientras tía Yvette ayudaba a los hombres a introducir a presión la siguiente carga en el alambique. Cuando se llenó del todo, mi padre me pidió que saltara sobre él para comprimir los tallos y «¡traernos buena suerte!».

—Está demasiado delgaducha como para hacerlo bien —se burló tío Gerome, pero aun así estiró los brazos para ayudarme a meterme en el alambique—. Ten cuidado con las paredes —me advirtió—: Están ardiendo.

Tradicionalmente, se dice que la lavanda levanta el ánimo: me pregunté si el delicioso aroma que flotaba en el aire sería capaz de mejorar incluso el carácter de tío Gerome.

Pisé firmemente la lavanda, sin preocuparme por los arañazos en las piernas o por el calor. Si funcionaba el plan de mi padre y Bernard de cosechar y destilar lavanda de manera comercial, mi padre podría reclamar su parte de la finca. Con cada una de mis pisadas, me imaginaba que estaba contribuyendo a que él pudiera dar un paso más hacia su sueño.

Después de que tío Gerome me ayudara a salir del alambique y cerrara herméticamente la tapa, mi padre bajó por la escalerilla hasta el piso inferior. Escuché como avivaba el fuego.

—Ya se ve, desde la primera carga, que el aceite es bueno —aseguró, sonriendo abiertamente, cuando regresó.

Tío Gerome se frotó el bigote.

—Sea bueno o no, ya veremos si se vende bien.

A mediodía, después de la cuarta carga, mi padre ordenó que hiciéramos un descanso. Nos echamos sobre la paja húmeda o nos sentamos en cuclillas. Mi madre humedeció trozos de paño y nos los pusimos sobre nuestros ardientes rostros y palmas de las manos.

En el exterior sonó un motor y salimos al patio a recibir a Bernard. En el asiento del copiloto venía *monsieur* Poulet, el alcalde de la aldea y dueño del café local. En el asiento de atrás estaba la hermana de *monsieur* Poulet, Odile, con su marido, Jules Fournier.

—*Bonjour! Bonjour!* —saludó *monsieur* Poulet, bajándose del automóvil y secándose el sudor de la cara con un pañuelo.

Se había puesto el traje negro que reservaba para los actos oficiales.

Le quedaba demasiado pequeño y le apretaba mucho los hombros, confiriéndole el aspecto de una camisa colgada de la cuerda de tender.

Odile y Jules también se bajaron del coche y todos volvimos al interior de la destilería. *Monsieur* Poulet y los Fournier examinaron detenidamente el alambique, que era mucho más grande que los que se habían estado utilizando en la región durante años. Aunque ellos no eran agricultores, tenían interés en que nuestro negocio gozara de éxito. Dado que tanta gente estaba abandonando Pays de Sault para marcharse a las ciudades, esperaban que la lavanda volviera a crear negocio en

nuestra aldea.

—Voy a por una botella de vino —anunció tía Yvette, encaminándose hacia la casa.

Bernard se ofreció a ayudarla con los vasos. Los observé andando por el sendero, con las cabezas juntas. Bernard comentó algo y tía Yvette se echó a reír. Mi padre me había explicado que Bernard era una buena persona y que no estaba interesado en las mujeres del modo habitual, pero era tan amable con tía Yvette que a veces me preguntaba si no estaría enamorado de ella. Le eché una mirada a tío Gerome, pero estaba demasiado ocupado fanfarroneando sobre la capacidad del nuevo alambique como para darse cuenta de nada.

—Este es el tipo de alambique que utilizan las grandes destilerías de Grasse —explicaba—. Es más eficiente que los portátiles que hemos estado usando hasta ahora.

Por su manera de hablar, cualquiera hubiera pensado que el alambique había sido idea suya. Pero él era meramente el inversor, no el artífice: había proporcionado el dinero para aquel caro alambique y se llevaría la mitad de los beneficios. No obstante, mi padre y Bernard habían calculado que si conseguían tres buenas cosechas consecutivas de lavanda lograrían pagar el alambique en dos años y la finca en otros tres.

Odile olfateó el aire y se acercó a mí sigilosamente.

—El aceite huele muy bien —me susurró—. Espero que nos haga a todos ricos y que tu padre por fin pueda pagar sus deudas.

Asentí sin decir nada. Conocía demasiado bien la deshonra de la situación en la que se encontraba mi familia. La finca se había dividido entre los dos hermanos a la muerte de mi abuelo. Cuando mi padre se marchó a la guerra, tío Gerome le prestó dinero a mi madre para mantener nuestra parte. Pero cuando mi padre regresó mutilado y la escasa pensión de veterano de guerra no fue suficiente para pagar las deudas, tío Gerome reclamó la mitad de su hermano. Cuando mi padre se recuperó, tío Gerome le dijo que podía volver a comprarle a plazos su parte de la finca con un interés anual. Era vergonzoso semejante comportamiento con la familia, cuando incluso el más pobre de la aldea nos había dejado cestas de verdura a la puerta de casa durante la enfermedad de mi padre. Pero ante mi padre no se podía pronunciar ni una sola palabra contra su hermano mayor.

—Si hubierais visto cómo le trataban nuestros padres, lo entenderíais —nos decía siempre—. No logro acordarme de ninguna situación en la que alguno de los dos le dedicara una sola palabra de amabilidad. Para nuestro padre, Gerome guardaba demasiado parecido con su propio progenitor. Desde que mi hermano era un muchacho, lo único que tenía que hacer para recibir una buena tunda era mirar a nuestro padre. Legalmente, la finca entera tendría que haber sido suya, pero por alguna razón nuestros padres siempre me favorecían a mí. No os preocupéis, le compraremos nuestra parte.

—¿Quién más os va a traer su lavanda para que la destiléis? —le preguntó Jules a mi padre.

—Los Bousquet, los Négre y los Tourbillon —contestó él.

—Y los demás también vendrán cuando vean lo rentable que es —vaticinó tío Gerome, levantando la barbilla, como si se estuviera imaginando a sí mismo como un próspero hombre de negocios de la destilación.

Monsieur Poulet arqueó las cejas. Quizá creyó que tío Gerome aspiraba a ser el nuevo alcalde.

La expresión de mi madre se transformó cuando frunció el ceño y adiviné lo que estaba pensando. Era la primera vez que tío Gerome hacía comentarios positivos sobre el éxito del proyecto. Y, sin embargo, él se quedaría con la mitad de los beneficios y mi padre sería el que correría con todos los riesgos. Nuestra finca se había reconvertido prácticamente por entero al cultivo de lavanda, mientras que tío Gerome todavía plantaba avena y patatas en la suya.

—Como no funcione, voy a acabar teniendo que alimentaros a todos —nos advertía.

Cuando se terminó la temporada de cosecha de lavanda, el conductor regresó para llevar a los temporeros a otra finca. Permanecí en el patio mientras los españoles metían sus pertenencias en la camioneta. Se trataba del mismo proceso que la mañana en la que llegaron, pero a la inversa. Rafael subía los sacos y baúles, entregándoselos a Fernández y José, que los apilaban en la parte delantera de la camioneta, dejando sitio para que pudieran sentarse en el fondo y mantener así la carga equilibrada. Cuando hubieron metido todo, José cogió la guitarra y rasgueó una melodía mientras el conductor se terminaba el vino que mi tía le había servido en una copa alta.

Goya bailaba alrededor de las piernas de su madre. Cogí la bolsita de lavanda que había guardado en el bolsillo durante la cosecha y se la di a él. Pareció entender que era un regalo que le daría buena suerte y se sacó un trozo de cuerda de su propio bolsillo y lo ató al lazo de la bolsita. Cuando lo auparon a la camioneta para que se sentara con su madre, vi que llevaba la bolsita colgada del cuello.

Si a tío Gerome todavía le quedaban dudas sobre la rentabilidad del aceite de lavanda, se le disiparon unos días más tarde cuando, gracias a la recomendación de Bernard, una empresa de Grasse compró todo el que habíamos producido.

—Realmente, es el aceite de mejor calidad que he visto en años —comentó Bernard, poniendo la factura de la venta sobre la mesa de la cocina.

Mi madre, mi padre, mi tía y yo nos quedamos boquiabiertos cuando vimos la cantidad garabateada al final del documento. Desgraciadamente, tío Gerome había salido al campo y no tuvimos el placer de presenciar su asombro.

—¡Papá! —exclamé, echándole los brazos al cuello—. Pronto recuperaremos la finca, ¡y después seremos ricos!

—¡Dios mío! —se quejó Bernard, tapándose las orejas—. No sabía que Simone tuviera una voz tan chillona.

—¿No lo sabías? —replicó mi madre, con la risa bailándole en los ojos—. La noche que nació, su abuela sentenció que tenía una extraordinaria capacidad pulmonar y pronosticó que acabaría siendo cantante.

Todo el mundo se echó a reír. Bajo la timidez de mi madre se escondía un picaro sentido del humor. Y para devolverle un poco de su propia medicina, me subí sobre una silla y canté *Á la claire fontaine* con todas mis fuerzas.

Todos los meses, mi padre viajaba a Sault para comprar objetos que no se podían conseguir en nuestra aldea y para vender algunos de nuestros productos. Mi padre lograba conducir bien el carro y la mula en la finca, a pesar de que le faltaba un ojo, pero la carretera a Sault era de resbaladiza piedra caliza y recorría los precipicios de las gargantas del Nesque. Cualquier fallo de perspectiva podía ser fatídico. En octubre, tío Gerome andaba atareado con su rebaño de ovejas, así que nuestro vecino, Jean Grimaud, accedió a acompañar a mi padre. Necesitaba comprar arneses y cuerda en el pueblo.

La bruma mañanera se estaba deshaciendo cuando ayudé a mi padre a cargar en el carro las almendras que vendería en la ciudad. Jean nos saludó desde el camino y contemplamos su enorme silueta avanzando hacia nosotros.

—Si Jean fuera un árbol, sería un roble —sentenciaba siempre mi padre.

De hecho, los brazos de Jean eran más anchos que las piernas de la mayoría de la gente y sus manos eran tan grandes que estaba convencida de que podría aplastar cualquier roca entre ellas si quisiera.

Jean señaló el cielo.

—¿No crees que quizá haya tormenta?

Mi padre contempló unas pocas nubes tenues que flotaban sobre nuestras cabezas.

—En todo caso, creo que lo que va a hacer es calor. Pero nunca se sabe, en esta época del año.

Acaricié a la mula mientras mi madre y mi tía le daban a mi padre una lista de productos que hacía falta comprar para la casa. Tía Yvette señaló algo en la lista y le susurró unas palabras al oído a mi padre. Me volví hacia las colinas, simulando que no me había dado cuenta. Pero sabía de lo que estaban hablando, había escuchado una conversación entre tía Yvette y mi madre la noche anterior. Mi tía quería comprar tela para hacerme un buen vestido para ir a la iglesia y para cuando viajara a la ciudad. Sabía que quería que mi vida fuera diferente de la suya.

—Un hombre que realmente ama a una mujer la respeta —me decía a menudo—. Tú eres inteligente. No te cases nunca con alguien inferior a ti. Y no te cases con un agricultor, si puedes evitarlo.

Aunque mi padre siempre decía que yo podría elegir marido cuando lo creyera adecuado, sospechaba que tía Yvette tenía en mente para mí a los hijos del médico o de los notarios de Sault. No me interesaban en absoluto los chicos, pero sí me

producía interés tener un nuevo vestido.

Tío Gerome apareció en el patio embutido en sus calzas de piel y con la escopeta de caza sobre el hombro.

—Ten cuidado por el camino —le advirtió a mi padre—. Las lluvias lo han destruido parcialmente.

—Avanzaremos despacio —le prometió mi padre—. Si pensamos que no podemos volver antes del anochecer, nos quedaremos allí a pasar la noche.

El otoño en la Provenza era tan hermoso como la primavera y el verano. Me imaginé a mi padre y a Jean recorriendo los bosques de pinos verde jade y las parras vírgenes con su rojo encendido. Me hubiera gustado ir con ellos, pero no había suficiente espacio. Los dos nos dijeron adiós con la mano y vimos como el carro se alejaba por la carretera traqueteando y bamboleándose. La voz de mi padre resonaba en el aire:

Aquellas montañas, las altas montañas
que dominan los cielos,
se ciernen para ocultarla
de mis anhelantes ojos

Mi madre y mi tía se encaminaron hacia la cocina de tía Yvette, que utilizábamos más que la nuestra, porque era más grande y tenía un horno de leña. Las seguí mientras cantaba la última estrofa de la canción de mi padre:

Las montañas se apartan
y la veo claramente,
pronto estaré con ella
cuando mi barco se aproxime.

Pensé en lo que nos había contado mi madre sobre la predicción de mi abuela de que yo sería cantante. Si eso llegara a ser cierto, el único del que podía haber heredado mi talento era mi padre. Su voz era pura como la de un ángel. Bernard contaba que cuando estaban hundidos hasta la rodilla en el fango de las trincheras con el olor a muerte a su alrededor, los hombres solían pedirle a mi padre que cantara.

—Era lo único que nos daba esperanza —rememoraba Bernard.

Me quité las botas y empujé la puerta de la cocina. Mi madre y mi tía estaban colocando cuencos de porcelana en la encimera. Había una cesta de patatas cerca de la mesa, y me senté y comencé a pelarlas. Mi madre ralló un trozo de queso mientras mi tía picaba ajo. Íbamos a preparar mi plato favorito, el *aligot*: puré de patatas, queso, nata, ajo y pimienta, todo ello mezclado para formar una sabrosa pasta.

Mientras tío Gerome estuviera cazando fuera, éramos libres de ser nosotras mismas. Al tiempo que cocinábamos, mi tía nos contaba historias que había leído en libros y revistas, y mi madre nos relataba leyendas populares. Mi favorita era la

historia de un párroco que estaba tan senil que una mañana apareció en la iglesia totalmente desnudo. Yo les cantaba canciones y ellas me aplaudían. Me fascinaba la cocina de mi tía, con su mezcla de pulcritud y desorden. La madera estaba impregnada de los aromas del aceite de oliva y el ajo. Cacharros de hierro fundido y sartenes de cobre de todos los tamaños colgaban de vigas encima del hogar, que había ennegrecido tras años de uso. Una mesa de convento ocupaba el centro de la habitación y sus bancos estaban cubiertos de cojines que expedían nubes de harina cada vez que alguien se sentaba sobre uno de ellos. Cualquier hueco libre de las baldas y encimeras estaba lleno de morteros y almireces, jarras de agua y cestas de mimbre forradas de muselina.

Tal y como mi padre había predicho, cuando llegó el mediodía hacía calor y nos sentamos en el patio a disfrutar de nuestro pequeño festín. Pero por la tarde, cuando fui a buscar agua al pozo, las nubes comenzaron a proyectar lúgubres sombras sobre el valle.

—Menos mal que se han puesto ropa impermeable —observó tía Yvette mientras les echaba las mondaduras de las patatas a las gallinas—. A estas horas, ya deben de estar de vuelta. Si la tormenta estalla, se van a mojar bastante.

Comenzó a llover ligeramente, pero las nubes en dirección a Sault eran mucho más siniestras. Me senté junto a la ventana de la cocina, deseando que mi padre y Jean tuvieran un buen viaje de regreso. Había caído un repentino aguacero el día que yo fui con mi padre y tío Gerome a la Feria de la Lavanda en agosto, y una de las ruedas de nuestro carro se había quedado atascada en el barro. Tardamos tres horas en sacarla y ponernos de nuevo en marcha.

El destello de un rayo centelleó en el cielo. El estruendo del trueno que resonó a continuación me sobresaltó.

—Apártate de la ventana —me ordenó tía Yvette, acercándose para cerrar los postigos—. Por mucho que mires el camino, no van a llegar antes.

Hice lo que me decía y me senté a la mesa. Mi madre estaba hundida en su asiento, contemplando algo fijamente. Miré hacia atrás y vi que el reloj que había encima de la chimenea se había parado. Mi madre tenía el rostro blanco como una sábana.

—¿Estás bien, *Maman*?

No me oyó. A veces pensaba que era como una gata, desapareciendo en las sombras, capaz de ver sin ser vista, y reapareciendo de la oscuridad cuando lo deseaba.

—*Maman*? —susurré.

Quería que hablara, que me ofreciera alguna palabra de aliento, pero estaba callada como la luna.

Durante la cena, tío Gerome pinchó la verdura y cortó la carne furiosamente.

—Lo más seguro es que hayan decidido quedarse en la ciudad —murmuró entre dientes.

Tía Yvette me convenció de que tío Gerome tenía razón, y de que los dos hombres probablemente habrían decidido pasar la noche en el establo del carretero o en el cobertizo del herrero. Me hizo la cama en una de las habitaciones de la planta de arriba para que no tuviera que correr bajo la lluvia hasta nuestra casa. Mi madre y tío Gerome se sentaron junto al fuego. Por la manera en la que tío Gerome hacía rechinar los dientes, me pareció que no acababa de creerse su propia suposición.

Me tumbé en la cama, escuchando la lluvia sobre las tejas, y canturreé suavemente para mí misma. Debí de quedarme dormida poco después, porque lo siguiente que oí fueron los violentos golpes en la puerta de la cocina. Salté de la cama y corrí a mirar por la ventana. La mula estaba allí, bajo la lluvia, pero no había ni rastro del carro. Oí voces abajo y me vestí a toda prisa.

Jean Grimaud estaba junto a la puerta, chorreando agua sobre las baldosas de la entrada. Tenía un profundo corte en la frente y la sangre le caía sobre los ojos. Tío Gerome tenía el rostro gris como la piedra.

—¡Habla! —le espetó a Jean—. ¡Dinos algo!

Jean miró a mi madre con ojos atormentados. Cuando abrió la boca para hablar y no salió de ella ningún sonido, lo supe. No había nada que decir. Mi padre ya no estaba entre nosotros.

—¡No hay más que hablar! —bramó tío Gerome, golpeando la palma de la mano contra la mesa de la cocina—. Simone se va a trabajar para tía Augustine a Marsella.

Mi madre, tía Yvette y yo nos sobresaltamos por la intensidad de su enfado. ¿Aquel era realmente el mismo hombre al que la semana anterior, junto a la tumba de mi padre, se le había desfigurado el rostro por el dolor? Parecía haberse recuperado de la conmoción de la muerte de su hermano del mismo modo que cualquier otro hombre hubiera superado una gripe. Durante los dos últimos días, había estado inmerso en los libros de contabilidad, cuadrando números.

—No necesito dos amas de casa —sentenció, volviéndose hacia el fuego y atizándolo con un palo.

La llama creció y murió, dejando a oscuras la habitación.

—Si Simone no puede hacer el trabajo de la finca, necesita ganarse la vida en otra parte. Ya no es una niña, y yo ya tengo bastantes bocas que alimentar. Quizá si Pierre no hubiera dejado tantas deudas...

Tío Gerome recitó cuánto costaba cultivar la lavanda, el precio del alambique, el dinero que debíamos de la finca... Mi madre y yo nos intercambiamos una mirada. Tío Gerome iba a obtener beneficios del proyecto que se había concebido gracias a la imaginación de mi padre. ¿Qué importaban ahora aquellos gastos?

Me vino una imagen a la cabeza. No era algo que hubiera presenciado, sino una escena que me había atormentado durante una semana: mi padre, tumbado boca arriba sobre un saliente de piedra en las gargantas del Nesque. Él y Jean habían esperado en Sault a que pasara la tormenta de la tarde, antes de dirigir a la mula pendiente abajo. Tras superar los tramos más difíciles, habían parado para darle un descanso a la bestia y para comer un poco de pan. Pero tan pronto como Jean desenganchó al animal y lo condujo a una pequeña zona cubierta de hierba, oyó un crujido a sus espaldas. Un pedregal, que se había soltado por la lluvia, cayó colina abajo. La rama de un árbol derribó a Jean y a la mula hacia un lado. Mi padre y el carro cayeron por el precipicio.

—Bernard contribuirá —repuso tía Yvette—. Aunque mandes a Simone a Marsella, por lo menos deja que reciba una educación allí. No la envíes para que sea una especie de esclava de tu tía.

Aquella fue la primera vez que veía a tía Yvette plantándole cara a mi tío y temí por ella. Aunque nunca nos había pegado a ninguna de nosotras, no podía evitar preguntarme si las cosas cambiarían ahora que mi padre ya no estaba. Como cabeza de ambas familias, tío Gerome gozaba de una clara posición de poder y nosotras no teníamos nada que hacer contra él. Sin embargo, su única reacción ante la oposición de mi tía fue sonreír despectivamente.

—La educación supone un desperdicio aún mayor en las mujeres que en los hombres. Y en cuanto a Bernard, no te engañes pensando que tiene dinero. Todo lo que ha ganado en su vida ya se lo ha gastado en coches y en sus correrías por la Costa Azul.

Aquella noche, mi madre y yo nos acostamos abrazadas, como habíamos hecho todos los días desde la noche del accidente. Escuchamos el aullido del mistral. El viento había comenzado como una tenue corriente bajo la puerta, para convertirse en un intermitente aullido fantasmal que doblaba los cipreses y gemía por los campos. Ambas habíamos llorado tanto desde la muerte de mi padre que pensé que nos quedaríamos ciegas de las lágrimas. Miré de reajo la silueta del Cristo crucificado junto a la puerta y me di la vuelta. Resultaba cruel que mi padre hubiera sobrevivido a las heridas de metralla para que la naturaleza hubiera terminado con él de aquella manera.

«Todo sucedió tan rápido que ni siquiera debió de darse cuenta de lo que estaba pasando», fue el único consuelo que el párroco pudo ofrecernos.

Efectivamente, todo había sucedido tan rápido que aún no podía creer que fuera cierto. Veía a mi padre por todas partes: su silueta agachada junto al pozo o sentado en su silla, esperándome para que me uniera a él en el desayuno. Durante unos pocos segundos felices, me convencía de que su muerte solo había sido una pesadilla, hasta que la imagen se desvanecía y me percataba de que no había visto nada más que la sombra de un árbol o el perfil de una escoba.

Mi madre, siempre reservada, se refugió aún más en su silencio. Creo que se preguntaba por qué le habían fallado sus poderes, por qué no había sido capaz de prever la muerte de mi padre para advertirle. Sin embargo, ella misma decía que había cosas que no debíamos saber, cosas que no podían preverse o evitarse. Le toqué el brazo: su piel estaba fría como el hielo; cerré los ojos y traté de contener más lágrimas dolorosas, temiendo el día en que la perdiera a ella también.

Por lo menos, mi madre tenía a tía Yvette. ¿Quién era aquella tía Augustine? Mi padre nunca la había mencionado. Lo único que nos contó tío Gerome fue que era la hermana de su padre y que se había casado con un marinero, que poco después murió en el mar. Tía Augustine regentaba una casa de huéspedes, pero ahora que era mayor y padecía de artritis, necesitaba una sirvienta que también cocinara. A cambio, me alimentaría, pero no me pagaría. Me pregunté de dónde habría salido la generosidad y la bondad de mi padre. Todos los demás Fleurier parecían ser descendientes directos de Judas: preparados para vender a sus familiares por treinta monedas de plata.

Bernard vino una semana después para llevarme a Carpentras, desde donde cogería un tren a Marsella. Tía Yvette lloró y me dio un beso.

—No te preocupes por *Olly* —me susurró—. Yo cuidaré de él.

Casi no podía mirar a mi gato, que estaba orinando sobre los neumáticos del

coche de Bernard, y menos a mi madre. Se quedó unto a la puerta de la cocina haciendo una mueca con los ojos llenos de tristeza. Me clavé las uñas en las palmas de las manos. Me prometí a mí misma que, por el bien de mi madre, no lloraría.

Lo único que tenía para llevarme conmigo era un hatillo de ropa dentro de un pañuelo. Se lo entregué a Bernard, que lo metió en el coche. Mi madre avanzó y me apretó la mano. Algo punzante me pinchó la palma. Cuando apartó los dedos, vi que me había dado un medallón y unas cuantas monedas. Me eché ambas cosas disimuladamente en el bolsillo y le di un beso a mi madre. Nos quedamos largo rato fundidas en un abrazo, pero ninguna de las dos fue capaz de decir nada.

Bernard abrió la portezuela del coche y me ayudó a sentarme en el asiento del copiloto. Tío Gerome estaba de pie en el patio observándonos. Su expresión era seria, pero había algo extraño en su postura. Tenía los hombros encorvados y la boca torcida en una mueca, como si estuviera sufriendo un profundo dolor. ¿Guardaba algún demonio en su interior que le hacía comportarse de un modo tan rencoroso? ¿Quizá deseaba poder ser un hombre más como mi padre y menos como él mismo? Echó por tierra aquella impresión en cuanto me gritó:

—¡Trabaja duro, Simone! Tía Augustine no tolerará ninguna tontería y yo no te aceptaré de vuelta si ella te echa.

La estación de Carpentras parecía un mercado ambulante. Los pasajeros de primera y segunda clase se subían al tren civilizadamente, pero los de tercera se peleaban por los asientos y los lugares para colocar sus gallinas y conejos y todo el resto de bártulos que planeaban llevarse consigo. Mientras sorteaba un cerdo, pensé que aquello era como el arca de Noé.

Bernard le mostró a uno de los revisores mi billete.

—Viaja sola —le explicó—. Nunca antes ha montado en tren. Si le pago la diferencia de tarifa, ¿puede ponerla en uno de los vagones de segunda clase con alguna señorita?

El revisor asintió con la cabeza.

—Tendrá que viajar en tercera clase hasta Sorgues —replicó—. Pero después puedo conseguirle un asiento en segunda hasta Marsella.

¿Por qué Bernard pensaba más en mi comodidad y seguridad que mi propio tío, que se contentaba con enviarme en tercera clase con quién sabe qué gente?

Bernard le pasó disimuladamente algo de dinero al revisor y el hombre me ayudó a subir la escalerilla y a sentarme en un asiento en la parte delantera del vagón. Sonó el silbido del tren, y el cerdo chilló y las gallinas cloquearon. Bernard me dijo adiós con la mano desde el andén.

—Encontraré un modo de ayudarte, Simone —me aseguró a través de la ventanilla abierta—. La próxima vez que consiga algo de dinero extra te lo enviaré.

Una nube de hollín y humo inundó el ambiente. El tren inició la marcha. No aparté la mirada de Bernard hasta que salimos de la estación. Cuando me senté, recordé el medallón que mi madre me había dado. Me lo saqué del bolsillo y lo abrí.

Contenía una fotografía de mis padres el día de su boda. Yo tenía cinco años cuando mi padre se marchó a la guerra y apenas podía recordar su aspecto antes de las heridas. El atractivo y atento rostro que me contemplaba desde la fotografía hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Miré por la ventanilla y vi pasar granjas y bosques a gran velocidad. Después de un rato, vencida por la pena, el calor del vagón y el efluvio de cuerpos sin asear, me quedé dormida. El tren traqueteaba sobre las vías a un ritmo constante, frenando tan gradualmente que yo apenas lo percibía.

Llegamos a Marsella a última hora de la tarde. El viaje en tercera clase me resultó más agradable, a pesar del ruido y el olor de los animales, que el tiempo que pasé en segunda. Cuando llegamos a Sorgues, el revisor me acompañó al tren ómnibus que se dirigía a Marsella, y le dijo al revisor allí que me diera un asiento en un compartimento. Me puso con dos mujeres que volvían de París.

—Está sola —les explicó el revisor—. Por favor, vigílenla.

No pude evitar contemplar el atuendo de aquellas mujeres. Sus vestidos eran de seda con escotes en forma de pico en lugar de redondeados. Más que ceñirse a sus cinturas, sus cinturones eran sueltos y caían a la altura de las caderas. Llevaban unas faldas tan cortas que podía verles las espinillas cuando cruzaban las piernas. Sin embargo, sus sombreros eran simples y flexibles, y me recordaban a las flores de las enredaderas. Cuando les pregunté si podían contarme algo sobre Marsella, fingieron que no me entendían. Después, las vi poniendo los ojos en blanco cuando saqué la salchicha de ajo que tía Yvette me había envuelto para la comida.

—Esperemos que no nos pegue los piojos —le susurró una mujer a la otra.

Me miré el regazo, con las mejillas ardiendo de vergüenza. Puede que fuera pobre, pero me había lavado cuidadosamente y me había puesto mi mejor vestido para el viaje. No obstante, olvidé la grosería de aquellas mujeres cuando el tren entró en la Gare Saint Charles: nunca antes había visto una muchedumbre tan grande reunida en un mismo lugar. Seguramente allí habría tanta gente como toda la población de mi región, yendo de aquí para allá por la estación. Contemplé a varias mujeres que pasaban de un lado para otro, identificando su equipaje; vendedores ambulantes que ofrecían flores y cigarrillos; marineros que cargaban fardos de lona sobre los hombros; y niños y perros sentados sobre maletas. Pero lo que más me sorprendió fue el tumulto de idiomas que se escuchaba en torno a mí cuando bajé al andén. Los acentos del español y el italiano me resultaban familiares, pero no los de los griegos, armenios y turcos. Abrí el mapa que tío Gerome me había dado y traté de imaginar cuánto tiempo tardaría en andar hasta el Vieux Port, donde vivía tía Augustine. No faltaba mucho para la puesta de sol y no me apetecía vagabundear por una ciudad desconocida en plena noche.

—Está demasiado lejos para ir andando —me informó un marinero que llevaba un cigarrillo colgado de la comisura de la boca cuando le enseñé el mapa—. Será mejor que cojas un taxi.

—Pero no tengo dinero para un taxi —repliqué.

Se acercó más a mí y sonrió con unos dientes que parecían los de un tiburón. Podía oler el hedor a *whisky* de su aliento. Me recorrió un escalofrío y me escabullí entre la multitud. Había una mujer junto a la entrada de la estación que vendía miniaturas de la iglesia de Notre Dame de la Garde, la basílica abovedada cuya torre del campanario tenía en su parte superior una estatua dorada de la Virgen. Sabía que, en principio, la madre de Cristo guardaba a todos aquellos que se perdieran en el mar. Si hubiera tenido dinero, habría comprado una de aquellas miniaturas con la esperanza de que también me guardara a mí.

—Coge el tranvía —me dijo la mujer cuando le pregunté cómo llegar al Vieux Port.

Me abrí paso hasta el lugar en el exterior de la estación en el que la mujer me había indicado que tenía que esperar. Un ruido tan fuerte como un trueno me sobresaltó y, cuando levanté la mirada, vi el tranvía desplazándose a toda velocidad hacia la parada. En los laterales y la parte frontal y trasera se aferraban docenas de chiquillos descalzos con las caritas sucias. El tranvía se detuvo y los muchachos se apearon de un salto. Le entregué al revisor las monedas que mi madre me había dado y tomé asiento detrás del conductor. Más gente se apiñó en el interior del vehículo y otros niños —y también algunos adultos— se asieron de los laterales. Posteriormente, me enteré de que así se podía viajar gratis. El tranvía arrancó, cogiendo velocidad gradualmente y balanceándose de un lado a otro. Yo me aferré con fuerza a la ventanilla con una mano y al borde de mi asiento con *a otra. Marsella era un lugar diferente a todos los que había visto antes y estaba segura de que no habría podido imaginármelo ni en un millón de años. Era un mosaico de espléndidos edificios con tejados de azulejos y elegantes balcones, junto a casas de desgastados postigos de madera y manchas de humedad que cubrían sus paredes. Era como si un terremoto hubiera mezclado un rompecabezas de diferentes pueblos y ciudades.

El tranvía no tenía luna en el parabrisas delantero y una ráfaga de aire fresco me recorrió el cuero cabelludo y las mejillas. Era de agradecer que la ventilación fuera buena porque el hombre sentado junto a mí apestaba a cebolla y a tabaco rancio.

—¿Acabas de llegar? —me preguntó, observando la expresión preocupada que se me pintó en el rostro cuando el tranvía chirrió y dobló a toda velocidad una esquina.

Asentí con la cabeza.

—Bueno —me dijo, echándome su asqueroso aliento en la cara—, pues bienvenida a Marsella: hogar de ladrones, asesinos y putas.

Me alegré de llegar finalmente al Vieux Port. Me temblaban las piernas como si hubiera pasado meses en el mar. Me colgué el hatillo de ropa al hombro. Los últimos rayos de sol brillaban sobre el Mediterráneo y el cielo era de color aguamarina. Nunca antes había visto el mar y aquella imagen, con las gaviotas graznando sobre mi cabeza, me produjo un cosquilleo en los dedos de los pies.

Anduve por el Quai des Belges, pasé por delante de africanos que vendían especias color dorado y ocre y baratijas de cobre. Sabía que existían negros por los

libros que tía Yvette me había dado para leer, pero nunca los había visto con mis propios ojos. Me fascinaban sus uñas blancas y las palmas de sus manos claras, pero recordé cómo me habían tratado las mujeres del tren y procuré no quedarme mirándoles fijamente esta vez. Continué recorriendo el puerto hasta el Quai de Rive Neuve. Los cafés y los bistrós estaban abriendo sus puertas para la noche y el ambiente olía a sardinas asadas, a tomillo y a tomate. El aroma me produjo hambre y melancolía al mismo tiempo. Mi madre y mi tía ahora estarían preparando la cena, y me paré durante un momento para imaginármelas poniendo la mesa. Apenas las había dejado esa misma mañana y ya eran para mí como los personajes que pueblan los sueños. Una vez más, se me llenaron de lágrimas los ojos, tanto que casi no podía ver el laberinto de callejuelas estrechas por el que iba andando. Las alcantarillas estaban llenas de raspas de pescado y los adoquines apestaban a desechos humanos. Una rata salió correteando de una grieta para darse un festín en la basura.

—¡No pases por aquí! —me gritó una áspera voz femenina—. ¡Esta es mi esquina!

Me volví para ver a una mujer acechando desde una puerta. En la penumbra solo alcancé a vislumbrar sus raídas medias y el brillo rojizo de la brasa de un cigarrillo. Aceleré el paso.

La Rue Sainte, donde se encontraba la casa de huéspedes de tía Augustine, tenía la misma mezcla de arquitectura ecléctica que el resto de la ciudad. Estaba compuesta de varias casas señoriales, construidas en los días prósperos de Marsella como ciudad marítima, y terrazas achaparradas. La casa de mi tía era una de las últimas y estaba unida a otra que despedía una mezcla de olor a incienso y detergente. Tres mujeres ligeras de ropa se asomaban inclinándose por una de las ventanas, pero por suerte ninguna me gritó nada.

Me acerqué a la puerta, levanté la aldaba y la dejé caer tímidamente con un ruido sordo. Miré hacia arriba y vi las ventanas incrustadas de salitre, pero no había ninguna luz en ellas.

—¡Inténtalo otra vez! —me sugirió una de las mujeres—. Está medio sorda.

No me atreví a levantar la vista hacia la mujer, pero seguí su consejo. Cogí la aldaba y la hice oscilar con fuerza. Golpeó la madera con una sacudida tan enérgica que temblaron los marcos de las ventanas y resonó por toda la calle. Las mujeres se echaron a reír.

Esta vez escuché una puerta que se abría en el interior de la casa y unos pasos que bajaban pesadamente las escaleras. El pestillo chasqueó y se abrió la puerta. Apareció ante mí una anciana. Su rostro únicamente estaba compuesto por ángulos, con una nariz ganchuda y una barbilla tan puntiaguda que hubiera podido utilizarla de azadón para cultivar un jardín con ella.

—¡No hace falta armar tanto jaleo! —me espetó, frunciendo el ceño—. ¡No estoy sorda!

Di un paso atrás y casi me tropecé.

—¿Tía Augustine?

La mujer me examinó de pies a cabeza y pareció llegar a una conclusión desagradable.

—Sí, soy tu tía abuela Augustine —me dijo, cruzando sus gruesos brazos sobre el pecho—. Límpiame las botas antes de entrar.

La seguí por el recibidor, que tenía una alfombra raída, dos sillas y un piano polvoriento, hasta el salón. Una mesa, un armario de cristal y un aparador se apiñaban en aquella estancia. Cuadros de hazañas marinas desentonaban con el papel pintado a rayas. La única luz natural provenía de la ventana de la cocina contigua. Había una lámpara de pantalla con flecos que pendía sobre la mesa y supuse que tía Augustine la iba a encender para nosotras. Pero no lo hizo y nos sentamos a la mesa en la penumbra.

—¿Quieres té? —me ofreció, señalando la tetera y unas tazas mal emparejadas que había junto a ella.

—Sí, por favor.

Tenía la garganta seca y se me hizo la boca agua solo de pensar en una tisana balsámica. Casi podía sentir la suave camomila recorriéndome la garganta o un toque refrescante de romero humedeciéndome la lengua.

Tía Augustine cogió el asa de la tetera con sus dedos nudosos y sirvió el té.

—Toma —me dijo, empujando una taza y un plato hacia mí.

Observé el líquido oscuro. No despedía ningún aroma y cuando lo probé, descubrí que estaba frío y sabía a agua sucia. Debía de haber sobrado de la mañana o incluso de días anteriores. Me bebí el té porque tenía sed, pero los ojos me escocieron por las lágrimas. ¿No podría haberme preparado tía Augustine una tetera nueva? Parte de mí había albergado la esperanza de que la tía fuera más como mi padre y menos como tío Gerome.

Tía Augustine se acomodó en su asiento y se arrancó un pelo de la barbilla. Yo me senté erguida con los hombros rectos, decidida a darle otra oportunidad. Seguramente la tía comprendía que ambas pertenecíamos a los Fleurier, por nuestras venas corría la misma sangre. Pero antes de que pudiera abrir la boca, anunció:

—Tres comidas diarias. Y controla lo que comes: tú no eres un huésped.

Señaló un trozo de papel clavado en el marco de la puerta.

—Los demás ponen sus nombres ahí para que sepas si se quedan a comer. *Monsieur* Roulin siempre está aquí y la de arriba no está nunca. Y de todas maneras yo jamás sentaría a la mesa a alguien así.

—¿La de arriba? —le pregunté.

Tía Augustine levantó la mirada hacia el techo y yo la imité, para ver qué estaba mirando. Pero aunque yo solo veía telarañas, me dio la impresión, por el ceño fruncido pintado en su rostro, de que se estaba refiriendo a algo maligno. El siniestro sonido de «la de arriba» aún resonaba en el aire.

—Bueno —exclamó tía Augustine, quitándome bruscamente la taza vacía y

colocándola boca abajo sobre el plato—, te voy a enseñar tu habitación. Quiero que estés en pie mañana a las cinco para ir a la lonja de pescado.

No había comido nada desde la salchicha en el tren, pero me sentía demasiado atemorizada como para confesar que tenía hambre.

Mi habitación se encontraba en la parte trasera del edificio, directamente al lado de la cocina. La puerta estaba combada y, cuando la empujé para abrirla, el borde arañó el suelo. Se veía claramente una marca en forma de semicírculo que trazaba el movimiento habitual de la puerta. Me dio un vuelco el corazón al ver las paredes de cemento. El único mobiliario que había era una silla de aspecto desvencijado en una esquina, un armario y una cama, cuyo edredón tenía manchas de moho. A través de la mugre de la ventana enrejada, vi el cobertizo del inodoro y un jardín de especias que necesitaba una buena limpieza.

—Volveré dentro de una hora para explicarte tus quehaceres —anunció tía Augustine, cerrando la puerta tras ella.

No se comportaba en absoluto como si fuera pariente mía. No era más que mi jefa.

En el dorso de la puerta había una lista de tareas. El papel en el que estaba garabateada había amarilleado con el tiempo. «Limpiar las baldosas con aceite de linaza y cera de abejas. Sacudir la ropa de cama. Fregar el suelo...».

Me pregunté cuánto tiempo habría pasado desde que alguien había hecho aquellas cosas o que una sirvienta había ocupado aquella lóbrega habitación. Me dejé caer en la silla, contemplé la estancia y las lágrimas me cayeron por las mejillas cuando comparé la calidez de mi padre con la frialdad de mi tía abuela. Eché un vistazo al colchón hundido. La sencilla cama que tenía en casa de repente parecía un diván digno de una reina. Cerré los ojos y me imaginé a mí misma tumbándome en ella, pegando las rodillas al pecho y haciéndome un ovillo hasta desaparecer.

La primera comida que tuve que preparar fue el almuerzo del día siguiente. La cocina era tan deprimente como mi habitación. Las baldosas y las paredes enfriaban el ambiente, cosa que empeoraba debido a que una corriente de aire entraba por el vidrio roto de una ventana. Tía Augustine se apretujó en una silla de mimbre para supervisarme mientras sumergía sus hinchados pies en un barreño de agua tibia. Le eché unas gotas de aceite de lavanda y le expliqué que aquello ayudaría a relajarle la inflamación. El aroma flotó por el ambiente, contraponiéndose al hedor a paño enmohecido de la cocina. Me imaginé los campos de lavanda ondeando por la brisa y el murmullo de sus múltiples capas color púrpura bajo la moteada luz del sol. Casi podía oír a mi padre cantando suavemente *Se canto*, y estaba a punto de unirme a él para tararear el estribillo cuando tía Augustine rompió el encantamiento:

—¡Presta atención, niña!

Cogí una de las sartenes de su gancho. El mango estaba grasiento y el fondo tenía

una costra de comida. Le pasé un paño mientras tía Augustine no miraba. Poco antes, me había resultado insoportable cuando me envió al sótano a por vino. La puerta de la bodega se abrió con un crujido y lo único que alcancé a ver fue una telaraña con una negra araña colgando de ella. La quité con una escoba y avancé lentamente hacia el interior de aquel espacio sofocante, con solo una luz como guía. El sótano apestaba a barro y había heces de rata en el suelo. Se me puso la piel de gallina y me asusté al imaginarme que pudieran morderme. Me aterrorizaba solo de pensar en ello, porque Marsella era famosa por sus enfermedades, un peligro típico de cualquier ciudad portuaria desde los tiempos de la peste negra. Cogí las dos primeras botellas polvorientas que me encontré, sin pararme a comprobar cuál era su contenido.

Saqué agua de la bomba que se encontraba en el exterior, junto a la puerta de la cocina, y después eché un vistazo a la cesta de las verduras en la encimera. Me sorprendió la calidad de aquellos productos. Los tomates aún tenían una piel tersa y roja, aunque era bastante tarde para que estuvieran de temporada; las berenjenas me parecieron consistentes cuando las sostuve entre las manos; los puerros eran frescos y las aceitunas negras tenían un aspecto succulento. En aquella sucia cocina, la fragancia de aquellos productos de buena calidad era tan bien recibida como un oasis en mitad del desierto.

Tía Augustine percibió mi admiración.

—Siempre se ha comido bien aquí. Yo era famosa por ello. Aunque, por supuesto, ya no soy tan buena cocinera como antes —me dijo, levantando sus manos ganchudas.

La observé con detenimiento, tratando de encontrar a la mujer que había tras aquel rostro adusto, la fogosa joven que desobedeció a sus padres y se escapó con un marinero. Detuve la mirada en sus anchos hombros y en la barbilla hombruna, pero en sus ojos solo percibí amargura.

Una vez que hube reunido los ingredientes, tía Augustine me gritó las instrucciones por encima del ruido de las ollas humeantes y el siseo de las sartenes. A cada paso, tenía que llevarle la comida para que la inspeccionara: el pescado, para mostrarle que le había quitado la piel correctamente; las patatas, para demostrar que había hecho bien el puré; las aceitunas, para que comprobara que las había picado bien, a pesar de que el cuchillo estaba poco afilado; incluso tuvo que confirmar que había machacado el ajo siguiendo sus indicaciones.

A medida que progresaba la preparación de la comida, el rostro de tía Augustine se fue sonrojando. Al principio, pensé que se debía a que yo no estaba haciendo nada a derechas. «Saca eso, has cortado esas hojas como una verdadera paleta. Demasiado aceite, ve y redúcelo, por Dios santo. ¿Cuánta menta le has puesto a eso? ¿Te has creído que te estaba pidiendo que prepararas un enjuague bucal?». Me daba la sensación de que eran demasiadas quejas, sobre todo viniendo de una mujer que ni siquiera se tomaba la molestia de servir el té recién hecho. Pero a medida que aumentaba la temperatura de la estancia y sus instrucciones cada vez eran más

frenéticas, vi que el color en sus mejillas provenía de la pasión interna que yo había tratado de encontrar en ella antes. Era como un director de orquesta dirigiendo con la batuta las notas del pescado frito, la mantequilla y el romero para crear una sinfonía gastronómica. Además, los vapores aromáticos parecieron sacar a los inquilinos de sus habitaciones. Escuché voces y pasos que bajaban las escaleras casi treinta minutos antes de la hora fijada para el almuerzo.

A la mesa puesta, nos sentamos cinco comensales en total. Además de tía Augustine y de mí misma, estaban Ghislaine, una mujer de mediana edad que trabajaba de pescadera, y los dos huéspedes varones: *monsieur* Roulin, un marinero jubilado, y *monsieur* Bellot, un profesor principiante en un instituto para chicos. *Monsieur* Roulin tenía un hueco donde deberían haber estado sus dos incisivos, apenas contaba con un par de mechones de pelo sobre la parte posterior de un cuello moteado de manchas oscuras y le faltaba el antebrazo izquierdo, amputado desde el codo. Agitaba el extremo fruncido del muñón mientras hablaba con una voz que sonaba como una máquina a la que le hiciera falta que la engrasaran.

—Es agradable tener a una joven señorita a la mesa. Su piel es tan oscura como la de una frambuesa, pero aun así, es bonita.

Sonreí educadamente, comprendiendo por mi posición en la esquina más baja de la mesa, cerca de la puerta de la cocina, que yo no era más que una sirvienta y que no debía inmiscuirme en la conversación.

Monsieur Bellot se estiraba del lóbulo de la oreja y no decía nada aparte de «por favor» y «gracias». Durante la comida, de la que *monsieur* Roulin comentó que era la mejor que había tomado en meses, *monsieur* Bellot mostró una expresión perpleja, soñadora y luego seria, como si estuviera manteniendo un animado diálogo interno. Todas las cosas de las que carecía *monsieur* Roulin, parecían estar duplicadas en *monsieur* Bellot: sus dientes eran enormes, como los de un asno, su pelo formaba un matojo despeinado alrededor de la cabeza y sus extremidades eran tan largas que no tenía necesidad de estirarse para coger la jarra de agua que se encontraba en mi extremo de la mesa.

Ghislaine estaba sentada a mi lado. Me sorprendía que alguien que trabajaba en la lonja de pescado pudiera oler tan bien. Su piel despedía un aroma suave a melocotones frescos y el pelo le olía como el suntuoso aceite de oliva que se utilizaba para producir jabón de Marsella. Guiñó los ojos a modo de sonrisa cuando *monsieur* Roulin me sorprendió mirándole el muñón y exclamó:

—¡Fue un tiburón tan grande como un transatlántico junto a la costa de Madagascar!

Percibí por las risas y el intercambio de miradas de los otros comensales que aquella historia no era cierta. El ángulo de amputación era demasiado limpio, por lo que debía de ser la consecuencia de un accidente con una máquina o de una operación quirúrgica realizada por un médico. No le miré el muñón con repugnancia, sino con interés. La cicatriz retorcida del ojo de mi padre me había enseñado que las

desfiguraciones externas no lograban acabar con los corazones que albergaban bondad.

Después de que lavara los platos, tía Augustine me puso a hacer el resto de mis tareas diarias, que incluían vaciar el cubo con tapa de la planta superior en el inodoro del patio. A continuación, pasó el dedo por el aparador del comedor y examinó la marca de polvo que se le había quedado en la punta.

—Quita el polvo desde la planta de abajo hacia arriba —me dijo, como si yo tuviera la culpa del estado descuidado en el que se encontraba la casa—. Haz la habitación de *monsieur* Bellot primero, después barre el suelo de la habitación de Ghislaine cuando se marche al trabajo. La habitación de *monsieur* Roulin la limpia su hija. Y no te preocupes por el cuarto piso. Esa no quiere que «mangoneen» entre sus cosas.

¿Esa? Otro misterioso comentario sobre la mujer que se alojaba en el cuarto piso, cuya mera mención causaba la incomodidad de tía Augustine, aunque no le importara cobrarle el dinero del alquiler.

—Yo descanso durante las tardes, pero volveré a bajar para supervisar la cena —me anunció tía Augustine, agarrándose al pasamanos y avanzando lentamente escaleras arriba.

El suelo de la cocina parecía arenoso bajo mis pies cuando fui a buscar la escoba. Me horroricé solo de pensar en cocinar otra comida en un lugar tan insalubre. A pesar de que tía Augustine me había ordenado que empezara quitando el polvo, primero limpié la cocina. Llené un cubo con agua, la calenté en la estufa y fregué la mesa y las encimeras con agua jabonosa, fantaseando con la misteriosa huésped de la planta de arriba mientras trabajaba. Al principio me imaginé una arrugada anciana de la edad de mi tía, postrada en la cama con un rostro hundido y enfermizo. Era una antigua rival, en amores o en gastronomía, que había caído en desgracia y tía Augustine la estaba dejando debilitarse entre la suciedad y la inanición. A medida que progresaba con la limpieza del suelo, el rostro de la anciana se suavizó y las arrugas desaparecieron. Una de sus piernas se atrofió y se transformó en una mujer tullida proveniente de una acaudalada familia que se avergonzaba de la aflicción de la mujer, y pagaban a tía Augustine para que la alojara. Sentí un cosquilleo de curiosidad. Quizá era una pariente —una Fleurier desconocida— que tía Augustine mantenía escondida y que se negaba a reconocer como sangre de su sangre.

Estaba tan absorta en aquellas descabaladas historias y en el sonido, ¡chhh!, ¡chhh!, ¡chhh!, que producía el cepillo con el que estaba frotando las baldosas, que al principio no me di cuenta del crujido de una puerta al abrirse y el golpe que produjo al cerrarse. Después, oí que alguien tarareaba. Paré en seco lo que estaba haciendo y levanté la vista. La voz era clara y saltaba de nota en nota como una mariposa yendo de flor en flor. Estaba cantando el tipo de tonadilla repetitiva que tocaría un acordeonista en una feria. Al ritmo del tarareo, escuché pasos saltando escaleras abajo. Clac, clic, clac, clic. Perteneían a una mujer, pero eran demasiado ligeros

como para ser de tía Augustine o de Ghislaine. Las pisadas alcanzaron el rellano y percibí el tintineo de joyas y un repiqueteo parecido al del arroz cuando se agita dentro de un bote.

Me levanté y me alisé el pelo y la falda. Tenía el delantal y el dobladillo del vestido chorreando, pero no pude resistir la tentación de aprovechar la oportunidad de ver quién era. Me escurrí el agua del delantal, me froté los zapatos con el trapo que había estado utilizando para limpiar y corrí hacia la puerta principal. Pero mientras cruzaba el comedor, se me enganchó el tacón del zapato en la alfombra. Me tropecé y me caí contra el aparador, desperdigando las tazas y los platos, aunque afortunadamente no se rompió ninguno. Me recompuse y re Coloqué la porcelana, pero alcancé el recibidor un segundo tarde. Lo único que logré vislumbrar fue un vestido bordado de color marfil deslizándose por la puerta. Un toque de aceite de *ylang-ylang* flotaba en el ambiente.

En diciembre, la brisa del océano era áspera y enrojecía la piel, como los dedos de mis manos de restregar las capas de polvo y suciedad de los estantes, los armarios y las tablas del suelo de la casa de tía Augustine. Tenía calambres en los músculos y dolor en los hombros de arrastrar los pesados muebles para llegar a las esquinas llenas de polvo y para limpiar las telarañas que llevaban años colgando de las esquinas. Ghislaine asentía para demostrar su aprobación por el brillo del recibidor y el resplandor de las baldosas del cuarto de baño, que todavía apestaban a la lejía que había utilizado para acabar con el moho alojado en la lechada. Tía Augustine simplemente levantó la barbilla y comentó:

—A los pomos de las puertas les falta lustre y aún puedo ver una capa de suciedad en el baño.

Me arremangué las deshilachadas mangas de mi vestido de invierno y me arrodillé a frotar, pulir y enjabonar todo otra vez, demasiado atemorizada como para decirle a mi tía que había zonas de su casa que estaban tan destartaladas que por mucho que las frotara y las limpiara, no lograría adecentarlas.

El dolor por la muerte de mi padre se me iba pasando lentamente, pero se debía más a lo exhausta que me sentía por aquel duro trabajo que a que realmente lo estuviera aceptando. Por las noches me acurrucaba bajo la fina sábana de mi cama, escuchando los silbidos del radiador que expedía un calor errático al aire. Me apestaba el pelo a sal y se me quedaba el aceite de linaza entre las puntas de los dedos. Me raspaba la mugre que se me metía bajo las uñas y me peinaba para reducir la suciedad del pelo todas las noches, pero el baño que me permitían darme una vez a la semana no me libraba de aquellos olores. Parecían haberseme filtrado a través de los poros de la piel.

«Tiene que haber algo más allá de esto», me decía a mí misma. Los pocos minutos antes de quedarme dormida eran el único momento que tenía para pensar y

hacer planes. Tía Augustine decía que alojarme le costaba «un ojo de la cara» y que por eso no podía pagarme un sueldo. Ni siquiera tenía dinero para jabón o para mandar cartas a mi familia. Se me ocurrió que no estaba en modo alguno obligada a quedarme con tía Augustine, excepto porque mi madre y mi tía me habían suplicado que tratara de hacerlo lo mejor posible.

—He oído que pueden sucederles cosas terribles a las muchachas que están solas en Marsella —me había advertido tía Yvette—. Espera hasta que Bernard pueda enviarte algo de dinero.

Anhelaba la belleza, pero era monotonía lo único que me rodeaba. Lo primero que veía todas las mañanas al levantarme eran los barrotes de la ventana, las grietas que recorrían las paredes y las manchas de las tablas del suelo. En la finca abría los ojos por la mañana para contemplar los campos y para que la brisa aromatizada por la glicinia y la lavanda me acariciara hasta despertarme. En casa de tía Augustine el hedor a agua de mar ascendía desde el suelo, así que a veces soñaba que estaba atrapada en el camarote de un barco. En la finca me despreocupaba de las labores domésticas, porque la belleza natural no se malograba por unas pocas prendas desordenadas o una cama mal hecha. Pero en Marsella lo que me rodeaba era tan desagradable que me convertí en una maniática del orden, aunque mis intentos por embellecer aquella casa cayeron siempre en saco roto. No parecía importar lo mucho que yo ordenara y limpiara, los muebles seguían teniendo un aspecto desvencijado y, debido a la insistencia de tía Augustine de tener cerrados los postigos de las ventanas incluso en invierno, todo era depresivamente oscuro. Ghislaine se mostraba respetuosa ante mis esfuerzos, pero incluso aunque *monsieur* Bellot mirara a su alrededor admirado por la limpieza, no se abstenía de caminar con las botas embarradas por las alfombras, ni *monsieur* Roulin dejaba de escupir los huesos de las aceitunas en los escalones que yo acababa de fregar un momento antes.

Durante todas las semanas que llevaba viviendo con tía Augustine, no había logrado ver a la misteriosa huésped del cuarto piso. A menudo percibía su olor; un toque de pachulí en el baño; un dulce soplo de incienso leñoso filtrándose bajo su puerta... E incluso a veces la oía: unos pies taconeando por las tablas del suelo cuando limpiaba la habitación de tía Augustine; una voz apenas perceptible canturreando de un gramófono *Je ne peux pas vivre sans amour...* Sin embargo, nunca la vi. Parecía tener un horario propio. Cuando nos sentábamos a comer, escuchaba el gemido de los grifos del baño. Mientras lavaba los platos en la cocina, sus furtivos pasos se escabullían escaleras abajo y se evaporaban con un portazo de la puerta de entrada. A veces, si todavía estaba despierta durante las primeras horas de la madrugada, oía un coche pararse en el exterior de la casa y un coro de voces entusiasmadas. La risa de la desconocida resonaba por encima de las demás. Era una risa ligera, despreocupada, que me provocaba un cosquilleo en la piel como una brisa primaveral.

Ghislaine me proporcionó toda la información de la que disponía: el nombre de la

inquilina era Camille Casal, tenía veinte años y trabajaba como corista en un teatro de variedades local. Sin embargo, fracasé tantas veces intentando alcanzar a verla que finalmente lo dejé por imposible.

Al año siguiente la primavera llegó pronto, y para finales de marzo ya se percibía la calidez en el aire. Examiné el huerto de plantas y verduras, desenredé las ramas de las tomateras y arranqué las malas hierbas rastreras que asfixiaban a los cogollos de las lechugas. Tenía ramitas de hinojo, romero y tomillo gravemente deshidratadas, pero probablemente salvables. Si las hojas acababan siendo demasiado duras como para ser comestibles, podía secarlas y rellenar con ellas bolsitas aromáticas. Saqué una oxidada pala de entre las garras de la clemátide, que había trepado la valla desde el jardín trasero al nuestro, y me atreví a entrar de nuevo en el sótano en busca de un rastrillo. Después de la cena, cuando el ambiente era más fresco, rastrillaba la tierra endurecida y la mezclaba con restos de verdura para enriquecer el terreno. Ghislaine me trajo semillas de cilantro, albahaca y menta. Las sembré en montículos elevados mientras me imaginaba lo que se habría reído mi padre al ver a su Flamenco trabajando la tierra. Todas las mañanas regaba mi jardín y me acordaba de uno de mis refranes favoritos: «Cosas buenas les suceden a los que siembran y esperan con paciencia».

A finales de abril parecía que todos mis días transcurrían en una depresiva monotonía, pues lo único que hacía era limpiar, barrer, cavar y dormir, hasta una tarde en la que me encontraba colgando las cortinas del salón después de haberlas aireado. Andaba desesperándome al ver que el tejido estaba lleno de manchas descoloridas y de agujeros producidos por las polillas, cuando escuché un ladrido y, después, un grito agudo de tía Augustine. Me caí del taburete en el que estaba subida y aterricé con el trasero, provocando un ruido sordo.

—¿¡De quién es este monstruo!?

La criatura a la que se refería tía Augustine volvió a ladrar. Me levanté, enderecé el taburete y después corrí al rellano para averiguar qué sucedía. Alguien se estaba riendo. El sonido de aquella risa me produjo un cosquilleo en la piel y supe al instante de quién se trataba.

—¡Maldita vieja gruñona! Es mi cachorro —dijo Camille—, *monsieur* Gosling me lo ha regalado por haber conseguido cinco bises.

—¡Por enseñar el coño y las tetas! —le espetó tía Augustine, gritando por encima de los ladridos—. ¡Te dije que no admitía mascotas!

Me sonrojé al escuchar a una mujer mayor utilizar aquel vocabulario. Sin embargo, el bochorno que me produjo no acabó con mi curiosidad. Preparada para enfrentarme a la ira de mi tía por espiar conversaciones ajenas, avancé escaleras arriba.

—Es tan pequeño que es más una planta que un perro. Se está usted portando como una auténtica bruja, solo porque la ha asustado.

—¡No quiero desorden!

—¡Pues parecía usted bastante feliz de vivir en el más absoluto caos hasta que llegó su sobrina!

Tras aquellas palabras, se creó un silencio y yo me detuve en el rellano del primer piso, aguzando el oído para escuchar qué vendría después. Se me ocurrió que Camille era muy osada por hablarle a tía Augustine así y que mi tía a su vez era muy codiciosa por alojar a una persona a la que tanto odiaba. Un día que la tía había dejado su libro de contabilidad abierto sobre su escritorio me enteré de que Camille pagaba el doble de alquiler que los demás, aunque no comía nunca en casa.

—No hará ningún ruido mientras yo no estoy —dijo Camille—. Esa muchacha suya puede sacarlo de paseo por las noches. Después, se dormirá.

—¡Ella no va a hacer tal cosa! Ya está lo suficientemente ocupada —replicó tía Augustine.

—Estoy segura de que sí lo hará... si le pago. Y está claro que usted se quedará con la mitad de lo que le dé a ella.

La conversación se detuvo de nuevo. Supuse que tía Augustine estaba replanteándose todo el asunto. Prefería el dinero a que la casa estuviera limpia. ¿Pero iba a ceder ante una persona a la que despreciaba tanto? Me moría de ganas ante la idea de que me pagaran por hacer algo, aunque tía Augustine se quedara con la mitad. Me parecía que ganar algo de dinero no podía más que presagiar el principio de cosas mejores. Contuve la respiración y me deslicé hacia el siguiente tramo de escaleras. Pero el sonido de pasos dirigiéndose hacia mí hizo que me detuviera en seco. No era la torpe manera de andar de tía Augustine, sino el contoneo de una leona. Mi primer instinto fue darme la vuelta y echarme a correr. Pero en vez de eso, descubrí que mis pies se habían quedado totalmente inmóviles, como si fueran de plomo. Lo único que pude hacer fue mirármelos. Los pasos se pararon frente a mí.

—¡Aquí estás!

Levanté la mirada. Durante un momento, pensé que estaba sufriendo una alucinación. Inclineda sobre la balaustrada del rellano superior se encontraba la mujer más hermosa que había visto jamás. El cabello rubio le caía formando ondas desde la coronilla, sus ojos eran de color azul cristalino y su nariz parecía esculpida como las de aquellas estatuas del Palais Longchamp que me paré a contemplar un día durante uno de mis paseos. Era como una rosa, ataviada con un vestido de color menta claro con un corsé de pétalos color escarlata. Entre sus estilizados dedos sostenía un animal cerca de su propio cuello. Por el tamaño, pensé que parecía una rata de pelaje color miel, pero cuando se volvió hacia mí y parpadeó con sus ojos saltones y sacó una pequeña lengua rosa, me di cuenta de que era el perro más minúsculo que había visto nunca.

Camille bajó hasta donde yo me encontraba y me colocó entre los brazos al animalillo, que no paraba de retorcerse.

—Se llama *Bonbon*. Es un chihuahua. Lo cual supongo que significa que cuesta

una fortuna.

El perrito me lamió la cara y meneó su cola en forma de pluma con tanto vigor que le tembló todo el cuerpecillo. Acaricié su pelaje aterciopelado y le dejé mordisquearme los dedos, olvidándome por un momento de que Camille me estaba observando.

—¡Mira tú! —comentó—, ya le gustas más que yo.

Levanté la mirada hacia ella.

—¿Quiere usted que lo lleve de paseo?

—¡Dios santo, sí! —respondió, acariciándose la barbilla y estudiándome de pies a cabeza—. No soy buena con los animales.

Acuné a *Bonbon* entre mis brazos, dándole la vuelta para hacerle cosquillas en la barriga. Fue cuando me di cuenta de que *Bonbon* no era macho, sino hembra.

Tía Augustine se quedaba con la mitad de los cincuenta céntimos que Camille Casal me pagaba por pasear a *Bonbon* durante una hora. Pero no me importaba, porque me daba la oportunidad de salir de aquella lóbrega casa. Cada vez que ponía un pie en la calle y *Bonbon* brincaba delante de mí, llevándome por las retorcidas callejuelas hacia los muelles, sentía que empezaba a vivir de nuevo. Escuchábamos a los voceadores de los restaurantes loando las virtudes de sus platos y a los gitanos tocando el violín. *Bonbon* y yo paseábamos por el bulevar principal de Marsella, la Canebière, parándonos para oler las rosas que llenaban los cubos de la puerta de la floristería o a contemplar embobadas el escaparate de la *chocolaterie*, donde mirábamos cómo empaquetaban los bombones en cajas adornadas con lazos dorados. Independientemente de si nos cruzábamos con hombres que bebían una copa de *apéritif* en las terrazas de los cafés o con mujeres ataviadas con sombreros y perlas que paladeaban sus *cafés crèmes*, todos ellos arqueaban las cejas de asombro al ver a una niña con un vestido desgastado paseando a un perro que llevaba un collar con *strass*.

Una tarde que *Bonbon* y yo regresábamos a casa, nos topamos con las prostitutas del edificio contiguo, que estaban en el umbral de su puerta, esperando a que llegaran los clientes de esa noche. Cuando me vieron con *Bonbon* prorrumpieron en chillidos.

—¿Qué es eso que llevas al final de la correa? ¿Una rata? —comentó la que estaba más cerca de nosotras, echándose a reír.

Aunque tía Augustine me había prohibido hablar con nuestras vecinas, no pude evitar sonreírles a aquellas mujeres. Cogí a *Bonbon* y se la tendí. Le rascaron bajo el morro y le acariciaron el lomo.

—Es muy mona. Mira qué orejas: ¡son más grandes que ella misma! —comentaron.

Solo cuando me encontré cerca de ellas, me di cuenta de que aquellas mujeres eran mucho mayores de lo que aparentaban a cierta distancia. Se les veían las arrugas y la piel llena de manchas bajo varias capas de maquillaje y colorete, y la esencia de agua de rosas que se desprendía de su cabello y sus ropas no lograba disimular el olor

rancio de su piel. Aunque todas parecían felices y sonrientes, me sentí triste por ellas. Cuando las miré a los ojos, percibí que sus vidas debían de estar llenas de sueños rotos y oportunidades frustradas.

En cuanto *Bonbon* llegó al umbral de la casa de tía Augustine dejó caer el rabo, y yo sentí que si hubiera tenido uno también lo hubiera dejado caer en ese momento. Me agaché, le rasqué alrededor del collar y le hice cosquillas en las orejas.

—Puede que la tenga como huésped —escuché diciendo a tía Augustine mientras entraba por la puerta principal—, pero no voy a permitir que una mujer como esa se dedique a vagar por la casa o a traer hombres aquí.

Cerré la puerta lo más sigilosamente que pude. Las garras de *Bonbon* arañaron el suelo y se dejó caer, mirándome con sus inteligentes ojillos. La recogí del suelo, me la metí en el bolsillo y me deslicé hacia la cocina para escuchar qué más estaba diciendo tía Augustine. Había un espejo inclinado en un estante del salón y en él se reflejaba mi tía sentada a la mesa de la cocina con los pies metidos en un cubo. Ghislaine estaba limpiando unos mejillones y arrojaba las cáscaras dentro de una cesta. Tía Augustine bajó la voz y tuve que aguzar el oído para poder escucharla.

—Y no llevaba puesto apenas nada de ropa, ¡nada! —siseó—. Las mujeres se pegan un trozo de tela con cola de maquillaje y los hombres se ponen relleno..., bueno..., ya sabe usted dónde.

Me tapé la mano con la boca para contener una risita. ¿Cómo sabía tía Augustine todo aquello?

Ghislaine esperó hasta haber terminado de limpiar el último mejillón para contestar.

—No creo que Simone vaya a pervertirse solo por pasear al perro de Camille.

Aunque Marsella me había asustado al principio, acabé por cogerle cariño a la ciudad durante mis paseos con *Bonbon*. El Vieux Port tenía un aspecto muy pintoresco bajo la luz crepuscular provenzal. A aquella hora del día no había ni rastro del ajetreo de gente yendo de aquí para allá que tenía lugar al alba cuando abría la lonja de pescado. Las personas que paseaban por la tarde lo hacían tranquilamente y sin prisa. Los voceadores de los restaurantes pregonaban sus menús a voz en grito, atrayendo a los viandantes a sus establecimientos, que despedían especiados aromas a ajo y a guiso de pescado. Los gitanos se reunían en los muelles vendiendo cestas de mimbre y quincalla, o tentando a los transeúntes para leerles la mano o predecirles su fortuna. Ghislaine me había contado que estaban llegando de toda Europa para el festival anual de Les Saintes Maries de la Mer y que se pasarían la mayor parte del verano en el sur de Francia. El aire se animaba con la música de violines y canciones. Los vestidos rojos y amarillos de las bailarinas me recordaron a las flores silvestres que salpicaban las faldas de las colinas en Pays de Sault y pensé que ahora que tenía un poco de dinero podía responder a la carta de tía Yvette para contarles a ella y a mi madre qué tal me estaba yendo.

Pasé frente a un puesto que tenía lo que tomé por aves desplumadas colgadas

entre dos postes. La carne olía a animal de caza y le pregunté al vendedor qué era. Se rascó la cabeza y trató de dibujar con el dedo la criatura en el aire antes de recordar cómo se llamaba en francés: *le hérisson*, el erizo. Retrocedí y eché a correr. Aquellos cuerpos me recordaban a *Bonbon* demasiado para mi gusto.

Una gaviota chilló sobre mi cabeza. Seguí su trayectoria por el cielo y la vi aterrizar en el puerto. Al mismo tiempo, divisé a Camille junto a un carro de fruta en la esquina de la Rue Breteuil. Llevaba un ramo de lirios envueltos en papel de periódico en una mano y le señaló unas uvas al frutero con la otra. Su cabello rubio relucía entre todos los rostros oscuros como una farola en un callejón oscuro. Llevaba puesto el vestido verde con un chal indio cubriéndole los hombros y el pelo peinado hacia atrás y recogido con un lazo. Tras recibir su compra, miró en la dirección en la que yo me encontraba. Pero, si me vio, no hizo ningún gesto que lo demostrara y se volvió en dirección a la Canebière.

«Debe de ir de camino al teatro», pensé. *Bonbon* se revolvió entre mis brazos y la puse en el suelo. Se fue correteando entre el mar de piernas, apresurándose hacia Camille y arrastrándome detrás de ella. Era un comportamiento muy extraño por parte de *Bonbon*, pues me tenía mucho más cariño a mí que a su dueña. Pensé que quizá entendía la curiosidad que me producía Camille y me estaba dando la oportunidad de hablar con ella fuera de casa.

Normalmente, la Canebière estaba siempre llena de gente, pero aquella noche se encontraba especialmente atestada por la afluencia de gitanos. Por una vez, agradecí mi altura tan poco femenina, que me permitía localizar la coronilla rubia de Camille moviéndose entre el mar de cabezas frente a nosotras. Dobló la esquina en una avenida bordeada de plátanos, y *Bonbon* y yo la seguimos. La calle estaba llena de estilosas mujeres que iban del brazo de sus sofisticados acompañantes. Los vendedores ambulantes de comida alineaban sus puestos contra las alcantarillas, y las rajadas de melón y los melocotones aromatizaban el ambiente. *Bonbon* siguió correteando, ignorando los enjoyados caniches y fox terriers que movían la cola a su paso y le dedicaban miradas anhelantes. «¿Habrás estado aquí antes? —me pregunté—. ¿Se estará acordando del camino a casa?».

Me parecía poco correcto estar siguiendo a Camille, pero no ponía acercarme a ella lo suficiente como para llamar su atención. En cada esquina esperaba que se volviera y me viera, pero nunca lo hizo. Seguía adelante, concentrada en llegar a su destino. Después de un rato, dobló la esquina de una estrecha callejuela cuyas casas bloqueaban los últimos rayos de sol. Los adoquines apestaban a alcohol y a vómito. Las fachadas de las casas —las que no estaban cubiertas de medra— tenían la pintura desconchada. Las prostitutas, mucho más esqueléticas que nuestras vecinas, miraban desde el umbral de las puertas, haciéndoles señas a los grupos de marineros que merodeaban por la calle. Cogí a *Bonbon* en brazos y miré a mis espaldas, sin querer continuar hacia las calles laterales, pero atemorizada de volver atrás.

Camille desapareció en una esquina y eché a correr para seguirle el paso. Me

encontré en una plaza con una fuente en el centro. Al otro extremo había un enorme edificio de piedra con cuatro columnas y paneles esculpidos con ninfas danzarinas a cada lado de las puertas dobles. El cartel superior rezaba: «Le Chat Espiègle». El edificio era impresionante por su tamaño, pero destartalado en los detalles. Las columnas estaban agrietadas y cubiertas de manchas, y los relieves, que probablemente en su día fueron blancos, habían ennegrecido y estaban tiznados de mugre. Alcancé la fuente a tiempo para ver a Camille entrando en un callejón en el lateral del edificio. Salí corriendo tras ella y estaba a punto de llamarla cuando subió deprisa un tramo de escaleras y desapareció tras una puerta. Dudé un momento, preguntándome si debía seguirla. Subí los escalones y giré el pomo, pero la puerta estaba cerrada. A través de una ventana abierta del segundo piso se escapaba el débil sonido de unas notas al piano y el eco de un taconeo. *Bonbon* puso las orejas en tensión y yo me paré a escuchar.

De repente, resonaron unos pasos sobre los adoquines de la calle, así que bajé de un salto los escalones y me escondí detrás de unas cajas de basura. Lo hice justo a tiempo, antes de que me sorprendiera una procesión de mujeres que se aproximaban a nosotras. Eran jóvenes y esbeltas, con el pelo corto y caras bonitas. Me acomodé contra una pila de periódicos arrugados y de botellas vacías. El aire apestaba a ginebra y a pescado. *Bonbon* bajó las orejas y apretó su cabecilla contra mi pecho.

Una chica pelirroja subió las escaleras dando zancadas y golpeó la puerta con los nudillos. Las otras se apoyaron sobre la barandilla o se sentaron. Llevaban modernos vestidos, con el corte justo por debajo de la rodilla, pero incluso desde donde yo me encontraba agazapada podía ver que estaban hechos de encaje acartonado y baratas cuentas descoloridas.

Una chica con el pelo rubio oxigenado sacó un peine del bolso y se lo pasó por el flequillo.

—Tengo hambre —se quejó, doblándose hacia delante y cubriéndose el estómago con una mano.

—Eso es lo que pasa cuando no comes —replicó la muchacha que estaba a su lado.

Su acento era poco natural y, aunque sus facciones eran elegantes, hablaba un francés barriobajero.

—No puedo comer —respondió la primera chica, mirando por encima del hombro a la pelirroja, que estaba llamando a la puerta otra vez—. Tengo que pagar mañana el alquiler.

—*Mon Dieu!* ¡Qué calor hace! —se quejó una muchacha morena, secándose el sudor de la frente con un pañuelo—. Me estoy marchitando como una flor.

—Ahora hace un poco menos —le respondió la chica hambrienta—. Era peor esta tarde. El maquillaje se me caía a chorros por el sudor. No encienden los ventiladores durante los ensayos.

La pelirroja se volvió.

—Marcel me dejó caer durante el baile arabesco.

—¡Ya lo vi! —exclamó otra chica—. ¡Y caíste en medio del charco de sudor que había a sus pies!

—¡Menos mal que no me ahogué! —bramó la pelirroja, estallando en carcajadas. Las otras muchachas se echaron a reír.

El cerrojo chasqueó y todas se pusieron de un salto en fila, como a fuerza de costumbre. La puerta se abrió de golpe.

—¡*Bonsoir*, Albert! —corearon una por una antes de desaparecer en la oscuridad.

Bonbon se revolvió y me lamió los dedos. Estaba a punto de ponerme en pie cuando escuché más pasos sobre los adoquines de la calle y me volví a esconder. Espié entre las pilas de basura para ver a una mujer con aspecto de matrona dirigiéndose hacia nosotras con un montón de cajas de sombreros en las manos. Las cajas eran tan altas que tenía que mirar por un lado para saber por dónde iba. La seguían de cerca dos hombres muy morenos que llevaban estuches de instrumentos musicales bajo el brazo. El trío se paró delante de la puerta y uno de los hombres llamó. Como había sucedido con las chicas, tuvieron que esperar unos minutos antes de que se abriera y desaparecieran en el interior. Aunque me dolían las pantorrillas y los pies y *Bonbon* se estaba revolviendo entre mis brazos, me sentía hipnotizada por la procesión de gente que pasaba ante mis ojos. En comparación con mi vida de extenuante trabajo, todos ellos resultaban muy misteriosos.

La puerta se abrió y pegué un salto. Salió un hombre, que echó un vistazo al callejón. Estaba segura de que me vería, pero se paró poco antes de descubrir mi escondrijo. A pesar del calor, llevaba puesto un abrigo sobretodo que le llegaba hasta los tobillos y tenía el cuello de la camisa subido. El hombre dejó la puerta abierta, fijándola con un ladrillo, y se reclinó sobre la barandilla durante un momento antes de rebuscarse en el abrigo y liarse un cigarro. Noté que el tobillo derecho me ardía de estar en cuclillas y moví un poco el pie para aliviar el calambre. Golpeé con el zapato una botella de vino, que se fue rodando hasta chocar contra un cubo de basura con un tintineo. El hombre giró sobre sus talones y me miró a los ojos. A mí se me cortó la respiración.

—¡Vaya! ¡Hola! —saludó, rascándose la barba de varios días que le cubría la barbilla.

—¡Hola! —contesté, poniéndome en pie y estirándome el vestido. Después, incapaz de pensar en una buena razón para justificar que me estuviera escondiendo en la basura, exclamé—: ¡Buenas noches!

Y salí corriendo del callejón.

Intrigada por lo que había presenciado y a falta de otra diversión, regresé al teatro la noche siguiente. Pero cuando llegué al callejón estaba desierto. Pensé que quizá *Le Chat Espiègle* no ofrecía espectáculo los sábados por la noche y corrí a la taquilla, donde me aseguraron que sí que había y me señalaron los precios de las entradas. Volví al callejón. Escuché que alguien afinaba un violín, lo que me convenció de que

disfrutaría de nuevo de la llegada de los artistas. Encontré una caja vacía entre la basura y la coloqué bajo el toldo de la tienda de objetos usados que se encontraba frente a la puerta de artistas. Me senté en la caja con *Bonbon* sobre el regazo, me cogí las rodillas con las manos y observé con expectación la esquina. No tuve que esperar mucho hasta que aparecieron las coristas, riéndose y desfilando como patitos de camino al estanque. La chica pelirroja fue la que primero me vio:

—*Bonsoir!* —exclamó, sin sorprenderse ni lo más mínimo de ver a una niña sentada en una caja con un perro sobre las rodillas.

Las otras me saludaron con la cabeza o me sonrieron al pasar. Llamaron a la puerta, se abrió y desaparecieron en la oscuridad.

Un poco más tarde, tres hombres y dos mujeres aparecieron detrás de la esquina. Me sorprendió su forma de marchar al andar, sus fornidas espaldas y sus barbillas levantadas. Los brazos de los hombres eran tan anchos como troncos de árboles, mientras que las extremidades de las mujeres eran nervudas y sus rostros estaban en tensión. Dos de los hombres cargaban con un baúl. Cuando se aproximaron, vi las palabras «La Familia Zo-Zo» pintadas en un lateral, junto a una imagen de seis trapecistas balanceándose en la cuerda floja. La cuerda se encontraba sobre un río atestado de cocodrilos y en el fondo se veían montañas y árboles de aspecto prehistórico. Había seis acróbatas en la imagen, pero solo cinco personas formaban el grupo. Me pregunté qué le habría sucedido al sexto componente.

Una de las mujeres llamó a la puerta. Se abrió y esta vez vislumbré la silueta del portero acechando en las sombras. Después de que entraran los acróbatas, salió al rellano.

—Pensé que era usted —me dijo—. Llega pronto. Normalmente no dejamos entrar a los admiradores hasta después de la actuación. Y solo pueden entrar los que han pagado por ver el espectáculo.

El corazón me palpó con fuerza. Me dio la terrible sensación de que me iba a echar. Tartamudeé que lo único que quería era ver la llegada de los artistas y que no tenía dinero para presenciar el espectáculo, pero que, si lo tuviera, sin duda pagaría por entrar en una sala con tanta categoría. Los ojos del portero brillaron y las comisuras de su boca formaron un amago de sonrisa.

Un hombre que llevaba un traje muy usado con las rodillas desbastadas y una camisa blanca que más bien presentaba una tonalidad grisácea se dirigió hacia nosotros. Su mirada estaba fija sobre un pedazo de papel arrugado que sostenía en la mano. Llevaba la otra mano metida en el bolsillo.

—*Bonsoir*, Georges —le saludó el portero.

El hombre se detuvo durante un instante y levantó la mirada, pero no contestó al saludo. Murmuró algo para sus adentros y subió las escaleras. El portero alzó la voz y repitió:

—¡*Bonsoir*, Georges!

Puesto que el otro hombre seguía sin responder, el portero bloqueó el callejón

poniéndose en medio y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ya demuestra bastante mala educación al no saludarme a mí —le espetó—. Pero podría hacer el favor de al menos decirles «*bonsoir*» a la joven señorita y a su perro, que se encuentran allí. Le estaban esperando.

El hombre contempló al portero y después se volvió sobre sus talones y me lanzó una mirada aterradora. *Bonbon* retrocedió y se echó a ladrar.

El hombre arrugó el entrecejo como si se acabara de despertar de un sueño.

—*Bonsoir* —dijo gravemente, saludando con la cabeza antes de pasar junto al portero y sumirse en la oscuridad.

Su rostro lleno de picaduras y aquellos ojos hundidos me provocaron una sensación macabra. Me pregunté si sería uno de aquellos magos sobre los que había leído, que practicaban la magia negra y cortaban a bonitas mujeres en dos con una sierra.

El portero contempló al hombre mientras desaparecía.

—Ese es el humorista —aclaró sonriendo.

Resonaron unos tacones sobre los adoquines de la acera, ¡clic, clac, clic, clac! Los tres levantamos la mirada. Camille venía caminando por el callejón, con las piernas desnudas a causa del calor. Llevaba un vestido rojo y se había peinado el pelo hacia un lado con una peineta. Justo detrás de la oreja se había colocado una orquídea. Cogía uvas del racimo que llevaba en la mano y se las comía de una en una, masticando cada una de ellas con aire pensativo mientras miraba al infinito. Detrás de ella, resonaron unos pasos más pesados. Advertí a un hombre con sombrero de copa y frac que dobló la esquina con un voluminoso ramo de rosas bajo el brazo. Me estaba preguntando qué tipo de espectáculo haría, cuando el hombre emitió un gemido de dolor:

—¡Caaaamiiiiillee!

Sentí escalofríos al oírlo. Pero si aquel hombre estaba esperando que Camille reaccionara, no lo logró. Ella siguió acercándose tranquilamente con los ojos fijos en la puerta de artistas, sin ni siquiera verme a mí. El rostro del hombre enrojeció y se mordió el labio. Tenía aproximadamente treinta años, pero sus abultadas mejillas y su exigua barbilla le conferían el aspecto de un bebé.

—¡¡¡Camille!!! —suplicó, corriendo hacia ella.

Camille frunció el entrecejo y se volvió para encararse con su perseguidor.

—¿No puedes dejarme en paz ni un minuto? —rezongó.

El hombre se paró en seco, tragó saliva y avanzó un paso más.

—Pero me lo prometiste...

—Me estás aburriendo. Lárgate ya —le espetó ella, elevando el tono de voz.

El hombre se puso tenso. Le dedicó una mirada al portero, que lo contempló con ojos compasivos.

—Nos encontraremos después del espectáculo, ¿verdad?

—¿Para qué? —le contestó Camille, encogiéndose de hombros—. ¿Para que me

des otro perro? Ya he regalado el primero.

Bonbon levantó las orejas. Asumí que aquel hombre debía de ser *monsieur* Gosling, el admirador que le había regalado a *Bonbon* a Camille después de haber conseguido cinco bises. Parecía fuera de lugar en aquel entorno.

—Escúchame bien —le espetó Camille, clavándole la punta del dedo en el pecho—. No dejo que me traten como a un juguete. No tengo tiempo para nadie que no vaya en serio.

Lo apartó de su camino y ya había subido la mitad de las escaleras cuando *monsieur* Gosling dejó escapar otro gemido y cayó de rodillas al suelo. Pensé que se iba a desmayar o que se iba a arrastrar tras ella. Sacó el ramo de rosas que llevaba bajo el brazo. No me cupo la menor duda de que aquel no era el momento adecuado para ofrecérselo a Camille, cuya boca se curvó en una sonrisa cruel. Daba la sensación de que estaba a punto de lanzarle otro comentario mordaz, cuando se paró en seco y contempló las flores. Vio algo en ellas que le hizo cambiar de opinión. Se le dulcificó la expresión como un capullo abriéndose para recibir la lluvia.

—¡*Monsieur* Gosling! —ronroneó, pasándose los dedos por el cuello antes de hundir la mano en los pétalos y sacar algo de entre ellos.

Brilló a la luz del sol. Era un brazalete de diamantes.

La confianza de *monsieur* Gosling aumentó cuando vio que Camille estaba disfrutando. El tono de ella pasó de ser gélido a un murmullo provocativo cuando le dijo:

—Así está mejor.

Y lo besó en la mejilla. Él era como un cachorrillo que había complacido a su dueña por haber orinado en el lugar adecuado.

—¿Después del espectáculo...? —comenzó a decir, tratando de adoptar un tono varonil y exigente, pero, aun así, seguía sonando dubitativo.

—De acuerdo, después del espectáculo... —respondió Camille antes de escabullirse junto al portero hacia la oscuridad.

El portero puso los ojos en blanco. *Monsieur* Gosling bajó brincando las escaleras, pero se sobresaltó cuando me vio, o más bien cuando vio a *Bonbon*.

—¿Ese es...? Debo preguntarle... ¿Ese es? —tartamudeó, acercándose a mí.

—Sí —le contesté—. Este es el cachorro que le regaló a *mademoiselle* Casal. Yo lo paseo todos los días.

Abrió mucho los ojos y se echó a reír, mostrando unos dientes torcidos. Yo hubiera salido huyendo de no haber estado el portero allí también. *Monsieur* Gosling palmoteo y miró hacia el cielo, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Después de todo, me quiere! —gritó, lo bastante alto como para que lo oyera toda Marsella—. ¡Ella me quiere!

No pude ir al teatro la noche siguiente. Tenía a *Bonbon* en la puerta, lista para salir, cuando tía Augustine me llamó desde las escaleras para decirme que tenía que llevarle una nota urgente a su abogado.

—Puedes combinar ambos paseos —me sugirió.

«En realidad no», pensé yo, sabiendo que no podría ir hasta el despacho de su abogado en la Rue Paradis y después dirigirme al teatro.

Al día siguiente, mientras estaba ajustándole la correa a *Bonbon* para nuestro paseo, tía Augustine me llamó para decirme que quería que le llevara una carta al farmacéutico. Esperaba que no fuera a hacer una costumbre de aquellos paseos que eran una combinación entre sacar a la perrita y hacerle sus recados. Después de dejar la carta en la farmacia, corrí hasta llegar a Le Chat Espiègle. Cuando alcancé el callejón, me dio un salto de alegría el corazón al ver que mi cajón estaba preparado para mí, junto con una jarra de agua para *Bonbon*. Tomé asiento y me eché un poco de agua en la palma de la mano para que *Bonbon* la lamiera. Sin embargo, después de esperar un cuarto de hora, nadie había llegado aún. Me apoyé contra el muro, tratando de contener la decepción. Me había presentado treinta minutos más tarde de la hora a la que había llegado las dos primeras noches y me los había perdido a todos. Cuando estaba a punto de levantarme y marcharme, la puerta de artistas se abrió de un golpe y me habló desde el interior una voz familiar:

—Pensé que no iba usted a venir.

Levanté la mirada y vi al portero sonriéndome.

—¿Me los he perdido?

Asintió y me dio un vuelco el corazón.

—Siendo así, *mademoiselle* —me dijo—, le sugiero que pase usted adentro y contemple el espectáculo entre bastidores.

Pegué un salto, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Me temblaron tanto las piernas que apenas pude moverme.

—¡Vamos! —me animó el portero entre risas.

No necesitaba más invitación que aquella. Corrí escaleras arriba me interné a través de la puerta por donde había visto pasar a los demás antes que yo. Al principio, me sentí aturdida por el contraste entre la luminosidad exterior y la oscuridad del interior, pero tras unos segundos se me acostumbraron los ojos y vi que estaba en el hueco de una escalera atestado de sillones y paneles pintados con decorados de un baño turco.

—Me llamo Albert —me dijo el portero—. ¿Y usted es...?

—Simone. Y esta es *Bonbon* —le respondí, levantando a *Bonbon* delante de él.

—Encantado de conocerlas a las dos —me contestó, haciéndome un gesto para que le siguiera escaleras arriba y a través de un estrecho pasillo—. Pues ahora, Simone y *Bonbon*, es muy importante que ambas se estén muy calladas, porque si no la dirección del teatro se enfadará.

Apartó una cortina y me señaló un taburete situado bajo unas escaleras. Avancé entre más paneles de decorados, una lámpara de araña que se encontraba sobre un sofá roto y un cubo de arena, y después me acomodé en el espacio que había y coloqué a *Bonbon* sobre mi regazo. Me picaba la nariz por el olor a polvo y pintura,

pero no me importó. Albert se presionó el dedo índice contra los labios y yo asentí, dándole a entender que mantendría mi promesa de estar callada. Él sonrió y desapareció.

Eché un vistazo a través de una rendija de la cortina y tuve que entrecerrar los ojos a causa de las deslumbrantes luces que brillaban como cuatro soles hacia mí. Descubrí que estaba en las cajas más cercanas al telón de fondo, que se trataba de una imagen de una estampida de búfalos a través de una llanura. En la distancia, un vagón de tren serpenteaba paralelo a un río. Desde donde me encontraba, también veía el escenario y el foso de la orquesta, y, más allá, las tres primeras filas de asientos. En el centro del escenario había un imponente tótem de madera que tenía unos primitivos rostros esculpidos a ambos lados. La orquesta estaba afinando los instrumentos y un hombre de piernas larguiruchas y un bigote con las puntas engominadas en forma de caracolillo se movía rápidamente de un lado para otro, gritándole a alguien que se encontraba en los bastidores frontales que cerrara el telón.

—¡El público está a punto de entrar! —chilló, pasándose los dedos por su engominado cabello—. ¿Qué quieres decir con que la cuerda está enredada?

Como respuesta, se escucharon varios gruñidos y un sonido de desgarró. Ambas partes del telón fueron saliendo bruscamente desde los bastidores, pero se detuvieron súbitamente dejando un metro de distancia entre ambas. Se oyeron más gruñidos desde el bastidor frontal, seguidos por una ristra de palabrotas.

El hombre alto contempló un punto fijo en el telón de fondo durante un instante antes de exclamar entre suspiros:

—¿Qué quieres decir con que no se cierran más? Te dije que debías comprobarlas durante el ensayo. Ahora es demasiado tarde como para engrasar los raíles.

Se oyó un ruido sordo y el decorado se tambaleó. *Bonbon* aulló, pero por suerte el ruido había sido tan fuerte que su eco ahogó el aullido. Le acaricié el lomo y miré por la rendija. El tótem se había caído hacia un lado. Dos hombres que llevaban monos de trabajo y martillos en los bolsillos traseros se apresuraron a salir al escenario para enderezarlo, fijando una sujeción en la base. Al hombre del bigote con florituras se le salieron los ojos de las órbitas y apretó los puños a ambos lados del cuerpo. Parecía a punto de explotar, pero cuando el tótem estuvo bien sujeto y los dos tramoyistas volvieron a los bastidores, dejó escapar una exhalación lenta y sibilante, levantó los brazos en el aire y gritó:

—¡El espectáculo debe continuar!

El escenario se quedó a oscuras y yo me pregunté qué pasaría a continuación. Distinguí una fila de luces alrededor del foso de la orquesta y un círculo de luz producido por un foco que se encontraba en el bastidor frontal.

Después de un rato se oyeron unas voces. El sonido fue creciendo en intensidad. Moví la nariz intranquila. Observé a través de la rendija más allá del telón y percibí las siluetas de una fila de gente que se movía por los pasillos del patio de butacas e iba ocupando sus asientos. Unos minutos más tarde, una voz masculina resonó por

toda la sala y el murmullo de las conversaciones se detuvo bruscamente.

—Señoras y caballeros, bienvenidos a Le Chat Espiègle...

Me recorrió un escalofrío por toda la columna vertebral hasta el final de las piernas. *Bonbon* se apretó contra mí y levantó las orejas. Un foco de luz se encendió en el escenario, delante del telón. El público aplaudió. La vibración del aplauso sacudió las tablas del suelo bajo mis pies e hizo que la lámpara de araña tintineara. La orquesta arrancó con una melodía romántica y un hombre ataviado con una camisa de rayas y una boina se metió bajo el foco. Se volvió y pude ver su perfil. Llevaba el rostro cubierto de maquillaje blanco, y los ojos y la boca pintados de negro. Levantó la mano y simuló que estaba oliendo una flor. Tras contemplarla con admiración, se la ofreció a unos transeúntes imaginarios. Ya había visto antes mimos en la feria de Sault, pero este era más convincente. Cada vez que recibía una negativa al ofrecimiento de su flor, dejaba caer los hombros e inclinaba la cabeza de tal manera que me transmitía perfectamente su desilusión. No podía ver sus expresiones faciales, pero el público estallaba en carcajadas y pateaba el suelo por su actuación, que terminó cuando uno de los transeúntes invisibles aceptó la flor y el mimo se fue dando saltitos hacia el patio de butacas.

Los instrumentos de percusión iniciaron una explosión de tambores y cascabeles. El telón se abrió por completo y la luz inundó el escenario. Oí una estampida por la escalera que se encontraba sobre mi cabeza y el escenario se llenó de coristas vestidas como indias americanas. Llevaban medias de color tostado que resplandecían bajo las luces y el pelo peinado en largas trenzas, que oscilaban a ambos lados de sus rostros mientras saltaban y hacían cabriolas alrededor del tótem, entonando un grito de guerra. El público se puso en pie y las vitoreó. Algunos silbaron y otros las abuchearon. Gracias a que las luces ahora eran más potentes, podía ver mejor que antes al público. Casi todos eran hombres embutidos en trajes y sombreros oscuros o marineros, pero también había alguna que otra vistosa mujer vestida de lentejuelas y plumas, y media docena de hombres que parecían bastante fuera de lugar, ataviados como *monsieur* Gosling. En el escenario, el baile se volvió más frenético. Los guerreros indios llegaron en canoa, pero las indias les superaban en número y los derribaron para robarles los mocasines.

Después, tan rápido como habían aparecido, las chicas se marcharon como hormigas antes de una tormenta, corriendo hacia los bastidores o escaleras arriba. El sonido amortiguado de sus voces resonó a mi alrededor. Las luces se apagaron de nuevo. *Bonbon* tembló entre mis brazos. El corazón me palpitaba con fuerza en el pecho. Contemplar el espectáculo era como ser abatido por un rayo. Me quemaba la piel y me latían las sienes. Nunca antes había experimentado algo así.

Espié de nuevo a través del telón y parpadeé. Unos seres fantasmales se movían desordenadamente por el escenario. Levantaron algo sobre el telón de fondo que se desenrolló con un ruido sordo como el de una vela desplegándose al viento. Empujaron el tótem hacia los bastidores y en su lugar colocaron tres objetos que

parecían árboles. Unos minutos más tarde, las tenebrosas siluetas se retiraron, como asesinos escabullándose entre las sombras. Me di cuenta de que se escuchaba una voz apagada y comprendí que otro número estaba teniendo lugar delante del telón. Los hombros redondeados y la postura adusta me resultaban familiares y supuse que era el humorista huraño. No alcanzaba a oír lo que estaba diciendo porque proyectaba su voz hacia el público, pero fuera lo que fuera no les gustaba. Le estaban abucheando y golpeaban los puños contra los laterales de sus asientos.

—¡Saquen a las chicas! —gritó una voz hosca por encima de la algarabía.

No me enteré de si el humorista había terminado su número o no, pero instantes después el arpa comenzó una melodía cantarina. Se le unió una flauta, que arrastraba las notas como si se tratara de una serpiente. Una luz dorada inundó el escenario. El público se quedó boquiabierto y yo también. El decorado estaba ambientado en el antiguo Egipto con un telón de fondo de arena, pirámides y palmeras. Las coristas estaban de pie o arrodilladas delante de una escalera que desaparecía por el techo. Vestían túnicas blancas atadas a un hombro con un broche dorado y todas ellas tenían un aspecto muy similar, con pelucas de color ébano y los ojos alargados con una gruesa raya negra. Los eunucos se encontraban de pie a ambos lados del escenario, agitando abanicos de plumas de pavo real. Las coristas cantaron y sus voces recibieron respuesta de otra voz que provenía de más arriba.

Unos pies enjoyados con tobilleras plateadas aparecieron en lo alto de la escalera y comenzaron a descender. Después, les siguieron unas estilizadas piernas y un torso. Cuando la mujer surgió por completo, se impuso un silencio ahogado entre el público. Llevaba cubiertas las caderas con una gasa de muselina que se le cerraba a la cintura con una hebilla en forma de cobra. Toda ella relucía por las joyas que la adornaban de pies a cabeza. Brillaban en los lóbulos de sus orejas y en sus muñecas, y en la parte superior de cada brazo tenía un brazalete dorado. Sobre el pecho le colgaban tiras de cuentas que apenas escondían sus senos turgentes. Fue avanzando paso a paso, deslizándose escalera abajo. Gracias a aquella elegante manera de andar logré reconocerla. Era Camille. Había pasado de ser una hermosa mujer a transformarse en un exótico objeto de deseo. De repente, comprendí la obsesión de *monsieur Gosling*.

Camille alcanzó el final de las escaleras y se movió hacia las candilejas, donde comenzó a hacer ondas con los brazos y a contonear las caderas al ritmo de la música. Un hombre de la primera fila se tapó la boca con la mano sin poder apartar los ojos de ella. El resto del público no se movió ni lo más mínimo. Se quedaron inmóviles, agarrados a sus asientos. Camille movió sensualmente los hombros y las caderas y giró en círculo. Alcancé a ver un instante el brillo de sus ojos, su expresión altiva. Todos los demás artistas que la acompañaban en escena se desvanecieron, se volvieron insignificantes. La voz de Camille era fina pero su presencia sobre el escenario resultaba formidable. Un barco de velas púrpuras apareció deslizándose desde los bastidores y se detuvo a los pies de la escalera. Flanqueada por las coristas,

Camille se subió a él. Se volvió y le dedicó al público un último y descarado contoneo de caderas antes de desaparecer como por arte de magia. Las luces se apagaron. El baile había terminado. El público se puso en pie y aclamó, su aplauso fue tan ensordecedor como un trueno. Apreté a *Bonbon* contra mí, ambas estábamos temblando.

Tras varios besos, en ninguno de los cuales apareció Camille de nuevo, me di cuenta de que se me estaba haciendo tarde y que tendría que perderme el segundo acto. Me levanté para irme a casa.

Albert estaba fumando en el rellano y le di las gracias por haberme dejado ver el espectáculo, pero apenas oí mis propias palabras, pues todavía resonaba en mis oídos el vivido recuerdo de la música y del aplauso del público. Caminé por la Canebière como en sueños y las patitas de *Bonbon* repiquetearon sobre los adoquines delante de mí. Me imaginaba el número de Camille una y otra vez; me había impresionado más que ninguna otra cosa que hubiera visto antes. No era lascivo ni vulgar como lo había descrito tía Augustine. Era fascinante. Y en comparación con aquello, mi vida parecía aún más deprimente.

Llegué a la puerta principal cuando se estaba poniendo el sol y levanté el pestillo. Pero la chica que había dejado la casa aquella tarde no era la misma que regresaba. Entonces supe que tenía que lograr subirme al escenario o mi vida no valdría nada.

Le Chat Espiègle no era precisamente un teatro de variedades de primera categoría con un gran presupuesto de producción ni un público entre el que se contaran duques y príncipes. Pero para mí se trataba de un lugar mágico. Pensaba que las luces y la música, aquellos trajes brillantes y las coristas eran el colmo del *glamour* y el entusiasmo. Aunque es cierto que no tenía nada con lo que compararlo. Para mí no existían los telones raídos, los asientos desgastados ni los rostros prácticamente famélicos de los artistas. Vivía anhelando aquellas noches en las que *Bonbon* y yo íbamos hasta el teatro y Albert nos colaba en nuestro lugar secreto entre bastidores.

A veces, algunas actuaciones se pasaban del segundo acto al primero de la representación y una vez asistí a la matiné del domingo cuando a tía Augustine le dio una migraña y me ordenó que no la molestara ni hiciera ningún ruido en la casa. De esa manera, tuve la oportunidad de ver los números de otros intérpretes. Los artistas y el empresario teatral, *monsieur* Dargent, me descubrían de vez en cuando, pero no decían nada. Incluso Camille hacía caso omiso de mi presencia: permanecía distante sin delatarme a tía Augustine y seguía pagándome por pasear a *Bonbon*.

El mimo se llamaba Gerard Chalou. Aunque solo podía verle la espalda durante su representación, me solía tropezar con él entre bastidores mientras practicaba la postura de los hombros contra una pared o se tumbaba boca arriba y contraía y relajaba los músculos del abdomen. A veces calentaba en la caja en la que yo me sentaba y a menudo se pasaba cuatro o cinco minutos moviendo solamente los ojos.

—Son los que lo comunican todo —aclaró, ante mi expresión sorprendida—. También hay que calentarlos.

Una vez, durante el intermedio, Chalou nos ofreció a Albert y a mí una representación de su número sobre un caniche maleducado. Para enfatizar los momentos cómicos, se quedaba congelado en algunas posturas. Escudriñé sus labios y el pecho en busca de algún indicio que demostrara que estaba respirando, pero no encontré ninguno. Madeleine y Rosalie, dos coristas que aparecían desnudas en el espectáculo excepto por sus *cache-sexes* tachonados de joyas, le rogaron a Gerard que les enseñara aquella técnica especial de «inmovilización».

—Podéis practicar corriendo —les indicó—. Y después, quedaos quietas en una postura. No debéis mover ni un músculo. Pero tampoco puede parecer que estáis muertas. A través de la mirada, tenéis que transmitir vida.

Madeleine y Rosalie trotaron por la habitación como caballos. Cuando Gerard gritó: «¡Quietas!», se pararon en seco, tratando de no tambalearse sobre los tacones de aguja que llevaban y sosteniendo sus boas de plumas tras ellas, como si fueran alas. Pero por mucho que lo intentaran, cada vez que lo hacían, algo siempre las delataba. Un pendiente tintineaba contra su tocado; una pulsera que se deslizaba

brazo abajo; o sus pechos, que continuaban rebotando. Aunque se suponía que aparecían desnudas, sus «trajes» solían ser más pesados que los de las coristas que aparecían vestidas.

Monsieur Dargent, que pasaba por allí, contempló sus intentos con interés.

—No nos servirá, ni aunque logren congelarse —comentó—. No, si para ello tienen que correr tanto.

Albert me explicó que, según la ley, las coristas desnudas podían aparecer en el programa siempre y cuando lo único que hicieran fuera desfilar y posar. Si bailaban o se movían demasiado, se las consideraría bailarinas eróticas al desnudo y la policía cerraría el espectáculo.

Claude Conter, el mago, era maravilloso. Tenía una piel luminosa y unos ojos claros de prestidigitador místico. Cuando caminaba por el escenario, su capa brillaba y chispeaba como cargada de electricidad. Yo lo contemplaba mientras daba tres toques con su varita sobre una jaula y retiraba el pañuelo color púrpura que la cubría. El canario que estaba dentro había desaparecido. El público aplaudía. Claude levantaba las palmas de las manos y se las mostraba a los cautivados espectadores.

—Ya lo ven, nada por aquí, nada por allá.

Cuando la Familia Zo-Zo aparecía, todos entre bastidores se asomaban a mirar y sus caras maquilladas, junto a la mía sin maquillar, se volvían hacia los focos mientras Alfredo, Enrico, Peppino, Vincenzo, Violetta y Luisa se empolvaban las manos y subían por la escalera de cuerda para tomar posiciones en las plataformas.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —murmuraba *madame Tarasova*, la encargada de vestuario, llevándose un pañuelo a la boca.

Violetta y Luisa saltaban para alcanzar sus columpios y oscilaban como aves enjoradas, moviéndose adelante y atrás para coger velocidad. La Familia Zo-Zo realizaba su actuación sin red y el crujido del trapecio cada vez que soportaba el peso de sus cuerpos añadía emoción al espectáculo. A menudo, el público emitía gritos ahogados y a veces también chillaban. En los momentos en que la presión me resultaba demasiado grande, me veía obligada a bajar la vista hacia los músicos que se encontraban en el foso de la orquesta. No había música durante ese número: un redoble inadecuado podía ser fatídico. El director de la orquesta cerraba los ojos firmemente. Los violinistas permanecían sentados con las cabezas gachas, como monjes durante la hora de rezo. Únicamente los de la sección de viento eran lo bastante valientes como para seguir mirando. A mí se me cortaba la respiración un segundo antes del cambio de trapecios y se me subía el corazón a la garganta. De repente, ambas mujeres giraban y daban volteretas por el aire como delfines plateados. Sentía algo en el estómago que me hacía creer que se estaban cayendo, que se iban a estrellar contra los mortíferos bordes del escenario. Pero con una palmada se agarraron de las manos de sus compañeros justo en el último segundo y el público se quedaba boquiabierto durante un instante. Los espectadores a los que no les temblaban las piernas se ponían en pie para aclamarlos con admiración. Y de algún

modo, a partir de aquel momento, me convencía de que los integrantes de la Familia Zo-Zo estarían seguros aunque las piruetas y las volteretas se volvieran cada vez más complicadas a medida que avanzaba la actuación.

Aunque contemplé aquel número varias veces, siempre que terminaba y la orquesta tocaba una melodía triunfante se me empañaba la vista por las lágrimas que me llenaban los ojos. Aquella actuación me provocaba sentimientos encontrados, mezcla de belleza y repulsión. Me parecía muy hermoso porque aquel número era un símbolo de confianza sin trampa ni cartón y me resultaba repulsivo por los fragmentos de las conversaciones que después escuchaba entre bastidores.

—Bueno, esta vez no les ha pasado nada —murmuraban con un suspiro.

Cuando todos los integrantes de la Familia Zo-Zo descendían al escenario para saludar, la exhalación colectiva de alivio que compartían los otros artistas contenía un deje de insatisfacción: la misma decepción que sienten los espectadores de un suicidio cuando el protagonista decide no saltar.

Pero mi mayor miedo era que tía Augustine descubriera adónde iba cada noche y me prohibiera pasear a *Bonbon* para siempre. No se me daba bien mentir y aquella doble vida que llevaba comenzó a pasarme factura. Me daba miedo llegar tarde a casa, y cuando se acercaba la hora del paseo nunca sabía hasta el último minuto si tía Augustine me mandaría a hacer algún recado y acabaría quedándose en nada mi expectación por ir al teatro, acumulada durante todo el día. Si alguna vez quería trabajar en el mundo del espectáculo, tendría que dejar primero la casa de tía Augustine.

En ese sentido, Albert vino al rescate.

—*Madame* Tarasova necesita ayuda con el vestuario —me dijo—. Ve a verla.

Me pellizqué la muñeca para asegurarme de que no era un sueño y me interné en los pasillos entre bastidores donde la encargada de vestuario estaba amontonando vestidos en un estante.

—*Bonsoir, madame* —la saludé—. Albert me ha dicho que necesitaba usted ayuda. Y yo necesito trabajo.

Madame Tarasova era una emigrada rusa que siempre llevaba un vestido de pana suelto y un pañuelo ajustado al cuello por un broche. Me sonrió y arrulló a *Bonbon*.

—Qué perrita tan mona —comentó, acariciándole el morro a *Bonbon*—. Tendremos que asegurarnos de no ponérsela a alguien en la cabeza en lugar de una peluca.

Ambas nos echamos a reír.

Una chica rubia, unos pocos años mayor que yo, apareció con arios vestidos colgados de unas perchas. Me saludó con la cabeza y colgó los trajes tras una cortina.

—Esta es mi hija, Vera —aclaró *madame* Tarasova, sacando varias agujas de un alfilerero y prendiéndolas en mi blusa. Me echó un carrete de hilo y unas tijeras en el bolsillo—. ¿Sabes coser?

Le dije que cosía bien porque en la finca de mi familia esa era una de las cosas

que sí podía hacer.

Madame Tarasova asintió con la cabeza.

—Necesito que hagas los remiendos rápidamente —me dijo, haciéndome un gesto para que la siguiera escaleras arriba—, y que me ayudes a arreglar los trajes. Los tocados son demasiado incómodos como para que las chicas suban corriendo las escaleras con ellos puestos, así que se los recogemos a medida que van saliendo del escenario, los limpiamos y los empaquetamos en la planta de abajo. Si mañana vienes más temprano, puedes ayudar a Vera a colocárselos para el primer acto.

Nos detuvimos delante de una puerta que tenía el número seis rentado. Se oía un murmullo de voces femeninas al otro lado. *Madame* Tarasova empujó la puerta y una caótica escena apareció ante nosotras. Las coristas estaban sentadas en taburetes unas al lado de atrás en la atestada habitación. El aire apestaba a *eau de cologne*, brillantina y sudor. *Madame* Tarasova me cogió a *Bonbon* de los brazos y la colocó sobre una sombrerera en una silla para que pudiera verlo todo a salvo de pisotones. La chica pelirroja que ya había visto antes me reconoció.

—¡Hola de nuevo! —me saludó mientras se aplicaba sombra púrpura sobre los párpados—. ¿Qué? ¿Ayudando a mamá Tarasova?

Entonces me di cuenta de por qué su acento francés me había sonado tan raro: era inglesa.

—Cuando las chicas están en escena —me explicó *madame* Tarasova, levantando la voz por encima del alboroto—, tú y Vera tendréis que venir aquí arriba y arreglar el camerino.

Se detuvo para ayudar a una chica a atarse las tiras de su vestido de india y sacudió la cabeza en señal de desaprobación cuando vio un traje tirado en el suelo.

—Son buenas chicas, pero a veces se olvidan de colgar sus trajes. ¿Verdad, Marión?

La muchacha le dedicó una gran sonrisa y continuó poniéndose colorete en las mejillas.

Sonó una campana.

—¡Diez minutos para el espectáculo! —advirtió *madame* Tarasova.

El ritmo del camerino se aceleró. Las chicas tiraron al suelo sus kimonos y se embutieron en los trajes. *Madame* Tarasova y yo corrimos tras ellas, ayudándolas a colocarse las medias y a alisar sus pelucas.

—¡Mira! —me dijo una chica de piel pálida, a la que reconocí como la que se había quejado de tener hambre la primera noche que había observado a los artistas llegar al teatro. Se estaba señalando un desgarrón bajo la manga de su blusón.

—Yo lo arreglaré —le aseguré.

Se quitó de un tirón el traje y me lo entregó. Traté de ignorar que estaba ante mí, mostrándome los pechos al aire y una espesa mata de vello púbico, y enhebré la aguja. No me daba vergüenza, pero no estaba acostumbrada a ver a mujeres exhibiendo su desnudez de una forma tan despreocupada.

Oí un aplauso y volvió a sonar la campana. Ayudé a la chica a ponerse el traje de nuevo y la contemplé mientras salía corriendo tras las demás escaleras abajo. *Madame* Tarasova las siguió. El ruido de las pisadas de las coristas y de los gritos de guerra que proferían mientras corrían por las escaleras hizo que el suelo vibrara y que las paredes se sacudieran.

—¡Simone! —exclamó *madame* Tarasova por encima de su hombro—. Ven mañana por la noche. Mañana iré a administración y firmaré para que te pongan en nómina.

Supuse que aquello significaba que me había contratado.

Madame Tarasova me indicó que podía vivir entre bastidores hasta que encontrara una habitación en la que alojarme. *Monsieur* Dargent había dejado que ella y Vera se quedaran allí cuando acababan de llegar a Marsella después de huir de Rusia y entonces comprendí por qué le eran tan leales, cuando podrían haber encontrado un trabajo mejor en cualquier parte. El día después de que me contrataran, no pude esperar para recoger mis cosas y comunicarle a tía Augustine que me marchaba. Hasta que no recogí mis pertenencias e hice un hatillo con mi ropa no me di cuenta de la presencia de *Bonbon* junto a la puerta, con las orejas gachas.

La cogí en brazos. Se me había olvidado que, si me marchaba, ya no volvería a verla. Subí las escaleras hasta la habitación de Camille y llamé a la puerta. Camille la abrió, ataviada con un kimono. Su hermoso rostro tenía un aspecto etéreo sin el maquillaje de teatro.

—Me marcho —le anuncié—. He conseguido trabajo en Le Chat Espiègle.

—Lo sé —me contestó.

—Pero puedo seguir cuidando de *Bonbon* si la traes al teatro contigo. Lo haré gratis.

—Llévatela —respondió Camille, bostezando—. ¿Qué voy a hacer yo con un chucho?

Bonbon aguzó las orejas y movió el rabo. Debió de percibir que la felicidad me embargaba. Era un buen principio para mi nueva vida: mi pequeña compañera podía quedarse conmigo.

Tía Augustine estaba sentada en el salón, leyendo el periódico. Ya le había enviado una carta a tía Yvette aquella mañana, contándole a ella y a mi madre que me marchaba de casa y que había conseguido trabajo como costurera en un teatro de variedades. Quise darles la noticia a ellas yo primero, porque a saber qué mentiras le contaría la anciana a mi familia si no lo hacía. No se me ocurría ni una sola virtud a su favor que me hiciera sentir lástima por abandonarla. No había demostrado ni un ápice de bondad por mí. En lugar de «darme un techo donde vivir» tras la muerte de mi padre, no había hecho más que explotarme.

El rostro de tía Augustine enrojeció y comenzó a expulsar el aire por las ventanas de la nariz como un toro enfurecido cuando le dije que me marchaba.

—¡Tú! ¡Pequeña desagradecida casquivana! —me gritó—. ¿Te has quedado

embarazada?

—No —le respondí—. He conseguido otro trabajo.

Tía Augustine se quedó aturdida durante un instante, pero se recuperó rápidamente.

—¿Dónde? —preguntó, y entonces su mirada recayó sobre *Bonbon*, que estaba sentada junto a mi hatillo—. ¡Ah! ¡Así que te has unido a esa zorra de arriba! ¿Verdad? —me espetó—. Bueno, pues déjame que te diga algo: ella tendrá trabajo mientras sea bonita y joven, pero acabará como esas mujeres de ahí al lado. —Señaló con la cabeza en dirección a nuestras vecinas—. ¡Pero tú! —exclamó, echándose a reír—. ¡Tú ni siquiera eres lo bastante bonita para eso ahora!

Aquel insulto me dolió porque llevaba algo de razón: yo no era tan agraciada como Camille. Habría dado cualquier cosa por tener su cabello rubio hipnótico y felino, pero en su lugar, yo era una jirafa de ojos oscuros. Antes de que tía Augustine pudiera continuar echándome en cara cosas que lograran desanimarme, recogí a *Bonbon* y mi equipaje y salí por la puerta. Al fin y al cabo, ¿acaso me hacía falta belleza para trabajar de costurera?

Tía Augustine corrió a la puerta detrás de mí y las vecinas se asomaron al balcón para ver de dónde venía toda aquella conmoción.

—¡Simone! —gritó tía Augustine. Me volví para verla señalando a las prostitutas—. ¡Eso es lo que les pasa a las chicas del montón sin talento que prueban suerte en el teatro! ¡Mira, Simone! ¡Ahí está tu futuro, contemplándote!

Me metí a *Bonbon* bajo el brazo, me colgué el hatillo de ropa al hombro y fijé la mirada decididamente en dirección a *Le Chat Espiègle*.

Unas semanas después de que empezara a trabajar en el departamento de vestuario de *Le Chat Espiègle*, cerró otro teatro de la vecindad llamado *El Marinero Tuerto*, y *monsieur Dargent* les compró algunos de los decorados y trajes a los acreedores. Creó un nuevo espectáculo titulado *En el mar*. El primer acto contaba la historia de tres marineros que naufragaban en una isla llena de bellezas hawaianas.

Los trajes eran más sencillos que los del espectáculo anterior, así que a veces podía aprovechar unos instantes para ver la representación entre bastidores. Comencé a entender la diferencia entre Camille y las coristas. Las chicas cantaban y movían las piernas porque no querían morir de hambre. Bailar en el teatro era mejor que estar en la calle y el público les tenía más respeto, aunque solo fuera un poco. Además, aquello estaba un escalón por encima de trabajar en una lavandería, en una panadería o como servicio doméstico, donde la dureza de sus tareas acabaría desgastando su mayor baza: la belleza de la juventud. En el teatro podían mantenerla más tiempo con la esperanza de que alguna noche les saliera un adinerado pretendiente entre los hombres que rondaban la puerta de artistas después del espectáculo. Todas las coristas sabían que a Madeleine, tras una relación amorosa con el heredero de la fortuna de una empresa de transporte, el padre del joven la había obligado a abortar, y que el año anterior dos de las chicas habían tenido que abandonar el teatro tras

contraer enfermedades venéreas. Era un aspecto de la vida teatral que no había anticipado y que me escandalizó. No había oído hablar de la Bella Otero, ni de Liane de Pougy o Gaby Deslys: artistas que eran amantes de reyes y príncipes. Aunque las coristas a veces recibían joyas y ropa por sus favores, *madame* Tarasova rápidamente puntualizaba que nadie en Le Chat Espiègle había conseguido marcharse repentinamente para acabar en un matrimonio de ensueño con un príncipe, ni siquiera con el director de una empresa de aceite de oliva, por lo que hacía lo que podía por educar a las chicas sobre los beneficios del uso de *les capotes anglaises*, fundas de goma que los hombres se colocaban sobre el pene para evitar la concepción y las enfermedades. Pero ante aquel consejo las chicas hacían oídos sordos, pues quedarse embarazada aún era un método viable de atrapar marido.

Sin embargo, Camille era diferente. Desde su mirada hasta el balanceo de sus caderas, todo en ella expelía magia bajo la luz de los focos hacia los ávidos espectadores. El público la aclamaba y la aplauda, como si estuviera tratando de conseguir los productos más frescos del mercado, mientras que ella permanecía distante, envuelta en su misteriosa belleza. Cuando Camille salía del escenario, se llevaba su encantamiento con ella y dejaba al público anhelando su sensualidad. Puede que el interés de Camille por actuar fuera el mismo que el de las otras chicas, pero estaba claro que ella nunca pasaría hambre.

A veces, cuando el camerino se quedaba vacío, me dedicaba a hacer mohines y a pasar ante el espejo, tratando de imitar a Camille. Me imaginaba abriéndome la capa y dejándola caer al suelo para revelar la gloria de mi «jardín del Edén». Pero tenía tanto éxito como la noche imitando al día, como el alba intentando ser el crepúsculo.

Una noche, al volver de arreglar el camerino, encontré a *madame* Tarasova desplomada en una silla y a Vera junto a ella, abanicándola con una partitura. *Madame* Tarasova tenía las mejillas sonrojadas y los brazos caídos a ambos lados del cuerpo.

—¿Qué sucede? —pregunté.

La encargada de vestuario me miró.

—No lo soporto más —gimoteó—. Estoy agotada.

Me sorprendió escuchar a *madame* Tarasova confesar una cosa así. Su energía ilimitada siempre la había hecho parecer indestructible. Incluso cuando Vera y yo ya no podíamos más, *madame* Tarasova seguía adelante.

—Pues entonces, siéntese hasta que se encuentre mejor —le dije—. Vera y yo podemos ocuparnos de las chicas esta noche.

Madame Tarasova y Vera intercambiaron una mirada y se echaron a reír. *Madame* Tarasova se incorporó:

—No estoy agotada por el trabajo —me explicó—. Es esa maldita canción. —Se golpeó las rodillas con las manos y cantó con un sonsonete afectado—: ¡Aloja!

¡Aloja! ¡Aloja!

Esa canción era el tema principal del primer acto. Cuando *monsieur* Dargent compró los trajes y el atrezo de El Marinero Tuerto, se gastó lo que quedaba de presupuesto en contratar a un compositor, por lo que tuvo que escribir él mismo la letra de las canciones. El número hawaiano no era precisamente un éxito. Con frecuencia, los espectadores les gritaban a las chicas: «¡Callaos de una vez!», y el día del estreno a alguien le disgustó tanto que arrojó una bolsa de cemento al escenario, derribando una palmera, cosa que provocó que las chicas se dejaran llevar por el pánico.

No podía parar de reír de la imitación de *madame* Tarasova, incluso cuando se detuvo. Entonces, me invadió un infantil sentimiento de alegría de vivir. Cogí una de las flores de hibisco sobrantes, me la puse detrás de la oreja y revoloteé por la habitación, contoneando las caderas, fingiendo que bailaba él huía. «¡Aloja! ¡Aloja! ¡Aloja!», canté, elevando la voz como una cantante de café concierto.

Madame Tarasova y Vera se echaron a reír y aplaudieron.

—¡Belle-Joie! —exclamó *madame* Tarasova—. ¡Para, por favor! ¡Vas a conseguir que me explote la faja!

Belle-Joie era como ella me llamaba. Me decía que me llamaba así porque yo la hacía feliz.

Alentada por su diversión, elevé aún más la voz y bailé todavía con más furia, golpeando una rodilla contra la otra y dejando caer el labio inferior para hacer una mueca. «¡Aloja! ¡Aloja! ¡Aloja!», entoné, girando por toda la habitación y moviendo las caderas violentamente.

Volví la mirada hacia *madame* Tarasova y Vera, pero ya no se estaban riendo. El rostro de Vera se había puesto púrpura como una uva y estaba mirando fijamente algo a mis espaldas. Me di media vuelta para ver a *monsieur* Dargent de pie en el umbral de la puerta. Detuve en seco el baile y dejé caer las manos. Él no sonreía. Sus ojos se estrecharon hasta formar dos líneas y se estiró de los extremos del bigote.

—Buenas noches, *monsieur* Dargent —dije mientras se me doblaban las rodillas.

Pensé que me iba a desmayar en aquel mismo instante.

Monsieur Dargent no me contestó. Simplemente gruñó y se marchó.

Bonbon y yo éramos la viva estampa de la desolación cuando la tarde siguiente fuimos desde Le Panier —donde tenía alquilada una habitación— hasta el teatro. Caminé arrastrando los pies, incapaz de levantar la mirada para ver hacia dónde me dirigía mientras *Bonbon*, que percibía mi estado de ánimo, correteaba a mi alrededor con la cola gacha como una bandera a media asta. Nuestro aire de desdicha llamó la atención de unos niños que jugaban en la calle y se quedaron contemplándonos con la boca abierta. Incluso los marineros y los borrachos se apartaban de nuestro camino, con miedo a que les contagiáramos nuestra amargura. Estaba segura de que, cuando llegara al teatro, *monsieur* Dargent me despediría. Era hijo de un respetable médico y se había enfrentado a sus padres para convertirse en empresario teatral. Todo el

mundo me había advertido de que era muy susceptible y que no le gustaba que se burlaran de él, así que me había ganado a pulso aquel desastre, brincando por el camerino y burlándome de su coreografía. Si me despedía, *Bonbon* y yo íbamos a tener problemas. Aun así, apenas me daba el sueldo para pagar el alquiler. La habitación que había encontrado en Le Panier no era excesivamente mejor que la que me había dado tía Augustine, pero hasta entonces me había sentido tan feliz en el teatro que no me importaba. Y aunque se encontraba en un barrio muy sórdido, había músicos callejeros y artistas en todas las esquinas.

Encontré a *madame* Tarasova y a Vera trabajando, preparando los tocados para el primer acto. Me saludaron como si no hubiera ningún problema. No tuve otra opción que ir a arreglar el camerino. Por el camino me crucé con *monsieur* Dargent, que bajaba corriendo las escaleras. Me quedé helada en el sitio, pero ni siquiera se fijó en mí. Pasó a toda velocidad gritando instrucciones a un tramoyista y desapareció escaleras abajo en dirección al escenario. Me encogí de hombros; ¿quizá la susceptible era yo? Parecía que iba a sobrevivir para enfrentarme a otro nuevo día en Le Chat Espiègle.

Unas cuantas noches después, al llegar al teatro, me encontré la puerta de artistas abierta, pero ni rastro de Albert. No era propio de él dejar la puerta sin cerrar cuando no se encontraba en su puesto. Un escalofrío me recorrió el cuello y la espalda, y sentí que algo malo sucedía. *Bonbon* levantó las orejas. Al mirar hacia la oscuridad, percibí unos sonidos apagados que provenían del hueco de las escaleras. Agucé el oído, pero eran demasiado débiles como para distinguirlos. Podían ser cualquier cosa: desde el sonido del agua recorriendo las cañerías, hasta gritos ahogados de auxilio. Había habido un tiroteo en una sala de variedades en Belsunce el día anterior y se rumoreaba que la mafia marsellesa se estaba empezando a interesar por los teatros.

—¿Albert? —llamé.

No hubo respuesta. Dudé, preguntándome si sería más sensato ir a la entrada principal y ver a la taquillera, pero me dominaron los nervios, que me impulsaron a internarme escaleras arriba.

No había ni rastro de los tramoyistas o los electricistas que normalmente se afanaban entre los decorados. Mis pasos hicieron crujir las tablas del suelo. Los ruidos que había escuchado al entrar provenían del piso superior: eran voces. Me vino a la mente la imagen de *monsieur* Dargent y las coristas atadas a sillas. La descarté. No éramos tan influyentes y nuestros beneficios no eran suficientes como para que nadie deseara robarnos. Subí de puntillas las escaleras.

Esta vez, la voz suplicante de *monsieur* Dargent llenó el aire.

—¡No puedes hacerme esto! ¡El espectáculo empieza en tres cuartos de hora!

—Sí puedo, y, de hecho, lo voy a hacer —le contestó una voz de mujer—. Míreme a los ojos. ¡Puede usted subirse al escenario y cantar esa estúpida canción hawaiana que se ha inventado y así comprobará lo que se siente cuando al público le dé por arrojarle fruta!

Algo repiqueteó contra el suelo y escuché pasos que venían hacia mí. La corista inglesa, Anne, bajó corriendo las escaleras con una abultada maleta bajo el brazo. Tenía una mancha oscura bajo el ojo derecho y una hinchazón cerca de la nariz. Cuando llegó al rellano, se volvió hacia mí y murmuró:

—¡Adiós, Simone! Buena suerte. Me vuelvo a Londres.

La contemplé mientras alcanzaba el final de las escaleras y salía corriendo por la puerta. Me dio pena que se marchara; ella era mi corista favorita.

—Las cosas iban bien hasta que le dio a usted por introducir ese estúpido número —dijo otra mujer, alzando la voz—. Nos va a llevar a la ruina. ¡El público lo odia!

Subí las escaleras hasta el tercer piso y me sorprendí al encontrar a todo el reparto y al equipo técnico, excepto Camille, reunidos allí, las coristas estaban todas cariacontecidas. *Monsieur* Dargent se reclinaba sobre la puerta del camerino de las coristas, con una mano apoyada firmemente en la cadera y el ceño tembloroso, tratando de hacer un esfuerzo de autocontrol. Albert miró por encima del hombro hacia donde yo me encontraba y me hizo un gesto para que me acercara. Nunca lo había visto tan serio.

—Puede que tengamos que cancelar el espectáculo —me susurró—. La corista principal acaba de despedirse. Estamos registrando pérdidas: al público no le gusta el primer acto.

Crucé la mirada con *madame* Tarasova, que sostenía una guirnalda de flores entre las manos y estaba jugueteando con una de ellas. Me dirigió una sonrisa nerviosa.

—Podemos conseguir trabajo en el Alcazar —comentó la corista hambrienta, que se llamaba Claire—. Además, las chicas están constantemente recibiendo ofertas de París.

Sacudió su huesudo puño y se volvió hacia las otras coristas, tratando de lograr su apoyo. Un par de chicas asintieron con valentía, pero me di cuenta de que Claudine y Marie fruncían los labios. Ambas tenían hijos a su cargo y su opinión era más realista. El Alcazar era el teatro de variedades más importante de Marsella. Nadie en *Le Chat Espiègle* era lo bastante bueno como para trabajar allí.

—Lo que necesitamos —intervino el director de iluminación— es un número gracioso, humorístico. Como el ventrílocuo del último espectáculo. El público se lo pasó bien. Se divirtió y se relajó.

—No puedo conseguir al ventrílocuo —repuso *monsieur* Dargent, con ojos suplicantes—. Se lo ha llevado un hotel de Vichy.

—Nada salvará el primer acto —gruñó Claire—. ¡Es una birria!

Un murmullo de asentimiento recorrió la estancia.

—¡Un número de humor lo salvaría! —gritó el director de iluminación por encima de las voces.

Monsieur Dargent elevó los ojos al cielo como si estuviera rezando. Después bajó la mirada y estudió uno por uno a todos los artistas. Me pregunté si se estaría sintiendo como Julio César, a punto de ser traicionado por sus amigos. ¿Acaso no le

había dado a toda aquella gente una oportunidad en el mundo del espectáculo? *Madame* Tarasova siempre decía que *monsieur* Dargent tenía un don para localizar el talento, que no solo era bueno dirigiendo el negocio. Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un cigarrillo. Trató de encenderlo, pero le temblaba la mano y el cigarrillo se le cayó al suelo. Se agachó para recogerlo y, mientras se incorporaba, se percató de mi presencia. Una expresión extraña se le pasó por el rostro.

Se me atragantó la respiración en la garganta. «Oh, Dios mío —pensé—. Acaba de recordar la parodia que hice del número de apertura. Ahora está del suficiente mal humor como para despedirme». Traté de ocultarme detrás de Albert, pero la habitación estaba tan atestada de gente que, para mi desgracia, acabaron empujándome hacia delante, acercándome a *monsieur* Dargent.

—¿Humor? —murmuró *monsieur* Dargent, dando golpecitos en el suelo con el pie—. ¡Humor!

Chasqueó los dedos y todos los presentes se sobresaltaron. Se acercó corriendo hacia mí, me cogió por los hombros y apretó su rostro contra el mío.

Yo estaba aterrorizada. ¿Qué diablos pretendía hacer?

—¡Aloja! ¡Aloja! ¡Aloja! —canturreó, mirándome a los ojos.

Madame Tarasova lo entendió antes que ninguno de los demás.

—¡Tenemos media hora! —exclamó.

—¡Rápido! ¡Quitadle la ropa! —gritó *monsieur* Dargent, empujándome hacia uno de los taburetes, junto a un espejo tocador. Nadie se atrevió a preguntarle. Su voz había adquirido un tono impositivo tan napoleónico que todo el mundo se puso en marcha.

Madame Tarasova me cogió a *Bonbon* de los brazos y la puso sobre una silla. Albert echó a los demás artistas antes de apresurarse a volver a su puesto junto a la puerta.

—¡Vaya a buscarle a Simone un traje de la planta de abajo! —le gritó *madame* Tarasova—. El de Anne servirá: ella ya no va a utilizarlo más.

Madame Tarasova me quitó de un tirón el vestido mientras Vera me sacaba los zapatos. Marie me coloreó el rostro con un lápiz de maquillaje teatral.

—No necesitamos maquillarle el resto del cuerpo —comentó Claudine mientras me peinaba hacia atrás el pelo—. Tiene la piel bronceada como una nuez.

Finalmente, comprendí lo que pretendían hacer. Sentí deseos de echarme a reír y de ponerme a gritar al mismo tiempo. Si no hubiera sido por la sensación de vértigo que me abrumaba a medida que todos ellos me arrancaban prendas de ropa y me impregnaban de lociones aceitosas, me hubiera sentido más avergonzada. El único hombre que quedaba en la habitación era *monsieur* Dargent, que estaba tan absorto tomando notas en la partitura que no pareció percatarse de que estaban dejando completamente desnuda a la ayudante de vestuario. Alguien me quitó la camisola y me metió los pechos en un sujetador hecho con cocos con la misma delicadeza con la que un verdulero habría empaquetado sus productos en el mercado.

—¡Aloja! ¡Aloja! ¡Aloja! —canturreaba *monsieur* Dargent para sí mismo.

—¿No podría dejar esto para mañana? —le preguntó *madame* Tarasova—. ¡Ni siquiera ha tenido tiempo de ensayar!

—No —respondió él, negando con la cabeza—. Hemos perdido a nuestra corista principal. Tenemos que salvar el espectáculo ahora o nunca.

Me temblaban tanto las piernas que apenas podía tenerme en pie cuando *madame* Tarasova me ajustó la falda. Todavía no acababa de entender lo que *monsieur* Dargent quería que hiciera.

Sonó la campana de llamada a escena.

—¡Diez minutos para el espectáculo! —advirtió Vera.

Madame Tarasova me ajustó la peluca y Vera la sujetó con horquillas. Me contemplé en el espejo con horror. Tenía el rostro maquillado de vivos colores: sobre los ojos me habían puesto unos arcos verdes y me habían pintado los labios de rojo rubí. Mis pestañas estaban tan rígidas por el rímel que parecían dos ciempiés mellizos.

—Ahora —me dijo *monsieur* Dargent, inclinándose hacia mí—, cuando te haga una señal, quiero que salgas por el bastidor izquierdo y bailes y cantes sobre el montículo exactamente igual que la otra noche en el camerino. Quiero que imites a las coristas. Tú vas a ser nuestra humorista.

Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta, pero no desapareció. Las coristas se alinearon en las escaleras, esperando que les dieran el pie para entrar en escena. La música de introducción al espectáculo era una pequeña melodía carnavalesca con acordeones y guitarras que me puso los nervios de punta. *Madame* Tarasova y Vera me acompañaron al bastidor izquierdo. El lugar desde el que yo presenciaba anteriormente las representaciones estaba despejado y desde él partían unos escalones de madera que llevaban al escenario, hacia el montículo sobre el que supuestamente yo tenía que bailar.

—Espera en lo alto de las escaleras —me dijo *madame* Tarasova mientras le daba los últimos toques a mi peluca—. ¡Buena suerte!

El tono de su voz y la manera en la que me dio unas palmaditas en el hombro me hicieron sentir como si estuvieran a punto de echarme a los leones. Por supuesto, iba a hacer lo que teme cualquier artista, aunque entonces no tenía la menor idea de cómo llamarlo. Sentí el frío en mi interior.

Subí las escaleras y esperé en el último peldaño a la siguiente señal. Eché un vistazo al telón de fondo, decorado con volcanes humeantes y nubes bajas. A mis pies, donde iban a bailar las coristas, unas palmeras de goma y un tanque de agua sugerían la existencia de una laguna azul. *Monsieur* Dargent apareció en el bastidor contrario. Se estaba mordiendo el labio inferior y se mesaba el pelo de la nuca, cosa que no me inspiró ni la más mínima confianza.

Se abrió el telón. Los focos parpadearon. Un redoble de tambor tronó por toda la sala y la orquesta arrancó a tocar el tema musical del primer acto. Las chicas se

apresuraron a entrar en el escenario.

—¡Aloja! ¡Aloja! ¡Aloja!

Se me cerró la garganta. Se me formaron gotas de sudor sobre el labio superior, pero me asustaba limpiarlas por miedo a correr el maquillaje. Se me quitó cualquier anhelo que hubiera podido sentir anteriormente por trabajar en el teatro. Las chicas bailaban alrededor de la laguna, contoneando las caderas. Claudine y Marie rasgueaban unos ukeleles. La situación resultaba surrealista. *Monsieur* Dargent ni siquiera sabía cómo me llamaba, pero el éxito del espectáculo de aquella noche dependía de mí. Apenas irnos momentos antes, lo que más me preocupaba en el mundo era poder pagar el alquiler y ahora estaba a punto de aparecer en escena por primera vez en mi vida, con cocos tapándome los pechos y una peluca que se me podía caer de la cabeza en cualquier momento. Muchos de los asientos del patio de butacas estaban vacíos, pero había los suficientes ocupados como para que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo. Los rostros de los espectadores me parecieron amenazantes en la oscuridad. Me di cuenta de que las chicas de la última fila del coro ya habían salido y de que *monsieur* Dargent me estaba señalando.

—¡Ahora! —dijo, moviendo los labios.

Levanté una de mis temblorosas piernas sobre la plataforma y entré tropezando en el escenario. Me sobresaltó el potente brillo de los focos. Me quedé allí, aturdida, sin saber muy bien qué hacer.

Un hombre de voz grave se echó a reír, profiriendo fuertes carcajadas. Una mujer emitió una risa aguda. Me ardía la piel. Estaba segura de que me había puesto totalmente colorada. Otro hombre se unió a las risas, pero en su tono había algo más que burla. ¿Anticipación? De algún modo, aquella risa me relajó y me despertó de mi estado de estupor. «¡Aloja! ¡Aloja! ¡Aloja!», gorjeé, imitando a las coristas. Al principio, me sorprendí de que aquella voz fuera mía; se propagó más allá del foso de la orquesta y volvió hacia mí en forma de eco, mucho más potente que las agudas voces del resto de las chicas. Más espectadores se echaron a reír y alguien empezó a aplaudir.

—¡Aloja, *mademoiselle*! —gritó alguien—. ¿Y qué viene ahora?

Me atreví a mirar hacia el público. Dos hombres sentados en la primera fila me contemplaban con interés. Les sonreí y les hice un mohín. El auditorio enloqueció. Yo no bailaba con elegancia, pero cuanto más aplaudía y jaleaba el público más se me relajaba el cuerpo y me sacudía con más ímpetu. Mi timidez se desvaneció y me moví fácil y alegremente, flexionando las piernas y pestañeando, y dejando que mis extremidades hicieran lo que la música les sugería. Me recorrió un escalofrío por la piel. Todos los rostros estaban fijos en mí.

Antes del espectáculo había sido todo tal caos que nadie me había explicado cómo terminar el baile. Giré en círculo y cuando volví a mirar hacia el frente las coristas habían abandonado el escenario. Levanté los brazos en el aire y adopté la pose de una estatua, algo que parecía incongruente con mi actuación, pero era un

gesto que Camille hacía en su número egipcio y que a mí me había impresionado de manera especial. Cayó el telón y el público rompió a aplaudir. Corrí fuera del escenario, casi incapaz de respirar.

Monsieur Dargent, *madame Tarasova*, Albert y los otros estaban esperándome entre bastidores. Albert me levantó, me sentó sobre su hombro y desfiló de aquí para allá conmigo encima. *Monsieur Dargent* sonrió de oreja a oreja. *Madame Tarasova* se me acercó y me cogió de las mejillas.

—¿Sabes que lo que acabas de hacer es lo que cualquier artista desearía? ¡Los has encandilado, Belle-Joie! ¡Los has encandilado por completo!

Durante mi primer ensayo en *Le Chat Espiègle* me sentí como una impostora. Como parte de mi contrato, tenía que practicar con las coristas cada tarde a las dos en el sótano bajo el escenario, excepto los jueves y domingos, que había matinés en las que actuar. La estancia estaba normalmente cerrada, por lo que me senté en las escaleras llenas de polvo junto con las otras chicas hasta que *madame* Baroux, la profesora de ballet, llegó con *madame* Dauphin, la pianista acompañante. Cuando lo hizo, las chicas se enderezaron de sus encorvadas posturas y se arremolinaron junto a la puerta, y yo las seguí. Solo Claire y Ginette se aproximaron arrastrando los pies con la misma apatía que los asistentes a una comitiva funeraria, pero si *madame* Baroux se dio cuenta no lo demostró.

—*Bonjour*, señoritas —canturreó, apoyándose en su bastón.

Se sacó una llave que llevaba colgada de una cuerda alrededor del cuello y la introdujo en la cerradura de la puerta.

—*Bonjour*, *madame* Baroux —contestaron las chicas, y sus voces sonaron como las de las alumnas de un colegio de monjas.

La mirada de *madame* Baroux se posó sobre mí y me saludó con la cabeza. Asumí que *monsieur* Dargent le había explicado quién era. A las coristas se les exigía ensayar todos los días para mantener su flexibilidad, pero esa no era la intención de *monsieur* Dargent con respecto a mí. Quería que yo entendiera lo que las chicas hacían para que pudiera imitarlas en el escenario. Además, pretendía que adquiriera los fundamentos básicos del baile por si acaso era necesario que participara en el siguiente espectáculo o que sustituyera a las que se pusieran enfermas. Tenía que ganarme el sueldo.

Después de recibir varios empujones, cortesía de *madame* Dauphin, la puerta se abrió con un crujido y nos introdujimos en la habitación tras *madame* Baroux. *Madame* Dauphin se sentó al piano y levantó la abollada tapa. Calentó los dedos sobre las teclas con una melodía que me hizo pensar en mariposas revoloteando entre la hierba alta. Sus desarreglados rizos y su vestido de flores eran la antítesis de *madame* Baroux, que llevaba el pelo recogido con peinetas y mantenía su individualidad escondida bajo una blusa blanca almidonada y un chal de ganchillo típicos de una mujer francesa de mediana edad.

—¡Estiramientos! —anunció *madame* Baroux, golpeando el suelo de parqué con su bastón.

Las chicas se echaron al suelo, transformándose en un mar de miembros extendidos, contorsionando todas a la vez sus figuras enfrente de los espejos que se alineaban a lo largo de las paredes del sótano. Yo me dejé caer al suelo también. La arenilla del parqué se me pegó a las palmas de las manos, así que me las froté contra

los lados de mi propia túnica antes de estudiar qué estaba haciendo la chica que tenía delante, Jeanne.

—Es así —me susurró Jeanne, alargando la pierna y acercando el pecho hacia la rodilla estirada.

Hizo una mueca y se le pusieron las mejillas coloradas. Seguí su ejemplo y, para mi sorpresa, logré imitar la postura sin demasiado esfuerzo. Ya me estaba felicitando mentalmente cuando noté que *madame* Baroux me daba un golpecito con el bastón en la zona lumbar.

—Mantén la espalda recta. Eres bailarina, no contorsionista. Todos tus movimientos deben fluir grácilmente desde tu eje vertical.

Aunque las chicas eran coristas y no bailarinas, la mayoría de ellas tenía experiencia con el baile clásico. Yo me sentía perdida entre ellas. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué diablos era el eje vertical?

—Sí, *madame* —respondí, corrigiendo la postura todo lo que pude.

Sin embargo, cuando levanté la vista, *madame* Baroux ya había pasado de largo.

—No es que le haga precisamente falta mucha elegancia en su número —escuché que alguien murmuraba desde la primera fila.

Levanté la mirada por encima del mar de cintas del pelo, medias y enaguas para ver quién había sido. ¿Claire? ¿Paulette? ¿Ginette? Puede que yo hubiera salvado el espectáculo, pero aquello no significaba que no sintieran rencor porque a una ayudante de vestuario le hubieran dado un papel principal.

—¡A la barra, señoritas! —exclamó *madame* Baroux.

Levanté la vista y vi que las demás se habían colocado en posición de espera junto a una barandilla de madera que recorría una de las paredes. Troté tras ellas y ocupé mi lugar en la fila. *Madame* Baroux me dedicó una mueca que apenas podía confundirse con una sonrisa.

—Arabesca —anunció.

Contemplé a la chica que tenía al lado y extendí la pierna hacia atrás, imitándola. *Madame* Baroux se movió a lo largo de la fila, echando hombros para atrás y levantando caderas. Agarré la astillada barra e imaginé que mi columna vertebral estaba formada de canicas alineadas desde el cuello hasta el sacro. Mantuve la pierna firme, ignorando la quemazón que sentía en la parte interior de los muslos. Pero *madame* Baroux pasó a mi lado sin dedicarme ni una sola mirada. No se trataba de que mi postura fuera perfecta, sino que ni siquiera le merecía la pena molestarse en corregirme.

—Con esa pinta, parece un bebé —le susurró Ginette a Madeleine lo bastante alto como para que yo pudiera oírlo.

Comparé sus brillantes mallas con mi blusa de percal, elaborada a partir de un paño que me había traído de la finca.

—Bueno, la han puesto en el espectáculo para hacer reír al público —le contestó Madeleine entre risitas.

Me mordí el labio y me esforcé en no llorar. ¿Acaso no era precisamente aquello lo que había deseado: estar en el teatro? Y aun así, nunca antes me había sentido más torpe, fea o sola.

La tensión entre las chicas y yo llegó a su punto crítico un tiempo después. Estábamos apiñadas en el camerino, preparándonos para la actuación. Me habían asignado un lugar en la esquina trasera, en un hueco entre una ventana cegada y una palmera marchita. Había hecho calor durante el día y aunque se habían abierto de par en par todas las ventanas que no estaban rotas, no corría nada de brisa. Nuestros trajes tendrían que haber pasado por la lavandería, pero *madame* Tarasova estaba demasiado ocupada y alguien, probablemente Marión, no se había lavado los pies después del ensayo. El aire apestaba a una mezcla de colonia, piel sudorosa y zapatos húmedos que revolvió el estómago. Solamente funcionaban tres de las diez bombillas de mi espejo. «En realidad da lo mismo», pensé, mirando con desaprobación las manchas de color sobre mis párpados. No se me daba bien maquillarme, aunque *madame* Tarasova había hecho lo posible por enseñarme. Estaba tratando de aplicarme el maquillaje a la mandíbula, cuando Claudine acercó una banqueta y se sentó junto a mí.

—El espectáculo va bien gracias a ti, Simone. He oído a *monsieur* Dargent decir que se han compensado las pérdidas —comentó.

Cogí el lápiz de ojos y asentí. Claudine me gustaba, pero no me fiaba de Claire, que se sentaba justo detrás de mí. Había ocupado el puesto de Anne en el coro y no ocultaba que pensaba que yo sobraba en el camerino. Independientemente de lo cuidadosa que yo fuera, cada vez que movía mi banqueta hacia atrás siempre me chocaba contra su espalda.

—¡Ten cuidado! —me espetaba—. ¡Si me rompes las medias, tendrás que pagar una multa!

Por supuesto, en esa ocasión se dio media vuelta y le rugió a Claudine:

—El primer acto es terrible. ¡Habría que recortarlo inmediatamente!

—¿Por qué? —preguntó Claudine, girando su banqueta para enfrentarse a Claire—. Un nuevo acto significaría semanas de ensayos sin sueldo.

Marie levantó la mirada desde su espejo.

—En todo caso, ahora ya no es necesario —comentó—. Simone ha salvado el espectáculo. La audiencia va en aumento y ayer por la noche hicimos lleno absoluto.

Me agaché para ajustarme las tobilleras y evitar la mirada de las demás. Todas habían sido simpáticas conmigo mientras trabajaba en vestuario, pero cuando conseguí un papel en el espectáculo cambiaron las cosas. La opinión de las chicas sobre mí estaba dividida. Claudine, Marie, Jeanne y Marión, que consideraban que su papel en el coro era un empleo como otro cualquiera, estaban contentas de que yo me uniera a su número, porque aquello significaba que no tendrían que separarse de sus

hijos para ensayar un nuevo acto. Pero algunas de las otras chicas, como Claire, Paulette, Ginette y Madeleine, tenían ambiciones. Querían ser estrellas y yo representaba una amenaza para sus objetivos.

Claire arrugó la nariz.

—¡Bah! —resopló, desairando a Marie con un gesto de la mano—. La audiencia está aumentando porque las celebraciones del Día de la Bastilla se han terminado y la gente necesita algo que hacer.

Algunas de las otras chicas murmuraron palabras de asentimiento.

—Creo que deberíamos hablar con *monsieur* Dargent después del espectáculo —propuso Paulette, echándose su bata manchada de maquillaje encima de los hombros—. El público viene porque quieren ver a chicas guapas bailando. Simone nos pone a todas en ridículo.

—Ya hablaste con *monsieur* Dargent la semana pasada —le contestó Claudine, riéndose entre dientes—. Y arregló el problema contratando a Simone. —Me dio unas palmaditas en el hombro y me sonrió abiertamente. Sabía que tenía buenas intenciones, pero deseé que no continuara hablando—. Y además —prosiguió—, está tan contento con Simone que está pensando en poner su nombre en los carteles de publicidad del espectáculo.

El murmullo de voces en la habitación se detuvo. Todas las miradas se volvieron hacia Claudine. Nadie me miraba a mí.

—Es verdad —comentó Marie mientras se ponía colorete en las mejillas—. Ayer mismo le oí hablando con la taquillera sobre el tema. La gente ha estado preguntando si este era el espectáculo «de la chica graciosa».

Paulette se dio la vuelta hacia su espejo y se pasó bruscamente el cepillo por el pelo. Madeleine y Ginette intercambiaron una mirada.

—Si la ponen en cartel, yo me marchó —sentenció Claire, encogiendo sus huesudos hombros—. No es más que una ayudante de vestuario. No durará mucho sobre el escenario. No basta con comportarse como una idiota. También hay que saber bailar.

—Además, tampoco es que sea ninguna belleza —añadió Madeleine, elevando la nariz en el aire.

Me levanté y corrí por la puerta, pisando zapatillas y bolsos. Cuando me encontré a salvo en el vestíbulo, apoyé la frente sobre el dorso de la muñeca y me recliné sobre la barandilla. Las groserías de las coristas eran como un mazazo para mi autoestima. Quizá tenían razón y yo no estaba hecha para el teatro.

Pero mi humor cambió en el momento en que sonó la campana de llamada a escena. Corrí escaleras abajo para colocarme en mi puesto entre bastidores. Podía sentir al público antes de verlo: el ambiente era eléctrico. Las voces de los hombres y mujeres que estaban entrando en la sala zumbaban y crepitaban como chispas de electricidad estática antes de una tormenta. Presioné con la mano la pared trasera para conectarme con aquella corriente. El propio edificio parecía estar palpitando. Aquella

noche iba a haber un lleno absoluto.

Resonó el eco de un redoble de tambor por toda la sala. La orquesta arrancó con la música del número de introducción y mis pies golpearon el suelo al ritmo de los ukeles. Ya no necesitaba que *monsieur* Dargent me diera el pie, pues me sabía de memoria cuándo debía entrar. Al final de la segunda estrofa, salté al escenario bajo los focos. La multitud rugió y estalló en aplausos.

—¡Aloja! ¡Aloja! ¡Aloja!

Mi voz se elevó por encima de las de las chicas incluso más de lo habitual. Había conseguido fortalecerla practicando todas las noches. Era capaz de forzar aún más el sonido sin desafinar. Claire trató de alcanzarme con su estridente voz de soprano, pero no podía mantener el tono y bailar al mismo tiempo. Recorrí con la mirada al público, que era un océano de rostros paralizados. Me olvidé de las hoscas recomendaciones de *madame* Baroux sobre mantener el «eje vertical» y contoneé las caderas y oscilé las piernas en todas las direcciones. El público rugió y aplaudió. Sus risas llegaron hasta el escenario como una ola rompiendo en la playa. En un instante, toda la primera fila se puso en pie y me vitoreó: «¡Bravo, *mademoiselle* Fleurier! ¡Bravo!».

¿Se sabían mi nombre? Sentí mariposas en el fondo del estómago. La vibración me recorrió desde el pecho hasta las puntas de los dedos.

—¡Aloja! ¡Aloja! ¡Aloja! —canté, con toda la fuerza que podía extraer de los pulmones.

—¡En solo dos semanas ya eres todo un éxito! —exclamó *madame* Tarasova cuando salí del escenario—. Has entrado en el mundo del espectáculo como pez en el agua. ¡Tienes talento innato!

—Te echamos de menos aquí abajo —me dijo Vera, quitándome la peluca.

—Me cambio y bajo ahora mismo, ¿vale? —le contesté, volviéndome hacia las escaleras—. *Monsieur* Dargent quiere que os ayude hasta que prepare más números para mí en el siguiente espectáculo.

Corrí escaleras arriba al camerino, pero me paré en seco cuando vi el desorden en el exterior de la puerta. Me quedé aturdida durante un momento, contemplando las brochas y lápices de maquillaje tirados en el suelo. Había un bote de colorete volcado de lado, una pastilla de rímel aplastada que formaba una pasta grasienta contra las tablas del suelo y el polvo de arroz espolvoreaba todo como si fuera nieve. Había un tocador con el espejo rajado apoyado contra la pared. Contemplé con la boca abierta aquel espectáculo de destrucción durante unos segundos antes de percatarme de que aquellos objetos eran míos.

Me agaché para recoger los cosméticos cuando me di cuenta de que el kimono decorado con rosas que había heredado de Anne estaba enganchado en la puerta. Tiré de él, pero estaba tan atascado que no podría moverlo a menos que le pidiera a alguna de las chicas que me ayudara. Alguien soltó una risita y vi sombras moverse por la rendija de luz que salía por debajo de la puerta. Me imaginé a Claire y a sus

cómplices espiándome por la cerradura, felicitándose a sí mismas por su inteligencia. Dejé la bata: opté por volver después a por ella antes que darles la satisfacción de tener que rogarles que me la devolvieran.

Recogí el bote de colorete y limpié el resto del desorden lo mejor que pude, pasando el extremo de mi falda de hojas por el borde de los envases. *Madame* Tarasova había logrado componer mi colección de cosméticos de los objetos perdidos que había ido reuniendo a lo largo de los años. Me alivió ver que el envase de polvos de maquillale estaba medio lleno. Dejé el rímel: se había echado a perder y no merecía la pena tratar de recuperarlo. Si me quejaba a *monsieur* Dargent, se les descontaría el dinero del sueldo a las responsables por comportamiento problemático. Pero, si lo hacía, las intimidaciones empeorarían. Y ya había más coristas que estaban en mi contra que a mi favor.

Recogí la colección de cosméticos arruinados y miré al otro lado de la esquina. Al final del vestíbulo, cerca de los servicios, había un nicho. El hedor a orina de los retretes era insoportable, pero el nicho estaba limpio y tenía un tragaluz de cristal esmerilado y luz eléctrica. Arrastré el tocador y el espejo hasta allí, y ordené lo que había quedado de mi maquillaje sobre la mesa.

—Muy bien, Simone, me alegra verte haciendo nuevas amigas.

Miré hacia el espejo rajado para ver a Camille junto a mí, vestida con una túnica para su número de Helena de Troya.

—Bienvenida al mundo del espectáculo —continuó.

Mantuve la vista hacia el espejo. No quería que me viera llorar.

Me puso la mano en el hombro y entrecerró los ojos.

—¿Quién te ha enseñado a maquillarte?

—*Madame* Tarasova me ha enseñado algunas cosas y he copiado a las demás.

—Tu cara parece un mapamundi.

Me llevé la mano a la mejilla. Sabía que por mucho que lo hubiera intentado, no había conseguido adquirir el arte de mezclar los colores. Me alegré de que el público no pudiera verme de cerca.

—Vamos —me dijo Camille, moviendo la cabeza en dirección a su camerino—. Tengo quince minutos. Te enseñaré cómo hacerlo correctamente.

El camerino de Camille era un revoltijo de bellos objetos al lado de otros horrorosos. Había una silla de mimbre coja junto a una cómoda de madera pulida de palo de rosa, y una alfombra persa, entrecruzada con una mugrienta de algodón, cubría el suelo combado. Varios mantones de Manila tapaban el sofá cama, mientras que el tocador estaba atestado de botellas de perfume sin tapón. Moví nerviosamente la nariz ante el olor de la habitación: una mezcla de incienso, polvo y jabón de baño.

Camille me sentó en un taburete cubierto de satén y me limpió las manchas de maquillaje que se me acumulaban alrededor de la barbilla y las aletas de la nariz. Era fácil detectar los fallos en su espejo perfectamente iluminado. El lápiz de ojos

desviaba mis pestañas hacia diferentes ángulos en cada uno de los dos párpados y mi boca se curvaba hacia un extremo. Si hubiera sido un poco más oscura de piel y hubiera tenido las sombras de los ojos un poco más claras, habría parecido uno de esos cantantes estadounidenses que se «oscurecían» la piel para cantar *jazz*.

—Mira —me dijo Camille, recogíendome el pelo hacia atrás y sujetándolo con un pañuelo, para después limpiarme la cara—, tienes que maquillarte por encima del nacimiento del pelo y detrás de las orejas para que no haya bordes. Y aunque tienes la piel color oliva, necesitas utilizar algo más oscuro. Todo el maquillaje se deshace bajo los focos.

Levanté la mirada hacia Camille. El carboncillo que delineaba sus ojos intensificaba su color azul. El maquillaje se fundía con el color de su piel y el rojo de sus labios era suave. Aquellos colores realzaban su tono natural. Tenía un aspecto tan perfecto como el de la encerada pieza de un frutero. Me revolví en el taburete con timidez. ¿Por qué no podía yo tener un aspecto así?

Camille abrió la tapadera abatible de su estuche de maquillaje y rebuscó entre los contenidos.

—Aquí está —exclamó, sacando un bote que contenía una crema de color perla. Abrió la tapa y extendió la sustancia bajo mis cejas y las pestañas de los párpados inferiores—. Destaca siempre tus cualidades y minimiza tus defectos —me explicó mientras me limpiaba los dos círculos de colorete que yo me había puesto en las mejillas para sustituirlos por dos toques de color extendidos por los pómulos—. Los seres humanos no somos más que animales con ropa —comentó—. Cuando esas chicas la toman con alguien, o bien están tratando de eliminar a la bestia más débil del rebaño o pretenden asustar a un nuevo miembro al que consideran una amenaza.

Toqué con la punta de los dedos una violeta apoyada en un platillo sobre el tocador.

—¿Eres de Marsella? —le pregunté.

Camille era rubia y tenía facciones delicadas como si fuera del norte. Nadie en Le Chat Espiègle sabía demasiado sobre ella. Tenía reputación de no contar nada sobre ella misma y nunca hablaba de lo que había hecho antes de entrar en el teatro.

Camille dejó escapar un suspiro exasperado.

—Eres una metomentodo —replicó—. Ahora mira hacia arriba para que pueda limpiarte esos pegotes de las pestañas.

Hice lo que me dijo y ella me peinó las pestañas con un cepillito minúsculo.

—¿Qué te parece? —preguntó, girándome la cara hacia el espejo. Parecía una muñeca en el escaparate de una tienda, con largas pestañas y boquita de piñón.

—Gracias —le dije, agradeciéndole a Camille no tanto el maquillaje sino los cinco minutos de amabilidad que me había dedicado; sola a mi corta edad, los necesitaba.

Camille asintió.

—No seas un animal débil, Simone —me advirtió—. Mi madre lo era. Por eso

dejó que mi padre le pegara hasta que acabó por matarla.

Me pregunté si Camille confiaba en mí. Quizá estaba cansada de ricos pretendientes y de los tipejos que rondaban la puerta de artistas aullando tras ella cada noche después del espectáculo.

Camille debió de contarle a *monsieur* Dargent lo que había sucedido, porque a la noche siguiente me trasladaron al camerino número tres. La estancia estaba ocupada por Fabienne Boyer, la pechugona *chántense* del espectáculo, y las acróbatas Violetta y Luisa Zo-Zo. Estaba dividido desde el centro por una fila de pantallas orientales y una ventana de celosía, y teníamos que cuidarnos de no pegar portazos porque, si no, toda aquella endeble estructura se venía abajo. Fabienne ocupaba un lado de la pared y las hermanas Zo-Zo y yo la otra. En las raras ocasiones en las que todas coincidíamos cambiándonos en el camerino, el ambiente era agradable. Violetta y Luisa a veces se ponían solemnes antes de su número, pero después se volvían habladoras, y *Bonbon* podía sentarse en su propia cesta junto a la puerta siempre que no estuviera con *madame* Tarasova en la zona de vestuario.

—¡El público de hoy es *fantástico*^[1]!— anunciaron las hermanas Zo-Zo, entrando de repente en el camerino.

Las ronchas en las palmas de sus manos y en el dorso de sus piernas me ponían nerviosa, pero las quemaduras de la cuerda no les solían molestar. Se secaron el sudor con toallas y se frotaron la piel con aceite de oliva y ungüento de lavanda.

—Gracias a la temporada turística es por lo que tenemos tanta audiencia —nos explicó Fabienne a través de la celosía.

La división del camerino había sido idea suya, pero no a causa de que fuera altiva, sino por consideración hacia nosotras, pues recibía muchas visitas. Las pantallas no aislaban el sonido, y las hermanas Zo-Zo y yo teníamos que contener la risa cuando Fabienne practicaba sus ejercicios de calentamiento: «Maaaa... Meeee... Miiii... Moooo... Muuuu...».

La única cualidad que su chillona voz poseía era que lograba mantenerse bastante tiempo en una nota sin desafinar, pero nadie venía a ver a Fabienne por sus capacidades como cantante. Era su rostro vivaracho y su fabulosa figura lo que incitaba a las multitudes. Las *flappers* de pecho plano habían sido el último grito en moda femenina, pero a los hombres se les caía la baba ante un cuerpo de 97-70-100. Su tocador siempre estaba cubierto de ramos de flores.

Aunque la conversación de los admiradores de Fabienne siempre era discreta —«*Mademoiselle* Boyer, al aparecer usted en escena, mi corazón se llena de alegría, es usted magnífica»—, había algo presuntuoso en aquellos hombres que me ponía la piel de gallina. Le daban las buenas noches a Fabienne, le besaban la mano y caminaban con aire arrogante hacia la puerta, girándose para hacer una última reverencia, siempre con un brillo en los ojos que me recordaba a la mirada de un

lobo. Unos minutos más tarde, Fabienne fingía un bostezo y anunciaba que tenía que irse a casa.

—Pronto vendrán a visitarte a ti, Simone —me dijo Fabienne una noche, rociando en el aire su perfume de lilas.

Era su manera educada de camuflar el olor a sudor con un toque de cebolla que las chicas Zo-Zo traían después de actuar.

Le agradecí a Fabienne sus palabras de ánimo, aunque la atención de los hombres no era lo primero que tenía en mente. Y no es que fuera una mojjigata. Había nacido en una finca y, a diferencia de las historias que las coristas inglesas nos contaban, mis padres nunca me habían prohibido salir al campo cuando los animales se apareaban. Desde siempre, había conocido los «secretos de la vida». Pero me producía terror la historia sobre que a Madeleine la hubieran obligado a abortar o la idea de ver mi destino vinculado a los caprichos de un hombre. Si aquel era el precio por estar con el sexo opuesto, yo no quería pagarlo.

Sin embargo, un deseo que era más fuerte que el sexo recorría mis venas. Cada noche, ansiaba el sonido del aplauso del público y no me sentía saciada hasta que no había recibido como mínimo dos bises. Estaba a punto de cumplir quince años y ya sabía lo que quería ser en la vida: y no era precisamente corista cómica de segunda fila. Si no podía lograr convertirme en una gran belleza del escenario, al menos quería llegar a alcanzar la fama como cantante.

Durante la antepenúltima noche del espectáculo *En el mar*, cuando salí del escenario me encontré a Camille espionando a hurtadillas tras una palmera artificial en el hueco de las escaleras.

—Reúnete conmigo en mi camerino —me dijo mientras recogía el borde de su túnica y desaparecía como una diosa que acabara de emitir una orden.

Ascendí penosamente las escaleras, casi chocándome con Claude el mago, que estaba tratando de bajar con la jaula de su pájaro balanceándose en una mano y su mesa de cartas bajo el otro brazo. Esperé en mi camerino hasta que escuché a Camille canturreando por el pasillo y el sonido del pestillo de su puerta. No tenía ni la menor idea de por qué nos estábamos comportando de una manera tan discreta.

—Pasa —me dijo, haciéndome un gesto para que entrara cuando llamé a la puerta.

La cerró a mis espaldas y yo me paré en seco. Durante un momento, pensé que me encontraba en el camerino de otra persona. El habitual desorden de Camille no se veía por ninguna parte: no había ropa interior sobre las sillas ni plumas ni zapatos tirados por el suelo, tampoco collares de perlas ni pañuelos sobresaliendo de los cajones del tocador. La única prenda de ropa visible era un vestido color carmesí colgado de la puerta del armario.

—Has recogido —comenté, fijándome en la maleta junto al tocador: Camille se volvió hacia donde yo miraba.

—Ah, eso —respondió—. Siempre me gusta empaquetar mis cosas al final de

cada temporada. Luego lo sacaré todo de nuevo el día del estreno de la nueva representación.

Asentí. Cada artista tenía su propio ritual supersticioso. El mío era besar el medallón que contenía la fotografía de mis padres antes de salir a escena. Fabienne se persignaba antes de su número y las hermanas Zo-Zo chocaban las manos y pisoteaban el suelo. Albert me contó que el empresario teatral Samuel el Magnífico se presentaba todas las noches de estreno con un sombrero apolillado y una barba de dos días. Pensaba que acicalarse para la ocasión traería mala suerte a la compañía. Nuestras vidas eran tan precarias que necesitábamos algún tipo de ritual para mantener cierta sensación de estabilidad.

La voz apagada del cantante masculino, Marcel Sorel, penetró por la pared. Estaba hablando con *monsieur* Dargent.

—En el próximo espectáculo quiero el último número del primer acto —le dijo.

—¿Por qué? —preguntó *monsieur* Dargent—. ¿Tienes algún compromiso con otro teatro? Ya sabes que eso sería romper tu contrato.

Camille bajó la voz.

—Escucha, Simone, *monsieur* Gosling me ha pedido que te pregunte si quieres venir con nosotros a cenar mañana por la noche.

—¿Yo?

—Sí —respondió—. Está encantado con tu número y quiere conocerte.

—¿A mí?

—Cenaremos en el Nevers.

Camille pretendía tentarme, pero sus palabras tuvieron exactamente el efecto contrario de lo que ella anticipaba. Nevers era uno de los restaurantes más exclusivos de Marsella. Me imaginé a las mujeres de vestidos elegantes que había visto en los establecimientos de la Canebière cuando solía pasear a *Bonbon* por allí.

—¿Qué pasa, Simone? —preguntó—. Si quieres tener éxito, no solo basta con actuar sobre el escenario. También tienes que relacionarte con la gente adecuada. Gente que pueda ayudarte.

Aunque me costaba creer que *monsieur* Gosling pudiera tener interés en mí, era mi ropa lo que me preocupaba. No tenía ningún vestido lo bastante bueno como para ir a la iglesia, menos aún al Nevers. Me miré los pies y Camille sacudió hacia atrás la cabeza y se echó a reír.

—¿Ese es el problema? —Se dirigió a su armario y cogió el vestido color carmesí—. Puedes quedarte con este. En todo caso, ya me he cansado de él. Y tengo los zapatos a juego. Puedes darlos de sí, si te quedan pequeños.

Recordé el vestido que tía Yvette había querido confeccionar para mí. La tela había caído junto con mi padre por el precipicio de las gargantas del Nesque. A pesar de mi entusiasmo por el teatro, no pasaba ni un solo día sin que me acordara de él o pensara en mi madre, tía Yvette o Bernard. Me preocupaba por que el cultivo de lavanda tuviera éxito y por cómo estaría sobrellevando mi madre el control de tío

Gerome. Camille confundió mi tristeza con tozudez.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, colocándome el vestido sobre el brazo—. Nevers. Un bonito vestido. Cena por invitación del heredero de una de las fortunas de la industria jabonera más grande de Marsella.

—¿Por qué te comportas de una manera tan reservada con respecto a todo esto? —le pregunté.

Camille arqueó una ceja.

—Porque se me ha ocurrido que ya has provocado suficientes envidias por estos lares.

Sus palabras no me sonaron convincentes, pero le debía un favor por haber sido amable conmigo cuando las coristas me echaron de su camerino, así que accedí a acudir a la cena.

La noche siguiente, Camille saludó al portero del Nevers con la mano y con un movimiento del hombro, y se detuvo en la entrada entre dos jardineras de helechos. Yo me paré detrás de ella, sintiéndome más como una ladrona que como una denta. Me había lavado el pelo y la cara a conciencia, pero incluso a pesar de llevar el vestido de Camille, no me sentía a la altura de aquel ambiente. La luz de las lámparas de gas se reflejaba en las copas de cristal y la cubertería de plata. Las mujeres con joyas adornándose el cabello ocupaban sus asientos frente a hombres con gardenias en los ojales. Al principio, pensé que debíamos de estar esperando al *maître*, pero aun después de que nos hubiera recibido, Camille permaneció de pie el tiempo suficiente como para captar la mirada de todos los hombres del restaurante. Cuando se hubo asegurado de que contaba con la atención de todos ellos, le hizo un gesto con la cabeza al *maître* y entró pavoneándose hasta la mesa en la que *monsieur* Gosling nos esperaba fumando. Apagó el cigarrillo y se puso de pie de un salto.

—Esta es *mademoiselle* Fleurier —anunció Camille, acomodándose en una silla que el *maître* le había ofrecido.

Monsieur Gosling me besó la mano y se volvió hacia Camille.

—¿Cómo ha ido la representación de esta noche, *ma chérie*? Siento habérmela perdido, pero tenía preparativos que hacer.

Camille le dedicó una sonrisa y apoyó los dedos de la mano sobre la muñeca de él. Mostraba más interés en él que la primera noche que los había visto en el exterior de Le Chat Espiègle.

—Simone ha hecho una gran actuación esta noche —comentó.

—¿De verdad? —dijo *monsieur* Gosling, girándose hacia mí—. No he visto nunca el primer acto. Nunca logro llegar tan pronto al espectáculo.

Le eché una mirada a Camille, pero si se dio cuenta de que *monsieur* Gosling acababa de contradecirla, no lo demostró.

—Este es un sitio muy bonito, ¿verdad, Simone? —comentó.

Un camarero nos trajo un *apéritif* de vino blanco y *cassis*. Camille encendió un cigarrillo y se lo pasó a *monsieur* Gosling.

—Deberíamos tomar bullabesa —afirmó él antes de embarcarse en una perorata sobre aquel plato típico marsellés y sobre como absolutamente nadie se ponía de acuerdo sobre su preparación—. Nuestro cocinero insiste en que el secreto está en el vino blanco —explicó—. Pero mi abuela se echa las manos a la cabeza con solo oírlo.

Camille apoyó la barbilla en la mano, aparentando estar fascinada con el discurso de *monsieur* Gosling, mientras que yo hacía lo posible por no bostezar. ¿Qué estaba haciendo yo allí, atrapada entre el borde de la mesa y un busto de Julio César? Quizá Camille quería contar con mi presencia para hacer más soportable el tiempo que tenía que pasar con *monsieur* Gosling.

Sentí alivio cuando el camarero trajo la bullabesa, aunque no era lo que yo me esperaba. Examiné la mezcla de marisco flotando en un charco de salsa anaranjada. Por la descripción de *monsieur* Gosling, me había imaginado que sería una sopa o un caldo, pero aquel plato no era ninguna de las dos cosas. Aparte de la pescadilla y los mejillones, no era capaz de reconocer el resto del pescado y del marisco, incluso aunque todos conservaran todavía la cabeza. Pero cuando olfateé el aroma a pescado, azafrán, aceite de oliva y ajo, me sonaron las tripas por la anticipación. Levanté el cuchillo y el tenedor y corté un trozo de pescado.

Un camarero pasó a mi lado y arqueó las cejas. Me di cuenta de que yo era la única que estaba inclinada sobre mi plato, mientras que Camille y *monsieur* Gosling tenían las espaldas rectas pegadas al respaldo de la silla y sus rostros alejados de sus respectivas sopas. Me puse recta bruscamente y el trozo de pescado lleno de salsa que tenía pinchado en el tenedor se cayó sobre el mantel. Traté de limpiarlo, pero la mancha ocre se extendió aún más y también ensucié la servilleta. Miré de reojo a Camille y a *monsieur* Gosling, pero no se habían dado cuenta de nada. Ambos estaban perdidos en la mirada del otro.

—Tengo buenas noticias, Simone —anunció Camille cuando el camarero trajo el queso y la fruta—. Mañana *monsieur* Gosling y yo nos vamos a París.

—¿A París? —Casi me atraganté con la galleta salada que me estaba comiendo.

—*Monsieur* Gosling me va a poner un apartamento y me va a comprar un armario de alta costura en París —me explicó Camille sonriendo francamente—. Voy a ser la estrella principal de Eldorado.

—Pero ¿y qué pasa con el espectáculo de *Le Chat Espiègle*? —le pregunté—. Los ensayos empiezan mañana.

Gracias a los beneficios cosechados con *En el mar*, *monsieur* Dargent había planeado un espectáculo aún más espléndido para la siguiente temporada. Sabía que se había gastado una fortuna en los relucientes trajes en los que estaban trabajando *madame* Tarasova y Vera. También suponía que contaba con que Camille Casal lo protagonizaría.

La sonrisa de Camille se desvaneció durante un instante. Se frotó los brazos.

—¿Cómo podría decírselo? —preguntó—. Él me dio mi primera oportunidad. Pero es París... —Su mirada se iluminó de nuevo—. Allí es adónde una va si quiere

ser una estrella. El Adriana, el Folies Bergère, el Casino de París, Eldorado. No me puedo quedar en Marsella, Simone. Pero cada vez que he querido decírselo a *monsieur Dargent*, no he encontrado el suficiente arrojo como para hacerlo.

Sentí la comezón de una duda incesante sobre la veracidad de las palabras de Camille, pero la ignoré. No podía ofenderme el hecho de que quisiera marcharse a París. Era el lugar al que todo el mundo aseguraba que había que ir si querías ser una verdadera estrella. Pero me preocupaba lo que la marcha de Camille pudiera significar para el resto de nosotros. *Monsieur Dargent* tendría que cancelar el espectáculo.

—Encontrará a otra persona —aseguró Camille—. Créeme, se le da muy bien eso.

Alargó la mano para coger su bolso, sacó un sobre y lo empujó hacia mí.

—Te confío esto, Simone. En él, le cuento a *monsieur Dargent* todo lo que siento en el fondo de mi corazón y le ruego que me perdone. Cuando reciba esta carta mía, seguro que lo entenderá.

Suspiré exhalando de alivio. Por lo menos, Camille sí que había tenido en cuenta los sentimientos de *monsieur Dargent*.

—Tú se la darás, ¿verdad, Simone? Pero esperarás hasta mañana, —¿a que sí?

—Sí, por supuesto —le respondí.

Tendría que haber sabido que algo no iba bien. La señal inequívoca fue lo mucho que me apretaban los dedos de los pies y me rozaban los tobillos los zapatos que Camille me había dado y la mirada en los ojos de Fabienne cuando me la crucé en las escaleras de Le Chat Espiègle.

—No viniste a la fiesta del reparto ayer por la noche —me dijo mientras estudiaba mi vestido.

Me pregunté si se habría dado cuenta de que era de Camille.

—¿La fiesta del reparto?

—Al final de cada temporada siempre se celebra una fiesta. Todo el mundo acudió, salvo Camille y tú.

Yo no sabía nada sobre la fiesta. ¿Por qué no la mencionaría Camille?

—Bueno, la próxima vez, haz un esfuerzo por asistir —comentó Fabienne con desdén—. No queda bien que te largues por ahí con Camille e ignores a los demás.

Hacía calor en el interior del teatro. Las paredes de Le Chat Espiègle absorbían y retenían aquel calor de una manera espectacular. Me sequé las gotas de sudor del cuello. Era la primera vez que me percataba de las manchas del papel pintado en las paredes del vestíbulo a causa de las humedades. Toda la destartada estructura estaba plagada de grietas y la alfombra apestaba a moho. La taquillera permanecía sentada en su cabina, sellando entradas para el espectáculo de la siguiente temporada. Tenía un ventilador en su jaula de metal sobre el armario, pero se encontraba apagado.

—Ese estúpido cacharro me vuela las entradas si lo enciendo —se quejó.

Le pregunté dónde estaba *monsieur Dargent* y señaló con la cabeza hacia el

auditorio.

—Está con el director de escena, planificando el nuevo espectáculo.

Las puertas del patio de butacas se abrieron de par en par. Un murmullo de voces masculinas flotó en la oscuridad. Uno de los focos del escenario se dirigía hacia la puerta y tuve que entrecerrar los ojos para ver el interior de la sala. *Monsieur Dargent* estaba inclinado sobre el escenario diciéndole a *monsieur Vaimber* algo sobre la iluminación. El ruido de mis pisadas resonó sobre las tablas del suelo.

Monsieur Dargent se interrumpió en medio de una frase y levantó la mirada. Sus ojos se posaron sobre los míos y se relajó. Tuve la impresión de que estaba esperando a otra persona.

—¿Sí? ¿Qué sucede?

—*Mademoiselle* Casal desea que le entregue esto —le dije, tendiéndole el sobre.

Monsieur Dargent me contempló durante un momento y frunció el entrecejo.

—Tráelo aquí —me ordenó.

La expresión de incomodidad volvió a aparecer en su mirada.

Caminé arrastrando los pies por el pasillo hacia él. *Monsieur Vaimber* se volvió para ver qué sucedía.

—¿Cuándo te ha dado esto? —me preguntó *monsieur Dargent*, arrancándome la carta de las manos.

Apreté los dedos de los pies.

—Ayer por la noche.

—¿Dónde?

—En el Nevers.

Monsieur Dargent le echó una mirada a *monsieur Vaimber*, después metió el dedo en la solapa del sobre y lo rasgó. Lo observé mientras desdoblaba el papel y lo leía. No podía tener más que unas pocas líneas por la rapidez con la que acabó de hacerlo.

—¿Qué dice? —preguntó *monsieur Vaimber*.

Monsieur Dargent me tendió bruscamente el papel.

—¡Léeselo! —me ordenó.

Cogí la carta y la contemplé durante unos segundos hasta que conseguí creerme lo que decía, o, más bien, lo poco que decía:

Me marchó en busca de algo más grande y mejor.

Au revoir

C.

—Tiene que haber algo más —aseguré—. Me prometió que le daría una explicación completa.

Le cogí el sobre de las manos y rebusqué en su interior. Pero no había nada.

Monsieur Dargent bufó:

—Camille llevaba un tiempo tratando de rescindir su contrato. Le dije que podía marcharse después de la siguiente temporada y me prometió que se quedaría. Esto es una catástrofe. No tengo estrella.

Monsieur Vaimber me miró por encima del hombro.

—Parece que tú lo sabías todo, ¿no?

—¡No! —repliqué, apretando los puños—. No hasta ayer por la noche. Fue entonces cuando me enteré de que se marchaba a París.

—Tendrías que haber acudido a mí anoche mismo —me recriminó *monsieur Dargent*—. Y no haber esperado hasta el mediodía del día siguiente. ¿Sabes lo que esto significa? ¡Significa que no tenemos espectáculo!

A pesar de su advertencia de que sin una estrella no habría ningún espectáculo, *monsieur Dargent* no canceló el ensayo de la tarde. En su lugar, esperó a que todo el mundo se reuniera en el auditorio antes de subirse al escenario, pasándose las manos por el cabello, y anunció que Camille Casal había abandonado el reparto. Las coristas prorrumpieron en un grito ahogado, interrumpido abruptamente por Claire, que cruzó los brazos sobre el pecho y se rio por lo bajo.

—¿Te parece divertido, Claire? —le preguntó *monsieur Dargent*.

Ella se encogió de hombros.

—Camille no era tan magnífica. Puede usted encontrar a cualquier otra persona que haga lo mismo que ella.

A *monsieur Dargent* se le desencajó el rostro. Ataviado con sus trajes blancos y sus camisas de colores, normalmente tenía aspecto de dandi, aunque un poco desharrapado. Pero en esta ocasión, con el pelo encrespado formando dos conos a ambos lados de la cabeza porque no paraba de mesárselo, parecía más bien un dandi enloquecido.

—La única solución, aparte de cancelar el espectáculo, es atraer a alguien «con un nombre» de otro espectáculo. Y para eso necesito dinero. ¿Te parecerá igual de gracioso cuando tenga que exprimir los sueldos de todo el mundo para conseguir ese dinero?

Claire se puso seria. Un murmullo recorrió el reparto.

—No puede usted hacer eso —replicó Madeleine—. ¡Tenemos contratos!

—Por lo que parece, eso no significa mucho —le espetó *monsieur Dargent*, que parecía más dolido que enfadado esta vez—. ¿Qué prefieres: tener contrato o un empleo?

Aunque *monsieur Dargent* no mencionó mi relación con la traición de Camille, noté la mirada que los demás le dedicaban a mi vestido. No tardarían mucho en comprender lo que había sucedido. La idea de que sus ya penosos sueldos tendrían que reducirse agrió el ambiente, que ya estaba lo suficientemente viciado por la peste a benceno de los trajes recién lavados y de la pintura que los encargados de la escenografía estaban utilizando para crear los decorados del siguiente espectáculo.

Contemplé como *monsieur Dargent* salía furioso del auditorio. Me sentía enojada

con Camille por haberme utilizado como a un monigote, pero me enfurecía aún más el habérselo permitido. ¿Por qué me había invitado al Nevers? Podría haber dejado el sobre en su camerino. ¿O le preocupaba que alguien pudiera encontrarlo antes de que ella se hubiera marchado a París? La partida de Camille no podía haber sucedido en un momento peor para mí, porque necesitaba a *monsieur* Dargent y al resto del reparto de mi lado. Fiel a su palabra, *monsieur* Dargent me había concedido más números en el nuevo espectáculo que estaba basado en la historia de Sherezade. Aparecía en cinco de las siete actuaciones del coro, e incluso tenía un papel vagamente glamuroso en una pantomima como odalisca tumbada en el palacio del sah Shahriar. Tenía bastantes números como para no tener que trabajar además en el vestuario, y *monsieur* Dargent había contratado a una costurera mulata para que me sustituyera. Pero lo que yo realmente deseaba era pedirle un papel de cantante.

—¡Simone! —me llamó Gilíes, el coreógrafo—. Únete a las coristas en el escenario y yo te acompañaré para que ensayes los pasos de tu número.

Me aproximé al escenario. Gilíes era la pareja de baile de Camille en un *pas de deux* de *En el mar*. Tenía diecinueve años y la piel tan tersa como el chocolate. Todas las chicas se derretían por él, aunque él prefería la compañía de los componentes masculinos del reparto.

El número de introducción estaba ambientado en un harén. Las coristas realizaban «el baile de los siete velos» —o más bien la reinterpretación de Gilíes del mismo—: iban dejando caer cada velo y finalmente aparecían ataviadas con unos transparentes pantalones de estilo árabe y unos sujetadores satinados y tachonados de joyas.

Mi papel cómico consistía en contonearme con ellas al principio, pero siempre había un velo que no lograba desenredar. Claude había utilizado sus habilidades mágicas para crear el accesorio necesario: un perno de seda escondido en el tronco de una palmera con un extremo enrollado a mi cuerpo, lo cual daba la sensación de que cuanto más tiraba del velo, más tela aparecía. *Monsieur* Dargent pensó que la idea era tan divertida que había incluido en el guión que yo apareciera en varias escenas más adelante, entre otras, una íntima entre Sherezade y el sah, aún tratando de desengancharme el velo.

—Al principio, parecerás una corista normal, Simone —me indicaba Gilíes—. Pero después... con una mirada y un pequeño mohín, darás la señal de que no todo va bien...

Gilíes se contoneaba y se giraba siguiendo los pasos del número, parándose de vez en cuando para indicarme algo importante:

—Si giras los hombros a la vez que sacudes los brazos es más sensual.

Adquiría un aspecto femenino cuando bailaba, a pesar de que su pecho desnudo y su espalda revelaban una anatomía musculosa.

—Vale, ahora lo intentas tú y yo te miro —me dijo, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Le hizo un gesto con la cabeza a *madame* Dauphin, que comenzó a tocar una

melodía oriental en el minúsculo piano de ensayos.

Nos movimos al son de la música mientras Gilíes revoloteaba entre nosotras, dándonos instrucciones y corrigiendo nuestras poses. Me imaginé cómo sonaría la música cuando la tocaran los instrumentos de viento y de percusión de una orquesta arábiga y dejé que mi cuerpo fluyera al compás del ritmo y el desarrollo que la música sugería.

—Muy bonito —me susurró Gilíes al oído—. Tienes talento innato para el baile.

«Ojalá *madame* Baroux le oyera decir eso», pensé.

Las puertas del vestíbulo se abrieron de un golpe, provocando una sacudida que se propagó por toda la sala e hizo que se desprendiera un trozo de yeso del techo. *Madame* Dauphin se quedó congelada en un acorde y las coristas se detuvieron en mitad de un giro. La silueta de *monsieur* Dargent se recortó como la de un fantasma contra la luz del día que provenía del vestíbulo. Incluso desde donde yo me encontraba, pude ver que tenía el rostro congestionado.

—¡Escándalo! —gritó y su voz hizo eco por toda la sala. Levantó un periódico que llevaba en el puño cerrado—. ¡ESCÁNDALO!

Claire me fulminó con la mirada. Puede que yo hubiera transmitido las malas noticias de Camille, pero no tenía nada que ver con ningún escándalo. Y, sin embargo, un incesante mal presagio en el estómago me indicó que aunque algo horrible no me sucediera a mí, sin duda le iba a suceder a otra persona.

—¡Simone Fleurier! —gritó *monsieur* Dargent—. ¡Da un paso al frente para que pueda verte!

Me quedé clavada en el sitio al oír mi nombre, pero los demás se apartaron a los lados, como si *monsieur* Dargent estuviera mirándome al final de un pasillo de gente, como Moisés contemplando las aguas abiertas del mar Rojo.

—¿Has visto esto? —me preguntó, blandiendo una copia de *Le Petit Provençal*.

Le dije que no con la cabeza. Desdobló el periódico para que pudiera ver los titulares de la portada:

Herederero de fortuna jabonera huye con estrella de teatro
y roba las joyas de la familia
Amantes ayudados por corista cómica

—¡Yo no he hecho tal cosa! —protesté.

—¡Chitón! —me hizo callar *monsieur* Dargent y comenzó a leer el artículo con voz teatral:

Además de retirar el dinero de su fideicomiso, *monsieur* Gosling robó un collar de diamantes, un brazalete y una diadema pertenecientes a la colección de joyas de su madre, declarando en su carta de despedida que destruiría estas joyas familiares si sus parientes trataban de detenerlo. Parece ser que el heredero de la fortuna jabonera marsellesa pretende invertir todos sus recursos en ayudar a *mademoiselle* Casal a

relanzar su carrera en París. Según los comensales del exclusivo restaurante Nevers, la pareja no actuaba en solitario. Una jovencita, supuestamente la corista cómica de Le Chat Espiègle, Simone Fleurier, presuntamente podría haber ayudado a la pareja en su fuga. Han representado la versión marsellesa de *Romeo y Julieta* por desafiar a la familia Gosling para encontrar el amor verdadero entre los brazos del ser amado.

Las risas estallaron por todo el auditorio. Sentí un nudo en la garganta y no podría haber pronunciado palabra incluso aunque se me hubiera ocurrido algo que decir. ¿La versión marsellesa de *Romeo y Julieta*? ¡Pero si Camille estaba utilizando a *monsieur* Gosling!

—¡Despida a Simone! —chilló Claire—. ¡Antes de que arruine el resto del espectáculo!

—¡Ya era hora! —asintió Paulette—. ¡No ha sido más que un incordio desde el principio!

Monsieur Dargent frunció el entrecejo.

—¿Despedirla? ¿Estáis locas? ¡Esto es un ESCÁNDALO! ¿Y sabéis lo que significa «escándalo»? ¡PUBLICIDAD!

Una cosa es ver tu nombre en cartel porque te lo bayas ganado por tu talento y otra muy diferente es estar en él porque te hayas visto involucrada en un escándalo. Cada vez que veía mi nombre en la cartelera de Le Chat Espiègle me sentía avergonzada. *Monsieur* Dargent había creado un nuevo papel para mí: representaba a la sirvienta que ayudaba a la hermana pequeña de Sherezade a fugarse con el hermano pequeño del sah. Los personajes, encarnados por Fabienne y Gilíes, arriesgaban sus vidas por amor ante la misoginia y la tiranía a las que había dado rienda suelta el sah en palacio y recurrían a la sirvienta para que les ayudara a escapar. «Igual que cuando ayudó a “la versión marsellesa de *Romeo y Julieta*” en la vida real», rezaba la publicidad. Me entrevistó *Le Petit Provençal* y, con *monsieur* Dargent retorciéndome el brazo, sustenté la historia de que había ayudado en la fuga amorosa de Camille.

Mi inmerecido cartel me convenció aún más de que debía pedirle a *monsieur* Dargent un papel de cantante. Después del primer ensayo de la escena de pantomima con Gilíes y Fabienne, lo intercepté antes de que abandonara el auditorio.

—¿Puedo hablar con usted? —susurré, mirando a mis espaldas.

Fabienne y Gilíes aún estaban sobre el escenario, discutiendo algunos cambios en las acotaciones de su escena. Paulette y Madeleine se encontraban cerca de los bastidores, con las cabezas juntas, cotilleando. No eran necesarias en aquella escena, pero se habían quedado merodeando por allí después del ensayo del coro. Paulette levantó la vista y me fulminó con la mirada. Me volví hacia *monsieur* Dargent.

Hubiera preferido esperar hasta que todo el mundo se marchara, pero el espectáculo iba a pasar a fase de producción, por lo que tenía que hablar con él cuanto antes.

—¿Qué sucede? —me preguntó.

—¿Ya ha encontrado a una Sherezade?

Se metió las notas bajo el brazo y jugueteó con su corbata.

—Voy a Niza mañana para ver a alguien. ¿Por qué? ¿Sabes algo de Camille?

Inspiré hondo.

—No, me gustaría hacer una prueba para el papel.

Monsieur Dargent negó con la cabeza.

—No tengo suplentes para este espectáculo. No puedo permitírmelos. Y todo el mundo está totalmente ocupado.

—Me refiero a que quiero hacer yo ese papel.

Monsieur Dargent frunció el ceño y se rascó la nariz con el dedo. Confiaba en que por lo menos me concediera la oportunidad de hacer la prueba. No esperaba que me diera el papel de Sherezade, pero pretendía demostrarle lo que era capaz de hacer y quizá conseguir algún número en el que pudiera cantar un solo. Esperaba que si le

gustaba mi voz me cediera el papel de Fabienne y la dejara a ella ser Sherezade, pero me había vuelto lo bastante astuta como para saber que si le pedía directamente el papel de Fabienne lo único que conseguiría sería causar problemas.

Monsieur Dargent se metió la mano en el bolsillo y sacó su reloj, al que le echó una mirada.

—Ve a buscar a *madame* Dauphin —me ordenó—. Elige un par de canciones y volveré a las cuatro para escucharlas.

Me sequé el sudor de las manos en la túnica.

—¡Gracias, *monsieur* Dargent! —exclamé—. ¡Se lo agradezco mucho!

La noticia de que le había pedido a *monsieur* Dargent el papel principal se extendió como la pólvora entre el reparto en cuestión de minutos. De camino a ver a *madame* Dauphin, pasé por delante del camerino de las coristas y escuché a Claire diciéndoles a las demás:

—Simone se está dando demasiada importancia. Me encantaría ponerla en su sitio.

Odiaba la maledicencia de la vida entre bastidores. Después de que me incluyeran en el cartel del espectáculo, incluso Jeanne había dejado de hablarme. Esa era la envidia y la inseguridad que dominaba nuestras vidas. Solo Marie, con sus mejillas sonrosadas y su encanto efusivo, seguía siendo agradable conmigo.

—Buena suerte —me deseó, saliendo disimuladamente al pasillo cuando me vio dirigiéndome escaleras abajo—. No puedo quedarme después del ensayo para verte, pero sé que lo harás bien.

Madame Dauphin me estaba esperando en la habitación bajo el escenario. Abrió una cartera y la volcó, dejando caer un montón de partituras en el suelo.

—Elige la que quieras —me dijo—. Cualquiera que creas que vayas a cantar bien. Me incliné para examinar el montón.

—No sé leer música —repliqué, espantando un escarabajo que había caído junto con el revoltijo de papeles—. ¿Puede usted ayudarme a elegir?

—¿Ah, no? —exclamó *madame* Dauphin, mirándome con ojos entornados por encima de sus quevedos.

No dejé que su tono de desaprobación me desanimara. Era consciente de que Fabienne y Marcel tampoco sabían leer música y se aprendían todo de oído. *Madame* Dauphin cogió la carpeta de la tapa del piano y hojeó las partituras.

—Entonces, elegiré algo de la obra —anunció, pasando las páginas de la partitura de *Sherezade*—. Lo intentaremos con dos números. Uno más optimista y otro lento, para que puedas demostrar tu registro.

Escuché el primer número y me uní tan pronto como comprendí la melodía. Mi voz resonó en el sótano vacío. Sonaba clara y hermosa. Pero *madame* Dauphin no me felicitó; de hecho, mostró un rostro totalmente inexpresivo durante todo el ensayo.

«¿Qué importa? —me dije a mí misma—, no voy a dejar que me desmoralice».

Me sentí muy satisfecha de mi actuación y, tras una hora, me marché para acudir

al ensayo del coro con Gilíes, convencida de que lograría impresionar a *monsieur* Dargent con mi audición. Traté de no desconcentrarme mientras Gilíes nos indicaba los pasos del número del harén, hasta que se quedó contento con la facilidad con la que contoneábamos las caderas y ondulábamos el vientre.

—¡Estás tan rígida como un cadáver! —le espetó a Claire, que arrugó la nariz y le hizo una mueca tan pronto como Gilíes le dio la espalda.

A las cuatro en punto terminó el ensayo del baile y *monsieur* Dargent se aproximó por la sala con *monsieur* Vaimber. Ambos se sentaron en unas butacas de la segunda fila. *Madame* Dauphin se giró y les saludó con la cabeza. Hojeó su cuaderno de partituras que estaba sobre la tapa del piano y lo abrió por la primera canción que habíamos ensayado aquella tarde. *Monsieur* Dargent sacó el reloj del bolsillo y se lo colocó sobre la rodilla. Miré a mi alrededor. Para mi desgracia, las demás chicas no dieron muestras de marcharse. Madeleine, Ginette y Paulette tomaron asiento unas filas más atrás de *monsieur* Dargent y se pusieron a cuchichear, tapándose la boca con la mano. Me pregunté por qué *monsieur* Dargent no las echaba. Quizá quería ver cómo actuaba con público.

—Cuando estés lista, Simone —me dijo.

Ni siquiera aquella primera noche en la que me habían empujado a salir al escenario para hacer el número hawaiano me había sentido tan nerviosa como en ese momento. Entonces no tenía nada que perder. Ahora había más cosas en juego: si fracasaba en la audición, probablemente no me dejarían volver a intentarlo.

Madame Dauphin arrancó con la introducción de la canción sin esperar a ver si yo estaba lista. Comenzó a tocarla una octava más alta de como la habíamos practicado y no tuve más opción que comenzar a cantar:

Depende de mí: no tengo miedo, depende de mí: lo cautivaré, depende de mí: puedo hacerlo...

En aquella clave inadecuada, mi voz sonaba tirante. Traté de subir el tono. Había planeado darle a la canción un toque cálido y dulce. En su lugar, estaba cantando como un pajarillo chillón. Pero a *monsieur* Dargent no pareció desagradarle. Se inclinó hacia delante, estudiándome. «Si logro superar esto —pensé—, puede que me deje cantarla en el tono adecuado».

Madeleine y Paulette se hundieron aún más en sus asientos y se echaron a reír. Traté por todos los medios de no dejar que me intimidaran. *Monsieur* Vaimber estaba mirando al techo. Pero aquella no era una mala señal: si no le estuviese gustando, me habría hecho parar antes. Mi cuerpo se relajó y sentí que aumentaba mi confianza.

Otras muchachas han perdido la cabeza: pero yo no, yo soy más lista.

Puede que él sea el gobernante, pero yo soy una mujer.

De repente, revoloteó la cortina del bastidor que se encontraba más cerca de mí. Pensé que había sido una corriente de aire y perdí la concentración durante un momento, cuando vi a Claire merodeando por un hueco del telón. Yo podía verla perfectamente, pero estaba oculta para los que se encontraban en el patio de butacas.

—No lo conseguirás —murmuró, lo bastante alto como para que yo pudiera escucharla—. Eres horrible y estás tan delgaducha como una raspa de pescado.

La irritación me invadió, pero decidí continuar. Si me detenía, Claire podría meterse en apuros, pero también acabaría con mi audición. *Monsieur* Vaimber era un purista en lo relacionado a continuar cantando pasara lo que pasara. «Los artistas tienen que saber mantener la concentración tanto con un público hostil como con uno amable», solía decir. En *Le Chat Espiègle* sin duda había experiencia con los públicos hostiles. Hacia el final de la temporada, cuando *En el mar* conseguía llenos absolutos, el éxito del espectáculo no impedía que los alborotadores lanzaran a las coristas colillas y programas enrollados a modo de armas arrojadizas. Pero *monsieur* Vaimber siempre dejaba claro que teníamos que continuar, independientemente de las pitadas y los abucheos.

Una sensación de quemazón me abrasó la garganta y me empezaron a llorar los ojos. Traté de parpadear para ver qué me los estaba irritando. Un vapor picante inundó el ambiente. Percibí una imagen borrosa de Claire vertiendo el contenido de una botella en el suelo. Fluyó hasta mis pies formando un reguero aceitoso. En medio de aquel calor, ese olor resultaba pestilente: era amoniaco. Me llevé la mano a la garganta y perdí el compás. Traté de exhalar suficiente aire como para terminar el estribillo, pero no podía respirar. Mi voz sonó desafinada. *Monsieur* Vaimber sacudió la cabeza de un lado a otro y *monsieur* Dargent frunció el ceño. Intenté no rendirme, pero fue inútil. La sangre me latía tan fuerte en los oídos que apenas podía escuchar la música.

Estaba a punto de echarme a llorar cuando alcancé el último acorde. Pero antes de que pudiera recuperar el aliento, *madame* Dauphin ya había empezado la siguiente canción. *Monsieur* Dargent levantó la mano.

—Creo que ya es suficiente por hoy —sentenció.

—Pero *monsieur* Dargent —tartamudeé, tragando saliva—. No es justo... Puedo hacerlo mejor. Es solo que...

—Una cosa es empezar bien, pero también tienes que ser capaz de terminar la canción correctamente —me interrumpió—. Si no, ¿cómo ibas a cantar todas las canciones del espectáculo?

No había crueldad en su tono, pero no le hizo falta añadir nada más.

A la mañana siguiente, me levanté y descubrí que el cielo se había encapotado. El agua gorgoteaba por las alcantarillas. La lluvia, que alternaba entre chaparrones y lloviznas, salpicaba las casas y convertía las calles en canales embarrados que olían a humedad. Las lluvias primaverales fueron tan breves que apenas se habían hecho notar y el verano había sido seco. No había visto una lluvia como aquella desde el día de la muerte de mi padre y durante un momento pensé que estaba en la finca, de nuevo en casa. Un rayo de luz tenue cayó sobre *Bonbon*, que todavía dormía sobre mi

pierna. Pasé la mano por su pelaje aterciopelado. A causa de los largos ensayos y veladas, me había acostumbrado a levantarme tarde, pero aquel día no podía dormir más. Aparté las sábanas y las mantas y escuché el agua goteando por las tejas del tejado. Pensé en la carta que había recibido de tía Yvette cuando regresé del teatro tras mi desastrosa audición.

Querida Simone:

Me he inquietado mucho al saber que ahora trabajas en un teatro... Sé que eres una muchacha de buen corazón, pero he oído cosas malas sobre ese tipo de sitios y estoy preocupada por ti... Bernard irá a verte lo antes posible. Cree que puede encontrarte trabajo en una fábrica de Grasse.

PD: Además, adjunto a esta carta un mensaje de tu madre.

Estaba convencida de que el trabajo que Bernard había sugerido se trataba de una ocupación fácil y limpia —probablemente relacionada con la industria del perfume—, pero la carta de tía Yvette no podría haber llegado en peor momento. Necesitaba que tuviera confianza en mí, porque yo misma la había perdido.

El mensaje adjunto de mi madre era un dibujo que ella misma había realizado de un gato negro. Sonreí ante aquella imagen y los ojos me escocieron por las lágrimas. Era su manera de decirme: «Buena suerte». Siempre me había sentido más unida a mi padre que a mi madre, aunque los quería a los dos. Pero ahora que mi padre ya no estaba, los misteriosos mensajes de mi madre eran para mí más importantes que nunca.

—No has heredado mis dones, Simone —me había dicho una vez mi madre mientras contemplaba el fuego—. Eres demasiado lógica. Pero ¡Dios mío!, ¡qué cualidades tan maravillosas posees! ¡Y qué llama tan magnífica arderá cuando estés lista para hacer uso de ellas!

Apreté los ojos con fuerza y me pregunté qué estratagema tendría que utilizar para mantener el tipo en Le Chat Espiègle y continuar con el resto del espectáculo. ¿Qué esperanza tenía de conseguir una vida mejor si nunca iba a ser nada más que una corista, levantando la pierna para ganar setenta francos a la semana que únicamente me daban para pagar el alquiler de una sola habitación con un grifo de agua fría compartido y un retrete al final del pasillo?

—Pero hubieras logrado hacer una buena audición de no ser por Claire —susurró Marie mientras esperábamos entre bastidores para el ensayo del baile del harén aquella tarde—. Ella es la que ha arruinado tu oportunidad. Todavía deberías mantener la confianza en ti misma.

—No —le respondí, negando con la cabeza—. Si fuese realmente buena, habría sido capaz de ignorarla.

—Eres demasiado dura contigo misma —replicó Marie, tocándome el hombro—. Espera un poco. Todavía eres joven. Seguro que se te presentará otra oportunidad.

Fingí una sonrisa alegre y moví las caderas y los brazos como si no me importara otra cosa en el mundo, aunque el ensayo fue una tortura. Cuando Gilíes daba instrucciones, evitaba mirarme directamente o se me quedaba mirando demasiado tiempo. En una ocasión, vi como se estremecía cuando nuestras miradas se cruzaron. La compasión en sus ojos me dolió más que si sencillamente me hubiera ignorado. Mientras practicaba mi número en solitario, las demás chicas se sentaron en la primera fila a contemplarme. Claire fingió que bostezaba hasta que se aseguró de que había captado mi atención y entonces sonrió. La ignoré. No significaba nada para mí. Pero aquella actitud insensible habría sido mucho más útil un día antes, durante la audición.

Monsieur Vaimber supervisó los ensayos mientras *monsieur* Dargent estuvo fuera, en Niza, para negociar el contrato de la nueva estrella. Una tarde, días después de mi audición, *monsieur* Vaimber nos hizo representar el número final. Todo el reparto estaba en escena, incluyendo a la Familia Zo-Zo, que iban a ser aves gigantes revoloteando por encima de Sherezade y el sah mientras se declaraban su amor mutuo. La pareja se elevaría como por arte de magia sobre una alfombra mágica, gracias a una tramoya montada con cuerdas y espejos diseñada por Claude. La escena terminaría con un frenético baile de las coristas, una canción de Fabienne y yo finalmente me desengancharía el velo rebelde. *Madame* Baroux hacía las veces de Sherezade. La mayor parte del tiempo posaba como un accesorio del atrezo más que como una verdadera artista, pero durante la escena final hizo el esfuerzo, a pesar de que no se separaba de su bastón, de bajar por las escaleras del ensayo contoneando sus largas y delgadas piernas, con su eje vertical tan perfectamente erguido que casi se podía ver la «cuerda imaginaria» de la que tanto hablaba, prolongándose desde su coronilla hasta el techo. De repente, la puerta del auditorio se abrió con un enérgico portazo contra la pared. Todos nos volvimos para ver a *monsieur* Dargent de pie en el pasillo del patio de butacas, acompañado de una mujer de pelo rubio intenso.

—Señoras y caballeros, reúnanse a mi alrededor —nos llamó *monsieur* Dargent, haciéndonos un gesto con la mano para que nos acercáramos.

Nos secamos el sudor de la cara y el cuello con pañuelos y toallas y nos movimos lentamente hacia el borde del escenario.

—Tengo el placer de presentarles a *mademoiselle* Zephora Farcy: la nueva estrella de nuestro espectáculo.

Monsieur Dargent cogió la mano de la mujer con un gesto de exagerada cortesía.

Al reparto le costó unos segundos recobrase de la sorpresa y saludarla. La piel de la frente de Zephora era tan suave que no podía tener más de treinta años, pero su orondo pecho y sus rollizos antebrazos le daban un aspecto de matrona, tanto, que podría haber sido la madre o la abuela de cualquiera. Sus senos eran como dos enormes bolsas de arena cayendo desde el pecho y su cinturón apenas lograba contener un voluminoso vientre.

—Debe de ser una buena cantante —susurró Gerard.

Las luces del escenario iluminaron el suave vello de las mejillas de Zephora, que me hizo pensar en los dientes de león. Bordeados por unos labios rojísimos, sus dientes, algo torcidos, resultaban sensuales y brillaban sus ojos ligeramente estrábicos. La sonrisa que les dedicó a *monsieur* Vaimber y a los demás hombres de la habitación rebosaba encanto femenino, pero el rostro se le volvió pétreo y su boca se curvó en una mueca de desagrado cuando posó la mirada sobre las demás.

—Está claro que no es ninguna Camille —le murmuró Fabienne a Marcel, pero él no la oyó.

Por el modo en el que le brillaba la mirada, daba la sensación de que estaba tan embelesado con la nueva estrella como *monsieur* Dargent.

«Pues casi mejor que le guste —pensé yo—. Él representa el papel del sah, así que tendrá que besarla».

Haciendo caso omiso de nuestras expresiones de asombro, *monsieur* Dargent dio una palmada y anunció que *mademoiselle* Farcy acababa de terminar la temporada en el Teatro *Madame* Lamare en Niza y antes de aquello había actuado en el Scala de París.

Madeleine y Paulette intercambiaron una mirada. La mención de París hacía más comprensible por qué *monsieur* Dargent había elegido a Zephora para sustituir a Camille. Haber actuado en la capital le daba muchos puntos. Lo único que *monsieur* Dargent tenía que hacer para atraer al público era mencionar que contaba con una «estrella de París». En principio, no importaría si era buena o no.

Más tarde, ese mismo día, ensayamos una escena del segundo acto en la que aparecíamos Zephora, Marcel, Fabienne y yo. Todos los demás que no estaban en la escena se quedaron merodeando entre bastidores, curiosos por ver actuar a la nueva integrante del reparto.

—¿Qué está haciendo aquí cuando podría estar en París? —le preguntó Claude a Luisa—. Algo me huele a chamusquina.

—La presencia de las coristas ya no será necesaria en esta escena —indicó *monsieur* Dargent desde su asiento en la primera fila del patio de butacas.

—¿Cómo? —exclamó Claire.

—*Mademoiselle* Farcy no baila, así que ya no os necesitamos en escena. El baile de Simone será suficiente.

A las demás chicas no les importó. Se encogieron de hombros y abandonaron el escenario. Solo se quedó Claire, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo. Aquel era el número en el que daba una voltereta lateral y bailaba desde el fondo hasta el borde del escenario: era prácticamente un solo. Se mordió el labio y levantó la barbilla. Por un momento, pensé que iba a echarse a llorar. Pero dejó caer los hombros y pareció pensárselo mejor. Después de todo, tenía un alquiler que pagar y su sueldo no iba a verse afectado por aquello, solo su ego. Me lanzó una mirada centelleante y abandonó bruscamente el escenario. Escuché sus fuertes pisadas escaleras arriba en dirección al camerino. ¿De qué le habían servido todas sus tretas?

Yo sabía bailar y Fabienne también. Si cualquiera de las dos hubiera conseguido el papel de Sherezade, ella podría haber hecho su número.

Zephora permaneció impasible mientras las coristas se marchaban. Se sentó en un banco, leyendo la partitura, ignorándonos a los demás.

Marcel la contempló con curiosidad antes de acercarse sigilosamente a ella.

—*Bonjour, mademoiselle* Farcy —la saludó, haciendo una reverencia—. No nos han presentado correctamente. Soy Marcel Sorel, el actor principal. Es un placer conocerla.

Zephora levantó la mirada hacia él, pero no sonrió.

—Creo que deberíamos ceñirnos al guión, ¿no es así? —comentó.

Marcel se quedó con la boca abierta, sin saber si Zephora lo había desairado o no. Ella cogió la partitura y no volvió a dar muestras de percatarse de la existencia de Marcel. Él se retiró arrastrando los pies, como un perro apaleado.

Por la manera tan altiva en la que me había mirado, supe que era mejor no acercarme a Zephora directamente. Acaté todas las instrucciones de *monsieur* Dargent. Sin embargo, sí que tuve que leer parte del guión con ella, y me sorprendió escuchar su aguda voz y su apagada vocalización. Hasta entonces, había sentido vergüenza por compartir el escenario con una artista cuyo papel había intentado conseguir, empeño en el que había fracasado tan miserablemente. Pero cualquier sentimiento de superioridad que yo pudiera tener se desvaneció cuando Zephora cantó. Marcel y Fabienne demostraron su respeto quedándose sobrecogidos y boquiabiertos.

Zephora contaba con una voz dotada de autoridad. Tenía un toque metálico y su trémolo era tan exagerado que el suelo vibraba cada vez que pronunciaba una erre, pero cuando cantaba te atraía hacia ella, como un pez atrapado por la caña de pescar. E incluso aunque la carne de sus caderas se bamboleaba cada vez que pasaba el peso de su cuerpo de un pie al otro, irradiaba más carisma que obesidad. Zephora era como un panal rezumando miel. Supe que iba a cosechar un gran éxito entre los espectadores masculinos. Y teniendo en cuenta que aproximadamente el noventa por ciento de la gente que venía a ver los espectáculos de *Le Chat Espiègle* eran hombres, eso era lo que realmente importaba.

Al día siguiente, tenía una cita con *madame* Tarasova para que me arreglara mi traje.

—¿A qué viene esa cara tan sombría? —me preguntó, levantando la vista de la máquina de coser.

Llevaba el pelo peinado en una trenza enroscada alrededor de la coronilla con un estilo que le sentaba mejor que su habitual moño apretado. No deseaba hablar sobre mi fracaso en la audición, así que intenté cambiar de tema felicitándola por su nuevo peinado. Pero *madame* Tarasova comprendió mi táctica y persistió:

—Bueno, entonces —me preguntó, arqueando las cejas—, ¿quién se ha muerto?

Vera estaba colgando unos trajes en una barra elevada con ayuda de una vara.

—Está disgustada por su audición —comentó.

Madame Tarasova me espetó:

—Ha sido tu primera audición y fuiste lo bastante insensata como para presentarte sin haberte preparado. Puede que seas capaz de ponerte en pie y cantar en una boda, pero en el escenario no es lo mismo. Tienes que practicar una y otra vez.

Se levantó de la máquina de coser y se puso la cinta métrica alrededor del cuello.

—¿Por qué no ajustamos para ti el traje que Camille tenía que ponerse? —propuso—. La nueva protagonista va a necesitar uno nuevo de una talla completamente distinta.

—¿Qué debería haber hecho en la audición? —le pregunté a *madame* Tarasova cuando se agachó para medirme las piernas.

—Yo era encargada de vestuario en la ópera de San Petersburgo —me contó—. Créeme, los buenos artistas practican durante horas para que lo que hacen parezca fácil. No solo te pones en pie sobre el escenario y te conviertes automáticamente en una estrella, aunque parezca que ellos sí lo consigán.

Vera me ató un pañuelo al pelo.

—Tú serías una Sherezade mucho mejor que Zephora si entrenaras la voz —me dijo.

—¿Tú crees? —le pregunté, notando que mejoraba mi ánimo.

—Tienes un buen tono —me respondió—, pero no has entrenado la voz. No podrías cantar un espectáculo entero de ninguna manera.

Cogió aire y cantó una estrofa de una de las canciones de *Sherezade*, manteniendo la última nota antes de dejar que se extinguiera. El sonido era uniforme y muy hermoso.

Vera se echó a reír ante mi asombro.

—Yo también planeaba ser cantante, pero los bolcheviques tenían otros designios para mí.

—Podrías ayudar a Simone con su voz —propuso *madame* Tarasova mientras deslizaba la cinta métrica alrededor de mi cintura—. Aunque al final acabará por necesitar lecciones de verdad.

—Podemos practicar con el piano del sótano —asintió Vera—. Utilizaríamos las canciones de *Sherezade* antes de que los demás vengán a ensayar.

Me reproché a mí misma el haberme dejado derrotar tan fácilmente. El problema no era yo; era mi falta de experiencia. Y parecía que *madame* Tarasova y Vera pensaban que, si me esforzaba, lograría ser una buena cantante.

Sherezade resultó ser el espectáculo de más éxito en Le Chat Espiègle. Hacia el final de la segunda semana había corrido la voz y la multitud formaba colas desde las taquillas por todo el vestíbulo y a lo largo de la plaza para conseguir asiento. Los espectadores no se desalentaron ni siquiera cuando los cielos se abrieron para dejar caer un torrente de lluvia. Sencillamente, abrieron sus paraguas y siguieron charlando bajo ellos mientras esperaban para comprar una entrada. Además de nuestra clientela

habitual de marineros y obreros, la publicidad también atrajo a funcionarios de aduana, maestros, médicos, peluqueros, trabajadores del ayuntamiento y otros respetables integrantes de la sociedad marsellesa. *Monsieur* Dargent estaba radiante gracias a su primer éxito de verdad. El aspecto demacrado que había caracterizado su rostro desde la marcha de Camille se desvaneció en cuestión de días. Nos daba palmadas en la espalda, nos pellizcaba las mejillas y se aficionó a fumar puros como un verdadero empresario teatral.

Sin embargo, el éxito del espectáculo no puso freno al mal ambiente. Si algo hizo, fue empeorarlo. Gerard se apostaba entre bastidores frotándose sus peludos nudillos y murmurando sobre los defectos de todos los demás. Y aunque se había vuelto a incluir en el espectáculo el baile con voltereta de Claire, no dejó de fruncirle el ceño a *monsieur* Dargent o de bufarme a mí. Había rumores de que Paulette había sustituido el pegamento para postizos de Madeleine por miel, por lo que esta última había perdido su *cache-sexe* durante la representación del miércoles por la noche y *monsieur* Vaimber tuvo que sacarla de un tirón del escenario. En represalia, Madeleine echó arena en la crema desmaquillante de Paulette, y a partir de entonces Paulette lució varios rasguños en las mejillas y la barbilla. Y, sin embargo, todos aquellos egos compitiendo por la atención del público lograban mejorar el rendimiento del reparto.

Zephora seguía comportándose de manera distante y su frialdad incluso empezó a afectar a *monsieur* Dargent. Antes y después de cada espectáculo, se retiraba a su camerino y se negaba a recibir visitas. Una noche, *monsieur* Dargent le rogó que se asomara para ver a los admiradores que la esperaban en la entrada de artistas y lo único que recibió fue una cortante respuesta:

—¡Déjeme en paz! ¡Estoy demasiado cansada!

En su lugar, nos enviaron a Fabienne y a mí abajo para entablar conversación con los impacientes admiradores de Zephora, aunque yo no tenía ni idea de cómo hablar con aquella multitud de hombres balbuceantes que se encontraban junto a la puerta. Fabienne, que se consideraba una experta en recibir piropos, me ayudó.

—¡Oh! ¡No la acosen a ella! Es demasiado joven para ustedes. Vengan aquí y hablen conmigo.

Aunque trabajábamos a destajo, Vera no dejaba escapar ni un solo momento para entrenar mi voz. Independientemente de lo tarde que hubiéramos terminado la noche anterior; nos reuníamos todas las mañanas a las once en el sótano. Ella tocaba notas al piano para que yo las cantara, e iba subiendo el tono más y más, todo lo que yo podía seguirla.

—Tienes una encantadora voz de *mezzosoprano* —me decía—. Y la proyectas bien. No entiendo qué pudo pasar durante la audición. Quizá fueron los nervios.

Vera me explicó que podía superar mi nerviosismo si respiraba correctamente.

—No cojas más aire del que necesitarías para oler una rosa y después deja salir tu voz sobre esa amortiguación de aire —me explicó.

Cantamos todas las canciones de *Sherezade* y Vera me demostró cómo debía entonarlas correctamente y en qué momentos debía enfatizar la emoción de cada canción.

Me divertían tanto las clases y cantar que, en lugar de sentir celos de Zephora, trataba de aprender de ella. La estudiaba siempre que podía, entre bastidores o durante los ensayos. Aunque su voz tenía características diferentes a la mía, me esforzaba por memorizar cómo expresaba las canciones y la imitaba cuando me encontraba a solas. Luego, cuando me reunía con Vera, adaptábamos las canciones a mi propio estilo.

Durante una matiné, me sorprendió la actuación lánguida que realizó Zephora. Su voz sonaba ronca y, a pesar del maquillaje, tenía unas manchas oscuras bajo los ojos y un tono febril en las mejillas.

—Por favor, llevadme con vos al palacio del sah —le dije yo, dándole el pie para su canción.

Ella se puso rígida. Durante un instante, pensé que se había olvidado del guión y traté de murmurárselo, pero no reaccionó. Fabienne trató de captar la atención de Zephora dándole un pisotón, pero aquello tampoco funcionó. El director de la orquesta levantó los brazos y dirigió a los músicos para que tocaran un par de compases más de la canción antes de volver al principio. Su táctica funcionó: Zephora salió bruscamente de su ensoñación y comenzó a cantar. Fabienne y yo dejamos escapar un suspiro, pero la heroica canción de Zephora que relataba que iba a acudir al palacio del sah para embaucarlo sonó más como un gimoteo lastimero.

—En mi opinión, creo que está tomando opio —comentó Fabienne después en el camerino—. Espero que se reponga para la representación de esta noche. Tiene pinta de que va a ser nuestra noche más importante por el momento.

—Ah —exclamó Luisa suspirando—, no conseguirá nada bueno si toma drogas. Cuando actuábamos en Roma, una de las coristas solía esnifar cocaína. Una noche se quedó dormida sobre las vías del tren.

—¿Y qué le pasó? —pregunté yo.

—¡Que la aplastó el tren como a un tomate! —respondió Luisa, dando una palmada.

Fabienne y yo hicimos una mueca de horror. Había oído que en los clubes más lujosos al público le servían la droga en bandeja, y de vez en cuando algunas coristas de *Le Chat Espiègle* recibían de sus admiradores bolsas de polvo cristalino. Con frecuencia, solía salir al callejón para escapar del calor de nuestro camerino y allí encontraba a grupos de hombres, apiñados o mirando al cielo, con la nariz manchada de polvo blanco. Una vez, durante un descanso, vi a un hombre que gritaba que tenía miles de cucarachas bajo la piel recorriéndole todo el cuerpo. Sus pupilas se habían dilatado al doble del tamaño normal y estaba sudando y temblando. Albert le arrojó un cubo de agua sobre la cabeza y le dijo que se marchara. El hombre le respondió vomitándonos en los zapatos.

Las coristas que tomaban cocaína decían que las hacía sentirse como si estuvieran «en la cima del mundo». Para mí, subir al escenario ya era suficiente emoción.

—Pues Zephora claramente oculta esa tendencia suya —comentó Fabienne mientras se limpiaba el maquillaje con un trapo—. Vamos, que cualquiera lograría ocultarlo con el tamaño de sus muslos.

Corté un melocotón en cuatro trozos. Estaba ácido, pero tenía demasiada hambre como para que me importara. No me interesaba calumniar a Zephora, pero me preocupaba qué ocurriría si se retiraba del espectáculo, como Camille.

—Apuesto a que la echaron de París —dijo Fabienne—. ¿Por qué si no alguien querría actuar en este teatro si tiene la posibilidad de exhibir sus habilidades delante de millonarios en el Scala?

—He oído que habrá unos cuantos periodistas entre el público esta noche —comenté yo, tratando de cambiar de tema—. Espero que hagan buenas críticas de nosotros.

—Y yo espero que haya algún que otro rico entre el público —exclamó Fabienne, echándose a reír mientras se agarraba los pechos y los empujaba hacia arriba—. ¡Y espero que ellos también hagan buenas críticas de mí!

Me senté frente al espejo y contemplé como me temblaba la mano. Me puse el maquillaje, me lo quité y volví a empezar de nuevo. La raya del ojo todavía me salía torcida y siempre hacía el final demasiado ondulado. La sombra de ojos y el rímel parecían heridas sobre mis párpados. Suspiré, cogí el paño que tenía para limpiarme la cara y el lápiz de carboncillo y me dispuse pacientemente a intentarlo de nuevo.

Había recibido un telegrama de Bernard en el que me anunciaba que iba a asistir a la representación de esa noche. En la última carta que había escrito a casa les había contado que estaba trabajando de costurera. No les había dicho nada de que me había subido al escenario. Estaba convencida de que Bernard venía a ver si Le Chat Espiègle era un establecimiento respetable y para calmar los temores de tía Yvette. Menuda sorpresa le esperaba.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —me preguntó *madame* Tarasova, revoloteando por la estancia con los trajes de las hermanas Zo-Zo.

—No me podía estar quieta en casa —le confesé—. ¡Mire! —Le mostré el temblor de mi mano.

—Es por los nervios, no pasa nada —me aseguró mientras colgara los trajes de un gancho—. Es señal de que esta noche harás una buena actuación.

Me dedicó una sonrisa alentadora antes de salir rápidamente por a puerta. Cerré los ojos. «Inspira y expira. Lentamente. Inspira y expira». Abrí los ojos. El temblor todavía estaba ahí, pero ahora además me sentía mareada.

—Es inútil —mascullé mientras examinaba mi trapo sucio.

Necesitaba humedecerlo de nuevo si quería limpiarme el rímel que se me había corrido sobre la mejilla. Me eché el kimono sobre los hombros y me dirigí al lavabo.

Cuando pasé por delante del camerino de Zephora escuché un estrépito. La puerta

se abrió violentamente y Zephora salió trastabillando, agarrándose el vientre. Dio dos pasos antes de doblarse y caer de rodillas.

—¡Zephora! —Corrí hacia ella. Tenía el semblante muy pálido—. ¡Voy a buscar a *madame* Tarasova! —le dije.

Me agarró del brazo y me clavó las uñas en la piel.

—¡No! —bufó—. No me hace falta que te entrometas. Estoy bien, es solo... solo algo que padezco de vez en cuando. —Dejó escapar una risotada seca y maliciosa.

Su actitud era más seria que su habitual brusquedad. Se echó a temblar, aunque hacía mucho calor en el teatro. La contemplé, tratando de decidir qué debía hacer. No podía dejarla allí en aquel estado. Corrí al lavabo y humedecí mi trapo con la intención de dárselo a Zephora para que se lo pusiera en la frente. Cuando regresé, estaba tendida en el suelo, con la cara cubierta por una película de sudor.

—¡Oh, Dios mío! —gimió a través de unos agrietados labios.

Me arrodillé y le limpié la cara. Me miró, apretando los dientes. Algo en el interior de sus ojos me asustó.

—Voy a buscar ayuda —le dije.

Madame Tarasova estaba entre bastidores, cepillando los trajes con Vera y Martine, la nueva ayudante de vestuario.

—¡Algo le pasa a Zephora! —exclamé.

Las tres mujeres me siguieron escaleras arriba, pero Zephora ya no estaba en el pasillo.

—¡Está allí! —indicó Vera, señalando hacia la puerta abierta del camerino.

De algún modo, Zephora había logrado arrastrarse de vuelta al interior de la habitación y estaba tumbada en el suelo, agarrando las patas de una silla. *Madame* Tarasova abrió los ojos como platos. Se agachó junto a Zephora. La cantante se giró hacia un lado, agarrándose el vientre con las manos.

—Eso es por alguna cosa que ha comido —comentó Martine, avanzando un paso—. Mi hermano y yo padecemos algo similar nada más llegar a Marsella. Fue terrible.

Madame Tarasova frunció el entrecejo y apretó el vientre de Zephora con la mano. Cuando levantó la vista, había una mirada de alarma pintada en su rostro.

—¡Rápido! —nos instó—. ¡Ayudadme a traer ese sofá de la pared y a tumbarla en él!

Martine y yo arrastramos el diván hasta el centro de la habitación y *madame* Tarasova y Vera colocaron a Zephora sobre él. No fue una tarea fácil, pues la cantante pesaba varios kilos más que ambas mujeres y no parecía ser capaz de ejercer ningún tipo de esfuerzo por sí misma. Se acurrucó en el sofá y se metió el puño en la boca para contener otro gemido.

—Zephora —le dijo *madame* Tarasova, sacudiéndole el hombro—, ¿esto es lo que creo que es?

Los músculos del rostro de Zephora se tensaron y dejó escapar un aullido, ahogado por una ráfaga de música que provenía de la sala de ensayos. El espasmo

pasó y Zephora asintió.

—¡Ya viene!

Vera y yo intercambiamos una mirada. *Madame* Tarasova siseó sin aliento, preparándose para la acción:

—Vera, ¡ve a buscar un médico! ¡Rápido!

Martine me agarró del brazo.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Es el apéndice?

—No —le contestó *madame* Tarasova, colocándole a Zephora una almohada bajo la cabeza—. Nuestra estrella está a punto de tener un bebé.

Me quedé en el exterior de la oficina de *monsieur* Dargent, atándome y desatándome el nudo del kimono. De alguna manera, en mitad del caos que se formó tras el anuncio de *madame* Tarasova, se decidió que sería yo la que informaría de los acontecimientos sobre el inminente parto de Zephora a *monsieur* Dargent. Llamé a la puerta.

—¡Pase! —exclamó él desde el interior.

Me recibió la bruma del humo de cigarrillo. *Monsieur* Vaimber y otros dos hombres a los que no había visto antes estaban allí sentados con *monsieur* Dargent. A juzgar por la relajada expresión del rostro de *monsieur* Dargent, asumí que aquellos hombres no eran acreedores que trataban de recuperar su dinero, ni que tampoco tenían nada que ver con la mafia.

Monsieur Dargent se puso en pie de un salto y me hizo pasar a la habitación.

—Ah, Simone, pasa, pasa —me dijo—. Déjame presentarte a *monsieur* Ferriol y a *monsieur* Rey. Han venido desde Niza para ver el espectáculo.

—*Enchanté* —dijo *monsieur* Ferriol, levantándose de su asiento y besándome la mano.

Monsieur Rey hizo lo propio.

—Si les gusta el espectáculo, invertirán en él —me susurró *monsieur* Dargent.

Se me encogió el estómago, pero hice lo que pude por fingir alegría.

—*Monsieur* Dargent —le dije, sonriendo—. Necesito hablar con usted un momento.

El empresario teatral me dedicó una mirada perpleja, pero no pareció alarmado. Su actitud despreocupada me hizo sentir aún más lástima por él, por lo que estaba a punto de comunicarle. Me siguió hasta el cubículo de la taquillera, que estaba vacío.

—¡Inversores, Simone! ¿Puedes creerlo? —exclamó, tan pronto como nos encontramos en un lugar en el que nadie pudiera oírle—. Le Chat Espiègle nunca ha tenido inversores antes..., solo a mí.

—*Monsieur* Dargent, tengo... —apreté los dedos de los pies. ¿Cómo iba a decírselo? Traté de encontrar las palabras correctas, pero no me dio la oportunidad de hablar.

—¡Ha llegado mi momento! —anunció, apretándome los brazos—. El día que mi padre me echó de casa, auguró que me moriría sin un céntimo, que acabaría en el

arroyo. ¿Qué dirá ahora?

—¡Oh, Dios mío, *monsieur* Dargent! ¡Tengo que darle una noticia terrible!

Ya estaba hecho: ya lo había dicho. Me miró con recelo y sus labios se estrecharon formando una mueca.

—Zephora va a tener un bebé —exhalé.

Monsieur Dargent abrió los ojos como platos y dio un paso atrás. Al principio, pareció que no me creía; entonces se le iluminó el rostro al comprenderlo.

—No es de extrañar que dejara aquel espectáculo en Niza. Probablemente, se imaginó que lograría salir impune en un teatro más pequeño. Ya he tenido artistas embarazadas antes, pero si engorda más tendré que despedirla.

—No lo entiende usted —repliqué yo—. ¡Va a tener un bebé ahora mismo!

En ese momento, Vera entró corriendo en el vestíbulo con el médico.

—¿Todavía están en el camerino? —preguntó.

Yo asentí. Vera le indicó al médico que la siguiera.

El rostro de *monsieur* Dargent empalideció. Sacó su reloj y lo miró.

—Queda una hora para el espectáculo. ¿No puede esperar hasta después?

—Eso no funciona así —le respondí.

Se frotó los ojos cerrados y se desplomó sobre la silla de la taquillera.

—Estamos arruinados —se lamentó, golpeando la mesa con la cabeza.

Monsieur Vaimber entró en el cubículo.

—¿Por qué están tardando tanto? —susurró entre dientes—. Me he despedido de los caballeros. Regresarán más tarde para presenciar el espectáculo.

Le expliqué la situación y me sentí agradecida de que se tomara las noticias con más calma que *monsieur* Dargent.

—Tendremos que cancelar la función de esta noche —comentó—. No podemos hacer otra cosa.

—¡No podemos cancelarla! —gritó *monsieur* Dargent, mesándose los cabellos con tanta brutalidad que pensé que se los iba a arrancar—. Esos inversores se volverán directamente a Niza. No van a esperar en Marsella hasta que encontremos una sustitua.

—No necesitan ustedes buscar una sustituta.

Nos volvimos para ver a *madame* Tarasova de pie, detrás de nosotros.

—Tienen aquí mismo a alguien que puede defender el papel perfectamente —declaró, señalándome.

Monsieur Dargent paseó la mirada entre *madame* Tarasova y yo, y volvió a contemplarla a ella. Luego sacudió la cabeza en señal de negativa.

—No podrá hacerlo.

Madame Tarasova se cruzó de brazos.

—Sí que puede. Vera le ha estado enseñando. Marie puede sustituirla en el papel de sirvienta.

Monsieur Vaimber se sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la

frente.

—No hay modo de que podamos incluirla...

—¿Qué elección les queda? —lo interrumpió *madame* Tarasova—. O bien corren ustedes el riesgo o dejan que esos inversores se marchen para siempre.

Monsieur Dargent dejó de tirarse del pelo y levantó la mirada.

—¡De acuerdo! —exclamó, poniéndose temblorosamente en pie.

—¡Muy bien! Ya nos salvó en otra ocasión... ¡Puede que logre hacer ese milagro de nuevo! ¡Contamos con ella!

No creo que pueda llegar a olvidar en toda mi vida aquella noche en Le Chat Espiègle. Ni siquiera cuando me encontraba entre bastidores escuchando a la orquesta tocando la melodía que daba pie a mi primer número podía creerme que estuviera allí. Deseaba un papel de cantante y ahora tenía uno, aunque lo hubiera conseguido sin previo aviso. De nuevo, estaba sintiendo escalofríos.

Monsieur Vaimber esperó conmigo hasta mi entrada. Las gotas de sudor le recorrían la frente y el modo en el que le temblaban las manos no me ayudó en absoluto a calmar mis propios nervios.

—Muy bien —me dijo—. Contamos contigo.

Me preparé y salí a escena. La multitud suspiró y aplaudió. Extendí los brazos y me aplaudieron aún más. Era buena señal que me estuvieran vitoreando, aunque solo fuera por el precioso traje que llevaba puesto, pues acababa de dejar pasar el primer verso sin cantar ni una nota. Por suerte, el director de la orquesta estaba acostumbrado a disimular ese tipo de fallos y dirigió a los músicos para que tocaran la introducción otra vez. Me deslicé hacia el proscenio, rodeada a ambos lados por las coristas que estaban ejecutando su baile del harén. Marie me guiñó un ojo y Jeanne sonrió. Claire me hizo un gesto con la cabeza. ¿De verdad acababa de ver aquello? Quizá se sentía agradecida porque había comprendido que yo me estaba arriesgando para salvarlos a todos ellos.

Los focos emitieron una luz cálida y blanca sobre mi rostro y hombros. Solo podía ver las primeras filas de espectadores sonrientes, pero sentí que Bernard estaba allí, en algún lugar. «Oh, Dios mío», recé, notando como me temblaban las piernas.

Otras muchachas han encontrado su muerte: pero yo no, yo soy más fuerte.

Otras muchachas han perdido la cabeza: pero yo no, yo soy más lista.

Puede que él sea el gobernante, pero yo soy una mujer.

El público volvió a aplaudir. Mi voz resonó por encima del estruendo, clara y fuerte. No tuve problemas en mantener el aliento. Dejaron de temblarme las piernas, me contoneé y di una vuelta, improvisando un baile que casara con la letra.

Algo cayó a mis pies y mi talón chocó contra el objeto. Chas. «Oh, no —pensé—. Ya me están arrojando comida». Miré a mis pies, pero en lugar de un tomate vi una rosa. Me agaché y la recogí. Mientras seguía cantando, me llevé la flor a la nariz, como si estuviera apreciando su fragancia, y después se la pasé a Claire con un gesto dramático. No fallé ni una nota. Los vítores resonaron aún más fuerte.

—¡*Mademoiselle* Fleurier! —gritó un hombre desde el público.

Otras voces se le unieron. «Otras muchachas han encontrado su muerte: pero yo no, yo soy más fuerte». Aquella canción, que apenas unas semanas antes me había provocado tanto dolor, se había convertido en mi grito de guerra. Cuando llegué a la última nota, inquebrantable, y levanté los brazos al aire con valentía como pose final, el clamor del público me indicó que lo había logrado.

El resto de la representación pasó como un torbellino: las dos horas y media se fueron volando como si hubieran sido dos minutos. Cada vez que corría escaleras arriba para cambiarme de traje, Vera me informaba rápidamente sobre las novedades del parto de Zephora.

—El médico dice que no le queda mucho. No lo pasará demasiado mal. Tiene la constitución adecuada.

Procuré sentarme muy quieta mientras Martine fijaba con alfileres a mi cabeza el tocado nupcial.

—El médico ha estado escuchándote entre contracción y contracción —me contó—. Dice que eres muy buena y que una voz como la tuya podría cantar en cualquier parte.

Me levanté para que *madame* Tarasova y Martine inspeccionaran los corchetes y alfileres de mi vestido. El traje de novia tenía tantas lentejuelas y brillantes que tuve que reunir toda mi concentración para mantenerme en equilibrio. Cuando salí por la puerta, escuché un largo quejido que provenía del camerino de Zephora y, segundos después, el llanto de un bebé.

Martine y yo hicimos todo lo que pudimos para no echarnos a reír.

—Dos personas han nacido esta noche —comentó.

El telón cayó tras el noveno bis. La adrenalina que me había mantenido en pie durante el espectáculo descendió en picado. Me palpitaba con fuerza el corazón y notaba un hormigueo en las plantas de los pies y en las puntas de los dedos de las manos. Marcel me cogió del brazo y me dio un apretón. Se había sorprendido mucho al saber que yo iba a ocupar el puesto de protagonista, pero la sorpresa mejoró su actuación. Me esforcé por mantener el tipo. El resto de los integrantes del reparto se arremolinaron a nuestro alrededor.

—¡Bien hecho, Simone! —gritó Claude.

—¡Estás preciosa! —exclamó con entusiasmo Marie.

Monsieur Vaimber y los tramoyistas gritaron «¡Bravo!», desde bastidores e incluso el grupito de Claire se comportó de manera atenta.

—¡Tienes un aspecto tan diferente! No puedo creer que seas tú —comentó Paulette—. Es increíble lo que un vestido bonito puede hacer.

Monsieur Dargent apareció entre bastidores y los demás le dejaron pasar.

—¡Simone! —exclamó, abrazándome efusivamente y besándome en las mejillas—. ¿Quién se lo podía imaginar? Te has metido en el papel de estrella como pez en el agua.

Me condujo escaleras arriba hacia mi camerino. El pasillo estaba lleno de admiradores e incondicionales. Mujeres con vestidos de escotes pronunciados se apoyaban del brazo de hombres con bigotillos delgados. Parecían brillar y titilar ante mí como un río bajo la luz del sol. Movían la boca rápidamente, comentando sus sensaciones sobre el espectáculo, pero se quedaron en silencio cuando me vieron.

—¡*Bonsoir, mademoiselle* Fleurier! —chilló alguien.

Eso hizo que la algarabía comenzara de nuevo.

—¡Bravo, *mademoiselle* Fleurier! —gritaban—. ¡Vaya actuación!

Busqué a Bernard entre el mar de rostros, pero no lo encontré. A pesar de que *monsieur* Dargent había asegurado que yo me había adaptado al papel de estrella de manera innata, me paralizó que tanta gente me prestara atención. Me hubiera gustado huir de allí, pero no quería decepcionar a *monsieur* Dargent. Aturdida, firmé autógrafos, besé mejillas y estreché manos, haciendo todo lo posible por mantener una actitud valiente, cuando lo único que deseaba era tumbarme.

—No veo a Bernard —le susurré a *monsieur* Dargent.

Le había contado antes que un amigo de la familia estaba entre el público para ver la representación.

Me dio unos golpecitos en el brazo.

—Vete a tu camerino y veré si puedo encontrarle.

Monsieur Dargent se volvió hacia los admiradores y dio una palmada:

—*Mademoiselle* Fleurier necesita un descanso. Mañana por la noche volverá a encontrarse con todos ustedes.

La multitud comenzó a dispersarse. Varias personas gritaron que volverían. Un trío de hombres vestidos con esmóquines y sombreros de copa se quedaron rezagados y el más alto de ellos me miró fijamente. Pero fuera cual fuera el mensaje que trataba de transmitirme, no lo comprendí. Estaba a punto de desmayarme.

Cerré la puerta del camerino y me desplomé de rodillas, demasiado agotada como para quitarme los zapatos o el tocado. Fabienne y las hermanas Zo-Zo todavía estaban abajo y agradecí poder contar con unos minutos de tranquilidad hasta que volvieran. La estancia olía a limón y a menta, y a algo más... ¿A tabaco? Abrí los ojos y me sobresalté al distinguir a un hombre sentado en la silla de mi tocador. Al principio, pensé que era Bernard, pero aquel hombre era unos años mayor, aunque iba vestido impecablemente.

Se puso en pie.

—Siento haberla sorprendido, *mademoiselle* Fleurier —dijo—. Quería evitar el frenesí de ahí fuera para poder hablar con usted. Soy Michel Etienne.

Lo anunció de tal modo que sugería que yo debía conocerle. Claramente, tenía el aire impositivo de alguien acostumbrado a que le pidieran favores. Pero yo no tenía ni la menor idea de quién era. Tenía una estatura media y constitución enjuta y nervuda, con una tenue mata de pelo rubio que dejaba al descubierto una frente de entradas generosas. Su acento era suave y nasal, y ya lo había oído en alguna otra ocasión en

Marsella. Era de París.

—Ha tenido usted un debut impresionante para ser tan joven —comentó—. Si puede venir a París, quizá logre hacer algo por usted.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó una tarjeta. Me la entregó.

Michel Etienne
Agente teatral
Rue de Saint Dominique, París

Me quedé desconcertada, pero también intrigada.

—¿París? —murmuré.

Monsieur Etienne me dedicó una sonrisa fugaz y me indicó que le dejara pasar. Me incorporé lentamente y me aparté de su camino. Me saludó con la cabeza y cerró la puerta tras de sí.

¿París? Examiné la tarjeta de color crema y motivos dorados, imaginándome elegantes cafés y ventanas abuhardilladas como las que había visto en las revistas que Bernard solía traerle a tía Yvette. Visualicé las luces refulgiendo sobre el Sena, y el romance y la intriga a la vuelta de la esquina. «Ojalá...», suspiré, guardándome la tarjeta en mi estuche de maquillaje. Solamente el billete a París costaría más de lo que podía ahorrar en seis meses.

Un golpe en la puerta me sobresaltó. La abrí para ver al otro lado la cara sonriente de Bernard.

—¡Bernard!

Entró corriendo en la habitación y me abrazó efusivamente.

—¡Qué sorpresa, Simone! —exclamó, echándose a reír—. ¿Qué historia era esa de que trabajabas de costurera? ¡Pero si eres la estrella del espectáculo!

—Sí que fui costurera —aclaré—. Pero cómo conseguí el papel es una larga historia.

—Tu padre estaría muy orgulloso de verte. El público se ha quedado encandilado.

Lo cogí de la mano y lo conduje hasta el sofá en el lado de la habitación que pertenecía a Fabienne. Con la mente todavía acelerada por los acontecimientos de la noche, me costaba concentrarme, pero la alegría de Bernard por el espectáculo me produjo más satisfacción que ninguna otra cosa. Me había preocupado por que pudiera no aprobarlo, pero allí estaba, asegurándome que mi padre se habría sentido orgulloso. Si aquello era cierto, estaba convencida de que mi madre y mi tía también pensarían lo mismo. Estaba a punto de contarle lo que había pasado con el agente de París cuando escudriñé detenidamente su rostro. En su cara se podía apreciar una sonrisa tensa y bajo sus ojos vi unos círculos oscuros.

—¡Bernard! ¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?

—Tengo algo que contarte —me anunció, cogiéndome las manos y bajando la voz—. Ha tenido lugar una desgracia en la finca. Tienes que venir a casa lo antes

posible.

Cuando le anuncié a *monsieur* Dargent que tenía que marcharme porque tío Gerome había sufrido un infarto, recibió la noticia con mucha más tranquilidad de lo que yo había esperado.

—¿Qué puedo decir? —comentó—. Interviniste en el último minuto en dos de mis espectáculos y nos salvaste. Ahora tengo inversores, gracias a ti. Puedo guardarte el papel durante una semana si vuelves inmediatamente.

Por la descripción de Bernard del estado de tío Gerome, anticipé que no iba a volver a Marsella en tan poco tiempo, así que acepté continuar con el papel de Sherezade durante dos noches más para darle tiempo a Fabienne de prepararlo.

Madame Tarasova celebró una fiesta en mi honor en el vestuario con vino y pasteles rusos. La noticia de la enfermedad de tío Gerome me provocó una gran conmoción y despertó una serie de complicados sentimientos en mi interior. Nunca había querido a mi tío. Era de la opinión de que había estafado a mi familia y me había enviado lejos de casa cuando más necesitaba a mi madre y a mi tía. Y, sin embargo, me sentí obligada a volver a Pays de Sault por emociones más profundas que la mera obligación. Me preocupaban mi madre y mi tía, y comprendía que aquello era lo que mi padre hubiera querido de mí; pero, para mi sorpresa, también sentí pena por mi tío. Recordé la expresión atormentada de su rostro cuando me marché de la finca rumbo a Marsella. Era un hombre destrozado por dentro. Y aun así, cuando contemplé las sonrisas de la gente que había sido amable conmigo en Le Chat Espiègle —*madame* Tarasova y Vera, Albert, *monsieur* Dargent y Marie—, la compasión se mezcló con un sentimiento de culpa. Aquella era mi vida ahora. ¿Cómo podía abandonarla, sin más?

—Tu tío ha quedado gravemente incapacitado —me explicó Bernard en el coche, camino de Pays de Sault—. Tu madre y tu tía han estado cuidando de él, pero les está pasando factura.

Bernard conducía el mismo automóvil que cuando llegó para la primera cosecha de lavanda, aunque su traje era menos elegante que el que llevaba entonces. Tenía un toque rústico, tanto que al principio pensé que llevaba puesto el mejor traje de los domingos de mi padre, pero me di cuenta de que no podía ser, porque habíamos enterrado a mi padre precisamente con aquella ropa.

—¿Qué le pasó exactamente a tío Gerome? —le pregunté.

—Estaba jugando a la *pétanque* en la aldea. Albert Poulet estaba allí, junto con Jean Grimaud y Pierre Chabert. Cuentan que en un instante estaba de pie, cogiendo impulso, y al momento siguiente se cayó de rodillas. No podía mover las piernas ni hablar.

Llegamos a Pays de Sault la tarde siguiente temprano, después de haber dormido

en el coche unas horas durante la noche. *Bonbon* estaba sobre mi regazo, moviendo los ojos de aquí para allá, contemplando con interés los campos y las montañas. Tan pronto como vi los bosques de pinos y los barrancos a ambos lados del camino, supe la ubicación exacta de nuestra finca como si mi corazón fuera una brújula. Las dos casas solariegas gemelas aparecieron ante mi vista y me mordí el labio para contener las ganas de llorar. Aunque mi padre ya no se encontraba allí, noté su presencia en el sol y en la brisa que agitaba las copas de los árboles.

Bernard detuvo el automóvil en el patio. Un perro ladró. *Chocolat*, con el pelaje de las orejas y de la cola teñido de naranja por el sol, se acercó a nosotros saltando. *Bonbon* se revolvió entre mis brazos y ambos perros se tocaron la nariz y se movieron en círculo el uno en torno al otro, agitando sus respectivas colas. Miré a mi alrededor en busca de *Olly*, pero conociendo sus costumbres, sospeché que estaría en algún sitio echándose la siesta de después de comer.

Enjambres de insectos zumbaban en los árboles. La tierra estaba quemada por el sol y agrietada. Ese verano había sido muy seco. Me resultaba difícil creer que en el pasado la finca y yo hubiéramos compartido el mismo calendario, cuando mi vida cotidiana se regía por el cambio de las estaciones. Durante los últimos meses, mis días habían transcurrido al ritmo de los ensayos, las representaciones y las pruebas de vestuario.

—¡Simone! —exclamó tía Yvette desde la puerta de la cocina.

Corrí hacia ella y nos abrazamos. Al estrecharla, noté sus huesudas clavículas.

—¿Estás bien? —le pregunté—. Espero que por trabajar duro no estés olvidándote de comer.

Mi madre apareció en la puerta de la destilería y corrió colina arriba hacia nosotros. *Bonbon* se separó de *Chocolat* y correteó hacia ella. Mi madre se paró en seco y contempló a la perrita, después se volvió hacia mí.

—¡*Bonbon*! —dije yo.

Mi madre se agachó y le acarició las patas traseras. *Bonbon* saltó a su regazo y comenzó a lamerle la barbilla.

—Esto no es un perro —comentó—. Es un cachorrillo de zorro.

Mi madre dejó a *Bonbon* en el suelo y me echó los brazos al cuello. Su cabello me hizo cosquillas en la mejilla cuando la besé.

Tía Yvette entrelazó su brazo con el mío.

—Era la voluntad de Dios que esto sucediera —murmuró—. Era la voluntad de Dios.

Me contemplé las manos, sorprendida de que tía Yvette pudiera sentir pena por un hombre que la había tratado tan mal.

—Vamos —dijo Bernard, conduciéndonos al interior de la casa—, hablemos mientras comemos. Simone y yo nos morimos de hambre.

Tía Yvette desenganchó los pestillos de los postigos de las ventanas de la cocina y los abrió de par en par para que entrara el aire de la tarde. Golpearon las paredes

exteriores con un ruido seco y un repiqueteo. *Olly* apareció en el alféizar de la ventana. Deslicé las manos por su lomo y lo acuné entre mis brazos. Después de haber llevado en brazos a *Bonbon*, que era tan ligera, *Olly* me pesaba como un saco de patatas. Ronroneó y se frotó contra mí tan enérgicamente que se desprendieron al aire varios mechones de su pelaje. Le rasqué el vientre y lo dejé sobre las baldosas del suelo. *Chocolat* y *Bonbon* se quedaron dormidos junto a la maceta de un geranio: la perrita se acurrucó contra la curva del vientre del perro más grande.

Mi madre nos sirvió higos secos, almendras y galletas de leche en un plato.

—Según el notario, si Gerome no se recupera, ambas fincas te pertenecen a ti —me explicó Bernard, empujando un vaso de vino en mi dirección—. Pero aunque continúe viviendo, nunca volverá a ser el mismo.

Cogí a mi madre de la mano cuando se sentó junto a mí. En una ocasión en la que tío Gerome se dirigió a tía Yvette de un modo especialmente cruel, le pregunté a mi madre por qué no lo embrujaba.

—Soy curandera —me respondió—. Debo hacer lo posible por sanar la vida, no por dañarla. Si Gerome es de esa manera, es que hay un mensaje oculto en su modo de actuar.

Contemplé fijamente a mi madre, que me devolvió una mirada llena de orgullo. Había engordado un poco en Marsella, además de haber aprendido a cuidar de mí misma. La idea de que mi madre admirara mi transición a la madurez me enterneció el corazón, pero también me hizo sentir cohibida. Paseé la mirada por la cocina. El silencio de la casa resultaba desconcertante. No se oía el crujido de las tablas del suelo, ni una tos ni un estornudo. Me pregunté dónde estaría tío Gerome.

—¿Cómo administraremos la finca? —les pregunté—. Ya sabéis que yo no sirvo para eso.

—Bernard se va a trasladar aquí —aclaró tía Yvette—. Él dirigirá la finca y también hará las veces de intermediario para vender la lavanda en nuestro nombre y en el de los demás aldeanos.

No pude ocultar mi sorpresa y Bernard se puso colorado desde el cuello hasta la punta de las orejas.

—Soy más feliz aquí que en ningún otro lugar —explicó, con cuidado de no mirar en la dirección en donde se encontraba tía Yvette—. Sois como hermanas para mí.

Con un pañuelo anudado al cuello y el pelo engominado hacia atrás, Bernard era la versión cinematográfica que luciría el protagonista de una película ambientada en una finca provenzal, pero no me cabía la menor duda de que lograría hacer de la nuestra un éxito.

Desde la muerte de mi padre, había dejado a un lado su carácter ocioso. Ahora, con la enfermedad de tío Gerome, deseaba meternos bajo su ala y nosotras le queríamos por ello. Además, era inteligente y tenía mucha experiencia sobre los métodos agrícolas modernos, y mi madre le sería de gran ayuda por sus conocimientos sobre las estaciones y las plantas. Cuando pasamos con el coche por la

aldea un momento antes, los hombres nos hicieron un gesto con la cabeza a modo de saludo. A pesar de que Bernard no sentía interés por las mujeres, su trabajo duro y la voluntad que demostraba para mejorar la rentabilidad de la producción de lavanda en nuestra zona parecían haberle granjeado amistades. Aun así, me resultaba difícil imaginármelo jugando a la *pétanque* con los aldeanos o bebiendo licor con Albert Poulet y Jean Grimaud bajo los plátanos de la plaza del pueblo.

—Contrataremos mano de obra para que hagan el trabajo físico —explicó tía Yvette—. Tenemos dinero suficiente como para eso. Necesito ayuda con las comidas porque me lleva mucho tiempo cuidar de tu tío. No puede hacer nada por sí mismo. Es estupendo tenerte de vuelta.

Visualicé el telón de *Le Chat Espiègle* cerrándose y se me cayó el alma a los pies. En una época pasada, no se me habría ocurrido nada mejor que cocinar junto a mi tía en su magnífica cocina. ¿Qué había cambiado?

Bonbon se despertó, se estiró y saltó sobre el regazo de mi madre.

—Simone ya es una mujer de mundo —comentó mi madre—. Está destinada a hacer grandes cosas.

No comprendí lo que quería decir.

—¿Puedo ver a tío Gerome? —le pregunté a mi tía.

Tía Yvette dudó.

—No sé si te reconocerá.

—Me gustaría verle de todos modos —repliqué.

Seguí a tía Yvette escaleras arriba al dormitorio al final del pasillo. Empujó la puerta para abrirla y me hizo un gesto para que entrara. Tío Gerome estaba recostado en la cama, sujeto por una montaña de almohadas y cubierto hasta la cintura por una colcha. Las tablas del suelo crujieron bajo mis pies. Miré a mis espaldas, suponiendo que tía Yvette aún se encontraba allí. Pero se había marchado, dejando la puerta entornada. Oí como se reunía con mi madre y Bernard en la cocina.

Me acerqué poco a poco a la cama, esperando que tío Gerome se despertara o mirara hacia donde yo estaba. Pero no se movió. Había un crucifijo sobre la cama y una fotografía de mi padre en la mesilla de noche. Tardé unos segundos en reunir el valor necesario para mirar a tío Gerome a la cara. La llevaba totalmente afeitada, pero, aunque hubiera seguido teniendo bigote, no creo que le hubiera reconocido. Yacía postrado como un cadáver, el color había desaparecido de sus mejillas y tenía la mirada fija en el techo. Los únicos signos de vida en él eran que el pecho le subía y bajaba al respirar y que parpadeaba de vez en cuando. El infarto había afectado al lado izquierdo de su cuerpo. Su boca se torcía hacia abajo en una mueca como si un hilo invisible le tirara de la comisura izquierda. Los músculos alrededor del ojo se habían hundido. La rodilla izquierda se le doblaba hacia el exterior y tenía el puño cerrado junto a ella. Vacilé y las manos se me volvieron de hielo. El parecido con mi padre era extraordinario. Tuve que relajar la respiración antes de dar un paso más hacia él.

—Tío Gerome —susurré.

Dirigió una mirada titubeante en mi dirección, pero no pude interpretar su expresión. Tenía los nervios del cuello rígidos, y los brazos y manos estaban esqueléticos. No tenía ni idea de si sentía alegría u horror por verme, ni tan siquiera si me había reconocido.

Un ruido gutural le subió por la garganta, como si estuviera tratando de hablar. Le habían enrollado una toalla alrededor del cuello para enjugar la baba que le caía desde la boca por la barbilla.

—Tío Gerome —repetí, aunque no tenía idea de qué quería decirle.

El ruido gutural se intensificó. Aquel hombre tumbado en la cama no era feroz, sino frágil. El infarto había sido como una bomba, había detonado en su interior. Por el modo en el que su cuerpo se había contorsionado y retorcido para perder su forma natural, parecía como si lo hubieran vuelto del revés. Quizá lo que estaba viendo allí era su torturada alma, que había brotado a la superficie.

La tarde siguiente visité la tumba de mi padre en el cementerio de la aldea. Era la lápida más nueva entre las tumbas maltratadas por el tiempo y las criptas asimétricas. Un lagarto que tomaba el sol en una piedra cercana salió disparado cuando me puse en cuclillas sobre la hierba seca.

Aspiré el aroma del cementerio —una extraña combinación de moho, romero y tomillo— y pensé en lo cerca que se había quedado mi padre de conseguir su sueño y en lo rápido que nos lo habían arrebatado. Aunque me sentía feliz de volver a ver a mi familia, me desesperaba la idea de quedarme para siempre en la finca. La vida en Le Chat Espiègle lo había cambiado todo, y ver a tío Gerome me había ayudado a comprender que si no aprovechaba las ocasiones que la vida me brindara cuando se me presentaran, quizá no hubiera una nueva oportunidad.

Cerré los ojos, imaginando la sonrisa de mi padre. «París», susurré. «Vete allí — le escuché diciéndome—. Vete y dale una oportunidad a tu sueño».

Abrí los ojos y miré a mi alrededor. No había nadie a la vista, pero había escuchado claramente la voz de mi padre. Recorrí con el dedo su nombre sobre la lápida —Pierre Gustave Fleurier— y después contemplé las tumbas circundantes, algunas eran modestas y otras eran imponentes. Había acudido al cementerio en busca de una respuesta y eso era precisamente lo que había encontrado.

Contemplé a mi madre mientras cortaba las alcachofas para la cena. Mi tía era la cocinera y la artista en la cocina, pero mi madre era la hechicera. Le cantaba al agua hirviendo sobre el fuego y manipulaba las verduras con esmero y perfeccionismo. Tenía la capacidad de aplicar su magia a las tareas más mundanas.

De vez en cuando, mi madre se volvía y le contaba a *Bonbon* cosas en *patois* sobre la finca, sobre la cosecha de lavanda o sobre lo que estaba haciendo.

—Pelo las alcachofas así y las corto lo más uniformemente que puedo, ¿ves? —le

decía, enseñándole a *Bonbon* una rodaja para que la inspeccionara.

Mi madre le hablaba a *Bonbon* más de lo que yo la había visto hablar con nadie.

—Mamá, Bernard te ha hablado sobre el espectáculo en Marsella, ¿verdad?

Mi madre miró a sus espaldas.

—Me ha contado que eres muy buena.

No había ningún deje de censura en su tono. Por ser una mujer que se había pasado toda la vida en el campo, había muy pocas situaciones en las que mi madre mostrara aprobación o desaprobación. Parecía aceptar todas las cosas por sí mismas.

Le conté cómo había acabado trabajando en el teatro de variedades, le hablé sobre *Bonbon* y Camille, sobre *monsieur* Dargent, *madame* Tarasova y Zephora. Luego le expliqué la historia de Michel Etienne y de su oferta para representarme si iba a París.

—Yo soy como Bernard —le dije, mirándome las manos—, solo que todo lo contrario. No pertenezco a este lugar, sino a la ciudad.

Mi madre señaló con la cabeza los campos de lavanda.

—Sí que perteneces a este lugar, Simone. Este es tu hogar. La tierra de la que procedes. Siempre pertenecerás a este lugar y siempre serás bienvenida. Vete a París, ve y dale una oportunidad a tu sueño. Ha quedado algún dinero de la última cosecha para el billete de tren y para ayudarte con el alquiler de unas cuantas semanas. Pero si no sale bien, quiero que me prometas que regresarás.

Le eché los brazos al cuello y enterré la cara en su hombro. Había pronunciado las mismas palabras que había oído en el cementerio. Mi madre conocía tan bien a mi padre que resultaba extraordinario.

—¿Pero qué pasa con Bernard y tía Yvette? —le pregunté—. ¿Cómo se las arreglará tía Yvette sin mí?

—Quédate este invierno, si puedes —me contestó mi madre—. Después, habrá muchas chicas buscando trabajo. Contrataremos ayuda para la casa si la necesitamos. No malgastes tu vida en tío Gerome, no le debemos nada.

Aquella noche durante la cena, mi madre anunció que yo me marcharía a París cuando llegara la primavera. Aunque tía Yvette se sorprendió, pronto cambió de opinión cuando Bernard describió mi actuación en Marsella.

—Bueno, en ese caso —comentó tía Yvette, sacudiendo la cabeza y tratando de asimilar la noticia—, tengo alguna ropa de ciudad que no voy a necesitar, así que se la puedo dar a Simone para el viaje.

Besé a mi tía. En cualquier otra situación, habría sentido lástima por ella. Sabía que nunca había deseado vivir en la finca. Pero en aquella época, parecía contentarse con la compañía de Bernard y de mi madre. Sin embargo, sí que sentí una punzada de tristeza por mi madre. Justo cuando nuestra relación se estaba volviendo más íntima, yo me marcharía.

Bonbon dejó escapar un aullido. Mi madre le sonrió y le hizo cosquillas detrás de las orejas.

—*Bonbon* dice que puedes irte a París con una condición —me dijo, con una

mirada traviesa en los ojos.

—¿Y qué condición es esa? —le pregunté.

—Quiere quedarse. Le gusta vivir aquí.

Todos nos echamos a reír al oír aquella afirmación.

SEGUNDA PARTE



Llegué a París en febrero de 1924, donde me recibieron un cielo gris y una humedad en el ambiente que no lograron desanimarme. Permanecí de pie en el andén de la Gare de Lyon, contemplando a los mozos de estación que iban de aquí para allá cargando sus carritos con el equipaje de mujeres ataviadas con estolas de zorro plateado y hombres con sombreros y guantes de gamuza. Me ardían las aletas de la nariz por el hollín del tren y me zumbaban los oídos con las emocionadas voces de amantes abrazándose, familias reuniéndose y hombres de negocios estrechándose la mano. No conocía a nadie en la ciudad aparte de a *monsieur* Etienne, que había contestado a la carta de Bernard para aconsejarme que viniera a París con suficiente dinero como para mantenerme un mes. Pero sentía el corazón henchido por la certeza de que mi vida iba a cambiar para siempre.

Examiné las instrucciones garabateadas que *monsieur* Etienne me había enviado para indicarme cómo llegar, con el *métro*, hasta su oficina en la orilla izquierda del Sena. Sin embargo, me descorazoné al ver la cola que serpenteaba frente a las taquillas y las multitudes que entraban y salían dándose empujones. Al menos en el tranvía de Marsella podía ver adónde me dirigía. Necesitaría tiempo para acostumbrarme a la idea de viajar bajo tierra. Abrí el monedero y comprobé los francos que llevaba, aunque sabía perfectamente cuánto dinero tenía, y después busqué la cola de los taxis. París merecía que la viera por primera vez en taxi, aunque tuviera que saltarme cuatro comidas para permitírmelo. Uno de los revisores del tren me indicó que estaban en la salida principal. Mi despilfarro del «primer día en París» no incluía darle propina a un mozo, así que arrastré mi baúl, tirando de las correas, hacia la entrada de la estación. Cuando abandoné la finca para marcharme a Marsella solo llevaba ropa. Pero para París, tía Yvette había insistido en que también me llevara sábanas y otros utensilios domésticos. Quería que ahorrara dinero, pero el dolor en los brazos y los hombros por tener que llevar a rastras el baúl me hizo comprender que ahorrar podía llegar a ser una carga.

Solo había dos hombres y una joven pareja esperando para coger un taxi y no pasó mucho tiempo hasta que uno se paró junto a mí.

—Rue Saint Dominique —le dije al conductor, que se apeó del taxi para ayudarme con el equipaje.

Introdujo mi baúl en el maletero e hizo una mueca.

—*Pardon, mademoiselle?*

Repetí mi destino y cuando vi que seguía sin entenderme, le mostré la tarjeta en la que venía escrita la dirección.

—*Ab, oui* —exclamó, tocándose la gorra—. Usted debe de ser del sur. Por eso no la comprendía.

Me pregunté entonces cómo era posible que yo sí le entendiera a él.

El calor en el interior del taxi era como un refugio desde el que podía contemplar el centelleante mundo del exterior. Estiré el cuello todo lo que pude para admirar los vistosos edificios con sus enrejados de hierro forjado y sus tejados inclinados. París era más sombría que Marsella, pero también más elegante. Marsella se me había quedado grabada en la mente por sus tonalidades turquesa y amarillo girasol, mientras que las de París eran más perla y nácar. La ciudad tenía algo de funerario, con aquellos bulevares bordeados de plátanos desnudos y los adoquines brillantes y resbaladizos. De hecho, pasamos por delante de varias tiendas que vendían urnas, tumbas y ángeles de mármol; muchas más que las que había visto jamás en el sur. Pero no había venido a París a morirme, así que enseguida imágenes más optimistas de la ciudad captaron mi atención. Pasamos por delante de calles llenas de tiendas. Un tendero salió de su establecimiento y miró esperanzadamente arriba y abajo de la calle. Se sopló en el hueco de las manos y llamó la atención de un grupo de mujeres con bufandas y abrigos que pasaban por la acera. Ellas le devolvieron el saludo y se detuvieron para inspeccionar los puerros y las patatas. En la tienda contigua, una florista se afanaba en ordenar las flores del escaparate. Los jacintos y las campanillas tenían un aspecto tan vivo y apetecible como el de las zanahorias y las espinacas de la tienda vecina. Me encantó ver a ambos comerciantes concentrados en sus negocios cotidianos, eran como dos rayos de luz en un día nublado.

Mi alegría se duplicó cuando pasamos junto al suntuoso Louvre y, de nuevo, cuando minutos más tarde volvimos a cruzar las aguas pardas del Sena. La emoción me coloreó las mejillas. «Ya estoy aquí —pensé—, por fin estoy aquí».

Los parisinos se habían echado a la calle en la orilla izquierda. Hombres de dos en dos caminaban por las aceras ataviados con trajes azul marino y bufandas color beis, y sus lustrosos zapatos brillaban intensamente. Las mujeres llevaban abrigos con cinturones ajustados a las caderas, cuellos con solapa o encajes en las mangas con ribetes rusos. Yo pensaba que tenía un aspecto elegante con la falda plisada y el abrigo de lana de tía Yvette, pero en comparación con la gente del exterior, mi apariencia era tan monótona como la de una paloma entre pavos reales.

A pesar del frío, en la mesa de la terraza de un café se arremolinaba un grupo de hombres en torno a un brasero, paladeando sus *cafés crèmes* como si estuvieran bebiendo el coñac más exquisito. La manga vacía de uno de los hombres estaba abotonada a la altura del hombro, las muletas de otro se apoyaban contra su silla. Incluso al camarero que les atendía le faltaba una oreja. Había visto a muchos heridos de guerra en Marsella, pero en París vería a cientos más. A mí me hacían pensar en mi padre; para los demás eran un recordatorio de los horrores de la guerra en un país que deseaba olvidar.

—Rue Saint Dominique —anunció el taxista, aparcando frente a un edificio con enormes ventanas de marcos tallados y un tejado azul inclinado.

No le regateé el precio de la carrera, aunque era el doble de lo que yo había

anticipado y, además, le di al taxista una buena propina. «Pronto estaré ganando mucho dinero», me dije para mis adentros mientras salía a la calle e inhalaba por primera vez el aire de París.

La puerta principal era de roble y tenía un aspecto tan macizo como el del ataúd de un presidente. No tenía ninguna aldaba ni campana, así que empujé la puerta con una mano y tiré de mi baúl con la otra. Mis ojos tardaron unos instantes en ajustarse a la penumbra del vestíbulo. En el extremo opuesto del portal estaba la portera, tricotando. A pesar del ruido que hice al arrastrar mi baúl y del golpe que dio la puerta al cerrarse, no levantó la vista de su labor.

—*Pardon, madame* —saludé mientras me alisaba la falda y el abrigo—. Estoy buscando a *monsieur* Etienne.

La mujer me dirigió una mirada por encima de sus gafas.

—Apartamento tres, quinto piso —murmuró, antes de concentrarse de nuevo en su labor.

Su contestación había sido tan breve —no me había dicho ni «*mademoiselle*» ni «*bonjour*»— que vacilé. Quería preguntarle si le importaba vigilar mi baúl para que no tuviera que arrastrarlo escaleras arriba.

—¿Puedo dejar esto aquí? —le pregunté.

Esta vez ni siquiera interrumpió el movimiento de las agujas.

—Súbalo con usted —me respondió—. Esto no es un hotel.

Había un ascensor en el vestíbulo con un fragmento de alfombra roja en el suelo. Empujé la puerta metálica y me esforcé por mantenerla abierta mientras arrastraba el baúl tras de mí. Presioné el botón del quinto piso. No sucedió nada. Me daba pavor pedirle ayuda a la portera, así que le propiné al botón un fuerte codazo. El ascensor pegó una sacudida y yo perdí el equilibrio, me caí sobre el baúl y me hice una carrera en las medias. La cabina del ascensor se estremeció, traqueteó y se elevó bruscamente hasta el quinto piso, donde abrí la puerta y arrastré el baúl antes de que la máquina me atrapara de nuevo en su interior.

Solo había tres apartamentos en el piso, así que fue fácil encontrar el despacho de *monsieur* Etienne. Me quedé junto a la puerta durante unos instantes, estirándome las medias y arreglándome el pelo, antes de pulsar el botón del timbre. Me abrió la puerta una joven de cabello rubio alisado que llevaba un vestido de elegante tela estampada ribeteada con plumas de avestruz. Una fragancia de flor de azahar flotaba a su alrededor.

—*Bonjour, mademoiselle* —me saludó.

Aquella mujer era tan chic que supuse que debía de ser una de las clientas parisinas que en ese momento salía de la oficina de *monsieur* Etienne. Me sorprendió que se presentara como *mademoiselle* Franck, la secretaria de *monsieur* Etienne.

Me ayudó a introducir el baúl por la puerta y luego me condujo por un corto pasillo hasta la recepción. La estancia no era mucho mayor que el compartimento de un tren, pero estaba decorada con muy buen gusto gracias a dos sillas Luis XVI y

cortinas azules con borlas doradas. Tomé asiento junto a la ventana y *mademoiselle* Franck me entregó un formulario antes de sentarse tras su escritorio, liando comenzó a escribir a máquina, estudié las preguntas. El formulario tenía un espacio para el color de pelo, las tallas de calzado ropa, y demás descripciones físicas; y otro espacio para otros detalles personales como si yo o mis parientes más cercanos padecíamos alguna enfermedad. Cada vez que *mademoiselle* Franck se detenía a leer lo que estaba mecanografiando, escuchaba la voz de *monsieur* Etienne que resonaba detrás de una puerta que supuse que conduciría a su despacho.

—Así es como funciona, Henri. Así es como funciona —estaba diciendo.

Rellené el formulario y esperé mientras *mademoiselle* Franck atendía una llamada telefónica del Scala sobre una audición.

—Sí, tenemos varios magos —dijo—. Puedo enviarle dos esta misma tarde, si lo desea.

Colgó el auricular y unos minutos después, el teléfono sonó de nuevo. Por el modo en el que se le arrebolaron las mejillas y el tono infantil que adquirió su voz, imaginé que aquella llamada no era únicamente profesional.

—Ah, ¿entonces traerás el escritorio esta tarde?, ¿ha quedado bonito? Se quedará encantado.

Estudié las fotografías autografiadas de mujeres ataviadas con plumas y lentejuelas que adornaban las paredes y comencé a sentirme aún más desgarbada. Me prometí a mí misma que en cuanto pudiera permitírmelo me compraría un vestido tan bonito como el de *mademoiselle* Franck.

Aproximadamente media hora más tarde, *monsieur* Etienne salió de su despacho. Le entregó una pila de carpetas a *mademoiselle* Franck y se percató de mi presencia. Me contempló durante un momento antes de dar una palmada y exclamar:

—¡Ah, sí! La chica de Marsella. ¡Pase, pase!

Seguí a *monsieur* Etienne al interior de su despacho, que era aún más pequeño que la recepción y no tan elegante. Apartó un montón de papeles de una butaca de cuero y me indicó que me sentara, tomando asiento él a su vez tras un escritorio atestado de carpetas y fotografías. Tenía un aspecto menos imponente que la noche en la que entró en mi camerino de Le Chat Espiègle: llevaba un traje de chaqueta que le hacía parecer más un ocupado contable que un cazatalentos. No obstante, por la mirada de desconcierto que me había dirigido momentos antes en la recepción, probablemente él estaba pensando lo mismo sobre mí. Con aquella ropa, heredada de mi tía, seguramente no tenía el aspecto de una estrella en ciernes.

Monsieur Etienne encendió una lámpara y rebuscó en su escritorio, levantando papeles y revolviendo entre las carpetas. Llamó a *mademoiselle* Franck para decirle que no lograba encontrar mi ficha y ella le respondió que se encontraba junto al teléfono.

—¡Ah! —exclamó, cogiendo una carpeta con mi nombre escrito en una esquina. La abrió, hojeó las dos o tres páginas que contenía y me entregó una copia del

programa que me había preparado—. Aquí, esto es lo que tengo para usted durante este mes. No le cobraré nada hasta que consiga un contrato, excepto por las fotografías, y después de eso facturaré el veinte por ciento de lo que usted gane.

Miré de reojo el programa. Era una lista de audiciones en diferentes teatros de variedades y clubes nocturnos, junto a los papeles para los que me presentaría. Todos ellos eran puestos de corista o la última actuación de los clubes nocturnos, cuando la mayoría de los clientes ya se habían marchado a casa. Aquello me desalentó inmediatamente.

—*Monsieur Etienne* —comenté—. No me presento a ningún papel protagonista. Se aclaró la garganta y volvió a tomar asiento.

—¿Cuántos años tiene usted, *mademoiselle Fleurier*? ¿Dieciséis? —me preguntó mientras miraba la ficha que yo acababa de rellenar. Señaló mi fecha de nacimiento con la punta del dedo—. No, todavía tiene quince. Conseguiré papeles protagonistas, pero tendrá que trabajar duro para ello. No es como si hubiera estado actuando en el Alcazar o en el Odéon en Marsella. Si no llega a ser por las críticas de *Le Petit Provençal*, ni siquiera me habría molestado en ir a verla.

—No he venido a París para ser corista —repliqué, tratando de que no se me notara el temblor en la voz.

¿No era lo suficientemente buena como para presentarme a audiciones que no fueran de corista? ¿No había conseguido ya bastante con *Sherezade*?

Monsieur Etienne sonrió.

—*Mademoiselle Fleurier*, en París es mejor ser acomodadora en el Adriana o el Folies Bergère que protagonizar durante diez temporadas el espectáculo de un vodevil cualquiera de tercera clase. A diferencia de muchos hipócritas en esta ciudad, yo soy un agente honrado. No voy a decirle a una chica que se separe de su familia a menos que piense que tiene posibilidades. Pero para que esas posibilidades conviertan en una realidad es necesario trabajar duro y conseguir experiencia.

Estudié su rostro. Tenía un aspecto enjuto y adusto, pero parecía sincero. Percibí que me estaba diciendo la verdad.

Dando por hecho que ya había resuelto el asunto, *monsieur Etienne* cambió de tema.

—Tengo un apartamento en Montparnasse para usted. Otro de mis clientes que está de gira por Londres acaba de dejarlo libre. Es barato y podrá acudir en *métro* a todas sus audiciones. Podrá encontrar algo mejor en cuanto empiece a trabajar.

Se levantó, dando a entender que nuestra conversación había terminado, me estrechó la mano y me acompañó a la puerta.

—Indíquele a *mademoiselle Franck* cuándo puede acudir a hacerse las fotografías —me dijo.

El teléfono de su despacho sonó y se apresuró a cogerlo, saludándome con la mano antes de que *mademoiselle Franck* cerrara la puerta.

La secretaria abrió su agenda para concertar la cita con el fotógrafo y me escribió

la dirección del estudio en una tarjeta.

—Este fotógrafo tiene muy buena reputación, así que no tendrá problemas —me explicó, entregándome la tarjeta. Después, mirando a sus espaldas a la puerta cerrada del despacho de *monsieur* Etienne, añadió—: Si él dice que tiene usted posibilidades, *mademoiselle* Fleurier, lo dice de corazón. Lo sé de buena tinta: *monsieur* Etienne es mi tío.

Me monté en un autobús abarrotado de gente para ir al Boulevard Raspail, la dirección en Montparnasse que *monsieur* Etienne me había dado. Por suerte, los parisinos eran muy galantes y me ayudaron a subir y bajar del autobús: primero, un hombre de mediana edad me subió el baúl por las escaleras del vehículo y, al final, un par de estudiantes de mejillas sonrosadas lo bajaron bruscamente cuando el autobús se aproximó a mi parada en la intersección entre el Boulevard Raspail y la Rue de Rennes.

—*Mademoiselle*, nosotros la ayudaremos —me dijeron, levantando el equipaje sobre los hombros e insistiendo en llevármelo hasta la reja de entrada del edificio.

—También podemos subírselo por las escaleras —me ofreció uno de los dos.

Su acompañante asintió con la cabeza, pero me dio demasiada vergüenza pedirles más ayuda, así que mentí y les dije que tenía un amigo en el edificio que me ayudaría.

—Bueno, pues entonces, adiós —me dijeron los estudiantes saludándome con la mano, dándose media vuelta hacia la calle—. ¡Buena suerte en París!

—*Merci beaucoup!* —les grité—. ¡Son ustedes muy amables!

La reja estaba abierta y se tambaleó sobre sus bisagras cuando la empujé para abrirla. Me limpié el óxido de las manos y arrastré el baúl tras de mí. Las sombras de los edificios circundantes caían sobre el patio, que estaba lleno de zapatos viejos y macetas rotas. Los parterres ajardinados eran una maraña de plantas mustias y enredaderas secas, tan estropeadas que no tenía ni idea de qué eran. Me tapé la nariz para no respirar el hedor a excrementos de perro y a alcantarilla. Sentí la tentación de dejar allí el baúl mientras buscaba la habitación, pero cambié de idea cuando vi los vidrios rotos de las ventanas y la ropa andrajosa colgada de las cuerdas de tender.

Los números de los cuartos estaban pintados con trazos torcidos en cada uno de los edificios que rodeaban el patio. Los apartamentos del siete al catorce se encontraban en la parte posterior. Crucé el paño y entré en el edificio por debajo de un arco. El vestíbulo apenas estaba iluminado y desprendía un olor aún más acre a excrementos de perro y a moho, junto con una penetrante peste a vino agrio. Inspeccioné el hueco de la escalera y me preparé para subir arrastrando el baúl por aquellos estrechos escalones, con la esperanza de que a nadie se le ocurriera bajar en ese momento. Alguien cantaba y me animó escuchar la sonoridad de aquella voz. Pero me abochorné al distinguir la letra de la canción:

Me gusta sentarme a la ventana día tras día
aquí en París, tan hermoso y alegre,
viendo a las chicas pasar por la calle.
Quiero darles un trato especial.
Venid aquí, hermosas,
y enseñadle a papá las tetitas...

La puerta del apartamento número nueve estaba medio podrida y le faltaban unas tiras de madera en la base. Me tanteé el bolsillo del abrigo en busca de la llave que *monsieur* Etienne me había entregado y abrí la cerradura. La puerta estaba atrancada, así que tuve que cargar mi peso contra ella para que se abriera, por lo que entré trastabillando en la habitación. Lo primero que vi fueron los excrementos de paloma resbalando por la ventana.

La habitación era al mismo tiempo mejor y peor de lo que me esperaba. Era mejor porque en comparación con la sombría habitación que ocupaba en Le Panier, esta contaba con dos grandes ventanales que la inundaban de luz; y era peor porque el frío se filtraba por las paredes. Deseaba tener un sitio acogedor en el que descansar, pero en el interior de aquella habitación hacía más frío que en la calle. Por lo menos, el hedor del patio no llegaba hasta allí; más bien, el aire estaba impregnado por el olor a agua estancada y a alcanfor.

Arrastré el baúl hasta la estructura de hierro de la cama, y la arenilla crujió bajo mis pies. La cama era el único mueble que había, además de un pequeño lavabo. *Monsieur* Etienne me había dicho que había un retrete en cada planta, pero que el edificio no tenía baño. Si quería bañarme, tendría que caminar tres manzanas hasta los baños públicos y pagar unos pocos francos para ponerme en remojo veinte minutos. Pero yo ya sabía que las mujeres parisinas eran famosas por salir de sus apartamentos limpias y perfectamente acicaladas tras lavarse con poco más que una manopla y un cubo de agua. Lo llamaban «bañarse por partes». Me parecía bien, pero ¿cómo podría calentar el agua? Había un largo conducto de calefacción que recorría la pared desde el techo hasta el suelo entre las dos ventanas. Lo toqué; estaba tibio. Me resigné a que aquella sería la única calefacción que tendría en la habitación y recé para que por las noches le subieran la temperatura.

Me tumbé en la cama, aunque no tenía colchón. Los muelles crujieron bajo mi peso. Me puse de lado y doblé las piernas. Solo llevaba unas horas en París y ya estaba agotada. Rasqué un pegote de polvo de la pared y lo solté en el aire. La mota de polvo giró durante un momento antes de flotar hasta el suelo. La soledad se apoderó de mí. Pensé en mi madre, en tía Yvette y en Bernard. Estaban a kilómetros de distancia de mí en aquellos momentos. Cerré los ojos, todavía sintiendo el movimiento del tren acunándome. Quería echarme solo unos minutos, pero acabé quedándome profundamente dormida.

Me levanté con un dolor agudo en el brazo derecho, donde había hecho presión

contra los muelles de la cama. La temperatura de la habitación había descendido varios grados. Me froté los ojos, oscilé las piernas hasta el suelo y dejé escapar un gruñido. El sol se estaba poniendo por detrás de los tejados y las chimeneas. Contaba con haber podido limpiar la habitación y haber comprado un colchón, pero se me había hecho tarde. Mi estómago emitió un sonido de protesta. Decidí que lo mejor que podía hacer era ir a buscar algo de comer.

El tráfico que iba y venía por la calle me hizo recuperar la emoción de estar en París. Paseé por el Boulevard Raspail, aspirando el aroma de las castañas asadas que los castañeros ambulantes vendían en conos de papel. Me paré un momento frente a la estación de *métro* de Vavin, convencida de poder notar el traqueteo de los trenes que pasaban bajo tierra, antes de encaminarme hasta el Boulevard du Montparnasse, donde los cafés estaban repletos y los clientes se desperdigaban por las terrazas, calentándose con braseros. En el cruce resonaban sus conversaciones y el tintineo de sus copas de vino. Cuando pasé por delante del Café Dome, percibí el olorcillo de mejillones cocidos y mantequilla fundida. Por el aspecto distinguido de los clientes, di por hecho que no podría permitirme tomar allí ni siquiera un *café crème*.

Seguí andando tranquilamente, con las manos metidas en los bolsillos e imaginándome vívidamente una sopa de calabaza acompañada de media jarra de vino tinto para reactivarme la circulación. La boca se me hizo agua ante la anticipación de la dulzura granulada de la calabaza, cuando me encontré frente a un café con un menú barato en el ventanal. El interior estaba lleno hasta los topes de estudiantes, que pedían a voz en grito bebidas y raciones de patatas fritas. El aire era caliente, pero no hubiera sabido decir si se debía a la calefacción o a todos aquellos cuerpos que atestaban la sala. Había un montón de boinas y abrigos de lana en las perchas junto a la puerta. Me desabroché el abrigo, pero decidí no quitármelo hasta que no hubiera entrado en calor.

Un camarero con aspecto español me mostró una mesa en la esquina, cerca del puesto de periódicos y revistas. No había sopa de calabaza en el menú, pero me sugirió que pidiera la de cebolla en su lugar y que probara el *pâté* con el pan. Acepté su consejo y miré a mi alrededor. El piso inferior del café estaba compuesto por una barra de zinc, banquetas y unas pocas mesas. El nivel intermedio tenía mesas corridas y bancos. Estiré el cuello para ver hasta dónde llegaba la segunda planta y me sorprendió descubrir allí un grupo de estudiantes acurrucados con libros y cuadernos de notas extendidos frente a ellos. Me pregunté si podrían concentrarse con todo el ruido de la multitud del primer piso. Quizá se alojaban en edificios tan fríos como el mío y les resultaba más fácil estudiar en un café ruidoso que temblando en el silencio de sus habitaciones.

Llegó mi comida. Aunque tenía mucha hambre, comí despacio, dejando que la calidez de la sopa me llegara hasta los dedos de las manos y de los pies. Me quedé en el café todo el tiempo que pude prolongar la comida, temiendo el momento en el que tuviera que salir de nuevo al aire helador. Había gente abriéndose paso a empujones

por la puerta y algunos clientes llegaron a tomar asiento en las escaleras. Pero incluso después de rebañar el plato hasta dejarlo reluciente el camarero no me pidió que cediera la mesa. Decidí que había llegado la hora de marcharse cuando un grupo de tres chicos se sentaron en la mesa contigua y comenzaron a echar miraditas en mi dirección. Puede que yo fuera joven, pero también demasiado seria como para pensar en romances. Tenía otras ideas más importantes en la cabeza.

Mi primera audición era para formar parte del coro del Folies Bergère. Me pasé la mañana repasando una canción de *Sherezade* y leyendo *Le Fígaro*. La audición era para el espectáculo de la siguiente temporada: *Coeurs en Folie: Corazones a lo loco*, en el que iban a actuar las bailarinas de cancán del grupo de John Tiller Girls con trajes del diseñador ruso Erté.

Le Fígaro aseguraba que la cantidad de tela utilizada en el espectáculo se podía extender entre París y Lyon, y que el propietario del teatro, Paul Derval, eran tan supersticioso que los títulos de todos los espectáculos debían contener trece letras. Dejé el periódico a un lado y conté las letras de mi nombre. Catorce. Me pregunté, mientras crecía la ansiedad en mi interior, si aplicaría la misma regla para las coristas.

Me tomé mi tiempo para comprender el funcionamiento del *métro*. Me llevé varios minutos armarme de valor para aventurarme escaleras abajo hacia la oscuridad de la estación. Finalmente, me uní a la cola de un grupo de estudiantes y les seguí. Compré el billete en la taquilla y me encontré a mí misma en medio de una multitud que me empujaba hacia las profundidades de un túnel. En el andén estudié el mapa y me desconcertó la amalgama de líneas de colores que se entrecruzaban y terminaban en alejados suburbios. Una anciana me explicó que tenía que hacer transbordo en Châtelet para llegar a Cadet.

Contemplé fijamente la negrura del túnel hasta que dos luces como los orificios incandescentes de la nariz de un remoto dragón rompieron la oscuridad y un tren entró traqueteando junto al andén. Me empujaron hacia el interior del vagón y tomé asiento tan cerca como pude de la puerta, aterrorizada por la idea de pasarme de parada y acabar perdida en el laberinto de túneles. Las puertas se cerraron con un estruendo, repiqueteó una campana y el tren arrancó. En otras circunstancias, habría disfrutado de mi primer viaje en aquel *métro* tan moderno, pero me sentía demasiado preocupada por la audición. En cada parada se subía todavía más gente y finalmente tuve que estirar el cuello para leer los nombres de las estaciones por encima del mar de cabezas y brazos. «Saint Germain des Près. Saint Michel. ¡Châtelet!».

Seguí al gentío fuera del tren y de algún modo logré encontrar el andén de los trenes que se dirigían al norte. El siguiente vagón estaba tan atestado como el primero y esta vez no pude sentarme. Me abrí el cuello del abrigo: con todos aquellos cuerpos pegados unos contra otros, el vagón echaba humo. Pero apenas había espacio para moverse y no hubiera podido quitarme el abrigo ni aunque lo hubiera intentado. Puede que el *métro* fuera moderno, pero me parecía una manera antinatural de viajar: dar bandazos a ciegas por un túnel me hacía perder por completo el sentido de la

orientación. El tren se detuvo en una parada y vi el cartel que ponía Cadet. Me abrí paso hasta la puerta, agradecida de que alguien delante de mí ya la hubiera abierto. De haber sido por mí, me habría quedado pasmada ante las puertas hasta que el tren hubiera vuelto a arrancar, porque no me había dado cuenta de que, aunque se cerraban automáticamente, había que levantar el pestillo para abrirlas.

Emergí de la estación a la luz de la tarde con tanto alivio como un animal escapando de una trampa. La destartalada combinación de cafés, carnicerías, tiendas de ultramarinos y de baratijas, de restaurantes y de bares estaba menos planificada que en Montparnasse. Abrí el bolso para consultar la dirección del Folies Bergère. Aún desorientada por el viaje en *métro*, eché a andar en la dirección opuesta a la que en realidad debería haber tomado.

Admiré las casas rosas y verdes cubiertas de sencilla hiedra. Aquella zona podría haber tenido el ambiente de una aldea de no ser por los sórdidos tipejos que apestaban a bebida y a cigarrillos merodeando por los soportales. Cuando llegué al transitado Boulevard de Rochechouart, me di cuenta de que me había perdido. Un policía me dio indicaciones para volver a la Rue Richer. Me crucé con varios artistas callejeros por el camino, entre ellos un contorsionista indio que se enredaba sobre sí mismo encima de una alfombrilla para entretener a los clientes de un café cercano. Aunque logró doblar ambas piernas por detrás de la cabeza, escuché sus articulaciones crujiendo y sentí un estremecimiento. Hacía demasiado frío como para realizar aquellas hazañas de flexibilidad.

Llegué a la Rue Richer e inspiré profundamente junto al exterior de las puertas de cristal del Folies Bergère, deslumbrada por la lujosa alfombra, el revestimiento de madera de las paredes y las relucientes lámparas de araña. Un portero con galones dorados en los hombros me informó de que los artistas que se presentaban a la audición tenían que utilizar la puerta lateral en la Rue Saulnier.

Doblé la esquina y se me paró el corazón durante un instante. Había alrededor de cincuenta mujeres pululando junto a la puerta de artistas. La dirección del teatro solo buscaba a tres coristas para sustituir a otras que no habían renovado su contrato tras el espectáculo anterior. ¿Por qué había tantas participantes en la audición? Algunas de las mujeres habían trabado conversación, pero la mayoría estaban sentadas en las escaleras o de pie, solas, repasando la letra de sus canciones, fumando o con la mirada perdida. Me incliné contra una farola y me replanteé mi táctica para la audición. Sabía que conseguir un papel para el coro de uno de los teatros de variedades más prestigiosos del mundo no iba a ser fácil, pero no esperaba que fuera a haber tanta competencia. Había acabado subiéndome al escenario de Le Chat Espiègle por accidente, e incluso entonces conocía de antemano al empresario teatral y a la mayoría de los integrantes del reparto. En París, parecía que iba a tener que trabajar duro y aceptar las cosas sin paños calientes. Mientras me recuperaba de la sorpresa, una chica rubia con ojos dorados miró en mi dirección y bostezó. Estudié a las mujeres que me rodeaban. La mayoría eran rubias y casi todas lucían modernos

cortes de pelo. Había pocas chicas muy altas y, claramente, ninguna de ellas tan morena como yo.

Al cabo de un rato, una mujer de mirada seria apareció en el umbral de la puerta.

—*Bonjour*, señoritas —saludó, dando una palmada—. Desnudos a la izquierda. Coristas a la derecha.

Junto con las otras chicas, le presté atención rápidamente. Nos dividimos lentamente en dos filas. Me alivió ver que la chica de ojos dorados se ponía en la fila de los desnudos, pero aún había otras dieciocho aspirantes para el papel de corista.

—He oído que Raoul nos acompañará durante el baile —comentó una chica de acento ruso a su acompañante francesa—. Es estricto, pero amable.

Su comentario me hizo sentir aún más sola e inexperta. ¿Era la única que no sabía qué sucedía en una verdadera audición?

Después de entregar nuestras partituras, la mujer nos condujo a una estancia para que nos pusiéramos la ropa de ensayo. A medida que nos desvestíamos y volaban por los aires las medias, las camisolas y blusas, el aire se tiñó de un fétido olor a sudor nervioso. Me temblaron los dedos cuando me até las zapatillas de baile, pero me recordé a mí misma que las audiciones formaban parte del camino para convertirse en una verdadera artista.

—Vamos, dense prisa, por aquí —nos urgió la mujer cuando vio que estábamos listas.

Nos apremió para que entráramos en una sala de ensayos con una desgastada tarima y las paredes cubiertas de espejos. Un hombre vestido con mallas y camiseta se encontraba al frente de la habitación, con los brazos cruzados al pecho. La mujer tomó asiento al piano. Cuando todas hubimos entrado en la habitación, el hombre cerró la puerta.

—Me llamo Raoul —anunció con una voz chillona que no casaba con un hombre tan musculoso—. Y quiero que se organicen ustedes en parejas para la parte de baile. Realizarán la audición de dos en dos. Eso agilizará las cosas.

Hicimos lo que nos había indicado. Sabiendo que si me unía a una chica bajita lo único que lograría sería exagerar mi estatura, me emparejé con una muchacha de piernas largas cuyo elegante pelo corto le tapaba la mitad de la cara.

Raoul avanzó a grandes zancadas hasta el centro del grupo.

—A continuación, les mostraré la variación solo dos veces —advirtió, levantando dos dedos de la mano—. Esto forma parte también de su audición, porque si no pueden aprenderse los pasos rápidamente, no hay lugar para ustedes en el Folies Bergère, ¿entendido?

Las pocas caras que habían mostrado una sonrisa hasta ese momento adquirieron la misma expresión alicaída que el resto del grupo. El corazón me latía en el pecho tan fuerte que pensé que no lograría escuchar nada de lo que Raoul dijera. Ejecutó un rápido paso cruzado, que probablemente era la única cosa útil que yo había logrado aprender de *madame* Baroux, con pose egipcia de brazos y varias patadas al aire

como remate. Me sorprendí a mí misma, porque logré memorizar aquellos pasos más rápido que las demás, incluida mi compañera, que arrastraba los pies convirtiendo sus movimientos en un vaivén tembloroso. Me hubiera encantado enseñarle a hacerlo correctamente, pero no teníamos permitido hablar entre nosotras. Por suerte para ella, nos dieron otros diez minutos para practicar por nuestra cuenta, al final de los cuales la mayoría de las chicas habían logrado aprenderse la variación.

Después de practicar el baile, nos llevaron a una sala en la que habían encendido las luces de emergencia del escenario y había un hombre sentado al piano, seleccionando la música de una lista de nombres. Raoul nos condujo a los bastidores y nos indicó que no hiciéramos ruido. A medida que desfilábamos frente a la primera fila, percibí a dos hombres sentados allí y asumí que eran *monsieur* Derval, el propietario, y *monsieur* Lemarchand, el productor. Verles allí no calmó mis nervios precisamente. Ambos hombres iban impecablemente vestidos: *monsieur* Derval llevaba una chaqueta negra con pantalones de raya diplomática y *monsieur* Lemarchand tenía el aspecto del típico sibarita con un traje cruzado y un pañuelo en el bolsillo de la solapa.

Sentí lástima por las dos chicas a las que llamaron en primer lugar. La primera era una muchacha escultural con el pelo rubio rojizo, que incongruentemente se había emparejado con una mujer bajita y pelirroja que llevaba una escasa camisola. Espié entre los cortinajes para ver la reacción de los jueces. Después de que Raoul presentara a las chicas y *monsieur* Lemarchand anotara sus nombres, el pianista empezó a tocar la melodía. La chica alta era una bailarina innata: su cuerpo se mecía al son de la música. Su sonrisa no resultaba forzada, pero yo estaba convencida de que no podía estar pasándose demasiado bien, dadas las características de aquella audición. Su compañera también era buena bailarina, pero su estilo resultaba más atrevido. Añadía giros de cadera donde no había y levantaba las piernas siempre un poco más de lo que dictaría el recato. *Monsieur* Derval se dio cuenta, pero la expresión de su rostro no revelaba ni alegría ni disgusto. *Monsieur* Lemarchand mantenía la mirada fija sobre la otra chica.

Terminaron el baile con una elegante pose final, pero justo antes de quedarse en ella la chica alta se resbaló y casi se cayó del escenario. Recuperó rápidamente el equilibrio, pero no la compostura. A su acompañante la despidieron con un: «Gracias, eso será todo, *mademoiselle* Duhamel», pero a la chica alta le pidieron que cantara su canción. A pesar de tener la oportunidad de continuar, no logró rehacerse del resbalón. Su voz era buena, pero se le movían los párpados como si tuviera algo metido entre las pestañas y no miraba a los dos hombres. Una muchacha que estaba a mi lado sonrió. Se alegró de que la chica alta estuviera pasando un mal trago, pero a mí me puso nerviosa. Yo actuaba mejor cuando la gente que tenía a mi alrededor daba lo mejor de sí misma.

—Ha sido bonito, pero no para este espectáculo —comentó *monsieur* Lemarchand.

La chica les dio las gracias a los dos hombres y abandonó el escenario. Sentí como le temblaban las piernas cuando me rozó al salir. Tuve ganas de vomitar.

La siguiente pareja lo hizo mejor. Terminaron el baile con un toque realmente profesional, posando con los vientres cóncavos y las puntas de los pies estiradas, con una mano en la cadera y la otra elevada hacia el techo en una refinada pose final. A *monsieur* Derval le encantaron. Cuando terminaron sus canciones, les pidieron que se quedaran. Las dos chicas siguientes también eran buenas bailarinas, pero una de ellas estaba dotada de una belleza clásica y una radiante sonrisa, mientras que la otra tenía unas piernas gruesas. La segunda chica era mucho mejor bailarina: se movía al son de la música, mientras que la primera levantaba las piernas de forma mecánica. Sin embargo, le pidieron a la chica más bonita que se quedara y descartaron a la otra.

Se me subió el corazón a la garganta cuando pronunciaron mi nombre. Mi compañera y yo ocupamos nuestro lugar en el escenario, pero el pianista no empezó a tocar porque *monsieur* Derval y *monsieur* Lemarchand estaban discutiendo con las cabezas juntas. Nos quedamos allí de pie, con la sonrisa congelada en el rostro y los brazos suspendidos en el aire. La habitación empezó a darme vueltas y los focos me quemaron los ojos. Pensé que, si no me movía pronto, acabaría por desmayarme.

Monsieur Derval le susurró algo a Raoul, que asintió y se volvió hacia nosotras.

—Como la parte cantada es la que está causando más problemas, hemos decidido cambiar el orden. Haremos las canciones primero y el baile después —explicó.

Le hizo un gesto a mi compañera para que avanzara al frente del escenario y ejecutara su canción. Hice todos los esfuerzos que pude por mantenerme inmóvil. Su voz era tan aguda que sonaba infantil, pero en lugar de sentirse horrorizado por aquel ruido ensordecedor, *monsieur* Derval parecía encantado con ella. Le pidieron a la chica que esperara para realizar el baile.

«Bueno, pues ya está», me dije a mí misma cuando me pidieron que avanzara. Traté de recordar la sensación que había experimentado la última noche que canté en Le Chat Espiègle. Por suerte, proyecté la voz con seguridad y con tanta vitalidad que resonó por toda la sala. Me esforcé por mirar a mi alrededor como si estuviera cantando para un público real y especialmente a los dos hombres. *Monsieur* Lemarchand me devolvió la sonrisa, pero *monsieur* Derval no me miraba, sino que estaba concentrado en quitarse un hilo suelto de la manga. Aunque solo nos exigían que cantáramos unos pocos compases para la primera ronda, ninguno de los dos me interrumpió, así que continué cantando el estribillo. *Monsieur* Derval acabó por levantar la mano únicamente cuando la primera estrofa volvió a repetirse.

—Gracias, *mademoiselle* Fleurier —me dijo Raoul—. Vuelva al fondo del escenario y la veremos bailar.

Estaba nerviosa por haber cantado, pero me concentré en el baile junto con mi compañera. No tendríamos por qué habernos molestado: *monsieur* Lemarchand y *monsieur* Derval no nos estaban mirando. Estaban discutiendo sobre algo, inclinados sobre los respaldos de sus butacas para que no se les oyera, pero escenificaban su

conflicto con una serie de gestos de las manos y sacudidas de cabeza. Siguieron discutiendo incluso después de que mi compañera y yo adoptáramos nuestra pose final. *Monsieur* Lemarchand miró hacia donde yo me encontraba y comprendí que estaban hablando de mí. Mi compañera y yo no tuvimos más remedio que quedarnos congeladas en la misma postura. Raoul se cruzó de brazos y se paseó arriba y abajo por el escenario delante de nosotras, tratando de distraer la atención de la discusión, pero llegaron a mis oídos algunas de las frases que pronunciaron.

Monsieur Lemarchand dijo:

—Es encantadora. Diferente. ¡Vaya voz!

A lo que *monsieur* Derval le respondió:

—No es lo bastante bonita para el Folies Bergère.

La discusión llegó a su fin y *monsieur* Derval se volvió hacia nosotras y sonrió.

—Gracias, *mademoiselle* Fleurier, eso será todo —dijo.

«¡No es lo bastante bonita para el Folies Bergère!». Las voces de los pasajeros del *métro* sonaban apagadas mientras yo repasaba la audición una y otra vez en mi cabeza, convirtiéndola en una catástrofe mayor de lo que en realidad había sido. Las chicas en mallas se convirtieron en chillonas rayas rosas y negras; la música del piano sonaba metálica y distorsionada; Raoul se convirtió en un gigante al acecho; y los rostros de *messieurs* Derval y Lemarchand se fundieron en uno solo, con una boca grotesca que me gritaba: «¡No eres lo bastante bonita!».

Tosí y miré por la ventana la oscuridad que pasaba a toda velocidad. ¿No me había advertido tía Augustine de que yo no tenía la apariencia física de Camille, mucho más acorde al teatro de variedades? Un espasmo de hambre se me agarró al vientre y pensé en la gélida habitación que me esperaba en Montparnasse. Después, me imaginé a mi madre y a Bernard sentados a la mesa de la cocina en la finca. A tía Yvette asando patatas al fuego. La luz de las llamas parpadeó en las paredes y se reflejó en las copas de vino sobre la mesa. ¿No sería más fácil regresar?

Me encogí de hombros y deseché aquel pensamiento. Claro que sería más fácil regresar y rodearme de gente que me quería, dormir en una cama caliente y tener el estómago lleno. Pero la chica que se contentaba con pasear por las colinas de Pays de Sault y con soñar con la cosecha de lavanda ya no existía. Yo quería subirme al escenario.

Cuando llegué a Châtelet para hacer el transbordo, ya estaba completamente rendida por mis pensamientos dramáticos y me había convertido en un dechado de estoicismo. Decidí que tenía que olvidarme de la audición del Folies Bergère. ¿No había fracasado en la audición de *Le Chat Espiègle* y finalmente había conseguido el papel? ¿Y no había elogiado mi voz *monsieur* Lemarchand, uno de los directores artísticos más grandes de París?

El tren en dirección a Vavin entró en la estación. «Además —pensé mientras tomaba asiento en el vagón intermedio—, no quiero ser un mero pájaro emplumado correteando por el escenario, independientemente de lo prestigioso que *monsieur*

Etienne piense que es». Abrí el bolso y saqué el programa de audiciones. La próxima era al día siguiente por la noche en un club nocturno de Pigalle.

«¡Esta vez sí!», me dije a mí misma, mirando el número de cantantes que había en el espectáculo. Solo eran tres, no dieciséis. ¡Prácticamente era un papel de solista!

A la noche siguiente, me marché a la audición de muy buen humor. Me había pasado la mañana frotando las paredes y el suelo de mi habitación. Después cogí el *métro* a Ménilmontant para comprar sábanas en un mercado y un fino colchón de algodón sobre el que pondría un segundo colchón cuando tuviera más dinero. Descansé por la tarde, preparándome para la audición y repasando las baladas que había elegido de *Sherezade*. Pensé que en un local más pequeño preferirían una actuación más intimista.

Eran casi las diez en punto cuando salí del *métro* en Pigalle. Me asombró ver de qué forma cambiaba por la noche el ambiente de la ciudad en el barrio de ocio de la orilla izquierda. Por las decrepitas callejuelas resonaba una animada música: acordeones, violines y guitarras; voces de sopranos y contraltos; canciones en francés y en inglés. La música atronaba desde los cafés y retumbaba desde los clubes. Los extranjeros abarrotaban las calles: escandinavos, alemanes y británicos. Pero más que todos ellos juntos, había estadounidenses. Un hombre, demasiado joven para el bastón sobre el que se apoyaba, estaba hablando con un grupo de hombres y mujeres ataviados con traje de noche. Comenzaba todas sus frases con una palabra parecida a *yawl*, mientras que ellos terminaban todas con otra parecida a *schure*.

«*Yawl. Schure*», repetí para mis adentros mientras caminaba por el Boulevard de Clichy. Había meretrices por todas partes luciendo ceñidas faldas a pesar del frío. Pasé por delante de un bar con un cartel, «Café des Américains», sobre la puerta. La gente se sentaba en los alféizares y salía a tropel por la puerta. La música resonaba por las ventanas. Me sorprendió la energía y dinamismo de aquella melodía: un piano, una batería, una trompeta y un trombón. Sonaba como una banda de música, pero con menos orden. El cantante comenzó a cantar: «Boo-boobly-boo-boo». No hubiera sabido decir si estaba cantando en un idioma extranjero o simplemente emitiendo sonidos sin sentido, pero me gustaba cómo entonaba la voz y después volvía a cantar la nota más aguda.

El club nocturno que yo estaba buscando se encontraba fuera de la calle principal, por una callejuela que apestaba a orina de gato. Me costó trabajo localizar la puerta, pero cuando lo hice me di cuenta de que no tenía pomo. Llamé y esperé. No sucedió nada. Me pregunté si habría otra entrada desde la calle principal. Lo comprobé, pero no había. Volví a la puerta y esta vez la golpeé con el puño cerrado. Tras un minuto, se abrió y me encontré cara a cara con una mujer con el cabello peinado en un moño en lo alto de la cabeza y una barbilla que se hundía hacia el cuello.

—Estoy aquí para la audición —le dije.

La mujer señaló con el dedo pulgar por encima del hombro. Una nube de tabaco hizo que me escocieran los ojos y tardé unos segundos en detectar las sucias paredes

pardas y las botellas alineadas en el mostrador. El club estaba lleno de hombres, solos o en pequeños grupos, apiñados sobre sus bebidas o juegos de cartas. Uno de ellos miró por encima del hombro y me frunció el ceño. Me volví y me encontré frente a lo que adiviné que era el escenario del local: unas cuantas tablas que se sostenían sobre un par de caballetes de aspecto frágil. La hondonada que había en el medio no me inspiraba ninguna confianza.

—¡Eh, René! —gritó la mujer a un hombre que estaba limpiando vasos tras la barra—. Tu artista está aquí.

El hombre abrió la barra sobre sus goznes y se aproximó hacia nosotras. Hice lo posible por no quedarme mirándole la barriga, que tensaba los botones de su camisa.

—En el sótano —susurró, echándome un aliento avinagrado en la cara—, la audición es allí.

Señaló un tramo de escaleras que descendía hacia una habitación poco iluminada. Si no hubiera estado tan desesperada por conseguir empleo y no me hubiera sentido tan desorientada en París, habría sentido el impulso de marcharme de allí en ese mismo instante. En su lugar, bajé a tientas las escaleras, presionando las manos contra las húmedas paredes. Cuando alcancé el último escalón, vi que toda la habitación tenía barriles alineados a ambos lados. Pensé que había bajado por unas escaleras equivocadas y entonces escuché una voz de hombre a mis espaldas.

—Ah, estás aquí.

Me volví. Sentado a un piano de pared había un anciano, tan polvoriento como el resto de la estancia.

—Deirdre se unirá a nosotros pronto —me dijo, mostrando una sonrisa llena de manchas—. Tú eres la única que se presenta esta noche.

El traslúcido rostro del hombre y sus labios exangües le daban un aspecto irreal: era como un fantasma encerrado en el sótano con su piano. De no ser por el sonido de una mesa cayéndose al suelo y por las voces de los hombres peleándose en el piso de arriba, que me hicieron volver a la realidad, no creo que hubiera sido capaz de pronunciar palabra.

—Tengo partituras —le dije, entregándole mis canciones.

Cogió las páginas que le di y las hojeó. Las estaba mirando al revés, pero aquello no pareció importarle.

—*Merde!* —Escuché el grito del propietario del local gritando en el piso de arriba.

—Muy bonito —comentó el anciano, devolviéndome las partituras—. Pero aquí tenemos nuestras propias canciones. Te cantaré la canción y luego la cantas tú, ¿vale?

Asentí.

El hombre mantuvo los dedos suspendidos sobre las teclas del piano durante un minuto antes de empezar a tocar. El piano estaba desafinado.

El rabo de mi perrito se menea,

tra la la la.
Mi casera me da la lata,
tra la la la.
Ahí está, la Torre Eiffel,
tra la la la.
Ah, París, ¿no es espectacular?

El hombre levantó las manos del teclado.

—¿Crees que puedes cantarla? —me preguntó, limpiándose la baba de la comisura de la boca—. Vamos a intentarlo. Canta conmigo.

Tocó la melodía otra vez. La canté con él lo mejor que pude mientras me retorció las manos a la espalda. El desconcierto se reflejaba en el titubeo de mi voz.

—Bonito. Muy bonito —dijo el anciano, sonriendo—. Pero ¿qué te parece si lo haces un poco más alegre? A nuestros clientes les gusta divertirse.

Alguien hizo pedazos una botella en el piso de arriba. Algo pesado cayó al suelo. Se oyeron pisadas en las escaleras. Unos segundos después, la mujer del moño, que asumí que era Deirdre, entró en el sótano.

—¿Ya está lista? —preguntó.

El anciano asintió.

—Tiene una voz muy bonita. Muy dulce.

Deirdre echó la cabeza hacia atrás y me fulminó con la mirada.

—¿Vas a llevar eso puesto?

Me llevé la mano al vestido que Camille me había regalado.

—Sí —tartamudeé, estupefacta al descubrir el disgusto con el que contemplaba mi mejor vestido. Era más bonito que el blusón que ella llevaba.

Se metió la mano en la manga y se sacó una tarjeta.

—Si consigues el trabajo, tendrás que ponerte un vestido negro. Aquí está el nombre de nuestro modisto.

Cogí la tarjeta y asentí. Carecía de experiencia como para conocer el chanchullo que se traían entre manos los cafés conciertos de dudosa reputación. Obligaban a las artistas ingenuas con aspiraciones a comprar trajes de modistos que le entregaban al dueño del café una comisión por compra.

—¿Te sabes nuestra canción? —me preguntó Deirdre.

El anciano dejó escapar una risa espeluznante.

—Sí que se la sabe. Lo bastante bien.

—Pues vamos entonces —dijo Deirdre, haciéndome un gesto para que la siguiera—. Si pasas la audición, podrás quedarte con las propinas que hagas esta noche. Recuerda, solo cuando yo abandone el escenario tú o una de las otras chicas subís. Yo soy la estrella.

—¿Las otras chicas? —pregunté mientras seguía al enorme trasero de Deirdre escaleras arriba. Había pensado que el club solo tenía tres cantantes.

Deirdre se volvió cuando llegamos al final de las escaleras.

—Si las chicas están ocupadas hablando con los clientes, te subes al escenario y cantas. Y si no, las dejas a ellas, que llegaron antes que tú. ¿Lo captas?

Asentí, aunque no estaba segura de haberlo «captado». Me latía el corazón con tanta violencia que me dieron ganas de vomitar. Caí en la cuenta de que mi audición tendría lugar delante del público.

Deirdre señaló cuatro banquetas que habían colocado sobre el escenario y me indicó que me sentara en una a la izquierda. Hice lo que me dijo, y deslicé el bolso y el abrigo debajo del asiento. Miré al público. Entre los hombres había ahora mujeres que observaban los juegos de cartas o tomaban a sorbos sus bebidas. El hedor a cuerpos sin lavar y a ropa rancia era sofocante. Un hombre con una cicatriz que le recorría todo el lateral de la cara le chilló al camarero para que le llevara una bebida. Cuando se la sirvieron, centró su atención en mí, recorriéndome con la mirada desde los pies hasta el pecho. Contemplé el cuadro de un cerdo que colgaba en la pared posterior para tratar de evitar su mirada. Por suerte para mí, dos chicas más se subieron al escenario y tomaron asiento en las banquetas a mi lado y el hombre de la cicatriz pasó a fijarse en ellas. Una de las chicas tenía el pelo castaño y granos en la barbilla. Sus ojos estaban hinchados, como si hubiera estado llorando. La otra tenía el pelo teñido de rubio y unas cejas negras le resaltaban sobre la frente. El anciano fantasmal salió del sótano y se sentó al piano junto al escenario. Pasó los dedos por las teclas. Por suerte, aquel instrumento sí estaba afinado.

Deirdre se remangó la falda y bamboleó sus enormes pechos. Se me cayó el alma a los pies en cuanto entonó la primera nota. Su voz era un cruce entre la de un papagayo y la de una cabra, y durante la mayor parte de la canción se adelantó un par de compases a la música del piano. Mientras, sacudía las piernas y meneaba las caderas. Nadie le prestaba demasiada atención, excepto el hombre de la cicatriz en la cara, que continuaba lanzando miradas lascivas.

Estalló una discusión en una de las mesas. Un hombre con una mancha en la pechera de la camisa se giró y le gritó a Deirdre:

—¡Cállate, vaca gorda! ¡Por tu culpa no me entero del juego!

Otro hombre que estaba sentado a una mesa cerca del escenario le escupió un hueso de aceituna a Deirdre. No le dio a ella, pero me rebotó a mí en la barbilla. Me limpié la cara, incapaz de ocultar mi repugnancia. Pero si a Deirdre le preocupaba la falta de respeto que le dedicaban los parroquianos por su papel de estrella del espectáculo, no lo demostró. Continuó cantando tres canciones más, incluida una estridente versión de *Valencia*, en la que también interpretó una especie de baile de meneos que me recordó a una paloma picoteando la comida del suelo. Después, hizo una reverencia y se bajó del escenario.

Agradecí que las otras chicas aún estuvieran sentadas en las banquetas. La de pelo castaño se levantó y cantó *Mon Paris* con una voz gutural que no era demasiado mala, excepto porque no lograba sostener el tono. Aquello mantuvo contentos a los

tahúres, mientras que el resto del público la ignoraba o le gritaba: «¡Canta más alto!». Incluso el hombre de la cicatriz en la cara dejó de prestarle atención para fijarse en una prostituta callejera de hombros anchos. La chica acabó su canción y se bajó del escenario, sentándose al lado del hombre que había escupido el hueso de aceituna. Él sonrió abiertamente, mostrando un hueco en donde debería haber tenido los incisivos, y le pasó el brazo por los hombros como alguien que estuviera tratando de sujetarle la cabeza a un perro rabioso.

Me volví hacia el escenario y me di cuenta de que la rubia no estaba allí —se había sentado en el regazo de uno de los jugadores de cartas— y de que el pianista me estaba haciendo gestos con la cabeza. Me bajé de la banqueta y me acerqué a la parte delantera del escenario. Me alisé el vestido y me aclaré la garganta. «El rabo de mi perrito se menea, tra la la la». Estaba tan aterrorizada que se me entumecieron las piernas y los brazos, y canté toda la canción sin moverme del sitio. Pero no me importaba fracasar en esa audición; lo único que quería era marcharme de aquel lugar con vida.

Cuando llegué al final del número, intenté regresar a mi banqueta, pero el pianista volvió a tocar la melodía otra vez y no tuve más opción que cantarla de nuevo. Para mi desgracia, todos los que no estaban jugando a las cartas se callaron y se volvieron a escucharme. «Ahí está, la Torre Eiffel, tra la la la». Mi voz sonaba como si no fuese mía porque estaba distorsionada por los nervios. Pero en comparación con las otras chicas, no cabía duda de que era buena. El hombre de la cicatriz en la cara aplaudió.

—¡Cántala otra vez! —me gritó.

Una mesa de gente que estaba compartiendo una botella de vino se unió al aplauso. Uno de los hombres dio un paso adelante y echó unas monedas en el bote que había sobre el piano. El resto de los hombres de su mesa hicieron otro tanto. René levantó la vista de la barra y guiñó un ojo. El pianista me susurró:

—Les gustas. Eres realmente buena.

Durante un momento, todo pareció ir bien. No quería volver a poner un pie en aquel antro, pero esa noche al menos ganaría dinero como para comprarme un vestido nuevo o una alfombra para el suelo. Canté otra vez la cancioncilla, pero esta vez con más atrevimiento, y elevé la voz para que sonara por toda la estancia.

Un hombre con la nariz rota que estaba jugando a las cartas se volvió y gritó:

—¿Alguien puede hacer que esa puta se calle? ¡No puedo pensar!

—¡Eso! —dijo su acompañante femenina arrastrando las palabras—. ¡Apesta!

—¡No tanto como tú, zorra! —le gritó el hombre de la cicatriz en la cara—. ¡Tú sí que apesta a pescado podrido!

Algunos integrantes del público se echaron a reír. El hombre de la nariz rota corrió hacia la barra y agarró al de la cicatriz por el cuello. Pero su víctima era demasiado rápida: antes de que el de la nariz rota pudiera estrangularlo, el de la cicatriz le propinó un puñetazo en el estómago. Después de ese, vinieron más golpes. Los amigos del de la nariz corrieron en su ayuda. El propietario retiró las botellas del

mostrador justo a tiempo. Los jugadores de cartas cogieron al hombre de la cicatriz y lo lanzaron por encima de la barra contra el espejo. Sus acólitos respondieron cogiendo sillas y estampándolas en las espaldas de los tahúres.

El pianista me sonrió y continuó tocando mi canción. Me quedé en la parte delantera del escenario por miedo a moverme. Algo puntiagudo me pinchó en el estómago. Miré hacia abajo. El hombre que había escupido el hueso de aceituna me estaba apretando una navaja contra las costillas. Tenía los ojos inyectados en sangre. Miré fijamente su boca cavernosa y sus labios de color rojo rubí. Estaba segura de que me iba a matar sin ninguna otra razón que por entretenerse un rato.

—Vete de aquí, puta —me dijo—. Graznas como un pájaro moribundo y no le gustas a nadie.

Proferí un chillido y traté de bajarme del escenario, pero mis pies no se movían del sitio. El hombre asestó una puñalada imaginaria con la navaja y aquel gesto me impulsó a moverme. Cogí el bolso y el abrigo, salté al suelo y corrí entre la multitud, esquivando las botellas y sillas que volaban por los aires. Salí corriendo por la puerta y continué por el bulevar, casi derribando a la gente, aterrorizada por escapar de allí. Solo me paré a recuperar el aliento una vez que hube alcanzado las intensas luces de la estación de *métro*.

De vuelta en mi glacial apartamento en Montparnasse, me tiré sobre la cama, me cubrí la cabeza con la almohada y me eché a llorar.

A la mañana siguiente, los acontecimientos de la noche anterior comenzaron a parecer una especie de sueño trastornado. Me imaginaba ante mí una sucesión de rostros grotescos con cicatrices, narices rotas, dentaduras melladas y gruesas papadas, y todavía sentía la afilada navaja presionando contra mi piel. ¿Realmente había ocurrido algo de todo aquello? Me resultaba difícil creer que un agente serio pudiera enviar a nadie a un local así, de tan dudosa reputación, por eso fui caminando hasta la Rue Saint Dominique con la intención de hacérselo saber a *monsieur* Etienne.

Para mi sorpresa, fue el propio *monsieur* Etienne, y no *mademoiselle* Franck, el que contestó a mi impaciente llamada al timbre.

—Bueno, ¿qué es lo que ocurre? —me preguntó, haciéndome pasar a la recepción—. Algo ha sucedido. Lo sé por la expresión de su rostro. Y además, no acudió usted a la audición de ayer por la noche.

—¡Claro que fui!

Monsieur Etienne arqueó las cejas y me hizo un gesto para que tomara asiento.

—¿Qué sucede, *mademoiselle* Fleurier? —me preguntó, cruzándose de brazos—. No se presentó usted a la audición en el Café des Singes ayer por la noche, y yo ya le había hablado de usted a la encargada. Me llamó esta mañana para preguntarme por qué no había aparecido usted.

—¡Pero si estuve allí! —insistí.

Le describí mi audición, incluyendo las banquetas y que solo nos iban a pagar mediante las propinas. *Monsieur* Etienne palideció cuando le conté que me habían amenazado con una navaja en las costillas.

—Nunca había oído una cosa semejante —exclamó, mirándome como si estuviera tratando de averiguar si estaba loca—. Nunca enviaría a una denta mía a un sitio como ese.

Lo interrumpió el sonido de la llave en la cerradura. *Mademoiselle* Franck entró tranquilamente en la habitación con una pila de correspondencia bajo el brazo. Estaba aún más chic que la primera vez que la había visto: llevaba un vestido de *georgette* con zapatos de piel de cocodrilo.

—¿Qué sucede? —preguntó, mirándonos alternativamente a *monsieur* Etienne y a mí.

Monsieur Etienne repitió lo que yo le había contado sobre la audición de la noche anterior y ella se quedó con la boca abierta.

—Pero, *mademoiselle* Fleurier —me dijo, haciendo un gesto con la mano, provocando que su fragancia de flor de azahar flotara por el aire—, el lugar que usted describe no se parece en nada al Café des Singes. *Monsieur* Etienne y yo conocemos a la encargada desde hace años. Regenta un establecimiento con mucha clase. Por eso pensamos que, con su voz, tendría posibilidades allí.

—¿Encargada? —repetí—. El club nocturno en donde estuve ayer por la noche tenía un encargado y un pianista. A menos que, por supuesto, se esté usted refiriendo a Deirdre.

—¿Deirdre? —*Mademoiselle* Franck frunció el entrecejo y se volvió hacia *monsieur* Etienne—. El nombre de la encargada es *madame* Baquet.

Rebusqué en mi bolso y saqué el programa de audiciones.

—Miren, aquí es donde fui anoche a las diez en punto. El encargado era un hombre. Se llamaba René.

Mademoiselle Franck me cogió el papel de las manos.

—¿El número doce? —murmuró, corriendo a su escritorio y consultando su tarjetero.

Encontró lo que estaba buscando y profirió un grito mientras sus mejillas se teñían de carmesí.

—*Mais non!* —exclamó, levantando en el aire una tarjeta—. El número de la calle del Café des Singes es el veintiuno. Las cifras estaban al revés. ¡Ha sido un error tipográfico!

—El número veintiuno está al otro extremo del Boulevard de Clichy —aclaró *monsieur* Etienne, pasándose la mano por la frente—. Parece que el sitio al que usted fue era un café concierto.

Nos quedamos allí, los tres, mirándonos unos a otros. El rostro de *mademoiselle* Franck se ruborizó aún más, incluso se le coloreó el dorso de las manos. Pensé en el pianista fantasmal, en Deirdre llamándose a sí misma «estrella», en la horrorosa

clientela y en los ojos enloquecidos del psicópata que me amenazó con la navaja. Allí no era donde tendría que haber estado. Seguramente había hecho la audición de una cantante que no llegó a presentarse. La coincidencia era tan horrible que resultaba graciosa: me eché a reír y no pude parar. Por un momento, mis preocupaciones por el dinero y el frío me parecieron absurdas. Traté de decir algo, pero *monsieur* Etienne tenía pintada una expresión tan perpleja en el rostro que me hizo doblarme de la risa.

—Ah —resopló *monsieur* Etienne, estirándose la chaqueta y tratando de restablecer el decoro—, *mademoiselle* Fleurier ojalá todo el mundo se tomara los errores con tanta afabilidad como usted. —Amagó una sonrisa—. No tengo ni idea de qué decir o de cómo disculparme. ¿Quizá podríamos mi sobrina y yo compensarla invitándola a comer?

Monsieur Etienne y *mademoiselle* Franck vivían en un apartamento dos edificios más abajo en la Rue Saint Dominique. La sirvienta nos recibió en la puerta.

—Tenemos una invitada para comer, Lucie —le anunció *monsieur* Etienne—. Espero que esto no le suponga un problema...

La sirvienta negó con la cabeza y alargó la mano para recoger nuestros abrigos y bufandas. Era joven, quizá solo tenía diecinueve años, pero sus codos estaban llenos de bultos y lucía un vientre rechoncho propio de una matrona.

Igual que la recepción de su despacho, el apartamento de *monsieur* Etienne era elegante pero de tamaño reducido. Nos lavamos las manos por turnos en un baño que era de las dimensiones de un armario, con la grifería de color malva y el papel de las paredes estampado con jacintos. Después pasamos por una sala, donde me miré un momento en un espejo y me desesperé ver lo despeinado que tenía el cabello a causa del viento, y finalmente llegamos al salón, donde las cortinas suavizaban la vista de una pared llena de tuberías.

—Hace calor aquí dentro —comentó *monsieur* Etienne abriendo la ventana, que emitió un crujido.

Con la estufa, la chimenea y el humeante festín que nos había preparado Lucie en la mesa, hacía bochorno dentro de la habitación, pero a mí me gustaba así. Era la primera vez en varios días que sentía que entraba realmente en calor.

Monsieur Etienne nos indicó que nos sentáramos mientras Lucie nos servía la sopa de una sopera. Había un cuadro detrás de él que me llamó la atención porque no casaba con la decoración formal del resto del apartamento. Representaba a un grupo de parroquianos saliendo del Moulin Rouge. Las líneas no eran rectas, los rostros estaban exagerados y los colores no eran realistas. Entonces no sabía lo bastante de pintura como para comprender demasiado sobre las dimensiones y la perspectiva, pero las personas de aquel cuadro parecían estar en movimiento. Casi podía oírlas charlar sobre el espectáculo que acababan de presenciar. *Monsieur* Etienne se dio cuenta de que lo estaba mirando.

—Ese es uno de los de Odette —explicó, señalando a *mademoiselle* Franck—. Sus padres viven en Saint Germain en Laye, que está demasiado lejos como para que acuda todos los días a sus clases de pintura, así que se queda aquí conmigo y me ayuda en el despacho.

—Me gusta —afirmé.

—Le he dicho a Odette que tiene que hablar con un marchante de arte que conozco —dijo *monsieur* Etienne—. Tiene talento.

Mademoiselle Franck se comió una cucharada de sopa.

—No me importa que mis cuadros no se expongan en galerías —comentó—. Lo único que me gusta es pintarlos.

—La ambición de mi sobrina es casarse —puntualizó *monsieur* Etienne, con un suspiro.

—Y la de mi tío es impedirlo —replicó *mademoiselle* Franck.

Ambos se rieron alegremente del otro.

El plato principal era pollo asado. La fragancia ambarina de la salsa de mantequilla se me fundió en la boca. Aquella era mi primera verdadera comida en París.

—¿Qué pasó en el Folies Bergère? —me preguntó *monsieur* Etienne cuando Lucie retiró los platos—. Sé que no consiguió usted el papel, pero ¿cómo fue la audición?

Le conté que *monsieur* Derval había dicho que yo no era lo bastante bonita para el Folies Bergère.

Monsieur Etienne encendió un cigarrillo y se recostó en su asiento.

—No —repuso, tras pensarlo durante un momento—. Usted es una hermosa muchacha con una bonita figura. A *monsieur* Derval no le entusiasman los estereotipos y usted tiene el toque exótico que le suele gustar incluir entre sus rubias y pelirrojas. Creo que esta vez su decisión ha tenido más que ver con que el espectáculo presentará a coristas inglesas con un aspecto muy particular. La enviaremos a las audiciones del próximo espectáculo y veremos qué pasa. Mientras tanto, tenemos que encontrarle un trabajo, ¿no es así?

—Creo que el Café des Singes será el sitio perfecto para usted —me dijo *mademoiselle* Franck, pasándome la crema para el café—. Le gustará *madame* Baquet. A todo el mundo le gusta.

—Está buscando a alguien que pueda cantar en el turno de las dos de la mañana un par de veces por semana —me explicó *monsieur* Etienne—. Con eso pagará usted el alquiler y podrá mantener ese trabajo incluso cuando consiga algo en el teatro. Muchas chicas lo hacen y ganan mucho dinero. Desgraciadamente, se lo gastan igual de deprisa.

Mademoiselle Franck puso los ojos en blanco.

—Mi tío siempre les dice a sus clientes que tienen que ahorrar un tercio de lo que ganen. A mí me hace lo mismo. Solo que yo no llego a ver ese tercio antes de que él

lo ingrese en un banco en Suiza.

Monsieur Etienne se encogió de hombros.

—Si es inteligente, usted hará lo mismo, *mademoiselle* Fleurier. La juventud, la belleza y la popularidad no duran para siempre. He visto demasiadas buenas mujeres utilizadas por los hombres y maltratadas por la vida acabando sus días en hoteles de mala muerte.

Recordé la primera vez que había visto a *monsieur* Etienne en mi camerino de Marsella. Entonces me había intimidado, pero ahora me di cuenta de que la opinión que me había formado sobre él no era correcta. Sentado en su comedor no resultaba tan imponente ni arrogante. *Mademoiselle* Franck tenía suerte de ser su sobrina, pues tenía todo lo que un buen tío debía tener: era sofisticado, sensato y amable.

—¿Qué tiene pensado cantar para su audición? —me preguntó *monsieur* Etienne.

Le hablé sobre las baladas de *Sherezade* y él negó con la cabeza.

—Eso es demasiado teatral para *madame* Baquet. Querrá algo más personal. ¿Qué más tiene?

Le expliqué que no tenía partituras. Me preguntó cómo había conseguido el papel de *Sherezade* y cuando le expliqué la historia de *Zephora*, abrió los ojos como platos por el asombro.

—No me había dado cuenta de que no tenía usted experiencia en audiciones. *Odette* y yo la acompañaremos a la audición en el *Café des Singes* cuando volvamos a fijarla. Mientras tanto, ella puede llevarla a comprar partituras. No se preocupe por el dinero. Podemos arreglarlo más tarde, cuando empiece a trabajar.

Comprendí que *monsieur* Etienne no entablaba amistad con todos sus clientes, era demasiado profesional para eso. Y aun así, cuando me sonrió y me estrechó la mano antes de que *mademoiselle* Franck y yo nos dirigiéramos a la puerta, noté que sí nos habíamos hecho amigos.

Mademoiselle Franck me llevó a una tienda de música en la *Rue de l'Odéon*. Compramos dos canciones populares a tres francos cada una, un par de canciones que se cantaban típicamente en los clubes y una de la cesta de descuentos en la parte trasera de la tienda. Hojeé las páginas amarillentas. La canción se titulaba: *Es a él a quien amo*.

—Puede arreglarla usted como quiera y darle su toque personal —me explicó *mademoiselle* Franck, entregándole las partituras al dependiente y abriendo su monedero.

Miré la letra de la canción.

Es a él a quien amo,
aunque está lejos.

Es a él a quien amo,

pero debería vivir al día

Había asimilado con mucha facilidad los superficiales números de *Sherezade*, pero me preguntaba si iba a ser capaz de cantar convincentemente sobre corazones rotos cuando nunca me había enamorado ni desenamorado.

—¿Cómo de rápido cree usted que puede aprendérselas? —me preguntó *mademoiselle* Franck cuando salimos a la calle.

—Puedo aprenderme las letras hoy mismo —le respondí—, pero ¿cómo me las voy a apañar con la melodía? No sé leer música.

—La mayoría de nuestros cantantes no saben —replicó *mademoiselle* Franck, ajustándose la bufanda y poniéndose los guantes—. En el apartamento debajo del nuestro vive un profesor de piano. No nos quejamos por el ruido que hacen sus estudiantes y a cambio él les hace descuento a nuestros clientes para sesiones de práctica. Le reservaré una cita con él si lo desea.

Mademoiselle Franck sugirió que nos tomáramos un chocolate caliente en el café contiguo a la tienda de música. El establecimiento estaba abarrotado de gente y tuvimos que abrirnos paso entre piernas y codos para llegar hasta una mesa cerca del mostrador. Me fijé en el modo en el que los hombres miraban a *mademoiselle* Franck: no era la manera lujuriosa en la que observaban a Camille, sino que le dirigían miradas de admiración. Era muy bonita a la vista, su manera de andar era bonita, su voz era bonita... Estar con ella me daba ganas de ser bonita yo también.

Aquel café era un lugar modesto, con paredes blancas y suelos pulidos. Los únicos elementos decorativos eran las ornamentadas cúpulas de cristal que cubrían los pasteles y dos lámparas de araña de bronce que colgaban del techo.

—Ambas tienen diferentes diseños grabados en el cristal —observó *mademoiselle* Franck, mirando con ojos entrecerrados los cristales esmerilados de las lámparas—. La que tenemos encima tiene un dibujo de olivos y la otra es de guirnaldas.

—Tiene usted razón —asentí, impresionada por su ojo para el detalle. Yo no habría notado la diferencia si ella no me lo hubiera indicado.

Pensé en la canción que habíamos comprado. «Es a él a quien amo, aunque está lejos. Es a él a quien amo, pero debería vivir al día».

—¿Ha estado usted enamorada alguna vez, *mademoiselle* Franck? —le pregunté. Se ruborizó.

—Ahora lo estoy —me respondió, presionando las palmas de las manos contra sus mejillas para enfriarlas—. Se llama Joseph. Trabaja en una tienda de muebles de lujo. Antigüedades, maderas raras, ese tipo de cosas.

Pensé en la conversación telefónica que había escuchado el primer día que estuve en el despacho y le sonreí.

—O sea, que él también tiene cualidades artísticas, como usted, ¿no?

Mademoiselle Franck bajó la mirada, amagando una sonrisa.

—A ambos nos gustan las cosas hermosas, aunque Joseph no tiene dinero. Dice

que debemos esperar hasta que abra su propio negocio antes de que podamos casarnos. —Levantó la mirada, frunciendo el ceño con expresión preocupada—. Por eso debe prometerme que no se lo contará a mi tío, *mademoiselle* Fleurier —me dijo, cogiéndome de la mano—. Joseph es un buen muchacho judío y no hay razones para que mi tío no lo apruebe. Pero a veces se comporta como un esnob y Joseph no es ningún intelectual. Tenemos que esperar hasta que llegue el momento oportuno, o si no mi tío pondrá a mis padres en nuestra contra.

«Esto debe de ser amor verdadero —pensé—: Cuando eres capaz de percibir los defectos de la otra persona, pero la quieres de todas maneras». Yo a mi vez también le apreté la mano.

—No lo mencionaré mientras usted no lo haga —le prometí.

El camarero anotó nuestro pedido y unos minutos más tarde volvió con nuestros chocolates calientes. Aspiré el aroma almendrado que ascendía flotando desde la cremosa superficie y sorbí el líquido aterciopelado con tanto placer como un gato lamiendo un platillo de leche.

—Estoy segura de que lo hará usted muy bien en el Café des Singes —me aseguró *mademoiselle* Franck, removiendo su chocolate—. Mi tío suele tener buen criterio sobre las posibilidades de triunfo de sus clientes. Le juro que lo hace todo por intuición más que por lógica, aunque él le dirá lo contrario. Él siempre dice que independientemente de lo brillante que alguien parezca ser en la superficie o de lo buena que sea su voz, en el fondo tienen que ser trabajadores y tomarse las cosas con seriedad. En todo caso, así es como la describió a usted.

Sonreí. Nunca me habían descrito como «trabajadora y seria» cuando vivía en la finca. Quizá por fin había encontrado mi vocación.

—El público del Café des Singes es sofisticado —continuó *mademoiselle* Franck—. Algunos franceses y muchos extranjeros. Pero no turistas. La mayoría son escritores estadounidenses, fotógrafos alemanes y pintores rusos. Esperarán mucho de usted, pero le darán su apoyo a cambio.

Le expliqué que solo había conocido dos tipos de público: los pertenecientes a la alborotadora clase trabajadora marsellesa y el público que había tenido la desgracia de padecer durante la audición de la noche anterior.

—No estoy segura de ser lo bastante refinada como para el Café des Singes —le confesé.

—¡Oh, pues claro que lo es! —replicó *mademoiselle* Franck, dejando sobre la mesa el vaso—. Mucho más de lo que usted piensa. Pero me gustaría hacerle una sugerencia, si no le importa.

—No me importa en absoluto —le aseguré.

—Tiene usted unos ojos y unos pómulos preciosos, pero su belleza queda reducida por culpa de su peinado. Creo que debería llevar el pelo corto. Sería mucho más chic y a *madame* Baquet le encantaría.

No podía pasar por alto un consejo de belleza de alguien tan elegante como

mademoiselle Franck.

—Sí, debería —le dije—, pero no tengo aquí a nadie que me lo corte. Mi madre solía arreglarme el pelo en casa.

Mademoiselle Franck negó con la cabeza.

—Tiene usted que acudir a una peluquería profesional. No querrá acabar pareciendo un muchacho. Puedo llevarla a mi salón de belleza, si lo desea. Podemos ir ahora mismo.

Cogimos el *métro* en Tuileries y, aunque el aire que soplaba era glacial, caminamos por la Place Vendôme porque *mademoiselle* Franck insistió en que debía verla. La enorme plaza estaba rodeada de edificios con frontones y columnas clásicos. *Mademoiselle* Franck me dijo las marcas de los automóviles aparcados alrededor de la Columna Vendôme en el centro de la plaza:

—Ese es un Rolls-Royce, ese, un Voisin, y ese otro es un Bugatti. —Después me cogió del brazo y señaló el escaparate de una joyería—. ¡Mire eso! —exclamó.

Casi se me salieron los ojos de las órbitas cuando vi el busto de terciopelo engalanado con diamantes: ¡diamantes de verdad! Diminutos focos se reflejaban en un espejo detrás del busto y aumentaban el efecto ilusorio de las joyas. Junto a la joyería había un modisto. Los maniqués del escaparate llevaban puestos vestidos de *crêpe de Chine* con mangas ajustadas y botones dorados.

—Ese de ahí es el hotel Ritz —me explicó *mademoiselle* Franck, señalando un suntuoso edificio a la izquierda de la plaza.

La opulencia de todo lo que me rodeaba me produjo pánico.

—*Mademoiselle* Franck, no creo que pueda permitirme un corte de pelo en su peluquería.

—Por favor, llámame Odette —me respondió, entrelazando su brazo con el mío y tirando de mí—. Yo invito al corte de pelo. Quería que vieras Vendôme porque aquí es donde comprarás cuando seas rica y famosa. Cuando actúes en el Casino de París, podrás devolverme el favor.

El salón de belleza de *madame* Chardin estaba en la Rue Vivienne. Aunque no era la Place Vendôme, solo con ver los adornos dorados y el mostrador de recepción de mármol comprendí por qué *monsieur* Etienne retenía un tercio del sueldo de Odette. Las dientas no estaban agrupadas, como los hombres en las barberías. Cada mujer se ubicaba en un cubículo individual creado con pantallas de seda japonesa. Alcancé a ver a una dienta con un perro pequinés sobre el regazo y la cabeza llena de rulos. En el cubículo contiguo una chica vestida con un uniforme blanco le estaba haciendo un peinado ahuecado alto a otra mujer.

—¡*Bonjour*, *mademoiselle* Franck! —saludó una mujer que llevaba un vestido marrón con un broche de perlas con forma de pavo real.

Caminó lentamente por el suelo embaldosado y saludó a Odette besándola en las

mejillas. La mujer tenía cerca de cuarenta años con el cabello castaño liso dividido por una raya desde la frente y la longitud de su melena aumentaba gradualmente desde la nuca hasta la barbilla.

—*Bonjour, madame* Chardin —le contestó Odette—. Quiero que haga usted algo maravilloso con el pelo de mi amiga.

Madame Chardin me contempló fijamente. Al lado de Odette, yo debía de tener un aspecto lamentable con mi vestido provinciano y mi abrigo desgastado, pero *madame* Chardin tuvo la consideración de no demostrarlo.

—Por supuesto —dijo, dando una palmada—. Lo puedo hacer yo misma porque en este momento estoy libre.

Madame Chardin nos condujo hasta un cubículo en el extremo final del salón. Se puso una bata blanca de peluquera y colocó varias botellas y peines en una bandeja. La contemplé con curiosidad. La mayoría de las mujeres de su edad empezaban a adquirir aspecto de matronas, pero gracias a su estilizada figura y su actitud efervescente, *madame* Chardin mantenía un aire juvenil. Odette tomó asiento mientras *madame* Chardin me colocaba en una banqueta. Cogió un peine y lo introdujo en mi cabello enredado. En lugar de sorprenderse porque fuera ingobernable, *madame* Chardin pareció sentir una emoción creciente con cada mechón que me desenredaba. Probablemente no se le solían presentar desafíos como este muy a menudo. Yo debía de ser para *madame* Chardin lo que África representaba para un explorador.

Cuando terminó de peinarme, me echó el pelo hacia atrás, dejándome la cara despejada, y trazó una silueta en el espejo con el dedo.

—Buenos pómulos —murmuró—. Una boca bonita y una mandíbula fuerte. No nos interesa algo demasiado corto. Lo que necesita es un leve flequillo y algunos rizos para enmarcar el rostro.

—¡Exacto! —animó Odette, inclinándose hacia delante en su asiento y estrechándose las rodillas.

Madame Chardin seleccionó unas tijeras y cortó mechones de aproximadamente veinticinco centímetros de longitud, echándolos en una cesta a sus pies. Tragué saliva al darme cuenta de lo que me estaba sucediendo. Ni siquiera recordaba haber llevado el pelo corto nunca. Si aquel estilo resultaba ser un desastre, no tenía idea de cuánto tardaría en volver a crecerme.

—Tienes un color intenso —comentó *madame* Chardin—. Mi marido tuvo una vez un caballo de carreras que...

Tintineó la campanilla del mostrador de recepción y una voz retumbó por todo el establecimiento.

—¿Puede alguien ocuparse de mi pelo? Tengo prisa.

Nos volvimos para ver a una muchacha que estaba junto al mostrador de recepción. Llevaba un sombrero cloché, un vestido malva con enormes flores tropicales bordadas en él y unos zapatos brocados. Una de las ayudantes de *madame*

Chardin saludó a la mujer y la condujo a un cubículo.

Madame Chardin continuó cortándome el pelo, pero se inclinó hacia nosotras para susurrarnos:

—Me gustan esas chicas estadounidenses. Siempre dicen lo que piensan y se divierten mucho. Pero, *oh la la!*, ¡no tienen ni la menor idea de cómo vestir!

—Tantos colores sobre una muchacha tan corpulenta no resultan favorecedores —asintió Odette.

—Esperemos que nadie la confunda con un sofá —dijo *madame* Chardin y guiñó un ojo—. Bueno, yo no aprendí a vestir correctamente hasta que me casé.

—Cuéntele a Simone la historia de *mademoiselle* Chanel —le instó Odette.

Madame Chardin estiró mi cabello entre sus dedos.

—Cuando mi marido y yo nos mudamos de Biarritz para abrir mi salón aquí, me ponían nerviosa las mujeres parisinas y estaba desesperada por agradarles. Una de mis primeras dieras fue *mademoiselle* Chanel, la *couturière* cuya *boutique* está a la vuelta de la esquina en la Rue Cambon. Fue una de las primeras mujeres que se arregló el pelo para llevarlo corto y acudió a mi salón porque sus dieras de Biarritz le habían dicho que yo era buena.

»Un día, llegó con un humor de perros porque había discutido con unas de sus compradoras. No le gustó el cubículo en el que la empecé, se quejó de que mis manos estaban demasiado frías, de que la silla estaba demasiado baja y de que le hacía daño en la espalda. Mientras ella se encontraba en el secador, tuve que escabullirme y beber un sorbo de *fine á l'eau* para lograr que mis manos dejaran de temblar. Cuando volví, estaba despotricando sobre lo horrosas que eran las estadounidenses vistiéndose y sobre que no se les podía enseñar nada. “Nosotros somos el país de la circunspección —se quejó—. Y ellos exageran en exceso”.

»Aquel día, al saber que vendría *mademoiselle* Chanel, me había puesto mi mejor vestido y creía que tenía un aspecto *tres chic*. No me puse la bata de peluquera, como normalmente hago, porque quería impresionarla. Con el mal humor que tenía, no se dio cuenta de nada, así que traté de seguirle la corriente y le pregunté: “¿Y cómo vestiría usted a las estadounidenses, *mademoiselle* Chanel?”.

»Se puso en pie de un salto y me quitó las tijeras de las manos, con los ojos echándole chispas. Durante un terrorífico momento pensé que había perdido la cabeza y que me iba a cortar el pescuezo. Dirigió las tijeras hacia mí y le pegó un tijeretazo a los adornos del cuello de mi vestido. Después, antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, cortó el encaje de la cintura y los volantes de las mangas. Lo único que me dejó fue el ramillete de gardenias que llevaba en la solapa. Me había arruinado un vestido de cuatro mil francos.

»“Ya está —dijo, haciendo caso omiso de las lágrimas en mis ojos—. Quite siempre de en medio, redúzcalo todo. ¡No añada! Las estadounidenses siempre llevan demasiado de todo”.

—¡Pero qué espanto! —exclamé, incapaz de imaginarme qué aspecto tendría un

vestido de cuatro mil francos—. ¡Qué mujer más horrorosa! ¿Le pidió usted que le pagara el vestido?

—*Ma chérie* —respondió *madame* Chardin, echándose a reír—, aquella fue la mejor lección que me dieron en mi vida. Los complementos no deben tener otro propósito que resaltar la sencillez.

Miré fijamente a *madame* Chardin. Estaba hablando un idioma que yo no entendía.

—Yo pensaba que los complementos eran para hacer que las cosas fueran bonitas.

—Mire esto —dijo *madame* Chardin, dando un paso atrás y abriéndose la bata para mostrarnos su vestido y su elaborado broche—: El corte tiene que ser simple y perfecto. Después se elige algún complemento de manera que destaque, como un diamante o un trozo de terciopelo. Las estadounidenses nunca se deciden entre un par de zapatos rojos, un collar de perlas africanas o una pulsera de jade..., ¡sino que se lo ponen todo junto! Sin embargo, para tener estilo, hay que saber dónde parar. Elija un complemento, ¡solo uno! Ese es el secreto para tener un aspecto chic.

Cuando *madame* Chardin terminó de cortarme el pelo, calentó un rizador e hizo ondas en los bucles que me salieron a los lados y en las puntas. Contemplé mi reflejo, incapaz de asimilar la transformación. Me sentía aturdida, pero satisfecha. Me imaginé a mí misma bebiendo *café crème* en la Rotonde. Podía ir a cualquier sitio de París con un peinado así.

—¡Dios mío! —exclamó Odette—. ¡Estás despampanante! ¡Espera a que te vea mi tío!

En el exterior, el cielo se había encapotado y estaba empezando a caer aguanieve.

—Cogeremos un taxi —dijo Odette, haciendo un gesto con la mano para llamar a uno.

El coche se detuvo y me subí a él después de Odette.

—A las Galerías Lafayette —le dijo Odette al conductor.

—¿Por qué vamos a las Galerías Lafayette? —le pregunté.

Odette puso los ojos en blanco.

—A buscar el vestido nuevo que necesitas para que vaya a juego con tu peinado.

Si algo quedó claro aquel día fue que Odette y yo éramos tal para cual en cuanto a la falta de sentido práctico. Yo vivía en una habitación sin calefacción y con un fino colchón. Necesitaba una alfombra en el suelo y cortinas en las ventanas para evitar que entrara si frío exterior o pronto me moriría de una pulmonía. Pero, en lugar de eso, pagué todo el dinero que tenía por un vestido negro, sabiendo que si se lo hubiera enseñado a mi madre y a tía Yvette habrían contemplado su corte recto, el cuello de pico, el terciopelo de las mangas y la elegante tela de *crêpe de Chine* y me habrían preguntado: «¿De quién es el funeral?».

La entrada del Café des Singes era una puerta a nivel del sótano bajo una tienda de camas. Presioné el timbre y esperé a que me respondieran, mirándome el pelo en el reflejo de la placa de cobre. Nadie respondió, así que llamé al timbre de nuevo. Como seguían sin abrirme, giré el pomo de la puerta y me sorprendió comprobar que estaba abierto.

—¿Hola? —exclamé, empujando la puerta y mirando hacia la oscuridad.

Vacilé junto a la maceta de una palmera y arrugué la nariz: el aire estaba congestionado por un deje de olor a tabaco, menta y anisete. El único foco de luz natural provenía de unos paneles esmerilados a cada lado de la puerta, y el decorado del club de moqueta marrón, sillas de cuero y paredes de planchas de madera conspiraba para absorber la poca iluminación que los paneles de cristal proporcionaban. El club era lo que se denominaba una *boîte de nuit*: tenía una barra sin banquetas arrinconada en una zona y un espejo recorría la pared de detrás de la barra. En la esquina opuesta a la puerta estaba la plataforma del escenario y un piano. Dispersas frente a ella había un par de mesas para grupos de seis y una docena de mesas para dos. Más allá de las mesas vi una puerta giratoria que supuse que conducía a la cocina. Hablé en aquella dirección:

—¿Hola?

Había un cartel que informaba a los clientes de que, aunque se pudiera consumir comida y bebida durante las actuaciones, solo se admitían pedidos durante los descansos entre números. Claramente, aquel era un club en el que se respetaba a los músicos. Me pasé la lengua por los labios, contenta y nerviosa a la vez. *Monsieur Etienne* debía de estar tomándose muy en serio para sugerir que hiciera una audición allí. Esperaba no decepcionarle.

Había un menú sobre una mesa. Le eché un vistazo. «*Cassoulet*: 15 francos». Me quedé boquiabierta. Yo había pagado tres francos por una comida completa con pan, *cassoulet* de cordero y vino en el café para estudiantes. Me alisé el vestido, contenta de que Odette me hubiera hecho comprarlo, y me estremecí al pensar que podría haber acudido con mi viejo vestido a un lugar en el que la gente pagaba quince francos por un solo plato.

Examiné el menú otra vez: «*Pâté de foie gras truffé*: 25 francos; *coq au riesling*: 20 francos». Mi estómago emitió un gruñido. Abrí la solapa y vi que había otro menú en el interior. «*Menú Américain*. Asado de ternera: 15 francos; pollo frito: 16 francos».

Una voz de mujer bramó en la oscuridad:

—¿Tienes hambre?

Levanté la vista. La mujer se encontraba junto a la puerta de la cocina, ataviada

con una larga falda de tubo adornada con lentejuelas. Se mantenía plantada en el suelo sobre unas piernas firmes, con tacones tan altos como largos eran sus pies. Llevaba el cabello rojizo corto a la altura de unos marcados pómulos y remataba el peinado con una cinta del pelo adornada con cuentas.

—Sí. Quiero decir... ¡No! —tartamudeé, dejando caer el menú.

La mujer me dedicó una sonrisa ladeada.

—Pronto te alimentaremos —me aseguró, con un tono socarrón pero bienintencionado—. Cuando Eugene termine de atiborrarse en la cocina, escucharemos tu canción.

Por su risa áspera y su presencia imponente, supe que tenía que ser *madame* Baquet. Me dijo que me quitara el abrigo y me sentara en una mesa. Se sentó al lado contrario y la silla crujió bajo su peso.

—¿Has visto algo que te guste? —me preguntó, señalando el menú.

Aunque era la carta más lujosa que había visto en mi vida, me pudieron los nervios. Lo único que acerté a decirle fue que una tortita estaría bien.

Eché la cabeza hacia atrás y emitió una carcajada que resonó por toda la habitación.

—Tendríamos que ir al otro lado de la calle para conseguir una de esas. ¿Cuántos años tienes? Eres más joven de lo que yo pensaba.

Por un segundo consideré la posibilidad de mentir, pero me lo pensé mejor. *Madame* Baquet era demasiado perspicaz para eso. Decirle la verdad era lo más adecuado.

—Tengo casi dieciséis —respondí.

—Un bebé, justo lo que yo pensaba. —Emitió con la lengua un sonido parecido a una risa ahogada—. Ha pasado mucho tiempo desde que yo tuve tu edad. Y aun así, *monsieur* Etienne dice que eres excepcional, y si alguien sabe lo que significa esa palabra está claro que es él.

De la cocina surgió un estruendo de sartenes cayéndose al suelo. *Madame* Baquet se giró sobre sí misma y gritó:

—¡Eugene! ¿Vienes ya o solo estás destrozando el establecimiento?

—¡Ya voy! —contestó una voz de hombre desde detrás de la puerta giratoria.

Sonó el timbre y *madame* Baquet se levantó para abrir la puerta. Sentí alivio al ver a *monsieur* Etienne y a Odette, que esperaban en el rellano.

—*Bonjour!* —les saludó *madame* Baquet—. Justo estaba charlando con su cantante. Eugene está esforzándose por provocarse una indigestión en la cocina, pero saldrá en un minuto.

Poco después de que *monsieur* Etienne y Odette me saludaran, la puerta de la cocina se abrió bruscamente sobre sus goznes y un hombre negro entró a toda prisa en la estancia mientras se limpiaba la boca con una servilleta. La arrojó sobre una de las mesas.

—¡Hola! —saludó, alargando una mano pegajosa y cogiéndome la mía—. Qué

señorita tan hermosa es usted. ¡Vaya! ¡Su cara expresa alegría por todos los poros!

Le estreché la mano a *monsieur* Etienne y dijo algo que no entendí porque mezcló palabras en inglés con sus frases en francés. Por la claridad cristalina de su voz, supuse que era estadounidense.

—*Parlez-vous anglais?* —me preguntó, al percibir mi confusión.

Por supuesto yo no hablaba inglés, pero como todos los demás parecían entenderle y yo estaba ansiosa por agradar, le contesté:

—Un poco. Sé decir *yawl* y *schure*.

Hice lo que pude por imitar los acentos anglófonos que había oído durante mi primera noche en Pigalle.

Madame Baquet estalló en carcajadas y golpeó con la mano abierta la mesa. Eugene me dedicó una sonrisa picara y puso los ojos en planeo.

—¡Qué chica tan graciosa, *monsieur* Etienne! —comentó *madame* Baquet—. Me gustan lindas y graciosas, y si ha traído su propia música, creo que lo mejor que podemos hacer es oírla cantar.

Seguí a Eugene al piano. Se limpió los dedos en los pantalones y re cogió las partituras.

—¿Son todas canciones en francés? —preguntó mientras las hojeaba—. Qué bien. Sí, ya tenemos a alguien que canta en inglés, a otra que canta en alemán y a otra que canta en francés. Deberíamos cambiarnos el nombre y ponernos *Café des Singes Internationales*.

Esta vez sí entendí el chiste y me eché a reír. Estaba empezando a darme cuenta de que en el *Café des Singes* había muy buen tumor.

Eugene cogió la partitura de *Es a él a quien amo*. Me alegré de que hubiera elegido aquella porque era la canción que más habíamos practicado el pianista y yo. El pianista había insistido en que para una *boîte* la proyección de la voz era igual de importante que las capacidades técnicas. Yo había resuelto el problema de no haberme enamorado nunca pensando en mi padre cuando cantaba la canción. Quizá no entendía qué significaba el amor, pero sí comprendía bien el sentimiento de pérdida.

Es a él a quien amo,
aunque está lejos.
Es a él a quien amo,
pero debería vivir al día

Las manos de Eugene recorrieron el teclado. Durante un momento, me quedé hipnotizada por su movimiento: era tan fluido y sus notas tan ágiles y ligeras... Por suerte, recuperé la concentración lo bastante rápido como para no perderme la primera estrofa. Desde el momento en que entoné la primera nota, supe que tenía a *madame* Baquet de mi parte. Mientras yo cantaba, no se pudo quedar quieta. Se removía en su asiento y daba golpecitos con los pies, contemplándome todo el tiempo

con una mirada emocionada y llena de asombro. Cuando terminé la canción, todo el mundo aplaudió. *Monsieur Etienne* y *Odette* sonrieron de oreja a oreja, muy orgullosos de mí.

—¡Cántanos otra! —pidió *madame Baquet*—. ¡Nos has dejado con ganas de más!

Eugene comenzó a tocar otro número: *La bouteille est vide. La botella vacía*. Hablaba sobre un hombre al que le gustaba tanto el champán que bebía hasta arruinarse la vida: la cínica letra contradecía la optimista tonadilla. Eugene la tocó más deprisa de lo que yo la había ensayado e hice lo posible por seguirle el ritmo. *Madame Baquet* la tarareó al principio y después comenzó a cantarla con una voz ronca cuando se aprendió la letra. Pasaba de cantar conmigo a discutir mi contrato con *monsieur Etienne* y de vuelta a la canción sin transiciones.

—*Monsieur Etienne*, necesito que redacte un contrato esta misma tarde. No quiero que ningún otro club se quede con esta chica. Puedo empezar por pagarle ochenta francos por dos actuaciones a la semana más propinas. Y le daré una buena comida después de cada espectáculo para engordarla un poco.

Seguí cantando aunque sentí que estaba a punto de desmayarme en el sitio. ¿Ochenta francos por dos actuaciones a la semana más propinas? Calculé que, si vivía frugalmente, me costaría como mínimo cuatrocientos francos al mes el alquiler, las comidas y los billetes de *métro*. Suponiendo que pudiera doblar lo que *madame Baquet* me pagara con propinas y descontando la tarifa de intermediación de *monsieur Etienne*, ¡lograría reunir casi quinientos francos por solo dos noches de trabajo! Continué cantando la canción, mareada por los pensamientos de qué me compraría con el dinero restante, pasando por alto por completo la ironía de la letra o la advertencia que contenía: «Cuanto más consigues, más quieres; quieres más y más, y luego todo se va».

Aunque normalmente no se me exigía llegar al *Café des Singes* hasta la una y media, *madame Baquet* sugirió que me presentara antes la primera noche.

—Así podrás ver a *Florence* y a *Anke* y conocer un poco el local —me dijo.

Cogí un taxi en el *Boulevard du Montparnasse*, contenta de no tener que tomar el *métro* solo para ahorrar dinero. Cuando el conductor se detuvo frente al *Café des Singes*, me sorprendió la diferencia peí ambiente que había visto allí durante el día. El cierre metálico de la tienda de camas estaba echado y los focos parpadeaban alrededor de la entrada del club. Un hombre con un abrigo y un sombrero de terciopelo trabajaba de portero.

—Está tan lleno como una lata de sardinas, *mademoiselle* —me advirtió, con un acento ruso que pronunciaba las erres casi con más intensidad que el trémolo de *Zephora*—. ¿Está usted sola?

Le expliqué quién era y me dejó pasar al interior. Lo único que pude ver al principio fueron las espaldas de la gente apiñada en el vestíbulo, que esperaba para conseguir una mesa o simplemente un poco de espacio.

—Disculpe —le dije a un hombre que todavía llevaba puestos el abrigo y los

guantes.

Hizo una mueca y yo pensé que se había enojado conmigo, pero me di cuenta de que estaba abriendo hueco con el codo para levantar el brazo y dejarme pasar. El club estaba lleno y la mayoría de los clientes se habían quedado de pie. En el escenario había una mujer menuda que cantaba un número de *blues* en inglés. Su voz vibraba al igual que su oscurísima piel bajo los focos. *Madame* Baquet, con un vestido de flecos blancos y una pluma en la cabeza, estaba flirteando con un joven que llevaba un monóculo. Me vio y me saludó con la mano, aunque no podíamos aproximarnos la una a la otra por la multitud. Señaló una banqueta junto al piano y comprendí que tenía que sentarme allí. Me abrí paso en zigzag a través de la gente y dejé escapar un suspiro de victoria cuando alcancé la banqueta y me dejé caer sobre ella. Me sorprendió ver que el pianista, que yo esperaba que fuera Eugene, no era en absoluto él. Era negro y delgado con los mismos ojos protuberantes, pero más joven.

La cantante, que supuse que era Florence, entonaba sus canciones con los párpados firmemente cerrados y con un mohín en los labios, pero acababa cada canción e introducía la siguiente con una radiante sonrisa de dientes blancos. No entendía ni una palabra de lo que decía, pero, cuando cantaba, su voz rebotaba contra las paredes y su vibración me traspasaba.

Cuando terminó su actuación, el público aplaudió y mostró su admiración echándole billetes en el bote de las propinas. La multitud se agolpó contra la barra del bar para pedir la siguiente ronda de bebidas. Pensé que eran franceses cuando escuché el alegre parloteo. Prácticamente todos lo eran. Me pregunté dónde estarían los estadounidenses.

Eugene salió de la cocina con una bandeja en equilibrio sobre el hombro y sirvió platos de *pâté de foie gras* y cócteles de gambas a una mesa junto al piano. Se percató de mi presencia y me guiñó un ojo.

—Este es mi hermano Charlie —me aclaró, señalando con la barbilla al joven del piano—. Nos turnamos para atender las mesas y tocar. Así descansamos. ¿Quieres algo?

Negué con la cabeza.

—No me gusta comer antes de cantar.

Asintió, acariciándose el estómago.

—Es lo bueno de ser pianista: puedes comer siempre que quieras.

Aunque es cierto que Vera me había dicho que un cantante no debía cantar con el estómago lleno, que no quisiera comer tenía más que ver con los nervios. Me había sentido cómoda cantando en la audición, pero tan pronto como me metí en el taxi de camino al club me sobrevinieron una serie de temblores y sudores. Ver a aquel sofisticado público tan de cerca no ayudaba. ¿Sería lo bastante buena para ellos? ¿Qué esperaban de mí? Claramente, yo no cantaba tan bien como Florence, cuya encantadora voz lograba entonar cualquier nota sin desafinar. Por lo menos, de momento yo aún no podía. Me pregunté si el estómago revuelto, las náuseas y la

tirantez que sentía en la garganta desaparecerían cuando me convirtiera en una artista experimentada o si tendría que convivir eternamente con todo aquello.

Madame Baquet interpretó una estrafalaria canción sobre un hombre cuya amante lo sorprende tratando de seducir a su madre y después anunció que los clientes debían pedir sus bebidas y ponerse cómodos porque era hora de que «la fabulosa Anke» subiera al escenario. «Esta es la alemana», pensé.

Un hombre vestido de frac con un sombrero de copa se abrió paso entre la multitud para subir al escenario. El foco le iluminó la espalda. Charlie tocó la primera nota y el hombre se giró sobre sí mismo. Yo parpadeé. Tenía la piel lisa y los ojos azules maquillados con perfilador negro. El cantante era en realidad una mujer. Había adquirido un aspecto masculino peinándose su corto cabello hacia atrás y por el modo en el que se movía por el escenario. Se oyó un murmullo que provenía del público y la mujer comenzó a cantar. Su voz era tan andrógina, discordante y extraña como su aspecto. Apoyó el rostro sobre las manos ahuecadas, moviendo rápidamente unas uñas pintadas de verde que eran como garras. Hice una mueca. Su actuación resultaba perturbadora. Las palabras en alemán que pronunciaba se alargaban interminablemente como arañas: *Vernichtung. Warnung. Todesfall*. Tras la tercera canción, sentí una comezón por toda la piel y apenas pude mantenerme quieta en el asiento. Y, sin embargo, el resto del público estaba hechizado: no se oía ni el tintineo de un vaso, ni un murmullo, ni una tos.

Cuando Anke terminó, no saludó ni agradeció los aplausos de sus espectadores. Bajó rápidamente del escenario y se abrió paso a empujones hasta la puerta, como si la hubieran enojado. Cuando no volvió para aceptar sus propinas, el público se puso en pie y aplaudió frenéticamente, y yo me quedé preguntándome qué podría hacer para igualar su actuación.

Hubo una oleada de actividad alrededor de la chica del guardarropa, que estaba metida en una cabina no mucho más grande que un armario. Las mesas se vaciaron, igual que el espacio alrededor de la barra. «Nadie se queda a ver mi actuación», pensé. No me lo podía tomar de manera personal. Yo apenas tenía «un nombre» en París y el público probablemente se apresuraba a asistir a algún otro espectáculo o a juntarse con sus amistades para cenar o beber más copas. Así es como funcionaban las cosas en París. Había tantos restaurantes, teatros de variedades, cafés, bares y espectáculos teatrales, tantas distracciones en una misma ciudad, que quedarse en un solo establecimiento durante toda la noche no era una opción.

Pero tan pronto como el café se vació, comenzó a llenarse otra vez. Los nuevos espectadores corrieron hacia la barra, saludándose a gritos unos a otros y pasándose las bebidas por un mar de manos. *Madame* Baquet saludó a los recién llegados en inglés y se paró un momento para charlar con una chica ataviada con un vestido púrpura con rosas en la manga y en el escote. Eugene se cambió el sitio con Charlie al piano y calentó el ambiente con unos compases de *jazz*. Habían llegado los estadounidenses.

Eugene se inclinó a lo largo del piano.

—Esta noche tienes un buen público. Ahí está Scott Fitzgerald, con su esposa, Zelda —me explicó, señalándome con la barbilla a un hombre y una mujer muy juntos que llevaban los brazos entrelazados. Estaban tratando de bailar en el atestado espacio, y caían salpicaduras de *whisky* desde sus vasos. Las facciones del hombre eran finas y su boca parecía tan delicada que tenía un aspecto casi femenino. El rostro de su acompañante era más severo. Llevaba un vestido de color salmón con tiras plateadas a lo largo de la espalda que se ensanchaban a la altura de las caderas formando una falda acampanada. Me pregunté si un vestido de cuatro mil francos tendría ese aspecto.

—Siempre se codean con la élite —explicó Eugene, sin fallar ni una nota a pesar de estar hablando conmigo mientras tocaba—. Si les gusta, correrán la voz.

Me froté las manos contra el vestido, tratando de alisar unas arrugas imaginarias. El temblor de mis piernas empeoró.

—¡Comienza el espectáculo! —me dijo Eugene y sonrió.

Para ponerme en pie tuve que intentarlo dos veces. Contemplé las caras radiantes. Por alguna razón, pensaba que la multitud que viniera a cenar estaría menos animada, pero aquellos espectadores eran como un árbol de Navidad con todas las luces encendidas.

Me encaramé a la plataforma y casi perdí el equilibrio. Observé la mesa de seis situada en el extremo más alejado y me pregunté por qué no me había fijado en ellos antes. Todo en ellos —los claveles en los ojales de los hombres, el oscuro carboncillo que perfilaba los ojos de las mujeres, la circunspección con la que paladeaban sus bebidas— los delataba como parisinos. El hombre en el extremo de la mesa me llamó la atención. Su piel tenía un tono dorado que no era común entre los habitantes de ciudad y parecía miel en contraste con el color negro del pelo y los ojos. Estaba sentado junto a una mujer con un lunar en la comisura de la boca. Ella me recordó a un elegante gato siamés, zalamero y de curvas perfectas, con facciones regulares y la piel cremosa. Yo pensaba que tenía buen aspecto con mi vestido, pero en comparación con ella estaba tan desaliñada como un gato callejero.

Los ojos oscuros del hombre se volvieron hacia mí y cruzamos una mirada. El corazón me dio un salto, como si hubiera ido a encender el interruptor de la luz y en su lugar hubiera tocado un cable cargado de electricidad. ¿Le conocía? No, no le había visto nunca antes, y sin embargo algo en mi interior sí que lo reconoció. Me olvidé de dónde estaba, y me hubiera quedado allí de pie para siempre si *madame Baquet* no se hubiera inclinado junto a la mesa para darles la bienvenida y no se hubiera interpuesto entre el hombre y yo, de manera que dejé de verlo. Aproveché para pararme a pensar sobre algo que el pianista de los ensayos me había recomendado para conquistar a un público inquieto: «Cante como si lo hiciera para sus compatriotas», me dijo. Con esto, se refería a que debía cantarle a una cara amiga entre el público, y gradualmente atraer a los demás también.

¿Aquel hombre de ojos oscuros era mi «cara amiga»? *Madame* Baquet se deslizó de nuevo entre la multitud y vi que el hombre se inclinaba sobre la mesa para admirar la pulsera que una de sus acompañantes femeninas le estaba mostrando. Quizá mis canciones no fueran lo bastante refinadas para él. Por su parte, los estadounidenses estaban listos para pasárselo bien. ¿Para quién debía cantar? Eugene me miró, esperando mi señal. Tragué saliva, pero no fui capaz de deshacerme del nudo que tenía en la garganta. De repente, vi a Zelda Fitzgerald. Estaba tendida sobre su marido y flirteaba con otro hombre que se encontraba a su lado, con la boquilla del cigarro colgada de los labios. Algo en sus frágiles brazos y en la despiadada expresión de su boca indicaba que no duraría demasiado tiempo en este mundo.

—*La bouteille est vide* —le indiqué a Eugene—, empezaremos con la canción sobre el champán.

Eugene me presentó y yo inicié la canción con entusiasmo, pero mi esfuerzo fue recibido con indiferencia. Parpadeé a la oscuridad. Nadie me estaba prestando atención, ni siquiera el hombre de ojos oscuros. ¿A quién iba a cantarle para atraer a los demás, si nadie demostraba interés? La mesa de franceses se concentraba en admirar los entrantes variados que les acababan de servir, los estadounidenses estaban encendiéndose mutuamente los cigarrillos y contándose unos a otros sus historias. *Madame* Baquet iba serpenteando entre ellos, tratando de atraer la atención hacia mí, pero era labor del artista cautivar a su público, no de la dueña del local. Ella solo era responsable de asegurarse de que sus invitados se lo pasaran bien, independientemente de mí. «Por favor, míreme», le rogué en mi interior al hombre de ojos negros. Sin embargo, él continuó comiéndose una alcachofa con fruición. Tenía dificultades para hacer que mi voz se escuchara por encima del parloteo. Podría haber cantado cualquier cosa en cualquier idioma y aun así nadie me habría escuchado. Le eché una mirada a Eugene, pero estaba tan concentrado en su música que no se dio cuenta de que yo tenía problemas.

«Depende de mí». La letra de la canción de *Sherezade* apareció como un fogonazo en mi mente. «Depende de mí». Recordé lo aterrorizada que estaba el día que me vi catapultada al papel protagonista en *Le Chat Espiègle* por una emergencia.

Comencé a cantar el número de la introducción de *Sherezade*, dejando que Eugene continuara con la canción del champán. Un escandaloso grupo de estadounidenses podía ahogar la voz de una cantante de club nocturno, pero tendrían más dificultades para competir con la capacidad pulmonar de una artista de teatro de variedades. Cogí aire y les hice saber lo poderosa que podía llegar a ser mi voz. En menos de un instante, cesaron las conversaciones, apartaron a un lado los cuchillos y tenedores, dejaron de tintinear las copas y todas las miradas se volvieron hacia mí.

Al principio, el cambio repentino del jaleo al silencio sepulcral me desconcertó. Eugene, imperturbable ante el hecho de que yo hubiera cambiado a otra canción, continuó tocando la tonadilla del champán.

Durante algunos compases, canté desentonando con la música, pero entonces

pensé en *madame* Baquet, cantando mientras discutía mi contrato con *monsieur* Etienne, y volví a la canción del champán, como si aquella hubiera sido mi intención en todo momento. Acabé el número con la sensación de que o bien había destruido mis posibilidades en el Café des Singes o bien mi actuación causaría sensación. Se me subió el corazón a la garganta cuando me di cuenta de que el sonido que escuchaba dentro de mis oídos ya no era el latido de mi sangre, sino un aplauso.

—*Elle est superbe!* —gritó alguien—. ¡Es magnífica!

Completé mi repertorio arropada por la calidez radiante de las sonrisas que el público me dedicaba. Se pusieron en pie después de mi bis para aplaudir aún más y gritar: «¡Bravo!». Mi primera actuación en París no solo fue un éxito: fue un triunfo. Los estadounidenses avanzaron rápidamente para estrecharme la mano y gritarme en su informal francés: «*Tu es magnifique!*». Introdujeron tantos billetes en nuestro bote de propinas que Eugene tuvo que apretarlos con el puño para hacer hueco. Zelda Fitzgerald dejó caer un anillo de perlas.

—Para la buena suerte —me dijo, tocándome la mejilla con un dedo congelado.

Tuve la sensación de que alguien me estaba observando fijamente y cuando me di la vuelta encontré al hombre de los ojos negros de pie detrás de mí.

—Una actuación memorable, *mademoiselle* —me dijo sonriendo, y deslizó un fajo de billetes en el bote.

Fue como si alguien hubiera roto una botella de champán contra mi cabeza y tuviera que esforzarme por ver a través de las dulces burbujas. Abrí la boca para hablar, pero perdí la oportunidad porque los estadounidenses que se estaban tomando otra ronda en la barra estallaron en carcajadas, aunque ya casi era la hora del cierre.

—*Au revoir* —me dijo, todavía sonriéndome—, espero verla actuar de nuevo.

Mis ojos no abandonaron su espalda. Lo observé uniéndose a sus acompañantes, que estaban ocupados recogiendo sus abrigos. Cuando se volvió y me dedicó una última mirada antes de salir por la puerta e internarse en la noche, sentí que acababa de conocer a una persona que algún día cambiaría mi vida.

Gané tres veces más de lo que esperaba con las propinas en el Café des Singes aquella noche. Como no había contado nunca antes con dinero propio, no tenía ni idea de qué podía hacer con él aparte de gastármelo. Al día siguiente, inspirada por la filosofía de Odette, me fui de compras. Recorrí las secciones de ropa, calzado y cosméticos de las Galerías Lafayette, con las piernas temblorosas y la cabeza funcionándome a mil por hora. Pero no eran ni el dinero ni las compras los que me provocaban esas sensaciones. Me deleitaba en recordar la sonrisa del hombre de ojos negros. ¿Era posible que intercambiar unas pocas palabras con un extraño me hiciera sentir tan...? ¿Qué? ¿Viva?

No regresé a mi habitación hasta después de anochecer. Le di una propina al taxista por llevarme las bolsas y las cajas hasta la puerta. Miró con aprensión el desorden de escobas mugrientas, cubos y basura que se amontonaban en el final del rellano. Yo estaba tan ensimismada con mis nuevas adquisiciones que no se me había ocurrido sentir vergüenza por el ruinoso estado del edificio donde vivía. El taxista debía de preguntarse qué hacía viviendo en aquel estercolero alguien que había comprado tantas cosas en las Galerías Lafayette. Lo observé mientras descendía las escaleras, tapándose la nariz para no respirar el olor a moho y a excrementos de perro que apestaba el ambiente.

Dejé mis tesoros sobre la cama. Apenas podía creerme que fuera mío el vestido esmeralda con mangas a la altura de los codos, ni que lo hubiera comprado gracias al dinero que había ganado cantando. Mi adquisición más cara fue un abrigo de tela estampada. Con solo echármelo sobre los hombros, me sentí instantáneamente abrigada. Me probé toda la ropa nueva, incluido un camión de lino que había comprado para sustituir el mío, que estaba desgastado. Y abrí la caja que contenía un espejo de plata con soporte. Coloqué el espejo sobre la cama y me alejé todo lo que pude, tratando, sin conseguirlo, de verme entera en él.

Pretendía cenar en la *crémérie* italiana de la Rue Campagne donde había cenado la noche anterior, después de mi espectáculo. La propietaria, una antigua modelo de artistas, servía sopas por unas pocas monedas. Los artistas que no tenían dinero podían pagar colgando sus cuadros en las paredes. Pero cuando pasé por delante de las luces doradas del Café de la Rotonde decidí celebrar mi éxito allí.

El sonido de las risas y el aroma del licor de café me envolvieron en cuanto entré. Dos hombres en la barra me miraron. Un camarero me condujo a una mesa cerca de la puerta, aunque a juzgar por la algarabía que provenía de la estancia posterior del local aquel debía de ser el lugar donde había que estar. Estaba teniendo lugar una bulliciosa discusión, tan animada que logré escuchar algunos fragmentos por encima del sonido del tintineo de las copas y la cubertería.

—¡Los surrealistas! ¡La revolución! —gritó una voz.

Se oyó una estruendosa risa sardónica.

—¡Eso ya lo veremos!

Había dos mujeres apoyadas en la pared junto a la puerta que comunicaba con la estancia posterior. Una de ellas hacía nubes de humo con un cigarrillo de boquilla. Llevaba el rostro maquillado como un cuadro: unas brillantes lunas verdes destacaban sobre sus párpados y los labios pintados de rojo sangre resaltaban sobre una piel pálida y una melena negra. Cuando se reía, la punta de la nariz se le afilaba, lo cual hacía que sus facciones fueran aún más llamativas.

—¡Kiki! ¡Kiki! —exclamó su compañera rubia echándose a reír, llevándose a los ojos un pañuelo de seda china—. ¡Me estás haciendo llorar de la risa!

Pedí un Pernod y paladeé su sabor lechoso con un toque a regaliz mientras trataba de decidirme entre un plato de ostras crudas y uno de mejillones al vapor. Me decanté por los mejillones cocinados en vino blanco. Mientras comía, observé que entraba más gente por la puerta: hombres embutidos en desaliñados trajes con pintura en los puños de las camisas y parejas ataviadas con trajes de noche. Eran franceses, alemanes, españoles, italianos y estadounidenses. Las mujeres estadounidenses encendían sus cigarrillos a pesar de que había un cartel sobre el mostrador que indicaba que las señoritas no tenían permitido fumar en el café. Odette me había contado que muchos de los artistas más famosos de la ciudad se reunían en la Rotonde o en el Dome, al otro lado de la calle, pero yo ignoraba si las caras que estaba viendo eran de gente conocida. Terminé mi comida y pagué la cuenta. Me daba pavor tener que utilizar el helador retrete de mi edificio, así que decidí hacer una visita al aseo de señoras antes de marcharme.

Después de darle una propina a la encargada, me paré a contemplar mi aspecto en el espejo. La iluminación era más potente que en mi apartamento. Saqué el estuche de maquillaje compacto y me apliqué un poco sobre la nariz. Entonces me di cuenta de que había alguien de pie junto a mí.

—¿Se enfadó cuando se lo dijiste? —preguntó la mujer.

Parecía estar dirigiéndose a su propio reflejo. Di por hecho que estaba bebida.

—¿Estás enfadada conmigo, Simone, por haberte empujado a hacerlo?

Me di la vuelta inmediatamente. Conocía ese perfil: aquellas mejillas delicadas, aquella nariz perfectamente recta.

—¿Camille?

Con todo lo que había sucedido desde la última vez que la vi, se me había olvidado la furia que había sentido cuando me engañó. Sin embargo, el recuerdo de su embuste me volvió gradualmente a la cabeza.

—Quizá pueda compensarte —me dijo Camille, todavía sonriéndole al espejo—. ¿Te gustaría unirme a mí y a mis acompañantes para cenar? Entre ellos se encuentran algunos de los hombres más ricos de París.

Aquellos tímidos modales suyos me cogieron por sorpresa y acepté su invitación

sin pararme a pensarlo.

Seguí a Camille hasta una mesa en la estancia trasera del café. Tres hombres ataviados con trajes de etiqueta se pusieron en pie. El primero se presentó como David Bentley; era un inglés de físico imponente que hablaba muy bien francés. Los otros dos eran parisinos. Por sus delgados rostros y sus ojos opacos, bien podrían haber sido hermanos. Pero no lo eran: se presentaron como Francois Duvernoy y Antoine Marchais.

Cuando nos sentamos todos a la mesa de nuevo, David Bentley —que insistió en que le llamara Bentley porque aquel era «el nombre que utilizaban sus amigos»— me preguntó de qué conocía a Camille. Le expliqué que habíamos actuado juntas en un espectáculo en Marsella. Me dije para mis adentros que lo correcto sería no mencionar cómo nos había abandonado Camille. Bentley cerró la mano alrededor de la muñeca de Camille y acarició su piel traslúcida con un dedo. Camille llevaba una pulsera de diamantes mucho más grande y mucho más elaborada que la que le había regalado *monsieur* Gosling. No me hizo falta más que un vistazo al vestido brocado con plata y a la estola de zorro que llevaba para comprender que Camille había sustituido a *monsieur* Gosling por un hombre más rico.

—Todavía no me has contado cuál fue la reacción de *monsieur* Dargent cuando me fui —me comentó, deslizando su muñeca fuera del alcance de las exploraciones de Bentley—. O si me has perdonado por empujarte a que les comunicaras la noticia.

Era difícil calibrar su tono, pero percibí que le interesaba más saber qué había dicho *monsieur* Dargent sobre su partida que descubrir si yo me había sentido ofendida. Le dije que no tenía por qué preocuparse. El escándalo nos había venido bien y el espectáculo había sido un éxito. Frunció los labios y me di cuenta de que aquella no era la respuesta que estaba esperando. Había supuesto que el espectáculo se habría hundido sin ella.

—La temporada habría ido mejor si tú hubieras representado el papel de Sherezade... —comencé a decir, pero me detuve.

El espectáculo había sido un éxito cuando fui yo la que hizo de Sherezade, pero por algún motivo no encontraba el valor suficiente para decirle a Camille que yo había representado su papel. ¿Qué tenía Camille que me hacía comportarme de un modo tan rastrero?

Bentley nos preguntó si queríamos champán.

—Sí —respondió Camille, y después, volviéndose hacia mí, me preguntó—: ¿Qué estás haciendo en París?

—Actúo en el Café des Singes —le respondí—. Pero solo dos noches por semana. Estoy buscando otro trabajo.

Llegó el champán y Bentley le pidió al camarero que nos sirviera una copa a cada uno.

—Estamos aquí para celebrar el éxito de Camille —anunció, empujando una copa hacia mí—. Va a protagonizar un espectáculo en el Casino de París.

—¡El Casino de París! —exclamé—. ¡Eso es tan importante como el Folies Bergère!

—Mejor —aseguró Bentley, inclinándose hacia mí—. Tienen mejores cantantes y bailarines en el Casino. El Folies Bergère solo trata de dar espectáculo y de enseñar carne.

Sentí pena por él. Estaba enamorado de Camille, pero por la indiferencia con la que ella le hablaba, sospeché que lo sustituiría en cuanto se le presentara alguien más rico, igual que había hecho con *monsieur* Gosling.

—Brindemos —propuso François, levantando su copa—. Por Camille.

—¡Por Camille! —repetimos los demás, brindando con las nuestras.

Camille se volvió hacia mí.

—No han encontrado a nadie que cubra mi puesto original en la primera parte del espectáculo —me dijo—. Podría hablar con el encargado para que te conceda una audición. Solo es un número de una canción y un baile, pero no deja de ser el Casino de París.

Agradecí su oferta, pero después de lo que había sucedido en la audición del Folies Bergère no tenía claro que pudiera tener éxito en una similar. Puede que el Casino fuera menos frívolo que el Folies, pero sus estándares de belleza serían exactamente los mismos.

—Es hora de ir a cenar —anunció Antoine, haciéndole un gesto al camarero para que trajera la cuenta—. ¿Qué os parece ir a Le Boeuf sur le Toit? Hay buen *jazz*.

—No —replicó François—, ponen la música demasiado alta. Vamos a Fouquet's. Bentley negó con la cabeza.

—Lo único que haremos entonces será seguir a todos los que están aquí. Yo propongo que vayamos a la Tour d'Argent.

—Yo ya he comido —comenté, con el tono más agradable que pude.

La Rotonde ya había sido un derroche para mí. Puede que fuera nueva en París, pero estaba lo bastante informada como para saber que estaban mencionando algunos de los restaurantes más caros de la ciudad y, a pesar de mis crecientes aspiraciones de grandeza, aún conocía mis límites.

—Entonces, vuelva a comer —me dijo François, echándose a reír mientras me señalaba—. No le sentaría nada mal coger un poco de peso.

—Bentley pagará —me susurró Camille.

—Sigo pensando que deberíamos ir a algún sitio con música —insistió Antoine.

—Le Boeuf sur le Toit está lleno de playboys sudamericanos. Conquistarán a *mademoiselle* Fleurier y la perderemos, os lo advierto —bromeó Bentley.

Todos estallaron en carcajadas. Yo también sonreí, aunque no cogí la broma.

Nos apiñamos en un taxi: Camille y Bentley en el asiento delantero y yo, en el trasero, entre Antoine y François. La masa que formaban nuestros abrigos, bufandas, gorros y guantes apretados unos junto a otros nos hacían parecer un montón de ropa dentro del camión de una tintorería. El taxi cruzó el Sena hacia la orilla derecha.

Pasamos junto al obelisco egipcio de la Place de la Concorde.

—Aquí es donde ejecutaron a Luis XVI —explicó Antoine, golpeando la ventanilla del coche con los nudillos—. Y después a María Antonieta y a Robespierre.

—No parece el tipo de lugar en el que algo así podría haber sucedido —comenté.

Me imaginé una turba revolucionaria reunida sobre el pavimento adoquinado agitando los puños en alto y gritando: «¡Qué les corten la cabeza!».

—Está claro que no lo parece —dijo Bentley—. Cuando uno mira las elegantes farolas, es fácil olvidar la sangrienta historia de París.

Llegamos a la Rue Boissy d'Anglas y entramos en fila en Le Boeuf sur le Toit. El club nocturno estaba tan lleno que apenas podíamos movernos. Pensé que nos quedaríamos atorados junto a la puerta para siempre, pero el camarero logró conseguirnos una mesa. El sumiller trajo el champán en un cubo de hielo. La música de jazz resonó en mis oídos. Desde donde estábamos sentados, podíamos ver la banda en el escenario con sus relucientes trombones, clarinetes y saxofones.

—Todo el mundo está aquí hoy —comentó Camille—. Mira, ¡ahí está Coco Chanel!

Seguí la mirada de Camille hasta una mujer de pelo oscuro con una boca ancha y sensual. Llevaba puesto un vestido que se envolvía alrededor de su cuerpo en festones escalonados. No era lo que yo me esperaba tras haber escuchado la descripción de *madame* Chardin. Su vestido era sencillo y flotaba a su alrededor cada vez que movía el brazo para darle un sorbo a su bebida. Pero llevaba unos gruesos pendientes y un aparatoso collar de perlas barrocas que le daba varias vueltas al cuello.

—Pensé que su teoría consistía en simplificarlo todo al máximo —dije—. Y utilizar solo un accesorio decorativo.

Bentley me miró fijamente.

—Es diseñadora —aclaró, riéndose entre dientes—. Gana dinero marcando tendencias y luego cambiándolas.

—Ahí está tu amigo —le dijo Antoine a Camille, señalando con la cabeza a un hombre de sonrisa torcida.

Camille se volvió hacia mí.

—Maurice Chevalier. Actuó en el Casino de París en la temporada anterior y ganó dos mil francos por noche.

—¡Dos mil francos! ¿Pero qué es lo que hace? —exclamé.

—Baila por el escenario con un sombrero de paja, cuenta chistes y canta canciones insinuantes. He oído que Hollywood no lo va a dejar escapar.

—¿Hollywood?

—Estados Unidos. La industria del cine —aclaró Camille, divertida por mi ignorancia.

—Se comenta que es un hombre implacable —dijo Bentley, cortándole la punta a

un cigarro con un par de tijerillas doradas—. Abandonó a Mistinguett después de que ella arriesgara su vida por salvarle de un campo de prisioneros de guerra.

Sabía que Mistinguett gozaba del título de «Reina del Teatro de Variedades de París» y era la cantante más famosa de Francia.

—Hay que ser implacable para triunfar —aseguró Camille.

Bentley sonrió, aunque yo no estaba segura de por qué. Le auguré un mal final si realmente estaba enamorado de Camille.

Me volví hacia la pista de baile y contemplé a las parejas que giraban, moviendo los pies animadamente.

—¿Le gustaría bailar? —me preguntó Francois, dejando a un lado su copa.

—Sí, me gustaría —contesté, tentada más por la música que por el tono de flirteo en su voz—, pero no sé hacerlo con esta música.

—Si sabe usted andar, entonces podrá bailar el foxtrot —replicó, cogiéndome la mano para guiarme hacia la pista.

Apenas había suficiente espacio en ella para que pudiéramos hacernos hueco entre las otras parejas, pero de algún modo Francois logró indicarme los pasos. Era sorprendentemente fácil seguir el ritmo lento-lento-rápido-rápido de aquel baile. Las partes lentas eran largas y elegantes y las partes rápidas eran cortas y animadas. Nos movimos por la pista, chocándonos a veces con algunas parejas que estaban demasiado enamoradas o demasiado achispadas como para darse cuenta. Pasamos junto a un hombre que llevaba un elegante traje y tenía unas prominentes bolsas bajo los ojos.

—Ese es el príncipe de Gales —me susurró Francois al oído—. Su abuelo era un gran amante de esta ciudad y sus mujeres. Se le rompió el corazón cuando tuvo que dejar su vida parisina para ser rey. Me pregunto si el príncipe sentirá lo mismo.

La música cambió de ritmo. La mitad de las parejas huyeron de la pista de baile y fueron sustituidas por otras que corrieron a ocupar el espacio libre.

—No puedo bailar esto —me dijo Francois—. Hay que ser muy buen bailarín.

La gente a nuestro alrededor comenzó a entrechocar los tobillos y a sacudir los brazos como si fueran pájaros al son de un ritmo sincopado. Era el tipo de baile más lleno de energía que había visto en mi vida y me hizo reír porque estaba cargado de *joie de vivre*. Francois me rogó que le disculpara pero yo me quedé en medio del frenesí. Aquel baile se podía realizar en pareja, pero había media docena de personas bailando solas. Los pasos no me resultaron difíciles. Tenía facilidad para dividir rápidamente las secuencias de baile en pasos y no pude resistir las ganas de unirme a la diversión. Antes de que me diera cuenta, estaba sacudiéndome y entrecruzando las rodillas junto con el resto de la gente. Incluso llegué a improvisar un par de golpes de cadera y de giros de cabeza propios.

Después de un par de números rápidos, los bailarines redujeron la velocidad o abandonaron la pista y la banda volvió a tocar otro foxtrot. Regresé a la mesa justo cuando el camarero llegó con una bandeja de platos.

—No sabíamos qué quería usted comer —comentó Antoine—, así que le hemos pedido pescado en salsa de champán.

El camarero colocó un trozo de bacalao de aspecto succulento ante mí.

—Su charlestón es impresionante, *mademoiselle* Fleurier —me elogió Bentley—. Todo el mundo en la sala tenía la mirada fija en usted.

—Charlestón..., ¿de modo que así es como se llama? —pregunté.

François arqueó las cejas.

—Proviene de Estados Unidos —aclaró—. ¿No lo había bailado nunca antes?

Negué con la cabeza.

—¡Doblemente impresionante! —comentó Bentley, echándose a reír—. Yo todavía no le he cogido el truco y eso que he recibido clases. Tiene tanto éxito aquí que es difícil conseguir trabajo de camarero si no sabes bailar. Tienen que saber charlestón para enseñarles a los clientes si se lo piden.

Camille se inclinó hacia mí.

—Hay alguien que no te ha quitado los ojos de encima en toda la noche —me susurró.

—¿Quién?

Se giró hacia una mesa situada en el extremo de la pista de baile. Levanté la vista y vi al joven de los ojos negros mirándome. Sonreí, pero no me devolvió el saludo. Estaba cenando con la misma gente con la que lo había visto en el Café des Singes. La mujer con aspecto de gato siamés le tocó el hombro y le susurró algo al oído. Él me dedicó otra mirada y se echó a reír antes de volverse. ¿Acaso se estaban burlando de mí?

—¿Le conoces? —me preguntó Camille.

—Se me está subiendo el champán a la cabeza —contesté, sintiéndome demasiado tonta como para hablar de mi enamoramiento de las últimas veinticuatro horas. ¿Por qué ni siquiera había tenido la cortesía de devolverme la sonrisa? ¿Acaso no había elogiado mi actuación la noche anterior?

Camille se encogió de hombros y se volvió para decirle algo a Bentley. Me comí el pescado con los ojos fijos en el plato. Obviamente, la gata siamesa ejercía una atracción mayor de la que yo había supuesto sobre el hombre de ojos negros. ¿Y por qué iba a ser de otra manera? Contaba con una mirada seductora enmarcada por unas espesas pestañas oscuras. Su complexión era menuda y tenía unas manos y unos pies minúsculos. Incluso a cierta distancia consiguió hacerme sentir como una gigante. Deseaba dedicarle al objeto de mis fantasías una mirada fulminante que le indicara indiscutiblemente que no volvería a pensar en él. Pero para cuando había reunido el valor suficiente para volverme, me encontré mirando el torso de alguien. Levanté los ojos para hallar allí mismo al hombre de los ojos negros.

—*Bonsoir*. Espero que se encuentre bien esta noche —le dijo a Antoine. Llevaba a la gata siamesa colgada del brazo, que apoyaba su peso sobre él. Paseó la mirada entre Antoine y yo, y acabó mirándolo a él—. Esperaba que pudiera presentarnos a su

amiga. La vimos actuar en el Café des Singes ayer por la noche. Fue una actuación magnífica.

Aquellos ojos negros pertenecían a un llamativo rostro. Tenía unas mejillas angulosas y una nariz bastante grande pero muy recta. Pensé que si fuera un animal sería un dóberman, como los majestuosos canes que guardaban los portales de los Campos Elíseos.

Antoine frunció el entrecejo.

—*Mademoiselle* Fleurier —me presentó—, estos son *mademoiselle* Marielle Canier y *monsieur* André Blanchard.

—Encantado de conocerla —dijo André, cogiéndome la mano para besarla.

Le devolví el cumplido y miré a *mademoiselle* Canier. Murmuró un saludo mientras me miraba por encima del hombro. Claramente, aquella presentación no había sido idea suya. Volví a notar el hormigueo recorriéndome la piel.

—Nos preguntábamos si podría usted darnos clases de charleston —preguntó André, con los ojos fijos en mí—. A *mademoiselle* Canier y a mí nos han invitado a un crucero de *jazz* y parece que no somos capaces de bailarlo con estilo.

El hormigueo se esfumó como una mecha bajo la lluvia. La mano de *mademoiselle* Canier se deslizó por el brazo de André y desapareció dentro de la palma de él. Hice lo que pude por ignorar que tenían los dedos entrelazados y deseé ser invisible.

—¿Por qué no acuden a Ada Bricktop para que les dé clases? —sugirió Francois—. Si es lo bastante buena para el príncipe Eduardo, seguro que lo es para ustedes, ¿no es así? *Mademoiselle* Fleurier es artista, no instructora de baile.

André se echó a reír. Era una risa franca que provenía de lo más hondo de su pecho. Hizo que sus ojos brillaran y mostró su recta dentadura.

—Eso es cierto. Lo siento, *mademoiselle* Fleurier. Es solo que cuando usted baila parece como si el mundo le perteneciera.

Percibí un cambio sutil en sus ojos: algo en ellos reflejaba la desilusión que yo misma sentía. Se quedó en suspenso un momento, mirándose los pies, antes de disculparse por interrumpir nuestra comida y guiar a *mademoiselle* Canier de vuelta a su propia mesa.

—¿Quién era ese? —le preguntó Camille a Antoine.

Esperó hasta que Bentley se hubiera vuelto para llamar al camarero antes de contestar.

—André Blanchard, heredero de la fortuna Blanchard. Una de las familias que controlan la economía francesa. Pero ni siquiera pienses en ello, Camille. Es el único heredero. Créeme, su padre no le dejará dar un paso en falso.

—¿Y ella?

—¿*Mademoiselle* Canier? Simplemente, es una chica de la alta sociedad. Mimada, consentida y malcriada. Nada especial excepto su aspecto.

Los ojos de Camille se movieron en dirección a la mesa de André antes de

volverse hacia mí.

—La que lo enganche será una chica con suerte —comentó.

Fiel a su palabra, Camille me organizó una audición en el Casino de París antes de que finalizara la semana. Ella iba a sustituir a una cantante británica que había roto su contrato para marcharse a hacer una película en Estados Unidos y, debido a que tenían que cubrir el puesto de Camille rápidamente, no era una audición abierta. En aquella ocasión contaba con los rostros amigos de *monsieur* Etienne y de Odette animándome desde la primera fila. Léon Volterra, el propietario del Casino de París, se sentó junto a ellos. Era un curioso hombrecillo con un guiño travieso en la mirada. Me preguntó si sabía bailar charleston y le expliqué que había aprendido a bailarlo de forma autodidacta.

—¡Eso es exactamente lo que queremos! —exclamó, levantando los brazos hacia el techo. Volviéndose a la coreógrafa, una mujer con el aspecto demacrado de una bailarina entrada en años, añadió—: ¡El Casino de París necesita bailarines teatrales, no robots técnicos! ¿No es cierto, *madame* Piége?

Madame Piége respondió que no podía estar más de acuerdo y le dio unas palmaditas en el brazo. Daba la impresión de que estaba tratando de evitar que añadiera nada más.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! —La voz de *monsieur* Volterra resonó con estruendo en la oscuridad cuando terminé mi baile y después canté *La bouteille est vide*. Los encargados de iluminación también aplaudieron desde bastidores. Miré a *monsieur* Etienne, que me dedicó un movimiento de cabeza satisfecho.

Monsieur Volterra se levantó de su asiento y apoyó los codos en el borde delantero del escenario.

—Venga de nuevo hoy a las dos en punto para los ensayos —me dijo—. Está usted contratada.

Cuando *monsieur* Etienne, Odette y yo salimos del teatro, apenas logré contener la emoción.

—¡No puedo creerlo! —exclamé—. ¡El Casino de París!

—¡Bien hecho! —me dijo *monsieur* Etienne—. Su voz mejora cada vez que la oigo.

—¡Y estás tan hermosa! —me elogió Odette, dedicándome una discreta sonrisa.

—*Monsieur* Volterra es todo un personaje, ¿verdad? —comentó *monsieur* Etienne, haciéndole un gesto a un taxi—. ¿Sabía usted que no sabe leer?

—¿No sabe leer? —repetí yo, montándome en el taxi cuando *monsieur* Etienne me abrió la portezuela—. ¿No me dijo que era uno de los empresarios teatrales de más éxito de París?

Odette y *monsieur* Etienne se subieron al taxi tras de mí.

—No sabe leer ni una palabra. Su socio le ha enseñado a trazar su firma en los contratos —explicó *monsieur* Etienne.

—Es difícil de creer, ¿verdad? —comentó Odette—. El hombre que, en un

momento u otro, ha sido propietario del Ambassadeurs, del Folies Bergère y ahora del Casino de París no puede escribir ni su propio nombre.

—Era huérfano. Nunca fue a la escuela —aclaró *monsieur* Etienne.

—¡Debe de ser muy inteligente! —observé yo.

Monsieur Etienne sonrió.

—Le corre la habilidad empresarial por las venas. Una vez me contó que cuando tenía siete años solía recoger los periódicos de la noche que la gente dejaba olvidados en los bancos del parque y cerca de las salidas de *métro*. Después, a la mañana siguiente, se colocaba en una esquina anunciando a voz en grito unos titulares inventados, pero muy llamativos. Para cuando sus desprevenidos clientes abrían los periódicos, el granujilla ya había huido como alma que lleva el diablo.

—¡Dios mío! ¡Espero que no trate de engañarme a mí también! —comenté yo.

Monsieur Etienne asintió.

—¡Oh, claro que lo hará! —replicó—. Volterra engaña a todo el mundo, grande o pequeño. Es famoso por ello. Pero, por suerte, usted me tiene a mí.

Regresé muy animada al Casino de París aquella misma tarde. Aunque mi nombre no aparecería en los carteles de publicidad, aquello no me impedía fantasear sobre la fama y las buenas críticas. Sin embargo, mis delirios de grandeza se esfumaron en el instante en que entré en el auditorio. *Madame* Piége y el pianista de ensayos me estaban esperando.

—Tengo entendido que es usted humorista —me dijo *madame* Piége mientras se le formaban cientos de arrugas en las mejillas al sonreír—. Así que vamos a trabajar sobre eso.

¿Humorista? Un papel cómico no era lo que yo me esperaba. Pensaba que había dejado atrás Marsella. Quería ser sofisticada ahora que estaba en París.

—*Mademoiselle* Casal la ha puesto por las nubes y *monsieur* Volterra asegura que tiene usted un sentido innato de la coordinación.

Recordé que Camille no había presenciado mi actuación en *Sherezade* o en el Café des Singes. Lo único que me había visto hacer era la parodia de las coristas. Comprendí lo que había sucedido: Camille había hablado con *monsieur* Volterra para que me diera un papel cómico por error. Probablemente, había pensado que yo no era capaz de hacer nada serio.

—Actualmente hago actuaciones muy diferentes, *madame* Piége —le expliqué—. Ahora canto en un club nocturno.

No obstante, *madame* Piége no me oyó. Estaba seleccionando unas partituras y le dio una al pianista.

—Vamos a empezar con esta —indicó.

El pianista tocó la melodía y mi cabeza se puso en funcionamiento. Decidí que llamaría a *monsieur* Etienne inmediatamente después del ensayo y le pediría que le

explicara la situación a *monsieur* Volterra, que a su vez podría proporcionarle nuevas instrucciones a *madame* Piége sobre mi coreografía. Aquello significaría desperdiciar un ensayo, pero así respetaría los sentimientos de todo el mundo. *Monsieur* Etienne había insistido firmemente en que él debía encargarse de todas las negociaciones con el Casino de París.

—Me gustó cómo bailó el charlestón —me comentó *madame* Piége, entregándome una copia de la canción—. Es maravilloso lo rápido que logra aprender las cosas. Eso es un signo de talento.

Suspiré. Tenía la sensación de que, en otras circunstancias, habría disfrutado trabajando con *madame* Piége. Tomó asiento en la primera fila del patio de butacas y me fue indicando las instrucciones correspondientes mientras yo ensayaba los pasos de baile.

—Contonéese un poco más ahí y dedíquenos una gran sonrisa, *ma chérie* —me dijo—. Después, continúe arrastrando los pies todo el tiempo que sea necesario, como si hubiera resbalado sobre una cáscara de plátano. —Hice lo que me pedía—. Siga haciendo lo mismo hasta que el público coja el chiste.

Se echó a reír entre dientes, con la diversión bailándole en los ojos. Cuanto más feliz parecía ella, peor me sentía yo. La culpabilidad se estaba empezando a apoderar de mí, porque no tenía ninguna intención de representar aquel número.

Tras el charlestón, *madame* Piége quería que me paseara contoneándome por el escenario mientras balanceaba un bastón y cantaba una canción que no era graciosa sino más bien simpática, lo cual me hizo odiarla aún más.

¡La! ¡La! ¡Bum! Aquí viene Jean
en su nuevo Voisin.
¡La! ¡La! ¡Bum! Y pregunta: «¿Qué haces?».
¿Qué le puedo decir?
¡La! ¡La! ¡Bum! ¿Que estoy tendiendo la ropa?

—Ahora, cada vez que cante «¡Bum!», golpee el extremo del bastón contra el suelo y tírelo hacia arriba. El tambor le hará un redoble al mismo tiempo. Y cuando coja de nuevo el bastón, el percusionista tocará los platillos —me explicó *madame* Piége, levantándose de su asiento.

No me sentía capaz de mirarla a los ojos. Se estaba divirtiendo demasiado.

Aunque me aprendí la canción y los pasos de baile en media hora, ensayamos el número durante otras dos horas, suavizando algunos gestos y añadiendo más elementos cómicos. La orquesta se nos unió para que pudiéramos ensayar juntos. Hice lo que pude por seguir animada durante todo el ensayo, aunque se me estaba revolviendo el estómago.

Llegó un mensajero para decirle a *madame* Piége que las coristas necesitaban que las ayudara a arreglar un error en su coreografía. Se volvió hacia mí.

—Hemos hecho todo lo que necesitábamos con usted, *mademoiselle* Fleurier. Es

usted perfecta. Puede actuar esta misma noche.

—¿Esta noche? —repetí, con voz ronca.

—Hmmm —musitó *monsieur* Etienne cuando lo llamé desde la oficina del teatro —, yo también estoy sorprendido. Pensé que Camille Casal no estaba haciendo un número cómico y no esperaba que usted tuviera que hacerlo tampoco. Tenía la impresión de que simplemente iba a cantar la canción que ella interpretaba.

—¡Quieren que actúe esta misma noche!

—Hmmm —volvió a suspirar *monsieur* Etienne, quedándose pensativo durante un momento—. En ese caso, no tiene elección. Sencillamente, tendrá que hacerlo. La sustituirán si les resulta problemática.

—¡Pero detesto ese número! —protesté.

—No tiene usted un nombre lo bastante conocido como para montar un escándalo —replicó *monsieur* Etienne—. Haga un buen trabajo y veremos qué podemos conseguirle la próxima vez. Solo piense en el dinero que ganará. ¡Es más que en el Café des Singes, únicamente por una canción y un bailecito!

Colgué, sabiendo que tenía razón, pero después de pasar la audición me había sentido eufórica. Ahora, me sentía ridícula. «Cuando sea famosa, voy a montar escándalos por todo y nadie me dirá lo que tengo que hacer», me prometí a mí misma, abrochándome los botones del abrigo y poniéndome el sombrero para dirigirme a casa a descansar antes del espectáculo.

El vestido para mi número del Casino de París estaba cubierto de lunares y tenía volantes alrededor del cuello y del dobladillo de la falda. Las zapatillas de baile blancas lucían unos lazos sobre las correas. *Madame* Chardin se habría atragantado de la risa si me hubiera visto. En el camerino, que compartía con una domadora de perros y sus dos caniches, le eché un vistazo al programa. Mi número era «de relleno», para darles tiempo a las coristas a que se pusieran un elaborado traje y a los tramoyistas a que hicieran un cambio de decorado.

Cuando salí al escenario y bailé el charlestón, sacudí las piernas y los brazos con entusiasmo, aunque no tuviera ninguna gana. Podía ver al público claramente y, por suerte para mí, todos sonreían. Les respondí con una gran sonrisa, me moví y me contoneé cuando correspondía y canté la canción con la alegría pintada en la cara. Ellos, a su vez, se reían y aplaudían, y salí del escenario convencida de que los parisinos ricos eran más fáciles de contentar que la clase trabajadora marsellesa.

Sin embargo, una vez que entré en bastidores, no había ninguna *madame* Tarasova, ni ningún *monsieur* Dargent o Albert para felicitarme por lo bien que lo había hecho. Me crucé con *monsieur* Volterra en las escaleras y me dio unos golpecitos en el hombro, como si no lograra recordar quién era. Me hubiera gustado quedarme a ver la actuación de Camille en la segunda parte del espectáculo, pero el director de escena me dijo que los artistas de «números menores» tenían prohibido quedarse en el teatro después de que hubiera terminado su actuación, así que me encontré en mi heladora habitación en Montparnasse a las nueve en punto sin tener a

nadie con quien hablar. Así fue mi debut en el Casino de París.

El espectáculo en el Casino de París era un éxito y parecía que iba a prolongarse durante todo el verano. A Camille la catapultó al estrellato. Los críticos no paraban de alabarla sin descanso: «Camille Casal tiene una belleza tan vibrante que el espectador siente un hormigueo en la piel en el instante en que ella hace su aparición en el escenario».

Logré ver la actuación de Camille comprando una entrada para una matiné y tomando asiento entre el público después de mi número en el espectáculo. Camille resultaba más sofisticada que en Marsella. En su número había conseguido atenuar sus contoneos y suspiros de carácter obviamente sexual y ahora mantenía una actitud más remota... e incluso más hermosa. El público contuvo la respiración cuando los focos cruzaron el escenario y comenzó a sonar la música de su canción estrella: *Quand je reviens*. Camille se deslizó a través del telón, ataviada con un vestido ajustado al cuerpo adornado con perlas y lentejuelas que le acariciaban los pechos y las caderas, cubierta con una capa a juego ribeteada de plumas de avestruz. A medida que se aproximaba al público, dejó caer la capa desde los hombros hasta el suelo, como si fuera una cascada de nieve. De pie sobre sus estilizadas piernas, examinó al público y no se movió hasta que todo el mundo quedó impresionado por lo sublime de su aspecto. Cuando se hizo un silencio sepulcral entre los asistentes, comenzó a cantar. Su voz seguía siendo fina, pero tras aquella memorable aparición a nadie pareció importarle.

Mi número no recibió ninguna mención, salvo en un periódico sobre espectáculos poco conocido que decía: «El programa presenta algunos nuevos talentos, entre los que se incluye la vivaz Simone Fleurier, una encantadora morena que baila muy bien y cuya voz claramente tiene personalidad». Sin embargo, no dejé que la falta de atención me amargara. Envié rosas a Camille para felicitarla por su éxito y para agradecerle que me hubiera conseguido la audición.

A pesar de que había comprado cortinas y alfombras, en mi habitación en Montparnasse todavía hacía frío y Odette sugirió que me mudara a un hotel con una calefacción más fiable. Encontré uno en la Rue des Écoles en el Barrio Latino. La encargada era *madame* Lombard, una viuda de guerra. Comprobó mi edad dos veces en la carta de referencia que *monsieur* Etienne me había entregado. Yo tenía la edad media de cualquier corista parisina, pero sabía que parecía más joven.

—Venga por aquí —me dijo, devolviéndome la carta de referencia y guiándome por el pasillo.

La habitación de la planta baja estaba amueblada con una cama individual, un escritorio y un perchero del que colgaban unas perchas de alambre torcido. Aunque las cortinas y paredes estaban desgastadas, había una estufa de vapor bajo la ventana

y un cuarto de baño compartido en el mismo piso. Lo único que yo necesitaba era un lugar cálido donde dormir y vestirme, y donde colgar mi creciente colección de ropa. El alquiler era solo de doscientos francos más al mes que mi habitación actual, y estaba a punto de aceptarlo cuando *madame* Lombard mencionó que tenía una habitación más bonita en la planta de arriba.

La segunda habitación tenía un techo abuhardillado que descendía hacia una lucerna que daba a la calle, y además de la cama y la estufa, tenía una cómoda y un armario. A pesar de que el alquiler era el doble del de la habitación de la planta baja —y estaba muy por encima de mi presupuesto—, le dije que me la quedaba.

—Muy bien —me contestó *madame* Lombard, complacida pero sin sonreír.

Su mirada recayó sobre mis zapatos de piel de cocodrilo y mis medias de seda.

—No está permitido traer hombres en ningún momento. Las visitas hay que recibirlas en la recepción.

—No —tartamudeé. Siempre me sorprendía cuando la gente asumía que, por trabajar en el teatro de variedades, yo era una chica de moral relajada.

Una noche Camille me envió una nota: «Reúnete con nosotros en la parte trasera del teatro después del espectáculo. Bentley nos invita a cenar».

Aunque Camille me había hecho algunos favores, no podía decir que la considerara una amiga demasiado cariñosa. Y, sin embargo, siempre aceptaba sus invitaciones con la sumisa obediencia de una apocada hermana pequeña. Me sentía fascinada por Camille y atraída hacia ella porque me daba cuenta de que poseía algo que yo nunca tendría: el poder de la belleza perfecta. Además de todo aquello, me sentía sola y a la deriva sin mi familia y estaba dispuesta a unirme a cualquiera que me proporcionara compañía.

Llegué al Casino de París cuando Camille, Bentley y François salían por la puerta de artistas. Me sorprendió que Antoine no estuviera con ellos; la última vez que los vi me había quedado con la impresión de que François y Antoine iban a todas partes juntos. El chófer de Bentley salió del Rolls-Royce aparcado para abrirnos las portezuelas. A diferencia del taxi, había bastante espacio en la parte trasera.

Bentley había reservado una mesa en Fouquet's en la avenida de los Campos Elíseos. Con solo ver la sonrisa del *maître* vestido de esmoquin y las mesas, con sus níveos manteles bañados por la luz ambarina de las lámparas de araña, me pareció ridículo haber pensado que la Rotonde era un «restaurante elegante». La cadena de mando para el personal era como la coreografía de un ballet milimétricamente orquestado: la chica del guardarropa se llevó nuestros abrigos; el *maître* se deslizó entre los demás comensales ataviados con trajes de gala y diamantes para mostrarnos nuestra mesa antes de leernos el menú que incluía *ratatouille*, *terrine* de salmón y jabalí silvestre servido con salsa de pimienta; cuando se marchó, el sumiller llegó para apuntar qué bebidas queríamos tomar antes de la cena; el camarero esperaba,

porque quería saber si ya habíamos decidido qué íbamos a cenar; después de que hiciéramos nuestra selección, el ayudante de sala avanzó para rellenarnos los vasos de agua y para servirnos unos bollitos de pan; luego volvió el sumiller para recomendarnos los vinos que les irían bien a nuestros platos; cuando hubo terminado, reapareció el camarero con nuevos cubiertos para añadirlos a la impresionante colección de cuchillos, tenedores y cucharas que ya rodeaban nuestros platos y después el sumiller regresó con su ayudante para servirnos el champán. Y, sin embargo, a pesar de toda aquella actividad, aquel restaurante resultaba varios decibelios menos ruidoso que la Rotonde. El resto de los clientes charlaba en voz baja o no pronunciaba palabra.

Contemplé fijamente el nuevo cuchillo que el camarero había colocado junto a mí. Tenía el aspecto de un abrecartas y era tan misterioso para mí como el pequeño tenedor de mi izquierda. Supuse que las dos copas adicionales colocadas a mi derecha eran para el vino tinto y el vino blanco. Me hubiera confundido ver cuatro copas a mi derecha, si dos de ellas no hubieran estado llenas de agua y de champán. La vez que cenamos en Le Boeuf sur le Toit, gracias a que me había dedicado a observar a François y a Antoine, había logrado establecer la diferencia entre el tenedor para ensalada y el tenedor para carne, la cuchara de sopa y la cucharilla de postre, el cuchillo para la mantequilla y el cuchillo para el queso. Pero la exposición de cubertería en Fouquet's resultaba impresionante.

Era consciente de que François me estaba observando fijamente. Levanté la vista y le sonreí, decidida a demostrarle que no me encontraba incómoda en un ambiente tan opulento. ¿No había dicho *madame* Piége que yo era rápida aprendiendo? Su mirada recayó sobre el collar de piedras de imitación que yo llevaba al cuello. Me revolví en la silla y crucé y descrucé las piernas. Por supuesto, aquellas piedras solo eran de oropel; no eran diamantes de verdad como los de la pulsera de Camille. Pero ¿por qué tenía que escrutar de aquel modo mi collar?

Afortunadamente, llegaron los entrantes y François se concentró en su plato de caracoles. Al verle extraerlos de sus caparazones con unas tenacillas en miniatura y un tenedor, me alegré de haber pedido *foie gras*.

—¿Has visto a Cocteau entre el público esta noche? —le preguntó Camille a Bentley, picoteando de su plato de gambas y comiéndoselas con cuchillo y tenedor.

Me percaté de que Camille se acercaba a su comida con cautela, mientras que Bentley pinchaba y cortaba los embutidos de su plato con elegancia. «Camille está tan fuera de lugar aquí como yo», pensé.

Después del restaurante, fuimos a bailar al Claridge's, bebimos más champán y más tarde fuimos al apartamento de François para escuchar sus discos de *jazz* y tomarnos una última copa. Si me había quedado impresionada por el lujo que ofrecía Fouquet's, la decoración de la vivienda de François me dejó estupefacta. Su apartamento se encontraba en la Avenue Foch, cerca del Arco del Triunfo. El edificio de piedra esculpida databa del siglo XIX con balcones de hierro forjado, tejados

inclinados y un ascensor dorado que nos llevó hasta la quinta planta. Una sirvienta nos recibió en la puerta y nos condujo a un recibidor tan grande como toda la sala del Dome. Las paredes de color rosa y las lámparas cromadas contrastaban totalmente con la decoración del exterior del edificio. Había un sarcófago de oro en una esquina. «De modo que así es como vive la gente rica», pensé, contemplando la lustrosa réplica de piedra de una esfinge apoyada en una fuente en medio de la estancia y los motivos egipcios en las baldosas del suelo. ¡Y pensar que yo había logrado prosperar en la vida por haber conseguido calefacción y un baño compartido!

Seguí a los demás hasta un salón donde un piano de ébano relucía junto a unos divanes de cuero. Cuadros de tigres y elefantes colgaban de las paredes. Francois abrió unas puertas de cristal que conducían a una terraza con mesas y sillas de madera tallada y cuidados setos plantados en macetas.

—Desde aquí se ve el Bois de Boulogne durante el día —explicó, señalando con el brazo hacia una mancha oscura situada entre el mar de luces.

Había dirigido su comentario a Camille, pero su mirada se movió en mi dirección. ¿Estaba tratando de impresionarme a mí? Deseché aquel pensamiento. Era demasiado rico y yo era demasiado fácil de impresionar como para que aquello supusiera un desafío para él.

—No hace demasiado frío esta noche —comentó Bentley, pasando al lado de Francois y saliendo a la terraza.

Camille le siguió. Yo estaba a punto de salir también cuando Francois apoyó la mano sobre mi hombro y dejó que la puerta de la terraza se cerrara.

—¿Por qué no me ayuda usted a seleccionar la música?

Abrió de un golpe las puertas de un armario y sacó una balda móvil sobre la que había un gramófono. Colocó la aguja y la música de *jazz* inundó la habitación. Después dio un paso hacia mí y me sostuvo en posición de foxtrot, con los dedos entrelazados y su pie derecho entre los míos. Empezamos a movernos y Francois me atrajo hacia él. Cuando habíamos bailado en el Claridge's, éramos una pareja más entre una multitud de bailarines. Pero bailar con Francois en su salón me resultaba incómodamente íntimo.

Aproximó su rostro al mío.

—Ha estado usted distraída toda la noche —me dijo.

Su mano se deslizó por mi omóplato hasta la zona lumbar, que estaba descubierta por el corte del vestido. Me puse rígida y apartó la mano hacia la cintura. El disco terminó, pero Francois no se movió para poner otro nuevo. Sus ojos se fijaron en mis labios y su boca se curvó. Traté de escabullirme, pero me agarró de los hombros y presionó sus labios contra los míos. El beso sucedió tan deprisa que yo me quedé congelada. Me introdujo la lengua en la boca. Me estremecí cuando nuestros dientes entrechocaron, pero no logré moverme hasta que me deslizó la mano por el cuello y me acarició un pecho con la punta de los dedos. Me solté y hui tras la mesa de café.

—Ahora sí lo entiende, ¿verdad? —me dijo—. No es demasiado tarde como para

que se marche usted a casa. O se puede quedar y contemplar mis cuadros mientras me cambio de ropa.

Se volvió y abandonó la habitación. Salí a toda prisa por las puertas de la terraza y casi aterricé en el regazo de Bentley. Él y Camille estaban sentados a una mesa, exhalando hacia el cielo nubes de humo de los cigarrillos que se estaban fumando.

—¿Dónde está Francois? —me preguntó Bentley—. ¿Ya no bailan más?

—Se está cambiando de ropa —respondí.

Me latía con fuerza el corazón e infinidad de pensamientos me pasaban a toda velocidad por la cabeza. ¿Acaso había hecho yo algo para alentar a Francois?

—¡Pues vaya buen anfitrión! —se quejó Bentley, apagando el cigarrillo sobre un platillo—. ¿Qué está haciendo? ¿Poniéndose el pijama? —Se levantó de su asiento—. Iré a buscar a la sirvienta para que nos prepare unas bebidas. Fue Francois el que sugirió que viniéramos aquí a tomar una última. Como mínimo, podría ofrecernos una copa de oporto.

Cuando Bentley se marchó, Camille contempló mi vestido. Miré hacia abajo y me di cuenta de que, en mi forcejeo con Francois, mi falda se había arrugado a la altura de la cintura y una de las tiras de los hombros se me había caído.

—Francois está loco por ti —murmuró—. Piensa que eres bellísima.

—¡Pero si apenas me conoce!

No se me pasó por la cabeza que sencillamente podía marcharme de allí. Por alguna razón, cuando estaba con Camille, pensaba que necesitaba su permiso para hacer cualquier cosa.

Camille exhaló una nube de humo al aire.

—Él es más que rico, ya sabes. Este es su apartamento de la ciudad. También tiene un *château* en Neuilly. Podría hacer mucho por su carrera.

Mi mente se ralentizó lo suficiente como para examinar a Camille con detenimiento. Sus ojos estaban inyectados en sangre. Habíamos tomado la misma cantidad de vino en la cena y de champán en el Claridge's, pero Camille estaba borracha. Pensé en el momento en que me había encontrado con ella y los demás junto a la puerta de artistas. Quizá habían empezado a beber inmediatamente después del espectáculo.

—Eres virgen, ¿verdad, Simone? —me preguntó Camille, apagando su cigarrillo—. Bueno, pues entonces tendrás que decidir si quieres ser una chica casta o una estrella. No puedes ser ambas cosas.

Miré a mis espaldas; me hubiera sentido más segura si Bentley hubiera estado allí.

—¿Qué quieres decir?

Camille se inclinó hacia atrás en la silla y me contempló con los ojos entrecerrados.

—¿Crees que yo habría llegado hasta dónde he llegado sin Bentley? ¿O sin *monsieur* Gosling en su momento? ¿Te crees que las chicas como nosotras podemos

llegar a ser algo sin un poco de ayuda?

No contesté; me sentía demasiado sorprendida por el tono de su voz. La manera en la que escupía los nombres de Bentley y de *monsieur* Gosling sonaba como si le produjeran repugnancia. Sabía que los utilizaba, pero no comprendía qué podía detestar tanto de ellos.

—A mí me descubrió un agente teatral. Vine a París por mi cuenta y ahora canto en dos lugares de prestigio —repliqué—. Y lo he hecho todo sin la ayuda de un hombre.

Camille encendió otro cigarrillo y me miró con seriedad.

—Sí, pero tú solo tienes que preocuparte de ti misma —rezongó—. ¿Crees que haría todo esto únicamente en beneficio propio? Tengo una hija en la que pensar.

Aquella información me dejó aturdida. Miré fijamente a Camille, esperando que me diera algún tipo de explicación.

—Está en un convento. En Aubagne —aclaró. Su voz estaba tan cargada de emoción contenida que a mí también se me formó un nudo en la garganta—. Si no consigo hacer fortuna, ella, por ser hija ilegítima, no tendrá ni la más mínima oportunidad, igual que me ha pasado a mí.

De repente, adquirí una perspectiva totalmente diferente del modo de vida de Camille. Me ardieron las mejillas de vergüenza al pensar que siempre la había considerado una oportunista.

—Su padre era un comerciante de café que ni siquiera se quedó para el día de su nacimiento.

—¿Y qué pasa con Bentley? —pregunté—. Parece que está impresionado contigo. ¿No te hará su esposa?

Camille arqueó las cejas y se echó a reír. Parecía divertirse mi ingenuidad.

—Simone, ¡los hombres no se casan con chicas como nosotras! Tenemos que obtener de ellos todo lo que podamos y vivir por nuestra cuenta. Además, no creo que su esposa aprobara que yo me casara con él.

—¿Bentley ya está casado? —Me di cuenta de que había supuesto que Bentley era un joven soltero buscando diversión y animación en la ciudad. Y, posiblemente, amor.

—Por supuesto —respondió Camille, riéndose entre dientes—. Su esposa está en Londres, organizando bailes para asociaciones benéficas, reuniéndose con las matronas de la alta sociedad londinense y haciendo todas las cosas que se le exigen a una buena mujer casada.

Iba a añadir algo más cuando Bentley regresó con la sirvienta y una bandeja de bebidas. Francois llegó arrastrando los pies tras ellos, se había puesto un batín y un pañuelo al cuello. Parecía que ya se le habían pasado los ardores amorosos y me sonrió antes de rebuscarse en el bolsillo y sacar una bolsita.

—Deje la bandeja —le ordenó a la sirvienta una vez que esta había servido las bebidas.

Cuando la sirvienta se marchó, Francois apartó las botellas y pasó por encima de la bandeja una servilleta limpia. Abrió la bolsita y vertió un montón de cocaína sobre la brillante superficie.

—Ah, ¡unas rayas de nieve! —comentó Bentley, echándose a reír—. ¡Eres mejor anfitrión de lo que yo pensaba, François!

Se metió la mano en el bolsillo y abrió un estuche metálico, del que sacó una tarjeta de visita y se la entregó a Francois.

—¡Qué oportuno! —comentó Francois, empleando la tarjeta para dividir el polvo en cuatro líneas.

Cuando terminó, volvió a meterse la mano en el bolsillo y sacó cuatro pajitas, entregándonos una a cada uno.

Bentley empujó la bandeja hacia mí.

—El primero que salude al amanecer, gana —sentenció.

—Hazlo tú primero —le dijo Camille, devolviéndole la bandeja a Bentley—. Estoy segura de que Simone no lo ha hecho nunca antes.

—¿Es eso cierto? —exclamó Bentley, agachando la cabeza sobre la bandeja—. Entonces no sabe lo que es la vida.

Se colocó la pajita en uno de los orificios de la nariz y, cerrándose el otro con un dedo, esnifó el polvo como un oso hormiguero aspirando los insectos con su trompa. Se echó hacia atrás en la silla y parpadeó, con los ojos húmedos. Camille fue la siguiente en hacerlo, seguida de Francois. Camille comenzó a reírse, pero apretó los puños con tanta fuerza que un hilo de sangre se le resbaló desde donde se había clavado una de sus uñas en la palma de su propia mano. Francois gimió y empujó la bandeja hacia mí, pero en lo único en lo que yo podía pensar era en aquel hombre en el exterior de Le Chat Espiègle que gritaba que tenía miles de cucarachas bajo la piel recorriéndole todo el cuerpo. Me levanté suavemente de la silla y abrí la puerta que conducía al salón.

La sirvienta me ayudó a ponerme el chal y los guantes en el recibidor.

—¿Desea la señorita dejar algún mensaje a *monsieur* Duvernoy? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

Fuera, en la avenida, la mañana estaba despuntando. El sol brillaba detrás de los tejados de los edificios y de las ramas de los árboles más altos. No había ningún taxi a la vista, así que continué caminando hacia el Arco del Triunfo, en busca de una estación de *métro*.

Cuando *monsieur* Volterra comenzó a planear el siguiente espectáculo, *monsieur* Etienne negoció para que me dieran un número mejor con baile y canción: moderno en lugar de cómico. La mayoría de los teatros en París, incluido el Casino, cerraban en agosto a causa de los ensayos de los nuevos espectáculos que se estrenaban en septiembre. Podría haberme unido a alguna de las compañías que se iban de gira por las provincias en verano o podría haber actuado más noches en el Café des Singes. Opté por no hacer ninguna de las dos cosas y dejé el trabajo en el club nocturno de *madame* Baquet. Quería volver a la finca durante el verano. Me sentía sola. Debido a mi edad y a mi ocupación, estaba aislada de la vida normal y también del resto de artistas que me rodeaban. Las coristas no tenían interés en conocerme y no era lo bastante famosa como para codearme con las estrellas. Tal y como había quedado claro la noche en el apartamento de Francois, Camille y yo pertenecíamos a mundos totalmente diferentes. Odette era mi única verdadera amiga, pero entre su trabajo y sus clases de pintura, y mis extrañas horas laborales, apenas nos veíamos. Me encantaba París, pero había llegado la hora de hacer una visita a mi hogar.

Cogí el tren nocturno a Pays de Sault, haciendo un derroche al pagar un compartimento en coche cama de segunda clase para no tener que soportar la incomodidad de viajar sentada toda la noche. Me encontré con Bernard en la estación, pero no traía un automóvil deportivo, sino una camioneta.

—*Bonjour*, Simone. Bienvenida a casa —me saludó y sonrió.

Bernard cargó mi equipaje en la parte trasera de la camioneta y me abrió la puerta del copiloto antes de tomar asiento al volante y poner en marcha el motor. El sol meridional entraba a raudales a través del parabrisas. Me resultaba deslumbrante, después de haberme acostumbrado a la anémica luz de París. Los pinos brillaban bajo el cielo azul y los ruiseñores cantaban. La carretera estaba tan llena de baches que me imaginé que el vaso de leche que me había bebido en el tren se me estaría convirtiendo en mantequilla dentro del estómago.

Le hablé a Bernard sobre Montparnasse, el Café des Singes, mi número en el Casino de París y mi cena en Fouquet's.

—Nos hemos intercambiado las vidas —comentó mientras esbozaba una sonrisa en su bronceado rostro—. Tú te has civilizado y yo me he asilvestrado.

Paseé la mirada desde sus botas con tachuelas hasta su gorra. Una fina película de transpiración hacía que le brillaran las mejillas y la frente. Se había convertido en un auténtico agricultor, pero no tenía nada de silvestre. Sus pantalones de trabajo lucían una raya perfectamente planchada que le recorría cada una de las perneras y el hedor a piel quemada reinante en la cabina de la camioneta desaparecía gracias al toque de colonia que provenía del cuello de su camisa.

Ya había terminado la temporada de cosecha de lavanda. Bernard me contó que había sido todo un éxito y que estaban pensando en adquirir otro alambique para el año siguiente. También esperaban poder comprar la finca abandonada de los Rucart al único heredero, que vivía en Digne. No había posibilidad alguna de restaurar el antiguo caseño, pero querían utilizar el huerto y preparar el resto de los campos para plantar lavanda.

—Tengo un contacto en Grasse que asegura que sus científicos están desarrollando un híbrido que es más resistente que la lavanda silvestre y que produce diez veces más aceite —me explicó Bernard, que sonaba como mi padre cuando tenía uno de sus arrebatos empresariales—. Si funciona, necesitaremos más terreno.

Llegamos a la finca por la tarde. Los cipreses proyectaban su sombra sobre el ardiente camino. Mi madre estaba de pie en el patio, haciéndose visera con la mano y con *Bonbon* de guardia a sus pies.

Ya de lejos pude ver que la perrita había ganado peso; sin duda, la habían malcriado con las comidas de tía Yvette. Recorrimos la arboleda y mi madre nos llamó. Tía Yvette surgió por detrás de la cortina de cuentas de la cocina, con una sartén en la mano. *Chocolat* y *Olly* correataron tras ella.

Bernard aparcó en el patio. No esperé a que me abriera la puerta; salté de la camioneta y corrí hacia mi madre. Ella también se apresuró hacia mí y me cogió la cabeza entre las manos, besándome repetidas veces en las mejillas. La ternura le brillaba en los ojos, además de una ligera sorpresa, como si yo fuera una aparición que hubiera surgido del bosque.

—Me alegro de verte, Simone. Pero no te vas a quedar mucho tiempo, ¿verdad? Aún no —me dijo, contestándose a sí misma y dedicándome una de sus misteriosas sonrisas.

—¡Simone! ¿Eres tú? —exclamó tía Yvette, dejando la sartén sobre el alféizar de la ventana y rebuscándose en el bolsillo las gafas. Se las puso y me miró con ojos entrecerrados—. ¡Pero mira qué pelo llevas! —gritó—. ¿Qué has hecho con él?

Se me había olvidado que las iba a impresionar. Las mujeres de nuestra aldea mantenían el pelo largo desde que nacían hasta que se morían, y lo llevaban siempre recogido.

—Así que la cosecha de lavanda ha vuelto a ser buena, ¿eh? —pregunté, tratando de desviar la atención de mi pelo.

—Incluso mejor que la del año pasado —contestó tía Yvette, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Dónde está Gerome? —preguntó Bernard, sacando mis maletas de la camioneta y colocándolas en el umbral de la puerta—. Seguramente le gustará ver a Simone.

—Ahora mismo está durmiendo —le contestó tía Yvette, y volviéndose hacia mí aclaró—; Hemos convertido la sala de estar principal en una habitación para él. Así puede unirse a nosotros durante las comidas y ver el trabajo de la finca sin que

tengamos que transportarlo arriba y abajo por las escaleras.

—¿Entonces está mejor? —pregunté mientras cogía el vaso de vino helado que mi madre me estaba entregando y me sentaba junto a ella en un banco del patio.

El enrejado se había combado por el peso de las flores de la glicinia, que colgaban sobre mi cabeza como racimos de uvas. Su aroma dulzón atraía a varios enjambres de abejas. Una se posó sobre mi falda, ebria por la dulzura del néctar. Deambuló sobre la tela durante unos instantes, sacudiendo las alas y las patas, antes de elevarse de nuevo en el aire.

—Ha mejorado —me explicó tía Yvette, acercando una silla—. Se puede sentar sin ayuda e incluso dice alguna que otra palabra de vez en cuando. Al final no hemos necesitado contratar a nadie que nos ayude con él. Entre tu madre y yo logramos ocuparnos de él.

Mi madre me pasó una raja de melón y me miró a los ojos.

—Ve y échate un rato antes de la cena —me dijo—. Pareces cansada. Podemos hablar más después de que te repongas.

Me tumbé en uno de los dormitorios de casa de tía Yvette y me sentí tan agotada por el viaje que no me molesté ni siquiera en quitarme el vestido. *Bonbon* saltó a la cama y se hizo un ovillo a mi lado. Le pasé los dedos por el pelaje. Me miró fijamente antes de estirar el morro a modo de bostezo. Ahora era la compañera de mi madre, pero me alegró verla de nuevo. Me dormí, pero no descansé bien, pues el calor me provocó toda una serie de sueños inconexos sobre bailes en el Casino de París y el sonido chirriante de los frenos del tren.

—¡Simone! —me llamó la voz de mi madre desde la planta de abajo.

Me incorporé de un salto, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho y la espalda húmeda de sudor. *Bonbon* había desaparecido. Fuera, el sol se había puesto y en el cielo de la tarde brillaba un toque azulado. Debía de haber dormido durante horas.

Bajé las escaleras siguiendo el sonido de los platos que estaban poniendo a la mesa y el aroma del pollo al romero. Cuando abrí la puerta de la cocina, la llama de la lámpara a prueba de viento me hizo parpadear. Tío Gerome se hallaba sentado en la cabecera de la mesa. La expresión de su rostro estaba menos desfigurada que la última vez que lo había visto, pero uno de los ojos se le había quedado firmemente cerrado y su pelo, que siempre había sido canoso, ahora estaba completamente blanco.

Mi madre trinchó el pollo sobre la encimera. Tía Yvette, que estaba sirviendo la sopa en cuencos, dejó el cucharón suspendido en el aire y se quedó mirándome fijamente.

—Simone, ¿te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Estoy bien —le respondí—. Es el calor. Me había olvidado de cómo era.

Bernard sirvió un vaso de vino y se lo puso en los labios a tío Gerome para que pudiera beber. Me aclaré la garganta.

—Hola —le saludé.

Me había pasado casi toda la vida temiendo u odiando a tío Gerome, pero verle con aquel cuerpo retorcido me producía mucha confusión. Me entraron ganas de llorar.

Tío Gerome inclinó la cabeza. Un hilo de vino se le resbaló por la barbilla. La expresión de sus ojos era vidriosa y parecía imposible asegurar si me había entendido.

—¿Por qué lleva el brazo en cabestrillo? —le pregunté a Bernard mientras tomaba asiento a la mesa.

—No lo siente —me contestó Bernard, limpiándole la barbilla a tío Gerome con una servilleta—. A veces olvida que está ahí, así que hay que atárselo para evitar que se lo pille o que se retuerza la articulación.

Tío Gerome emitió un gemido y murmuró:

—¿Pierre?

—No, es Simone —le corrigió Bernard—. Tu sobrina.

—¿Pierre? —repitió tío Gerome—. ¿Pierre?

Comenzó a sollozar. El tono suplicante de su voz me desgarró las entrañas. Miré a mi madre y a tía Yvette. Estaban troceando los tomates y los dientes de ajo como si no pasara nada. ¿Cómo era posible que no las trastornara semejante sonido lastimero?

—No te disgustes, Simone —me susurró Bernard—. Tu tío no es desgraciado. El médico dice que es normal que los pacientes que han sufrido un infarto lloren sin motivo aparente.

Hice un gesto de dolor. Tanto Bernard como yo sabíamos que aquello no era cierto. Estábamos escuchando los gemidos de un hombre que se encontraba enterrado en vida, atrapado en el ataúd de su propio cuerpo. Lo que tío Gerome sufría era peor que la muerte. No podía disfrutar de la paz de perder el conocimiento. Era consciente de todos sus remordimientos, todos ellos desfilaban por su cabeza cada día y él tenía que contemplarlos con la impotencia de no poder hacer nada al respecto.

Mi madre y tía Yvette sirvieron la comida. Tía Yvette le metía la sopa a cucharadas a tío Gerome en la boca y así logró que se calmara. Después de la cena, tío Gerome se quedó con la mirada fija en sus propias manos y no volvió a decir nada más durante el resto de la velada. Bernard trató de levantarnos el ánimo preguntándome por qué había traído tres maletas de París.

—¿Acaso piensas que vamos a ir a bailar al Zelli's todas las noches?

Me eché a reír.

—Cuando retiremos la mesa os enseñaré lo que hay dentro de las maletas.

Mi madre y tía Yvette se negaron a que las ayudara a limpiar después de la cena. Pero cuando terminaron, saqué los regalos que les había comprado antes de dejar París.

—Esto es la última moda —les dije, entregándoles unos paquetes blancos y

negros a mi madre y a tía Yvette.

Mi madre abrió la caja de perfume y examinó la botella cuadrada y las llamativas letras de la etiqueta: Chanel N° 5. Aquel diseño representaba todo lo que era chic en París: elegante, sencillo y moderno. Desenroscó el tapón, aspiró el olor del líquido ambarino y se echó para atrás. Arrugó la nariz y se le llenaron los ojos de lágrimas como si acabara de aspirar el acre olor de una cebolla. Estornudó tan fuerte que la caja vacía salió volando por encima de la mesa.

Tía Yvette se humedeció una muñeca con un poco de perfume y se la pasó bajo las aletas de la nariz.

—Sí, es muy especial, ¿verdad?

Bernard, gracias a su habilidad para distinguir las fragancias, fue el que más elogió mi elección de su colonia.

—Esencia de neroli y *ylang-ylang* —comentó, aplicándose un poco de fragancia en el dorso de la mano—. Jasmín y rosa. —Esperó unos minutos antes de volver a olfatearse la piel de nuevo—. Sándalo, vetiver y vainilla.

—También contiene productos sintéticos. Hacen que la fragancia dure más —le expliqué.

Pensé en los regalos de perfumes de una sola flor que Bernard había traído de Grasse a lo largo de los años, con sus botellas de cristal esmerilado, cuello estrecho y tapones decorados con flores o pájaros de porcelana; y también en las bolsitas de hierbas aromáticas y esas velas a las que mi madre les aplicaba aceite de lavanda o de romero para los días especiales del año. Puede que el Chanel N° 5 estuviera de moda en París, pero comprendí que las cosas sofisticadas podían llegar a ser incongruentes en el sur. A Bernard le sentaba bien la corbata color esmeralda que le había comprado, pero el chaleco de color amarillo mostaza que le había traído a tío Gerome resultaba demasiado chillón en comparación con el color apagado de su ropa y le confería el aspecto de un tétrico payaso.

Tía Yvette se envolvió en el kimono que le había comprado en las Galerías Lafayette por encima de su rural atuendo y sirvió el café con él puesto. La seda carmesí ondeando a su alrededor a medida que se movía de la encimera a la mesa la hacía parecer una de las prostitutas que se paseaban a lo largo de la Rue Pigalle. Pero fue mi madre la que logró adquirir el aspecto más estrambótico. Me había gastado el sueldo de una semana en una estola de zorro plateado que, a pesar del calor, se puso alrededor del cuello. En contraste con su piel bronceada y su cabello enmarañado, aquel accesorio perdía toda la elegancia y parecía exactamente lo que era en realidad: un animal muerto enrollado en torno al cuello de una mujer. Mi equivocación me demostró lo diferentes que se habían vuelto nuestras vidas y aquello me entristeció. ¿Aquel era el resultado de salir al mundo exterior y de labrarme una vida propia? Desde la muerte de mi padre me había sentido de repente muy cercana a mi madre, pero ahora habíamos tomado caminos distintos. Me pregunté si lograríamos reconocernos dentro de unos años.

Mis dos semanas en Pays de Sault transcurrieron lentamente al principio, pero cuando la quincena llegó a su fin sentí que el tiempo había volado sin que yo me diera cuenta. Al principio, lejos de todo el bullicio y las distracciones de París, tuve que readaptarme a la costumbre de hacer las cosas lentamente y con un propósito concreto. Era necesario ir a buscar agua del pozo todos los días, había que recoger las verduras del huerto y las distancias se recorrían a pie o en bicicleta, y no en taxi. Mi cuerpo tuvo que adaptarse de nuevo al ritmo de la vida en el campo: levantarse temprano e irse a la cama después de que anocheciera. Colaboraba en la cocina y con los animales, pero siempre que me ofrecía para ayudar en las tareas agrícolas todos se reían.

—Antes se te daba mal —me dijo Bernard, dándome unos golpecitos en la espalda—, así que no imagino que la cosa haya mejorado ni lo más mínimo en París.

Teniendo en cuenta su milagrosa adaptación a la vida rural, ¿cómo podía llevarle la contraria?

Todos los días visitaba la tumba de mi padre a la caída del sol. *Bonbon* me acompañaba, era el único momento en el que se separaba de mi madre. Un día mientras plantaba un poco de lavanda junto a su tumba, la letra de *La bouteille est vide* me vino a la mente. Era cierto que cuanto más conseguíamos, más deseábamos. Si alguien me hubiera dicho que un día me vestiría con ropa comprada en unos grandes almacenes en lugar de con prendas de segunda mano caseras, que viviría en París y me ganaría la vida cantando, hubiera pensado que aquella vida era lo más maravilloso que me podía imaginar. De repente, descubrí que quería algo más. Deseaba ponerme trajes de alta costura como Camille; deseaba un apartamento como el de Francois y no solo quería ser cantante: anhelaba convertirme en una estrella. Es más: quería que todas aquellas cosas tuvieran lugar conforme a mis propias condiciones.

Decidí que iba a asumir riesgos y lograría mantenerme por mi cuenta o fracasaría. No dependería de los hombres, como hacía Camille. Me vino a la mente el rostro de André Blanchard. Si iba a estar con un hombre, lo haría porque le amara.

Cuando llegó la mañana en la que Bernard tenía que llevarme de vuelta a Carpentras para coger el tren de regreso a París, me di cuenta de que mi visita había significado algo más que un descanso de las exigencias de mi vida en la capital. Me había permitido tomarme un respiro antes de ascender la montaña del éxito.

Tía Yvette y mi madre sentaron a tío Gerome en una silla junto a la puerta para que pudiera contemplarnos a Bernard y a mí yendo y viniendo con las maletas escaleras abajo y verme a mí corriendo de vuelta a mi habitación en busca de las cosas que había olvidado meter en la maleta. Cuando hubimos cargado todo en la camioneta, besé a tío Gerome en las mejillas.

—Bueno —dijo, fijando su ojo sano en mí antes de volver a perderse en sus

propios pensamientos.

Tía Yvette me echó un brazo por los hombros, me dio un beso y me llevó hasta la camioneta.

—Date prisa —me advirtió— o perderás el tren. No quiero que Bernard conduzca por esa carretera como un piloto de carreras.

Acaricié a *Olly*, a *Bonbon* y a *Chocolat* por turnos. *Bonbon* me dedicó una mirada culpable; quizá percibía que me sentía sola en París. Pero *Chocolat* la había adoptado y mi madre la adoraba, así que no podía separarlas bajo ningún concepto. Le froté las orejas a *Bonbon* para que supiera que lo comprendía.

—Eres exactamente igual que Bernard —le dije—. Te has enamorado del campo. Bernard arrancó la camioneta.

—Vamos, Simone —me llamó—. Te toca hacer el saludo final.

Me eché a reír y le di un beso a mi madre. Me cogió las manos entre las suyas y me las apretó. Tenía suciedad incrustada en los nudillos y la piel áspera: las suyas eran manos honradas, endurecidas por el trabajo decente. Al verlas, sentí el corazón henchido de amor.

Cuando llegué de vuelta a París, *madame* Lombard me entregó una carta que volvió del revés todos mis planes. Mi número en el Casino de París había sido eliminado. No porque no fuera bueno, según escribía con mucho tacto la ayudante de *monsieur* Volterra, sino porque el espectáculo resultaba demasiado largo y *monsieur* Volterra no podía recortar ninguno de los números del humorista principal, Jacques Noir.

Me desplomé sobre la cama. ¿Qué iba a hacer ahora? Después de gastarme hasta el último céntimo en los regalos para mi familia, solo me quedaban doscientos francos y tenía que pagar el alquiler a la semana siguiente. Y ya no tenía el número en el Café des Singes como colchón económico.

La situación no dejaba de ser irónica, dado el propósito que había madurado en Pays de Sault. En lugar de conseguir más de lo que ya tenía, estaba a punto de perder lo poco que había logrado. Mi sueño de convertirme en una estrella parecía más lejos de mi alcance que nunca.

A la tarde siguiente, *madame* Lombard me pidió que bajara a atender una llamada telefónica. Al otro lado de la línea estaba *monsieur* Etienne. Me ordenó que me dirigiera al Casino de París inmediatamente.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en voz baja, porque *madame* Lombard se había quedado merodeando por la zona de recepción mientras arreglaba un jarrón con tulipanes y sacudía los cojines del sofá.

—La esposa de Miguel Rivarola lo abandonó ayer por la noche. Tienen que encontrarle una pareja de tango hoy mismo o ha amenazado con volverse a Buenos Aires.

Me retorcí el cable del teléfono alrededor de la muñeca y lo volví a soltar de golpe. El tango había adquirido popularidad en París desde que Rodolfo Valentino lo bailara en la película *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, y lo había visto bailar en los cafés y los *bals musettes*. Sin embargo, había una gran diferencia entre lo que las parejas bailaban durante la sobremesa y lo que interpretaban Rivarola y su esposa ante el público. Los había visto bailar en el Scala una vez y me había quedado cautivada por la sensualidad de sus movimientos y el ímpetu con el que movían piernas y brazos. Eran como dos llamas ardiendo sobre el escenario.

—¿Y ahora mismo Rivarola no está más preocupado por encontrar a su mujer? — pregunté.

—No —me contestó *monsieur* Etienne, echándose a reír—. Es un profesional de pies a cabeza. Lo demás no importa, pues sabe que el espectáculo debe continuar. No olvide que la temporada comienza en tres semanas.

«¿Quién puede igualar a María?», pensé, alisándome el cuello del vestido. La profundidad de sentimiento necesaria para interpretar un tango era algo que no se podía aprender de un día para otro. Que el Casino quisiera que yo lo intentara demostraba lo desesperado que estaba *monsieur* Volterra.

Madame Lombard pasó rozándome y se sentó tras el mostrador de recepción para revisar el correo que acababa de llegar. Le dije a *monsieur* Etienne que me presentaría en el Casino en menos de media hora. No me iba a quejar si *monsieur* Volterra quería ofrecirme un número: necesitaba el dinero.

Cuando llegué al Casino de París, comprobé con resentimiento que *monsieur* Volterra no solo me había incluido a mí en la audición para la pareja de baile de Rivarola, sino que estaban allí todas las coristas y otras artistas que realizaban números menores. Las tres primeras filas del patio de butacas estaban llenas de mujeres ataviadas con vestidos holgados y zapatos de baile. Sophie, la corista principal, se había sentado junto a *monsieur* Volterra y sostenía una rosa entre los dientes. Estaba a punto de darme la vuelta para marcharme cuando *monsieur* Volterra se percató de mi presencia y me saludó con la mano. Le devolví la sonrisa y tomé asiento. En pro de una buena relación con él en el futuro, era más sensato que me quedara.

Rivarola se encontraba sobre el escenario, probando unos pasos de tango con una de las coristas. Maniobraba como un gato al acecho, concienzuda y deliberadamente. De repente, estalló.

—¡No, no, no! —murmuró, apartándose bruscamente de su pareja y dirigiéndose a Volterra—. ¡Esta chirusa no me sigue!

Como Rivarola no hablaba demasiado francés y Volterra no sabía ni palabra de español, el comentario lo tradujo un técnico de iluminación que era de Madrid.

—Dice que la chica no sigue sus pasos —explicó el muchacho.

—¡Pero es muy hermosa! —protestó *monsieur* Volterra, extrayéndose un pañuelo del bolsillo y secándose la frente—. Seguro que podrá aprender algo si él le enseña.

No es como si pudiéramos sacarle otra bailarina de tango argentina del sombrero del mago. Y al fin y al cabo su contrato sigue en pie.

Hubo un momento de pausa mientras el técnico le traducía aquellas palabras a Rivarola. El bailarín cruzó los brazos sobre el pecho y negó con la cabeza.

—¡Esta mina salta como un conejo! —gruñó, blandiendo el puño hacia los bastidores—. Yo quiero una piba que se deslice como un cisne.

El técnico de iluminación trasladó el peso de su cuerpo de un pie a otro y recogió un cable suelto de uno de los focos, tratando claramente de evitar tener que traducir aquel último comentario.

Al ver que era inútil continuar con aquella discusión, *monsieur* Volterra le indicó a la corista que se sentara y llamó a otra, que se aproximó cautelosamente al escenario, como una virgen ante un sacrificio.

—No me extraña que su mujer le haya dejado —le susurró una corista a otra—. Es demasiado difícil de contentar.

Aunque me había resignado a que aquella audición iba a ser una pérdida de tiempo, me intrigaba el método de Rivarola para poner a prueba a las posibles candidatas. Empezaba por marcarle un paso de tango para que la chica lo siguiera. Cuando estaba seguro de que ella había comprendido la variación, se volvía y le hacía un gesto con la cabeza a un tramoyista que esperaba en la primera bambalina. El hombre ajustaba la aguja del gramófono en un disco y la música de tango resonaba en el aire. Entonces, Rivarola avanzaba hacia la chica y la aferraba con una de sus manos firmemente colocada sobre la zona lumbar de ella y el torso presionado contra el de ella. Aquel abrazo resultaba sugerente, pero no había ni rastro de familiaridad en el rostro pétreo de Rivarola. Se mantenía en aquella posición, sin pestañear ni mover ni un músculo, durante al menos un minuto. Si la chica se retorció, se echaba a reír o movía los pies, la descartaba.

Me incliné hacia delante y estudié a Rivarola. Tenía como mínimo cuarenta y muchos años: aunque su cuerpo era flexible como el de un muchacho, era el rostro lo que revelaba su edad. Tenía hinchadas bolsas bajo los ojos, y su cuello, aunque se mantenía firme en la zona de la barbilla, tenía piel de gallina. Y, sin embargo, de alguna manera, aquellos defectos los contrarrestaba con el parpadeo de sus ojos y la curva de sus labios fruncidos. Cada vez que giraba la cabeza o doblaba las piernas rezumaba sensualidad por los cuatro costados. Comencé a sospechar que aquel fuerte abrazo al que sometía a las candidatas era para probar si la chica se inflamaría con la llama que ardía bajo su piel o si se fundiría con ella. Después de que Camille me dijera que yo era tan obviamente casta, tenía la certeza de que no sería la elegida. No obstante, sentía curiosidad por saber a quién seleccionaría.

Si la candidata pasaba la prueba del abrazo, Rivarola bailaba el paso de tango con ella, propulsando a la chica por el escenario y cambiando con frecuencia de dirección. Me percaté de que no desechaba a las bailarinas por confundirse con los pasos; no parecía estar buscando la perfección. Me intrigaba el modo en el que guiaba a sus

diferentes parejas —cerniéndose sobre ellas, retrayéndose de ellas e incluso olfateando sus coronillas—, como si estuviera eligiendo flores en un mercado por su fragancia. Sin embargo, tras más de una hora de audición, ninguna de las chicas le complacía.

—¡Esto es como bailar con troncos! —bufó Rivarola en español justo antes de que *monsieur* Volterra me ordenara subir al escenario.

No tenía ni la menor idea de qué acababa de decir, pero por su tono sabía que no era nada bueno. Sus insultos eran injustificados: tenía a su disposición a algunas de las mejores coristas de París, muchas de las cuales contaban con formación como bailarinas de ballet. Me puse en posición frente a él y me preparé para la prueba mientras me imaginaba el bollito de crema bañado en chocolate que pensaba devorar en cuanto saliera de la audición.

Rivarola contempló mis tobillos y se agachó para acariciarlos como un hombre que estuviera eligiendo un caballo de carreras. Parecía intrigado por la forma que tenían, aunque nadie me había hecho nunca ningún comentario sobre mis tobillos antes. Me rozó con las manos los puentes de los pies y deslizó los dedos por los empeines. Luché por contener la comezón que me irritaba la tráquea; estaba decidida a no reírme. Quería aguantar por lo menos hasta la segunda prueba antes de que Rivarola me descartara. Tenía curiosidad por descubrir cómo tomaba sus decisiones.

El tramoyista colocó la aguja en el gramófono y Rivarola me apretó contra su pecho. Tuve que contener un grito. Algo parecido a un rayo saltó de su pecho al mío. Me sacudí por la fuerza de la conmoción, pero no me moví del sitio. Rivarola me miró a los ojos. De alguna manera logré mantenerle la mirada. «Esto es lo que debe de sentirse cuando te seduce un gitano», pensé, aunque Rivarola no lo era, por supuesto. Era argentino de pura cepa.

Rivarola me movió hacia atrás, pero por la fuerza que brotaba desde sus piernas me dio la sensación de que me estaba arrastrando una columna de aire. Me cogió por sorpresa, pero no me resistí. Entonces, la fuerza de la gravedad pareció disiparse alrededor de mi cuerpo, mis piernas revoloteaban como si estuvieran flotando. Aquello no era lo que yo esperaba del tango, más bien me había imaginado que sería un baile cargado de dramatismo y desesperación. María siempre bailaba con los brazos alrededor del cuello de Rivarola, como la víctima de un naufragio aferrándose a un madero. Ahora me preguntaba si lo que había intentado era contener sus ganas de escaparse. Rivarola acometía cada paso como si estuviera probando el agua de un baño con la punta del pie. Y, sin embargo, todos sus movimientos eran fluidos. La música se separaba en capas y Rivarola bailaba cada una de ellas. A veces seguíamos la melodía del piano; otras, la nostálgica voz del cantante; otras, los violines. Nunca había prestado tanta atención a los detalles de la música mientras bailaba, solamente al ritmo y al compás en general. Hasta entonces, había considerado la música como el acompañamiento del baile, pero para Rivarola la música era lo esencial.

De repente, se detuvo y me separó de él bruscamente. Me di cuenta de que

mientras pensaba en la música había perdido la concentración en los movimientos. El rostro de Rivarola se contrajo y se precipitó sobre *monsieur* Volterra a tal velocidad que pensé que le iba a propinar un puñetazo en la cara. El empresario teatral debió de pensar lo mismo, porque se echó hacia atrás en su asiento.

—¡Esta piba acaricia la música como una diosa bailando sobre las nubes! —gritó Rivarola.

Monsieur Volterra se quedó boquiabierto y miró consecutivamente a Rivarola y al técnico de iluminación. El rostro del muchacho empalideció y le temblaron las piernas. La aguja del gramófono se salió del disco y la estancia se quedó en un silencio sepulcral. Todo el mundo parecía estar conteniendo el aliento, a la espera de que el técnico interpretara lo que Rivarola había dicho. El chico se deslizó hacia el borde del escenario.

—Rivarola dice que es perfecta —le aseguró a *monsieur* Volterra, que se había puesto blanco como una sábana—. Dice que acaricia la música como una diosa bailando sobre las nubes.

En un mismo día, pasé de no tener trabajo a ser parte de un dúo con uno de los bailarines de tango más famosos del mundo. Rivarola y yo incluso aparecíamos en cartel, porque bailábamos en varias escenas y nuestro número era la subtrama del tema del espectáculo sobre el amor prohibido. Era la primera vez que veía mi nombre entre luces desde Marsella, ¡y esta vez era en el Casino de París! Pero lo cierto es que me gané a pulso todas y cada una de las letras que aparecían en cartel. A apenas tres semanas del estreno, el programa de ensayos resultaba extenuante: tres horas de clases de tango todas las mañanas y un ensayo de verdad de dos a seis todas las tardes.

—¡Necesitás más disciplina pa' ser una bailarina seria que pa' ser una cantante de comedia! —me gritaba Rivarola al menos tres o cuatro veces durante cada sesión.

Después de haber aprendido algunas frases de inglés al trabajar en el Café des Singes, ahora empecé a aprender español también —toda una necesidad, al pasar varias horas al día con un argentino que se negaba a hablar en francés— y entendí lo que Rivarola quería decir más de lo que él nunca llegó a reconocer. Resultaba fácil esconderme tras las letras de canciones graciosas; sacar de mi interior lo que estaba oculto a ojos de todos era mucho más difícil. Sabía que si quería dejar atrás las canciones pueriles y los trajes ridículos para siempre, tenía que lograr que nuestro número fuera un éxito. ¡*Monsieur* Volterra incluso mandó que pintaran nuestro retrato para colocarlo en la pared contraria a donde estaban los carteles de Camille y Jacques Noir!

—¡Che, préstame más atención! ¡No bailes pa' la gente!

El técnico de iluminación, que hacía las veces de intérprete durante los ensayos, me había escrito aquella frase y yo la pegué en el espejo de mi camerino. «Céntrate en Rivarola. No actúes para el público». Aquella consigna iba en contra de todo lo que me habían enseñado como cantante, pero era la única manera de que un dúo de

bailarines cautivara al público. La gente que nos veía actuar tenía que creer que estaban presenciando un romance en la vida real entre un hombre y una mujer.

Ignoraba si Rivarola comprendía la seriedad con la que me estaba tomando sus instrucciones. Nunca me quitaba las zapatillas de baile hasta que llegaba a mi habitación en el hotel y, cuando lo hacía, tenía que despegármelas de mis amoratados pies llenos de ampollas. Con un grito de alivio, los sumergía en una palangana de agua fría. A menudo, después del ensayo examinaba mi rostro en el espejo. A causa de los constantes improperios de Rivarola, mis ojos estaban adquiriendo una mirada altanera y en la boca lucía una mueca rebelde. Las mejillas y la barbilla se me habían afilado desde que llegué a París. Era como si Rivarola me estuviera transfiriendo algo de sí mismo. Normalmente bailábamos con las mejillas juntas, pero, a veces, durante los ensayos, presionaba su frente contra la mía.

—Así podemos leer la mente del otro —me decía.

Me dio vergüenza la primera vez que Rivarola presionó su pecho con tanta fuerza contra el mío que sentí como si mis senos se aplastaran contra sus costillas, pero no protesté. Tampoco dije nada cuando durante algunos de los pasos del baile frotaba su pierna entre las mías mientras me echaba hacia atrás. Me parecía quizá la mejor manera de deshacerme de mi virginidad y seguir siendo fiel a mi arte. Perder mi inocencia sobre el escenario era infinitamente mejor que venderla por dinero a hombres como Francois. La pureza no correspondía con el estilo del tango. Si quería resultar verosímil bailándolo, tenía que transmitir al menos un toque de lujuria y deseo carnal, y también en eso, al igual que con el baile en sí, me estaba instruyendo Rivarola.

Cuando el público y los columnistas de sociedad nos vieron actuando juntos sobre el escenario, asumieron que Rivarola y yo éramos amantes también en la vida real. Los que nos veían entre bastidores sabían que no era cierto. Durante los minutos que bailábamos juntos, Rivarola y yo ardíamos de deseo en brazos del otro. No obstante, tan pronto como caía el telón y corríamos entre bastidores, él se desembarazaba de mí como de la camisa sudada que le tiraba al ayudante de vestuario. Entre actos, se escondía en su camerino, bebiendo *whisky* y fumando cigarros. No estaba interesado en mí más allá de lo que yo significaba para él en escena. Creo que ni siquiera se aprendió mi nombre hasta varias semanas después del estreno. Y aun así, desde la primera noche, nuestro baile hacía que el público se pusiera en pie para ovacionarnos y recibiéramos críticas cargadas de admiración. En el *Paris Soir*, el crítico escribió: «El sublime equipo formado por Rivarola y la recién llegada Simone Fleurier es uno de los platos fuertes del espectáculo. La inconfundible actuación de Rivarola es suficiente para acelerarle el pulso a cualquiera y su pareja de baile lo iguala en todos los sentidos con su elegancia y precisión».

Monsieur Etienne se sintió muy complacido por mi éxito y para celebrarlo nos llevó a Odette y a mí a cenar a La Tour d'Argent.

—Una cosa es ser una gran cantante —me dijo—, y otra es poder bailar como

usted lo hace.

—No creo que haya nadie aparte de ti aquí en París que sea capaz de hacer ambas cosas con tanta genialidad como tú —añadió efusivamente Odette.

Monsieur Etienne levantó su copa de champán.

—París es su pareja de tango, Simone. Lo tiene usted al alcance de la mano.

Hasta entonces, las valoraciones que *monsieur* Etienne había hecho sobre mí siempre habían sido positivas, pero cautas. Aquel elogio tan significativo por su parte me proporcionó la confianza que necesitaba. Viniendo de él, podía estar segura de que no eran meros halagos. Y, sin embargo, aunque puede que fuera cierto que estuviera a punto de conquistar París, no todo el mundo estaba precisamente entusiasmado conmigo.

Lo mejor de pasar de un papel menor a ser la protagonista de una actuación importante era que me incluían en el espectacular número final. El escenario estaba ambientado en una villa española, llena de tientos y geranios en flor, y un patio andaluz con una fuente como telón de fondo. El público suspiraba de admiración cuando Camille hacía su entrada, descendiendo del techo sobre una lámpara de araña, como una deidad bajando de los cielos. Aterrizaba en brazos del bailarín principal, que llevaba puesto un traje de torero cuyos pantalones eran lo suficientemente ajustados como para subirle la temperatura a cualquier mujer. El atuendo de Camille también era muy atrevido: un vestido de sevillanas cortado en la parte frontal para mostrar el corsé y el calzón y una mantilla de encaje, que le caía por los hombros, unida a una peineta que llevaba en lo alto de la cabeza. Las coristas, ataviadas con poco más que unos sombreros cordobeses y unas pocas lentejuelas en lugares estratégicos, se arremolinaban alrededor de la pareja contoneando unos abanicos de plumas. Los payasos, que representaban el papel de los banderilleros del matador, perseguían y eran perseguidos por dos payasos más, disfrazados de toro. Antes de que Camille hiciera su aparición, yo bailaba una especie de flamenco a la francesa que Rivarola se negó a ejecutar porque no tenía nada que ver con Argentina, pero todas las coristas me imitaban detrás mientras lo bailaba. Yo salía cuando me llevaba por delante un picador a caballo, con un caballo de verdad. El animal se llamaba *Roi* y era la cría de uno de los purasangres de carreras de *monsieur* Volterra. Después de que Camille y su amante bailaran y cantaran su número triunfal, las coristas ejecutaban un canción. Todo aquel baile no tenía nada que ver con España, pero al público le encantaba.

Aunque era una estrella, Camille no aparecía en el cartel principal de la temporada. Aquel lugar privilegiado le correspondía a Jacques Noir, «el humorista más adorado de todo París». «Adorado» era el término adecuado: siempre que aparecía en el escenario, mi camerino temblaba por la fuerza del terremoto provocado por el aplauso del público. Una vez mi fotografía de Fernandel —que me había autografiado después de que le viera actuar en el Folies Bergère— se cayó de su alcayata por las violentas vibraciones y se hizo pedazos contra el suelo. El vidrio se rajó por encima de la sonrisa bobalicona del humorista. «Pobrecillo Fernandel», pensé. Aunque era uno de los cantantes cómicos de más talento de París, dudaba que su rostro caballuno, con aquellos oscuros círculos bajo los ojos, jamás pudiera describirse como «adorado».

Cuando Rivarola y yo nos adaptamos a nuestro número, le pregunté al director de escena si podía presenciar la primera aparición de Jacques Noir entre bambalinas. A causa de mi horario, nunca lo había visto actuar. Noir aparecía en el número final

después de mí, cuando los tramoyistas se afanaban en maniobrar para sacarnos al picador, a *Roí* y a mí de escena, antes de que el caballo tapizara de excrementos el suelo donde los demás artistas pudieran pisarlos. A pesar de que no lo alimentaban durante las seis horas anteriores al espectáculo, los movimientos intestinales eran una reacción típica de *Roí* a su euforia después de salir a escena.

—La esposa de Noir es la única que se sienta entre bastidores durante su actuación —me informó el director de escena—. No le gustan las distracciones.

—Seré discreta —le prometí—. No lo puedo ver durante los ensayos porque son siempre a puerta cerrada.

—Lo hace así para que la gente no le robe los trucos antes de que los haga ante el público.

—Yo no voy a hacer eso —repliqué—. ¡A menos que usted piense que Rivarola y yo tenemos posibilidades para hacer un número cómico!

Finalmente, el director de escena cedió y me condujo a una zona del bastidor izquierdo en el que había un taburete de madera. Estaba astillado y me picaban las piernas, pero sonreí como si no pasara nada.

El director de escena se llevó el dedo a los labios.

—¡No quiero oír ni un suspiro! —me advirtió.

Escudriñé la oscuridad y vi a una mujer sentada en el bastidor opuesto. Le iluminaba el regazo un círculo de luz que provenía de una lámpara de mesa colocada en una estantería sobre su cabeza. «Esa debe de ser la esposa de Jacques Noir», pensé, perpleja por su aspecto. Para ser la esposa de uno de los artistas más ricos de París, tenía un estilo muy poco elegante, embutida en un vestido gris. Excepto por la alianza en el dedo anular, no lucía ninguna otra joya. Y si al director de escena le preocupaba tanto que yo respirara, me pregunté qué le parecería que *madame* Noir estuviera haciendo punto. El chasquido de sus agujas se oía incluso desde donde yo me encontraba. Su cuello tenía el aspecto del de un pajarillo y junto con las arrugas que lucía en su frente la hacían parecer la madre de Noir más que su esposa. Había oído que Noir solo tenía treinta y dos años.

Las coristas abrían el número con un baile de *jazz* sobre un tablero de ajedrez con bailarines de reparto vestidos de reyes, reinas, alfiles y caballos. Mientras los bailarines se marchaban del escenario por la escalinata principal, uno de ellos retiró la parte de arriba de una torre gigante. La pieza de ajedrez se abrió y de su interior surgió un hombre vestido de frac con un sombrero de copa. Era tan obeso como un hipopótamo con tres papadas por barbilla y unos acechantes ojillos redondos y brillantes sobre una nariz que tenía el aspecto de un morro de cerdo. A pesar de su caro traje inglés, pensé que era el hombre menos atractivo que había visto en mi vida. Hubiera jurado que era uno de los payasos disfrazado con almohadones y maquillaje extra hasta que la multitud enloqueció y las mujeres comenzaron a gritar: «¡Jacques! ¡Jacques!».

Se me cortó la respiración en mitad de la garganta. Si el aspecto de su mujer me

había sorprendido, ahora me tocó asombrarme del propio Noir. ¿Aquel era el humorista más adorado de todo París? Maurice Chevalier era atractivo y desprendía encanto francés. Incluso Fernandel no resultaba tan repulsivo en comparación con Noir. Pensé en el cartel que había en el vestíbulo: el artista se había tomado algunas libertades para mejorar la apariencia del humorista. Sin embargo, por la reacción del público me di cuenta de que provocaba un efecto mucho más positivo en ellos que en mí.

—¡Señoras!, ¡señoras! —les dijo Noir—. ¡Por favor! ¿Qué van a pensar sus acompañantes masculinos?

Las agitadas mujeres se rieron y se calmaron.

—Por lo menos, tienen ustedes el buen gusto de haber venido esta noche al Casino de París —comentó con una gran sonrisa en la cara mientras caminaba con aire arrogante por el escenario— y no han ido a ver a Mistinguett al Moulin Rouge. —Se detuvo, miró a la multitud y se pasó lentamente la lengua por el interior de la mejilla—. ¿Saben ustedes la diferencia entre Mistinguett y una piraña?

El público se puso en tensión, a la espera del remate del chiste.

—El pintalabios.

La multitud rugió de la risa y aplaudió. Noir rápidamente siguió hablando.

—¿Qué es lo primero que hace Mistinguett cuando se levanta por la mañana? —Y, tras una pausa ensayada, contestó a su propia pregunta—: Se pone la ropa y se va a su casa.

Aquella broma hizo que el público se carcajeara y aplaudiera aún más. Me pregunté si estaría alucinando. ¿Podía ser realmente aquel hombrecillo obeso Jacques Noir? ¿El Jacques Noir al que le pagaban más de dos mil francos por actuación? Aquel hombre era atroz.

Miré al otro lado del escenario para ver a su esposa. No parecía estar prestando mucha atención a la actuación de su marido; daba una puntada tras otra como si estuviera esperando el tren en lugar de entre bastidores en un teatro de variedades. Mientras tanto, Noir pasó de despellejar a Mistinguett a humillar a Maurice Chevalier, que había aparecido en las columnas de cotilleos esa misma semana porque se rumoreaba que había intentado suicidarse.

—Saben lo que ha pasado, ¿verdad? —comentó Noir riéndose y mirando al público—. Dicen que fue porque tiene malos recuerdos de la guerra. ¡Ja! Será más bien por los malos recuerdos de Nueva York. Cuando estaba tratando de labrarse un nombre como gran estrella de Broadway, un niño y su madre se le acercaron y el niño le preguntó: «Mister Chevalier, ¿puede firmarme en mi cuaderno de autógrafos?». «Claro, chico», contestó Chevalier, lo suficientemente alto como para que todo el mundo en el radio de una milla supiera que alguien lo había reconocido. Pues bien, el muchacho sacó su minúsculo cuadernillo, de no más de cinco por cinco centímetros, que había comprado en un almacén de baratillo. «Vaya, muchacho —comentó Chevalier—, no hay mucho espacio aquí. ¿Qué quieres que ponga?». El chaval se lo

pensó durante un rato y entonces se le encendió la mirada. «¿Sabe, mister Chevalier? ¡Quizá podría escribir todo su repertorio!».

El chiste hizo que el teatro se viniera abajo por las carcajadas del público. La relación de Noir con los espectadores me desconcertó. ¿Me estaba perdiendo algo? ¿Quizá trabajar con Rivarola había hecho que perdiera mi sentido del humor? Me pregunté qué pensaría *monsieur* Volterra de las pullas de Noir a Mistinguett y Chevalier; después de todo, eran dos de las estrellas más importantes que habían pasado por el Casino de París. Dudaba que después de aquella noche quisieran volver a actuar allí de nuevo. Pero Noir también tenía algo preparado para *monsieur* Volterra.

—¿Cómo se puede saber si un empresario teatral está vivo o muerto? —preguntó al público—. ¡Abaníquenle con un billete de dos mil francos!

Después de aquello, la orquesta comenzó a tocar y Noir inició una canción. Todo el tono de la actuación cambió y entonces comprendí qué era lo que lo hacía tan atractivo. Noir tarareaba y medio cantaba, medio recitaba la canción con una voz que era la mejor que yo había oído en un cantante en París. Tenía más resonancia que el argot de Chevalier y era más ágil en sus saltos y acentuaciones que la de Fernandel. Si cerraba los ojos, podía olvidarme de que la canción la estaba interpretando aquel hombre tan repugnante. Aquella voz pertenecía a alguien apuesto. Pero incluso cuando abrí los ojos, el aspecto de Noir mejoró mientras cantaba. Tenía algo magnético. Traté de descubrir con exactitud qué era, porque me temía que podía ser aquella «cualidad para el estrellato» que yo andaba buscando tan desesperadamente. Quizá era la confianza que irradiaba por todos los poros de su generoso cuerpo. Era bueno y lo sabía.

Estaba tan embelesada por su canción sobre un dandi que está enamorado de la doncella de su amante que me olvidé del taburete astillado y de la crueldad de las bromas que antes había contado. La voz de Noir suavizaba sus asperezas de la misma manera que el mar despunta las piedras afiladas. Pero al instante siguiente dejé de disfrutar de un golpe. Noir cogió un bastón y recorrió dando saltitos el escenario mientras balanceaba el bastón al ritmo de una música que reconocí perfectamente.

¡La! ¡La! ¡Bum! Aquí viene Jean
en su nuevo Voisin.

¡La! ¡La! ¡Bum! Y pregunta: «¿Qué haces?».

¿Qué le puedo decir?

¡La! ¡La! ¡Bum! Que estoy calentando mi maquinita...

Noir estaba parodiando la canción que yo había cantado en el espectáculo de la temporada anterior, pero su versión estaba llena de dobles sentidos. Sin embargo, peor que la parodia de la canción, era que se estaba burlando de mí, meneándose, dando saltitos y contoneando su trasero de la misma manera que yo había tenido que hacerlo por orden de *madame* Piége. Miré alternativamente a Noir y a los

espectadores; se estaban riendo y sus bocas abiertas parecían cientos de negras cavernas. En su momento, aquel número ya me había resultado odioso, pero eso no disminuyó mi humillación. Noir había convertido aquella antigua actuación estúpida mía en un recuerdo realmente vergonzoso.

Hubiera sido suficientemente humillante si Noir hubiese dejado su parodia ahí. Pero para añadir sal a la herida, terminó el número con una pose de tango, le lanzó un beso al público y murmuró, con una voz *sexy* pero burlona, extendiendo las vocales para imitar un acento sureño:

—He recorrido un largo camino, ¿verdad, queridos? ¡Miradme hasta dónde he llegado ahora!

Cayó el telón y el público enloqueció. El horror me abrumaba y no podía moverme. Después de tres besos, Noir salió y el director de escena me echó del taburete para dejar paso a los tramoyistas, que tenían que cambiar el decorado. Miré fijamente al director, que no me prestó ni la más mínima atención. ¿Era tan insensible que no me había relacionado con la actuación de Noir antes de dejarme presenciarse? Corrí a mi camerino, tan ciega por la furia que los demás artistas que se apresuraban por los pasillos pasaban ante mí como imágenes borrosas. Pegué un portazo. *Bouton* y *Rubis*, los caniches, se sobresaltaron. *Rubis* aulló. *Madame Ossard*, su domadora, giró sobre sus talones.

Me lancé sobre mi tocador y comencé a pasarme un peine bruscamente por el cabello. No quería aparecer en el número final. Lo que deseaba era irme a casa.

—¿Y a ti qué te pasa? —me preguntó *madame Ossard*, ajustando la puntilla de los aros a través de los que saltaban sus perros.

Evité su mirada y cambié el peine por una brocha de maquillaje, aplicándomelo furiosamente a la frente.

—Oh —exclamó—, ¿ya has visto la actuación de Noir?

Tiré la brocha y me encogí de hombros. Se me ocurrió que todos los demás artistas ya hacía tiempo que habrían visto la parodia. ¿Por qué nadie me había dicho nada?

Madame Ossard chasqueó la lengua.

—Es un malnacido por hacerle algo así a alguien que está empezando. Especialmente cuando es una compañera del Casino.

—¿Cómo pueden dejarle hacerlo? —pregunté, con voz temblorosa—. No es justo.

Madame Ossard se sacó un pañuelo del escote y me lo entregó. El tejido olía al jabón de alquitrán que utilizaba para lavar a sus perros.

—Tómatelo como un cumplido —me aconsejó—. No ha logrado poner al público en contra de tu número, ¿a que no? En todo caso, es una buena publicidad para ti.

—Pero me hace parecer tonta —protesté.

Me di cuenta entonces de qué me había disgustado tanto. Al reírse de mí, Noir me había rebajado de nuevo a cantante cómica. En aquel momento, comprendí lo difícil

que era «crecer» en el escenario. Siempre habría alguien que me recordaría las cosas que había tenido que hacer para avanzar.

Madame Ossard me agarró firmemente la barbilla entre los dedos y me levantó la cara para que la mirara a los ojos.

—Simone, creo que hay personas en el Casino que se sienten celosas de la atención que estás recibiendo. Que te satirice uno de los artistas más famosos de París no tiene por qué ser algo necesariamente malo.

Una noche, unas semanas antes de Navidades, regresó la esposa de Rivarola. Me la crucé mientras iba de camino a ver a la encargada de vestuario para que me arreglara un descosido en el dobladillo de la falda. Estaba de pie, cerca de la puerta de artistas, con las manos apretadas ante ella, mirando fijamente hacia el infinito. A pesar de la calefacción, una corriente de aire frío recorrió el ambiente y sentí un picor en el cuero cabelludo. Era como ver un fantasma de teatro al acecho. En secreto, había estado temiéndome que esto sucediera, pero lo último que había oído era que María estaba en Lisboa con un playboy alemán. Por el modo en el que se curvó su sonrisa carmesí y entrecerró los ojos cuando vio el vestido en mis manos, supe que estaba maldiciendo mi suerte y la de Rivarola.

Cuando llegó el momento de nuestra primera actuación, a pesar de las tres llamadas a escena y de que los tramoyistas le buscaron por todas partes, Rivarola parecía haberse esfumado. El director de escena y uno de sus ayudantes forzaron la puerta de su camerino, pero lo único que encontraron fue un rastro de olor a tabaco en el aire polvoriento y un disco hecho pedazos y esparcido por el suelo.

—No quiero prescindir de usted, *mademoiselle* Fleurier —me dijo *monsieur* Volterra—. El público y la crítica la adoran, incluso más que a Rivarola. —Se inclinó hacia delante en la silla, que crujió bajo su peso, y se golpeó la barbilla con su pluma estilográfica—. Deme una semana —me dijo—. Veré qué puedo hacer.

Por supuesto, tratándose de *monsieur* Volterra, aquella iba a ser una semana sin sueldo, pero no tenía mucha opción. Todos los grandes espectáculos ya estaban en fase de producción y no realizarían audiciones en una temporada.

—Está hablando con *madame* Piége sobre la coreografía para un nuevo número —me contó *monsieur* Etienne, después de no haber sabido nada de *monsieur* Volterra en diez días.

—Genial —murmuré—. Otra cancioncilla ridícula con número de baile.

Me convocaron en el Casino de París unos días después y me avergoncé inmediatamente de mi cinismo. *Monsieur* Volterra había contratado, gastándose una cantidad considerable, a un autor para que me compusiera las canciones.

—Necesitamos algo impresionante para sustituir el tango de la subtrama —me explicó *monsieur* Volterra, haciéndome pasar a su despacho.

Me quedé boquiabierta cuando vi al hombre de traje oscuro y bigotillo fino que nos estaba esperando. Vincent Scotto se levantó de su asiento y dio un paso adelante.

—Será un placer trabajar con usted, *mademoiselle* Fleurier —me dijo, mirándome

fijamente a la cara con sus ojos melancólicos—. Tengo algunas ideas que casarán perfectamente con su maravillosa voz.

Me sorprendió su tono de deferencia. Aquel era el hombre que había escrito canciones para algunas de las estrellas más importantes de París: Polin, Chevalier y Mistinguett. ¡Y *monsieur* Volterra lo había contratado para que escribiera específicamente para mí!

Todavía me aguardaba una sorpresa aún mayor cuando visité el departamento de vestuario para probarme mi traje. Erté, el diseñador ruso, había creado un vestido para mí. Aunque tenía un contrato con el Folies Bergère y últimamente había empezado a trabajar con los estudios MGM en Hollywood, *monsieur* Volterra había logrado de algún modo convencerle de que hiciera una excepción para confeccionarme un traje para el espectáculo. Cuando la encargada de vestuario apartó a un lado la cubierta de organza, me encantó comprobar la originalidad del vestido. Estaba hecho de brillante lamé con aberturas alrededor de las costillas y la subida de las caderas. Las costuras lucían un ribete de perlas. El traje envolvía al maniquí como una cascada, no tenía ni un solo volante. Simplemente brillaba. De complemento, iba a llevar un par de alas emplumadas que se mantenían a medio metro por encima de mi cabeza y un tocado de perlas coronado por plumas.

—Dos costureras y un enfilador han tardado cinco días con sus respectivas noches en terminarlo rápidamente —me explicó la encargada de vestuario.

—Me lo creo —le respondí, entregándole mi abrigo a una de las ayudantes y quitándome de un golpe los zapatos.

No podía esperar para probármelo todo.

Hicieron falta dos ayudantes para ponerme el traje y tan pronto como sentí su peso comprendí por qué las coristas del Casino de París eran tan esculturales. Hacía falta fuerza y una postura firme para llevar un tocado altísimo y aun así moverse con un poco de elegancia. Traté de dar unos cuantos giros a izquierda y derecha y por poco me caí al suelo. Pero estaba decidida a dominar el traje, aunque fuera a costa de padecer tortícolis y dolores de cabeza. Una mirada a aquel vestido bastaba para comprender que ese era el atuendo propio de una estrella.

Si había trabajado hasta que me sangraron los pies para Rivarola, entonces lo hice hasta que me ardieron los pulmones para Scotto. Me daba la sensación de que estaba recorriendo un pasillo mágico donde todas las puertas estaban abiertas de par en par. Podía tomar el camino que deseara. Cantar canciones populares del momento era una cosa; cantar material compuesto exclusivamente para mí era otra muy distinta. Y cualquier empresario teatral, especialmente *monsieur* Volterra, no iba a gastarse el dinero en un compositor y cinco mil francos en un traje si no me considerara una verdadera inversión.

«Esta es tu gran oportunidad, Simone —me decía a mí misma todos los días cuando llegaba al Casino—. Si no consigues levantar el vuelo con todo esto, nunca lo lograrás».

Aquel pensamiento me daba escalofríos, pero también me estimulaba para trabajar duro.

Scotto escribió y perfeccionó las canciones a la velocidad de la luz. A medida que se iba completando y coreografiando cada número, lo ensayaba hasta que conseguía la aprobación de *monsieur* Volterra. Después, se incluía inmediatamente en el espectáculo, pues la huida de Rivarola había dejado huecos en el programa que hacía falta llenar.

Desde mi primera noche en el escenario, los críticos se quedaron extasiados. Jacques Patin, el crítico de *Le Fígaro*, escribió:

Hace unos meses fue presentada en el Casino de París como una de las bailarinas clave. Ahora es una de las cantantes principales.

Simone Fleurier se entrega. Pone más emoción en cada estrofa que la mayoría de los intérpretes en una vida entera de trabajo.

Tiene una voz extraordinaria que, debido a su edad, confío en que logrará desarrollar mucho más. Es una chica con un futuro formidable ante sí.

Compré varias copias del periódico y le envié el artículo a mi familia, y a *madame* Tarasova y a Vera a Marsella. Guardé una copia bajo la almohada y era lo primero que leía por las mañanas y lo último que miraba por las noches antes de dormir. «Un futuro formidable». Jacques Patin no decía esas cosas de casi nadie. Había criticado duramente a Jacques Noir, aunque aquello no había hecho mella en la popularidad del humorista: el espectáculo seguía vendiendo hasta la última entrada todas las noches. Ya no se me consideraba una dulce niña que cantaba cancioncillas vestida de volantes, ni la esclava de Rivarola. Una energía sublime me poseía desde la punta de los dedos de los pies hasta la coronilla. Me volví más dueña de mí misma, y cuando caminaba o bailaba era como una mariposa que acababa de salir de su capullo y que sorprendía a todos con la transformación.

Cuando llegó la Navidad, todas mis canciones ya se habían incluido en el programa. Una tarde del año nuevo, llegué al Casino de París para mi ensayo y me dirigí hacia la puerta de artistas. En ese momento, Jacques Noir salió por ella acompañado de su esposa, que caminaba discretamente varios pasos por detrás de él. —*Bonjour, monsieur* Noir —le saludé.

En mitad del torbellino embriagador producido por mi éxito, me sentía llena de buena voluntad hacia todo el mundo y me había olvidado de la parodia de Noir. El humorista me dedicó una mirada glacial mientras su mujer fruncía el ceño. Bajaron la escalinata hasta donde su chófer les había abierto la portezuela del Rolls-Royce de Noir. Me encogí de hombros y entré en el teatro, sin apenas darle importancia a la hosquedad de la pareja. Me sentía demasiado emocionada por ir a ensayar mis canciones para la actuación de esa noche.

Sin embargo, la tarde siguiente cuando llegué al Casino para los ensayos, se percibía la tensión en el ambiente. Lo noté en el maleducado saludo que me dirigió el portero y el modo irritable en el que me entregó los cambios de programa el director

de escena. Fuera de los camerinos, encontré a las coristas y a dos de los payasos reunidos alrededor del tablón de anuncios. Por la indignación que se adivinaba de su postura de brazos cruzados y pies separados, supuse que a alguien le habían penalizado injustamente por algo. A los artistas de actos menores les solían multar por rasgar sus trajes, llegar tarde a los ensayos o actuar con calzado desgastado o faltándoles un botón.

—Qué cara más dura tiene ese hombre —murmuró uno de los payasos.

Sophie, la corista principal, negó con la cabeza.

—Quienquiera que haya sido tendría que habérselo pensado dos veces. Ahora todos tendremos que andar con pies de plomo.

No pude resistir la tentación de averiguar cuál era el problema. Las reprimendas normales provocaban quejas y exabruptos, pero aquello parecía que era algo más interesante. Esperé en mi camerino hasta que oí que las coristas bajaban a su ensayo y saqué la cabeza al pasillo para comprobar si había moros en la costa. No había demasiadas cosas en el tablón: un par de cambios de programación y varios anuncios de alquiler de habitaciones. Entonces, me percaté de la existencia de la notificación, que sabía que era nueva por lo blanco del papel. Se había mecanografiado el mensaje en mayúsculas. Las palabras me gritaron desde la superficie inmaculada:

NOTIFICACIÓN A TODOS LOS ARTISTAS:
NO ES NECESARIO QUE LOS INTÉRPRETES DE ACTOS
SECUNDARIOS O DE REPARTO SALUDEN A *MONSIEUR NOIR*.
ABSTÉNGANSE DE HACERLO, PUES *MONSIEUR NOIR* LO
CONSIDERA MOLESTO Y MALEDUCADO. ADEMÁS, VA EN
CONTRA DEL PROTOCOLO DEL CASINO DE PARÍS QUE LOS
INTÉRPRETES DE ACTOS MENORES TRATEN DE ENTABLAR
CONTACTO CON LA ESTRELLA.
LA DIRECCIÓN

Me quedé allí, en mitad del pasillo, con la boca abierta. Tardé un momento en comprender aquellas palabras. Era la absurda exigencia de un megalómano, pero la manera en la que estaba redactada la notificación, el modo en el que las letras parecían selladas sobre el papel en lugar de mecanografiadas y el hecho de que no estuvieran dirigidas directamente a la culpable —es decir, a mí—, daban la sensación de que se hubiera cometido un delito atroz. Me sonrojé avergonzada. Me sentí tan humillada como aquel tramoyista que había recibido una reprimenda por defecar sobre el asiento del inodoro.

Hice lo que pude por olvidarme de la notificación y concentrarme en los ensayos, pero me fue resultando cada vez más difícil a medida que avanzaba la tarde. Pronto descubrí que no solo habían colgado la nota en el tablón de anuncios. Había copias por todo el teatro: en las salas de ensayo, cerca de las escaleras, por todos los bastidores, incluso en el interior de las puertas de los retretes. Para empeorar las cosas, continuamente escuchaba a los otros artistas hablando entre susurros sobre el tema. La notificación era la novedad del día y se hablaba de ello con tanta pasión

como escándalo. «¿Quién piensas que ha podido ser?», «Apuesto a que ha sido esa bailarina listilla...», «No, ha sido Mathilde. Siempre está tratando de ganar posiciones en el espectáculo humillándose ante las estrellas».

En un momento en el que estábamos ensayando el número final, sentí la tentación de hacerles callar y confesar que yo era la delincuente. Pero no logré reunir el valor para hacerlo. Mi burbuja había estallado. Seguramente Jacques Noir le había dicho a *monsieur* Volterra exactamente quién era la culpable, pero en lugar de venir a verme él personalmente, el empresario teatral le había dictado la notificación a su secretaria. ¿Por qué? Porque *monsieur* Volterra era un hombre ocupado y la notificación resultaba conveniente. Gracias a ella, podía reprenderme a mí y advertir a los otros artistas al mismo tiempo. Si yo hubiera sido la estrella que creía ser, *monsieur* Volterra habría venido a mi camerino y me habría explicado la situación.

«No quiero preocuparla por esto, *mademoiselle* Fleurier», me habría dicho, pasándome el brazo por los hombros, con un gesto paternal y comportándose como si el incidente fuera una broma entre nosotros. «Ya sé que no tiene importancia, pero *monsieur* Noir es la estrella principal y tenemos que acomodarnos a su idiosincrasia. Lo entiende, ¿verdad?».

¿Y qué quería decir con la expresión «actos menores»? A pesar de todo el dinero que se había gastado en mí y de todas las críticas favorables que había recibido, ¿eso es lo único que yo era, a fin de cuentas?

Cuando terminó el ensayo, me consolé invitando a Odette a que se viniera conmigo de compras. Quería amueblar mi nueva habitación del hotel. Una de las primeras cosas que había hecho después de que *Le Fígaro* me elogiara fue mudarme del Barrio Latino a un hotel en el área de la Étoile donde tenía dos habitaciones y mi propio cuarto de baño. El hotel en sí no era muy lujoso, pero la zona era más adecuada para una estrella en ciernes. Las calles del octavo *arrondissement* estaban llenas de prestigiosos hoteles, impresionantes edificios de piedra caliza y cafés que servían el champán en copas de cristal. Camille también vivía en la orilla derecha, en un apartamento en el lujoso hotel Crillon, financiado por su nuevo amante, el playboy Yves de Dominici.

Cuando *monsieur* Etienne se enteró de mi cambio de dirección, no me reprendió abiertamente por no ser ahorradora. Comentó que estaba siguiendo los pasos de Picasso, que se había mudado a aquella zona con su esposa rusa, Olga Koklova.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —inquirí.

Sonrió sarcásticamente.

—Bueno, Picasso comenzó en Montmartre, se mudó a Montparnasse y ahora vive en el barrio de la Étoile. Parece convenirle mucho a las aspiraciones de ascensión social de su esposa.

—No, *monsieur* Etienne, está usted equivocado —le respondí, dedicándole una sonrisa descarada—. Yo nunca he vivido en Montmartre.

Me entregó una carta de presentación para su banquero.

—*Monsieur* Lemke estará encantado de ayudarla a invertir parte de su dinero, si en algún momento decide hacerlo.

No le dije a *monsieur* Etienne que había conocido a Picasso. Cuando el nudoso español apareció en mi camerino, con su esposa merodeando nerviosamente detrás, mi ignorancia me impidió comprender lo importante que era aquella visita. Sus ojos intensos y la descuidada manera que tenía de hablar francés me recordaron a Rivarola, aunque por supuesto el argentino no hablaba ni palabra de francés. El pintor llevaba un traje de etiqueta con una faja roja, pero su aspecto parecía tan incongruente con aquel atuendo como mi madre con la estola de zorro plateado. Me dijo que le gustaría retratarme y me dio su tarjeta. Se lo agradecí, pero me olvidé de él tan pronto como cerró la puerta. A *monsieur* Etienne le hubiera encantado escuchar que un artista que jamás pintaba retratos quisiera hacer el mío. «¡Piense en la publicidad!», me hubiera dicho. Lo único que yo sabía era que aquel mismo día que *Le Fígaro* había publicado la crítica sobre mí, anunció que Picasso había descubierto el surrealismo, y no veía ningún atractivo en aparecer colgada en una galería de arte con una nariz distorsionada y mis entrañas sobre el regazo.

Después de comprar unas sábanas de seda en las Galerías Lafayette, Odette y yo fuimos a la tienda de muebles del Boulevard Haussmann donde a Joseph lo acababan de nombrar encargado. El novio de Odette no era tan apuesto como yo esperaba, pero tenía algo mucho más atractivo. Su rostro juvenil se iluminó cuando Odette y yo entramos en la tienda, y me saludó con un cálido apretón de manos y tres besos en la mejilla. La mirada que compartieron él y Odette estaba tan cargada de amor que aquello me hizo sonreír.

—Me alegro mucho de conocerla al fin, *mademoiselle* Fleurier —me aseguró, calándose las gafas de montura metálica sobre la nariz y guiándonos a través de las esculturas de bronce y las mesas de juego de caoba estilo imperio—. Odette habla de usted tan bien que pienso ir a ver su actuación al Casino de París en cuanto tenga un día libre.

Joseph nos llevó a una habitación en la parte trasera de la tienda y apartó una caja de embalaje.

—Le he estado guardando estas —me explicó, señalando dos sillas Luis XV tapizadas con piel de leopardo—. Tan pronto como se las enseñé a Odette, me dijo que serían perfectas para usted.

Pasé la mano por la lustrosa piel. Aquellas sillas eran los objetos más hermosos que había visto jamás. Le eché un vistazo a la etiqueta del precio. Eran escandalosamente caras, incluso con el mejor descuento que Joseph pudiera hacerme, pero tenía que comprármelas. Después de que nos pusiéramos de acuerdo en el precio, Joseph sacó un biombo oriental.

—Cubriré el color gris metálico de las paredes de tu habitación —me aseguró Odette, acercándose para examinar los grabados de caracolas marinas y hojas doradas del biombo.

—Me lo llevo —anuncié, con la cabeza ligera por la excitación de gastar tanto en lujos.

Después de la compra, que los tres cerramos brindando con una copa de champán, Odette y yo regresamos a la habitación de mi hotel. Odette les indicó a los repartidores dónde debían colocar las sillas y el biombo, decisión que cambió varias veces hasta que se sintió satisfecha una vez que los colocaron en el lugar exacto en el que tenían que estar.

—Te meterías en un buen lío con tu tío si te viera haciendo esto —le dije—. Piensa que no debería estar gastando tanto.

Odette negó con la cabeza.

—Si quieres ser una estrella, tienes que vivir como tal.

—No sé si tu consejo es más sensato que el de tu tío, pero está claro que me atrae más —le contesté.

—Voy a ir a ver la representación de esta noche —me anunció Odette—. No la he visto desde que incluyeron todas tus canciones.

Me alegré de contar con su amistad. Los artistas del Casino de París se comportaban de forma extrovertida sobre el escenario, pero eran arpías y tiranos fuera de él. Parecía que una vez que se pasaba de hacer números de tercera, ya no existía la camaradería en el negocio del espectáculo y únicamente quedaba la rivalidad.

El espectáculo en el Casino de París era tan popular que prolongó hasta mayo del año siguiente. A pesar del éxito, aquella era una vida solitaria para mí. Aparte de Odette, el efusivo aplauso del público era la única compañía que conocía. Cuando miraba más allá de las luces de los focos y veía las filas de rostros hechizados noche tras noche era como encontrarse con amigos; una ilusión que podía mantener mientras los espectadores siguieran siendo anónimos para mí. Regresaba a mi camerino para encontrarlo rebosante de flores y botes de Amour-Amour. Siempre llevaban una tarjeta adjunta, en la que el remitente me expresaba su aprecio y solicitaba una cita. Procuraba ser encantadora y educada con mis admiradores, pero sabía que aquellos hombres —y también algunas mujeres— en realidad no tenían interés en proporcionarme nada. Más bien, lo que querían era obtener algo de mí.

—Los hombres son seres despiadados —me dijo Camille una noche que me invitó a cenar en su apartamento—. Por eso, si eres lista, obtendrás de ellos lo que puedas mientras tengas la oportunidad. Solo las tontas les tienen lástima. ¡Como si actuaran con un ápice de moralidad! Cuando un hombre toma la decisión de deshacerse de una mujer, puedes estar segura de que no sentirá compasión por ella.

Corté una tajada de Neufchâtel y unté el aterciopelado queso sobre un trozo de pan. Al principio me había sentido halagada por la invitación de Camille —después de todo, ella era una estrella de verdad—, pero a medida que avanzaba la noche me sentí como una espectadora anónima de su filosofía sobre la vida y los hombres. Yo podría haber sido cualquiera. Y, sin embargo, la escuché con muchísima atención porque quería gustarle. O aunque no llegara a agradarle, al menos quería que me aprobara. Yo era demasiado inexperta sobre el tema como para estar o no de acuerdo con Camille. Mi conocimiento de los hombres —aparte de mi padre, tío Gerome y Bernard— era insignificante. Y, de entre ellos tres, el único que hubiera cabido en la descripción de ser despiadado era tío Gerome.

—No toman sus decisiones con el corazón, independientemente de lo enamorados que parezcan estar —continuó Camille, partiéndose un trozo de pan y cogiendo un poco de queso para ella—. Ni siquiera las toman en *le pantalón*, como dicen las coristas. Cuando se aferran a una idea, siempre la componen en la cabeza sin inmutarse, con ellos mismos como únicos beneficiarios.

Camille llamó a su sirvienta y le pidió que nos trajeran otra botella de vino. Estudié cuidadosamente la estancia en la que nos encontrábamos. La tapicería de Aubusson y la lámpara de araña *bronze d'oré* pertenecían al hotel, pero el diván de madera dorada y las sillas con los brazos tallados con cabezas de león eran de Camille. Claramente, ella sí que estaba logrando sacarle beneficio a Yves de Dominici. Incluso corría el rumor de que el playboy pretendía comprarle una casa en

Garches junto al Sena, a las afueras de París, donde mucha de la gente perteneciente a la alta sociedad tenía casas de campo.

Después de que la sirvienta nos escanciara el vino, Camille volvió a centrar su atención en cortar el queso. Contemplé la delicada palidez de sus manos y, cuando levantó la mirada, observé el color zafiro de sus ojos. ¿De verdad pensaba que todos los hombres eran despiadados? Me pregunté qué pasaría con la hija de Camille, pero cuando le había preguntado por ella poco antes esa misma noche, Camille me pidió que no mencionara a la niña, pues la sirvienta era una metomentodo y ella deseaba impedir que la gente supiera de su existencia. ¿Ser la única responsable de su hija era lo que hacía que Camille estuviera tan hastiada?

Yo no evitaba a mis admiradores porque estuviera segura de que fueran despiadados, sino porque no pensaba que nada de lo que pudieran ofrecerme fuera a ser más emocionante que el teatro. En mi opinión, el mundo real no era tan hermoso como un escenario diseñado por Gordon Conway o Georges Barbier. Y aunque mis admiradores me compraran vestidos que costaban miles de francos, ¿dónde si no podría ponerme unas alas de ángel y un altísimo tocado con perlas incrustadas? En cada ensayo me esforzaba por perfeccionar algún aspecto de mi forma de bailar o de mi voz, y me emocionaba al ver que mejoraba mi actuación en cada representación. Todas aquellas cosas me resultaban mucho más atractivas que el hecho de que me llevaran de aquí para allá, sirviéndome vino y dándome de cenar en restaurantes con demasiada cubertería, de una fiesta para otra, como una especie de trofeo. Además, yo estaba ganando mi propio dinero y me costeaba mis propios lujos. Aunque hubiera sido bonito vivir en el hotel de Crillon, no estaba preparada para hacerlo a costa de mi libertad.

Había una excepción en mi falta de interés por el sexo opuesto: André Blanchard. Aunque no lo había vuelto a ver desde aquella noche en Le Boeuf sur le Toit, eso no impedía que siguiera pensando en él. A veces, cuando había un descanso en un ensayo o cuando regresaba a mi hotel sin ganas de dormir, me imaginaba conversando con él. Hablábamos sobre el teatro, las cosas que más nos gustaban de París y nuestros platos favoritos. Resultaba un poco raro, sobre todo dado que en realidad no habíamos intercambiado más que unas pocas palabras. Pero yo era demasiado inexperta como para comprender los sentimientos que me provocaba o la química de la atracción. Trataba de no pensar en *mademoiselle* Canier, a la que veía como un obstáculo para mis fantasías. Recordaba al párroco de mi pueblo dando un sermón en el que insistía en que «pensar en hacer algo es tan malo como hacerlo en realidad». No comprendía cómo podía ser eso cierto. No podía controlar los pensamientos que me pasaban por la cabeza en todo momento, pero sí podía controlar mis actos. Sin embargo, lo que mi madre solía decir era cierto: «A lo que más dediques tus pensamientos acabará por materializarse».

Una noche durante el descanso abrí la puerta de mi camerino con la intención de llamar a Blandine, mi ayudante, cuando me topé con André Blanchard, que se había

materializado en el vestíbulo.

—Buenas noches —me saludó, entregándome un ramo de rosas.

Me quedé de pie en el rellano de la puerta con la boca abierta.

Miró fijamente hacia el interior de la estancia y emitió una ligera tos. Salí de mi ensoñación y le invité a pasar a mi camerino: era el primer hombre que cruzaba el umbral de aquella habitación desde que yo la ocupaba. No tenía costumbre de recibir visitas y le di una patada a unos *panties* para esconderlos bajo la mesa del tocador y retiré unas medias de una silla para que pudiera sentarse. La silla crujió y tembló bajo su peso. No tenía ningún jarrón, así que coloqué las flores en la jarra del agua.

—El Casino de París se ha rendido a sus pies, *mademoiselle* Fleurier —dijo André, procurando sentarse en el borde de la silla para evitar los embarazosos quejidos que esta producía. Su mirada recayó sobre mi sujetador decorado con piedras preciosas, cuyas copas estaban llenas de papel a modo de relleno y que colgaba de uno de los brazos de la silla. Desvió la mirada, en busca de algo que pudiera mirar aparte de mi cara—. Su nuevo número es perfecto para usted.

Me senté frente a él, nerviosa por su repentina aparición. No lo veía desde hacía semanas. Mi camerino era pequeño y nuestras rodillas entrechocaron. Me sorprendió notar que las suyas estaban temblando. Las mías también empezaron a temblar en solidaridad. Había una caja de cigarrillos en mi cajón, la saqué y le ofrecí uno. André negó con la cabeza.

—Solo me fumo uno al día —explicó—. Y no me apetece fumar otro hasta el día siguiente.

En su lugar, abrí un paquete de nueces pacanas, lo único que tenía de comer en el camerino, y las eché en un cuenco. Las nueces me las había regalado un admirador, junto con unos bombones, pero no había llegado a abrirlas. Los frutos secos estaban totalmente contraindicados para las cuerdas vocales de los cantantes.

Me pregunté qué edad tendría André. No había arrugas en su piel dorada y no aparentaba más de veinte años. Para ser alguien con una posición social tan alta, no parecía esforzarse demasiado por demostrarla. Sin embargo, hablaba con madurez y medía cuidadosamente sus palabras, lo que me hizo pensar que probablemente era mayor de lo que aparentaba. Le atribuí unos veinticinco años.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido que André estaba haciendo al masticar. Había cogido un puñado de nueces y se las estaba echando en la boca de una en una, como un perro comiéndose una galletita que le lanzara su dueño. Aquel no era precisamente un gesto refinado. No era el modo en el que Antoine o Francois hubieran comido nueces. André se había olvidado de sus modales y yo hice lo que pude por no echarme a reír. Me deslumbraba su riqueza y su presencia, pero aquel lapsus transitorio nos colocó un poco más en situación de igualdad.

—¿Quién es su agente? —me preguntó.

—Michel Etienne.

André asintió.

—Ah, muy bien. Conservador, pero con experiencia y cuidadoso.

—¿Conoce usted el mundo del teatro?

—Me interesan los negocios, y el mundo del espectáculo no deja de ser uno —me respondió sonriendo—. Pagaría un millón de francos por poder cantar como usted, pero no es probable que eso suceda. Me hubiera gustado ser actor, pero mis padres pensaron que era un plan absurdo. Así que lo que me quedan son las fábricas, la importación y la exportación, igual que mi padre.

—¿No le gusta la actividad empresarial? —le pregunté.

Echó hacia atrás la cabeza, emitió una carcajada maravillosa y después me contempló con ojos brillantes.

—Me encanta, *mademoiselle* Fleurier. Coger algo y convertirlo en un éxito me emociona. Pero supongo que la sombra de mi padre se cierne sobre mí, así que siento que tengo que cumplir unas expectativas terriblemente altas.

Las veces anteriores que lo había visto había tenido la sensación de que André se escondía tras una fachada de cara al público. Ahora parecía estar dejando caer la guardia un poco.

—¿Tiene usted hermanos? —le pregunté.

Al ser hija única, me fascinaba la idea de tener hermanos.

El rostro de André se oscureció.

—A mi hermano mayor lo mataron en la guerra, así que soy el único heredero varón.

—Lo lamento.

—No lo haga —contestó André—. Mi familia no es la única que sufrió pérdidas durante la guerra. Tengo una hermana que está casada y me trata más bien como si fuera mi tía. También tengo una hermana pequeña, Veronique. Es la rebelde de la familia y se comporta como un muchacho. Prefiere las ranas a las muñecas.

—Cada loco con su tema —le respondí sonriendo.

—Desgraciadamente, los rebeldes no son bienvenidos en mi familia —comentó André, cogiendo otro puñado de nueces—. A Veronique la enviarán a un internado femenino si no se porta como una señorita.

André adquiría un tono nervioso cuando hablaba de su familia. Parecía más feliz cuando el tema de conversación eran los negocios, así que le pregunté por las empresas Blanchard.

—Mi abuelo comenzó vendiendo cordones y finalmente pasó a ser el propietario de la fábrica textil más grande de Lyon —me contó—. Pero la diversificación era su regla de oro, así que confió en que sus hijos desarrollaran sus propios intereses comerciales, cosa que hicieron: prensa, energía, ferrocarriles e importaciones.

André se detuvo y me dedicó una sonrisa cautivadora. Me sentí tan bien por que confiara en mí que el momento íntimo me hizo perder los nervios y le espeté:

—¿Y cómo está *mademoiselle* Canier?

—*Mademoiselle* Canier está bien, gracias —respondió André, poniéndose

colorado hasta las orejas—. En estos momentos está en la Riviera, con su madre. Me reuniré con ellas la semana que viene.

Me dieron ganas de abofetearme. Habíamos compartido un ambiente tan cordial y cómodo; ¿por qué había tenido que sabotearlo mencionando a la gata siamesa?

André estaba a punto de añadir algo cuando Blandine entró bruscamente por la puerta. No estaba acostumbrada a verme recibir visitas, así que abrió los ojos como platos.

—*Pardon* —se disculpó e hizo ademán de retirarse.

André se puso en pie. La silla crujió y volvió a emitir su molesto quejido.

—No se disculpe —le dijo a Blandine—. *Mademoiselle* Fleurier tendrá que volver a subir pronto al escenario, así que debería marcharme.

Se volvió hacia mí.

—Tengo que viajar con mi padre por negocios a Venecia y a Roma. Me preguntaba si podría hacerle una visita cuando regrese.

Asentí, preguntándome a qué venía su repentina aparición y si *mademoiselle* Canier realmente seguía formando parte de su vida.

Cuando André se marchó, Blandine se volvió hacia mí.

—¿Ese era André Blanchard? —me preguntó—. ¿Qué hace visitándola a usted?

—No tengo ni la menor idea —le respondí.

Una noche, a mediados de marzo, el director de escena llamó a mi puerta.

—*Mademoiselle* Fleurier, por favor, vaya a ver a la encargada de vestuario antes de su próximo número —me indicó—. Su tocado estaba suelto en la última actuación y quieren arreglarlo antes de que vuelva usted a escena.

—Por supuesto —le respondí—. No me había dado cuenta. Iré ahora mismo.

Escuché el ruido de sus pasos desvanecerse por el pasillo. Quedaban otros cuarenta minutos para que tuviera que volver al escenario, pero sabía que era mejor no hacer esperar a la encargada de vestuario. No era una figura maternal como *madame* Tarasova, sino una déspota que no dudaba en imponerle una multa a cualquiera que se le quedara pegado un pelo de su perro en las medias o por perder una lentejuela. Además, no deseaba agobiar a los ayudantes de vestuario, que solían llevar un ritmo frenético durante, o justo después, del descanso.

De camino a la sala que ocupaba la encargada de vestuario, me crucé con unos tramoyistas que estaban tratando de arreglar un decorado cuyas bisagras se habían aflojado. Era el del lanzador de cuchillos, que estaba programado justo después de Jacques Noir, por lo que no tenían mucho tiempo. Aunque me estaban bloqueando el paso, comprendí por sus congestionados rostros y las maldiciones exasperadas que profería el carpintero que era mejor no molestarles. Decidí dar un rodeo por los bastidores. Las coristas acababan de salir a escena para su número del tablero de ajedrez y si procuraba contar el número de bastidores que recorría, pensé que sería capaz de evitar aparecer ante el público tal y como iba vestida, en bata.

Estaba prohibido quedarse entre bambalinas durante una actuación sin la

autorización del director de escena, así que traté de andar lo más sigilosamente que pude por detrás de cada bastidor. Iba avanzando correctamente hacia la puerta de salida cuando me deslicé por el que pensé que era el último bastidor y me encontré cara a cara con Jacques Noir. Me quedé congelada. Noir ya no hacía la entrada al escenario desde dentro de una torre de ajedrez porque afirmaba que le producía sensación de claustrofobia, pero yo hubiera jurado que entraba desde la derecha, donde normalmente se sentaba su esposa, y en ese momento nos encontrábamos en el lado izquierdo del escenario. Miré con ojos entrecerrados la oscuridad y me di cuenta de que Noir no me había visto. Estaba doblado sobre un cubo, con arcadas. Solo entonces fue cuando percibí el hedor acre a vómito.

—¡Oh, Dios! —gimió mientras le temblaban los hombros como si tuviera fiebre.

Miré hacia el bastidor opuesto. *Madame* Noir no se encontraba allí, pero sus agujas de tejer y la madeja de lana estaban colgadas de la silla vacía. «Quizá viene de camino», pensé, casi rezando por que fuera así, pues estaba claro que algo muy malo le pasaba a Noir. Recordando el pasado, pensé en Zephora en *Le Chat Espiègle*. Al menos eso lo tenía claro: Noir no estaba de parto.

Dejó escapar otro gemido y se agarró el pecho. Por mucho que detestara a aquel hombre, sabía que tenía que hacer algo rápidamente. Alguien me había dicho una vez que vomitar podía ser síntoma de ataque cardíaco. O quizá le estaba dando un infarto cerebral, como a tío Gerome.

—*Monsieur* Noir —susurré, avanzando un paso y poniéndole la mano en el hombro—. ¿Puedo ayudarle? ¿Necesita que vaya a buscar a su esposa?

Noir se incorporó bruscamente y se revolvió torpemente en los bolsillos en busca de su pañuelo para secarse el sudor de la cara y limpiarse las comisuras de la boca. Cuando me reconoció, le recorrió un estremecimiento por todo el cuerpo.

—¡Estúpida entrometida! —gruñó.

Cargó contra mí y me golpeó tan fuerte que me caí al suelo.

Levanté la mirada hacia él, con lágrimas de dolor escociéndome en los ojos. «Ha perdido la cabeza», pensé. Noir se ruborizó y yo estaba segura de que iba a volver a atacarme, cuando de repente la orquesta comenzó a tocar la música que abría su actuación. Entonces, me pregunté si no sería yo la que me había vuelto loca, porque Noir se transformó en un instante. Tiró el pañuelo, se estiró el traje, se puso el sombrero de copa y entró brincando en el escenario exactamente del mismo modo que lo había hecho la vez que yo lo vi actuar.

—¡Señoras, señoras! ¡Por favor! ¿Qué van a pensar sus acompañantes masculinos?

Contemplé el escenario, incapaz de creer lo que veían mis ojos. Miré hacia el bastidor opuesto. La esposa de Noir estaba de vuelta en su asiento, tejiendo.

Me levanté del suelo y me tambaleé hasta la sala de la encargada de vestuario. Por suerte, la habían llamado para otra emergencia y Agnès, su ayudante principal, había empezado a arreglar mi tocado sin mí.

—¡Muy bien! —exclamó, poniéndose de puntillas para colocarme el tocado y encajármelo detrás de las orejas y en la nuca—. Ahora se ajusta perfectamente. ¡Deprisa! ¡Tenemos que ir a su camerino para prepararla!. —Eché un vistazo a mi cara—. Se le ha corrido el rímel.

Me toqué la mejilla y me examiné el dedo. Tenía la yema totalmente negra. Me pregunté qué aspecto tendría. No podía creerme lo que había sucedido con Noir. De no ser por el latido que notaba en el pecho donde me había golpeado, habría creído que todo había sido un sueño.

—¡Rápido! —exclamó Agnès, empujándome por la puerta—. Solo quedan siete minutos para que vuelva a salir al escenario.

El aviso de Agnès me puso en acción. No podía explicar lo que había ocurrido con Noir, pero no había tiempo de pensar en ello en ese momento. Tenía un público al que entretener.

Sin embargo, lo sucedido se aclaró al día siguiente, cuando llegué al ensayo y me encontré con *monsieur* Etienne esperando en la puerta de artistas.

—Quieren despedirla —me anunció—. La acusan a usted de haber intentado sabotear la actuación de Jacques Noir.

Dejé caer el bolso. Repiqueteó escalones abajo y se salieron de su interior la polvera y la barra de labios. Lo que *monsieur* Etienne me acababa de decir me dejó tan aturdida que no logré contestarle nada.

—Tiene usted un contrato y voy a discutirles su decisión basándome en él —me explicó *monsieur* Etienne—. Pero será mejor que me cuente lo que ha pasado antes de que vaya a enfrentarme a *monsieur* Volterra.

Monsieur Etienne solía vestir impecablemente, pero aquella mañana el nudo de su corbata estaba torcido y llevaba el pelo revuelto. Me di cuenta de que nunca lo había visto tan agitado. Se me subió la sangre a la cabeza. ¿Despedirme? ¿Perder mi querida actuación en el Casino de París después de menos de tres meses?

—¡Es mentira, *monsieur* Etienne!

Me desplomé sobre las escaleras y traté de recoger la barra de labios, pero me temblaba tanto la mano que acabé por empujarla aún más abajo.

—¡Oh, de eso no hay ninguna duda! —exclamó *monsieur* Etienne.

El tono de su voz me calmó un poco. Si *monsieur* Etienne no dudaba de mi inocencia, quizá una vez que tuviera la oportunidad de explicar lo que había sucedido, *monsieur* Volterra tampoco lo dudaría. Le conté a *monsieur* Etienne por qué estaba entre bastidores y qué había pasado con Noir.

Monsieur Etienne apretó los puños.

—Sabía que era algo por el estilo —murmuró entre dientes—. Esta no es la primera vez que Noir ha puesto en marcha una calumnia publicitaria de estas características. Se desembaraza de cualquier artista con talento que percibe como una amenaza.

—¡Pero si yo ni siquiera hago la misma actuación que él! —protesté.

—Sí, pero ha recibido usted mejores críticas que él del mismo periodista —replicó *monsieur* Etienne.

Se metió la mano en el bolsillo y me entregó su pañuelo. Yo no estaba llorando, pero el miedo a ser despedida me escocía en los ojos. Si Jacques Noir mancillaba mi reputación en el Casino de París, tendría dificultades para conseguir trabajo en cualquier otro sitio.

—¿Estaba simulando que se encontraba mal? —pregunté—. ¿Era todo una trampa?

Monsieur Etienne negó con la cabeza.

—Esa parte era real. Es por los nervios. Solo lo saben unas pocas personas y Volterra hace oídos sordos porque se imagina que sencillamente es parte de la rutina de Noir. Es muy desafortunado que se tropezara usted con él precisamente entonces. Está tratando de utilizar todas sus municiones contra usted antes de que sea usted la que las use contra él. Si acude a los columnistas de la prensa sensacionalista y les cuenta el cotilleo, él rebatirá que lo está usted haciendo en venganza porque la han despedido.

Monsieur Etienne decidió que era mejor que él mismo le explicara la situación a *monsieur* Volterra, en caso de que la discusión subiera de tono. Tenía los nervios de punta y estaba gastando todas mis energías en hablar con un mínimo de coherencia. Regresé a mi hotel en taxi y tan pronto como abrí la puerta de mi habitación me desplomé en una silla. *Kira*, mi gatita, estaba durmiendo sobre el alféizar de la ventana. Levantó la cabeza y parpadeó. Debí de notar que algo andaba mal, porque se estiró sobre sus cuartos traseros y saltó del alféizar a mi regazo, sacrificando su cómoda y soleada posición por venir a consolarme. Miré las manecillas del reloj sobre la cómoda. Ya eran las tres. ¿Cuánto tiempo le haría falta a *monsieur* Etienne? Cerré los ojos por el temor de pensar que podrían prohibirme actuar esa noche —y todas las demás— en el Casino de París. Aquello se había convertido en mi vida.

—Murr —ronroneó *Kira*, frotando su cabecita contra el dorso de mi mano.

Le masajeeé el lomo y hundí los dedos en su pelaje color lavanda. Había adquirido a mi amiguita comprándosela una anciana que me encontré una mañana cuando paseaba por el Pare de Monceau.

—Un acompañante es lo que usted necesita —afirmó una voz.

Me volví para ver a una anciana sonriéndome y señalando una cesta cubierta con una manta que había colocado en el banco junto a ella. Incapaz de resistir la curiosidad, me aproximé a la mujer y ella levantó una esquina de la manta. Cuatro gatitos me miraron desde el interior. Metí el dedo a través del mimbre para jugar con ellos.

—Un gato es la mejor cura contra la soledad —me dijo la mujer.

Me contempló con sus ojos de azul desvaído como si estuviera tratando de ver mi interior y descubrir qué tipo de persona era. Me pregunté si mi soledad sería tan obvia o si simplemente era la manera que tenía de atraer a la gente. Llevaba puesto un

abrigo color oliva con un ribete negro y el cabello grisáceo cubierto por un sombrero de terciopelo. Supuse que tenía aproximadamente setenta años, pero le temblaban las manos con la fragilidad de una persona mucho mayor. En conjunto, no parecía el tipo de mujer que estuviera buscando grandes beneficios y, si lo era, no había elegido un buen lugar. Las únicas personas a las que iba a encontrar en el Pare de Monceau en aquel momento del día eran ricos, que no se dejaban enternecer por tristes historias, o las niñeras de los hijos de los ricos, que tenían orden de no hablar con nadie. Y, sin embargo, también me había encontrado a mí, y yo no entraba en ninguna de esas dos categorías.

—Entonces me llevaré todos —le dije, echándome a reír.

—Solo uno por persona —me respondió la mujer—. Cada uno de ellos requiere atención especial. Y, además, tengo que ver dónde vive usted antes de tomar una decisión.

Mostrarle dónde vivía a una extraña no parecía una idea demasiado sensata, aunque la mujer tenía un aspecto bastante inofensivo.

—¿Qué tipo de gatos son? —le pregunté.

—Azules rusos. Su padre es uno de los descendientes de *Vasbka*, el favorito del zar Nicolás I.

Dijo aquello con tanta naturalidad que yo no hubiera podido asegurar si me estaba mintiendo o no.

Jugué con aquellas agitadas bolas de pelo. Me recordaron lo mucho que echaba de menos la compañía de mis mascotas de la finca. Ahora que tenía una habitación cálida, podía permitirme alimentar otra boca. Quizá un gatito sería un buen bálsamo contra mi soledad. Todos tenían un aspecto saludable, pero uno de ellos en particular no apartaba los ojos de mí.

La mujer dejó escapar una carcajada que terminó en un acceso de tos. Se metió la mano en el abrigo en busca de un pañuelo. Cuando lo sacudió, flotó por el ambiente un aroma a lirio de los valles. Se apretó la tela contra la boca, se aclaró la garganta y, cuando se recompuso, me dijo:

—Esta es *Kira* y la ha elegido a usted. Es muy perceptiva. Sabe que será buena con ella.

Me quedé encandilada por la dulce expresión de *Kira*.

—Me la quedo —anuncié.

—Cuesta quinientos francos —respondió la mujer.

Abrí los ojos como platos de asombro. Era el doble de mi tarifa por una actuación. ¿De verdad que la gente pagaba tanto por un gato? Quizá, al verme en el Pare de Monceau y bien vestida, la mujer había pensado que yo era más rica de lo que en realidad era. Y, sin embargo, razoné, ahora me hacía ilusión comprarme la gatita y había pagado mucho más por las sillas de piel de leopardo. Al fin y al cabo, *Kira* era un ser vivo.

Asentí.

—¿Quiere usted ver dónde vivo ahora mismo?

La mujer me dio unas palmaditas en la mano.

—No, iré mañana a esta misma hora. Tome —me dijo, abriendo un cuaderno y entregándomelo—, escriba aquí su dirección.

Hice lo que me pedía.

—Soy *madame* Ducroix, por cierto —añadió, tendiéndome la mano.

—Yo me llamo Simone Fleurier —respondí, alargando la mano para corresponder al saludo.

—Oh, ya sé quién es usted —replicó la mujer y me guiñó un ojo.

Madame Ducroix llegó a la mañana siguiente con *Kira* sentada en una cesta de mimbre con un lazo rojo alrededor del cuello.

—Muy bonita —comentó la anciana mientras admiraba mi habitación.

Justo después de salir del parque el día anterior, me había ido de compras y había adquirido unas alfombras, un juego de té decorado con flores y una bandeja de cristal sobre la que acababa de colocar una tarta de higos de la *patisserie* cercana al parque, que supuestamente era la mejor de París. No tenía ni idea de por qué me estaba tomando tantas molestias por impresionar a *madame* Ducroix. Después de todo, le iba a pagar quinientos francos por su gatita. Y, sin embargo, cuando pensaba en los inteligentes ojillos de *Kira* mirando desde su afelpada cabecilla, acababa por convencerme de que estaba adquiriendo una responsabilidad mayor que cuidar a un gato y que, de algún modo, tenía que ganármela.

—La *suite* es cálida y soleada. Y las puertas se cierran firmemente, así *Kira* no podrá salir al balcón —le expliqué a *madame* Ducroix, desconcertada por el tono de desesperación que percibía en mi propia voz.

Estaba comportándome como una novia tratando de ganarse la aprobación de su futura suegra.

—Estoy segura de que la cuidará usted bien —afirmó *madame* Ducroix, sentándose en una silla que le ofrecí—. Percibo esas cosas, y *Kira*, también. Los gatos tienen poderes psíquicos, ya sabe.

Madame Ducroix adquirió una expresión abatida y yo deseé preguntarle a qué se refería. Pero entonces volvió a alegrarse y comenzó a servir el té y el pastel, aunque fuera ella la invitada. A pesar de mis dudas del día anterior, acabé por decidir que las intenciones de *madame* Ducroix eran honradas. Me preguntó sobre la vida en los escenarios, pero solo me proporcionó sucintas respuestas a las preguntas que yo le hice. Lo máximo que pude deducir de ella fue que era viuda, que vivía cerca del parque y que uno de sus abuelos era ruso. Después de aproximadamente una hora, se levantó, acarició a *Kira* y se agachó para besarle la cabeza.

—*Ya zhelayu schast'ya tebe, moy malen'kiy kotyonok* —le susurró a *Kira* al oído.

Estuve a punto de bromear y decirle que esperaba que la gatita hablara francés aparte de ruso, pero me contuve cuando vi lágrimas en sus ojos.

—Esto es para usted —le dije, dándole los quinientos francos que habíamos

acordado.

Madame Ducroix empujó el dinero hacia mí.

—No —respondió, negando con la cabeza—. Eso era una prueba.

Tengo que saber si la gente que se lleva a mis gatitos realmente los quiere. Cualquiera que esté dispuesto a pagar quinientos francos por un gato comprende su valor real.

Acompañé a *madame* Ducroix a la entrada del hotel y le paré un taxi.

—Me gustaría mucho que viniera a visitar a *Kira* alguna otra vez. O podría ir a visitarla yo a usted —le ofrecí.

El rostro de *madame* Ducroix se iluminó.

—¿Visitarme usted a mí? Me encantaría. Por favor, tome mi dirección —me respondió, entregándome su tarjeta.

El taxista la ayudó a entrar en el vehículo y *madame* Ducroix me dijo adiós con la mano antes de que el coche arrancara. Parecía tan contenta como un niño que empieza las vacaciones de verano.

Unas semanas más tarde, al no tener noticias de *madame* Ducroix, decidí hacerle una visita. Su apartamento estaba en la Rue Rembrandt. No había conserje en la portería, así que subí las escaleras por mi cuenta. Llamé al timbre del apartamento de *madame* Ducroix, pero nadie contestó. Suponía que tenía una sirvienta, así que esperé un momento antes de intentarlo otra vez. Cuando estaba a punto de marcharme, se abrió la puerta del otro lado del descansillo y miró hacia fuera una mujer muy elegante que llevaba un vestido color crema.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me preguntó.

—Estoy buscando a *madame* Ducroix —le dije—. Pero no parece estar en casa.

Una expresión de sorpresa pasó por el rostro de la mujer, que me anunció:

—Pero *mademoiselle*, *madame* Ducroix falleció la semana pasada. Su apartamento se ha puesto en alquiler.

Me agarré con fuerza a la barandilla. No me había esperado una cosa así. *Madame* Ducroix me había parecido frágil, pero estaba tan animada la última vez que nos habíamos visto...

La mujer salió al descansillo, dejando la puerta de su apartamento abierta.

—Lo lamento, *mademoiselle*. Le he producido una conmoción. ¿Quiere usted pasar un momento? ¿Eran ustedes parientes?

Negué con la cabeza.

—No —respondí—. Me dio uno de sus gatitos y venía a contarle lo bien que está.

La mujer asintió. Estaba a punto de encaminarme escaleras abajo de nuevo cuando en el último momento se me ocurrió una idea y me volví para preguntarle:

—¿Sabe si *madame* Ducroix encontró hogares para todos sus gatos?

Una sonrisa apareció en el rostro de la mujer y señaló a sus pies. Apoyados a cada lado de ella, había dos gatos adultos, uno más grande y otro más pequeño. Por su porte majestuoso y sus vividos ojos, supe que tenían que ser los padres de *Kira*.

—Oh, puede estar segura de eso —me contestó—. *Madame* Ducroix no estuvo lista para marcharse hasta que no encontró hogares para todos ellos.

Estaba recordando todas aquellas cosas cuando *monsieur* Etienne llamó a la puerta. Me dio tal sobresalto que pegué un brinco y envié a *Kira* volando hasta la alfombra, pero me perdonó rápidamente y me siguió hasta la puerta. Antes de abrirla, cerré los ojos con fuerza y pedí el deseo de poder continuar cantando en el Casino de París. Abrí la puerta llena de esperanzas. Pero me bastó una mirada a la expresión ojerosa del rostro de *monsieur* Etienne para saber que no me traía buenas noticias.

París estaba especialmente bonito en primavera, pero incluso en los Jardines de Luxemburgo, con sus castaños repletos de ramilletes de florecillas blancas y los parterres rebosantes de lirios, anémonas y tulipanes, todo el esplendor de la estación me resultaba indiferente. No tenía trabajo ni suerte.

Me senté en un banco bajo las ramas de un lilo de flores tempranas, sin apenas percibir el perfume almibarado procedente de sus florecillas púrpura que me envolvía. Lo que había sucedido con Jacques Noir en el Casino de París había sido un desastre. Aunque *monsieur* Volterra había dejado claro que creía mi versión de los hechos, también había insistido en su decisión de despedirme, porque, si no lo hacía, Noir amenazaba con abandonar el espectáculo. *Monsieur* Volterra rescindió mi contrato y me pagó una indemnización, después de descontar los gastos por el traje y la tarifa de Vincent Scotto. Tuve que regresar al hotel del Barrio Latino, a una habitación más pequeña que la que había alquilado la vez anterior. Vendí una de las sillas de piel de leopardo, el biombo oriental y parte de mi ropa. La silla que me quedé era una especie de disculpa hacia *Kira* por tener que arrastrarla conmigo a aquella pérdida de calidad de vida. Sin embargo, si le importaba que ahora compartiéramos una cama estrecha en una desgastada habitación, nunca lo demostró. Siempre que le sirviera un plato de leche y que pudiera acomodarse hecha un ovillo en el hueco de mi codo, era feliz.

El golpe que supuso perder mi número en el Casino de París no me habría resultado tan traumático si *monsieur* Etienne hubiera podido encontrarme un papel en algún otro sitio. Pero aunque *monsieur* Volterra nunca anunció públicamente que yo había intentado sabotear la actuación de Noir, el humorista difundió la historia todo lo que pudo. El Folies Bergère ya estaba en fase de ensayos para *La Folie du Jour*, en el que iba a debutar Joséphine Baker, una cantante estadounidense. Después de gastarse una fortuna en más de mil trajes diferentes y música de Spencer Williams, no estaban dispuestos a hacer nada que pudiera disgustar a su temperamental estrella. La respuesta del director del Moulin Rouge fue la misma. Acababan de desembolsar más de medio millón de francos para pagar a las Hermanas Dolly por un conflicto con Mistinguett y no tenían intención de contrariar a la diva contratando a alguien que tuviera un número que le pudiera hacer la competencia. Solamente el Adriana expresó cierto interés, pero todos sus puestos de cantantes y bailarinas estaban cubiertos para los dos años siguientes.

Una niña con abrigo rojo patinó por la gravilla enfrente de mí, provocando que las palomas se dispersaran asustadas. Se agarró las rodillas, con los ojos como platos por el asombro. Se echó a llorar en el momento en que la niñera la cogió entre sus brazos.

—¿No te he dicho ya que no te vayas corriendo tan lejos? —la regañó la niñera,

sacudiéndole el polvo del abrigo.

Las vi doblando un recodo del camino y desapareciendo entre los árboles. El día era soleado y el parque estaba lleno de gente paseando entre los parterres y terrazas. Todo el mundo parecía animado, feliz de que el invierno hubiera desaparecido para dar paso a una vibrante primavera. Desde el estanque se oía la risa de los niños. Y, por encima del ruido, escuché el sonido de alguien que canturreaba.

Me miré los pies. Si no podía triunfar en el Casino de París, ¿dónde iba a hacerlo? ¿Aquello quería decir que todo había terminado? Quizá era el momento de reconocer la derrota y regresar a casa.

El hombre que cantaba se aproximó y su voz fue sonando cada vez más fuerte. Su tono era varonil e intenso, pero cantaba desafinando.

Cuanto más consigues,
más quieres;
quieres más y más,
y luego todo se va

Me erguí y miré a mi alrededor.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz masculina—. Parece usted triste.

Miré a través del lilo. Mi interlocutor se había colocado de manera que las hojas del árbol le tapaban el rostro. Solo alcanzaba a ver que era alto y llevaba un abrigo de piel de camello y unos zapatos muy lustrosos. Una de sus manos descansaba sobre una de las ramas del árbol, suave y morena, como la de un indio, aunque yo sabía que no podía ser del subcontinente, porque aquella mano era demasiado grande. Además, la voz me resultaba familiar.

André Blanchard.

Extendió la mano y apartó las hojas del árbol. Aquellos ojos que siempre hacían que se me subiera la sangre a las mejillas me miraron directamente. Durante un momento olvidé mis aflicciones y ni siquiera tuve que esforzarme para sonreír.

—Ya he oído los rumores —comentó mientras rodeaba el árbol—. ¡No consigo imaginármela a usted tratando de sabotear la actuación de Jacques Noir!

Profirió una carcajada tan sonora que no logré enfadarme por reírse de mis apuros.

—Creo que he perdido mi oportunidad —le confesé.

No había admitido el fracaso ante nadie más, pero había algo en André que hacía que me resultara imposible mentirle.

Su rostro se puso serio, como si hubiera leído mis pensamientos. Miró fijamente el espacio del banco que quedaba libre a mi lado.

—¿Puedo sentarme?

Asentí y se sentó.

—Jacques Noir no necesita que nadie lo sabotee —me confesó—. Ya es lo bastante malo. Lo único que sucede es que tiene buenos contactos. Esa frase, «el

humorista más adorado de todo París», se la ha inventado él mismo. Se le da bien la publicidad.

—Eso será bueno para él, pero es malo para mí —comenté.

André se frotó la barbilla.

—No siempre es fácil explicar por qué algo tiene éxito en París, cuando otras cosas no lo tienen —dijo—. A los cantantes se les busca por otras cosas aparte de por sus capacidades vocales. Mire por ejemplo a Camille Casal: es comprensible que sea una estrella porque es una belleza. Pero entonces ¿qué pasa con Fréhel? ¿Cómo puede explicarse eso?

—No sé quién es Fréhel.

—¿No? —me preguntó, echándose a reír—. Bueno, pues entonces tendremos que ir a verla alguna vez. Es una estropeada mujer de mediana edad que canta con una voz rota sobre prostitutas y amantes condenados a su suerte. Y París la adora.

Sentí como si me estuvieran ardiendo las puntas de las orejas. ¿Realmente André había dicho: «Tendremos que ir a verla alguna vez»?

—Me quedé sorprendida cuando vi actuar por primera vez a Mistinguett —comenté—. Su voz es plana, se tambalea al bailar y no es especialmente hermosa.

—No —admitió—. Pero todo el mundo se la imagina a ella cuando piensan en Francia. Es tan esencial para París como el café y los *croissants*.

Me agaché para arrancar una brizna de hierba y la hice girar entre los dedos. André se inclinó y me imitó.

—Y aquí está usted —comentó—. Usted que sabe cantar, que puede bailar y que también es muy bonita. ¡Y está sin trabajo!

Me contempló fijamente y sonrió. La quemazón que sentía en las orejas y las mejillas se me propagó por todo el cuerpo.

—Si está libre esta noche, *mademoiselle* Fleurier, me gustaría invitarla a cenar —me propuso.

Maxim's había cambiado desde los gloriosos días de la Belle Époque, cuando los reyes de Inglaterra, España y Bélgica recibían a las cortesanas de moda allí, como la Bella Otero y Cléo de Mérode. Sin embargo, en 1925 el restaurante aún conservaba su opulencia inspirada en el art nouveau, de líneas curvadas y columnas de caoba, lujosas banquetas y estatuillas de damiselas azotadas por el viento. Mientras el *maître* nos acompañaba a nuestra mesa, contemplé el techo de cristal decorado con flores, frutas y hojas de limonero. El *maître* me ofreció una silla y me entregó la carta manuscrita. Miré a mi alrededor el oscuro salón iluminado por lámparas en miniatura colocadas en cada mesa y las mujeres de elegantes peinados, cuyos pendientes y collares de diamantes brillaban bajo la escasa luz. Los comensales ya no eran aristócratas, pero aún destacaban: prósperos artistas, escritores, actores, periodistas y políticos. Puede que Maxim's fuera más respetable ahora, pero seguía siendo el tipo de sitio al que un hombre no llevaría a su esposa. Comprendí por qué André lo había elegido: había una especie de discreción y complicidad entre los clientes. Aquel era

uno de los pocos lugares de París en el que no llamaríamos la atención.

—Tienen el mejor bistec de París —anunció André, mirando el menú, que incluía caviar *osciétre* y *cassoulet* con ancas de rana.

Todavía no me había recuperado de la estupefacción de que me invitara a cenar con él y traté de disimular la timidez que sentía con un poco de charla.

—No le he visto a usted por París en bastante tiempo —comenté—. ¿Ha estado de viaje?

—He estado en Roma, Venecia y Berlín —contestó.

Movió su silla de sitio, volviéndose en busca del camarero. No hubiera sabido decir si era porque yo ya le estaba aburriendo o porque le costaba trabajo mantenerse sentado.

—¿Qué ha estado haciendo usted allí? —le pregunté.

—Es parte de mi formación —me explicó, tomando un sorbo de champán—. Mi padre ha adquirido hoteles en esas ciudades y me ha estado enseñando cómo se dirigen.

Los líquidos que contenían nuestras copas de champán y vasos de agua estaban vibrando. Miré hacia abajo y vi que era porque André movía insistentemente la pierna contra la pata de la mesa. Bernard solía hacer algo similar siempre que tío Gerome estaba presente y lo ponía nervioso. No había visto a André inquietarse antes, ¿acaso había algo que le preocupara?

El camarero trajo los entrantes. Contemplé los blinis de mi plato y me pregunté cómo debía comérmelos. Miré a André, que cogió un espárrago entre los dedos y lo mojó en un cuenco de salsa. Me encogí de hombros; lo mejor que podía hacer era aventurarme y tratar de adivinarlo. Enrollé el blini cerrándolo con el tenedor y me lo comí de un bocado. El sabor almendrado del caviar me estalló en el interior de la boca. Independientemente de que aquella fuera la manera correcta de comerlos, a André no pareció sorprenderle.

—¿Se parece mucho usted a su padre? —le pregunté.

Tendría que haber sido capaz de contestar a aquella pregunta por intuición sin necesidad de hacérsela. Desde que conocía a André, había leído todo lo que podía encontrar en los periódicos sobre la familia Blanchard. En sus acuerdos comerciales, siempre se retrataba a *monsieur* Blanchard como una persona de carácter imponente, con la suficiente confianza como, por ejemplo, para aplastar a los huelguistas que reclamaban una subida de sueldo y utilizar inmigrantes extranjeros como mano de obra enfrentándose sin tapujos a la opinión pública. André, por lo que había leído de él, era ambicioso, pero también amable y justo.

Negó con la cabeza.

—Somos personas muy diferentes. Yo apuesto por los cambios, mientras que mi padre los abomina. Vive su vida como un reloj suizo, desaparece en su despacho precisamente a la misma hora del día, toma sus comidas con la misma exactitud y se va a la cama puntualmente doce minutos pasada la medianoche. Cuando estaban

recién casados, mi madre cometió el error de hacer la limpieza en su despacho. No creo que la haya perdonado todavía por aquello.

No estaba segura de si echarme a reír o sentir compasión. André sonreía, pero algo en sus ojos me decía que el comportamiento exigente de su padre no era tan cómico como él lo pintaba.

—Mi padre tiene la teoría de que el dinero que ganan la primera y la segunda generación lo despilfarran la tercera y la cuarta —continuó—. Y está decidido a que yo no siga esa tendencia. Me ha advertido que puedo divertirme todo lo que quiera y que puedo desarrollar mis cualidades empresariales en el negocio que me apetezca hasta que cumpla treinta años. Entonces, tendré que casarme y hacerme cargo del negocio familiar.

—Debe de sentirse bajo mucha presión —comenté, empezando a entender la fascinación de André por el teatro de variedades.

La vida era bella sobre el escenario e impredecible fuera de él. Hacer exactamente lo mismo todos los días porque fuera lo que uno había hecho durante toda su existencia no cuadraba precisamente en mi ideal de vida.

—Todavía tengo más de una década por delante —me dijo André, volviendo a su tono jovial—. Solo tengo diecinueve años. Me gusta mucho más la gente que las máquinas. Voy a demostrarle a mi padre que lo que él considera aficiones son cosas de las que puedo obtener beneficio económico. No voy a derrochar la fortuna de mi familia, pero estoy decidido a vivir de manera diferente a la suya.

—Tengo la sensación de que tendrá usted éxito —le confesé.

Mis palabras eran sinceras, pero traté de ocultar mi sorpresa al saber su edad. ¿Así que tenía diecinueve años? Solo era un par de años mayor que yo, pero parecía tener mucho más mundo. Quizá así es como eran los ricos, por la falta de inseguridad en sus vidas.

Algo a mis espaldas llamó la atención de André.

—He aquí algo que debe usted ver —me anunció.

Me volví para contemplar a una mujer negra de pie a la entrada del salón principal. Tenía unos ojos expresivos y una brillante melena con un peinado tipo casco. Supe inmediatamente de quién se trataba, había visto carteles con su rostro por todas partes. Era Joséphine Baker. Permaneció inmóvil hasta que, una tras otra, todas las mesas se quedaron en silencio y las miradas de todos se volvieron hacia ella. Entonces, tiró al suelo el abrigo de chinchilla que llevaba puesto —obligando a la chica del guardarropa a acercarse gateando a recogerlo— para mostrar un vestido escarlata con un escote que le llegaba hasta la cintura.

Mientras el *maître* conducía a su mesa a *mademoiselle* Baker y a los advenedizos que la acompañaban, la estrella batió las pestañas y contoneó las caderas para regocijo de los comensales de cada una de las mesas junto a las que pasaba.

—*Bonsoir, mes chéries* —saludó, moviendo los brazos y lanzando besos por doquier—. ¡Qué aspecto tan magnífico tienen todos ustedes esta noche!

Aunque no estaba bien visto interrumpir a la gente mientras cenaba, nadie se sintió ofendido por su comportamiento. Los rostros se iluminaban con generosas sonrisas a medida que la diva pasaba a su lado. Toda la atmósfera del salón se transformó por completo. En lugar de los apagados susurros del principio de la noche, las conversaciones se animaron y las risas resonaron desde las cuatro esquinas de la estancia.

—¿Ha visto usted eso? —murmuró André, con un brillo divertido encendiéndole la mirada—. No tiene ni la mitad de talento que usted, pero sabe cómo representar el papel de estrella.

—¿La cualidad de comportarse como una estrella es algo que la gente tiene porque sí? ¿Nacen con ello? —le pregunté.

André negó con la cabeza.

—No sugeriría usted tal cosa si la hubiera visto antes. Ha aprendido lo que sabe observando a otros hacerlo y le ha añadido su propio toque personal.

—Y yo no lo he aprendido —repliqué—. Eso es lo que usted está intentando decirme.

André se inclinó hacia delante.

—Lo que estoy tratando de decirle es que si lo cultiva, logrará ser usted maravillosa. Debería tomarse como un cumplido lo que Jacques Noir le ha hecho. Si pensara que era una don nadie, ni siquiera se habría molestado en desembarazarse de usted. Le ha hecho sentirse amenazado.

Bajé la mirada hacia el plato.

—¿Y cómo lograré cultivarlo?

André alargó el brazo por encima de la mesa y me quitó con el pulgar una mota de caviar que se me había quedado en la barbilla.

—Yo podría ayudarla —me dijo.

Agarré con fuerza la servilleta que tenía sobre el regazo y la enrollé hasta formar una bola. Me ardía la piel donde él me había rozado. Había pensado en André lo suficiente como para saber que me gustaba. Él era el sueño de cualquier artista: guapo, joven, rico y dispuesto a ayudarme en mi carrera. Y sin embargo yo sentía claramente los pies sobre la tierra, como si estuvieran tirando bruscamente de mí unos frenos imaginarios. No quería ser una más de una sucesión de chicas colgadas de su brazo. Me imaginé a Camille, cogiéndome de los hombros y zarandeándome: «¿Y qué es lo que esperas, Simone? ¿Amor?».

—Rivarola y yo no éramos amantes —le confesé.

Me quedé sorprendida por el tono de mi propia voz. La frialdad con la que pronuncié aquellas palabras dejó claro su significado. Levanté la mirada para encontrarme con la de André. Si se sentía decepcionado, se recuperó rápidamente.

—Me corre la sangre empresarial por las venas —dijo, apartando su plato a un lado—. Y algo que un empresario no soporta ver es un buen potencial desperdiciado. Y cuando la miro a usted, eso es lo que veo: un estrellato de millones de francos que

se está desperdiciando. Un posible icono de la cultura francesa flotando a la orilla del río como un pez moribundo.

Me asusté al pensar en ese pez que luchaba por respirar. Me eché a reír y el ambiente entre ambos se relajó.

—Escuche, usted será mi proyecto de aprendizaje en el mundo empresarial y no espero nada más que eso —me dijo André—. Este es el plan: la sacaré de París y juntos trabajaremos para crear su nuevo estilo. Entonces, cuando consiga un enfoque extraordinario que pueda ofrecer, regresaremos.

Su tono firme me convenció y me decepcionó al mismo tiempo. ¿Realmente lo único que yo deseaba era una relación puramente profesional? Probablemente, debería haberle hecho más preguntas —después de todo, era de mi vida de lo que estábamos hablando—, pero me intrigaba André Blanchard y me halagaba su interés por mi carrera.

Cuando mencionó que *mademoiselle* Canier también nos acompañaría, me resigné al hecho de que quizá realmente solo estaba buscando algo intrépido a lo que poder aplicar sus cualidades empresariales.

—¿Dónde propone que vayamos? —inquirí.

—A Berlín —me respondió, como si fuera la única respuesta posible a aquella pregunta.

Le miré fijamente. ¿Berlín? Cuando pensaba en Alemania, no podía dejar de recordar las discordantes canciones de Anke y el hecho de que fuera el país cuyo ejército casi había volado por los aires a mi padre.

—Iremos a los cabarés y asistiremos a los espectáculos musicales. Trabajaré usted duro y aprenderá —me explicó André.

El brillo de sus ojos me incitaba a embarcarme en aquella aventura. ¿Iba a ser aquel el vínculo entre nosotros? ¿El de dos personas que amaban los desafíos?

—Pero no hablo alemán —le dije.

—¿Ni siquiera «*Guten Abend meine Damen und Herren*»? —preguntó André.

—No.

—¿Tampoco «*Wir haben heute sehr sebones Wetter*»? —preguntó André.

—No.

—¿Ni «*Sie sind sehr bübsch und ich würde Sie gerne küssen*»? —preguntó André.

Negué con la cabeza.

El rostro de André mostró repentinamente una amplia sonrisa.

—¿Hay algo más que le preocupe sobre marcharse a Berlín, *mademoiselle* Fleurier?

—No... Es decir, sí —le respondí, tomándome un trago de champán—. ¿Puede venir mi gata conmigo?

Le expliqué a *monsieur* Etienne que me iba a Berlín durante un tiempo a desarrollar mis capacidades y escribí a mi familia para comunicarles la misma noticia. Entonces, una semana después, André y yo abandonamos París. Llegamos a

la Potsdamer Station justo después de anochecer. Mientras André le pedía un billete para un taxi al policía a la entrada de la estación, metí a *Kira* en su cesta de mimbre. Miró parpadeando a la gente que se apresuraba de aquí para allá y al mozo que empujaba el carrito con nuestro equipaje. Ni siquiera le perturbó que un hombre pasara junto a nosotros tras un perro alsaciano que tiraba de él manteniendo la correa en tensión: sencillamente bostezó, se hizo un ovillo y se quedó dormida.

André le mostró el billete al taxista y el mozo colocó nuestro equipaje en el maletero. Miré por la ventana del taxi, absorta en mis pensamientos. A lo largo del bulevar, guirnaldas de bombillas eléctricas adornaban las entradas de los teatros, los restaurantes y los cabarés con nombres como *Kabarett der Komiker* y *Die Weisse Maus*. Las terrazas de los cafés estaban atestadas de hombres y mujeres que bebían jarras de cerveza. «Así que esto es Berlín», pensé. Aparte de los carteles escritos en alemán con letras góticas, la ciudad no parecía tan diferente de París. Y, sin embargo, de algún modo, sí que lo era. Me di cuenta de que me haría falta observarla con más detenimiento para ser capaz de discernir cuáles eran exactamente las diferencias.

El taxi se detuvo en el exterior de un edificio con columnas de piedra a cada lado de la entrada y una placa de bronce que rezaba: «Hotel Adlon».

André le pagó al taxista.

—Aquí es donde nos alojaremos —anunció, introduciéndose el monedero en el bolsillo de la chaqueta.

Teníamos dos días solos hasta que *mademoiselle* Canier se reuniera con nosotros. Habíamos tomado el desayuno con ella antes de dejar París y lo máximo que había conseguido sacarle habían sido monosílabos: «*Oui*» o «*Non*». Para ser una mujer que lo tenía todo —incluido a André—, parecía muy descontenta con la vida. Miró a su alrededor en aquel restaurante tan elegante con la intención de encontrar algo que le disgustara, independientemente de que fuera la consistencia de la mantequilla o los botones de la camisa del camarero. De vez en cuando yo miraba de soslayo a André, preguntándome si realmente se sentía atraído por ella. Para mi disgusto, André contemplaba a *mademoiselle* Canier como si no se creyera lo que estaba viendo y constantemente le acariciaba la mano o el brazo. Ella era hermosa, pero ¿cómo un hombre con su vitalidad e inteligencia podía pasar el tiempo con aquella criatura amargada? Por su parte, *mademoiselle* Canier aceptaba sus atenciones con una sonrisa lánguida. No obstante, el verdadero insulto residía en su actitud despreocupada hacia mí: aunque iba a estar a solas en Berlín con su pareja, *mademoiselle* Canier ni siquiera me consideraba una amenaza.

Un botones con el pelo tan corto que podría haber sido perfectamente un joven oficial del ejército recogió nuestras maletas del taxi.

Me pareció extraño que nos alojáramos en el Adlon cuando André me había contado que su padre era el dueño del *Ambassadeur* y tenía acciones en el Central.

—¿Por qué nos quedamos aquí si no es uno de los hoteles de su padre? —le susurré mientras mis tacones se hundían en la lujosa alfombra de la zona de

recepción.

—Para comparar —me respondió—. El Adlon se considera el mejor hotel de Berlín. Pero creo que con unos cuantos cambios el Ambassadeur podría superarlo.

Mientras André se ocupaba de nuestras habitaciones, contemplé el vestíbulo de mármol y las doradas lámparas de araña. Me volví para observar una estatua de bronce y crucé la mirada con un hombre que estaba de pie junto al ascensor. Se pasó los dedos por los mechones de pelo canoso que le surgían de las sienes y se alisó el bigote. Su expresión era seria, pero también parecía divertido.

Cuando André acabó con el registro, el botones nos condujo a los ascensores, donde estaba esperando el hombre. Miró con ojos entrecerrados a André.

—Buenas noches, *monsieur* Blanchard —saludó, en francés—. Siempre es un placer que un hombre de una categoría tan distinguida como la suya se aloje en nuestro hotel.

—Buenas noches tenga usted, *herr* Adlon —respondió André, con una sonrisa irónica en los labios—. ¿Puedo presentarle a *mademoiselle* Fleurier?

—*Enchanté* —me saludó *herr* Adlon, inclinándose para besarme la mano—. Confío en que disfrutará de Berlín y de su estancia en el hotel Adlon.

Una vez dentro del ascensor, André miró hacia el techo, tratando de no estallar en carcajadas. Tan pronto como las puertas se abrieron y el botones echó a andar delante de nosotros para mostrarnos dónde estaban nuestras habitaciones, André me susurró:

—Hubo una época en la que *herr* Adlon habría echado a patadas de su hotel al hijo de uno de sus competidores. Pero con la guerra y tal y como está la economía alemana, tiene que aceptar a todo aquel que pueda pagar.

—Quizá se lo toma como un cumplido —repliqué—. La mayoría de los artistas lo ven así cuando otra estrella se molesta en acudir a su actuación.

Yo pensaba que el *glamour* del escenario no tenía equivalente en la vida real, pero cambié de opinión tan pronto como el botones abrió la puerta de mi habitación, encendió las luces y nos hizo un gesto a André y a mí para que entráramos. Recorrí con la mirada la línea de pilastras francesas que llegaban hasta el altísimo techo y también la chimenea de mármol, con los dos candelabros de ónice a ambos lados. Había un cuenco con ciruelas y un jarrón de rosas de tallo largo sobre una mesilla auxiliar. El aire en la habitación era una mezcla de aromas embriagadores combinados con el olor a ropa de cama limpia. Si *mademoiselle* Chanel hubiera podido embotellar aquella combinación, habría descubierto un perfume mucho más rentable que el Chanel N° 5. El botones abrió unas puertas dobles para revelar una cama tan suntuosa con sábanas y colchas de Rudolf Herzog que sentí deseos de meterme en ella lo más pronto posible. Coloqué la cesta de *Kira* junto al sofá.

André se aproximó a la ventana y miró a través de las cortinas.

—Desde aquí puede ver Unter den Linden y la Puerta de Brandeburgo.

—Unter den Linden es el bulevar más famoso de Berlín —explicó el botones en un francés muy preciso—. Se llama así por los tilos de su alameda.

Colocó mis maletas cerca de un armario. *Kira* estiró una de sus patas a través de las barras de su cesta y me tocó el zapato. Abrí el pestillo, salió de un salto y correteó por la moqueta. Olfateó la alfombra turca y los rodapiés dorados, inhaló el aroma de las patas de la mesa y movió nerviosamente los bigotes por el sofá. De repente tensó el rabo y aguzó el oído. Durante un momento aterrador pensé que iba a arañar el sofá, pero pasó como un rayo a mi lado y a través de las piernas de André en un arrebató de energía gatuna. Dio tres vueltas a toda velocidad a la habitación antes de saltar sobre el sofá y acomodarse sobre él. Moví un dedo hacia ella y me miró como diciendo: «Esto está mucho mejor. Es lo que había estado deseando desde hace tiempo».

Después de que el botones me mostrara cómo funcionaban los grifos del baño y dónde estaban los interruptores de la luz, me deseó una agradable estancia y se encaminó hacia la puerta. André le siguió.

—Dejaré que se instale —me dijo volviéndose—. Cenaremos en el restaurante del hotel para poder acostarnos pronto. Así podremos empezar con Berlín mañana temprano.

El comedor del Adlon era como un palacio veneciano decorado con un mural en el techo y candelabros de bronce en las paredes. André pasó la palma de las manos por los brazos de su silla.

—¿Sabía que son de caoba del jarrah de Australia?

¿Australia? No tenía claro dónde estaba. ¿Quizá en algún lugar cerca de Sudamérica?

André recorrió la estancia con la mirada, asimilando los detalles.

—¿Se ha dado cuenta de que no hay timbres en ninguna parte? Suelen encender luces para llamar a las camareras y así no se molesta a los demás comensales.

Nunca había estado en un hotel en el que se emplearan timbres y menos luces. Cuando *madame* Lombard quería llamarme, se colocaba junto al ascensor y gritaba, sin importarle si molestaba a los otros huéspedes.

Le eché un vistazo al menú. Tenía curiosidad por probar la comida alemana, pero los platos eran franceses e ingleses: capones trufados, pescado en salsa de caviar, rosbif, perdices... Miré los ojos negros de André, que brillaban aún más bajo la suave luz. «No —me dije a mí misma—, si quieres ser una verdadera estrella, tienes que comportarte de manera profesional. Tienes que centrarte». Pero ¿por qué me sucedía que cuando estaba con André mi cabeza siempre me decía una cosa y mi corazón otra totalmente diferente?

—Cuentan con una de las cocinas más eficientes del sector —me contó André, señalando con la cabeza hacia las puertas—. La ayudante del chef es un genio. Sirven los mejores platos, pero nunca les sobra la comida ni se les echa a perder. Entre ella y el encargado de la despensa dirigen las existencias con precisión militar.

Contemplé a André, sin estar del todo segura de adónde quería llegar, pero no tuve que esperar demasiado para que me diera una explicación.

—Un hotel obtiene casi las mismas ganancias de sus banquetes y restaurantes que de sus huéspedes, por lo que es importante que sea eficiente. Muchos hoteles brillantes han tenido que cerrar porque registraban pérdidas en la cocina.

Volví a estudiar mi menú, preguntándome si el análisis de las características del hotel y su administración iba a ser el único tema de conversación. El entusiasmo de André me recordó lo jóvenes que éramos ambos. En comparación con los circunspectos huéspedes de las mesas contiguas, nosotros parecíamos dos niños que se habían escapado de casa y estaban jugando a ser mayores por un día.

Después de pedir la cena, llegó el sumiller y le consultó a André qué beberíamos con la comida. Cuando se marchó, André se volvió hacia mí y me dijo:

—Su bodega vale millones. Si uno de los chefs pide vino para los ingredientes de una comida, el sumiller le echa sal para que el personal de cocina no se lo beba.

Sabía que tenía que seguirle la corriente porque estaba haciendo mucho por ayudarme, pero me encontraba en una ciudad nueva y quería hablar sobre Berlín, sobre los escenarios, sobre qué íbamos a hacer y ver. No me interesaban los aplicados procedimientos de gestión del hotel Adlon. Sin embargo, André me sorprendió. Señaló las copas que el sumiller estaba colocando ante nosotros. Ya me estaba imaginando que me iba a proporcionar otro dato más sobre la bodega de vinos del Adlon o la calidad del cristal, cuando dijo:

—He pedido el champán de reserva y un vino de Burdeos que pertenecía a la bodega del káiser. ¡Vamos a celebrar nuestra primera noche en Berlín, nuestra asociación y el principio de su nueva carrera!

Me levanté a la mañana siguiente cuando los primeros rayos de luz despuntaban en el cielo. Las sirvientas habían corrido los estores y las cortinas cuando prepararon la cama la noche anterior, pero no podía dormir y las había abierto de nuevo para ver las luces de los coches que recorrían el bulevar. Mullí las almohadas y estiré el brazo por detrás de la cabeza, percibiendo un ligero aroma a almendras. Me olfateé la muñeca. Mi piel aún conservaba el aroma del exquisito jabón del hotel.

Kira se había hecho un ovillo en el alféizar de la ventana y sus ojillos miraban de aquí para allá. Me pregunté qué estaría observando y desenredé las piernas de entre las sábanas.

—¡Gatita tonta! —le dije, mirando hacia el bulevar, que estaba vacío excepto por un par de camiones de panaderías y bicicletas—. ¡No hay nada ahí fuera!

Le pasé los dedos por el lomo y dejó escapar un bostezo. La emoción de estar en Berlín me había trastocado mi reloj interno. Aquel era el momento del día en el que normalmente yo estaría llegando a casa, no levantándome de la cama. Me tumbé y apoyé la mejilla sobre la fresca seda de la colcha. El hotel estaba en silencio. No se oían grifos abriéndose y cerrándose, ni pasos en las escaleras, ni orinales vaciándose en letrinas. Este no tenía nada que ver con mi hotel del Barrio Latino. Pero para

entonces ya estaba demasiado despierta como para volverme a dormir y, aunque André y yo habíamos cenado bien, sentí un hambre devoradora.

Me senté de nuevo y hojeé el menú del servicio de habitaciones. Pensé que podía comer algo entonces y de nuevo con André más tarde. Cogí el auricular del teléfono, pero antes de que pudiera decir nada, un caballero que hablaba francés con acento alemán me deseó buenos días y me preguntó qué quería tomar de desayuno.

—*Guten Morgen* —le respondí, deseosa de utilizar al menos una de las frases que André me había enseñado en el tren. Pedí unos panecillos con miel y mermelada. *Kira* saltó del alféizar hasta mi regazo—. Y unos arenques con un platillo de leche —añadí.

Me estaba secando el pelo cuando el camarero llegó a la puerta con un carrito. Mientras ponía la mesa para el desayuno, *Kira* levantó la naricilla en el aire y se colocó lo más cerca que pudo de la mesa, deslizando su trasero por el alféizar. Cuando llegó lo suficientemente cerca, se preparó para saltar sacudiendo el rabo. La cogí en mitad del intento.

—*Dartke sebön* —le dije al camarero, meciendo a *Kira* entre mis brazos.

—No hay de qué, *mademoiselle* —respondió, mirando de reojo a la frustrada gatita—. Buen provecho.

Me comí los panecillos y miré el reloj. Solo eran las siete de la mañana. Abrí la puerta de mi habitación y miré hacia el pasillo. A André le habían limpiado los zapatos y se los habían colocado junto a la puerta de su cuarto. No se veía luz por la jamba, por lo que supuse que seguía durmiendo. Regresé a mi habitación y me puse los zapatos. *Kira* había terminado de comerse los arenques y se había tumbado en el sofá, lamiéndose las patas.

—Me voy a dar un paseo —le dije—. Si encuentro algo bonito, te lo traeré.

Pasé por el comedor, donde los camareros se afanaban en preparar los platos y la cubertería para el desayuno. El aroma del café recién hecho se mezclaba con el dulce olor a mantequilla fundida y a tostadas calientes. Aquella combinación tenía un efecto tan estimulante que me sentí como si estuviera caminando de puntillas.

—*Guten Morgen* —me saludó el portero cuando llegué a la entrada principal—. ¿Le pido un taxi?

Negué con la cabeza.

—No, gracias. Me voy a dar un paseo.

Arqueó las cejas, pero después asintió y sonrió.

—Va a ver la Puerta de Brandeburgo, *ja*? Si aguarda hasta después del desayuno, el guía del hotel o *madame* Adlon pueden acompañarla.

Tenía mucho interés en explorar la calle por mi cuenta y no me atraía ninguna de las dos opciones: ni la incomodidad de que me acompañara la esposa de *herr* Adlon ni un guía. Se lo agradecí y salí por la puerta. ¿Acaso era una cosa tan poco habitual que los huéspedes del Adlon se dieran un paseo por la mañana temprano?

El ambiente estaba limpio y fresco. Hacía mucho tiempo que no olía el aire de las

primeras horas de la mañana. Cuando trataba de aspirarlo de vuelta a casa en París, tenía la nariz demasiado tapada por el humo del tabaco y el polvo del camerino como para percibirlo.

Tan pronto como puse un pie en Unter den Linden, me di cuenta de que Berlín no podía confundirse en absoluto con París. Aunque algunos de los edificios provenían de épocas similares, los de París, con sus enrejados y tejados curvilíneos, parecían haber sido diseñados para el deleite estético, mientras que sus análogos berlineses, con sus ángulos rectos, estatuas prusianas y cúpulas, parecían haber sido construidos para resultar imponentes. Pasé por delante de la embajada británica y de tiendas que vendían cajas de música pintadas a mano y marcos de cuadros adornados con filigranas. Leí los carteles de las tiendas, tratando de adivinar lo que significaban las palabras que figuraban en ellos. Sin embargo, *Bank* y *Schuhladen* eran las dos únicas de las que estaba segura. *Bank* porque sonaba similar a la palabra en francés y *Schuhladen* porque los únicos objetos en exposición en el escaparate eran zapatos. Me paré a admirar la mercancía expuesta en el escaparate de una tienda para caballeros: abrecartas de jade, estuches para lápices de zapa, carteras de cuero e incluso un reloj de cuco.

—*Laden, Laden, Laden* —repetí el término alemán para «tienda», tratando de memorizarlo.

Que mi educación hubiera sido esporádica era ya mucho decir, pero me encantaba aprender idiomas. Mi inglés había progresado, casi por osmosis más que por haber hecho un esfuerzo consciente, gracias a Eugene y la clientela del Café des Singes. De Rivarola había aprendido bastante más que unas meras nociones de español, aunque la mayor parte era para expresar disgusto. Sin embargo, el alemán era tan diferente al francés —tan preciso, tan definido, con esas palabras tan imposiblemente largas— que me propuse aprender todo lo que pudiera mientras estuviera en Berlín.

Continué caminando por el bulevar hasta la Pariser Platz y la Puerta de Brandeburgo, parándome para admirar las enormes columnas de la puerta, que según había leído se habían construido para evocar la Acrópolis de Atenas. Levanté la mirada hacia la estatua de bronce de la diosa de la paz dirigiendo un carro tirado por cuatro caballos. Había poca gente paseando por la Platz: una mujer que empujaba una carretilla; un joven sentado en un banco que estaba dibujando la puerta en un cuaderno; y una pareja de soldados de uniforme. Procuré no mirarles fijamente cuando pasé a su lado, pues ambos iban en silla de ruedas, con las perneras de los pantalones abotonadas a la altura de los muslos. Uno de ellos también había perdido un brazo y utilizaba una pinza metálica para manejar la silla.

Crucé la Platz y me encontré frente a la embajada francesa, cuya bandera roja, blanca y azul ondeaba por la brisa. Recordé las terribles heridas de mi padre y la lápida de piedra de nuestra aldea que conmemoraba a los caídos en la guerra. «¿De qué sirvió todo aquello? —me pregunté—. ¿Qué había conseguido aquella Gran Guerra?».

Le quité importancia a la repentina melancolía que me había invadido y continué mi paseo hacia el lado opuesto de Unter den Linden. Había más tiendas que vendían objetos de lujo alemanes y algunos comercios de alimentación cuyos tenderos estaban levantando las persianas. Doblé una esquina y me encontré frente a una juguetería cuyo escaparate era un festín para la vista: ositos de peluche, casas de pan de jengibre, edificios de juguete pintados a mano, muñecas ataviadas con el traje típico bávaro que abrían y cerraban los ojos... Había una cesta llena de pelotas de colores brillantes junto a la puerta. Consulté el horario de apertura y decidí volver más tarde y comprarle unas a *Kira*. *Madame* Ducroix me había dicho que los azules rusos se entretenían muy bien solos, pero pensé que ahora que *Kira* era una viajera internacional de primera clase alojada en el Adlon, había llegado el momento de que jugara con algo más sofisticado que periódicos viejos y madejas de lana.

Algo me agarró del brazo. Miré hacia abajo y pegué un salto del susto. Un rostro me miraba fijamente, pero aún tardé un momento en percatarme de que la criatura que me estaba tocando era una niña. Tenía unos ojos protuberantes que sobresalían como los de una rana bajo una frente hinchada. El resto de su cuerpecillo parecía un montón de pellejo y huesos. Unas débiles piernecillas asomaban por debajo del harapo que llevaba de vestido. Deslizó su mano dentro de la mía.

Miré arriba y abajo hacia la calle para ver de dónde había surgido. No tardé en averiguarlo: había una mujer tumbada en el umbral de una puerta al otro lado de la calle, entre dos tiendas cerradas con tablones. La mujer sostenía contra su pecho a otro niño, miserablemente envuelto en andrajos. Había contemplado la pobreza anteriormente, pero la suya era la más terrible que había visto en toda mi vida. No solo eran pobres, sino que se estaban muriendo de hambre. No llevaba encima demasiados marcos porque no pensé que fuera a haber nada abierto, pero estaba decidida a darles todo lo que tuviera.

Abrí el bolso y rebusqué mi monedero, pero en el instante en que lo encontré más miradas recayeron sobre mí.

Dos jóvenes surgieron del portal donde la mujer estaba tendida. Uno de ellos le pasó por encima como si no fuera más que un saco de harina y se quedó mirándome con las manos en las caderas. Una sonrisa maliciosa se le dibujó en mitad del rostro como una cicatriz sobre la piel. «Si le doy dinero a la mujer —pensé— simplemente se lo quitará». Había visto a demasiados chulos como esos en Montmartre como para saber cómo funcionaban aquellos tipos.

—Volveré —le dije a la niña—. Volveré con comida. Espérame.

Sacudió la cabeza y se agarró a mi falda, rogándome con la mirada que me quedara.

—Volveré —insistí, soltándome de sus deditos con delicadeza. Por la expresión desesperada que se pintó en su cara, supe que no lo había comprendido.

Ignorando a los dos jóvenes, corrí calle abajo y entré de nuevo en Unter den Linden. Traté de recordar cómo de lejos estaba la panadería con la que me había

cruzado cuando había paseado antes por allí. «*Bäckerei, Bäckerei*», me repetía a mí misma, mirando con ojos entrecerrados los escaparates, aunque en mi fuero interno sabía que ni todo el pan del mundo podría salvar a la niña y a su familia. Necesitaban que cuidaran de ellos en un hospital. El mío era el gesto ineficaz de alguien que no tenía ni la menor idea de qué hacer frente a tanta miseria humana, pero esperaba que hacer algo al menos fuera mejor que quedarse de brazos cruzados.

Encontré la panadería y me apresuré a entrar. Había dos dieras antes que yo, pero cuando me vieron señalando como una loca al pan y vaciando mi monedero en el mostrador ambas mujeres se apartaron, con la esperanza de que cuanto antes despachara el panadero a la loca extranjera, antes se marcharía. Había oído que el pan alemán era nutritivo, y que incluso podía sustituir a la verdura durante el invierno, así que señalé todos los tipos disponibles —blanco, negro y de centeno— y me marché de la tienda con los brazos cargados de hogazas de pan.

Corrí de vuelta por Unter den Linden hasta la calle donde estaba la juguetería. En el portal donde la madre yacía tumbada no había nadie. Miré por toda la calle, pero no pude localizar a la niña por ninguna parte. «No pueden haber ido muy lejos —pensé—, no en esas condiciones».

Sentí la tentación de llamarla en alto, pero temía que solamente lograría atraer la atención de los dos jóvenes de antes. Anduve arriba y abajo por la calle en ambas direcciones, después coloqué el pan en el portal en el que la mujer había estado antes y me pasé la mano por el rostro. No podía quitarme de la mente la expresión torturada de la cría. Debía de haber pensado que yo estaba huyendo de ella.

Dejé el pan en el portal, aunque no sabía quién se iba a beneficiar de él, aparte de los ratones. Pensé en los panecillos que había pedido de desayuno esa mañana y en los trozos que me había dejado sin acabar en el plato, y me sentí culpable. Me volví para recorrer de nuevo la calle y me encontré cara a cara con uno de los dos jóvenes, el de la sonrisa maliciosa. De cerca, tenía un aspecto aún peor. El blanco de sus ojos era vidrioso, como el de un cadáver, y apestaba a tabaco y a sudor. Antes de que pudiera moverme, me agarró del brazo.

—*Française?* —preguntó, apretándome la piel con los dedos—. ¿Eres francesa?

No esperó a oír mi contestación para escupirme en la cara. El salivazo me ardió sobre la piel como si fuera ácido y fue suficiente como para ponerme en acción. Le empujé y corrí por la calle. Me había cruzado con un policía de vuelta de la panadería. No podía haberse alejado mucho, por si necesitaba gritar para que viniera en mi ayuda.

Sin embargo, el joven no siguió persiguiéndome hacia Unter den Linden. Se detuvo en la esquina y comenzó a cantar algo que sonaba como una canción bélica: «*Siegreich wollen wir Frankreich schlagen...*».

Yo todavía corría, pero todo se ralentizó como si fuera a cámara lenta. «¿Qué está cantando?», pensé. Era más joven que yo, no podía haber ido a la guerra. Alcancé la siguiente esquina y me volví para comprobar si me estaba siguiendo. El joven gritó

en francés para que yo lo entendiera:

—¡Derrotaremos a Francia! ¡Acabaremos con ella! ¡Francia dejará de existir! ¡Y con ella, los franceses! ¡Escupiremos sobre sus cenizas como si fuera una puta barata!

André, vestido con camisa y pantalones y una bata que le cubría la parte superior, abrió la puerta de su habitación y me dedicó una radiante sonrisa.

—¡*Bonjour*, Simone! —me saludó, pegando contra la mía su mejilla perfumada de colonia—. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

Habíamos abandonado el formalismo de llamarnos «*monsieur*» y «*mademoiselle*» la noche anterior; ya nos sentíamos lo bastante cómodos juntos como para tutearnos.

Antes de que pudiera contestarle, recogió los zapatos del umbral de la puerta, me colocó la mano en el hombro y me condujo hacia el interior de su habitación.

—Acabo de terminar de afeitarme —explicó, apartando los periódicos de la mañana del sofá e indicándome que tomara asiento—. No esperaba que estuvieras despierta a estas horas.

Dejó los zapatos en el suelo y miró a su alrededor en busca de la chaqueta y la corbata, que encontró colgando de un galán de noche cerca del armario en el dormitorio. Regresó a la sala de estar y dejó las prendas sobre el respaldo de una silla.

—Pensaba que tendría toda la mañana para ponerme al día con las noticias y escribir algunas cartas. ¿Me equivocaba al pensar que la gente del mundo del espectáculo nunca sale de la cama antes del mediodía?

Como no le contesté, me observó con más detenimiento. Yo noté que las lágrimas estaban a punto de aflorar a mis ojos. Esto no era lo que había planeado. Antes de llamar a su puerta, me había lavado la cara y me había cambiado de vestido. Pero toda la valentía que me disponía a simular no pudo retener el dolor de corazón que me había causado la imagen de la famélica niña y su familia.

—¿Qué sucede? —me preguntó André.

Una cálida lágrima me cayó por la mejilla. Traté de hablar pero lo único que salió de mi garganta fue un sonido áspero.

—¡Simone! —exclamó, y se apresuró a acercarse a mí.

Se sentó a mi lado en el sofá. Antes de tener conciencia de mis acciones, apoyé la cabeza contra su pecho. Podía oler el aroma a limón de su camisa y sentir la calidez de su piel debajo de la tela. Hasta que le conté el incidente de la niña hambrienta y su familia, no me percaté de que me había pasado el brazo alrededor del cuerpo.

—¡Qué horror! —comentó, ciñéndome la cintura un poco más con el brazo—. Si hay algo de lo que podamos estar agradecidos es de que no haya tantos niños hambrientos en Berlín como antes.

Le miré fijamente.

—Francia mantuvo el bloqueo contra Alemania durante meses después de que se firmara el armisticio y cientos de miles de personas murieron de frío y de hambre. Han pasado siete años desde la guerra, pero en muchos aspectos Alemania todavía

está sumida en el caos.

Me estremecí. Ver a una niña atormentada había sido suficiente para mí, no podía pensar en miles más. André apartó el brazo de mi cintura y cogió sus zapatos. Le contemplé mientras tiraba de las lengüetas antes de meter los pies en ellos y atarse los cordones. ¿En qué había estado pensando para dejarle cogerme de esa manera?

—Voy abajo a hablar con el gerente —anunció André—. El portero no debería haberte dejado salir sola. Podría haberte sucedido algo terrible.

—No, por favor, no lo hagas —le rogué, pasándome el dorso de la mano por los ojos—. No es culpa del portero. Me sugirió que me llevara a un guía.

—¿Qué te llevaras a un guía? —repitió André—. Lo que tendría que haber hecho era advertirte.

—¿Advertirme el qué?

André no contestó. Se había quedado demacrado, ya no lucía en su rostro la expresión feliz con la que me había saludado en la puerta. Me hubiera gustado no haber dicho nada y haberme guardado aquel incidente para mí misma.

—De algún modo, no se puede culpar a Francia por querer acabar con Alemania, para que no pueda volver a atacarnos —explicó—. Pero ¿podemos culparles por odiarnos?

—Me he sentido peor por presenciar la situación de la niña que por el altercado con el joven —le contesté—. La pobre se encontraba en un estado lamentable. Él era el típico matón, esa clase de gente se puede encontrar en cualquier parte.

Era cierto que me había horrorizado más por el estado de la niña y su familia que por el joven, pero sabía que aquel tipo era algo peor que un matón normal. Recordé el odio en su voz mientras cantaba a voz en grito aquella canción bélica. No, aquel chico era mucho más amenazante que cualquier matón de poca monta.

André negó con la cabeza.

—Lo siento. Tendría que haberte advertido que en Berlín hay algunos individuos muy extremistas. No esperaba que fueras a levantarte tan temprano, y menos que salieras sin compañía.

Me inquietó el énfasis que André le imprimió al final de aquella frase. Me senté.

—¿Sin compañía? —repetí.

André me miró fijamente; yo aún no tenía ni la menor idea de a qué se refería.

—¿A qué te refieres con «sin compañía»? —le pregunté—. ¿Cómo crees que suelo moverme por París?

Sin embargo, tan pronto como le dije aquello, comprendí a qué se refería. Y me di cuenta por el modo en el que dirigió su mirada de mí a su regazo que él también lo había entendido. Las mujeres de la clase social de André no iban a ninguna parte sin algún tipo de escolta, incluso aunque solo se tratara de una criada o del chófer. Era una protección contra la «corrupción» que podía acechar a una mujer si se dedicaba a deambular ella sola. ¿Se había olvidado de quién era yo? ¿Una artista de variedades? Aunque nunca había actuado desnuda, muchas de mis colegas lo hacían con los

pechos al aire o sin nada de ropa. ¿Qué tipo de «corrupción» podía acecharme a mí?

—Si tuviera que esperar a que alguien me acompañara, nunca iría a ninguna parte —le dije.

Me parecía gracioso pensar que *mademoiselle* Canier y sus amistades pudieran escandalizarse por la idea de una joven viajando en *métro* por París o yendo al Pigalle por su cuenta.

André sonrió repentinamente. Me observó y luego volvió a mirarse el regazo.

—Supongo que a veces me olvido de que existen las mujeres y también están las «mujeres independientes» —comentó.

—¿Y cuál de los dos tipos prefieres tú?

—Oh, las mujeres independientes, sin duda alguna —respondió.

Ambos nos echamos a reír.

André y yo paseamos por los senderos junto a los lagos del Tiergarten y a las estatuas de famosos alemanes como Goethe y Bach, tratando de encontrar un antídoto para el desagradable incidente de la mañana. El tiempo era soleado pero fresco y los berlineses se habían echado a la calle, caminando en grupos o en contemplación solitaria. Como raza, los alemanes eran más altos que la mayoría de los franceses, con una seriedad en su expresión que era diferente de la vivacidad gala o de la sangre caliente mediterránea que yo conocía. Sin embargo, no todos ellos eran rubios y de ojos azules; igual que los franceses, tenían todo tipo de facciones. La variedad de físicos se multiplicaba aún más porque había muchos extranjeros disfrutando del parque: familias rusas sentadas en mantas de *picnic*; dos damas italianas que charlaban junto a una fuente; un grupo de estudiantes estadounidenses montando en bicicleta que se hablaban a gritos con un acento estridente...

Llegamos a los Jardines Zoológicos y seleccionamos un restaurante cuya terraza se encontraba a la sombra de unos abedules. André pidió para mí un helado que se llamaba *cassata*. Lo trajeron en una copa de cristal y sabía a sorbete de champán.

A pesar de la tranquilidad que nos rodeaba, el recuerdo del cuerpecillo maltrecho de la niña famélica persistía en mi mente. No obstante, mi angustia hizo que me abriera a André: quería que me consolara. Y gracias a eso comencé a ver más allá de su deslumbrante exterior y a comprender realmente de qué pasta estaba hecho. Me dijo que conocía a una mujer que trabajaba con los pobres en Berlín y que haría las averiguaciones pertinentes a través de ella sobre la niña y su familia para ver si se podía hacer algo por ayudar. Aquella mañana ese simple ofrecimiento significó mucho más para mí que si me hubiera confesado que me adoraba.

—La economía francesa prácticamente se derrumbó también —me contó André, siguiendo con nuestra conversación sobre el estado de Alemania—. Pero los franceses adoptaron la postura equivocada si lo que querían era paz.

Recordé el rostro vendado de mi padre y el modo en el que miraba cuando mi madre lo trajo a casa desde el hospital militar. Unos años después, le oí contarle que el hombre que se encontraba en la cama contigua a la suya había perdido toda la cara

por las quemaduras. No tenía ojos, ni nariz, ni labios, ni lengua. Sufría tanto que dos enfermeras mantuvieron una almohada sobre su cara hasta que dejó de respirar. Nadie se lo impidió. En aquellos días, el eslogan del primer ministro francés era: «Hay veinte millones de alemanes y son demasiados». Incluso de niña, había sentido como me invadía la rabia por aquella nación. Pero ¿cómo se podía odiar a todos los alemanes al mirar a la cara a la niña hambrienta?

—Tú perdiste a tu hermano en la guerra —le dije—. Y, aun así, no odias a los alemanes.

—He visto demasiado sufrimiento en ambos bandos como para eso —me contestó André—. Laurent nunca quiso ir a la guerra. Era un buen empresario, pero prefería una vida tranquila leyendo y paseando a sus perros. Mi padre pensó que, si se licenciaba en el ejército, aquello lo convertiría en un hombre hecho y derecho. Bueno, y ahora ni siquiera está vivo.

De repente, se me formó una nítida imagen en la mente: un muchacho de pelo oscuro mirando por la ventana, viendo como su hermano mayor se marchaba al frente. El joven soldado le dedicaba un desgarrador saludo final a su hermano antes de desaparecer para siempre. Pero había algo más aparte de pena en el tono de André.

—¿Estás enfadado con tu padre?

Me sorprendí a mí misma por hacerle una pregunta tan personal, pero a André no pareció importarle. Se encogió de hombros.

—Creo que mi padre sufre lo suficiente él solo, sin tenerme en cuenta a mí para aumentar su sentimiento de culpa. ¿Quién iba a saber que la Gran Guerra se iba a convertir en el mayor baño de sangre que la humanidad había experimentado jamás? Perdió a su hijo... y a mi madre. Ella le confiere el respeto de una buena esposa, pero evita mirarle a los ojos cuando él la contempla. Mi hermano murió como un héroe en Verdún e hizo todo lo posible por salvar a sus hombres, pero eso no es bastante como para cicatrizar la herida de una madre que ha perdido a su primogénito.

Contemplé a los distinguidos viandantes que paseaban por el parque. Todo el mundo parecía tranquilo bajo la suave luz del sol. El padre de André daba la sensación de ser muy exigente en la tarea de conducirse a sí mismo y a sus hijos hacia la perfección varonil. Recordé la manera en la que André había acariciado y mimado a *mademoiselle* Canier en París antes de que nos marcháramos. Quizá estaba acostumbrado a dar afecto sin recibir nada a cambio.

—Nunca volverá a haber una guerra como esa —declaré.

—Todo el mundo en Francia dice lo mismo. Eso es lo que querríamos creer —replicó André.

Lo observé fijamente.

—Tú puedes venir aquí a hacer negocios. *Herr* Adlon quizá ponga objeciones a que seas el hijo de uno de sus competidores, pero no tiene nada en contra de que seas francés.

André encendió un cigarrillo, el único que se fumaba durante el día, y se tomó un

momento antes de responder:

—Los negocios son los negocios entre hombres como Adlon y mi padre, independientemente de su nacionalidad —dijo—. Las madres alemanas quieren ver a sus hijos morir tan poco como las francesas. La Sorbona invita a intelectuales alemanes a dar charlas allí y los directores alemanes emplean a actrices francesas como protagonistas de sus obras. No es de esa gente de donde surge la guerra y, sin embargo, cuando las ruedas bélicas empiezan a girar, muchos de ellos se unen a la causa.

Volvimos la cabeza para seguir con la mirada la trayectoria zigzagueante de una pareja que iba montada en un tándem. Justo cuando parecía que habían tomado el camino adecuado, perdieron el equilibrio y se cayeron sobre un seto.

—Los políticos franceses son imbéciles —declaró André, sacudiendo la ceniza de su cigarrillo sobre un cenicero—. Están más preocupados por tener entrada para los *Ballets Russes* y por dónde colocar sus muebles de estilo *directoire* que por la economía y la política internacional. Y, a fin de cuentas, por lo único por lo que se preocupan es por su popularidad. A veces pienso que hay fuerzas oscuras en Alemania que podrían matar a su propia gente si eso beneficiara a sus propósitos.

No había oído nunca a nadie decir cosas como las que André me estaba contando.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Mi padre dice que la inflación nunca fue tan mala en Francia como en Alemania, más por un golpe de suerte que por una buena gestión, pero mi tío no está de acuerdo. Él dice que lo que sucedió con la economía alemana fue algo más que un caos de posguerra. Que esto se lo hicieron ellos mismos.

—¿Y por qué harían tal cosa?

—Porque era una buena propaganda. La prensa alemana declaró a los cuatro vientos que los pagos compensatorios que Francia exigía eran la única causa de sus problemas. Claramente, que el dinero salga de un país no ayuda en nada a una economía débil. Pero, a pesar de los niveles de inflación, cuando una hogaza de pan llegó a costar doscientos mil millones de marcos, el gobierno continuó imprimiendo más dinero. ¿Y por qué harían tal cosa? ¿Por ignorancia económica? —André negó con la cabeza—. Cuando estabilizaron el marco tres años más tarde, el problema se resolvió de la noche a la mañana. Lo estaban haciendo para librarse de los pagos compensatorios. Francia no podía absorber nada de una economía que estaba seca.

Me quedé totalmente desconcertada.

—Si no hubiera habido tanta gente sufriendo a causa de esa táctica, yo diría que era una estrategia inteligente. Pero si el gobierno alemán tampoco estaba tratando de ayudar a su gente, ¿para qué quería el dinero?

André frunció los labios y negó con la cabeza. Me tocó el brazo.

—Vamos, Simone, esta es una conversación muy pesimista. Esa no es la razón por la que tú y yo hemos venido a Berlín. Y ¿quién sabe? Quizá las cosas mejoren. Especialmente si hombres como con el que nos vamos a encontrar esta tarde tienen la

posibilidad de dirigir el país.

—¿A quién vamos a ver?

—Al conde Harry Kessler. Es un alemán nacido en Francia, de padre alemán suizo y madre irlandesa. Fue educado en Inglaterra y ocupó el cargo de embajador alemán en Polonia. Es editor y él mismo escribe, pero lo que más le gusta en este mundo son los artistas. Y cuando te conozca, ¡pensará que todos sus deseos se han hecho realidad!

No conocía lo suficiente Berlín como para saber que el Romanische Café era el lugar de reunión de la élite literaria y cultural de la ciudad, pero sabía lo suficiente sobre cafés como para quedarme impresionada con el tamaño de aquel. Su aforo era para mil plazas sentadas y tenía más bien el tamaño de una sala de baile que de un café. Un portero que estaba de pie junto a la puerta giratoria nos dio la bienvenida. No pude evitar fijarme en la etiqueta de su nombre: Nietz. Me sonaba como la palabra inglesa para limpio, *neat*, lo cual me hizo gracia porque aquella palabra lo resumía todo en él, desde sus lustrósimas botas hasta su barba cuidadosamente afeitada.

Ardía en deseos de conocer al conde Kessler después de que André lo hubiera definido como «el hombre con los mejores contactos de Alemania» y me hubiera contado que era amigo de todo el mundo, desde Max Reinhardt hasta Einstein. Reconocí al conde sin que nadie me dijera quién era. Estaba sentado en una mesa reservada a los clientes habituales y era exactamente como me lo había imaginado, incluso iba más allá: un hombre elegante de cincuenta y muchos, de dedos afilados, mirada apreciativa y una sonrisa leve pero amable.

Desde el momento en el que el conde se puso en pie, nos saludó en un elegante francés y nos dimos un efusivo aunque formal apretón de manos, me quedé fascinada con él. Sus contradicciones resultaban muy interesantes. Era como si se hubiera llevado lo mejor de todas las culturas a las que había estado expuesto: la precisión de los alemanes y los suizos, el tacto británico, el encanto y la chispa franceses y la animada sencillez irlandesa. Era un hombre verdaderamente cosmopolita.

—Me he tomado la libertad de pedir tarta de fresa para todos. Les prometo que está muy buena —anunció el conde, sonriéndome abiertamente.

Su piel tenía una tonalidad cetrina alrededor de los ojos, cosa que sugería que no gozaba de buena salud, pero su rostro estaba alerta y sus movimientos eran tan enérgicos que perfectamente podría haber tenido la misma edad que yo y no cuarenta años más.

El conde me observó detenidamente, asimilándome.

—André me ha dicho que es usted una cantante y bailarina de mucho talento.

Miré de reojo a André. Al principio, sentí la tentación de negarlo, al menos para demostrar modestia. Pero luego pensé: «¿Por qué debo negarlo?». Eso era lo que quería ser y André estaba decidido a hacerlo realidad.

—¡Estoy segura de que llegaré a serlo, sobre todo si André se implica en el

proceso! —le respondí.

—Simone ha alcanzado una especie de tope en su carrera en París —le explicó André—. Pero lo que es sorprendente es lo lejos que llegó antes de que eso sucediera. Nunca ha recibido una formación adecuada. Confío en que si se expone a diferentes estilos y a una ciudad distinta volverá a París transformada.

—Aquí en Berlín hay profesores excepcionales —nos contó el conde—. Puedo escribirles cartas de presentación, si lo desean.

André y yo aceptamos con entusiasmo su propuesta.

El conde asintió.

—Berlín es distinto a París, *mademoiselle* Fleurier —me dijo—. Me puedo imaginar que los franceses estarían entusiasmados no solo por su talento, sino también por su vitalidad. Podría haber adivinado que era usted francesa desde el momento en el que entró por la puerta, por el brillo de sus ojos y la manera en la que vibra su cuerpo, como si cada nueva experiencia vital fuera una tarta de fresa que le estuviera haciendo la boca agua. Los alemanes son más cínicos. Pero, al mismo tiempo, creo que si uno se expone a diferentes culturas, logra profundizar en su propia personalidad y eso solamente puede contribuir al desarrollo de una artista como usted.

—Acabo de llegar a Berlín y ya siento que eso me está sucediendo —le confesé, enormemente satisfecha por que me hubiera llamado «artista». Creía firmemente que lo que me había dicho era cierto. Había nacido en Pays de Sault, pero ahora también tenía en mí algo de Marsella y de París—. Quizá Berlín logrará mejorar mi concentración y disciplina —comenté.

El conde se inclinó hacia mí.

—Hay ciertas cosas de Berlín que quizá la escandalicen —me advirtió—. En el cabaré parisino, las canciones tratan sobre desengaños amorosos y pobreza. En Berlín, los cabarés son mucho más políticos... y, con frecuencia, también son más nihilistas. El sexo y la muerte son dos obsesiones omnipresentes aquí.

André también se inclinó hacia delante y susurró en un tono conspiratorio:

—Afortunadamente, a diferencia de los ingleses y los estadounidenses, los franceses no nos escandalizamos tan fácilmente.

Por alguna razón, aquel comentario le hizo gracia al conde. Su rostro se ruborizó y escondió la barbilla hacia el cuello, haciendo todo lo posible por controlar la risa. Pero se le estremeció el pecho y la dejó escapar en forma de rugido. Aquel sonido pasó por encima de las mesas y rebotó contra las paredes, mucho más alto que el tintineo de las tazas de café y las apagadas conversaciones que nos rodeaban. Cuanto más trataba de contenerse el conde, más carmesí se le ponía la cara y más alto se reía. Entonces, André explotó a reír, emitiendo un sonido grave semejante a un ladrido, haciéndole eco a la alegría del conde, como un mastín tras una pelota. Miré a uno y a otro, ambos con los rostros contraídos y los torsos temblorosos. Eran como un dúo musical interpretando la música de la alegría.

Mademoiselle Canier llegó con su sirvienta y tres compartimentos llenos de equipaje al día siguiente. Parecía como si planeara mudarse a Berlín de manera permanente. Cuando me vio esperando en la estación con André, frunció el ceño fugazmente.

André ayudó a *mademoiselle* Canier a bajar al andén y ella le plantó un prolongado beso en los labios. Su actitud parecía haber cambiado en los últimos días. Se comportaba igual que en Le Boeuf sur le Toit, colgándose del brazo de André como un alga al casco de un barco.

Tras un almuerzo en el que solo nos intercambiamos monosílabos y durante el cual *mademoiselle* Canier se comió un pepinillo y apartó el resto de su comida a un lado del plato, me alivió enterarme de que tenía que volver a París quince días más tarde para asistir a un baile celebrado por su prima. Al menos, tendríamos un respiro. Mientras había estado a solas con André, él se había comportado de manera muy informal. Tan pronto como *mademoiselle* Canier llegó, volvió a llamarme *mademoiselle* Fleurier. Me di cuenta de que tendría que sentirme de una manera con respecto a él y comportarme de otra muy distinta.

El conde Kessler se nos unió para la cena en el Adlon aquella noche. Una sonrisa divertida apareció en la comisura de sus labios cuando vio a *mademoiselle* Canier dirigirse al personal en francés. A mí y al conde nos ignoraba, excepto cuando André se dirigía específicamente a nosotros durante la conversación. Después, los cuatro dimos un paseo por la Friedrichstrasse. Todos los edificios parecían albergar cabarés, cines, burdeles, salas de baile o fumaderos de opio. Las prostitutas atestaban todas las esquinas y merodeaban por todos los soportales. Estaba acostumbrada a las fulanas de Marsella y a las estridentes prostitutas de Montmartre, pero las putas de la Friedrichstrasse me resultaban muy agresivas: tenían un aspecto brutal y peligroso, envueltas en boas de plumas, cadenas y borlas. Un ama dominatriz guardaba su esquina con paso de pantera, blandiendo un látigo y enseñando los dientes al gruñir. Había otra mujer sentada sobre una boca de incendios completamente desnuda, a excepción de un par de botas de cordones. Pero lo que más me sorprendió fue que la gente que paseaba arriba y abajo por las aceras de la calle no eran hordas de obreros, sino hombres con pajarita y camisas con botones de madreperla y mujeres ataviadas con vestidos de seda oriental. Se bajaban de limusinas Mercedes Benz y contemplaban lo que había a su alrededor con una actitud de diversión voyeurista. «No todo el mundo ha debido de perder su dinero durante la crisis», pensé. Los magnates, los especuladores y los delincuentes parecían haber amasado buenas fortunas.

André y *mademoiselle* Canier paseaban delante de nosotros. El conde caminaba a mi ritmo.

—¿No cree usted que *mademoiselle* Canier tarda muchísimo en prepararse? —me susurró—. Pensé que no íbamos a comer hasta medianoche. Las he cronometrado a las dos con mi reloj. Usted bajó en solo veinte minutos.

—Me he acostumbrado a cambiarme con rapidez en el teatro —le confesé.

El conde sonrió y nos detuvimos a mirar a un artista callejero medio desnudo que se estaba poniendo cabeza abajo. Llegamos a verle parte del vello púbico cuando el hombre se enderezó para volver a ponerse en pie.

—Me da la sensación de que ya ha tenido suficiente, *mademoiselle* Fleurier —me dijo el conde—. Realmente, a mí tampoco me emocionan estos espectáculos. Pero a muchos turistas les gustan, y por lo menos ya podrá usted decir que ha visto la Friedrichstrasse.

El conde avisó a André, se bajó del bordillo y llamó a un taxi.

—Llevemos a las damas a algún lugar más divertido. Algún sitio en el que *mademoiselle* Fleurier pueda aprender un par de cosas.

El taxi nos condujo Unter den Linden abajo, hacia el barrio de Schöneberg, y se detuvo en la esquina entre Motzstrasse y Kalckreuthstrasse. Levanté la mirada hacia las luces art decó de un club, Eldorado, y el cartel que había debajo, que rezaba: «¡Ya lo ha encontrado!».

—Aquí jugaremos a algo especial —anunció el conde mientras su boca se curvaba para formar una sonrisa—. Pero todavía no les diré qué es.

Dejamos los abrigos a la chica del guardarropa y me fijé especialmente en su piel lechosa y su boca color rubí. Era extraordinariamente hermosa, incluso más despampanante que *mademoiselle* Canier o Camille, y demasiado exótica como para ser solamente la encargada del guardarropa.

—Buenas noches —nos saludó la encargada—. ¿Desean una mesa junto al escenario?

El conde asintió y la encargada nos condujo hacia el interior de la estancia cargada de humo. Andaba deslizándose de manera majestuosa. «Sería maravillosa sobre el escenario», pensé. Cuando nos hubimos sentado, miré a mi alrededor, la iluminación rosada y la barra de cristal que no parecía casar demasiado con las mesas redondas y los estridentes saleros y pimenteros. La banda se subió al escenario: una pianista, una trombonista, una clarinetista y otra mujer que tocaba el banyo. Todas ellas eran mujeres, y tan glamurosas como la chica del guardarropa o la encargada.

—Creía que las mujeres que habíamos visto por Berlín hoy eran hermosas, pero las empleadas de este club son asombrosas —le dije al conde—. ¿Esa es la razón por la que le gusta tanto a usted este sitio?

—Creo que vienen de Baviera especialmente por su belleza —contestó el conde, volviéndose para hacerle un gesto a una de las camareras—. ¿Pedimos cerveza o champán?

—Probemos la cerveza alemana —propuso André, tosiendo contra un pañuelo.

Le di un golpecito en la espalda, lo cual provocó que *mademoiselle* Canier frunciera el ceño.

—Hay mucho humo aquí dentro —comenté.

André asintió y se secó los ojos llenos de lágrimas.

—Sí —admitió el conde—, es sorprendente que alguien que fuma pueda ser tan sensible al humo.

André dejó escapar lo que sonaba como uno de sus accesos de risa, pero degeneró en un violento ataque de tos, tapado por el pañuelo.

La camarera era muy alta, incluso tratándose de una alemana, y cuando regresó de la barra para servirnos nuestras bebidas, no pude apartar la mirada de sus enormes manos y la cuidadosa manicura que lucían.

—Pensaba que las bávaras eran como las austríacas —le susurré a André—. Más bien de complexión menuda.

Antes de que pudiera contestarme, volvió a sufrir otro violento ataque de tos y rápidamente bebió un sorbo de cerveza. *Mademoiselle* Canier me dedicó una mirada recelosa antes de sacar su estuche de maquillaje compacto y retocarse la nariz.

—Mire allí —le comentó el conde a André, señalando con la cabeza hacia la puerta—. Está *herr* Egermann, el banquero, hablando con *herr* Stroheim, del Reichstag. Se lo prometo, hoy en día cualquiera que tenga un nombre viene a Eldorado.

«Debe de ser por las hermosas mujeres», pensé. Estaba segura de que había sitios más elegantes en Berlín. Un chico joven pasó rozándome y la seda del chaqué de su esmoquin me hizo cosquillas en la piel. Levanté la mirada y me encontré con la de él. Llevaba el pelo alisado y tenía hombros y manos esbeltos. Lo contemplé mientras se unía a un grupo de jóvenes vestidos de manera similar que se apoyaban sobre la barra del bar.

—¿Ya está lista para jugar, *mademoiselle* Fleurier? —me preguntó el conde.

Asentí.

—Muy bien —dijo, frotándose la barbilla—, mire a su alrededor y dígame quiénes son verdaderos hombres y quiénes verdaderas mujeres.

Me percaté de la sonrisa burlona en el rostro de André. No había estado tosiendo, sino que se estaba riendo.

—¡Ninguno de ellos puede ser hombre! —exclamé.

—Estúdielos con más detenimiento —replicó el conde.

—Bueno, la chica del guardarropa puede que lo sea —reconocí, pensando en sus facciones angulosas—. Y la camarera tiene las manos muy grandes. Pero no habría notado nada si no me lo hubiera dicho.

Le sonreí a *mademoiselle* Canier. Era como tenderle una rama de olivo, para ver si podía unirse a la diversión. Pero tenía el mismo aspecto indiferente de siempre. Si los travestís de Eldorado no la divertían, ¿qué otra cosa podía hacerlo?

—¿Cómo puede uno adivinarlo? —le preguntó André al conde—. He oído que a muchos de ellos los han castrado y por eso tienen esa piel tan tersa y esas figuras tan curvilíneas.

El conde negó con la cabeza.

—No tiene nada que ver con su piel o su nuez de Adán o lo que les cuelga entre

las piernas. Lo que realmente les delata es que son más femeninos que la muchacha más hermosa. Solo los maricas saben el secreto para ser mujeres realmente eróticas.

—Creo que es una buena lección para un artista —comentó André volviéndose hacia mí—. El arte de lo ilusorio. Si puedes convencerte de que eres algo, los demás se lo creerán también.

Mademoiselle Canier pescó una cajetilla plateada de su bolso y sacó un cigarrillo sin ofrecer a nadie más.

—Una mujer es una mujer —sentenció, insertándose el cigarrillo entre los labios y esperando a que André se lo encendiera—. Solo una mujer erótica puede llegar a ser realmente erótica.

—¡Cuánta sabiduría! —comentó el conde. Su tono era cortés, pero vi el tinte irónico bailando en sus retinas. Señaló con la cabeza hacia la barra—. ¿Y qué pasa con aquellos chicos de allí? —me preguntó—. ¿Son lo que parecen?

Me giré para ver a los hombres alineados en la barra. El que se había chocado conmigo me guiñó un ojo. Volví a mirar al conde.

—Ahora veo que son mujeres —le contesté—. No son tan convincentes como los hombres.

—No están tratando de serlo —replicó André—. El suyo es el arte de la sugestión, no el de la transformación. Y de alguna manera su atuendo las hace parecer más femeninas.

—Tengo que decir que encuentro muy atractivas a las mujeres vestidas de esmoquin —confesó el conde, pidiendo otra ronda de cerveza.

El espectáculo comenzó y el maestro de ceremonias, que se había pintado la cara de blanco, presentó a las coristas en alemán, francés e inglés:

—¡Las incomparables! ¡Las fabulosas! ¡No hay nada como ellas en el mundo! ¡Las fráuleins de Eldorado!

Una fila de «maricas» esculturales apareció en el escenario con poco más que unos corsés y unas botas.

Durante la siguiente actuación, los «chicos» de la barra bailaron un tango. Se deslizaban, descendían y se contoneaban de un modo muy sugestivo, pero la expresión glacial de sus rostros no cambiaba en ningún momento. El tango bailado por dos mujeres hacía que lo que Rivarola y yo bailábamos fuera torpe en comparación. Nosotros nos movíamos con fuego y pasión, pero la actuación de aquellas mujeres provocaba escalofríos entre el público, que esperaba con una agonía expectante y con la sensación de que estaban reservando en todo momento algo para más tarde.

Observé con interés. Comprendí que al exponerme a aquellos artistas y nuevas ideas, André me estaba tentando para que saliera de mi cascarón. Cuanto más abriera mi mente, más facetas podría aprovechar en mi propio trabajo. Berlín tenía una escena fresca, sin referencias de ningún tipo, y yo estaba lista para absorberlo todo.

La mayoría de las actuaciones eran simpáticas farsas de travestismo, pero también

hubo un extraño número con un enano que tocaba una sierra musical. La extensa tira de metal que mantenía sujeta entre las rodillas era más larga que él mismo. Sin embargo, lograba pasar el arco por el borde sin esfuerzo y doblaba hábilmente el metal para producir las notas más agudas o lo soltaba para las más graves. La música que interpretaba era un inquietante vibrato, tan etéreo que los espectadores se quedaron inmóviles a lo largo de todo el número, como si temieran que si se movían o hablaban, pudieran convertirse en piedra. Durante un instante me volvió a la cabeza el rostro de la niña famélica y me estremecí. El conde era un entendido sobre política alemana: le preguntaría sobre ello cuando *mademoiselle* Canier no estuviera presente. Por la somera conversación que había tratado de mantener con ella, había llegado a la conclusión de que el único tema por el que sentía interés era por ella misma.

Terminamos la noche con algo que llegaría a convertirse para mí en uno de los recuerdos más felices de Berlín. En el Residenz Casino —o «el Resi», como se le conocía informalmente—, el *maître* nos asignó la mesa número 14. El conde nos preguntó a *mademoiselle* Canier y a mí si nos importaba que él y André hablaran en privado en la barra durante unos minutos.

—Asuntos de negocios —se disculpó—. Muy aburridos.

—Adelante —le dije.

Mademoiselle Canier se disculpó y se marchó al tocador, ya que obviamente no le interesaba quedarse a charlar conmigo. «Está claro que no es Odette», pensé, acordándome de mi amiga, cuyo exterior era tan hermoso como su interior. *Mademoiselle* Canier era todo apariencia. Era obvio que ahora se preocupaba por guardar a André mucho más celosamente que antes, pero, por lo que yo percibía, no había necesidad. Nada había cambiado en sus sentimientos hacia mí.

Centré mi atención en la alborotada multitud. Una banda de *jazz* tocaba sobre el escenario y las parejas bailaban el foxtrot en la pista de baile. Me percaté de que todas las mesas tenían un teléfono en el centro y supuse que era para pedir la cena o las bebidas: otro ejemplo más de la eficacia germana. Quizá eran necesarios porque la banda tocaba muy alto y los camareros no eran capaces de oír los pedidos de manera normal. Entonces me sobresalté cuando sonó el teléfono de nuestra mesa.

—Hola —saludé al auricular.

La persona al otro lado de la línea masculló algo en alemán.

—No hablo alemán —le advertí.

—Ah, es usted francesa —comentó el hombre—. Es usted preciosa. ¿Puedo unirme a su mesa?

—¿Qué?

—Salúdeme —me dijo—, estoy aquí, en la mesa número 22.

Levanté la mirada para ver a un joven con mostacho y una pajarita color rojo que me estaba saludando con los dedos de la mano.

—Estoy aquí con mi prometido —le mentí—, pero gracias de todas formas.

Volví a colgar el auricular. Por supuesto, no había ningún prometido, pero pensé

que era mejor rechazar al hombre con delicadeza. Unos minutos más tarde, el teléfono volvió a sonar, pero no lo cogí. Finalmente, se quedó en silencio, pero volvió a sonar de nuevo. Miré fijamente hacia la banda de música e hice como que no lo oía.

—Su teléfono está sonando —me informó la mujer de la mesa de al lado.

Le dediqué una mirada de estupefacción, aunque se había dirigido a mí en francés.

Un momento después, un muchacho vestido con un uniforme y un gorro azules se aproximó a mí.

—Un envío del servicio de correos del Resi —me anunció, y colocó un paquete envuelto en papel dorado sobre la mesa.

Estaba a punto de decirle que había habido un malentendido, cuando me di cuenta de que la tarjeta que lo acompañaba estaba dirigida a «la *fräulein* de la mesa número 14».

—¿De quién es? —le pregunté.

—Del caballero de la mesa número 31 —me respondió—. ¿Tiene algún mensaje en respuesta para él?

Negué con la cabeza. ¿Qué sucedía allí? Paseé la mirada por la estancia, con cuidado de evitar mirar hacia la mesa número 31. André y el conde estaban de pie junto a la barra, mirando en mi dirección y riéndose. Les hice un gesto con la mano.

—No me voy a acostumar nunca a sus bromas —les dije—. ¿Qué tipo de lugar es este?

—Es divertido, ¿verdad? —comentó el conde—. Nadie tiene por qué estar solo en Berlín. Si ve a alguien que le gusta, lo único que tiene que hacer es llamarle o enviarle un regalo: perfumes, cigarros o cocaína.

No era en absoluto lo que yo esperaba de aquellos berlineses circunspectos. Qué alegre parecía la vida entonces. Qué hermoso y divertido.

Mademoiselle Canier regresó del tocador oliendo a lirios y, por lo demás, tan arreglada como siempre. Nos quedamos con el conde en el Resi hasta que cerró, bailando la música de *jazz* y bebiendo champán a precios que habrían asombrado incluso a los parisinos. Me olvidé del joven que me había gritado improperios en la calle y de lo que André me había contado sobre la guerra. Me dejé llevar por la alegría que me rodeaba. Estaba haciendo lo mismo que todos los demás en el Resi: abandonarme a la decadencia y tratar de olvidar el mundo real que se cernía en el exterior.

Me había imaginado que mi estancia en Berlín iba a ser como unas vacaciones, donde podría pasar de una diversión a la siguiente con un helado en la mano. Sin embargo, André tenía otros planes. Descubrí que aunque fuera francés, y en su caso particular un parisino adinerado, disfrutaba trabajando. Es más, esperaba que yo me sintiera de la misma manera. Por supuesto, yo quería ser una estrella y estaba preparada para hacer todo lo que hiciera falta para ello, pero no podía imaginarme que mis días en Berlín iban a comenzar tan temprano y terminar tan tarde, y que iba a pasarme todo el tiempo saltando de una clase a otra.

Unos días después de visitar Eldorado y el Resi, André me informó de que el conde me había conseguido una plaza con *madame* Irina Shestova, que antes había pertenecido al Ballet Ruso.

—¡Ballet! —No tenía ninguna intención de revivir la pesadilla de clases de *madame* Baroux en *Le Chat Espiègle*.

—Pero no para bailar con puntas —exclamó André, echándose a reír—, sino para adquirir gracia y elegancia. Para hacer de ti una sangre azul del escenario. De otro modo, parecerás torpe cuando actúes con las coristas.

A la mañana siguiente, cogí un taxi hasta el estudio de *madame* Shestova en Prager Platz, no muy lejos de Kurfürstendamm. Para mi alivio, *madame* Shestova no tenía ninguna intención de convertirme en una bailarina profesional. Me ayudó a mejorar mi postura y equilibrio con ejercicios en la barra. Pero, por lo visto, su misión más importante era asegurarse de que yo supiera inclinarme para saludar.

—Como una reina que despliega su magnanimidad frente a una congregación de súbditos que la aclaman —me explicó, haciéndome una demostración de una elegante reverencia con un pie ligeramente adelantado y doblándose desde las caderas, más que desde los hombros—. ¡No como una cría tambaleante que espera gustarle a todo el mundo para que no la manden a la cama sin cenar!

Después de *madame* Shestova, me programaron una clase con Louise Goodman, una profesora estadounidense de baile que había estudiado en la Denishawn School de Nueva York. Su estilo de baile era el que propugnaba Isadora Duncan, en el que los movimientos surgían instintivamente del cuerpo en contraposición a que los pasos de baile fueran los que lo forzarán. Su estudio era más grande que el de *madame* Shestova, pero apestaba a pintura porque lo compartía con dos artistas que pintaban allí por las mañanas, cuando la luz era mejor.

—No sé qué puedo enseñarle —me confesó—. Usted ya es una bailarina innata.

En realidad, me enseñó muchísimo sobre el equilibrio de los opuestos a la hora de bailar: moverse arriba y abajo, estirarse y relajarse, caer y levantarse. «El yin y el yang», como ella lo llamaba.

Sin embargo, los planes de André para mi educación no acababan ahí. Tras dejar la clase de *mademoiselle* Goodman, regresaba al hotel para tomarme un almuerzo ligero de pan y ensalada, que forzosamente tenía que serlo, porque sabía que no era bueno cantar, correr y saltar con el estómago lleno. Y esas tres cosas eran precisamente lo que hacía en las clases de producción de voz con el doctor Oskar Daniel, el entrenador de voz de Caruso y Marlene Dietrich.

Tras hacerme sortear unas cuantas sillas y ejecutar varias volteretas laterales seguidas, me ordenó que cantara un re agudo.

—¡Cántelo con todas sus fuerzas! —me exigió, golpeando su bastón contra el suelo—. ¡Cántelo con tanta fuerza que puedan escucharla hasta en París!

—Te he encontrado un profesor de inglés —anunció André, llegando a mi habitación una mañana, cuando *mademoiselle* Canier estaba ausente en el baile de su prima.

Yo me encontraba reclinada en el sofá con *Kira* acurrucada sobre el regazo, recuperándome de una sesión con el doctor Daniel donde no solo había sorteado sillas y hecho volteretas laterales, sino que había tenido que cantar el re agudo mientras lo hacía.

—¿Un profesor de inglés? —exclamé, levantando la cabeza del cojín antes de comprobar que aquel mínimo movimiento suponía demasiado esfuerzo, y dejándola caer de nuevo.

André iba ataviado con un esmoquin. Yo ni siquiera había pensado en qué me iba a poner aquella noche para acudir al Teatro Apollo.

—Para que te dé clases de pronunciación y entonación el lunes, el martes y el jueves por la tarde.

—¿Por qué? —pregunté.

—No nos limitaremos a París, Simone —me dijo—. También están Londres y Nueva York. ¡Y no te olvides de Sudamérica!

Kira saltó de mi estómago y arrastró una de mis zapatillas de ballet por la alfombra, cogiéndola por los lazos. No era una gata destructiva, pero sentía debilidad por las cosas sedosas y brillantes. Si no los quitaba de su vista, mi ropa interior y mis pendientes siempre se perdían, y luego acababa encontrándolos en el platillo de *Kira*.

Dejé de prestar atención a *Kira* para volverme hacia André y me sorprendió descubrirle sentado en una silla con la cabeza entre las manos.

—¿André?

Durante un minuto, quizá dos, no se movió. Era un cambio de humor tan radical que me pregunté qué habría sucedido.

—Simone —me dijo, levantando la mirada—, ¿alguna vez te has puesto nerviosa al subir al escenario?

Tenía los ojos enrojecidos y una expresión triste asomaba en ellos. Hubiera querido inclinarme, acariciarle su bello rostro y decirle que lo que le estuviera preocupando se iba a solucionar. En su lugar, respondí:

—¿Que si me pongo nerviosa? ¿Por dónde quieres que empiece?

Se echó a reír y negó con la cabeza.

—Tú siempre pareces tan segura de ti misma... No me puedo imaginar nada que te atemorice.

¿Segura de mí misma? ¿Era eso lo que veía en mí? Jamás hubiera dicho algo así de mí.

—¿Te preocupa algo? —le pregunté.

Bajó la mirada hacia la alfombra y asintió.

—Sí, me preocupa que no se me considere lo bastante bueno.

—¿Que no te considere bueno quién? —le pregunté, aunque sabía que se refería a su padre.

Pensé en el resto de hombres de la clase social de André, como Antoine y François, y en lo vanidosos que eran. André no tenía nada que ver con ellos. Me acordé de que, cuando su amiga logró localizar a la niña hambrienta y a su familia, André había realizado una considerable donación a la organización benéfica en mi nombre.

Me miró directamente a los ojos durante un instante y después se puso en pie y caminó hasta la ventana.

—Yo nunca seré Laurent —confesó, inclinándose contra el marco de la ventana—. Mi hermano se habría horrorizado de pensar que vivo a su sombra, pero así es como me ve mi padre. A veces, le he sorprendido mirándome y creo que desearía que hubiera sido yo el que muriera en Verdún y no Laurent.

Seguí a André hasta la ventana.

—Seguro que no —repliqué—. Cualquiera padre estaría orgulloso de tener un hijo como tú.

André negó con la cabeza y sonrió con tristeza.

—Que tú triunfes es importante para mí —me dijo—. No te estoy utilizando para impresionar a mi padre, pero desearía poder demostrarle que soy tan bueno como el hijo que perdió.

Se volvió hacia mí, a punto de añadir algo más, pero le interrumpió el timbre del teléfono. Se acercó a zancadas al escritorio y levantó el auricular.

—Es el conde —anunció—. Está esperando abajo en el vestíbulo. —Después, le echó un vistazo a su reloj y se echó a reír—. ¿Qué le sucede al tiempo cuando estoy contigo, Simone? No hay necesidad de que te apures, me tomaré una copa con el conde. Baja cuando estés lista.

André se dirigió hacia la puerta. Antes de abrirla, me sonrió y dijo:

—¿Sabes? Te harán trabajar más duro que yo en Nueva York, cuando actúes en Broadway.

—Me parece bien —le respondí, devolviéndole la sonrisa—, estoy deseándolo.

Mi ocupado horario hizo que el resto de 1925 pasara volando. Mientras André y *mademoiselle* Canier iban y volvían de París a Berlín, yo actuaba en el White Horse

Cabaret en Kurfürstendamm. Era un pequeño teatro lleno de humo, pero tenía una clientela muy chic: actores y actrices, banqueros y magnates de los negocios. A medida que avanzaba la velada, las actuaciones eran cada vez más picantes y los bailes se cargaban de morbo. En París, aludíamos al sexo y bromeábamos sobre ello mediante insinuaciones; en cambio, los cantantes alemanes mencionaban descaradamente temas como la masturbación o la homosexualidad. Las canciones que yo cantaba en el White Horse contenían alguna que otra alusión ocasional a «frotar la lámpara mágica», pero Ulla Färber, la estrella del espectáculo, cantaba a pleno pulmón con su voz rota un número que se titulaba *Der Orgasmus*.

Si el conde no me hubiera advertido de que los berlineses estaban obsesionados con el sexo y la muerte o si no hubiera visto con mis propios ojos la crudeza de la vida en la Friedrichstrasse, me habría escandalizado de la vulgaridad de mis compañeros artistas. En lugar de eso, les estudiaba con el entusiasmo de un científico que mira por el microscopio a un protozoo que acaba de descubrir. Me di cuenta de que la voluptuosa Ada Godard, que llevaba un monóculo y una boa de plumas, dominaba a su público gracias a su ingenio, y me percaté de que las coristas agitaban sus pechos desnudos más como armas que como objetos de deseo. La capacidad que ellas tenían para escandalizar incluso a los berlineses más decadentes no funcionaba con mi estilo. Pero sí que adquirí más confianza y aprendí a envolver al público en mi red desde el momento en el que pisaba el escenario. Lo hacía bajando el tono de voz una octava y ralentizando conscientemente la velocidad de mis palabras. Aquel tenía mucho más impacto que mi método en el Casino de París, que consistía en apresurarme a entrar en el escenario y desear gustarle a todo el mundo.

Después del espectáculo, el cabaré se transformaba en un club nocturno. Una noche, cuando estaba sola en la pista de baile, bailando el *black bottom* para divertir a una mesa de banqueros, me percaté de que una elegante mujer ataviada con un vestido blanco adornado con un ramillete de violetas me estaba observando. De repente, me sentí atraída hacia ella como una aguja hacia un imán. La banda ralentizó el ritmo para tocar un tango, como si ella se lo hubiera ordenado con aquellos ojos hipnóticos suyos.

—Es usted bellísima —me dijo en francés, acariciándose su estilizada garganta.

La mujer me cogió con una mano y apoyó la otra en mi espalda. Era más menuda que yo, pero me dirigía en el tango con la fuerza de un hombre.

Tenía un aire de dura frialdad que me recordó a Camille, pero cuando apretó su pecho contra el mío me di cuenta de que no llevaba ropa interior y me sorprendí de la suavidad de su piel femenina apretada contra mis propios pechos. Era como abrazar a mi madre, aunque no exactamente igual.

—Eres como una pluma —me dijo—. Podría aplastarte entre mis dedos.

Aquella mujer era una bailarina hábil que interpretaba bien la música. Me parecía vagamente familiar, pero no tenía idea de dónde podía haberla visto antes.

Cuando el baile terminó, le di las gracias a aquella mujer y me escabullí de entre

sus brazos, deseando secretamente que André estuviera allí para protegerme. No era común que las mujeres se me acercaran de una manera tan amenazadora. Y si la mujer en cuestión era hermosa, a veces me sentía halagada. Pero algo en aquella me hacía sentir incómoda. Noté que me clavaba la mirada en la espalda mientras yo me dirigía hacia la barra.

—Ya veo que acabas de escaparte de las garras de Marlene Dietrich —me dijo Ada, acercándose a mí sigilosamente cuando pedí un agua de Seltz. Se echó a reír estruendosamente—. Podríais hacer un maravilloso número juntas. Tu encanto y vivacidad franceses y su rubia actitud distante.

Así que había bailado un tango con la famosa Marlene Dietrich y ni siquiera lo había sabido.

—Sobre el escenario, quizá sí —contesté, mirando a mis espaldas.

Pero Marlene ya se había marchado.

El conde Kessler me llevo al *Ciro's* a cenar una noche, cuando André estaba en París con *mademoiselle* Canier por el baile benéfico que celebraba anualmente *madame* Blanchard. Yo disfrutaba de la compañía del conde siempre que salíamos juntos. Aunque era un aristócrata, había algo en él que me recordaba a mi padre. Quizá se trataba de la curiosidad que brillaba en su mirada, como si las maravillas del mundo nunca pudieran atenuarse a sus ojos.

Después de que hubiéramos pedido la cena, el conde se volvió hacia mí y comentó:

—Creo que André está empezando a hartarse de *mademoiselle* Canier, ¿no cree? Esperemos que no la traiga de vuelta con él.

El conde debió de notar mi expresión estupefacta, porque dejó escapar una risotada campechana.

—¡Vamos! —me dijo—, admítalo. Preferiría usted pasar una semana encerrada en un compartimento de tren que una hora con *mademoiselle* Canier. He visto los esfuerzos que usted hace para soportarla con educación. Dios, ¡incluso he visto como el propio André hace esos mismos esfuerzos!. Ella es como esos sorprendentes muebles que uno compra cuando va a un país extranjero. No tiene ninguna utilidad práctica, así que lo pone en exposición en una esquina y al cabo de un tiempo se olvida de su existencia.

—Pero él está enamorado de ella —repliqué, recordando las cariñosas miradas que André le dedicaba a *mademoiselle* Canier.

El conde me contempló con una expresión de divertido interés.

—¿Usted cree? —preguntó—. Ella es la hija de una de las amigas de su madre. Mire, no es ni más ni menos cabeza hueca que el resto de las chicas de su entorno. André probablemente hizo la mejor elección que podía... en su momento.

El conde me dirigió una mirada tan penetrante que me sonrojé. Percibí que podía leerme el pensamiento y adivinar mis sentimientos por André.

—Está siendo usted muy cruel —protesté.

—¡Ja! —Se volvió a reír—. No creo que vaya a herir tan fácilmente los sentimientos de *mademoiselle* Canier. André sencillamente está el primero de su lista de buenos partidos. Pasará a Antoine Marchais, a uno de los Michelin o al chico Bouchayer sin inmutarse.

Me pregunté si lo que decía el conde sería cierto. Él y André eran íntimos, así que si alguien tenía que saber cuáles eran los verdaderos sentimientos de André, ese era el conde.

—Si le pregunto algo, conde Harry, ¿lo guardará en secreto y no se reirá de mí?

—¿Reírme de usted, *mademoiselle* Fleurier? —replicó el conde, fingiendo una expresión escandalizada—. ¡Eso nunca!

—Cree usted..., es decir..., sería posible... que dos..., sin la menor probabilidad...

Yo sola me había metido en camisa de once varas y ahora no encontraba el valor para terminar la frase. De repente, me di cuenta de lo ridículo que sería declarar mis sentimientos. Yo era artista de variedades. André era el hijo de una poderosa familia. No había razón alguna por la que no pudiéramos relacionarnos socialmente, pero más allá de ahí... No, cualquier otra cosa era imposible.

—¿*Mademoiselle* Fleurier? —me dijo el conde, dándome un toquecito en el brazo—. No ha terminado su pregunta. Ahora me tiene en suspense. ¿Dos qué sin la menor probabilidad de qué?

Yo misma me había metido en un agujero sin salida y ahora tendría que salir de él.

—Dos..., sin la menor probabilidad..., quiero decir..., Alemania y Francia, por ejemplo. ¿Seguirán siendo siempre enemigos?

El conde pareció encontrarme extremadamente graciosa en ese momento, pero se irguió en su asiento y me contestó con mucha seriedad.

—Los franceses y los alemanes tienen más en común entre ellos que con ninguna otra nación —dijo—. Durante la Gran Guerra, los hombres en las trincheras solían tirarse comida unos a otros cuando la batalla de ese día había terminado. No, la próxima vez que Alemania decida causar un desastre internacional, será debido a una autocombustión. El enemigo más peligroso es siempre el enemigo interno.

Le observé. ¿Por qué cuando la gente hablaba del futuro en Alemania siempre se mencionaba otra guerra?

—Ahora que se ha desahuciado a las clases medias y hemos convertido en mendigos a los pequeños comerciantes, ¿quién mantendrá la estabilidad de Alemania? —preguntó el conde.

La siniestra advertencia que contenían sus palabras me provocó un escalofrío. Jugueteé con el pan de mi plato. Sabía que durante el resto de mi vida recordaría el rostro de la niña famélica. Ver de primera mano lo que los seres humanos eran capaces de hacerse unos a otros me había cambiado. ¿Pero qué podía hacer yo ante tanto sufrimiento? El problema parecía abrumador. Miré al conde de nuevo. Estaba

sonriendo.

—En respuesta a su otra pregunta, *mademoiselle* Fleurier —prosiguió—, déjeme decirle lo siguiente. Es usted una persona excepcionalmente serena. Es raro ver a alguien así de su edad y aún más raro entre artistas. Usted sería una compañera más que recomendable para cierto joven, mejor que ninguna otra que yo conozca. De hecho, si yo fuera treinta años más joven, me casaría con usted yo mismo.

Me incliné sobre la mesa y le di un beso en la mejilla. Sabía que estaba mintiendo sobre la segunda parte de su afirmación. Él era el soltero empedernido más famoso de toda Alemania.

La predicción del conde era correcta con respecto a que André rompería su relación con *mademoiselle* Canier y regresaría a Berlín en solitario. No presioné a André para que me proporcionara más información sobre el asunto y él no ofreció ninguna explicación. Sin embargo, si había pensado que el hecho de que *mademoiselle* Canier desapareciera del mapa marcaría alguna diferencia en los sentimientos de André hacia mí, me sentí profundamente decepcionada. En todo caso, André se volvió más distante: me trataba como cualquier socio comercial trataría a otro, con amabilidad pero también con profesionalidad. Nunca volvió a hablarme sobre su hermano o sobre los sentimientos por su familia. Tras un par de noches en blanco, me resigné al hecho de que André Blanchard y yo no seríamos nunca nada más que amigos. Y para quitarme de encima la decepción, me concentré en mi trabajo.

André, el conde Kessler y yo dimos la bienvenida al año nuevo asistiendo a una fiesta celebrada por Karl Vollmoeller, el dramaturgo.

—Vollmoeller celebra fiestas extrañas —nos advirtió el conde de camino desde el Adlon a la Pariser Platz, donde vivía Vollmoeller—. Ha invitado a su editor y a los integrantes del mundo del teatro de Berlín, y después se pasará en taxi por la ciudad, recogiendo a cualquier excéntrico que encuentre, para añadir «un poco de animación» al jolgorio.

—En su última fiesta —añadió André—, tenía a Kurt Weill a mi izquierda y a un loco que Vollmoeller había recogido en el exterior del Charité Hospital a mi derecha. Durante toda la noche me vi obligado a charlar sobre la velocidad a la que se descomponen las diferentes partes del cuerpo.

—Sin embargo, la novia de Vollmoeller es muy atractiva —comentó el conde.

—¿Cuál es su nombre de pila? —preguntó André—. Vollmoeller solo se dirige a ella como *fräulein* Landshoff.

El conde se encogió de hombros.

—Si lo sabía, se me ha olvidado. Es la sobrina de Samuel Fischer, el editor.

Pasamos junto a unos niños que estaban encendiendo unos petardos y lanzándolos silbando al aire. Unas chispas doradas se esparcieron por el cielo con una sucesión de estallidos que sonaban más fuerte que los disparos de una pistola. Pensé en *Kira*, que se había quedado en mi habitación del hotel. Le había dejado un plato de leche y un

poco de pollo, pero seguramente se pasaría la noche escondida bajo la cama.

La fiesta de Vollmoeller ya había empezado cuando llegamos. Alrededor de las esquinas de la estancia, pegados contra las paredes como si fueran muebles, había grupos de hombres vestidos de esmoquin y mujeres que llevaban pendientes de diamantes y collares a juego: el tipo de gente que uno encontraría cenando en Maxim's en París o asistiendo a un espectáculo en el Moulin Rouge. Sin embargo, en mitad de la habitación, retorciéndose al ritmo de la música de jazz de un gramófono, había una masa de cuerpos desnudos. En el centro de esa orgía, una mujer menuda bailaba sobre una mesa de café. Llevaba un esmoquin masculino y unas gafas de montura de carey.

—Esa es *fräulein* Landshoff —anunció el conde.

—¿Dónde está Vollmoeller? —preguntó André.

El conde se encogió de hombros.

Una mujer que pasó a nuestro lado no llevaba puesto nada más que un collar de perlas y una sonrisa pintada en el rostro. La seguía un hombre con cuernos en la cabeza y una cola de caballo atada al trasero. Los contemplé mientras bamboleaban los glúteos entre la multitud, hasta que desaparecieron al entrar en la habitación contigua.

—¿Les traigo algo para tomar? —nos preguntó el conde—. ¿Champán? ¿Cerveza? ¿Cocaína?

André y yo nos decidimos por una botella de champán.

Había un trío de muchachos recostados en un sofá cerca de la puerta. De vez en cuando, uno de los circunspectos hombres pasaba junto a ellos y unos minutos después alguno de los jóvenes se levantaba y le seguía fuera. Pensé en lo que el conde me había explicado sobre que Alemania acabaría autocombustionándose un día y que la pobreza merodeaba en lóbregas esquinas de Berlín, más allá del hedonismo presente en aquella sala. También recordé el comentario del conde sobre que los alemanes y los franceses tenían mucho en común. ¿No era cierto que nosotros también nos habíamos desprendido de nuestros miedos con elegante champán y nos habíamos dejado llevar por el erotismo? Deseché aquellos pensamientos y volví a centrarme en la fiesta. ¿Qué podía haber de bueno en preocuparse por aquellas cosas? Yo no podía cambiar nada. «Tengo una vida que vivir, así que lo mejor es que la disfrute», me dije a mí misma. Pero me inquietaba la sensación de que todos nos estábamos precipitando hacia el borde de un abismo.

El conde regresó con nuestras bebidas: no era champán, sino un potente ponche alemán llamado *Feuerzangenbowle*. Estaba hecho de vino dulce caliente y zumo de naranja y de limón, y especiado con canela y clavo. Un hombre bajo y fornido con ojos de color azul eléctrico y pelo ondulado y grisáceo se nos acercó tímidamente.

—Este es Max Reinhardt —me anunció el conde.

—El conde me ha contado que es usted una joven con mucho talento —me dijo Reinhardt con su estentóreo acento vienés—. Quizá algún día pueda usted venir a mi

escuela de actores y convertirse en una gran actriz.

Me producía más asombro que uno de los directores más famosos de Europa viniera a besarme la mano que estar rodeada de gente desnuda retorciéndose a mi alrededor. Sin embargo, tras una copa de *Feuerzangenbowle*, me sentía incapaz de mantener una conversación coherente.

—Bueno, después de que conquiste París, Nueva York y el resto del mundo cantando y bailando, no veo por qué *mademoiselle* Fleurier no puede dedicarse también a la interpretación —le confió André a Reinhardt.

Cuando faltaba un cuarto de hora para que llegara la medianoche, algunos invitados desafiaron el frío y corrieron a la plaza para contemplar los fuegos artificiales preparados por los estudiantes del Departamento de Química de la Universidad Humboldt. El conde sugirió que nos quedáramos en el apartamento y los viéramos por la ventana.

—Hace demasiado frío ahí fuera y no tengo ganas de perder un ojo. Todos los años, al menos uno de esos estudiantes logra saltar por los aires, ¡o acaba con alguno de los espectadores!

Fräulein Landshoff —pues seguía sin haber ni rastro de Vollmoeller— ordenó que se apagaran todas las luces y se soplaran todas las velas. Nos apiñamos contra las ventanas e hicimos la cuenta atrás hasta medianoche al unísono. Justo cuando los estudiantes habían soltado la explosión más impresionante, que proyectó chispas hasta el cristal de la ventana, un cuerpo se apretó contra el mío. Unas manos me agarraron de los codos y me dieron media vuelta. Me vi aprisionada contra un pecho masculino. Su aliento me pasó rozando por la frente y, entonces, unos cálidos labios se presionaron contra los míos. Por la altura de la persona y el olor limpio de su piel, estaba segura de que tenía que ser André. Pero, antes de que pudiera pensar en devolverle el beso, el desconocido me soltó y una brillante bengala verde iluminó de nuevo la estancia. *Fräulein* Landshoff exclamó que se le habían caído las gafas y alguien encendió una lámpara para ayudarla a buscarlas. Miré a mi alrededor en busca de André; estaba con el conde junto a la ventana más alejada de mí. Observé al resto de los hombres que me rodeaban. Todos eran altos y llevaban esmóquines. Podría haber sido cualquiera de ellos.

André miró hacia donde yo me encontraba y levantó su copa de champán. No logré descifrar el significado de su sonrisa.

En enero, André regresó de un viaje a París con buenas noticias. El empresario teatral del *Adriana* estaba planeando un espectáculo a una escala nunca vista antes en la capital y buscaba a alguien sensacional que lo protagonizara. Necesitaba algo novedoso para competir con el *Folies Bergère*, que estaba cosechando un éxito sin precedentes con Joséphine Baker, y con el *Moulin Rouge*, que todavía tenía en cartel su espectáculo de revista más grandioso, *Ça C'est Paris*, con Mistinguett. El empresario había pensado en Camille o en Cécile Sorel, pero desde que André le habló de mí quería conocerme lo más pronto posible. Teníamos que marcharnos

inmediatamente.

El conde Kessler vino a despedirnos a la estación.

—¡Acuérdese de mí cuando sea una estrella! —me dijo, besándome en las mejillas.

Sonreí al recordar lo formal que había sido cuando lo conocí y lo íntimos que éramos ahora.

Habíamos tomado unas copas de despedida con Max Reinhardt y mis profesores, y llegábamos tarde. El mozo de cuerda se adelantó a toda prisa con nuestro equipaje, pero el andén estaba atestado de gente. André levantó la canasta de *Kira* sobre el hombro. Acabábamos de poner el pie en la entrada del andén cuando un hombre con los ojos inyectados en sangre nos tendió bruscamente unos panfletos.

—¡Liberemos Alemania de la basura judía! ¡Están destruyendo nuestro país! —voceó.

Me quedé demasiado desconcertada como para reaccionar, pero el conde le arrebató los panfletos de las manos al hombre y los hizo pedazos.

—¡Liberemos Alemania de la basura ignorante como usted! ¡Ustedes son los que destruirán el país! —le espetó el conde.

El hombre le contestó algo a gritos que yo no entendí. André apartó al conde.

El mozo nos llamó: nuestro equipaje ya estaba a bordo, pero todavía teníamos que llegar hasta el tren. André y yo nos encaramamos por la escalerilla justo cuando sonaba el silbato y el tren comenzaba a moverse.

—¡Nos reuniremos en París muy pronto! —gritó el conde, caminando junto al tren a medida que este cogía velocidad—. ¡Iré a ver a Simone protagonizar su espectáculo!

Le lancé un beso al aire. Él me envió otro a mí y movió la boca nerviosamente. Un rayo de luz parpadeó sobre él. Durante un instante fue como ver a mi padre junto a la casa de la finca, diciéndome adiós con la mano. Pero parpadeé, la imagen desapareció y allí estaba el conde de nuevo, saludándome desde el andén.

—¡Adiós, mi dulce Simone! —me dijo—. ¡Adiós, André!

Una nube de vapor se interpuso entre él y nosotros.

—¡Adiós, conde! —grité a través de la sombra cargada de humo. Me invadió una sensación de melancolía, pero la aparté de mis pensamientos encogiéndome de hombros y seguí a André hacia nuestro compartimento.

El Adriana de los Campos Elíseos se trataba del teatro de variedades más moderno de París y el empresario teatral, Regis Lebaron, era uno de los más emprendedores y audaces de Europa. Apartado del resto de los edificios decimonónicos de la avenida, la entrada del teatro consistía en un arco cromado con columnas a cada lado. La fachada era de cristal opaco y en el vestíbulo había cuatro figuras que representaban a Zeus, Afrodita, Iris y Apolo, y sostenían unas enormes esferas de luz. El decorado mezclaba lo ultramoderno con la mitología griega, y las butacas de la sala estaban equipadas con reposacabezas y reposabrazos. Se rumoreaba que aquellos asientos eran tan cómodos que se podían encontrar reproducciones en los hogares más elegantes de la ciudad.

Lebaron, que había amasado su primera fortuna en las mesas de ruleta y la segunda como empresario teatral, no reparaba en gastos para contratar a los mejores. Empleaba escenógrafos italianos para recrear fastuosos palacios y emigrantes rusos para elaborar decorados de los salones de baile y las cortes zaristas. Sus técnicos eran británicos o estadounidenses, y sus modistos, franceses. El Adriana era el primer teatro de variedades que había incorporado el cine a los espectáculos, pues empleaba una pantalla como telón de fondo en algunas de las representaciones de baile. El lema personal de Lebaron era: «El mejor entre los mejores», y se esforzaba por hacer cada espectáculo más impresionante que su anterior gran éxito. Y sin embargo entonces, según André, parecía que «el mejor entre los mejores» estaba perdiendo fuelle. Iba a ser difícil igualar a la eterna favorita de París, Mistinguett, y a la estrella más novedosa, Joséphine Baker. Camille era la siguiente estrella femenina más grande de París, pero como Lebaron le había confesado a André: «Ser hermosa solo la llevará hasta cierto punto y la novedad está empezando a pasarse. Quiero lanzar a alguien nuevo al estrellato».

No se me había ocurrido jamás que llegaría el día en que alguien me prefiriera a mí en vez de a Camille Casal. Ella nunca parecía dudar de sí misma; su tranquilo comportamiento antes de los espectáculos del Casino de París lo confirmaba. Para mí, aquel era el signo de que Camille era una verdadera estrella: la absoluta confianza que tenía en sí misma.

Miré de reojo a André, que estaba reclinado en su asiento del tren. El sol, que brillaba a través de los abedules del exterior, pintaba líneas de luz sobre su rostro, de modo que le confería el aspecto del personaje de una película. Estaba exhalando el humo de un cigarrillo, el cuarto que se había fumado desde que dejamos la Potsdamer Station una hora antes.

—Lebaron dice que si eres la mitad de buena de lo que yo aseguro que eres y el doble de buena de lo que eras cuando estabas en el Casino, te contratará. Te

convertirá en una estrella. El humorista aparecerá en el cartel por debajo de ti. — André se puso en pie y apoyó el brazo contra el cristal—. ¿Entiendes lo que eso significa, Simone? Ya no tendrás que esperar cola ni ascender con esfuerzo, ¡sencillamente, ya estarás en la cima!

Se me cayó el alma a los pies y se me hizo un nudo en el estómago. Todavía ni siquiera había hecho la audición. Sería una dura caída si fracasaba. Había sentido el impulso de trabajar duro en Berlín, no solo por mi propia ambición, sino por un ardiente deseo de contentar a André. Sabía que era mejor no expresar mis dudas en ese momento. Él se había arriesgado mucho para conseguirme una audición y, aunque me sonrió, su rostro mostraba una expresión tensa. En muchos sentidos, mi debut era también el de André, y aquello me aterrorizaba. Quizá fue entonces cuando empezamos a comprender la magnitud de aquello a lo que aspirábamos.

El conductor de André nos esperaba en la estación. Estaba lloviznando y los edificios y los cafés se habían teñido de gris. Era extraño estar de vuelta en París después de haberme ausentado durante casi dos años. Las calles y las tiendas tenían el mismo aspecto, pero yo era una persona distinta, aunque todavía no lo había comprendido por completo. El chófer de André condujo directamente hacia el barrio de la Étoile, aunque esta vez no aparcó frente a un desvencijado *hotel particulier*, sino delante de un edificio de apartamentos junto al parque.

—Espero que te guste —me dijo André, rebuscándose la llave en el bolsillo.

Mientras abría la puerta, yo saqué a *Kira* de su canasta. Salió volando hacia el interior del apartamento antes de que André o yo pudiéramos entrar y corrió hacia la silla tapizada en piel de leopardo, el único mueble que le resultaba familiar.

André colocó mis maletas en el interior junto a la puerta y me condujo al salón. El suelo estaba recubierto de madera de diferentes tonos y yo seguí con la mirada las líneas de los muebles de palo de rosa y las paredes de color miel.

—Tenía previsto poder mudarme aquí yo mismo —me confesó André—, pero es un hermoso apartamento para una mujer y yo puedo encontrar otro sitio. Cuando seas una estrella, la prensa querrá venir y fotografiarte aquí.

Los sofás y sillones estaban cubiertos de cojines orientales y mantones de piel. El decorado era elegante con toques de originalidad: todo lo que André había planificado que yo debía llegar a ser.

Se desplazó hasta la esquina de la habitación y abrió la persiana para revelar una ventana circular que hacía esquina y que tenía vistas al parque y a la calle. A pesar del tiempo encapotado, la luz entró a raudales a través del cristal.

—Puedes sentarte aquí cuando quieras leer o aprenderte tu guión —me aclaró André.

Le seguí hasta el dormitorio, que estaba decorado con la misma mezcla de tonos beis, rojizos y negros que el resto del apartamento. André tocó un interruptor y la luz brilló desde unos apliques de cristal que había en las paredes.

—Me gusta mucho —le dije.

Pensé que el apartamento era muy bello, pero no me sentí tan sobrecogida como lo hubiera estado hacía unos años. Me había acostumbrado al lujo en el Adlon y a que André se ocupara de cubrir mis necesidades. No se me había ocurrido que me estuviera convirtiendo en una consentida, pues había sucedido gradualmente.

Kira caminó detrás de nosotros, olfateando los suelos y los muebles.

—Tu sirvienta vendrá mañana —me anunció André, apoyándose las manos en los hombros—. Ahora, trata de descansar y volveré a recogerte más tarde, a las dos en punto.

«Es bueno contigo, Simone, pero no te ama», me recordé a mí misma.

Me sentía tan entumecida por los nervios que apenas noté los labios de André en las mejillas cuando me besó al despedirse. Cerré la puerta y una quemazón de bilis me subió por la garganta. Me había emocionado mucho cuando abandonamos Berlín, pero ahora que solo faltaban un par de horas para mi encuentro con Regis Lebaron me invadió el pánico. Regresé al salón y mi mirada recayó sobre el mueble bar. Abrí la puerta de un golpe y encontré una licorera de brandi. Quizá una bebida lograría calmarme. Abrí el tapón y olfateé el aroma a azúcar requemado. «No», pensé, recordando que no había sido capaz de entablar una conversación coherente con Max Reinhardt tras una copa de *Feuerzangenbowle*.

Me hundí en el sofá y miré fijamente el cuadro que presidía la chimenea: un jaguar que acechaba por la jungla. ¿Una sirvienta? Miré a mi alrededor las lustrosas superficies. Aquí sería necesaria una para limpiar las huellas de aquellos muebles. Recordé el tosco mobiliario de madera en la casa de la finca de mis padres y la mesa de roble de la cocina de tía Yvette. Aquella mesa la limpiábamos después de cada comida y también sacudíamos la ropa de cama, pero rara vez nos dedicábamos a abrillantar o pasar el polvo más que un par de veces al año.

Me puse en pie, me desplazé hasta el escritorio y abrí los cajones. Había hojas de papel de carta y una pluma. Me senté y comencé a escribir una carta a mi madre, a tía Yvette y a Bernard, contándoles que había regresado de Berlín y que ahora estaba residiendo en un apartamento grande, así que tenían que venir y visitarme en París porque pasaría algún tiempo hasta que pudiera escaparme a verles yo a ellos.

Miré por la ventana, hacia la calle lluviosa. Me acordé de mi madre, con su vestido de faena y con la estola de zorro plateado que yo le había regalado alrededor del cuello.

Crucé los brazos y apoyé la cabeza sobre ellos. La presión pudo conmigo y comencé a notar la sangre latiéndome en los oídos. Una soledad más fuerte que la que nunca había experimentado antes me contrajo el corazón. Me estaba cayendo por un oscuro pozo y no había nadie allí para salvarme. Todavía no lo había comprendido del todo, pero una nueva Simone estaba a punto de nacer.

Para cuando André pasó a buscarme, me encontraba en tal estado de nervios que temí vomitar en su coche. Sin embargo, me cuidé de ocultar mi ansiedad y mis recelos resultaron ser infundados cuando mi «audición» con Regis Lebaron y su

director artístico, Martin Meyer, acabó por ser algo totalmente diferente a lo que había tenido lugar en el Casino de París y el Folies Bergère.

A André y a mí nos recibieron dos caballeros que llevaban trajes azul marino prácticamente idénticos, con el pelo engominado y sendas corbatas anudadas al cuello. El más alto de los dos era Regis Lebaron; le reconocí por las fotografías y por sus saltones ojos dorados y finos labios. Normalmente, solían decir de él que era parecido a una rana, pero aquella comparación no aportaba nada sobre su exuberante personalidad. Nos presentaron a Martin Meyer por su apodo, Minot, un sobrenombre que le habían puesto sus compañeros de colegio y que había conservado a lo largo de los años. Era delgado, con un hoyuelo en la barbilla, y parecía tener grandes dificultades para mantener las manos quietas. Las abrió, las cerró y las movió en todas las direcciones mientras afirmaba que se sentía emocionado por conocerme. Minot contuvo aquel movimiento nervioso durante un instante a causa de una mirada de reproche de Lebaron, tras la que se metió las manos en los bolsillos, aunque unos segundos después las dejó escapar de nuevo para hacer un gesto teatral hacia las puertas del auditorio.

—Por aquí, por favor —nos indicó, haciéndonos pasar a la sala.

El auditorio se hallaba sumido en la oscuridad a excepción del escenario, que estaba iluminado por un foco que producía un halo de luz en el centro. André cogió mi abrigo y lo dejó sobre uno de los asientos. Me percaté de que Lebaron me estaba mirando de arriba abajo y una sonrisa de satisfacción asomó en sus labios. Tras varios tratamientos de belleza, maquillaje de Helena Rubinstein y el cabello peinado en una elegante melena, esperaba que le gustara lo que tenía ante sus ojos.

Había un piano de ensayos cerca del escenario, pero el pianista no estaba. Agarré con fuerza mi carpeta de partituras, con la esperanza de que llegara pronto y pudiéramos acabar con aquel calvario. Para mi sorpresa, Minot me cogió las partituras de las manos y las hojeó.

—Oh, me encanta esta —exclamó, señalando una de las piezas de Vincent Scotto—. Cuando la cantó usted en el Casino, se me saltaron las lágrimas.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces —le advirtió André—. Ahora Simone logra que su voz llegue hasta donde se propone y baila sin perder el aliento.

Se abrió una puerta y entró un camarero parsimoniosamente con una botella de champán en un cubo de hielo y unas copas sobre una bandeja. Lebaron le indicó que lo dejara sobre el escenario.

—Daremos cuenta de ello en un minuto —anunció, y volviéndose hacia mí añadió—: Ya sé que tiene usted una de las mejores voces de París. La vi en el Casino y maldije mi suerte por no haberla descubierto yo primero. Allí estaban desperdiciando su talento. Lo que quiero saber es qué podemos hacer con su actuación.

—Bueno, Simone ha recibido clases de baile con dos de los mejores profesores de Berlín —le explicó André—. He traído algunos discos. ¿Quieren que se lo

mostremos?

Lebaron se agarró la barbilla con la mano y miró fijamente a André.

—Ya sé que también sabe bailar. Un año más y hubieran tenido que sustituir a Rivarola por una pareja de baile mejor para ella. Olvida usted que descubrir talentos ha sido mi fuerte durante años. Lo que quiero saber es cómo vamos a hacer su presentación.

André y yo nos intercambiamos una mirada. Yo estaba a punto de decir algo cuando André levantó la mano para detenerme. Si hubiera hablado, le habría preguntado a Lebaron si es que aquello significaba que ya había decidido contratarme. Pero resultaba evidente que así era. En algún momento entre su conversación con André y el instante en el que me había conocido, debía de haber decidido asumir el riesgo. Se me encendió el corazón. Fue como si el telón de fondo hubiera cambiado y ahora me encontrara en una nueva escena. Por primera vez, no tenía que demostrar mi talento o que era lo bastante atractiva. Lebaron daba ambas cosas por hechas.

—¿Le importaría ponerse en pie bajo el foco durante un instante, *mademoiselle* Fleurier? —me dijo Minot, ofreciéndome el escenario con un gesto de la mano.

Hice lo que me pidió. Me sentí como si estuviera de pie bajo un rayo de luz del sol, aunque me temblaban las piernas por toda la adrenalina que había acumulado. Lebaron y Minot se movieron a mi alrededor gritándose ideas el uno al otro.

—Me imagino una escena de tormenta y los cielos abriéndose —exclamó Minot—. Después, criaturas celestiales... ¡No, no, no!, ¡dioses y diosas griegos que se moverían arriba y abajo por la escalinata!

—Cuando lleguen al final de la escalera, darán la vuelta a sus trajes reversibles y se convertirán en *flappers* y jóvenes caballeros que acaban de llegar a un elegante club —añadió Lebaron, mirándome y contemplando el resto del escenario, como si la escena se estuviera desarrollando ante sus ojos en ese momento.

—Entonces, llegará la muchacha más hermosa de todas —dijo Minot, tirando de mí hacia delante— y cantará la primera canción.

Lebaron levantó las manos en el aire.

—En los carteles, pondremos: «Simone Fleurier, la mujer más sensacional del mundo».

Miré a André, que me estaba sonriendo de oreja a oreja desde la primera fila de butacas. Lebaron y Minot ya habían decidido que necesitaban una leyenda y que yo tenía suficiente talento como para satisfacerles. Iban a fusionar leyenda y talento para crear una estrella. Y esa estrella iba a ser yo.

Los preparativos para el espectáculo *Bonjour, Paris! C'est moi!* constituyeron una prueba de fuego para mí. Como una de las artistas importantes en el Casino de París, lo único que se había esperado de mí era que me presentara a todos los ensayos y a las pruebas de vestuario y que actuara lo mejor posible. Pero ahora, como estrella de una importante producción, me vi involucrada en todos los aspectos del espectáculo,

desde la selección de los actores secundarios, pasando por la elección de decorados, hasta el diseño de los carteles. Tenía que estar presente, porque todo giraba a mi alrededor. Fui totalmente consciente de ello durante las audiciones para las coristas.

—Todas ellas serán rubias —exclamó Minot, moviendo enérgicamente las manos hacia mí—. Así, usted destacará entre ellas como una magnífica perla negra.

André era el coproductor del espectáculo y tenía la tarea de supervisar todo, desde los escenarios y los trajes hasta las tramoyas. Lebaron pretendía que los decorados de *Bonjour, París! C'est moi!* fueran los más suntuosos que París hubiera visto nunca: entre ellos habría un baile en Versalles y una escena en la jungla con monos de verdad y un tigre. Una tarde, fui a visitar a André en su despacho del teatro y me lo encontré estudiando modelos a escala de cada escenario completo con planos móviles y telones para los cambios de escena. Parecía tan feliz como un niño jugando con un trenecito.

—El ingeniero dice que podemos diseñar una cascada —me contó André, señalando el escenario selvático donde yo estaba presente en forma de muñeca de cartón.

André era una buena elección como coproductor porque trabajaba treinta y seis horas de cada veinticuatro y contagiaba su energía y entusiasmo a los diseñadores y carpinteros, que trataban de superarse unos a otros para crear los escenarios más espectaculares que les fuera posible.

—Si lo consigues, creo que será una gran primicia en los escenarios de París —le respondí.

—Tengo que demostrarle a mi padre que mi «proyecto especial» ha merecido todo el tiempo y el dinero que le he dedicado —me contestó, echándose a reír.

Di por hecho que estaba bromeando, pero su broma me dolió. No me había resultado fácil ajustarme a la situación de pensar en André nada más que como mi jefe y mi amigo. Lograba aceptar que nunca me había encontrado atractiva y que era yo la que me había engañado a mí misma. Por lo menos, me había ahorrado la humillación de declarar lo que sentía. Pero que aceptara la falta de interés de André por mí no impedía que mis propios sentimientos me angustiaran de vez en cuando. Aunque ambos nos pasáramos la vida trabajando, el sonido de su voz lograba que el corazón me latiera con fuerza.

A veces, había sorprendido a algunos de los artistas de los números secundarios besándose entre bastidores, y una vez, mientras estaba cerca de un conducto de ventilación en mi camerino, había escuchado los sonidos extáticos de un hombre y una mujer que hacían el amor en algún lugar del teatro. Apreté la oreja contra el agujero, cautivada por aquellos gemidos, jadeos y suspiros. Un latido me abrasó el vientre, pero únicamente podía soñar cómo sería que me tocaran así. Cerré los ojos y me imaginé recorriendo con las manos el cabello de André y sintiendo su piel desnuda fundirse con la mía. Pero cuando se me ocurrían aquellos pensamientos, me mojaba la cara con agua fría o me humedecía las sienes con colonia. No tenía sentido

abrigar un deseo que nunca se satisfaría. Se me ocurría que yo ya era lo bastante mayor, y claramente ya había sobrepasado la edad en la que los artistas del teatro de variedades perdían la virginidad, pero André me trataba con la dulzura familiar de un hermano que adora a su hermana pequeña.

Me sentí sin duda como su «proyecto especial» la primera vez que pasé junto a las Galerías Lafayette y vi mi rostro asomándose en uno de los carteles sobre el Boulevard Haussmann. «Para tener una piel tan tersa como la de Simone Fleurier, use el jabón Le Chat». ¿Realmente era yo aquella chica envuelta en un vestido de satén, con una *Kira* de ojos grandes y un collar de diamantes al cuello entre los brazos? André me había convertido en la imagen de varios productos como publicidad previa al espectáculo e iba a aparecer en anuncios de cosméticos de Helena Rubinstein y de pasta de Rivoire & Carret. Observé el anuncio de Le Chat con recelo. El cabello de aquella chica era brillante y suave, sus labios estaban pintados de un color oscuro y llevaba los ojos perfilados con rímel. Ella no era la persona que yo me sentía por dentro. Todavía andaba de puntillas de aquí para allá, a la espera de que las coristas se volvieran contra mí y se quejaban de que yo no era más que una desgarrada actriz cómica que más bien debía ocupar el último puesto del coro. Sin embargo, el éxito de aquellos anuncios demostró que mis dudas eran infundadas. Las ventas de aquellos tres productos se multiplicaron por dos durante el primer mes. Estaba a punto de convertirme en una estrella. Todo lo que siempre había soñado y por lo que siempre había trabajado estaba empezando a dar sus frutos. Entonces, ¿por qué me sentía tan sola?

—Hemos recibido una invitación —me dijo André, mostrándome una tarjeta blanca—. Mi madre tiene mucho interés en participar en la sorpresa para mi padre. Me ha dicho que, para que el mejor público posible acuda a ver el espectáculo, tenemos que conseguir que aparezcas en las páginas de sociedad. Te ha invitado a su reservado en Longchamps. Asegura que si una hermosa pero desconocida señorita es vista en las carreras con *madame* Blanchard todo el mundo querrá saber quién es. Pero primero tengo que presentártela.

André y yo llegamos a la mansión parisina de su familia en la Avenue Marceau a la mañana siguiente para tomar café y pasteles con *madame* Blanchard. Mi estancia en el Adlon y las cenas en distinguidos restaurantes habían suavizado mis modales provincianos y el vestido de Vionnet que llevaba no me hacía parecer fuera de lugar junto al pórtico de granito donde André y yo esperamos a que el mayordomo abriera la puerta. Sin embargo, tan pronto como posé la mirada sobre el recibidor con su escalera de mármol, una fuente y retratos de Gainsborough, me quedé anonadada. El Adlon era el primo pobre de la residencia de los Blanchard. Hice lo que pude por no quedarme con la boca abierta ante los bastidores festoneados y las alfombras orientales, los candelabros con rosetones de bronce o el mobiliario de madera oscura con adornos dorados. Aquella casa era todo lo que la residencia de una poderosa familia europea tenía que ser: resumaba antigüedad y eternidad. Y era intimidante.

Madame Blanchard nos estaba esperando en la salita con la hermana menor de André, Veronique. Su madre tenía mejillas redondeadas y era rubia como si fuera sueca. André había heredado la estatura de ella y la tez de su padre.

—Querida mía, es usted tan hermosa como André la había descrito —exclamó *madame* Blanchard, cogiéndome de la mano y guiándome hasta una silla tapizada con brocados azules.

Las cortinas y los candelabros de pared eran turquesa, y allá donde mirara veía diferentes tonalidades de lapislázuli y retallos dorados junto a floreros con orquídeas blancas. El efecto era como encontrarse en mitad de una exótica concha marina. La estancia era gratamente diferente en comparación con el tono sombrío del resto de la casa.

Por alguna razón, *madame* Blanchard no me había presentado a Veronique, pero la chica no tenía intención de que la ignoraran. Se levantó de su asiento, se apartó la melena rojiza hacia los hombros y se presentó a sí misma con voz adolescente, añadiendo que yo parecía «mucho más simpática que *mademoiselle* Canier».

—¡Veronique! —exclamó *madame* Blanchard, tratando de contener una sonrisa—. Puedes dedicarle todos los cumplidos que quieras a *mademoiselle* Fleurier, por supuesto, pero sin insultar a nadie más al hacerlo.

Junto a mí había una mesa camilla con un marco de fotos sobre ella. La persona que aparecía en la fotografía era un atractivo joven de hombros anchos, ataviado con su uniforme de oficial. Sin embargo, sus ojos tenían el aspecto enternecedor de los de un artista, no de un soldado. Contemplé la vitrina llena de medallas de guerra sobre la estantería encima de la mesa. No había necesidad de preguntar quién era el hombre de la foto.

Me di cuenta de que *madame* Blanchard me estaba mirando y me volví hacia ella. Aunque no mencionó la fotografía, algo en sus ojos me dijo que le agradaba que me hubiera fijado en ella.

—El editor de moda de *L'Illustration* hablará de *mademoiselle* Fleurier —comentó, haciendo un movimiento de cabeza hacia André—. El talento es una cosa y la publicidad, otra muy diferente. —Después, una vez que la sirvienta hubo traído el café y nos hubo entregado una porción de pastel de chocolate a cada uno, añadió—: *Mademoiselle* Fleurier necesita que la vean y la fotografíen en los lugares adecuados antes de la noche del estreno. Y mañana, Longchamps es una oportunidad demasiado buena como para perdersela.

Un cachorro pomeranio se paseó por la estancia y tomó asiento bajo la silla de Veronique. La muchacha se agachó y le dio de comer con la punta del dedo un trocito de pastel. Recordé que mi familia solía alimentar a *Olly* así, pero la cocina rústica de Pays de Sault estaba a años luz de la elegante salita de *madame* Blanchard.

—Hábleme sobre usted, *mademoiselle* Fleurier —me pidió *madame* Blanchard—. ¿Así que comenzó usted su carrera en Marsella?

Le expliqué que mi familia tenía una finca con campos de lavanda, le conté la

muerte de mi padre y le hablé sobre Le Chat Espiègle. *Madame* Blanchard escuchó pacientemente las anécdotas sobre mi origen humilde y no pareció en absoluto contrariada. En todo caso, me dio la impresión de que estaba impresionada por mi determinación de triunfar.

Mientras *madame* Blanchard y yo charlábamos, André hablaba con su hermana. Sus voces tenían la resonancia afectuosa de una historia compartida de juegos de infancia y secretos comunes. Cuando Veronique terminó su trozo de pastel, André le cortó otro, a pesar de la divertida mirada de censura que les dirigió su madre. Recordé lo que André me había contado sobre que Veronique era la rebelde de la familia y deseé que su padre no reprimiera el alegre espíritu de la muchacha... ni tampoco el de André. *Monsieur* Blanchard estaba ausente por negocios en Suiza, pero percibí su presencia dominante en el retrato que colgaba sobre la chimenea. Supe quién era porque se parecía como dos gotas de agua a André, pero con un aspecto más estricto. Pensé que era una extraña elección decorativa que hubieran colgado el retrato del patriarca de la familia sobre la chimenea de la salita de *madame* Blanchard. Incluso aunque no estuviera allí, *monsieur* Blanchard parecía vigilar el orden de la casa.

—Mis hijos son todos tan diferentes —comentó *madame* Blanchard—. Cuando Veronique está contenta o triste, se le refleja inmediatamente en la cara. André es totalmente distinto. Nunca se sabe lo que está pensando. Con él, es cierto que las apariencias engañan.

Nos quedamos una hora con la madre y la hermana de André. Cuando nos levantamos para marcharnos, *madame* Blanchard me puso la mano en el hombro.

—Me gusta usted —me susurró—. No es en absoluto lo que había imaginado.

A mí también me gustó ella. Me había dado la sensación de que era amable y sincera. Sin embargo, había un toque dubitativo en su voz que me dio miedo. Percibí que el padre de André no sería tan fácil de complacer.

Mi contrato con el Adriana incluía que me pagaran un porcentaje de mi caché por adelantado. Como André se estaba ocupando de mis necesidades materiales, le envié parte del caché a Bernard para que pudiera hacer reparaciones en la finca. Después, fui a ver a Joseph a la tienda de muebles.

—¡*Mademoiselle* Fleurier! —me saludó—. Odette no me había dicho que iba a venir. ¿Está usted buscando algo especial?

Desde que volví de Alemania, me había dado cuenta de que Odette estaba melancólica, porque su veintiún cumpleaños había pasado de largo, y ella y Joseph aún no estaban casados. Joseph gozaba de prosperidad en su trabajo, pero no había podido ahorrar lo suficiente como para establecer su propio negocio. Sin él, el padre de Odette no les daría su permiso para que se casaran.

—A mis padres les gusta mucho Joseph —me explicó Odette—. Pero quieren asegurarse de que puede mantenerme. Y mi tío está de acuerdo con ellos.

Tuve que abstenerme de sonreír. Odette tenía gustos caros, e incluso sus padres, que eran de clase media, se daban cuenta de ello. Si Joseph no se procuraba unos

buenos ingresos, Odette lograría llevarlo a la bancarrota en un solo año.

—Quiero ayudarle a que abra su propia tienda —le dije a Joseph—. Tengo un cheque aquí para usted en el bolso.

Joseph abrió los ojos como platos y negó sacudiendo la cabeza.

—No, *mademoiselle* Fleurier, no puedo pedirle a usted tal cosa.

—No, no me lo está pidiendo —le respondí—, se lo estoy dando yo. Odette es una buena amiga y quiero que se case usted con ella y la haga feliz.

Joseph relajó los hombros y me condujo a su despacho.

—Claro que quiero casarme con Odette —me aseguró mientras me ofrecía una silla—. Pero me sentiría avergonzado de mí mismo si estuviera en deuda con usted. Tengo que rechazar su oferta.

—No sea tonto —le espeté—. No estará en deuda con nadie. Un buen día, cuando consiga tener un negocio próspero, podrá amueblar la casa de campo de mi familia en la Provenza. Ellos tienen gustos sencillos, pero desearía que también pudieran disfrutar de unos muebles bonitos.

A Joseph se le iluminó la mirada.

—Me encantaría hacerlo. Incluso podría hacer un viaje ex profeso a la Provenza para comprar el material necesario.

—Entonces, ¿está resuelto? —le pregunté, levantándome de mi asiento—. No creo que haya necesidad de que Odette se entere de lo que hemos hablado.

Los ojos de Joseph se llenaron de lágrimas. Era un encanto de hombre y yo estaba segura de que sería un buen marido.

—No tiene usted idea de lo feliz que me ha hecho —me dijo—. Si Odette y yo tenemos algún día una hija, la llamaremos como usted.

—Será un honor —le respondí—. Pero no le obligaré a cumplir tal cosa.

Cogí un taxi de vuelta a mi apartamento con el corazón henchido de alegría. En un primer momento había pensado que el dinero solo servía para comprar cosas, pero ahora me daba cuenta de que también podía traer la felicidad.

Hacia finales de marzo, todo el mundo trabajaba a toda máquina y llegó el *sprint* final de los preparativos del espectáculo. Normalmente, Lebaron y Minot tardaban entre seis y diez meses en montar cada nuevo espectáculo, pero, gracias a la ayuda de André, habían terminado este prácticamente en tres. «Prácticamente» porque, para cuando se completaron las orquestaciones finales de las canciones, fue necesario cambiar algunas de las coreografías de los bailes. También había que hacer algunas alteraciones en el vestuario y varios decorados necesitaban arreglos para que casaran con los cambios de programación. Uno de los electricistas abandonó furioso su trabajo y una costurera se desmayó por agotamiento. Odette vino a ayudar con los trajes y yo sentí aún más respeto por mi amiga después de verla un día tras otro con una aguja en la mano y el hilo entre los dientes mientras les decía a todos: «¡Calma! ¡Todo saldrá bien!».

El vestido que yo llevaría en la escena final todavía estaba inacabado sobre un

maniqué en el taller de vestuario. Me ofrecí para terminarlo, pero Minot abrió horrorizado los ojos como platos.

—¡No, no, no, *mademoiselle* Fleurier! Debe usted reservar energías. Es usted la estrella. El éxito de este espectáculo descansa sobre sus hombros.

Yo pretendía ocupar la mente en otras cosas para calmar los nervios. Que el éxito del espectáculo descansara sobre mis hombros era precisamente lo que me provocaba sudores nocturnos y accesos de mareo. No le dije a nadie que sufría ataques de pánico. El primero me sobrevino cuando el libreto ya estaba escrito y las partituras compuestas. Me encontraba en mi apartamento repasando la letra de una canción cuando me empezó a palpar el corazón. Traté de concentrarme en la partitura que tenía delante, cuando comenzó a darme vueltas la cabeza y todo se volvió blanco. El único modo que tuve de deshacerme de aquellas náuseas fue escondiendo la partitura bajo un cojín. Después de aquello, solo lograba ensayar en compañía de otra persona, normalmente André o Minot.

—No consigo memorizar nada a menos que actúe para alguien —les expliqué echándome a reír, para ocultar mi terror tras una sonrisa.

Todo el mundo estaba esforzándose al máximo para preparar el mejor espectáculo de todos los tiempos, así que no podía aguarle el ánimo a nadie o hacer que dudaran de mí. Me di cuenta de que la presión que sentía en el Casino de París o en Le Chat Espiègle no eran más que «mariposas en el estómago» en comparación con esto. Ahora había mucho más en juego. Si el público no respondía, supondría el fracaso de mucha más gente aparte de mí.

No me ayudó en absoluto a preservar mi tranquilidad el hecho de que, durante la última semana de ensayos antes de la noche del estreno, Lebaron merodeara con cara de alma en pena entre bastidores mientras yo practicaba mis números. Y, para colmo de males, el último día antes del estreno se dedicó a sacudir la cabeza como si pensara que había cometido un terrible error al apostar por mí.

—Ignórelo —me susurró Minot, dándome unas palmaditas en el hombro—. Siempre se comporta así en estos momentos. Es por culpa de su superstición. Piensa que si le dice a usted lo fabulosa que es gafará todo el espectáculo.

La noche del estreno llegué al teatro a las siete y media con *Kira*, mi mascota de la buena suerte. André me había enviado a su chófer, pues no había podido venir él mismo a causa de un cambio de última hora en un papel secundario. Mi camerino estaba lleno de ramos de rosas y había una botella de champán metida en un cubo de hielo. Atada al cuello de la botella había una tarjeta de Minot que decía: «¡A medianoche estaremos bebiéndonosla, querida mía!». Querido Minot, qué encanto era. Había pensado en todo. Incluso había enviado una notificación a todo el mundo para que no me molestaran y para que los únicos que pudieran transmitirme cualquier mensaje fueran el director de escena o él mismo. Aprecié aquel gesto, aunque me preocupaba que aquello pudiera incluirme en la liga de mezquinos artistas tiranos a la que pertenecía Jacques Noir. Sentí la necesidad de poner en orden mis pensamientos.

Kira percibió mi nerviosismo. Durante los ensayos, se había dormido sobre una manta junto al radiador o se había entretenido jugando con mis lápices de maquillaje. Pero ahora se escondió bajo el tocador y se negó a salir. No podía culparla. Si yo hubiera podido, habría hecho lo mismo.

Me temblaban las manos cuando abrí el estuche de maquillaje. Me lloraban los ojos, algo que siempre me sucedía cuando me sentía inquieta. Eché la cabeza hacia atrás y los cerré, tratando de relajarme. La noche anterior había soñado que salía al escenario y se me olvidaba toda la letra de la primera canción, cosa que era ridícula, porque se trataba de una composición muy corta.

Después de todo el caos y el ajeteo de las semanas anteriores, el teatro estaba sumido en un silencio inquietante. Me imaginé a todos en sus puestos: los ayudantes de camerino se hallarían preparando los trajes y contando las pelucas; los tramoyistas estarían comprobando el atrezo y los interruptores de las luces; y los músicos se encontrarían calentando los dedos o bebiéndose algún café de último minuto.

Mi ayudante tenía que llegar a las ocho. Justo cuando las manecillas del reloj de mi tocador dieron la hora, sonó un golpe en la puerta. La abrí y encontré en el rellano a Odette con el vestido que me tenía que poner para el primer número.

—Pensé que quizá necesitarías apoyo moral —me dijo— de alguien que todavía no se ha dejado llevar por el agobio.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Una de las coristas ha cogido peso y ha hecho estallar el vestido.

—¡Pero si apenas llevan nada encima! —exclamé—. ¿Qué es lo que ha podido estallar?

—Una hilera de perlas. Pero ha sido suficiente como para que la encargada de vestuario sufriera un ataque de pánico.

Aunque no escuché ni la mitad de lo que Odette me contó sobre que Joseph había comprado una tienda de muebles y que estaban planeando casarse al año siguiente, su animada conversación me tranquilizó como el sonido de una relajante música de fondo. Y además, Odette también demostró mucha paciencia. Tuve que quitarme el traje después de que ella me hubiera abrochado todos los cierres para acudir al aseo porque los nervios me habían dado ganas de hacer pis. Hacia las ocho y media oí al botones que iba llamando a las puertas de los camerinos y, unos minutos después, a las coristas bajando en tropel por las escaleras. No armaron tanto alboroto como de costumbre y le pregunté a Odette si había algún problema.

—No —respondió—. Lo hacen por deferencia hacia ti. *Monsieur* Minot les ha ordenado que bajaran las escaleras en silencio.

Cuando el botones llamó a mi puerta, prácticamente me salí del traje otra vez por el salto que pegué. Odette me dio unas palmaditas en la espalda.

—Estarás maravillosa —me aseguró—. Simplemente, haz lo mismo que has estado haciendo durante los ensayos y todo irá bien.

Seguí al joven botones hasta bastidores con la misma alegría que María Antonieta

debió de sentir al dirigirse hacia la guillotina. Pude oír a la sección de cuerda afinando sus instrumentos y el alboroto del público.

—¡Buena suerte! —me susurró el muchacho.

Le revolví el pelo para que supiera que yo no era la típica diva arrogante, pero me sentí demasiado nerviosa como para decirle nada.

Los bailarines principales estaban alineados en la parte superior de las escaleras, preparados para hacer su entrada antes que yo. Las coristas se amontonaban entre bambalinas. Algunas de ellas me dirigieron gestos alentadores. Hice lo que pude por devolverles la sonrisa, que más bien debió de ser como una mueca.

A las nueve menos cuarto sonaron los *trois coups*, los tres golpes que daba el personal en el escenario para indicar que el espectáculo estaba a punto de comenzar. El público se sumió en el silencio y la orquesta empezó a tocar. Me golpeé con el puño el nudo que notaba en mitad del pecho. La sangre me latía en los oídos.

El director de escena dio la entrada a los bailarines y los contemplé avanzando en fila. Descendieron para adentrarse bajo la luz de los focos, con ojos brillantes y rostros radiantes. Otros seres celestiales descendieron por encima del escenario encaramados en plataformas de cristal, como genios sobre alfombras mágicas. Durante un instante, olvidé mis nervios, pues todo era hermosísimo. El público debió de pensar lo mismo, porque podía oír sus oohhhs y aahhs que llegaban hasta mí.

La música cambió de ritmo y el público dejó escapar una ovación cuando los bailarines se quitaron las togas y las coronas y comenzaron a bailar a ritmo de *jazz*. Un grupo de intérpretes ataviados con esmóquines y sombreros de copa irrumpieron en escena montados en un deportivo Hispano-Suiza. El director de escena me hizo un gesto con la cabeza y me guiñó el ojo. Me alisé el vestido e inspiré profundamente antes de moverme hacia la parte superior de las escaleras y comenzar a descenderlas, bajo la luz cegadora.

¡Bonjour, Paris!

¡Soy yo!

Esta es la noche en la que las estrellas saldrán y brillarán, brillarán para que todo París las vea.

Aunque me había imaginado a mí misma tropezándome y rodando por la empinada escalera para aterrizar muerta en el escenario, dejaron de temblarme las piernas tan pronto como empecé a cantar. Proyecté la voz tan bien que incluso yo misma me sorprendí. Llegué al escenario y bailé un charlestón que todos los bailarines principales y secundarios imitaron, después bailamos un foxtrot, antes de que las luces se atenuaran y el bailarín masculino principal y yo interpretáramos un tango lento, en referencia a mi pasado artístico. El público aplaudió.

Las luces cambiaron a azul y se introdujo un piano de cola de atrezo en el escenario. Los hombres me subieron sobre él y volví a bailar el charlestón, con las luces parpadeando sobre mí, de modo que parecía que estaba actuando en una

película a cámara lenta.

El público no esperó a que yo terminara para aplaudir. Las luces se volvieron doradas y entonces pude ver sus rostros. Me estaban dedicando grandes sonrisas. Sin embargo, fue la expresión en las caras de cuatro hombres lo que más me satisfizo: Lebaron, Minot, André y un hombre que se parecía a él, solo que mayor. Estaban sonriendo de oreja a oreja. Sentí que si podía complacer al patriarca de la familia Blanchard, podría satisfacer a cualquiera.

Los actores avanzaron hacia el frente y cantamos el estribillo todos juntos. El público aplaudió y vitoreó. No cabía la menor duda de que les gustaba lo que estaban viendo.

Hasta que los tramoyistas le dieran la vuelta al decorado teníamos que mantener la pose, pero empecé de nuevo a notar que me temblaba la pierna derecha. Puesto que estaba de pie sobre un piano con una falda corta, no había nada que pudiera hacer para ocultarlo. Algo que me había dicho el doctor Daniel me vino a la mente: «La energía fluye hacia fuera o hacia dentro. En el caso de los artistas, si la dejan fluir hacia dentro resulta fatal. Deje salir su energía siempre hacia fuera».

Aunque no estaba en el guión de ese número, levanté los brazos en el aire y grité:

—*Bonjour, París! C'est moi!* ¡Hola, París! ¡Soy yo!

Desde el patio de butacas escuché el clamor de los espectadores, que se pusieron en pie y me gritaron:

—¡*Bonjour, mademoiselle Fleurier!* ¡Bienvenida!

A partir de aquel momento supe que no había vuelta atrás. París me amaba.

Bonjour, París! C'est moi! fue el espectáculo de variedades con más éxito que se había representado en el Adriana o en cualquier otro de los teatros de París. Estuvo en cartel durante un año, se representó un total de cuatrocientas noventa y dos veces, con un pequeño descanso antes del comienzo del nuevo espectáculo: *París Qui Danse*. Los críticos de todos los periódicos importantes, desde *Le Matin* hasta el *París Soir*, estaban emocionados, y además del público habitual de la alta sociedad parisina y de los turistas adinerados, tuvimos el honor de recibir entre los espectadores a personalidades como el príncipe de Gales, los reyes de Suecia y la familia real danesa.

Si André y yo habíamos trabajado horas y horas antes del espectáculo, después tuvimos que quemar todos los cartuchos que nos quedaban. Me levantaba a las siete de la mañana y me tomaba un desayuno compuesto por zumo de naranja y una tostada. A continuación, me daba un baño antes de que llegaran mi peluquera, mi manicura, mi masajista y mi secretaria. Le dictaba la correspondencia a esta última durante mis tratamientos de belleza. Después, me dirigía al Adriana para reunirme con Lebaron, Minot y André para planear *París Qui Danse*. Ya que *Bonjour, París!* había gozado de tanto éxito, Lebaron estaba decidido a que el nuevo espectáculo fuera aún mejor. Consagraba las tardes a los ensayos, las pruebas de vestuario y las entrevistas con la prensa. Por las noches, llegaba al teatro aproximadamente a las siete y media y no me marchaba hasta la una de la mañana. Dedicaba todo el resto del tiempo libre a hacer algo que pronto aprendería a odiar: un concienzudo ejercicio de contorsiones, sonrisas falsas, manipulación de imagen y «mentiras piadosas» cuyo eslogan era: «El talento no es suficiente para triunfar». Aquel ejercicio se llamaba publicidad.

Me había enamorado del teatro de variedades por su magia y disfrutaba cantando y bailando para el público, pero aprendí que ser «una estrella» era diferente de lo que yo esperaba. Una estrella tenía que estar en el punto de mira del público no solo sobre el escenario, sino también fuera de él si quería mantener su estatus. A medida que aumentaba mi fortuna —parte de la cual André se había preocupado de invertir convenientemente, para regocijo de *monsieur* Etienne—, también aprendí la diferencia entre ser rica y ser famosa. Cualquiera que viera mis vestidos de alta costura, mis diamantes, mi Voisin con chófer, mi apartamento y al atractivo André acompañándome en las reuniones sociales supondría que yo disfrutaba de una vida maravillosa. Sin embargo, aquello no era vida; era solo una imagen. No me quedaba tiempo para saborear ninguna de esas cosas. Todas eran para consumo público.

Una vez oí a Mistinguett decir que nunca haría el más mínimo esfuerzo por ganar fama. Sin embargo, tanto ella como Joséphine Baker y yo nos pasábamos la vida

tratando de provocar más sensación que las otras. Mistinguett aseguró sus piernas por un millón de dólares; Joséphine organizó una boda con un conde que al final resultó ser un picapedrero italiano que fingía ser de la nobleza; y mi publicista «filtró» a la prensa que el secreto de mi vitalidad era beber motas de oro con el café todas las mañanas y bañarme en leche con pétalos de rosa. Incluso organizó que el lechero acudiera todas las mañanas a mi puerta con varias cubas de leche para demostrarlo. Eran el tipo de disparates frívolos que nos daban mala prensa en lugares como Austria o Hungría, en donde la gente apenas tenía para comer. Un panfleto comunista llegó a publicar que la cantidad de leche en la que yo me «bañaba» todos los días podría haber mantenido con vida a diez niños durante una semana.

Joséphine Baker y Mistinguett competían en una maliciosa batalla pública de rivalidad. En una encendida ocasión incluso llegaron a las manos en el estreno de una película en el Cinéma Apollo. Las dos divas lucharon encarnizadamente, clavándose las uñas en los brazos y arañándose la cara. Mistinguett intentó aplicar aquella táctica conmigo una noche en el Rossignol, donde André y yo fuimos a cenar después de la representación. Se encontraba sentada en una mesa rodeada de hombres jóvenes, con un vistoso collar de perlas alrededor de su cuello aún terso, cuando de repente me señaló y gritó:

—¡Hola, jovencuela! ¿Ya te han limpiado detrás de las orejitas? ¿Por qué no vienes aquí a presentarme tus respetos? —Y me sonrió mostrando unos afilados dientes que parecían los de una piraña.

Casi pude ver al columnista de *Le Petit Parisiën*, que estaba sentado tras ella, palpándose el bolsillo en busca de una pluma.

—Buenas noches, *madame* —fue mi respuesta.

Mistinguett tenía treinta años más que yo y a mí me habían educado para que fuera respetuosa con mis mayores. El *maître* exhaló un suspiro de alivio, pero en el rostro de la diva se reflejó la decepción.

—Vas a tener que mejorar tu agudeza verbal —comentó André cuando nos sentamos— o, si no, te verán como una esnob que se cree demasiado buena como para meterse en una pelea de gatas. Si Camille Casal y tú fuerais más inteligentes, ya habríais empezado hace tiempo una buena rivalidad. Eso habría ayudado a despegar su carrera en ciernes y a ti no te vendría mal aparecer como su rival.

Al percibir un brillo pícaro en su mirada, me alegré al darme cuenta de que estaba bromeando.

Se oyó una conmoción que provenía de la puerta. Joséphine Baker acababa de irrumpir en el restaurante acompañada por su séquito habitual, entre los que se incluían el «conde» Pepito de Abatino, su chófer, su sirvienta y su mascota, que era un cerdito.

André arqueó las cejas mirándome.

—Estoy demasiado cansada —le dije yo como respuesta.

Aunque no le conté nada a André, nunca había considerado a Camille mi rival.

Ella siempre me había intimidado. Un mes después de que comenzara el espectáculo, la invité a cenar en mi apartamento. Por alguna razón, pensaba que si ella aprobaba mi transformación, aquello supondría el sello definitivo de mi éxito. Pero, tan pronto como Camille llegó, me di cuenta de que, a pesar de mi cabello perfectamente peinado y mi elegante atuendo, todavía me sentía apocada ante su perfección física. Entró lentamente en mi apartamento con un vestido de color malva con varias vueltas de perlas rodeándole el cuello. El aire a su alrededor quedaba impregnado de un toque de Shalimar. Parecía imposible que alguien pudiera tener aquellas facciones tan bien parecidas en una piel tan tersa.

—Veo que te va bien —comentó mientras contemplaba el escritorio de palo de rosa casi como si no pudiera creerse que yo viviera en aquel lugar.

Algunas veces, ni yo misma me lo creía tampoco. Camille y yo habíamos recorrido mucho camino desde que nos alojábamos ambas en casa de tía Augustine en Marsella. Sentí una oleada de orgullo por el cumplido indirecto.

La conduje hasta el salón y le ofrecí un asiento. Sacó un cigarrillo y yo me incliné hacia delante para encendérselo.

—Así que finalmente me hiciste caso con lo del consejo sobre los hombres —comentó, acariciando con sus uñas nacaradas la piel del sofá—. Parece que André Blanchard ha hecho mucho por ti.

—No, no es así —le aseguré—. Nuestra relación es puramente profesional.

Su rostro pasó de mostrar una mirada de incredulidad al ceño fruncido. Por primera vez percibí que tenía ojeras marcadas bajo los ojos, que se le traslucían a pesar de que los llevaba maquillados cuidadosamente. Su relación con Yves de Dominici había terminado; él se había casado con una condesa italiana. Sin embargo, había oído que Camille estaba viéndose con alguien que ocupaba un cargo aún más alto en el Ministerio de Defensa. Me pregunté qué sería de su hija, que pronto cumpliría cinco años, pero sabía que no debía inquirir por ella. Camille me había contado que sacaría a la niña del convento tan pronto como encontrara a alguien lo bastante rico y lo bastante permanente, por supuesto. El hombre del Ministerio de Defensa estaba casado con una mujer que le controlaba la economía familiar, por lo que eso no parecía que fuera a suceder en un futuro demasiado cercano.

—¿Así que el espectáculo va bien? —preguntó—. ¿Qué harás cuando termine?

Me pregunté si Camille sabría que habían barajado la posibilidad de que ella protagonizara *Bonjour, Paris!*, pero, como ella no lo mencionó, yo tampoco lo hice.

—André quiere que grabe un disco.

—André Blanchard debe de estar fascinado contigo —comentó, mirando a su alrededor la habitación—. No me puedo creer que un hombre haga tanto por una mujer sin esperar nada a cambio.

Me ruboricé, no tanto por incomodidad, sino por vergüenza. Me proporcionaba cierta dignidad que André realmente creyera en mi talento y no esperara sexo a cambio de ayudarme en mi carrera. Pero que no me deseara en absoluto cuando yo

estaba perdidamente enamorada de él me hacía parecer más la fea del baile que «la mujer más sensacional del mundo».

Mi sirvienta, Paulette, anunció que la cena estaba servida, ahorrándome el tener que darle más explicaciones a Camille sobre mi relación con André. Sabía que Camille tenía el apetito de un pajarillo, así que le pedí al cocinero que preparara col rellena con salsa de estragón y champán. Durante la cena, Camille se mantuvo distante, como si estuviera pensando en otra cosa.

—Me voy de París —anunció después de un rato—. Voy a hacer una película con G. W. Pabst.

Me dio un vuelco el corazón. Sabía que, independientemente de lo que yo lograra, Camille siempre estaría varios pasos por delante de mí. Deseaba protagonizar una película. El medio era nuevo, pero me resultaba emocionante la idea de contar historias a través de imágenes. ¿Y con quién mejor que con G. W. Pabst? El joven alemán ya se estaba ganando una buena reputación por ser un director extraordinario.

—¡Vas a ser una estrella de cine! —exclamé, sinceramente contenta por la buena suerte de Camille, pero anhelando tener un poco yo también.

Tras la comida, acompañé a Camille a la puerta, donde Paulette la ayudó a ponerse el abrigo. Camille me dio un beso de despedida y me deseó buena suerte. Le regalé un ramo de rosas y una caja adornada con motivos chinos. Me felicitó por la fragancia de las flores y el exquisito estampado de la caja, pero me dejó con la impresión de que había preferido mi compañía cuando yo era pobre y carecía de suerte.

Cuando el espectáculo se «consolidó», el padre de André nos invitó a visitar el *château* familiar durante un fin de semana. Debido a varios asuntos urgentes de negocios, no había podido conocer a *monsieur* Blanchard tras la actuación del estreno, pero le había pedido a André que me comunicara que pensaba que yo era magnífica. Aquel cumplido complació tanto a André que ese día les dio a todos los intérpretes una bonificación de su propio bolsillo.

De camino hacia el valle del Dordoña, André tarareó las tonadillas de las canciones de *Bonjour, Paris! C'est moi!* y me contempló con una mirada tan tierna que tuve que recordarme a mí misma que él no sentía ninguna atracción por mí. Mis estrategias femeninas para ponerle a prueba —ponerme de pie pegada a él, mantener mi mano apoyada sobre su brazo un instante más de lo necesario— no habían surtido ningún efecto. ¿Por qué iban a cambiar ahora las cosas? Sin embargo, aunque André mostraba un desinterés manifiesto por mí, tampoco había habido ninguna otra *mademoiselle* Canier. Quizá era uno de esos hombres que preferían el trabajo al amor.

—Estaba nervioso —me confesó mientras tomaba una curva cerrada de la carretera—, no sabía qué pensaría mi padre de mi incursión en el negocio del espectáculo. Pero tu talento lo ha conquistado. No tiene más que palabras de admiración hacia ti.

—Mi éxito tiene tanto que ver contigo como conmigo —le respondí.

André se echó a reír y su risa resonó por encima del traqueteo del motor del automóvil.

—Creo que podrías haberlo hecho perfectamente sin mí, Simone. Pero ha sido divertido presenciar tu transformación.

El *château* de los Blanchard estaba rodeado de treinta hectáreas de tierras ajardinadas y dominaba el valle del Dordoña, un paisaje de verdes praderas y robles, con un tranquilo río serpenteando entre ellos. Llegamos a la mansión cubierta de hiedra justo a la hora del almuerzo y un mayordomo nos condujo hasta la terraza. El ambiente olía a hierba recién cortada y a jazmín. Veronique estaba lanzándole un palo a su perro en el jardín. Sus palabras al cachorrillo y los alegres ladridos de este resonaban en el aire estival. *Madame* Blanchard estaba sentada en un banco junto a una mujer con aspecto de matrona y a un hombre calvo. Sin embargo, fue *monsieur* Blanchard el que primero se aproximó hacia nosotros.

—*Bonjour!* —nos saludó, haciéndonos también un gesto con la mano.

Tenía el vozarrón de un capitán de la marina, profundo y acostumbrado a dar órdenes. No obstante, una amistosa sonrisa se dibujó en sus labios y le hizo parecer menos intimidante de lo que yo había esperado.

Agarró a André del hombro y André le devolvió el saludo. Me había imaginado que se saludarían, pero sin abrazarse. Su relación no era tan fría como yo había anticipado, pero aun así seguía habiendo algo formal en la manera en la que se aproximaron el uno al otro. Pensé en el tío Gerome y mi padre. Tío Gerome podía querer a su hermano, pero nunca pareció ser capaz de resolver cómo demostrarlo. Un profundo dolor había destruido el afecto natural entre ellos. Me dio la sensación de que quizá así era como *monsieur* Blanchard se sentía con respecto a André.

—Ahora, cuénteme, *mademoiselle* Fleurier —me dijo *monsieur* Blanchard, cogiéndome del brazo y dirigiéndome hacia los demás—, ¿cómo es que mi hijo, que tiene un oído enfrente del otro, ha podido descubrir a la mejor cantante de París?

Tenía los mismos ojos negros que André, pero mientras que su hijo me trataba con los modales de un caballero, *monsieur* Blanchard fijó su mirada en mis pechos. Tuve la incómoda sensación de que me estaba imaginando desnuda.

—André no tiene exactamente un oído enfrente del otro —repliqué y me eché a reír, más para enmascarar mi incomodidad que porque pensara que lo que había dicho era gracioso—. Sencillamente, él fue la primera persona, aparte de mi agente, en creer en mí.

—¡Vamos!, llegamos tarde al almuerzo —nos llamó *madame* Blanchard, haciéndonos un gesto desde la mesa—. Tendremos problemas con la cocinera si se estropea la ensalada.

—¿Acaso nos vamos a saltar las presentaciones? —preguntó *monsieur* Blanchard, conduciéndonos hacia una mesa puesta con una vajilla de porcelana blanca y ramilletes de flores silvestres.

Madame Blanchard se ruborizó pero no miró a su marido. Me presentó a la mujer y al hombre que la acompañaban: la hermana de André, Guillemette, y su marido, Félix. Les saludé, pero ninguno de los dos me sonrió. Guillemette no había heredado la atractiva apariencia física de sus padres, ni tampoco su dignidad ni su compostura. Si André no me hubiera dicho que su hermana acababa de cumplir los treinta, habría pensado que tenía al menos diez años más.

Guillemette y yo estábamos sentadas en diagonal y Félix se sentó frente a mí, pero descubrí que conversar con ellos era francamente difícil. Mirar a Félix a los ojos era imposible: cuando no se dedicaba a picotear su comida, observaba fijamente algo por encima de mi coronilla. Guillemette, por su parte, me estudiaba atentamente.

—André me ha contado que le apasiona montar a caballo —comenté, tratando de entablar conversación con ella—. ¿Es cierto que monta por el Bois de Boulogne todas las mañanas?

—Sí. —Fue su monosilábica contestación.

Por su tono, parecía casi como si yo le hubiera pedido dinero. Percibí un trasfondo de resentimiento, aunque no tenía ni la menor idea de cuál podía ser la causa.

André estaba discutiendo un asunto de negocios con su padre, así que me volví hacia Veronique con la intención de aligerar un poco la situación, pero la muchacha estaba totalmente dominada por la presencia de su hermana mayor. Más tarde, cuando sirvieron el primer plato, Veronique se acercó sigilosamente a André para susurrarle algo al oído, pero se paró en seco por la expresión de censura que le estaba dedicando su hermana.

—Si tienes algo que decir, Veronique, dilo en alto para que lo oiga todo el mundo —le espetó.

Los ojos de Veronique se llenaron de lágrimas y le temblaron los labios. Aquella no era la alegre niña que había conocido en la salita de *madame* Blanchard cuando André y yo las visitamos antes del estreno del espectáculo. Guillemette tenía la habilidad de cargar el ambiente de un relajado almuerzo al aire libre en un día de verano para convertirlo en un auténtico rancho militar. Tenía curiosidad por ver cuál era la relación que mantenía con su padre, pero *monsieur* Blanchard solo le dirigía la palabra a Félix.

—¿Cómo va el hotel de Londres? —le preguntó *monsieur* Blanchard a su yerno.

Félix se frotó la cabeza, que era tan lisa y lampiña que le confería el aspecto de una salamandra.

—Necesitaré ayuda para organizarlo —contestó, lanzándole una significativa mirada a André.

—Pues tendrás que buscarte a otro —replicó André bondadosamente—. Yo me voy a llevar de gira a *mademoiselle* Fleurier.

Guillemette me fulminó con la mirada desde el otro lado de la mesa.

—¿Y qué pasa con los negocios serios? —preguntó, volviéndose hacia André—.

Parece que ahora ya no te ocupas de los hoteles.

André me había contado que, cuando entrara a trabajar con su padre, todos los hoteles pasarían a estar dirigidos por Félix. Me imaginé que era por eso por lo que Guillemette parecía tan preocupada por ellos.

—Vamos, vamos —dijo *monsieur* Blanchard, secándose los labios con una servilleta—. Habrá tiempo para todo eso cuando André cumpla treinta años. Le he prometido que hasta entonces puede divertirse como le apetezca.

Monsieur Blanchard me sonrió y guiñó un ojo. Hice lo que pude por no contestarle con una mueca. Miré de reojo a André, pero no pareció notar el comportamiento de su padre. Me sorprendió ver cómo era André con su familia. Cuando yo estaba con él a solas, me parecía alegre y buen conversador. Pero en medio de los suyos, se retraía a su mundo interior.

Madame Blanchard, que no le había dirigido la palabra directamente a su marido en ningún momento de la comida, cambió de tema para hablar de cosas menos trascendentes. Charló sobre un pueblo fortificado que visitaríamos esa misma tarde y sobre sus labores benéficas con los huérfanos. Sentí que ella, André y Veronique eran los integrantes amables de la familia Blanchard, mientras que los demás rayaban en la hostilidad. Me sentía tan incómoda en compañía de la hermana y el cuñado de André que si *madame* Blanchard no hubiera hecho un gran esfuerzo por incluirme en la conversación seguramente me hubiera pasado el resto del tiempo en silencio.

—Dígame, *mademoiselle* Fleurier, ¿no tiene alguna vez miedo escénico? Parece usted tan cómoda bajo los focos... —me preguntó *madame* Blanchard.

¿Cómo podía contestar a una pregunta como aquella? Se suponía que las estrellas no podían revelar sus defectos, excepto para confesar «caprichos publicitarios», como que les gustara comer fresas con nata después de cada actuación o que sintieran debilidad por fumar pipas indias.

—Siempre me siento muy emocionada antes de cada representación, *madame* Blanchard —le contesté.

André sonrió, cubriéndose la boca con el puño, pero no me miró.

«Emocionada» era el eufemismo que André y yo habíamos acuñado para los temblores, los sudores fríos, los ojos llorosos y las innumerables visitas al aseo que me sobrevenían antes de que comenzara el primer número del espectáculo. La noche del estreno había sido la peor, pero la respiración se me cortaba todas las noches cuando me montaba en el coche para ir al teatro. Tenía por costumbre llevarme a *Kira* al camerino, aunque nos había traído problemas alguna que otra vez, como cuando la ayudante de vestuario dejó mi vestido fuera y *Kira*, con su atracción por las cosas brillantes, mordió todas las lentejuelas.

Parte del ritual para calmar mis nervios consistía en no vestirme hasta el último minuto. Cuando me llamaban a escena, abría el medallón que contenía la fotografía de boda de mis padres y lo dejaba así, abierto en el camerino, hasta después de salir a saludar. Durante los descansos, encendía una vela que llevaba escrito en el lateral el

deseo de lograr hacer una buena interpretación, algo que mi madre me había sugerido. Sin embargo, los rituales y las tazas de manzanilla no lograban calmar mis nervios. La sensación de mareo y el estómago revuelto solamente me abandonaban cuando salía al escenario y cantaba la primera nota. Entonces, como por arte de magia, se me despejaba la cabeza y mi cuerpo se tranquilizaba, como un barco que acabara de salir de una tormenta a la calma chicha. Después, todo iba bien.

—He oído que *mademoiselle* Fleurier es la artista más tranquila de París —comentó *monsieur* Blanchard—. La mayoría no logra salir a escena sin empinar el codo antes.

—*Mademoiselle* Fleurier nunca bebe antes del espectáculo —replicó André, orgulloso—. No deja que nada afecte a su actuación.

—Todos empiezan así —comentó despectivamente Guillemette. Su tono me recordó al de un cura dando un sermón, avisando a la congregación sobre un desastre inminente—. Pero la falta de sueño y el estar constantemente en el punto de mira de la opinión pública acaba con ellos. Nadie tiene la compostura para vivir así de deprisa durante demasiado tiempo.

—Gracias por tu lúgubre predicción, Guillemette —replicó *madame* Blanchard, sonriéndome.

—Pues no ha ido tan mal, ¿no? —comentó André al día siguiente cuando regresábamos a París.

«Está de broma», pensé. Después de haber crecido con tío Gerome y el agobio de vivir endeudados con él, no podía decir precisamente que proviniera de la más feliz de las familias. No obstante, mis padres y tía Yvette siempre me habían querido. Al pobre André lo adoraban su madre y Veronique, pero cualquier calidez de ellas dos se veía contrarrestada por la frialdad del resto de los Blanchard.

—Creo que no le gusto a tu hermana —le dije.

—A Guillemette no le gusta nadie —replicó André—. En todo caso, es la opinión de mi padre la que cuenta. Y creo que le has causado una buena impresión.

Yo también creía haberle gustado a *monsieur* Blanchard, pero entonces me acordé de cómo me había mirado los pechos y de cómo me había guiñado el ojo y me sentí incómoda.

En junio recibí un telegrama en el que me comunicaban que tío Gerome había fallecido. Lebaron suspendió dos representaciones para que pudiera regresar a casa a tiempo para el funeral.

—Murió mientras dormía —me contó Bernard de camino a la finca desde la estación de Carpentras—. Fue lo mejor que pudo pasar. Su salud había empezado a deteriorarse de nuevo.

Todo el pueblo acudió al cementerio. Había también gente de Sault y de Carpentras, además de docenas de rostros a los que no había visto nunca. Incluso había un fotógrafo de la prensa de Marsella. Dada la impopularidad de tío Gerome, estaba claro que habían venido a mirarme embobados. Me sentí avergonzada por

estar allí junto a la tumba ataviada con un vestido de seda ligera mientras mi madre y mi tía llevaban los mismos vestidos de algodón negro que se habían puesto durante años.

En el funeral, *monsieur Poulet* se puso en pie y dio un discurso.

—Quiero expresar lo orgullosos que estamos de Simone Fleurier, y espero que cuando se case, vuelva a la iglesia de su aldea y a nuestro pequeño ayuntamiento para celebrar la ceremonia.

Resultaba agradable que me recibieran con tanta calidez, pero pensé que era de bastante mal gusto dedicarme un brindis a mí en mitad del funeral de tío Gerome.

A la mañana siguiente abrí los postigos de las ventanas y vi a mi madre trayendo cubos de agua al interior de la casa. Corrí escaleras abajo para ayudarla con aquella tarea agotadora y me senté con ella en la cocina mientras hervía una olla en el fuego para hacer café. Le habían salido mechones grisáceos por todo el cabello y una vena de aspecto doloroso se le enroscaba alrededor del tobillo. Pensé en Mistinguett. Por su edad, podría ser mi abuela, pero comparándola con el aspecto de mi madre ambas podrían haberse intercambiado la edad.

—¿Y si os compro una casa en Carpentras o Sault, o incluso Marsella? —le pregunté a Bernard mientras aseaba al burro y le quitaba los arneses del carro—. La vida sería más fácil para todos vosotros.

—Sí, sería más fácil, pero no sería vida —replicó—. No para nosotros. Nos gusta estar aquí. Pero te prometo que utilizaré el dinero que me has mandado para hacerles la vida más cómoda a tu madre y a tu tía.

La verdad era que el ritmo de vida de la finca, incluso a la hora de hacer el café de la mañana, era tan lento que me daba tiempo a pensar. Y al hacerlo, me pregunté si era realmente feliz. La muerte de tío Gerome demostraba lo terrible que era vivir con remordimientos. Yo había creído que convertirme en una estrella sería glamuroso y emocionante, pero, una vez que había pasado la precipitación inicial, me di cuenta de que resultaba agotador. Sentía un profundo afecto por André, pero debía contener mis sentimientos y, además, su familia no me tenía verdadero cariño. Por otra parte, su patrocinio alimentaba toda una serie de cotilleos que eran la razón de ser de las revistas parisinas de baja estofa.

Simone Fleurier debe de ser tan buena en su alcoba como sobre el escenario, a juzgar por la calidad de los hombres que la visitan en su camerino tras el espectáculo... ¿Cómo ha llegado esta muchacha flacucha a ser la sensación de París? Quizá haya que mirarle entre... ¿líneas? para saberlo.

¿Aquella era realmente la vida que deseaba llevar? Las cosas resultaban mucho más sencillas en la finca. Los cotilleos corrían por la aldea, pero no solían contener maldad. Las palabras de Guillemette se me habían quedado grabadas: «El estar constantemente en el punto de mira de la opinión pública acaba con ellos. Nadie tiene

la compostura para vivir así de deprisa durante demasiado tiempo». ¿Acaso no lo había aprendido en Berlín? Los alemanes vivían más rápido que nadie, y en la misma época de nuestro primer estreno en el *Adriana*, Ada Godard se desmayó sobre el escenario y murió a causa de una hemorragia cerebral a los veintidós años de edad. Puede que yo no bebiera en exceso ni tomara drogas, pero había días en los que la presión hacía que me palpitara el corazón.

Tuve que abandonar la finca al día siguiente para regresar al espectáculo.

—Prometedme que vendréis a visitarme a París —les pedí a mi madre y a tía Yvette.

Ahora que el tío Gerome no estaba, Bernard podría ocuparse de la finca él solo más o menos durante una semana. Les di un beso de despedida a mi madre y a tía Yvette antes de montarme en el coche con Bernard. Los rostros de ambas mujeres mostraban una expresión pétrea, pero sus ojos brillaban con fuerzas renovadas. Me di cuenta de que se sentían orgullosas de mí.

Aspiré los aromas a lavanda, romero y glicinia que impregnaban el aire. «No —pensé—, adoro la finca, pero jamás podré volver a vivir aquí». París me había cambiado.

Cuando *Paris Qui Danse* llegó al final de su temporada en febrero de 1929, grabé un disco con varias canciones del espectáculo antes de que André y yo zarpáramos hacia Nueva York en el *Île de France*. El famoso empresario teatral de Broadway Florenz Ziegfeld me había invitado a actuar en su musical *Show Girl*. Yo no tendría el papel protagonista, pues lo ocuparía Ruby Keeler. Representaría el papel de estrella invitada en una escena titulada *Un americano en París*. Sin embargo, íbamos a aprovechar la oportunidad para ir a Estados Unidos y establecer contactos allí para el futuro y también para hacer una pequeña gira por Brasil y Argentina después.

Cuando llegamos a El Havre, exhalé un grito al ver el tamaño del barco.

—¡Nunca había visto algo tan grande en toda mi vida! —le dije a André—. ¡Es más grande que el Louvre o el Hotel de Ville!

—Es el barco más hermoso del océano —comentó—, y no solo es el más grande o el más rápido, sino también el más lujoso. Ya lo verás cuando entremos.

Di una conferencia de prensa en el muelle, con los *flashes* de las cámaras iluminándome, y anuncié que, aunque me emocionaba ir a América, Francia siempre sería mi hogar. André y yo avanzamos por la pasarela de entrada, parándonos a mitad de camino y volviéndonos para saludar a la prensa y darle una oportunidad más de tomarnos otra fotografía. El capitán nos recibió cuando llegamos a bordo y me entregó un ramo de rosas de color lila antes de que el primer sobrecargo nos condujera al vestíbulo principal, donde podíamos esperar hasta que el barco estuviera preparado para zarpar.

—Ahora entiendo a lo que te referías sobre la elegancia del barco —le dije a André.

Estaba acostumbrada a los lujos, pero aquel barco era más impresionante que

cualquier cosa que hubiera visto antes. El vestíbulo tenía cuatro cubiertas a diferentes alturas y se extendía casi por toda la longitud del barco. El mobiliario anguloso, las enormes columnas y las pilastras de color rojizo eran la esencia de lo más chic del estilo art decó.

—Otros barcos copian el diseño de interiores de casas solariegas o de palacios moriscos —me explicó André—. Pero el *Île de France* es único. El decorado imita el océano.

—Me siento más en un complejo turístico que dentro de un barco —comenté.

—Por eso lo he elegido —contestó André, deslizándose la mano por mi espalda hasta apoyarla en la zona lumbar y manteniéndola allí. La calidez de su piel me abrasó a través de la tela del vestido.

—Has olvidado lo que me dijiste en Alemania —le recordé, pasando el peso del cuerpo de un pie a otro.

¿Eran imaginaciones mías o estaba dibujando círculos sobre mi piel con la punta del dedo? André me había tocado cientos de veces anteriormente: una mano en el hombro, castos besos en las mejillas... Pero aquello era otra cosa.

André arqueó las cejas y negó con la cabeza.

—Me dijiste que me harían trabajar mucho más duro en Broadway de lo que tú me estabas haciendo trabajar en Berlín, y, dado que me llevas allí ahora, ¿quizá estas sean mis primeras y últimas vacaciones!

La sirena del barco sonó con estruendo y yo me sobresalté sorprendida. André se echó a reír y me aferró del brazo, conduciéndome a la cubierta para que nos uniéramos a los hurras, a los silbidos y a los que tiraban arroz mientras el barco abandonaba el puerto.

—Las cosas van a ser diferentes a partir de ahora, Simone —me gritó André para que le oyera por encima del alboroto—. Pero será mejor que hablemos de ello durante la cena.

Contemplé los ojos emocionados de André y percibí que algo estaba evolucionando entre nosotros. Si estaba en lo cierto, las cosas iban a cambiar para siempre.

Aquella noche André y yo descendimos la escalinata de mármol del *Île de France* en dirección al comedor. Ataviada con un vestido de color rosa nacarado, me sentí como la protagonista de una película haciendo su entrada triunfal en un escenario de Hollywood. Y de hecho podría haberlo sido, con la cantidad de caballeros estadounidenses y sus esposas que estaban socializando con la élite europea. El comedor era una estancia alargada con focos cuadrados que colgaban del techo en lugar de complicadas lámparas de araña. En el menú había lucio del Loira con salsa de mantequilla junto con pato a la naranja y *bombe impériale* con nata montada.

—Perfecto —comentó André—. El lucio es una buena introducción de lo que quiero decirte.

Todavía me sentía aturdida por cómo me había tocado aquella tarde. ¿Habían sido

solamente unas distraídas caricias o era algo más?

—¿Qué es lo que tienes que decirme? —le pregunté, sin apartar los ojos de su rostro.

Él sonrió.

—Cuando le comenté a mi padre que íbamos a viajar en el *Île de France*, me contó la historia de un amigo suyo que estuvo presente en una de las primeras travesías del barco. Como ya sabes, el *Île de France* fue diseñado para mostrar lo mejor del espíritu francés. Sin embargo, los británicos y los alemanes siguen compitiendo entre ellos para ver quién consigue construir el barco que alcance mayor velocidad. En cualquier caso, en aquel viaje, el amigo de mi padre estaba saboreando su comida, que consistía en lucio del Loira, cuando un barco británico, el *Mauritania*, les sobrepasó. Un rato después, el camarero le trajo un mensaje de radio enviado por un amigo suyo que viajaba en el barco que acababa de adelantarles. «¿Queréis que os remolquemos?», decía el mensaje.

Le escuché atentamente, tratando de descifrar cuál era el significado de la historia para André y para mí. Pero era un misterio.

André continuó con su relato.

—El francés amigo de mi padre cogió su copa y paladeó un poco de vino, después tomó otro bocado de lucio antes de darle al camarero su respuesta. «Por favor, envíele la siguiente respuesta —le dijo al camarero—: “¿Por qué tienes tanta prisa? ¿Acaso te estás muriendo de hambre?”».

—No deberíamos reírnos —le dije a André, dedicándole una gran sonrisa—. Mira cómo trabajamos tú y yo: no parecemos franceses.

—Pues eso es precisamente lo que quiero cambiar —replicó él.

—¿Cómo?

—Quiero que te cases conmigo.

Dejé caer el tenedor. Provocó un ruido estrepitoso al chocar contra el suelo. Había anhelado con todas mis fuerzas que André anunciara que comenzaba a encontrarme atractiva. Lo que no esperaba era que me pidiera en matrimonio. Le contemplé y parpadeé, sin saber qué decir. Por el rabillo del ojo vi que el sumiller se estaba acercando a nuestra mesa. Le dediqué una mirada. Lo bueno de los camareros franceses era que tenían un sexto sentido para saber si debían interrumpir una conversación. El sumiller se dio media vuelta y se dispuso a dar un rodeo más por la estancia.

—¿Tan sorprendida estás? —preguntó André, alargando la mano y tocándome la mía—. Te he amado desde el primer momento en que te vi en el Café des Singes.

Deseaba decirle que había estado soñando con él durante años, pero no podía pronunciar palabra. ¿Qué sentido tenía todo aquello? Si me había amado desde el primer momento en que me vio, ¿por qué había traído a *mademoiselle* Canier a Berlín? ¿Por qué nunca había respondido a mis insinuaciones?

—Olvidas que fuiste tú la que dijiste que solamente querías una relación

profesional —me recordó, cuando finalmente encontré las palabras para preguntarle—. He estado enamorado de ti durante todo este tiempo. Sin embargo, todas las veces que he tratado de acercarme a ti han sido intentos fallidos.

Recordé la visita de André a mi camerino en el Casino de París y el discurso cargado de moralina que le dediqué en Maxim's y no pude evitar sonrojarme.

—¡Pero seguro que tuviste que notar que mis sentimientos habían cambiado! —protesté.

—Sí —respondió—, pero primero tenía que resolver ciertas cosas.

Me sentía tan exaltada que pensé que podría flotar desde mi asiento y volar por toda la habitación. ¿Acaso estaba soñando? André me acababa de decir que me amaba.

—¿Qué tenías que resolver? —le pregunté.

—Mi padre.

Mi alegría se esfumó en un instante.

—¿Tu padre?

André apartó la mirada.

—No quería que mi padre pensara que tú eras simplemente alguien con quien estaba pasando el rato hasta que me casara con otra mujer. Te respeto demasiado como para eso.

Recordé el guiño que me había dedicado *monsieur* Blanchard cuando André y yo visitamos a su familia en la Dordoña. Eso era exactamente lo que pensaba que yo era.

—Entonces, ¿tu padre te ha dado permiso? —le pregunté.

—No exactamente —contestó André, volviendo a mirarme—. Pero le gustas y respeta tu trabajo, y eso es un buen comienzo. Ahora tengo veintitrés años. Si esperamos pacientemente hasta que llegue mi treinta cumpleaños para casarnos, mi padre no podrá tener ni la menor duda de que estamos hechos el uno para el otro.

Miré fijamente el plato. André sonaba convencido, pero una duda me corroyó por dentro. Entendía el poder que *monsieur* Blanchard ejercía, no solo sobre su propia familia, sino sobre toda Francia. Casarse sin su permiso sería prácticamente imposible.

André se inclinó sobre la mesa y me atrajo hacia él.

—No quiero esperar tanto tiempo —me susurró.

Levanté los ojos para mirarle.

—¡André, esto es de locos! —protesté—. ¿Te das cuenta de lo absurdo que es? Nadie comienza una relación amorosa así. Nos conocemos desde hace tres años y ni siquiera nos hemos besado nunca.

—Eso no es cierto —replicó—. ¿Acaso te has olvidado de la fiesta de fin de año en Berlín?

—¿Entonces eras tú?

—Pensaba que lo habrías adivinado.

Negué con la cabeza.

—Me cogiste por sorpresa. Además, no hubiera podido asegurar que...

El sumiller se aproximó a nosotros de nuevo. Arqueó las cejas y yo negué con la cabeza. André me besó. La suavidad de sus labios hizo que mi corazón se fundiera y que me ardiera la piel. La llama se propagó desde mis labios por la columna vertebral hasta las piernas.

Cuando el sumiller finalmente llegó hasta nuestra mesa, debió de encontrar una nota solicitándole que nos enviara el champán por medio del servicio de habitaciones. André y yo teníamos que recuperar una gran cantidad de tiempo perdido.

«Esto no puede ser real», me dije a mí misma mientras André deslizaba mi camisola por los hombros y me besaba repetidamente los pechos. Sus besos me provocaban un hormigueo que me recorría la columna vertebral y la cara interior de las pantorrillas. Le agarré del pelo y aspiré el aroma a sándalo que lo impregnaba. Levantó los ojos y nuestras miradas se cruzaron y después me besó en los labios.

La mayoría de las relaciones amorosas comienzan con un arrebató de pasión que se esfuma hasta convertirse en una amistad si los amantes tienen suerte, o se enfría y muere si no la tienen. Sin embargo, André y yo habíamos tomado el mejor camino posible. Éramos amigos antes de ser amantes. No teníamos que construir una relación de confianza porque ya estaba ahí. Cada roce, cada exploración eran únicamente una extensión de todo lo que habíamos sentido el uno por el otro durante años.

Contemplé el mural de ninfas danzarinas en la pared del camarote. Había oído las historias subidas de tono de los encuentros sexuales de las coristas y los rumores terroríficos sobre las experiencias de la primera vez. No obstante, no había nada de horroroso en estar con André. Me deshice en cuanto me tocó. Recorrí con los dedos sus anchos hombros y sus brazos musculosos, admirando su belleza masculina. Deslizó las manos por debajo de mí y dirigió la boca hacia mis caderas.

—¿Te gusta así? —me preguntó, respirándome contra el muslo.

—Sí, es muy agradable —confirmé.

Me imaginé sentada junto a un río en un día caluroso, el agua me hacía cosquillas en la piel. El lento roce de las manos de André me excitaba.

—Te amo —susurró, levantándose sobre mí y besándome incesantemente sobre la clavícula.

Noté como empujaba su erecto miembro contra mí. Abrí los muslos aún más para dejarle que se introdujera en mí. Le había esperado tanto tiempo que no había resistencia posible. Le rodeé las caderas con las piernas. A medida que se movía dentro y fuera de mi interior, se me activaron todos y cada uno de los nervios del cuerpo. Me sentía llena de luz. Me recorrió una sensación abrasadora por todo el pecho y un dolor placentero palpitó entre mis muslos, haciéndome jadear y arquear la espalda. André comenzó a moverse más deprisa y su propia respiración también se aceleró. Alargué la mano y agarré una almohada, incluso llegué a rasgar la tela con las uñas. La luz fue adquiriendo cada vez más intensidad antes de explotar en miles de estrellas y alejarse flotando.

Aparte de cenar en el restaurante del barco y de sacar a *Kira* a pasear por la cubierta, André y yo nos pasamos el resto de la travesía en la cama. Acordamos que tendríamos cuidado de que yo no me quedara embarazada hasta que nos casáramos, y André se vanagloriaba de haber comprado todas las existencias de *capotes anglaises* de la farmacia del barco.

—Todos los demás van a tener que aguantar las ganas o hacerse un nudo —comentó, echándose a reír.

La noche que yo iba a cantar para el capitán del barco y los pasajeros de primera clase, André y yo nos despertamos a las ocho de la tarde y nos bañamos y vestimos a toda prisa antes de mi actuación a las nueve en punto. Estaba acostumbrada a hacer rápidos cambios de vestuario, pero mi problema era el enorme enredo que se me había formado en la parte posterior de la cabeza tras una larga tarde de retozos amorosos.

—Tendrás que cortártelo —me dijo André, sosteniendo el revoltijo de pelo enredado mientras trataba de introducir un peine en él.

—¡No! —repliqué—. No quiero tener una calva en la parte posterior de la cabeza.

—¿Quizá podamos ponerle algo encima, un pañuelo, por ejemplo?

—Ninguno de ellos pega con lo que me voy a poner.

Tratamos de suavizarlo con el aceite capilar de André, pero lo único que conseguimos fue que mi pelo se quedara lacio.

—¿Quizá podríamos pedir que nos trajeran clara de huevo de la cocina? —sugirió André, aunque solamente nos quedaba media hora antes de bajar al comedor.

Finalmente, decidimos lavarme la cabeza en el lavabo. Tras secarme el pelo con una toalla, saqué la cabeza por el ojo de buey para que lo acabara de secar la intensa brisa marina. El resultado fue un peinado ondulado que ocultó el enredo y no quedó demasiado mal después de que lográramos controlar el encrespamiento con un poco de crema.

Canté cuatro canciones y triunfé con el público. También causé sensación en el salón de belleza al día siguiente, donde una legión de mujeres asedió a las peluqueras pidiéndoles «el nuevo peinado de Simone Fleurier».

—En realidad es bastante fácil —le aseguró André a una mujer que se nos acercó para pedirme un autógrafo—. Pero tendrá que dedicarle toda la tarde si quiere conseguir uno igual que el de Simone.

El último día de nuestro viaje, André y yo nos levantamos al alba para unirnos a los demás pasajeros a la espera de atracar en el puerto de Nueva York. Vitoreamos al pasar junto a la Estatua de la Libertad y vimos como se recortaban contra el horizonte las siluetas de los edificios de Manhattan. Sentí una oleada de alegría y esperanza: la ternura de André me había proporcionado confianza en el futuro de nuestro amor. Después de todo, ¿acaso Liane de Pougy no se había casado con su príncipe Ghika? ¿Y Winnaretta Singer no había hecho otro tanto con su príncipe Edmond de

Polignac? Y eso que ellas habían vivido de una manera mucho más atrevida. La familia de André no podía reprocharme nada aparte de no pertenecer a una estirpe adinerada.

André y yo nos besamos, tan felices como una pareja en su luna de miel. Aunque, por supuesto, no estábamos casados. Aún no.

El Ziegfeld Follies de Nueva York era tan famoso como el Folies Bergère de París, pero mientras que Paul Derval se había mantenido fiel a la consigna francesa de que «la uniformidad alimenta el aburrimiento», Ziegfeld era famoso por su «fábrica» de bellezas de largos cuellos, proporciones similares y peso homogéneo. Le habían citado diciendo: «La perfecta chica Ziegfeld tiene las siguientes medidas: busto de noventa y un centímetros, cintura de sesenta y seis centímetros y caderas exactamente cinco centímetros más que el busto».

Para cuando André y yo llegamos a Nueva York, el teatro musical estaba experimentando una serie de cambios. Mientras que el teatro había nacido de los números de variedades, al público estadounidense le gustaban los musicales en los que las canciones y coreografías se desarrollaban dentro de una línea argumental. Ziegfeld había logrado una vez más volver a ser millonario el año anterior siguiendo esa nueva tendencia con dos de sus producciones de más éxito de su carrera: *Show Boat* y *Whoopee*. Sin embargo, cuando nosotros llegamos al Ziegfeld Theatre en la calle 54, con su fachada llena de arcos que lo hacía parecer una tarta de bodas, no nos costó mucho darnos cuenta de que había algún problema con *Show Girl*.

Nos recibió en el vestíbulo la secretaria de Ziegfeld, Matilda Golden, a la que él siempre llamaba «Goldie». Era una mujer que hablaba bajito y que nos informó de que Ziegfeld estaba en una reunión, así que le pedimos que nos mostrara el teatro hasta que la reunión hubiera terminado.

—Fue diseñado por Joseph Urban, el mismo hombre que se está encargando de los decorados del espectáculo —nos explicó Goldie, abriendo las puertas del auditorio—. Es de Viena.

André y yo la seguimos para adentrarnos en una sala iluminada discretamente. Percibí el parecido con la obra del artista Gustav Klimt, con aquellos tonos dorados de las alfombras y las butacas. El color fluía por las paredes y se fundía en un mural de figuras románticas de varias épocas, incluyendo a Adán y Eva. Cubría todo el techo y formaba un reborde alrededor del escenario. La sala había sido construida sin molduras y daba la impresión de que estábamos dentro de un enorme huevo decorado.

—*Monsieur* Urban es un verdadero artista —comenté con creciente emoción ante la perspectiva de trabajar en un teatro tan impresionante.

Goldie se apartó un rizo de pelo para ponérselo detrás de la oreja.

—Mister Ziegfeld nunca pone en juego la belleza —aseguró.

Después de enseñarnos la biblioteca musical y los camerinos con sus espejos de bisel y sus cuartos de baño individuales, Goldie nos llevó a la séptima planta para que conociéramos a Ziegfeld. Sentí un revoloteo en el estómago por la anticipación.

¿Realmente era yo, Simone Fleurier, la que estaba aquí en Nueva York, de camino a conocer al gran empresario teatral Florenz Ziegfeld?

Resultó que finalmente escuché su voz antes de verlo. Goldie levantó el puño para llamar a la puerta de su despacho, pero previamente a que los nudillos tuvieran la oportunidad de tocar la madera, una voz nasal bramó:

—¡Maldita sea! ¡No se atrevan a entrar en mi despacho para decirme tamaña sarta de tonterías!

Supuse que la voz era de Ziegfeld porque había dicho «mi despacho». Posteriormente, me daría cuenta de que su aguda voz era lo que denominaban «acento de Chicago».

Otra voz le contestó:

—Ayudaría mucho que su genial Bill McGuire se pusiera manos a la obra. ¡¡¡Nosotros podríamos escribir las canciones mucho más rápido si tuviéramos el guión!!!

La voz del segundo hombre tenía mucha más sonoridad que la de Ziegfeld. Su acento también era estadounidense, pero, por la manera en la que acentuaba las sílabas en algunos lugares raros, puede que fuera ruso.

Ziegfeld volvió a bramar:

—¡Haz simplemente lo que te he pedido, George! ¡Mete la mano en ese baúl tuyo y saca un par de canciones que sean todo un éxito!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Goldie, dirigiéndonos hacia su propio despacho—. Todavía están con eso.

En realidad, no quería que me despacharan a la oficina de Goldie —la conversación de Ziegfeld con aquel hombre resultaba interesante—, pero la seguí obedientemente.

—Y tú, Ira —continuó diciendo Ziegfeld—, no puedes quejarte de absolutamente nada. Te he conseguido a Gus Khan para que te ayude con las letras.

¿George? ¿Ira? Ziegfeld debía de estar hablando con los hermanos Gershwin, ¡el famoso dúo de compositores, conocidos por su enérgica música y sus ingeniosas letras! Le di un codazo a André, que asintió con la cabeza. No sabía que iban a ser los compositores del espectáculo. Me pregunté qué tipo de canción compondrían para mí. ¿Sería algo sensual? ¿Algo elegante y cortés? ¿O quizá una canción llena de juegos de palabras?

Goldie nos ofreció sendos asientos junto a su mesa y cerró la puerta.

—Mister Ziegfeld espera repetir el éxito de Maurice Chevalier con usted, *miss Fleurier* —dijo mientras nos servía el café—. La aparición de mister Chevalier como artista invitado en *Midnight Frolics* fue muy bien recibida.

—¿Tiene usted una copia de la partitura de *mademoiselle Fleurier*? —le preguntó André—. Nos gustaría comenzar con los ensayos tan pronto como sea posible. La escena estadounidense es nueva para nosotros y queremos asegurarnos de que *mademoiselle Fleurier* encaja en el espectáculo sin problemas.

«Ya tocan a su fin nuestras vacaciones», pensé con una sonrisa. André abordó el tema de los negocios sin andarse por las ramas. Aunque esta vez al menos compartíamos habitación de hotel.

Goldie tomó un sorbo de café y agitó la mano frente a la boca.

—Vaya, sí que estaba caliente —comentó, mirando de reojo su teléfono. Antes de que André pudiera repetir su pregunta, Goldie se dio media vuelta sentada en la silla, alargó la mano para coger un plato lleno de donuts y se lo ofreció a André bruscamente—. ¿Quiere probar uno? —le dijo, metiéndole uno de ellos directamente en la boca—. El agujero es la mejor parte.

Sonó un portazo desde la entrada del despacho de Ziegfeld y varias pisadas se alejaron por el pasillo. No había oído hablar a Ira antes, pero supuse que fue él el que le dijo a su hermano:

—¿Sabes lo que voy a contestar la próxima vez que alguien nos pregunte: «Qué viene primero, la letra o la música»?

—¿Qué? —preguntó George.

—Voy a contestar: «El contrato».

Sonó el teléfono de Goldie y ella cogió el auricular.

—Sí, los hago pasar ahora mismo. —Nos sonrió—. Mister Ziegfeld ya está listo para recibirlos.

Había oído de boca de los bailarines estadounidenses en el Adriana que Ziegfeld era un tirano, y su manera de tratar a los hermanos Gershwin sustentaba esa imagen. Así que cuando seguí a Goldie al despacho del empresario teatral me sorprendió encontrar a un hombre sonriente con los ojos más fascinantes que había visto en mi vida. Eran redondos y risueños como los de un osito de peluche, el tipo de ojos que nunca envejecen.

—¡*Mademoiselle* Fleurier! —me saludó con entusiasmo, llevándose mis manos a los labios.

Le hizo un breve gesto con la cabeza a André a modo de saludo antes de deslizar un brazo sobre mis hombros y dirigirme a un grupo de sillones. Su despacho era del tamaño de una sala de banquetes y estaba amueblado con mesas y vitrinas antiguas. Allá donde mirara —a las estanterías, su mesa, la mesa de reuniones— veía elefantes de jade, oro o plata. Todos tenían las trompas levantadas.

—Ah —exclamó Ziegfeld, dando una palmada—, es usted observadora, *mademoiselle* Fleurier. Son mis amuletos de buena suerte. Si tuvieran las trompas hacia abajo, serían símbolo de mala suerte.

A pesar de la acalorada discusión que había escuchado apenas unos momentos antes, Ziegfeld parecía tan tranquilo como un rajá sorbiendo su té helado mientras lo abanicaba un grupo de esclavas.

Llevaba unos pantalones de lino y una chaqueta gris con una gardenia en el ojal. Cada vez que se movía, el aroma de la colonia de Guerlain parecía flotar en el aire a su alrededor.

—*Mademoiselle* Fleurier —me dijo, mirándome de arriba abajo con aquellos alegres ojos—, tenemos tantas ideas magníficas para el vestuario de su actuación. ¡Magníficas! ¡Magníficas! Será usted como una bellísima constelación estallando en mitad del escenario.

—¿Se sabe algo de la partitura, mister Ziegfeld? —comentó André—. Me gustaría que *mademoiselle* Fleurier adquiriera su rutina de ensayos tan pronto como sea posible.

No me quedó claro cuál fue la palabra que ofendió más a Ziegfeld, si «partitura» o «rutina». Arrugó el gesto y se puso tan rojo como alguien encerrado en un ascensor en donde huele mal.

—Joven —le contestó despectivamente—, veo que es usted nuevo en el negocio. Mis producciones no nacen de partituras, guiones o rígidos horarios. Si quiere de esos, quizá pueda encontrar un puesto de representante con los Shubert. Lo más importante es comenzar con el concepto de belleza..., un sueño. —Se volvió hacia mí y añadió—: *Mademoiselle* Fleurier lo comprende. Lo entiende porque ella es *artiste*. Y a los *artistes* no se les puede importunar con cosas tan mundanas como partituras o rutinas.

André me miró de reojo, desconcertado pero sin reproches. Aun así, me alivió que no insistiera en el tema. Si no, estaba segura de que con el temperamento de Ziegfeld pronto habiéramos estado fuera de la producción y buscando trabajo con los «Shubert», quienesquiera que fuesen.

—Sabes lo que se comenta sobre Ziegfeld, ¿no? —me dijo André mientras nos acurrucábamos juntos en la cama en el hotel Plaza unas mañanas más tarde.

Habíamos pasado el día anterior haciendo turismo: paseamos de la mano por las calles paralelas y perpendiculares de la ciudad, estirando el cuello todo lo que podíamos para ver los rascacielos art decó que se cernían sobre nosotros. Aquella era la primera ciudad moderna que veía y, después de Marsella, París y Berlín, me dio la impresión de que no solo había viajado a Nueva York, sino que estaba en la luna.

—No, tendrás que decírmelo —le respondí.

André hizo una mueca cómica.

—Dicen que es como el hombre que va a la joyería y no consigue decidir qué es lo que quiere, así que lo compra todo. Únicamente cuando llega a casa decide lo que desea quedarse y lo que desechará. Se le conoce porque ha tirado a la basura kilómetros de tela y cientos de decorados porque en el último minuto cambiaba de opinión.

—Parece una manera bastante cara de trabajar —comenté, apoyándome sobre un codo y apartándole a André un rizo de la frente—. ¿Cómo puede obtener beneficios?

André negó con la cabeza.

—No estoy seguro de que siempre los obtenga. Es bueno gastando dinero, está claro. En los últimos días, me he enterado de que pasa tanto tiempo en los tribunales enfrentándose a demandas judiciales como en su despacho. Y, para colmo, es un

ludópata compulsivo.

Me parecía que Ziegfeld estaba hecho para Nueva York. Cuando André y yo exploramos la ciudad, nos impresionó su ritmo: todo el mundo hablaba rápido, andaba deprisa y escuchaba el *jazz*, el *boogie* y el *blues* a la vez. La arquitectura desprendía riqueza e industrialización por los cuatro costados y las baldas de las revistas en los quioscos estaban llenas de elegantes publicaciones que promovían el estilo de vida ideal de Park Avenue: *The New Yorker*, *Vanity Fair* y *Smart Set*. La energía era intensa y los habitantes de la ciudad parecían no dejar absolutamente nada a medias. Sin embargo, yo sabía que aquella energía frenética podía volverse contra sí misma, porque no había tiempo para mirar al exterior o analizar el interior con suficiente atención.

—¿En qué me has metido, André? —le espeté echándome a reír, y después, imitando a Ziegfeld, bramé—: ¡Guiones! ¡Partituras! ¡Rutinas! ¡Es usted imbécil!

André alargó la mano hacia la mesilla y abrió un cajón. Sacó un documento y lo colocó en la almohada junto a mí.

—*Voilà* —exclamó—, mi padre insistió en que no abandonáramos Francia sin un contrato firmado, pero creí en la palabra de Ziegfeld y accedí a firmarlo cuando llegáramos a Nueva York. Y parece que yo estaba en lo cierto.

Me sorprendió que André no hubiera esperado a tener un contrato en regla antes de marcharse de Francia. Normalmente solía ser muy maniático con ese tipo de cosas.

André mostró una amplia sonrisa.

—Para los *artistes*, el dinero no es problema. Son los tramoyistas, las costureras y los sucios agentes los que tenemos que esperar.

Cogí el contrato y le eché un vistazo por encima. Para mi sorpresa, Ziegfeld ya lo había firmado antes de dárselo a André.

—El apartado del caché está en blanco —comenté, mirando a André.

Haberlo dejado en blanco era un gran descuido por parte del empresario teatral.

André me dedicó una sonrisa irónica.

—*Mademoiselle Fleurier*, ese apartado está en blanco porque es usted una *artiste*. Sencillamente, rellénelo con la cantidad que desee que le paguen.

Por mucho que el método de trabajo de Ziegfeld nos divirtiera al principio, tras seis semanas sin partitura, sin ensayos y sin una palabra del empresario, André y yo comenzamos a impacientarnos. Ziegfeld había pagado mi caché y también abonaba las facturas de nuestra habitación de hotel, así que no teníamos ninguna queja en cuanto al dinero. Estábamos locamente enamorados y cada momento que pasábamos juntos era felicidad absoluta, pero tuvimos la oportunidad de visitar demasiados clubes nocturnos, zoológicos, museos y galerías de arte, y ya deseábamos recuperar un poco de rutina en nuestras vidas. Nos molestaba estar esperando cuando ambos queríamos ponernos a trabajar. Durante el tiempo que Ziegfeld había desperdiciado, yo podría haber grabado otro disco en Francia.

Ya en la séptima semana, André telefoneó a Ziegfeld dos veces al día. Todas ellas,

Goldie le comunicó que el empresario no se encontraba en su despacho.

—Inténtalo tú —me pidió André—. Tengo la sensación de que está ahí, pero que no quiere hablar conmigo.

Goldie me pasó inmediatamente con Ziegfeld.

—Bueno, no se preocupe, *mademoiselle* Fleurier —me tranquilizó—. Su vestuario y el decorado... ¡Ah! ¡Van a ser magníficos!

Le pregunté cuándo íbamos a empezar a ensayar.

—La avisaré con tiempo suficiente —me aseguró—. Ahora, trate de descansar todo lo que pueda. La gente paga mucho dinero por ver mis espectáculos y no desean ver a ninguna de nuestras damas con aspecto cansado.

—Algo pasa con el guionista —me aclaró André, tras hacer unas cuantas pesquisas—. Los Gershwin se están quejando de que McGuire parece esperar que las canciones de ellos lo inspiren. El único problema es que ellos no saben qué componer hasta que no vean el guión.

—Pero si la historia está inspirada en un libro —repliqué—. Es sobre una chica de Brooklyn que quiere llegar a ser corista de Ziegfeld. ¿Por qué le resulta tan difícil escribir un guión sobre eso? ¿Qué necesita McGuire para «inspirarse»?

André se encogió de hombros.

—Nunca había visto nada parecido. Pensaba que Lebaron y Minot estaban locos, pero al menos al final teníamos una programación y un espectáculo.

Pasaron dos semanas más sin que nada sucediera. André y yo nos resignamos a que si Ziegfeld no nos llamaba para finales de la semana, tendríamos que marcharnos a Sudamérica. Al día siguiente, tras telefonar pacientemente a Ziegfeld y que le dijeran que no estaba, André sugirió que fuéramos a Brooklyn. Nos montamos en las atracciones de Coney Island y nos pasamos la tarde caminando por el paseo marítimo.

Nos sorprendió la mezcla de nacionalidades de la gente que se encontraba a nuestro alrededor. No solo eran estadounidenses, sino que había italianos, rusos, polacos, españoles y puertorriqueños.

—Si pudieras vivir en cualquier lugar del mundo, ¿dónde vivirías? —le pregunté a André.

Me atrajo hacia sí de modo que pude sentir su cálido aliento en la mejilla y apretó la palma de su mano contra mi corazón.

—Sería feliz en cualquier parte siempre que tuviera un hueco aquí.

Me rendí a su tacto. «Soy la mujer más afortunada del mundo —pensé—. No solo tengo el amor del hombre al que adoro, sino que también cuento con su respeto». Parte de mí sabía que en Nueva York, lejos de la presión social de París, André y yo estábamos viviendo en puerto seguro. No obstante, aparté de mi mente los pensamientos sobre problemas y me dejé llevar por el amor que sentía sin dudas ni precauciones.

—Tú siempre tendrás un hueco en mi corazón —le respondí, acercándome a él

para besarle en los labios—. Siempre.

Regresamos al hotel con la intención de hacer el amor, pero en su lugar nos encontramos con veinte telegramas de Ziegfeld preguntando dónde estábamos. Algunos contenían varios párrafos en un inglés tan enrevesado que yo apenas podía entenderlos. «Acudan al teatro en cuanto reciban esto», decía el último.

—¿No podía haber dejado un mensaje por teléfono? —preguntó André—. Todos estos telegramas han debido de costarle una fortuna.

Nos cambiamos de ropa y cogimos un taxi hasta la calle 54.

—Algo me dice que esto no va a ponerse fácil —comenté.

—¿Quieres que nos retiremos del trato? —me preguntó André—. A mí me parece bien si tú quieres retirarte. Podemos devolver el dinero. No tengo ganas de que me traten como a un perro con correa.

André tenía razón, por supuesto, pero le pedí que esperáramos hasta que viéramos qué sucedía cuando llegáramos al teatro aquella tarde.

Cuando nos presentamos allí, nos encontramos con Urban y los artistas en plena tarea. Los técnicos estaban probando las luces de un decorado que representaba Montmartre de noche. La escena era tan impresionante que André y yo nos quedamos parados en seco cuando la vimos. Urban empleaba un método llamado puntillismo para crear los colores de sus escenarios. Era la misma meticulosa técnica que utilizaban los impresionistas: puntos de colores puros unos junto a otros de modo que, cuando la luz recaía directamente sobre ellos, los tonos se fundían en una sola sombra. El efecto era una imagen más vibrante y animada que lo que se habría conseguido utilizando colores llanos.

—Mister Ziegfeld quería que lo vieran —dijo Goldie, recibiéndonos junto a la puerta de su despacho—. Es el decorado en el que cantará *miss Fleurier*.

—¿Está mister Ziegfeld? —preguntó André—. Le diremos lo mucho que nos gusta.

—No —respondió Goldie—. Su esposa ha llamado y se ha tenido que ir a casa. Esta noche tenía su postre favorito: *mousse* de chocolate con fresas.

Reuniendo toda la paciencia que pudo, André le preguntó si los ensayos comenzarían pronto.

—Las pruebas son mañana —informó Goldie—. Y usted empezará los ensayos por la tarde.

Durante la semana siguiente, nos llamaron a André y a mí todos los días para el ensayo prometido, pero al final acabamos presenciando los de otros miembros del reparto o los interminables ejercicios de las coristas. No podía entender a Ruby Keeler. Era toda una belleza, de grandes ojos y facciones coquetas. También era una bailarina excepcional, con una agilidad técnica difícil de igualar. Sin embargo, cada vez que subía al escenario, parecía nerviosa y distraída. Durante un ensayo, la invadió de tal manera el miedo escénico que se quedó congelada en la parte superior de la escalinata. Su marido, Al Jolson, que estaba sentado junto a Ziegfeld, se puso en pie y

comenzó a cantar la canción para ella. Realizó los giros melódicos a la perfección.

—¡Esto es genial! —exclamó Ziegfeld—. Le utilizaremos a usted también en el espectáculo.

Aquella fue una táctica muy hábil por parte de Ziegfeld. Al Jolson era uno de los artistas favoritos de Estados Unidos. Además, había sido el primer actor en hablar en la primera película sonora, *El cantante de jazz*. No obstante, la inclusión de Jolson hizo que Ruby se pusiera aún más nerviosa.

—¿Qué le pasa a esa chica? —me preguntó André—. Ya sé que tú te pones nerviosa cuando actúas delante del público, pero no en los ensayos. Y ya que en *Show Girl* va a interpretar su primer papel protagonista, no entiendo por qué no está más emocionada.

Yo sí podía entender sus nervios. Yo había sido muy afortunada de poder contar durante mi primer gran estreno con Minot, André y Odette para apoyarme.

—Quizá Ziegfeld la está agobiando —contesté—, o puede que esté cansada de tener que compararse todo el rato con su marido. Las malas lenguas dicen que ha conseguido este papel solo gracias a él.

—Creo que el problema es su marido —comentó André—. No me gusta. Me parece que es demasiado mayor para ella y la domina todo el tiempo.

André no me explicó su comentario y yo no le pregunté. Ya teníamos suficientes problemas propios. En mi escena, un turista estadounidense paseaba por París, soñando con volver a casa. Yo iba a interpretar a un golfillo callejero que se transforma en una bella diosa. Junto a mí, iban a actuar la bailarina Harriet Hoctor y el cuerpo de baile de Albertina Rasch. Cuando los Gershwin finalmente me entregaron las partituras, faltaba una semana para el estreno y algunos de mis ensayos duraron entre diez y doce horas, o tuvieron lugar a altas horas de la noche y se prolongaron hasta las primeras de la mañana. Demasiado para no dejarme exhausta.

Durante el primer ensayo con vestuario, la orquesta tocó la música con un ritmo equivocado y un foco que no habían fijado correctamente se estrelló contra el suelo a unos metros de donde estaba sentado el director técnico. Pero Ziegfeld no se dio ni cuenta. Se levantó de su asiento, con los brazos cruzados al pecho y el ceño fruncido.

—¡Que venga el diseñador del vestuario! —bramó.

—Creo que está durmiendo —puntualizó uno de los tramoyistas.

—¡¡¡No me importa!!! —gritó Ziegfeld y su rostro se puso morado—. ¡Que venga entonces alguien de vestuario!

Un momento después, el tramoyista regresó con un joven de ojos legañosos que no parecía muy feliz.

—¿Cuál es el problema, mister Ziegfeld? —le preguntó.

—¡Mire las mangas del vestido de *mademoiselle* Fleurier! —le dijo Ziegfeld.

Separé los brazos del resto del cuerpo para que todo el mundo pudiera ver las mangas. El vestido de gasa me había parecido bien cuando me lo había probado. Miré de reojo a André, que sacudió la cabeza.

—¿Qué les pasa? —preguntó el joven—. Son mangas a tres cuartos, como usted quería.

El rostro de Ziegfeld adquirió un tono aún más oscuro.

—Puede que sean a tres cuartos, pero se le estrechan en los codos cuando tendrían que abrirse en abanico, ¡como si fueran campanas! ¡Se supone que es un ser celestial, no una campesina!

—Eso es lo que usted ordenó —replicó el joven.

Claramente, el muchacho no llevaba demasiado tiempo trabajando en el Ziegfeld Theatre como para saber que no podía dar una contestación así. Por el modo en que le temblaban las manos a Ziegfeld, temí que no fuera a durar mucho tiempo más en su empleo.

—¡Eres un idiota! —voceó Ziegfeld y su grito hizo eco por todo el auditorio—. ¡Sal de mi vista! ¡Vete de aquí! ¡Yo dije «celestial», no «campesina»!

El hombre se encogió de hombros contrariado y salió corriendo del teatro. Un toro enfurecido era menos aterrador que Ziegfeld cuando se enfadaba.

El empresario corrió escaleras arriba hacia el escenario, con la mirada fija en mí. Yo me había confundido con algunas palabras de la canción. Me era casi imposible pronunciar la palabra «ojos» correctamente. Siempre decía algo parecido a «oguios». «París es un festín para los *oguios*. Ven aquí y mírame a los *oguios*». Me quedé helada en el sitio, esperando su reprimenda.

Se paró en seco, me cogió de la mano y me habló con un tono muy tierno.

—Me pregunto, *mademoiselle* Fleurier, ¿cómo se siente con respecto a la canción? También me pregunto ¿qué le dice a usted esta canción?

Su tono era tranquilizador, y era tal el contraste con el arrebató que acabábamos de presenciar que me convencí de que estaba siendo sarcástico. Lo miré fijamente. Pero parecía totalmente ajeno a mi confusión y clavó su intensa mirada en mí.

—Lo que quiero saber, *mademoiselle* Fleurier, es qué le dice a usted esta canción. Como *artiste*.

El director me ahorró tener que contestar; porque en ese momento llamó al trío de Lou Clayton, Eddie Jackson y Jimmy Durante al escenario.

—Enséñenle a mister Ziegfeld lo que han elaborado —les dijo.

No obstante, los humoristas no habían terminado apenas su primer número en el que hacían que eran tramoyistas entre dos escenas, cuando Ziegfeld les ordenó que se marcharan.

—¡Ya está bien! ¡Traed a las chicas otra vez! —gritó, y, volviéndose hacia mí añadió—: Nunca entiendo a los humoristas. No cojo sus chistes. Me desharía de ellos si no fuera porque al público le encantan.

Mis nervios no mejoraron la noche del estreno de *Show Girl* respecto al estreno en París. En todo caso, habían empeorado. Ziegfeld había insistido en que yo cantara el número con reserva y elegancia, de modo que no podía recurrir a nada de mi personalidad y mi extravagancia francesas. Hacia las siete me temblaban las manos, y

cuando calenté la voz, apenas podía controlarla. Le pedí a André que se quedara en mi camerino hasta que me llamaran a escena.

—Simone —me dijo, cogiendo a *Kira* y colocándola sobre mi regazo—, no deberías ponerte tan nerviosa. Sabes que el público que viene a los estrenos de Ziegfeld siempre acude dos veces a ver el espectáculo: una para fijarse en los escenarios y otra para disfrutar de los artistas.

La música del espectáculo, que había comenzado a sonar con fuerza, se detuvo de nuevo. Alguien llamó a la puerta. André la abrió y un hombre vestido de frac se introdujo en el camerino. Tenía una barriga redonda como una calabaza y lucía una barba afeitada en tres pulcras líneas bajo la barbilla. No me gustó su aspecto. Había algo siniestro en sus ojos.

—¿Puedo ayudarle en algo? —le ofreció André.

El hombre negó con la cabeza y gruñó haciendo una mueca. André y yo nos intercambiamos una mirada.

—Debe de haber algún error —dijo André, suponiendo que el hombre era algún actor secundario que había entrado en el camerino equivocado.

—No, no hay ningún error —contestó el hombre, inclinando la cabeza, de modo que la luz se reflejó sobre su pelo engominado.

Se llevó la mano a la chaqueta y sacó algo negro y largo. Durante un terrorífico instante pensé que era una pistola, y entonces vi que sostenía un delgado globo en la mano. Dobló el globo en varias partes y lo sostuvo entre los dedos antes de retorcerlas para que el globo pareciera una ristra de salchichas. La goma producía chirridos cada vez que el hombre la tocaba, pero sus dedos se movían con la destreza de los de un maestro de origami. André y yo nos quedamos hipnotizados. El hombre dobló el globo y enrolló ambas partes juntas, formando un cuello y unas orejas, dos patas delanteras, dos traseras y un rabo. André y yo dejamos escapar un «¡ahhh!» simultáneo cuando colocó la figura de un gato sobre el tocador.

El hombre nos dedicó una sonrisa bobalicona y sacó una tarjeta con un lazo en una esquina y la colgó alrededor del cuello del gato. «Buena suerte», decía la tarjeta.

—El Ziegfeld Theatre le desea a *mademoiselle* Fleurier una actuación maravillosa —dijo el hombre, haciendo una reverencia antes de retirarse por la puerta.

Kira saltó de mis brazos hasta el tocador y olfateó el gato de goma. André se echó a reír.

—Es una inocentada —me explicó—. Se trata de una tradición estadounidense. Consiste en enviar un actor especial a las estrellas para hacerlas reír y que se relajen antes de salir al escenario.

—*Mon Dieu!* —exclamé, hundiéndome de nuevo en mi asiento—. No me siento relajada en absoluto. Pensé que nos iba a matar.

—¿De verdad? —preguntó André, agarrándome de las muñecas. Yo tenía las manos firmes y las palmas estaban secas. Se echó a reír—. Creo que sé lo que voy a hacer la próxima vez que tengas que salir al escenario en París.

A pesar de mis temores, mi actuación fue bien recibida por los estadounidenses. El público de Broadway era tan sofisticado como el parisino, aunque aplaudían con más facilidad y me gritaban su aprobación antes de que terminara mi número.

—¡Gracias! —les dije—. Es maravilloso estar aquí, en su emocionante ciudad.

Me olvidé de mi papel. Aquello era un musical, no el teatro de variedades, y yo me había salido del personaje. Pero al público le encantó y se pusieron en pie para ovacionarme.

Ziegfeld tenía razón: los estadounidenses esperaban sentimiento y no humor de una cantante francesa. Me sentí alborozada cuando el crítico de *The New York Times* describió mi voz como «un instrumento líquido con las notas tejidas con hilo dorado».

No obstante, y por desgracia, el espectáculo no tuvo éxito. El trío cómico —especialmente Durante, al que apodaron afectuosamente «Schnozzola^[2]» por su enorme nariz— recibió buenas críticas por su actuación junto con los bailarines Eddie Foy, Harriet Hctor, las bailarinas y yo misma, pero los críticos cargaron contra todos los demás, incluida Ruby Keeler. «Renquea por el escenario con tanto fuego como el de una caja de cerillas húmeda en lugar de como una muchacha de Brooklyn decidida a aprovechar su gran oportunidad», decía una crítica. Apenas unas semanas más tarde, Ruby abandonó el espectáculo, alegando que padecía mala salud, y fue sustituida por Dorothy Stone. La estrella de cine de Hollywood aceleró un poco el ritmo, pero la obra era algo bastante aproximado a lo que los críticos describían: una farsa lenta e inconexa donde no pasaba apenas nada.

Ziegfeld culpó a las trilladas letras de los Gershwin del fracaso del espectáculo y se negó a pagarles. Los hermanos lo demandaron, pero para cuando el caso llegó a los tribunales la bolsa ya se había desplomado, así que no hubieran podido reclamarle ni un céntimo a Ziegfeld de todos modos. Tanto él como la mayor parte de Nueva York estaban arruinados.

Cuando André y yo partimos hacia Sudamérica, los repartidores de periódicos gritaban titulares como: «Las bolsas se derrumban: estampida en toda la nación por vender»; «Torrente inesperado de liquidaciones» y «Pérdida de dos mil millones y medio de dólares de ahorros». La peor parte fueron las historias de empresarios arruinados saltando de las ventanas de los edificios de treinta plantas y desde el puente de Brooklyn.

—Si se calmaran, las cosas se estabilizarían más deprisa. Incluso verían que tienen la oportunidad de crear nuevas fortunas —comentó André.

Asentí, dándole la razón. Sin embargo, yo sabía algo que André ignoraba, algo que aquellos empresarios también debían de haber experimentado. Yo sabía lo que era ser pobre y que, una vez que uno consigue ser rico, cualquier cosa es mejor que volver a la pobreza de nuevo.

El París al que André y yo regresamos en enero de 1930 estaba cualquier cosa menos deprimido. La economía iba bien, se habían terminado las obras de reconstrucción de la guerra y el franco se había estabilizado. El único efecto perceptible de la Gran Depresión en la ciudad fue que desaparecieron los turistas estadounidenses. Sin embargo, los parisinos estaban tan animados como siempre y con las mismas ganas de diversión.

André tenía un viaje de negocios a Lyon con su padre y se marchó al sur un día después de nuestro regreso de El Havre. La primera persona a la que visité fue a *monsieur* Etienne, a quien había dejado al cargo de mis negocios mientras André y yo estábamos fuera. Cuando me marché a Berlín, *monsieur* Etienne había accedido a encargarse de mis asuntos en París —incluida la publicidad— mientras André me buscara los compromisos laborales. No podía asegurar si *monsieur* Etienne se había quedado contento con aquel acuerdo al principio. Sin embargo, las cosas habían salido bien para todos tras los espectáculos del Adriana, y la relación entre él y André era armoniosa y colaboradora.

—Tiene usted buen aspecto, *mademoiselle* Fleurier —me dijo al abrirme la puerta de su despacho—. Y ha vuelto justo a tiempo. Tengo cientos de ofertas para usted.

Había una muchacha de cabello oscuro sentada en el puesto de Odette. Me resultaba familiar y recordé que era la hija de la portera. No la que había sido desagradable conmigo durante mi primer día en París, sino la que sustituyó a esa. Miré a mi alrededor en busca de Odette y vi que estaba rellenando unos papeles en la oficina de *monsieur* Etienne.

—¿Personal nuevo? —pregunté.

El rostro de *monsieur* Etienne adquirió una expresión apesadumbrada.

—Oh, ha habido algunos cambios por aquí —me respondió—. Odette intentó localizarla en el Ziegfeld Theatre, pero no creo que la carta llegara a sus manos.

—No me sorprende —contesté—. ¿Qué ha sucedido?

—Mi sobrina se va a casar.

Odette salió de la oficina y colocó unos archivos sobre el escritorio. Avanzó hacia mí y nos dimos dos besos.

—¿Se va a casar? ¿Con quién? —pregunté, arqueando las cejas para fingir sorpresa.

—Con un antiguo amigo de la familia —me respondió *monsieur* Etienne—. Joseph Braunstein.

—¿Acaso no es un buen hombre? —pregunté, percibiendo su expresión de disgusto—. No parece usted muy feliz por ella.

Monsieur Etienne se encogió de hombros.

—Es un joven maravilloso. Muy emprendedor. En realidad es más porque voy a echar de menos a Odette. Ella es como una hija para mí.

—¿A qué se dedica Joseph? —le pregunté a Odette.

—Dirige una prestigiosa tienda de muebles —contestó ella, sonriendo tímidamente.

Yo había mantenido la promesa de no mencionar a Joseph hasta que Odette lo hiciera, pero ¿habría mantenido Joseph la suya de no contarle a Odette que yo le había dado dinero? Dudé. Confiaba en que Joseph pidiera en matrimonio a Odette tan pronto como comprara la tienda, pero él había decidido esperar hasta que estuviera seguro de la rentabilidad del negocio. Conociendo los hábitos de gasto de Odette, probablemente era un buen plan.

—Ah —exclamé, apretándole la mano a Odette—. Odette logrará llevarlo a la bancarrota, ¿sabe, *monsieur* Etienne? Y después, tendrá que volver a trabajar para usted.

El rostro de *monsieur* Etienne se iluminó y me condujo a su oficina. Cuando nos sentamos, abrió una carpeta atestada de cartas.

—Tengo una oferta muy buena del Folies Bergère —me explicó, pasándome una carta de Paul Derval.

—No estoy segura de haberle perdonado por decir que yo no era lo bastante bonita para su coro.

Monsieur Etienne se reclinó en su asiento y negó con el dedo.

—Tendrá que superarlo. Dudo siquiera que *monsieur* Derval recuerde que asistió usted a una de sus audiciones. En lo que a él respecta, usted es «la mujer más sensacional del mundo».

—¡Cómo cambian las cosas con el éxito! —comenté.

—Tengo buenas ofertas del Adriana, que les encantaría que volviera, y del Casino de París, que ahora está regentado por Henry Varna. La compañía discográfica quiere que grave usted otro disco y tenemos ofertas para hacer cine que provienen de tres países distintos, incluida la Paramount en Estados Unidos. Así que, sí, tiene usted razón: el éxito, efectivamente, cambia las cosas —me aseguró *monsieur* Etienne—. Y ahora, dígame: ¿qué va a hacer usted primero?

—Lo primero que voy a hacer —contesté, cogiendo mi bolso— es ir a las Galerías Lafayette. Odette y yo tenemos que irnos de compras para encontrarle un regalo de bodas.

Recorrimos las Galerías Lafayette durante tres horas. Odette no quería nada demasiado práctico como ropa de cama o electrodomésticos. Pero como ella y Joseph iban a vivir en casa de los padres de Odette hasta que encontraran una casa propia, quedamos en que un pesado armario chino o una urna griega no resultarían convenientes. Finalmente, eligió unos manteles individuales a juego con cuencos de plata para la fruta. Podría guardarlos bajo su cama o en un armario hasta que se mudaran. Me puse de acuerdo con el encargado de la tienda para que se los enviaran

a domicilio.

«¿Odette casada?», pensé, contemplándola mientras garabateaba su dirección para el encargado. Habíamos recorrido mucho camino para llegar hasta aquel punto, pero ahora todo parecía acelerarse. ¿Sería igual para mí y André? Quizá la paciencia realmente era una virtud y las cosas acababan por suceder a su debido tiempo.

Mientras tomábamos un café en La Coupole, le conté a Odette lo que había sucedido entre André y yo durante nuestro viaje a América y le confié mis preocupaciones sobre su familia. Sonrió con complicidad.

—No creo que ni mis padres ni los de Joseph nos hubieran puesto las cosas fáciles si nos hubiéramos precipitado. Tómate tu tiempo y sé paciente. Por lo que me has contado, André está sinceramente enamorado de ti, así que simplemente deberías confiar en eso.

Seguí el consejo de Odette al pie de la letra. Decidí sentirme orgullosa de lo que era y de lo que hacía, y acepté la prestigiosa oferta del Folies Bergère. Mientras tanto, ahora que estábamos de vuelta en París, André planeaba presentarme en sociedad.

—Será mejor que empiecen a acostumbrarse a vernos juntos —declaró.

André tenía confianza en que juntos podríamos conquistar no solo al público de París, sino también a la alta sociedad.

—*Kira* —dije, colocándola en el asiento del copiloto del nuevo Renault Reinastella de André—, tienes que competir con el caniche de la marquesa de Crussol y el gran danés de la princesa de Faucigny-Lucinge. Así que demuéstrole a todo el mundo la superioridad felina y no saltes por las ventanas ni hagas ningún otro gesto caprichoso, ¿de acuerdo?

Me volví para saludar con la mano a André y a su madre, que estaban sentados en la tribuna. André me devolvió el saludo sonriendo, pero con un gesto de preocupación.

—No tienes por qué ganar el *Concours d'élégance automobile*, Simone —me había advertido mientras contemplaba como su chófer le hacía una última limpieza a la tapa de cristal del radiador—. Lo único importante es que te dejes ver.

—¿Cuál es el objetivo de eso? —repliqué en broma—. ¿Qué cree que voy a hacer? —murmuré ahora, contemplando a la condesa Pecci-Blunt, la sobrina del papa León XIII, conducir por el campo en su Bugatti plateado hecho por encargo—. ¿Pincharle una rueda a alguien? Puede que provengamos del mundo del espectáculo, pero está claro que también sabemos comportarnos como corresponde, ¿verdad, *Kira*?

Kira me miró y pestañeó. Esperaba que después de haber viajado por varios continentes en tren y en barco no se sintiera desconcertada por un automóvil y un desfile de moda.

El árbitro me hizo un gesto para que arrancara el motor. Comprobé una vez más las palancas y los controles del automóvil, aunque sabía conducir perfectamente. André me había organizado unas clases. Aun así, el Reinastella pesaba una tonelada y

André me había contado una historia terrorífica durante la cena la noche anterior. Un año durante la celebración del concurso, la esposa de un diplomático se había puesto tan nerviosa que confundió el freno con el acelerador y aplastó a tres espectadores contra un árbol. Comprendí que aquella era la razón por la que los automóviles de algunas de las participantes iban conducidos por sus chóferes.

Pisé el acelerador y maniobré el coche sin incidentes hasta la tribuna de los jueces. El jurado estaba formado por André de Fouquières, un francés elegante y desenvuelto que parecía encontrarse dondequiera que hubiera mujeres bonitas; Daisy Fellowes, la hija de un noble y heredera de la fortuna de máquinas de coser Singer; y *lady* Mendl, cuya piel ligeramente maquillada y su vestido color rosa nacarado no proporcionaban ningún indicio de sus casi setenta años.

—*Mademoiselle* Simone Fleurier —anunció uno de los árbitros a través del megáfono—, conduciendo un Renault Reinastella y acompañada por *Kira*.

Otro árbitro se adelantó apresuradamente para abrirme la puerta. Cogí a *Kira*, la mantuve bajo la barbilla y me deslicé, no como una debutante en sociedad, sino como la estrella del Folies Bergère. «La mujer más sensacional del mundo», murmuré, riéndome entre dientes. A pesar de que aquella era la frase publicitaria que se me había atribuido, nunca llegué a creérmelo. En ningún momento sentí que hubiera llegado a lo más alto. Con cada paso que avanzaba, más me costaba mantener la posición. Como me había confiado Mistinguett en una ocasión: «Es más difícil mantenerse en equilibrio al final de la escalera que mientras se sube cada uno de los escalones».

Al ver a tanta gente, *Kira* sintió pánico. Me apretó la pata contra el pecho y trató de apartarse de mí. Sin embargo, el aplauso del público hizo que parase en seco. Se quedó congelada y dejó de revolverse el tiempo suficiente como para que yo pudiera desfilas alrededor del coche.

Los ojos de Daisy Fellowes se iluminaron cuando vio mi atuendo. Paul Derval me había presentado a una nueva diseñadora, una italiana llamada Elsa Schiaparelli. No tenía nada que ver con Chanel o Vionnet, cuyos femeninos vestidos aún me ponía para las noches de estreno. Schiaparelli era moderna. Su ropa se ajustaba a los planos del cuerpo más que a las curvas, lo cual le daba un aire de simplicidad cargado de estilo. Mi traje color azul marino tenía hombreras anchas, una cintura ceñida y estampado de piel de leopardo.

—El sombrero cloché está muerto —me informó Schiaparelli, coronándome en su lugar con un minúsculo sombrero cuya pluma negra era tan espinosa que pensé que parecía un erizo.

No me lo habría puesto de no ser porque Paul Derval me había asegurado que tenía un aspecto muy chic. Los zapatos y el bolso también tenían estampado de piel de leopardo y Schiaparelli había «vestido» a *Kira* con un collar a juego y una pluma en miniatura para ella. Por suerte, *Kira* se sentía tan aterrorizada que no se había fijado en la pluma, porque, si no, la habría destrozado como uno más de sus pajarillos

de juguete.

Me detuve junto al capó del coche para que el fotógrafo de *Le Fígaro Illustré* me tomara una fotografía. Por el rabillo del ojo vi a Janet Flanner garabateando las palabras que aparecerían en su columna de *The New Yorker*:

La musa del teatro de variedades Simone Fleurier se apeó de uno de los últimos modelos de la gama alta de Renault y anunció al mundo con su elegante traje y sus larguísimas piernas que la era de las *flappers* y la androginia ha llegado a su fin. Ella es femenina por todos sus poros: espectacular, valiente y firmemente seductora.

—¡Vamos! —exclamé—. ¡Aquí todas somos campeonas!

Rodeé con el brazo los hombros de la marquesa de Crussol y brindé contra la copa de «La mejor del espectáculo» que descansaba sobre la mesa de mi tocador.

André, que estaba apoyado sobre mi armario ropero mientras charlaba con la condesa Pecci-Blunt, me dedicó una sonrisa maliciosa. Mi camerino se había llenado de descendientes de la aristocracia francesa.

Había allí casi tantos nobles europeos sentados sobre mi alfombra de cebra, picoteando alitas de pollo preparadas al estilo estadounidense y bebiendo champán, como coristas en el Folies Bergère. El que yo hubiera ganado de calle el *Concours d'élégance automobile* había provocado más de un par de miradas malhumoradas y de comentarios airados sobre los «intrusos». No era lo que André esperaba.

—¡Se suponía que tenías que cautivarlos, no había que humillarlos, Simone! —bufó mientras conducía el Reinastella por la pista durante mi vuelta triunfal—. Tienes suerte de que mi madre lograra conseguirte una invitación. Estamos intentando que nos acepten como pareja, no darles una lección.

—Lo arreglaré —le prometí, levantando mi trofeo y saludando—. ¡Gracias, señoras y caballeros! —dije, con mi mejor voz teatral—. Me gustaría invitar al jurado y a todas las participantes y sus parejas a un aperitivo con champán en mi camerino en el Folies Bergère después de la actuación de esta noche.

Una emocionada exclamación recorrió la tribuna. Daisy Fellowes y *lady* Mendl se intercambiaron una sonrisa. Una invitación para introducirse entre bastidores con una estrella era mejor que ganar otro *Concours d'élégance automobile* o llevar el mejor sombrero de las carreras. Porque, aunque muchos artistas llenaban sus camerinos con visitas circunstanciales, todo París sabía que para entrar en el mío hacía falta «invitación expresa» y que raras veces ofrecía mi hospitalidad en ese aspecto de mi vida.

En mi camerino aquella noche, la marquesa de Crussol brindó conmigo y tocó a Daisy Fellowes en el hombro mientras esta se empolvaba la nariz frente a mi espejo.

—¡Daisy, tienes que invitar a Simone a tu próxima fiesta! ¡Es tan divertida!

Daisy asintió y llamó a una mujer de aspecto poco agraciado que se estaba probando mi tocado de reina Nefertiti.

—Elsa, asegúrate de que *mademoiselle* Fleurier esté incluida en la lista de invitados a mis fiestas, ¿de acuerdo?

André pasó junto a mí.

—No tengo nada que enseñarte —me susurró, apretándome cariñosamente la mano—. Ni lo más mínimo.

El escritor estadounidense Scott Fitzgerald afirmó en una ocasión que los ricos eran diferentes, y yo lo descubrí por mí misma cuando llegó mi primera invitación de la alta sociedad parisina. Era de una fiesta que tendría lugar en la casa del pintor Meraud Guevara en Montparnasse.

—¿Qué es una fiesta «Vengan con lo puesto»? —le pregunté a André cuando me mostró la invitación.

Estaba tumbada en la bañera. Un largo y exquisito baño formaba parte de mi ritual tras la actuación en el Folies Bergère.

—Es una de las ideas creativas de Elsa —me contestó echándose a reír y sentándose en el borde de la bañera—. Enviará un autobús en algún momento ese día y, cuando suene la bocina, tendremos que dejar nuestros apartamentos y subirnos a él con lo puesto.

—Así que, si cuando venga estoy en el baño, ¿se supone que me tengo que subir desnuda al autobús?

André sonrió, descansando la mirada sobre mis rodillas, la única parte de mi cuerpo visible a través de las burbujas, excepto los hombros y la cabeza.

—En teoría —respondió—, algunos se van a pasear en ropa interior por toda la ciudad gracias a esta fiesta.

Releí la invitación. Elsa Maxwell, la estadounidense, me intrigaba. Lo tenía absolutamente todo para no ser chic. Era bajita, regordeta y tenía un rostro que asustaba a los niños. Y, aun así, incluso con su chirriante acento francés, resultaba encantadora. Aunque no tenía dinero propio, conseguía convencer a los miembros de la alta sociedad parisina para que celebraran «sus fiestas». Claramente, era una fuente inagotable de ideas.

—Está bastante bien preferir la música y la risa a tener marido —me dijo la primera vez que la conocí, aquella noche tras el *Concours d'élégance automobile* en mi camerino—. No tema nunca lo que los demás puedan decir.

Desgraciadamente, sí que me sentía un poco inquieta por lo que la alta sociedad parisina pudiera decir. André y yo éramos amantes, pero aún vivíamos en apartamentos diferentes. Exactamente igual que todo el resto de hipócritas en aquel círculo, manteníamos las apariencias. Y aunque supuestamente nos recibían en cualquier parte, yo era consciente de las murmuraciones que corrían sobre nosotros. Las había escuchado con mis propios oídos durante un baile. Había ido al lavabo de señoras y mientras estaba dentro de un cubículo escuché por casualidad a una chica de la alta sociedad decirle a otra: «Simone Fleurier no es más que una mala hierba sureña llena de pinchos que está tratando de arraigarse entre las rosas». Comprendía la envidia. Me había hecho con uno de los solteros de oro de Francia. Sabía que a André le importaba menos que a mí lo que la gente dijera; él lo único que estaba

intentando era impresionar a su padre demostrándole que yo tenía clase y que me podía mezclar con la flor y la nata de la sociedad.

Pensé que André bromeaba cuando me dijo que la gente acudiría en ropa interior a la fiesta «Vengan con lo puesto» de Elsa Maxwell, así que cuando el autobús vino a recogernos a mi apartamento me sorprendió ver que era cierto. Daisy Fellowes se asomó a la puerta del autobús para recibirnos con un par de medias de encaje en la mano. Pero ella era una de las personas vestidas con más decencia dentro del vehículo: varias jóvenes llevaban poco más que un salto de cama. Bajo el sol de las últimas horas de la tarde se les veían claramente los pezones a través del tejido transparente e incluso el triángulo de vello oscuro entre las piernas.

—*Bonsoir* —saludó el marqués de Polignac—. Elsa ha dispuesto una barra de bar. ¿Qué desean beber?

El marqués llevaba un esmoquin, el tipo de sombrero de copa y de chaqué que a los ingleses les gusta ponerse, y tenía exactamente el aspecto de un hombre de mundo, de no ser porque no se había puesto pantalones.

Acepté la copa de champán del marqués, pero no sabía hacia dónde mirar. Me daba demasiada vergüenza dirigir la mirada hacia sus piernas desnudas y me incomodaba mucho mirarle solamente a la cara. Deslicé el brazo alrededor de André y tiré de él para que se sentara junto a mí. Se había pasado el día entero sin hacer nada tumbado en mi sofá en bata y pijama. Yo me había tomado la invitación al pie de la letra y había proseguido con mi día como de costumbre. Solo que aquella tarde, a pesar del calor de julio, había decidido cocinar un pastel, cosa que no había hecho en años. Cuando el autobús llegó, estaba vestida de manera presentable, pero tenía la blusa y el delantal cubiertos de harina.

—Como si nos fuéramos a creer que Simone Fleurier se dedica a cocinar mientras está en casa —comentó Bébé Bérard, el diseñador, lanzándome un beso—. ¿Qué estaba usted haciendo? ¿Una tarta de limón para su hombre?

Igual que André, Bébé llevaba una bata, pero en lugar de tener un libro bajo el brazo tenía el auricular del teléfono pegado a la oreja y crema de afeitar en la barbilla.

—Siempre me ha gustado cocinar —le respondí.

—Su apartamento debe de tener buena ventilación —comentó él, paladeando un sorbo de vino—, si podía usted soportar cocinar con el calor que hace.

Al ser de la Provenza, no lograba entender por qué los parisinos ponían el grito en el cielo por el calor. A pesar de todo, dentro del autobús comenzaba a faltar el aire, por el polvo y el humo de los tubos de escape. Elsa no había contado con que nos quedáramos atrapados en un atasco. Se suponía que la fiesta comenzaría a las siete, pero ya eran las ocho y ni siquiera habíamos cruzado a la orilla izquierda del Sena. Los ocupantes del autobús se resignaron a dejar seco el bar.

—Quizá deberíamos ir andando el resto del camino —comentó con voz pastosa el marqués de Polignac, mirando por el parabrisas la aglomeración de automóviles que se agolpaba delante de nosotros.

—¡Está más cocido que una gamba! —le susurré a André—. ¿De verdad se piensa que podemos ir andando? ¡Mira qué pintas llevan!

—O las que no llevan, querrás decir —respondió, dándome un beso en la mejilla.

Le cogí de la mano. Independientemente de lo que estuviéramos haciendo, siempre me sentía feliz por estar con André. Cada vez que lo contemplaba, era consciente de que el hombre que me amaba era uno entre un millón. Disfrutaba de una posición social privilegiada, pero también era honrado.

—¡Hola, pajarillos! —exclamó la condesa Gabriela Robilant, levantándose para saludar con su vaso de *whisky* a un grupo de hombres que estaban esperando para cruzar la calle.

En algún punto del viaje había perdido la falda, así que tuvimos el honor de verle las medias y el ligero.

La condesa Elisabeth de Breteuil se levantó y empujó a Gabriela para que se sentara.

—¡Póngase la falda! —le gritó—. ¡Esto es vergonzoso! ¡Recuerde su posición!

Gabriela se echó a reír, dejando caer la cabeza hacia un lado. Las mejillas de la condesa de Breteuil se sonrojaron. Se puso en pie de un salto y caminó a paso ligero hasta donde se encontraba el conductor.

—¡Abra la puerta! —exigió—. ¡Me niego a viajar con una compañía tan escandalosa!

El conductor estaba a punto de dejarla salir cuando Gabriela gritó: «¡A la Bastilla!», y se acercó dando bandazos hacia la condesa. Se escuchó un desgarrón y, antes de que nos diéramos cuenta, le había arrancado la falda a la otra mujer.

André y yo tuvimos que hacer un gran esfuerzo por no echarnos a reír. ¿Así que aquella era la nobleza francesa? ¿Esta era la gente a la que se suponía que yo debía impresionar?

En París el tiempo se aceleraba. Daba la sensación de que, después de haberle dado la bienvenida a la nueva década, en un abrir y cerrar de ojos habían pasado tres años y nos hallábamos en 1933.

—¿Se encuentra usted bien debajo de los focos, *mademoiselle* Fleurier? —me preguntó el ayudante del director—. Tardaremos un poco en encuadrar el plano.

—Por el momento sí, gracias —respondí, aunque la luz me quemaba la piel y me estaba haciendo visera con la mano sobre los ojos porque le había prometido al artista de maquillaje que no me lo estropearía poniéndome gafas de sol entre tomas.

Tenía la costumbre de no quejarme en los rodajes. Consideraba que era un privilegio estar allí y no había ningún trabajo más cómodo que el mío. Durante el rodaje de mi primera película, basada en un espectáculo del Folies Bergère, había visto a un cámara suspendido de una grúa desde el techo para conseguir un plano de 180 grados, y durante mi segunda película, una aventura romántica, había visto a un técnico de sonido cayéndose a las vías desde el andén de una estación. Por fortuna, no se hizo mucho daño, pero su micrófono quedó completamente deformado y me daba

pavor pensar qué podría haberle sucedido si hubiera aterrizado unos centímetros más allá.

A la mayoría de las estrellas del teatro de variedades que trabajaban en el cine les parecía extraordinario mi entusiasmo por aquel medio.

—¡Pero si te obligan a meterte en las dichas marcas de tiza pintadas en el suelo! —se quejó Camille Casal cuando le conté que quería hacer como mínimo una película al año—. Y no hay ningún público que te aplauda. ¿Cómo sabes si lo estás haciendo bien o no?

—El director te lo dice.

—Sí, pero después de la toma —replicó, sacudiendo la cabeza—. ¿Y cómo sabes que el público verá lo que él ve? Puede que se sienta tan desencantado como tú. Lo único que tienes mirándote es esa cámara y su ojo oscuro.

Me sorprendió la impaciencia de Camille por el proceso de creación del cine; al fin y al cabo, ella era una de las actrices más famosas de Europa. Por aquella época, se subía menos a los escenarios, pero estaba muy demandada por la gran pantalla. «Es más fácil disimular las arrugas en el cine que bajo los focos del escenario», había escrito un columnista sobre el cambio de rumbo de la carrera de Camille. Era un comentario malicioso y superficial: a los treinta años, Camille aún era toda una belleza y había estrellas mucho mayores que ella que todavía triunfaban sobre el escenario.

Dejé caer la mano y miré fijamente a Jean Renoir mientras discutía sobre el encuadre con el cámara.

—Vamos a recomponer la toma —le estaba diciendo—. Quiero rodar a través de la ventana.

«Estoy logrando trabajar con genios —pensé—. Y, además, son genios humildes».

Jean Renoir era hijo del pintor y él mismo era un gran artista de pies a cabeza, aunque de un medio muy diferente. Los movimientos de su cámara estaban cuidadosamente coreografiados y sudaba la gota gorda cuando montaba las tomas con su editor. Aunque mis primeras películas habían sido éxitos comerciales, me avergonzaba por la forma en la que batía las pestañas y movía los brazos en ellas. Mis gestos eran demasiado extravagantes para la pantalla. Pero en esta, mi tercera película, me estaba transformando a las órdenes de Renoir.

—No sobreactúe, *mademoiselle* Fleurier —me dijo desde el primer día—. Tiene usted un verdadero potencial como actriz dramática, pero no quiero que actúe usted. Lo que quiero que haga es pensar y sentir. El más mínimo movimiento de sus ojos en la pantalla puede decir tanto como veinte líneas de guión o un suspiro exagerado.

Era afortunada por que un director tan brillante creyera en mí, pero llegué a escuchar a alguien que dijo que Renoir tenía tanto talento que sería capaz de enseñar a actuar hasta a un armario ropero.

Contemplé a los técnicos de iluminación mientras volvían a iluminar la escena.

Joseph de Bretagne, el responsable de sonido, me dedicó una sonrisa. La semana anterior habíamos rodado en una localización en Montmartre una escena en la que mi amante y yo nos despedíamos en el exterior de un club de *jazz*. Renoir odiaba doblar sus películas y prefería que el sonido se grabara durante el propio rodaje. El único problema era el nivel de ruido ambiente de la calle, que aquel día incluía a un cabrero tocando el silbato para atraer la atención de las amas de casa —escena que Renoir podía utilizar— y una camioneta depuradora que estaba extrayendo los desperdicios de una fosa séptica, cosa que Renoir no podía aprovechar. Joseph había tratado de disminuir el sonido ambiente rodeándonos a mí y al actor principal de colchones y telas. Por supuesto, no se mostraban en la escena, pero siempre que veía la película pensaba en aquellos colchones colocados a nuestro alrededor como si estuviéramos en una especie de tienda de camas al aire libre.

Tras la segunda toma, Renoir se quedó satisfecho con mi interpretación y Jacques Becker, su ayudante de dirección, anunció el descanso para el almuerzo. Aunque estaba programado que yo solo tenía que rodar por las mañanas —para poder ensayar para el espectáculo de la noche en el Casino de París—, normalmente me solía quedar a comer. Lo que más me gustaba de hacer películas era la camaradería que reinaba entre el reparto y el equipo. En aquella época, el cine era más divertido y más igualitario.

—¿Ya se ha hecho con un yoyó, *mademoiselle* Fleurier? —me preguntó Jacques, llenándome la copa de vino.

—¡Oh, por favor! —respondí.

Una locura se había apoderado de París como un huracán. No se podía ir a ninguna parte sin ver a hombres adultos, y a algunas mujeres, haciendo subir y bajar sus yoyós. Jugaban con ellos en los andenes del *métro*, en los tranvías y en los autobuses, en los cafés e incluso durante el descanso de la ópera.

—Vamos, *mademoiselle* Fleurier —comentó Renoir, echándose a reír—. He oído que Cartier ha fabricado uno de oro. Solo cuesta doscientos ochenta francos.

Tras tres años de bailes y cenas a la luz de las velas con la gente guapa de París, podía crearme cualquier cosa. Me encantaba la moda, el diseño de interiores y la comida, pero también me gustaba hablar de otras cosas. Elsa Schiaparelli era más interesante que la gente que se ponía su ropa y yo aceptaba sus invitaciones a cenar en su apartamento para poder oírla hablar sobre los movimientos artísticos y las nuevas tecnologías que influían en sus creaciones. Siempre que los integrantes de la alta sociedad parisina intentaban ser interesantes, resultaban pretenciosos. La última moda era hacer vacaciones «de aventura». Ya no era suficiente ir a Biarritz o a Venecia, había que ir a cazar a Perú o a África, de pesca al Kubán o a atrapar peces espada en las Canarias. Mi necesidad de conversaciones más sustanciosas era otra razón por la que me encantaba hacer películas con Renoir.

—¿Qué le sucede a París? —le pregunté.

—Se encuentra en estado de negación —respondió, untándose mantequilla en un

trozo de pan—. La frivolidad siempre ha sido la reacción de los parisinos ante el peligro. No podemos negar que la Gran Depresión nos va a afectar. Nuestra economía se ha desacelerado y los beneficios de la industria están cayendo. Y todavía no es tan malo en París, pero ya ha golpeado a otras ciudades. El resto de Europa está igual. Hitler no habría llegado a ser canciller si no fuera por el estado de la economía alemana.

Me comí una cucharada de sopa y pensé en aquel asunto. Quizá aquello podía explicar las extravagancias de la alta sociedad parisina y su necesidad constante de diversión. El mes anterior, André y yo habíamos asistido a un baile organizado por su madre para recaudar fondos para los desempleados. Cuando hablé con algunos de los invitados, descubrí que no tenían ni la menor idea de para qué era el baile, aunque se sentían contentísimos de estar allí. En última instancia, André y yo aprendimos que no había que esperar mucho de la alta sociedad parisina.

—Si no fuera por la posición de mi familia y por respeto a mi madre y a Veronique, creo que renunciaría a todo ello —solía decir André cuando se sentía exasperado por la ignorancia de la gente de nuestro círculo social.

Yo no tenía claro que su afirmación fuera cierta. Ahora que tenía veintisiete años, André se estaba haciendo cargo cada vez más de los negocios, a medida que su padre se preparaba para jubilarse y cederle la dirección de las industrias Blanchard. Quizá no se sentía especialmente entusiasmado por mezclarse con la alta sociedad parisina, pero le encantaba su trabajo. Podía ver el orgullo en su mirada cuando examinaba los planos de una nueva planta de fabricación o de un nuevo hotel. Su trabajo lo mantenía despierto hasta tarde y lo sacaba de la cama temprano, pero nunca se sentía cansado. Le apasionaban los negocios, del mismo modo que a mí actuar. No se podía separar al hombre de su talento, intentarlo sería matar su espíritu.

—Estuvo usted allí, ¿verdad? —le preguntó Joseph a Renoir—. Cuando hicieron a Hitler canciller.

El rostro de Renoir se ensombreció.

—Estaba tratando de conseguir financiación para una película. Pensé que me quedaría allí a presenciar un evento histórico, pero lo único que vi fue un hatajo de camisas pardas obligando a una anciana judía a echarse sobre la acera y a chupar el suelo.

Me quedé en silencio. Renoir y yo habíamos compartido muchas conversaciones sobre Berlín, porque a él le gustaban los alemanes, a pesar de que había resultado herido en la Gran Guerra, y yo tenía muchos buenos recuerdos de la ciudad y de mi estancia allí.

—Berlín es una ciudad en la que logra florecer lo mejor y lo peor —me dijo—. La guerra destroza en cuestión de minutos lo que una cultura evolucionando lentamente tarda siglos en crear.

La secretaria de localizaciones entró corriendo.

—*Mademoiselle* Fleurier, tiene usted una llamada telefónica —anunció—. El

caballero dice que es urgente. Puede cogerlo en la oficina.

Cogí el auricular y me sorprendió escuchar a André al otro lado de la línea.

—Ya casi has terminado, ¿verdad? —me preguntó, tratando de sonar alegre, pero percibí inmediatamente la ansiedad en su voz—. ¿Puedes saltarte el ensayo de esta tarde?

—Sí, ¿por qué? —pregunté.

—El conde Harry está aquí. Y necesita vernos inmediatamente.

No era la primera vez que el conde Kessler venía a París. Había asistido a todos mis espectáculos, pero no habíamos oído nada de él desde hacía unos meses. Su salud no había sido buena durante un tiempo, pero esta vez percibí que había algo más que eso en su repentina necesidad por vernos.

—¿Pasa algo malo, André?

—Ven lo más rápido que puedas —respondió—. Te envío mi coche.

Cuando colgué el auricular, me invadió un sentimiento sombrío que no pude explicar.

André y yo nos encontramos con el conde en el apartamento de uno de sus amigos en la Île St. Louis. La vivienda estaba compuesta por dos habitaciones repletas de libros sobre combados estantes, pero no fue el desorden lo que más nos sorprendió, sino el aspecto del conde cuando nos abrió la puerta. ¿Era aquel el mismo hombre? Esos ojos que habían estado tan llenos de diversión ahora escudriñaban todo a su alrededor como los de un animal asustado.

—Tengo que darles buenas y malas noticias —nos anunció, conduciéndonos al interior del apartamento—. Las buenas noticias son que a partir de ahora van a verme con mucha más frecuencia, por lo menos durante un tiempo. Las malas es que he tenido que exiliarme.

André y yo nos quedamos demasiado estupefactos como para pronunciar palabra.

—He sido denunciado —explicó el conde, llevándose una mano a la cabeza—, por mi sirviente. ¿Pueden creerlo?

—¿Denunciado? —exclamó André—. ¿Por qué?

—Oh —dijo el conde, haciéndonos un gesto para que nos sentáramos a una mesa junto a la ventana—, en un estado policial no hace falta ninguna razón.

Nos explicó que había venido a París con la intención de quedarse hasta que las elecciones tuvieran lugar en Berlín. Se había opuesto a las tácticas de terror empleadas por los nazis para poner a Hitler en el poder y había apoyado un congreso de Libertad de Expresión celebrado en la sala de conciertos Kroll. Hubiera resultado peligroso para él quedarse mientras la guardia de asalto campaba por las calles. Pero un amigo se había puesto en contacto con él y le había advertido de que no regresara a Alemania. El sirviente del conde, Friedrich, lo había delatado. Los nazis habían registrado la casa del conde y habían encontrado una bandera republicana en el desván.

El conde me contempló largamente, con las lágrimas nublándole la mirada.

—Es algo terrible tener que..., bueno, es terrible ser traicionado.

Le pasé un brazo por los hombros. No era momento para formalismos.

—Siento como si esto fuera un mal sueño y sigo deseando despertarme —dijo—. Leo, doy paseos, me reencuentro con viejos amigos, pero durante todo el tiempo soy consciente del dolor que me oprime el corazón.

—¿Es cierto que están persiguiendo a los judíos? —pregunté.

El conde asintió.

—Los apalean en la calle y los echan del trabajo.

Pensé en *monsieur* Etienne y Odette. Me sentí feliz de ser francesa.

—Una cosa así no podría pasar aquí —afirmé—. Los franceses no lo permitirían. Católicos, judíos, aquí todos son iguales.

—Nosotros pensábamos lo mismo en Alemania —replicó el conde—. Pero Hitler ha persuadido a gente que normalmente no mataría una mosca para que apoyen sus actos de brutalidad. —Se cubrió los ojos con las manos—. Me pone enfermo pensar en ese filisteo gobernando Alemania. Me pregunto a mí mismo: ¿cómo ha podido suceder esto? Aquellos de entre nosotros que podríamos haberlo detenido... ¿hacia dónde estábamos mirando? De repente, artistas, escritores e intelectuales son relegados a ciudadanos de segunda y los vendedores de queso y pepinillos son los únicos que cuentan para algo.

—Hay gente en las altas esferas que también apoya a Hitler —repuso André—. ¿Cómo si no podría haber conseguido la cancillería?

—Eso es cierto —le respondió el conde.

Paseé la mirada por el apartamento y me percaté de que el único mueble en la habitación contigua era una cama de metal a la que le faltaba una pata. La cuarta esquina descansaba sobre una silla. A pesar del aspecto desvencijado del apartamento, era más acogedor que en los que yo había residido cuando llegué a París, pero no era lo bastante cómodo como para que viviera en él un hombre enfermo. Me pregunté si el conde tendría suficiente dinero. Y si no lo tenía, me asaltó la duda de cómo podría preguntárselo sin herir su orgullo. André y yo le proporcionaríamos con gusto un apartamento más adecuado.

André debía de estar pensando exactamente lo mismo que yo.

—¿Qué tiene pensado hacer? —le preguntó al conde—. Tengo un apartamento en la orilla derecha que está a su entera disposición durante el tiempo que desee.

El conde le dio unas palmaditas a André en la muñeca.

—Soy afortunado por tener amigos como usted y Simone. Pero estoy bien. He dado instrucciones para que se venda mi residencia de Weimar. Después, tengo pensado mudarme a Mallorca. Siempre he soñado con retirarme a una isla.

Logró dedicarnos una lánguida sonrisa antes de que se viniera abajo su compostura.

—No, en realidad no es eso lo que siempre he soñado —confesó, tapándose los ojos con las manos y llorando—. Deseaba vivir hasta el final de mis días en

Alemania...

Pronunció el nombre de su país del mismo modo que una madre exclamaría el nombre de un hijo perdido. Me produjo un nudo en la garganta. Miré por la ventana. El cielo se había encapotado y reflejaba el carácter lúgubre del día. En algún lugar se avecinaba una tormenta, pero no tenía idea de por dónde se aproximaría la tempestad.

En 1934 mi madre y mi tía vinieron a pasar una temporada conmigo en París. Estaba muy ocupada con el espectáculo y transcurriría algún tiempo hasta que pudiera volver a la finca de nuevo. Aquella no era su primera visita; a tía Yvette le encantaba París y aceptó la oferta que André le hizo de ponerles un coche con chófer para que mi madre y ella pudieran hacer excursiones a Versalles y a Senlis. Mi madre se mostraba más reservada a la hora de dar su opinión sobre la ciudad, y sabía, por el modo en que contemplaba a los flamantes camareros de los cafés y por la manera de quedarse quieta siempre que se atascaba entre los apresurados peatones, que nunca habría dejado Pays de Sault de no ser por mí.

Se negó a dejarme comprarle ropa nueva y visitamos museos y comimos en *brasseries*, y a todos aquellos lugares mi madre llevaba su traje tradicional de la Provenza. Cuando la gente la observaba fijamente, ella les devolvía la mirada. Y era ella la que más aguantaba siempre. André se lo tomaba con calma y normalmente nos acompañaba a restaurantes de estilo provenzal para que mi madre y mi tía se sintieran cómodas. Aquello me hacía quererle aún más; y a mi madre y a mi tía les pasaba lo mismo. Porque, aunque la comida nunca llegaba al nivel de los platos que ellas mismas preparaban en casa, siempre se deshacían en elogios y alabanzas como si estuvieran probando la mejor cocina del mundo.

Un día nos cruzamos con Guillemette y Félix en el Pare de Monceau. Guillemette nos había visto acercándonos y trató de introducir a Félix por otro sendero para cambiar de dirección, pero frustró su intento un grupo de monjas que venía en dirección contraria. Guillemette miró por encima del hombro a mi madre cuando André se la presentó, e incluso Félix, con todo su esnobismo, se ruborizó por la grosería de su esposa. Sin embargo, si mi madre se dio cuenta, no lo demostró. Saludó a Guillemette de forma majestuosa, como correspondía a su rango, por ser la curandera de la aldea y la propietaria de una de las fincas de lavanda más prósperas de nuestra región. Guillemette abrió los ojos como platos, desconcertada al ver que mi madre había conseguido colocarse con tanta facilidad por encima de ella. Para colmo, mientras nos separábamos, tía Yvette me susurró lo suficientemente alto como para que todo el mundo lo oyera que una cucharada sopera de aceite de oliva le vendría bien para «ese tipo de mal». Con aquello, se refería a lo que había interpretado como estreñimiento por parte de Guillemette.

—Mi madre y mi tía parecen inofensivas, pero ambas tienen un perverso sentido del humor —le expliqué a André más tarde mientras se revolcaba de la risa en el sofá de su apartamento.

Se comportaba como si la actitud altiva y condescendiente de mi madre y la

interpretación de mi tía sobre el rostro constreñido de Guillemette fueran lo más divertido que había visto en su vida.

—Están tan orgullosas de ti —me dijo, secándose las lágrimas—. Se ve en cómo te miran.

«Pobre André», pensé. Sabía lo mucho que le habría gustado ver ese mismo orgullo en los ojos de su padre.

Un día André llevó a tía Yvette al Louvre y nos dejó a mi madre y a mí para que pasáramos juntas la mañana. Miré al otro lado de la mesa del comedor a mi madre, que estaba remendando uno de mis camisones con su consabido hilo rojo. Puede que yo fuera una estrella de cine y de teatro, pero seguía siendo la hija de aquella mujer pausada y misteriosa. Me pregunté por qué ella y mi padre no habrían tenido más hijos. Quizá los Fleurier no eran excesivamente fértiles. Tía Augustine no había tenido descendencia y tío Gerome nunca había logrado dejar encinta a tía Yvette.

Cuando yo era niña, mi madre no me parecía una mujer normal. Siempre había sido un enigma. Pero ahora que era adulta sentía curiosidad por saber más sobre ella.

—*Maman*, ¿cómo salvaste la vida de papá cuando en el hospital lo habían dado por muerto? —le pregunté.

Mi madre continuó cosiendo. Se tomó tanto tiempo en contestarme que pensé que no había oído mi pregunta. Sin embargo, finalmente dijo:

—Una noche, cuando había luna llena, entré a hurtadillas en el hospital con una cesta que contenía trece huevos. Tu padre se estaba muriendo de una infección que se le había extendido por todo el cuerpo, así que abrí las cortinas para dejar entrar la luz de la luna y froté cada milímetro de su piel con los huevos y mientras tanto canté una oración curativa. Deseché los huevos enterrándolos en diferentes lugares del bosque. Por la mañana, cuando el médico vino a ver a tu padre, estaba sentado en la cama. Curado.

—Pero ¿por qué no le sanaste el ojo y la pierna? —le pregunté.

Ella levantó la mirada y me sonrió.

—Ya te dije cuando eras pequeña que eres demasiado lógica. Para ti todo es blanco o negro. Por eso yo soy sanadora y tú cantante.

—Pero ¿por qué, *maman*? ¿No puso a prueba tu fe que papá no se curara por completo?

Mi madre hizo el nudo final al hilo rojo y apartó su labor.

—No, mi fe se fortaleció —replicó—. ¿Quién sabe por qué las cosas ocurren de un modo u otro? Yo nunca pretendí cambiar lo que debía ser de cierta manera. Lo único que yo perseguía era el conocimiento y la belleza de lo que ya es.

Percibí que estaba intentando enseñarme algo, pero me resultaba difícil comprender la lección. Contempló mi rostro atribulado, alargó el brazo por encima de la mesa y me dio unas palmaditas en el mío.

—Tu padre fue un buen hombre desde el principio, pero se convirtió en una persona aún mejor debido a sus heridas. Quizá tuviera un ojo de menos, pero veía las

cosas con más claridad.

—¿Qué quieres decir?

—Se volvió más visionario sobre la finca. Recuerda, fue tu padre el que decidió plantar lavanda. Ya no se sentía satisfecho únicamente con seguir los pasos de su propio padre. Se convirtió en un hombre hecho y derecho de un modo que Gerome jamás logró.

Al final de la visita, André nos llevó a la estación y ayudó a mi madre y a tía Yvette con el equipaje. Mi madre sonrió a André y después se volvió hacia mí.

—Me estoy haciendo vieja —susurró—. No estaré en este mundo para siempre.

Me sentía demasiado feliz por haber pasado un tiempo con ella y tía Yvette como para dejar que sus palabras me entristecieran.

—*Maman*, ¡pero si apenas tienes cuarenta y cinco años!

—El tiempo que pasamos en el mundo no siempre se corresponde con nuestra edad —respondió—. Cásate, Simone. Trae mala suerte para André y para ti que os améis pero estéis esperando tanto para formalizarlo con una unión sagrada. La familia de tu padre estuvo contra mí desde el principio, pero nunca les dejamos que se interpusieran en nuestro camino.

Me inundó un sentimiento de gratitud y le cogí las manos con fuerza. Nunca le había contado nada a mi madre sobre la familia de André y su actitud hacia mí, o lo que me dolía que me rechazaran. Había adivinado que no todo iba bien por el modo tan grosero en que la había tratado Guillemette.

Sonó el silbato del tren y les dije adiós con la mano a mi madre y a tía Yvette.

—Os veré en la finca en un par de meses —grité—. Dadle saludos de mi parte a Bernard.

Mi madre tenía razón: los Fleurier se habían opuesto a ella por ser una extraña, y, aun así, mi padre se había casado con ella. Sin embargo, una luz iluminaba el futuro para André y para mí. Había abordado el tema con su padre, le había dicho que me amaría eternamente y él le había prometido que si seguíamos estando juntos cuando André cumpliera treinta años, se convencería de que yo era una buena pareja para su hijo. Para mis adentros, pensé en que no debía hacerle caso a la actitud condescendiente que *monsieur* Blanchard demostraba por mí. Independientemente de lo rica que me hiciera por mi propio trabajo, me trataba como a una especie de frívola cazafortunas. No podía evitar preguntarme si *monsieur* Blanchard se habría dejado convencer de haber sido André su hijo favorito.

Camille volvió de Alemania en 1930, cuando la industria cinematográfica se convirtió al sonido y no podía seguir gesticulando las palabras simplemente. Siempre que nos encontrábamos en estrenos o bailes, nos prometíamos que algún día nos pondríamos al día, pero nunca lo hacíamos. Eso fue hasta el verano de 1935, en el que Camille alquiló una villa en Cannes con su amante, Vincenzo Zavotto, heredero de la familia italiana dedicada al transporte marítimo. Nos invitó a André y a mí a quedarnos allí en agosto.

—Nunca he entendido por qué te relacionas con Camille Casal —se quejó André cuando le hablé sobre la invitación de Camille—. Se comporta de una manera tan condescendiente cuando te habla que es como contemplar a un gato torturando a un ratón.

La opinión de André me sorprendió. ¿Así era como nos veía? Cuando yo era más joven idolatraba a Camille, pero nuestra relación había cambiado a lo largo de los años. Mi éxito nos había colocado en una situación más igualitaria, aunque éramos más compañeras de profesión que amigas. Nunca confiaría en Camille como lo hacía en Odette.

—La conozco desde hace muchos años —repuse—. Me consiguió mi primer papel en el Casino de París. Me daría vergüenza rechazar su invitación ahora.

—Como quieras —me dijo, acariciándome el cabello—, estaré encantado de ir contigo. Pero ten cuidado con ella. Tiene la reputación de ser una víbora.

André no me estaba diciendo de Camille nada que yo no hubiera oído antes en boca de otras personas. El carácter indiferente y oportunista que demostraba no le había granjeado demasiadas amistades. Pero yo conocía la historia de su hija y eso me hacía interpretar sus motivos de forma diferente. Si yo hubiera dado a luz un hijo ilegítimo, habría contado con la ayuda de mi familia. Camille no tenía a nadie. Ella había demostrado generosidad para conmigo; así que pensaba que no era un precio demasiado alto mantener su amistad, al menos, socialmente.

El contraste entre el azul de la bahía de Cannes y las blancas paredes encaladas de la villa en la falda de una colina me recordó a los dos colores que siempre había asociado con la Provenza. Camille y Vincenzo estaban tomando el sol junto a la piscina cuando André introdujo el automóvil por el camino de entrada de gravilla. Vincenzo, con el cabello engominado hacia atrás y la piel muy bronceada, se levantó de un salto para recibirnos. Camille le siguió pausadamente.

Vincenzo se presentó con un afectado acento francés. Era un play-boy de pies a cabeza con sus gafas de sol cuadradas, bañadores con cinturón y pedicura perfecta. No obstante, resultaba simpático cuando enseñaba su sonrisa de dientes nacarados. Había oído que Camille seguía enamorada del oficial del Ministerio de Defensa y que

solo frecuentaba a Vincenzo por diversión.

Camille llamó a la sirvienta para que nos trajera algo de beber.

—Debéis de estar agotados por el calor —comentó—. Me sorprende que hayáis decidido venir conduciendo.

—Nos hemos tomado nuestro tiempo —le contestó André—. Hemos hecho un par de descansos durante el camino.

—Muy sensato —comentó Vincenzo—. Venid, sentaos. La sirvienta os mostrará vuestras habitaciones después.

Nos sentamos a la mesa junto a la piscina. La sirvienta nos trajo copas de Pernod. El sabor anisado me recubrió la lengua y me transportó a la Marsella de 1923, cuando *Bonbon* y yo recorríamos la Canebière pasando por delante de los cafés. *Bonbon* ya estaba muy mayor y sus compañeros, *Olly* y *Chocolat*, habían fallecido. Camille se quitó las gafas de sol y se frotó los ojos. Todavía era muy hermosa, pero ya se le notaban ciertas marcas de la edad. Su piel ya no parecía de nata, tenía pecas en las mejillas y líneas de expresión que le rodeaban los ojos. Pero en mi mente ella seguía siendo la máxima diosa de la pantalla.

Tras la cena de aquella noche, Camille se quedó dormida en el sofá.

—Ha tomado demasiado el sol —comentó Vincenzo con una gran sonrisa—. Vosotros dos deberíais ir a dar un paseo por la playa.

Después de haber pasado en el coche los últimos dos días, la idea de estirar las piernas me resultaba tentadora, e hicimos caso de su sugerencia.

—Aspira este aire —le dije a André, corriendo por la tibia arena hasta el agua. Las olas burbujaban como leche espumosa alrededor de mis tobillos—. Y mira la puesta de sol. ¡Es tan hermosa! Estoy segura de que el crepúsculo en el sur de Francia dura más que en ningún otro sitio del mundo.

André se colocó detrás de mí y me puso las manos sobre los hombros.

—Es agradable estar así, ¿verdad? Aquí, al aire libre.

—Sí que lo es —asentí—. Me recuerda a nuestro primer viaje en el *Île de France*. André apretó su mejilla contra la mía.

—Simone, voy a cumplir treinta años en diciembre. Cuando regresemos a París, voy a decirle a mi padre que nos vamos a casar.

Me volví para mirarle.

—¿Tú crees que nos dará su bendición?

Me besó prolongadamente.

—Todo el mundo sabe que sí. El mismo sabe que dará su aprobación. He elegido a una mujer bella e inteligente que habla varios idiomas y es una elegante anfitriona. Tú estás lo menos tres escalones por encima de cualquiera de las hijas de sus amigos. Además, el hecho de que me ames y me comprendas me hará mejor empresario y mejor padre. —André apoyó su barbilla sobre mi hombro—. Él y el resto de la alta sociedad parisina saben que no ha habido ninguna otra mujer aparte de ti.

Me volví para contemplar el océano. ¿Así que era cierto? ¡Qué rápido me estaba

cambiando la vida! Había disfrutado mi paso por el teatro y por el cine, pero no podía continuar a aquel ritmo para siempre. Casi tenía veintisiete años y quería tener al menos cuatro hijos. Me imaginé varias manitas minúsculas alargándose para cogerme la mía y cuatro caritas mirándome: dos niños y dos niñas.

—Ya se lo he dicho a mi madre —me confesó André.

—¿Qué te ha dicho ella?

—Me dijo que debíamos buscar una casa.

El sol pareció quedarse congelado en el cielo y el agua alrededor de mis pies se apartó por la marea.

—¿De verdad?

—Quizá en Neuilly o Les Vésinet. Algún lugar en el que podamos tener jardín, pero no muy lejos de la ciudad.

Así que por fin nuestra paciencia y nuestra fe estaban dando sus frutos. *Monsieur* Blanchard no podía negarnos la felicidad que nos habíamos ganado. Sonreí, pensando en lo maravilloso que sería que finalmente André y yo pudiéramos vivir como marido y mujer. Le había amado ardientemente durante todos aquellos años que habíamos pasado juntos, pero a veces había albergado dudas sobre si *monsieur* Blanchard realmente nos permitiría casarnos. Y, sin embargo, por alguna razón, todo había acabado por resolverse. Por fin iba a convertirme en la esposa de André.

André durmió hasta tarde la mañana siguiente, mientras que yo me despejé totalmente mucho antes del desayuno. Miré por la ventana el océano verde azulado y me alegré de ver a Camille sentada junto a la piscina, contemplando a Vincenzo nadar varios largos.

—Pareces tan feliz como un gato que acaba de atrapar un pajarillo —me saludó Camille, levantando la mirada desde su hamaca cuando salí al patio.

—André y yo nos vamos a casar —anuncié, olvidándome de que André me había advertido que fuera precavida con ella.

Ya habíamos esperado lo suficiente; quería comunicarle las buenas noticias a todo el mundo.

Camille pareció sobresaltarse, como si, de alguna manera, yo la hubiera insultado.

—¿Te lo ha pedido?

Asentí. Dirigió la mirada hacia la piscina.

—¿Estás segura? Puede que él te ame, pero no creo que sus padres lo aprueben. Este tipo de familias se casa para adquirir poder.

Su tono de voz era seco y duro. Yo vacilé, sin saber cómo reaccionar ante su falta de entusiasmo.

—Lo han sabido durante años —le respondí—. La madre de André me adora y su padre prometió que si todavía seguíamos juntos cuando André cumpliera treinta años, él nos daría su bendición.

Camille no parecía convencida. Me contempló detenidamente, observando mi cuerpo y mi atuendo. Me sentí como una niña delante de su profesora. Estaba

diciéndole la verdad, pero me hizo sentir como si le estuviera mintiendo. Me di cuenta de que yo iba a conseguir lo que Camille siempre había ansiado y nunca había obtenido: alguien que les proporcionara seguridad a ella y a su hija. Siempre había ido un paso por delante de mí, pero en esto en concreto era yo la que iba a ganar.

—¿Os ha dado *monsieur* Blanchard su permiso formalmente? ¿Ha hecho un comunicado público? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Todo eso tendrá lugar cuando André y yo regresemos a París.

El rostro de Camille adquirió una expresión más serena, pero algo extraño se le quedó en la mirada.

—Haz lo que quieras —me dijo, reclinándose en la hamaca y colocándose las gafas de sol—. Yo solo pretendía prevenirte, porque conozco a ese tipo de familias. Lo único que puedo hacer es predecir que las cosas terminarán mal para ti, incluso si te permiten casarte con él.

Comprendí que esto nos había distanciado. Camille no estaba acostumbrada a no llevarme ventaja en nuestra relación. Pero ahora que estaba a punto de casarme con André, me sentía más segura de mí misma y menos necesitada de su aprobación. Me encogí de hombros y me volví para bajar a la playa. Me contentaría con disfrutar yo sola de mi alegría si Camille no quería compartirla conmigo. Pero no pude desembarazarme del escalofrío que me produjo el tono premonitorio de sus palabras.

Tan pronto como volvimos a París, André y yo nos embarcamos en la búsqueda de una casa. Delimitamos el territorio en un mapa y nos aprendimos de memoria los nombres de las calles. Reservé las «horas de cine» para emplearlas en ponerme en contacto con agentes inmobiliarios e inspeccionar casas. Reclutamos a Odette y a Joseph, puesto que pretendíamos que se encargaran de decorar y amueblar la casa. Los cuatro recorrimos Neuilly de arriba abajo. Paul Derval sugirió que nos fijáramos en los nombres de calles y de casas con trece letras para que nos diera buena suerte, pero dejamos que *Kira* fuera nuestra guía. Cuando llegábamos a una casa, la colocábamos junto a la puerta. Si levantaba la cola y se introducía tranquilamente por la puerta, olfateando el camino y siguiendo el rastro con su naricilla hasta la casa, nosotros la seguíamos. Si no lo hacía, entonces no existía ninguna razón para seguir adelante.

—Te gustará esta —anunció Joseph una mañana mientras nos conducía por una calle bordeada de árboles—. El exterior y el jardín son perfectos. Y el interior lo desmantelaré para crear algo hermoso para vosotros.

Aparcó frente a una casa con paredes de color avena y postigos y columnas blancos. El jardín estaba lleno de maleza, con lilos y rosas silvestres.

—Parece tranquilo —comenté.

Coloqué a *Kira* junto a la puerta del jardín y vaciló un instante, olfateando el aire. Al llegar a la mediana edad, había adquirido cierto aire de matrona y era muy terca. Pero entonces avanzó y se paseó lentamente por el camino de entrada hasta la puerta

principal. Los demás la vitoreamos.

—Los colores del interior son espantosos —nos advirtió Odette mientras Joseph introducía la llave en la cerradura—. Ignoradlos. Pensad en el diseño.

El recibidor era de color azul cielo con motivos dorados y el suelo de baldosas blancas y negras. Había una silla en la esquina y, tirados a su alrededor, varios libros polvorientos.

—Imagináoslo todo en beis y blanco —dijo Odette, conduciéndonos a la sala de estar—. Con maderas de color natural, líneas elegantes y un par de muebles *directoire* y jarrones japoneses mezclados para darle un toque suave.

—Me gusta cómo suena —comentó André mientras subíamos las escaleras hacia el piso de arriba.

Joseph abrió unas puertas dobles y nos introdujo en una habitación llena de luz con una chimenea de mármol y amplios ventanales.

—Este es el dormitorio principal.

—¡Es enorme! —exclamé yo—. Y tiene vistas al jardín principal.

Joseph y André pasearon por el pasillo, abriendo las puertas del resto de las habitaciones mientras Odette y yo dábamos vueltas por el dormitorio principal e imaginábamos las posibilidades de decoración.

—Jean-Michel Frank me diseñó el mobiliario para una *suite* en madera oscura y tapicería de marfil —me contó Odette—. Algo así quedaría muy bien.

—¡Simone, corre, ven! —gritó André desde el piso de abajo.

Odette y yo encontramos a los dos hombres en una habitación con puertas correderas que daba al jardín. André se volvió hacia mí.

—¿No sería esta una sala de música perfecta? ¿O una sala de baile? Podríamos barnizar el suelo y... *voilà!* —exclamó, moviendo los brazos como si bailara un vals.

Kira apareció por debajo de una mesa, brincó por la habitación y empujó las puertas antes de escaparse hacia el jardín.

—¿Podéis tenerla lista para finales de año? —le pregunté a Joseph.

—Por supuesto —contestó, cruzando los brazos e inspeccionando la habitación —, estaré encantado de hacerlo.

André y yo nos sonreímos. Lo único que quedaba era decírselo a *monsieur* Blanchard de manera formal, cosa que André pensaba hacer al mes siguiente, cuando su padre y él viajaran a Portugal por negocios.

Reduje mis compromisos laborales y, en su lugar, invertí toda mi energía en la casa. Había muy poco trabajo estructural que hacer, así que la decoración avanzó rápidamente. El esquema de colores propuesto por Odette para el interior —caramelo, vainilla, café con leche, cacao y crema— tenía un aspecto tan delicioso que a veces sentía la tentación de lamer las paredes. Aquellos tonos le darían un toque cálido al moderno mobiliario, que tenía acabados en carey, bronce y piel.

Una tarde, Odette y yo nos sentamos en la terraza para planear el diseño del jardín. No podríamos hacer mucho hasta la primavera, pero como los arreglos de la

casa ya estaban en marcha, queríamos seguir avanzando.

—Tiene una visita, *mademoiselle* —anunció Paulette, mi sirvienta.

—¿Quién?

—*Madame* Fontaine.

Miré a Odette fijamente.

—La hermana de André.

Le dije a Paulette que condujera a Guillemette a la terraza y que nos preparara el té.

—¿Quieres que me vaya? —ofreció Odette.

Negué con la cabeza.

—No ha concertado una cita para verme, así que ¿por qué deberías irte? Además, es una bruja. No quiero enfrentarme a ella a solas. Estoy segura de que viene a decir algo desagradable sobre la casa.

Paulette volvió con Guillemette. La hermana de André ya tenía tres hijos y la maternidad no parecía haber mejorado su figura ni su temperamento. Apenas esperó a que Paulette se retirara y que le presentara a Odette para señalarme con un dedo acusador y vociferar:

—Así que se cree usted que ha triunfado, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir? —le pregunté.

Avanzó un paso, tratando de intimidarme. Tenía una corpulencia imponente, pero yo era más alta y me disgustaba demasiado como para sentirme amenazada por ella.

—¿Cree que puede introducirse a la fuerza en mi familia y arrastrarnos a todos a su nivel?

Odette dejó escapar un silbido de sorpresa.

—Yo no he hecho tal cosa, no me he introducido a la fuerza en...

—Pretende usted casarse con mi hermano, ¿no es así? —me espetó, haciendo un gesto hacia la casa—. Me parece que ese es exactamente su plan.

Crucé los brazos. Recordé cómo había tratado Guillemette a mi madre y me enfureció tanto como si acabara de suceder un momento antes. Sí, yo me había labrado una carrera como artista, pero nunca había bailado desnuda. André era el único hombre con el que había estado. Y tenía suficiente dinero propio como para no necesitar la fortuna de la familia Blanchard. Lo único que pretendía era casarme con el hombre al que amaba.

—Eso —le respondí— no es asunto suyo.

Los ojos de Guillemette adquirieron un tono rojizo. Su rostro se ruborizó tanto que pensé que iba a incendiarse de un momento a otro.

—Pues claro que es asunto mío —chilló—. Tengo tres hijos y no quiero que ninguno de ellos tenga por tía a un ser inmoral. Ya la he tolerado bastante tiempo como acompañante de André, pero está claro que no la toleraré como su esposa.

Odette se puso en pie.

—*Madame* Fontaine, si no puede usted hablar con calma y educación, le sugiero

que se marche —le dijo.

El aplomo de Odette ante la histeria de Guillemette me recordó a esos cuentos de hadas en los que una hermosa princesa debe enfrentarse a una malvada bruja. Guillemette me acusaba de tener un comportamiento abyecto, pero Odette le había demostrado que la única ordinaria allí era ella misma.

Cuando Guillemette se dio cuenta de que no podía asustarnos, se volvió para marcharse. No obstante, antes de hacerlo, me señaló con el dedo de nuevo. Estaba a punto de hablar, pero se paró en seco. En su cara se dibujó una sonrisa. Apartó a Paulette de un empujón cuando estaba saliendo a la terraza con una bandeja y entró como una exhalación en la casa. Unos minutos después, escuchamos el motor de un coche arrancando.

—*Mon Dieu!* —exclamó Odette—. No he conocido a nadie así antes en toda mi vida.

Sin embargo, yo no pude responderle. Me había desconcertado aquella última sonrisa de Guillemette.

El día que André debía regresar de Portugal me senté en la sala de estar toda la tarde, esperando escuchar el sonido de su coche. Había recibido un telegrama suyo para decirme que había llegado bien, pero después no había vuelto a saber nada de él. Regresó cuando ya había caído la noche, las ruedas de su automóvil crujieron sobre la gravilla y los faros brillaron a través de la ventana. Corrí a la puerta a encontrarme con él y estreché su cintura entre mis brazos, encogiéndome por el penetrante viento.

—Se avecina un vendaval —comentó, entrando en el recibidor y arrastrando con él un remolino de hojas y ramitas.

Le entregó su abrigo a Paulette.

—Ven —le dije—. La chimenea está encendida en la sala de estar. Te serviré algo de beber.

André levantó la mirada al techo y luego la paseó por las paredes y los muebles.

—Estas sillas —comentó, pasando las manos por la piel— son fantásticas. A uno le dan ganas de hundirse en ellas.

—Pues hazlo, por favor. —Le entregué una copa de coñac—. No puedo esperar para enseñarte el resto de la casa. Todas las habitaciones principales están ya terminadas.

—Después de cenar —respondió, tomando un sorbo de la copa—. No he comido nada en el tren.

—Bueno, pues entonces después de cenar.

Observé a André con más detenimiento. Estaba sonriendo, pero había algo más..., una expresión tensa en sus ojos.

—André, ¿qué ha pasado? —le pregunté, arrodillándome a su lado—. No me tengas en vilo.

Me contempló, distraído. Había interrumpido sus pensamientos, que estaban a kilómetros de distancia. «Es porque está cansado —traté de convencerme a mí misma

—, no porque su padre haya cambiado de idea». No, André me habría telefoneado o escrito inmediatamente si hubiera sido así. Le había hablado sobre la visita de Guillemette antes de que se marchara a Portugal y se había reído de ello. «Guillemette reacciona como una histérica ante cualquier cosa. Nunca se ha visto que mi padre le prestara atención», había comentado.

—Déjame enseñarte el dormitorio principal —le dije—. Mañana podrás ver el resto de las habitaciones, cuando hayas descansado.

Le conduje a la planta de arriba, señalándole los espejos y los muebles que Joseph, Odette y yo habíamos elegido. Aunque se mostraba entusiasmado con todos ellos, también parecía crecer su abatimiento con cada paso que daba. La chimenea en el dormitorio estaba encendida y *Kira* se había hecho un ovillo sobre una alfombrilla frente a ella. André avanzó hacia la gata. Siempre que lo veía, *Kira* se giraba sobre el lomo para que él pudiera rascarle la panza. André se agachó hacia ella, pero se detuvo a medio camino y se dejó caer al suelo como si le hubieran disparado. Corrí hacia él. Se tapó la cara con las manos, sollozando.

—¿Qué sucede? —le pregunté, meciéndolo entre mis brazos.

André se frotó la cara y me contempló.

—Te amo —me dijo—, quiero que estemos juntos para siempre.

Fuera, en la ventana, una ráfaga de viento sopló entre los árboles y en algún lugar oí una rama quebrándose.

El rostro de André se contrajo. Presionó su mejilla húmeda contra mi cuello.

—No te preocupes —le dije—. ¿Qué ha pasado? ¿Tu padre se ha negado a darnos su consentimiento?

—Es aún peor que eso —respondió, poniéndose en pie y trastabillando hasta la ventana—. Dice que si sigo adelante y me caso contigo, me repudiará de la familia.

Al principio, me sentí demasiado aturdida como para pronunciar palabra. Era lo más extremo que un padre podía hacerle a un hijo. Traté de pensar más despacio y con claridad. Apenas me habría sorprendido si *monsieur* Blanchard se hubiera negado a concedernos su permiso al principio, pero ¿a qué venía que hubiera retirado su palabra así, de repente? Si no se había tomado a Guillemette en serio, ¿qué podía haber provocado que actuara de aquella manera?

—¿Qué ha hecho que cambie de opinión? —le pregunté.

André sacudió la cabeza, mirándome con ojos desconcertados.

—Tiene que haber alguna forma de arreglarlo —murmuré—. Tiene que haberla.

—No, si no puedo estar contigo de forma legal.

André corrió hacia la cama y le propinó un puñetazo al colchón. «No —pensé—, por favor, no lo hagas. Por favor, no digas lo que creo que vas a decirme».

Su voz era casi inaudible por encima del aullido del viento.

—Mi padre espera que me case el año que viene, pero no contigo, Simone. Quiere que me case con la princesa de Letellier.

La tormenta todavía soplaba a la mañana siguiente cuando abrí los ojos y vi que

el viento había arrancado las hojas de los árboles que había junto a la ventana. Me dolían los huesos por el agotamiento. Tenía los ojos tan hinchados que me resultaba difícil parpadear. André todavía dormía, desplomado contra mi hombro como un hombre sumido en un coma. Habíamos llorado durante horas antes de quedarnos dormidos a primeras horas de la mañana, demasiado agotados como para seguir llorando.

¿Por qué nos hacía *monsieur* Blanchard algo así? ¿Por qué no podía dejarnos ser felices, como lo habíamos sido durante los últimos diez años?

Me deslicé fuera de la cama y miré por la ventana. Sentí la traición de *monsieur* Blanchard como una bofetada en plena cara. ¿Quizá había habido algún malentendido? Recordé la sonrisa de Guillemette. ¿Acaso le había contado a su padre alguna mentira?

Cuando André se despertó, me dijo que tenía que ir a su despacho a arreglar ciertas cosas. No podía reunir el valor de mirarle a los ojos. Cuando finalmente lo hice, vi en ellos un miedo irrefrenable.

—No me importa el dinero, Simone —me confesó—, ni el poder del nombre de mi familia. Lo dejaría todo por ti. Todo. No significan nada para mí.

«Sí, André —pensé—, sé que lo harías. Pero ¿y tu madre y tu hermana? ¿Podría yo pedirte que hicieras algo así por mí?».

Cuando André se marchó, me vestí y acudí a los estudios cinematográficos. Renoir me había pedido que representara un pequeño papel en su nueva película. Había accedido como favor porque era solo un día de rodaje, pero cuando vi que el resto de los actores me miraban sobrecogidos cuando llegué al plato, me arrepentí inmediatamente. ¿Tenía la fuerza suficiente como para poder pasar por eso precisamente ahora? Apenas el día anterior me había sentido tan feliz como cualquier futura novia a punto de casarse con el amor de su vida. Ahora todo parecía estar viniéndose abajo.

Estaba decidida a que ninguno de los actores del reparto ni del equipo, ni siquiera Renoir, me vieran llorar. André y yo todavía no habíamos sido derrotados. Siempre que había un descanso, me escabullía del plato y recorría el pasillo hasta la oficina vacía de la secretaria de producción. Allí, me desplomaba en una silla y dejaba fluir las lágrimas durante unos minutos antes de recomponerme, para empolvarme la rojez del rostro y regresar a grandes zancadas al plato como si fuera la mujer más afortunada del mundo.

Cuando terminó el rodaje, Renoir se sentó conmigo en la cafetería y habló durante una hora sobre una idea que se le había ocurrido para una producción franco-estadounidense en la que yo sería la protagonista. Aunque hablaba con energía y yo asentía con entusiasmo, cuando el chófer vino a recogerme y Renoir me besó en las mejillas me di cuenta de que no era capaz de recordar ni una sola palabra de la conversación.

—¿Va todo bien, *mademoiselle*? —me preguntó Paulette cuando llegué a casa.

La nota de preocupación en su voz casi provocó que me derrumbara. Traté de mantener la compostura, pero el esfuerzo hizo que mi voz sonara como si me estuviera atragantando.

—Hoy no me encuentro bien. Me voy a descansar a mi habitación.

Me tumbé en la cama y el miedo se apoderó de mí como si se tratara de niebla invernal. Nunca había considerado que el dinero pudiera ser algo que nos hiciera romper a André y a mí y, aun así, empecé a ver que era una posibilidad. Yo tenía una fortuna propia y de buena gana la habría cedido para que André pudiera montar un negocio independiente. Pero mis recursos no igualaban la riqueza de la familia Blanchard. Si a André lo repudiaba una de las familias más influyentes de Francia, aquello no jugaría a su favor. Los empresarios que necesitaran el apoyo de *monsieur* Blanchard padre no se mostrarían dispuestos a relacionarse con su hijo. André podía retomar su labor de representante en el mundo del espectáculo, pero ¿eso era realmente lo que quería hacer? Sabía lo mucho que había disfrutado de su trabajo a lo largo de los últimos años. ¿Podría dejar todo aquello y seguir siendo él?

Miré el reloj. Eran las cuatro en punto. Me pregunté si *monsieur* Blanchard todavía estaría en su despacho.

Esperaba que *monsieur* Blanchard me recibiera con la misma exasperación de un jefe ante el que se presenta un empleado despedido que quiere recuperar su trabajo, pero simplemente se comportó de manera evasiva.

—¿Quiere usted un café, *mademoiselle* Fleurier? —me preguntó, después de ofrecerme un asiento junto a su mesa.

—Ya sabe por qué he venido.

Asintió, con la mandíbula firmemente apretada, armándose de valor para una confrontación. Aquella no era su actitud habitual; estaba acostumbrada a que *monsieur* Blanchard se comportara de manera petulante. Sin embargo, aquel cambio de actitud solo fue temporal. Se sentó, movió su pluma del lado izquierdo al derecho de su mesa, y de vuelta al lado izquierdo, reuniendo fuerzas.

—El hecho de que usted haya venido aquí no cambiará mi decisión —aseguró—. Un hombre en la posición de André no puede casarse con quien le apetezca. Tiene que cumplir ciertas responsabilidades. El matrimonio no es un asunto frívolo. No obstante, estoy preparado para escuchar lo que usted tenga que decirme.

—¿El amor es una razón frívola para casarse? —le pregunté—. Si lo es, ¿por qué no se negó a permitir que nos casáramos hace años?

—El matrimonio tiene que ver con la familia, la reputación y el deber. No tiene nada que ver con el amor —me respondió *monsieur* Blanchard, doblando los dedos de la mano y contemplándose las uñas.

Mi impresión era cierta. Estaba tratando de ser evasivo.

—¿Y qué es lo que le ofende de mí a su sentido de la familia, la reputación y el deber que no le ofendía hace un año? —le pregunté.

Monsieur Blanchard se frotó los ojos.

—Creo que me ha malinterpretado, *mademoiselle* Fleurier. Siempre me ha gustado usted. No tenía ningún inconveniente con que André sintiera cariño por usted. No tengo ningún problema con que tengan una casa en común. Es más, no me importa que tengan hijos, pero esos niños nunca llevarán el nombre Blanchard. André debe casarse con alguien que provenga de una familia de buena reputación. Sin embargo, no veo ningún problema en que un hombre tenga una hermosa amante al mismo tiempo que una esposa obediente. De hecho, lo creo incluso necesario para la felicidad conyugal masculina.

Se me encogió el estómago. Fui cayendo en la cuenta de aquella terrible idea. Era de dominio público que *monsieur* Blanchard tenía una amante en Lyon. ¿Sería posible que André, que no era un mujeriego como su padre, hubiera malinterpretado sus intenciones con respecto a nosotros? Quizá *monsieur* Blanchard había dado su bendición a nuestra relación, pero no a nuestra unión.

—Continúe —le rogué.

Monsieur Blanchard apartó la mirada de mí y la dirigió hacia la ventana.

—Usted misma tiene que reconocer que el matrimonio entre André y usted no es adecuado. ¿Quién es su familia, *mademoiselle* Fleurier?

Me había movido entre la alta sociedad parisina lo suficiente como para conocer bastante bien los prejuicios de clase. Mi fortuna era mayor que la de la princesa de Letellier, cuyos orígenes no eran mucho más impresionantes que los míos propios. Su abuelo materno era un pescador de sardinas que hizo fortuna y compró una flota. Su madre había ganado el título casándose con el arruinado príncipe de Letellier. Y, aun así, mi posición social se consideraba más baja que la de la princesa de Letellier porque yo había labrado mi fortuna por mí misma y las mujeres hechas a sí mismas eran una amenaza para el *statu quo*. Coco Chanel era la mujer más rica del mundo, pero se la desairaba y se la trataba de simple «empresaria» en los salones de la élite de París.

Independientemente de por qué hubiera acudido a *monsieur* Blanchard, no iba a conseguir nada de él, y hasta que hablara con André no tenía sentido prolongar mi enfrentamiento con él. Me levanté de mi asiento.

—Yo tenía un tío como usted, *monsieur* Blanchard —le dije—. Era terco en su determinación por hacer lo que se le antojara. Murió con nada más que remordimientos a sus espaldas.

Monsieur Blanchard me miró a los ojos.

—No oponga resistencia, *mademoiselle* Fleurier —me advirtió—. No salvará a André casándose con él. De hecho, conseguirá destruirlo.

Me marché del despacho de *monsieur* Blanchard y no miré atrás. Sin embargo, en el bulevar se me ocurrió que *monsieur* Blanchard no se había comportado de una manera engreída o arrogante. Había hablado como si la decisión de algún modo no estuviera en sus manos.

André se sentó en el sofá de la sala de estar, sacudiendo la cabeza con

incredulidad.

—¿Así que mi padre piensa que eres aceptable como amante pero no como esposa?

Que un hombre tuviera una amante habitual no era algo fuera de lo corriente en los matrimonios de las clases altas. A las esposas no les gustaba, pero no podían oponerse a menos que estuvieran preparadas para perderlo todo conforme al Código Napoleónico. ¿Amaba lo suficiente a André como para prepararme a compartirlo con otra mujer? Hice una mueca por el dolor apabullante que sentía en el pecho, imaginándome diciéndole adiós a André con la mano mientras este conducía de vuelta a casa con su esposa y sus hijos legítimos.

—Es imposible —dijo André, acariciándome el cabello—. Te amo demasiado. Solo imaginar ser el padre de tus hijos y no poder darles mi nombre...

Unas semanas más tarde André fue a ver al conde Kessler a Lyon, donde estaba alojado con su hermana. La guerra civil española había llegado a Mallorca y los fascistas estaban ejecutando a los exiliados alemanes, por lo que el conde había regresado a Francia. Una tarde lloviznosa estaba sentada en la sala de estar cuando Paulette anunció que *madame* Blanchard había venido a verme. Desde la negativa de *monsieur* Blanchard a dejar que nos casáramos, André y yo habíamos evitado a su familia. Oscilábamos entre la realidad y un estado onírico. Habíamos pasado horas enteras en la ópera o paseando cogidos de la mano, en las que olvidábamos a lo que nos enfrentábamos y la vida parecía tan maravillosa como siempre había sido entre nosotros. Percibí que la llegada de *madame* Blanchard iba a resquebrajar esa frágil burbuja. De hecho, incluso antes de que Paulette abandonara la habitación, *madame* Blanchard se desplomó en un sofá, sollozando.

—Destruyó a Laurent y ahora pretende hacer lo mismo con André —prorrumpió.

Yo no había comido bien durante los últimos días y casi me desvanecí cuando me puse en pie. Sentí más lástima por *madame* Blanchard que por André o por mí misma. A fin de cuentas, ella tenía que convivir con aquel vanidoso tirano.

—*Madame* Blanchard —le dije, sentándome junto a ella y poniéndole la mano en la rodilla—. Usted siempre ha sido buena conmigo. Usted quería que André y yo nos casáramos, ¿verdad? Quería que fuéramos felices...

Hizo una mueca de dolor.

—Me habría sentido orgullosa de tener una nuera tan bonita como tú —respondió—. Y sé lo feliz que habrías hecho a André.

—¿No cabe alguna posibilidad de que *monsieur* Blanchard cambie de opinión?

Madame Blanchard negó con la cabeza. Me recorrió un escalofrío y me volví de espaldas. Por primera vez, consideré en serio la posibilidad de perder a André. Al principio, la negativa de *monsieur* Blanchard nos había empujado a creer con inquebrantable convicción que nuestro amor lo superaría todo. Pero ¿y después, qué? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que las presiones externas comenzaran a conspirar contra nosotros?

—Anoche tuve un sueño terrible —confesé, a medias a *madame* Blanchard y a medias a mí misma—. Estaba de pie en la playa en Cannes, contemplando cómo nadaba André. Podía oírle riendo y le veía saludándome con la mano. De repente, el sonido se desvaneció. Corrí hasta el agua, pero las olas me derribaron. A André se lo estaba tragando lentamente el mar y yo no podía hacer nada para impedirlo.

—Mi marido es fuerte como un toro —comentó *madame* Blanchard—. Así que no es una cuestión de tiempo, pues él nos sobrevivirá a todos.

En medio de la oscuridad, las palabras de *madame* Blanchard me resultaron muy cómicas. Me eché a reír y a llorar al mismo tiempo. *Monsieur* Blanchard cumpliría su amenaza de repudiar a André si se casaba conmigo, de eso no me cabía la menor duda. Comprendía su temperamento. Los hombres como *monsieur* Blanchard y tío Gerome no veían a sus familias como personas, sino como posesiones.

—¿No sería posible que André y tú fuerais felices sin estar casados? —preguntó *madame* Blanchard—. Él nunca amaré a otra mujer tanto como a ti.

Había luchado contra esa misma pregunta día y noche. Recordaba la época de Berlín con *mademoiselle* Canier y sabía que no seguiría amando a André con toda mi alma si tenía que compartirlo con otra mujer. También sabía en lo más hondo de mi corazón que así era como él se sentía hacia mí. Negué con la cabeza.

—Ahora se trata de hacer una elección entre usted, Veronique y yo.

Madame Blanchard se echó hacia atrás como si la hubiera golpeado.

—No me arrebate a mi hijo, Simone —exclamó—. La elegiré a usted si le hace escoger. A Veronique y a mí no nos quedará nadie. Ya perdí a Laurent. Guillemette es una abominación, tanto, que no puedo creerme que sea hija mía, y dejé de amar a mi marido hace años. Lo único que tengo en el mundo es a André y a Veronique.

Me puse en pie y me acerqué a la ventana, reclinándome sobre el alféizar. No podía soportar el sonido de la voz de *madame* Blanchard, tan cargado de dolor. Me siguió y me cogió las manos.

—Ya sé que adora a André —me dijo—, pero todavía es usted joven. Un buen día encontrará a alguien a quien pueda amar. Entonces, tendrá hijos propios y comprenderá lo compasiva que ha sido usted conmigo.

Cerré firmemente los ojos.

—Nunca encontraré otro André, *madame* Blanchard —repliqué—. Nunca jamás.

Cuando *madame* Blanchard se marchó, me quedé de pie en el jardín, mirándome las manos. Hasta que escuché el timbre de la puerta de entrada no volví en mí ni me di cuenta de que los dedos se me estaban poniendo azules. Un minuto más tarde, Paulette abrió las puertas correderas para decirme que *monsieur* Etienne me estaba esperando en la sala de estar. Pensé que sería agradable distraer mis pensamientos de la visita de *madame* Blanchard. Le pedí a Paulette que nos hiciera café, pero tan pronto como entré en la sala de estar y vi la expresión de reproche pintada en el rostro de *monsieur* Etienne, supe que aquella visita no iba a proporcionarme ningún consuelo.

—Será mejor que me diga qué está pasando, *mademoiselle* Fleurier —me conminó dulcemente.

Me había acostumbrado tanto a simular que no pasaba nada que mi sonrisa forzada surgió de manera natural. Sin embargo, André y yo nos habíamos ausentado de nuestros compromisos sociales y corrían varios rumores entre la prensa. Ya llegaría el momento de pedirle a *monsieur* Etienne que se encargara de los periódicos; ahora no podía enfrentarme a ellos. Primero tenía que enfrentarme a mí misma, y eso, de momento, no lo estaba llevando nada bien.

—No pasa nada —respondí—, he estado muy ocupada con la casa.

Monsieur Etienne se dio cuenta de mis evasivas.

—La familia Blanchard está haciendo comunicados sobre un inminente enlace, y usted y André no dicen nada —replicó—, así que será mejor que me lo explique. Con el príncipe Eduardo y Wallis Simpson en las noticias, cualquier cosa que se parezca lo más mínimo es como carne fresca para las fieras. Quiero ayudarla, *mademoiselle* Fleurier. Puede que usted goce de popularidad, pero la prensa va a ser brutal.

Aquella tarde tomé un taxi hasta el Boulevard Haussmann, donde se encontraba la tienda de Odette y Joseph. Me paseé por la acera durante un momento y las piernas me temblaron con tanta violencia que me hizo falta toda la concentración posible para poner un pie detrás del otro y entrar por la puerta. Me vi reflejada en un espejo. Tenía el pelo revuelto por el vendaval y las pupilas dilatadas por el miedo. Presentaba el mismo aspecto que el rostro del conde Kessler cuando se encontró exiliado de Alemania. Contemplé un cuadro de doncellas y sátiros y los colores se desdibujaron ante mi vista desorientada. ¿Qué estaba haciendo allí? Me desplomé de rodillas.

—¡Simone! —exclamó Joseph, levantándome del suelo. Me miró a la cara con una expresión de preocupación en el rostro—. Pasa —me dijo, poniéndome un brazo sobre los hombros y llevándome a su despacho—. Odette está en el cuarto trasero. Iré a buscarla.

—¿Qué más ha pasado? —preguntó Odette, cogiéndome las manos y ayudándome a sentarme en una silla.

Miró a sus espaldas a Joseph, que se dispuso a preparar té. Unos días antes, le había contado a Odette que *monsieur* Blanchard había cambiado de opinión.

—No sé por qué estoy aquí —confesé mientras las manos me temblaban tanto que no podía coger la taza de té que Joseph me había puesto delante.

Sin embargo, mientras hablaba, vi un agujero negro abrirse ante mí y sentí que mi futuro consistiría en una heladora corriente que me barrería de un plumazo. El sueño que había albergado en mi corazón durante diez años no iba a materializarse. ¿Cómo podía? André y yo habíamos vivido en una ilusión. Yo había confiado en su opinión de que nuestro amor conquistaría el mundo, porque él era mayor que yo y tenía más experiencia. Pero ahora comprendía que él había estado tan cegado de amor como yo.

La alta sociedad parisina nunca nos había apoyado, siempre había estado contra nosotros. ¿Realmente podía pedirle que abandonara a su familia y su posición social, que no volviera a ver a su madre o a Veronique nunca más? ¿Podía el amor más grande del mundo soportar tantos sacrificios?

—Si insisto en seguir con él, acabaré por destruirlo —admití.

Tan pronto como aquellas palabras surgieron de mi boca, comprendí que el poderoso vínculo que nos unía a André y a mí comenzaba a deshilacharse.

Odette me apretó el brazo. No me imaginaba que una mano tan delicada pudiera tener tanta fuerza.

—André y tú os habéis amado durante años —me dijo—. Siempre que escuches a tu fiel corazón, Simone, sabrás qué es lo que debes hacer.

Me tapé los ojos con las manos. Joseph se sentó junto a mí. Odette se quedó de pie y me rodeó con los brazos, sollozando.

—Sé fuerte, Simone. Joseph y yo te querremos independientemente de lo que decidas.

Cuando regresé a casa, entré en la sala de baile y mis tacones resonaron sobre el suelo entarimado. «¿No sería esta una sala de música perfecta? ¿O una sala de baile?». Recordé el rostro de André la primera vez que lo había visto en el Café des Singes. Me había preguntado entonces si él sería mi «cara amiga» para la que debía cantar. Diez años de recuerdos pasaron flotando ante mí: bailando en el Resi de Berlín; mi debut en el Adriana; nuestro viaje en el *Île de France* cuando nos hicimos amantes...

—Íbamos a ser tan felices... —susurré.

Me volví y caminé por el pasillo, pasando la mano por los muebles. Durante un momento de confusión, vi a André avanzando a grandes zancadas hacia mí, con cuatro niñitos correteando a su alrededor, pero, antes de que me alcanzaran, él y los niños se esfumaron en el aire.

«Siempre que escuches a tu fiel corazón, Simone, sabrás qué es lo que debes hacer».

André regresó de su visita al conde Kessler unos días después. Estaba demacrado, pero sonreía. Su sonrisa desapareció cuando vio mis maletas en el recibidor.

—¡Simone! —exclamó, desplomándose sobre una silla.

Pretendía ser fría y cruel. Quería hacerle más fácil que me olvidara. Pero cuando le miré a aquellos ojos oscuros y vi la ternura que reflejaban, me derrumbé y caí al suelo. André se agachó junto a mí.

—Quizá lo mejor sea que no nos veamos durante un tiempo —propuso, sacando su pañuelo y secándome la frente—. Así podremos pensar con la cabeza despejada y decidir qué es lo mejor que podemos hacer.

«Pobre André —pensé—. Va a seguir esperando hasta el último minuto». Me recosté y mecí mi propio rostro entre las manos.

—Esto es lo mejor que podemos hacer, André. No tenemos ni la menor

posibilidad de vencer.

Kira se frotó contra las rodillas de André. Él le acarició la cabeza y apartó la mirada.

—¿Y qué pasa con nosotros, Simone? ¿Qué será de nuestra felicidad?

Nos quedamos en silencio durante unos minutos. Cuando André finalmente se volvió hacia mí, nos miramos fijamente a los ojos, que se nos llenaron de lágrimas. En aquel instante, supimos que nuestro sueño había terminado y que nuestro tiempo juntos había llegado a su fin.

—Hemos compartido el amor de nuestras vidas, ¿no es así, Simone? —dijo André, recorriendo con el dedo mi mejilla—. Algo mucho más precioso que lo que la mayoría de la gente llegará a conocer.

Nos habían arrebatado el futuro que André y yo nos habíamos imaginado juntos. Pero nadie podía quitarnos lo que habíamos compartido. Los recuerdos de aquellos diez años juntos serían nuestro «por siempre jamás». Durante nuestra última noche en la casa, André le pidió al chef que preparara lucio del Loira en honor a nuestra primera noche en el *Île de France*. Después, hicimos el amor junto a la chimenea encendida. Recorrí con mis manos las mejillas y la barbilla de André, cada músculo y cada articulación, saboreando lo que se había convertido en algo familiar para mí con el paso de los años. Pasó la punta de los dedos por mi piel y presionó sus labios contra los míos. Paladeé el momento, olvidando el futuro lo mejor que pude. No me permití el lujo de pensar que a partir del día siguiente no volvería a sentir nunca más la presión de su pecho desnudo contra el mío o que no vería envejecer aquellos ojos oscuros. «Mi André» dejaría de ser mío; pertenecería a otra. Me atrajo hacia él y yo me aferré a su cuerpo con todas mis fuerzas, besándolo y enterrando mi rostro entre su pelo. No deseaba ver amanecer, no quería ver las primeras luces plateadas del alba que aparecieron en el cielo.

Después del desayuno, que ninguno de los dos probó, llegó el taxi y contemplamos al taxista cargando mis maletas en el maletero. Colocó a *Kira* en su cesta en el asiento trasero y mantuvo la portezuela abierta para que yo entrara. André me atrajo hacia sí. Nos mantuvimos abrazados durante unos segundos.

—Allá donde vayas, Simone, estés con quien estés, siempre te llevaré en mi corazón —me dijo.

—Y yo a ti en el mío.

Lentamente me separé de él y él aflojó su abrazo.

El taxista cerró la puerta cuando yo entré en el taxi. Limpié el cristal empañado de la ventanilla para ver a André. Tenía una postura tan formal que me dio la sensación de que iba a hacer un saludo militar. Solo la barbilla, que mantenía en alto, le tembló mientras luchaba por contener las lágrimas. Las puertas del jardín se abrieron de par en par y el taxi avanzó lentamente. *Kira* maulló. André y yo no apartamos la mirada del otro. Le observé hasta que giramos la calle y desapareció de mi vista.

TERCERA PARTE



Los meses tras mi separación de André fueron sombríos y anodinos. Estaba destrozada. No me sabía a nada la comida que me obligaba a mí misma a ingerir, a veces apenas podía respirar y por la noche me dedicaba a vagar por las habitaciones de mi nuevo apartamento en los Campos Elíseos hasta que me agotaba lo bastante como para poder dormir.

Minot me ofreció un contrato con el Adriana y me dediqué en cuerpo y alma al espectáculo, por miedo a que si paraba de trabajar no sería capaz de salir de la cama. No obstante, en cada representación me encontraba mirando al público con la esperanza de ver a André entre el mar de rostros. Se me aparecían fantasmas de él en mi camerino, sentados en su silla favorita y leyendo un libro, tal y como le gustaba hacer cuando el espectáculo ya estaba organizado. A veces me despertaba con un sobresalto en mitad de la noche, convencida de que había sentido el roce de su piel contra la mía. Pero André no estaba allí; ni en mi camerino ni junto a mí. Lo habían apartado de mi vida como una fotografía arrancada de un periódico. Lo único que quedaba era un enorme e irregular agujero.

Fue *monsieur* Etienne el que me informó del compromiso de André.

—André me lo ha contado personalmente —me explicó *monsieur* Etienne—. No quería que te enteraras por la prensa.

Aquellas noticias me traspasaron como una bala. Cuando nos separamos, André y yo habíamos convenido en que seguiríamos con nuestras vidas. Para él, eso significaba casarse. Yo pensaba que había logrado aceptarlo cuando decidí que no podíamos seguir juntos, pero no me esperaba el golpe que me supuso en realidad. Sin embargo, no sentí el compromiso de André como una traición. La decisión de acabar con nuestra relación había sido mía y él únicamente había accedido porque temía que la situación me estuviera haciendo daño.

—Quizá debería marcharse usted de París durante un tiempo —sugirió *monsieur* Etienne—. Todavía siguen vigentes esas ofertas de Hollywood.

Sabía que lo que quería era protegerme de la prensa francesa. Incluso a pesar de que las tropas de Hitler hubieran invadido la zona desmilitarizada de Renania, violando el Tratado de Versalles y dándole en las narices a Francia, los periódicos crearían muchísima expectación por una boda de la alta sociedad.

Rechacé su sugerencia. Puede que yo misma pensara que quedándome en París los cielos se abrirían un buen día y un milagro volvería a reunimos a André y a mí. Aquella esperanza era tan descabellada como la de un condenado a muerte que contempla la aurora asomarse por el horizonte y todavía cree que es posible que le perdonen en el último minuto. La noche de la boda me desplomé en el escenario, aquejada de una fiebre abrasadora. Mi agente publicitario anunció que padecía

neumonía y que iba a regresar con mi familia a Pays de Sault para recuperarme. Sin embargo, no había contraído ninguna enfermedad; sencillamente el mundo se había convertido en un lugar demasiado grande para mí. Había sufrido una crisis nerviosa.

Durante la enfermedad de tío Gerome mi madre se había instalado en casa de tía Yvette, junto con Bernard. Después de la muerte de tío Gerome se había quedado allí. Cuando volví a casa, mi madre comprendió que yo pasaba de desear compañía a necesitar soledad, por lo que me instaló en mi dormitorio de niña en la casa de mi padre. Cada mañana, ella encendía el fuego en la cocina y yo me pasaba el día junto a él, con *Kira* durmiendo en mi regazo. A veces me dedicaba a leer para distraerme, pero normalmente me limitaba a contemplar las llamas. Tenía la sensación de que estaba hundiéndome en la oscuridad y que, de algún modo, las llamas de la chimenea me proporcionaban algo a lo que aferrarme. Luché contra la pregunta que surgía una y otra vez en mi mente: «¿Qué estará haciendo André ahora?». Sabía dónde estaba y que no era conmigo.

—Cualquier criatura que sufre una conmoción necesita calor —sentenció mi madre, avivando el fuego.

Siempre había hablado muy suavemente, pero durante aquellos días únicamente me susurraba. Su voz estaba cargada de hechizos curativos; deseaba aliviar el dolor que yo albergaba en mi corazón.

A mediodía, tía Yvette avanzaba penosamente luchando contra el viento helador para traerme algo de comer. Un día era queso de leche de oveja con pan tostado y otro eran anchoas con huevos. En una ocasión en la que cayó una tremenda helada, preparó un estofado y Bernard la ayudó a traer la olla hasta la casa de mi padre.

—*Kira* y tú habéis llegado a pareceros a lo largo de los años —comentó Bernard, colocando la olla sobre la mesa, que despidió un vapor aromatizado a vino tinto y hojas de laurel y que invadió la estancia.

Tía Yvette le dedicó a Bernard una mirada de soslayo. Era el tipo de gesto que una esposa le dirigiría a su marido después de que la pasión se hubiera enfriado, pero quedara entre ellos el amor y el cariño.

—¿De qué estás hablando, Bernard? —le preguntó, echándose a reír.

Bernard sonrió mientras servía con un cucharón el estofado en un cuenco.

—Ambas son hermosas y elegantes.

Yo podría haber dicho lo mismo sobre tía Yvette y el propio Bernard.

Gracias a la cálida compañía de mi familia comencé a recuperarme, y cuando llegó la primavera sentí que estaba lo bastante bien como para dedicar mis días a pasear por los campos. Contemplaba a los gazapos saltando desde sus madrigueras y a los cabritos dando sus primeros pasos. Mis músculos recuperaron la fuerza y en mi rostro reapareció el color. Pero mi recuperación prácticamente se fue al traste un día que un coche extraño se acercó acelerando por el camino.

Vi desde la ventana de la casa que un hombre de espalda encorvada se apeaba del automóvil, sosteniendo algo bajo su chaqueta. Bernard lo saludó de lejos y se

aproximó hacia el muro de piedra, asumiendo que el hombre era un desconocido que se había perdido o un agricultor que pretendía comprar terreno en la zona. Pero, tras un breve intercambio de palabras, Bernard bajó tanto la voz que esta pasó a ser un mero gruñido.

El hombre se retiró, pero cuando lo hizo, me vio en la ventana. Sacó el objeto que llevaba bajo la chaqueta. Era una cámara. Me aparté de la ventana justo antes de que me tomara una fotografía. El hombre gritó:

—¡La prensa de Marsella quiere saber si *mademoiselle* Fleurier le enviará un telegrama de felicitación a André Blanchard ahora que la princesa de Letellier está esperando un hijo!

Bernard cogió una piedra y apuntó hacia el reportero, que se retiró a su coche. No estaba en la naturaleza de Bernard mostrarse violento, pero quería protegerme. Su amenaza resultó convincente, porque el reportero echó la chaqueta y la cámara en el interior del coche, pisó el acelerador y pronto no fue más que un punto en la polvorienta carretera.

Tras la visita del reportero, me recliné en el interior de la casa de nuevo, aunque el clima cada vez era más cálido. El primer hijo de André. No me había permitido el lujo de siquiera llegar a imaginarlo.

—He malgastado años de amor —le dije a mi madre un día que trataba de convencerme de que saliera al sol—. Estaba destinada a perder a André.

—Nada se malgasta, Simone —me respondió—. El amor que damos a los demás nunca muere. Solo cambia de forma. Nunca temas dar amor a los que te rodean.

Muy poco después, recibí un telegrama de *monsieur* Etienne informándome de que había recibido una invitación para cantar en la Exposición Universal de París.

—Es un honor —reconoció Bernard, leyéndoles el telegrama a mi madre y a mi tía—. Simone representará a toda Francia.

Era el mayor honor que podía conferírsele a cualquier artista francés y aquello demostraba lo mucho que había logrado. Pero yo era la cantante más famosa del país gracias a André.

—¿Qué sucede? —me preguntó mi madre.

Bajé la mirada.

—No puedo enfrentarme a París —respondí.

No me hizo falta mirarla para sentir su consternación.

Aquella era noche de luna llena y el aire tenía el deje cálido del principio del verano. Dejé los postigos de las ventanas abiertos y permití que la luz de la luna me iluminara la piel. Respiré los olores de mi niñez: lavanda y pino; ciprés y cedro. De repente, de entre las sombras, surgió mi madre ataviada con un vestido escarlata. Llevaba en la mano una cesta llena de huevos. Traté de sentarme, pero me pesaban tanto las piernas y los brazos que no pude moverme. Mi madre cogió los huevos y, uno por uno, fue haciendo rodar sus frías cáscaras sobre mí, canturreando en voz baja. Movié los huevos sobre mi frente, a lo largo de los brazos y por el pecho. Sentí

como si algo saliera de mi interior, como si se estuviera absorbiendo la oscuridad que me oprimía el corazón. Me frotó las plantas de los pies, me dio la vuelta y me acarició la espalda. Me sentí flotar, animada por una sensación de ligereza y alegría que me había abandonado desde que dejé a André. Me di la vuelta y me hundí en la cama tan suavemente como una pluma meciéndose en el aire. Noté el colchón contra la espalda y pude mover de nuevo las extremidades. Alcancé a ver a mi madre desapareciendo en las sombras y me sumí en un pacífico sueño.

A la mañana siguiente, cuando me desperté y vi el sol brillando sobre mi cama, comprendí que tenía que encontrar las fuerzas para regresar a París y reconstruir mi vida.

El día después de mi actuación en la Exposición Universal, *monsieur Etienne*, Minot y yo cenamos en uno de los cafés al aire libre en la zona de la exposición mientras degustábamos la comida de las diferentes provincias y escuchábamos una mezcla de acentos que zumbaban a nuestro alrededor. Los turistas habían regresado a París y las sonrisas iluminaban una vez más el rostro de los dueños de hoteles y restaurantes, tras años desde la Gran Depresión. Después, paseamos por los pabellones de Estados Unidos y España, y visitamos el jardín formal de fuentes que expulsaban chorros de agua con forma de árbol, seto o flor.

—Miren eso —les dije, señalando los surtidores del centro del Sena que expedían agua como géiseres. Unas luces doradas brillaban en la superficie del río.

—Han utilizado una fina capa de aceite espolvoreado con motas doradas para conseguir ese efecto —nos explicó Minot—. Cuando los focos iluminan el río, el agua brilla como si fuera de oropel. —Es muy bonito —comenté yo—. Y muy típico de París. —¿Entonces está usted contenta de estar de vuelta?— me preguntó *monsieur Etienne*, haciéndonos un gesto para que nos sentáramos en un banco.

Se metió la mano en la chaqueta y sacó un periódico. Me lo entregó, señalando un artículo de *Le Fígaro* de esa mañana:

Simone Fleurier, después de haberse ausentado de París durante casi un año, anoche llevó a cabo una actuación triunfal en la Exposición Universal. Ella es, y siempre lo será, nuestra estrella más rutilante; la luz más brillante de la Ciudad de las Luces. Bienvenida a casa, *mademoiselle Fleurier*. Nos alegra que haya vuelto, para levantarnos el ánimo con su voz vibrante y emocionarnos con su baile.

—¡Vaya declaración de amor! —exclamé—. Así que París finalmente me ha echado de menos.

—Todos la hemos echado de menos —aseguró Minot—. Está usted más triste —me dijo *monsieur Etienne*, apretándome la mano—, pero eso no afecta a su actuación. En todo caso, nunca la había oído a usted cantar con tanto sentimiento como anoche.

Percibí la compasión de sus palabras y agradecí que hubiera abordado el tema de André con tanta discreción. Caminamos hacia el Pont d'Iéna y la Torre Eiffel.

—Miren eso —nos dijo Minot.

Cerniéndose sobre nosotros estaba el pabellón alemán, iluminado por reflectores.

A la entrada, una enorme torre surgía entre el resto de pabellones. Sobre ella, había una enorme águila dorada que sostenía una esvástica entre sus garras.

Monsieur Etienne chasqueó la lengua.

—Se ve desde cualquier punto de la ciudad. Creo que es de muy mal gusto, teniendo en cuenta lo que ha sucedido en España.

Pensé en el cuadro de Picasso que habíamos visto en el pabellón español. Se llamaba *Guernica* y mostraba a una mujer llorando por el dolor, sosteniendo entre sus brazos a su niño muerto; un caballo destripado agonizando y una figura cayendo desde un edificio en llamas. Era la oda de Picasso al pueblo vasco, que había sido brutalmente bombardeado por los italianos con aviones proporcionados por los alemanes. Italia, Alemania, Inglaterra, Rusia y Francia habían acordado una política de no intervención en España, pero Alemania e Italia no estaban cumpliendo las reglas del juego.

—Cualquiera habría pensado que Francia se pondría del lado de la democracia —comenté—. Pero nos quedamos al margen y contemplamos como el legítimo gobierno republicano y sus partidarios están siendo masacrados por los fascistas.

—Tenga cuidado, *mademoiselle Fleurier* —advirtió *Minot*—, está usted hablando como si fuera judía. ¿No sabe usted que *L'Action Française* dice que los judíos pretendemos iniciar otra guerra en Europa?

—No pretendo iniciar una guerra —repliqué. Comprendía por qué los franceses no querían involucrarse en España. Mi propio padre había sufrido durante la última guerra y había visto suficientes viudas, huérfanos y hombres desfigurados como para sentir repulsión solo de pensar en más guerra—. Sin embargo, mucha gente dice que Francia se encontrará metida en una guerra de todos modos si continúa acobardándose ante los nazis.

Le dimos la espalda al pabellón alemán y pasamos por debajo de un arco, para volver a pasear junto al Sena.

—El agente de Camille Casal ha venido a verme —comentó *Minot*, volviendo a temas más triviales—. Desea que *mesdemoiselles Fleurier* y Casal hagan un espectáculo juntas. Piensa que sería muy original presentar a dos de las mujeres más famosas de París subidas al mismo escenario.

—Es cierto que sería interesante tener a dos rivales juntas —asintió *monsieur Etienne*—, pero *mademoiselle Fleurier* es la mayor estrella. Aparecerá primero en cartel.

Monsieur Etienne razonaba como un verdadero agente, pero pensar en actuar junto a Camille me hizo sentir incómoda. No habíamos hablado desde que la vi en Cannes y le conté que André y yo nos íbamos a casar. Entonces había pensado que su advertencia sobre la familia Blanchard estaba motivada por los celos. Ahora comprendí que ella tenía razón.

—Podemos compartir el cartel —dije—, eso tendría más sentido.

—No sea deferente —replicó *monsieur Etienne*, arqueando las cejas al mirarme

—. La fama de Camille Casal lleva de capa caída bastante tiempo. Creo que su agente espera relanzar su carrera aprovechándose del éxito que usted ha cosechado.

Independientemente de si yo era más famosa o no, mi antigua inseguridad por compararme con Camille comenzó a acecharme de nuevo. Cuando estaba en el escenario yo sola, me sentía atractiva. Pero junto a la gloriosa belleza de Camille, corría el riesgo de hundirme. «A pesar de todo —pensé, recordando a Marlene Dietrich en Berlín—, una rubia menuda y una castaña alta podrían ser una combinación interesante».

—Hagámoslo —sentencié—. Yo misma llamaré a Camille.

Camille llegó a nuestro primer ensayo montada en un Rolls-Royce dorado. Acababa de regresar de Hollywood, donde había hecho unas pruebas de cámara para Paramount Pictures.

—A menos que queráis estar sin hacer nada sobre un decorado y mascullar estúpidos diálogos del tipo: «Mírame a los ojos, querido», os sugiero que no os vayáis a trabajar a la industria cinematográfica estadounidense —informó a los actores del espectáculo.

Para mi sorpresa, en lugar de sentirme intimidada por Camille, tal y como había esperado, me alegré de verla de nuevo. Y finalmente entendí por qué: ella representaba un vínculo nostálgico con mi pasado, era el recuerdo de una época en la que no sabía lo que era ser una estrella. Mi mente viajó atrás en el tiempo durante un instante y me acordé de mí misma con un vestido raído, fregando el suelo de la cocina de tía Augustine. Aquel podría haber sido el resto de mi vida. Fue Camille la que me inspiró para ser actriz. De repente, me di cuenta de que gran parte de mi éxito se lo debía a ella.

—Me alegro de verte de nuevo —le dije, besándola en las mejillas.

—Sí, yo también —respondió. Me contempló, pero percibí que no estaba buscando defectos, como hacían el resto de mis rivales cuando me encontraba con ellas—. Lo estás llevando muy bien —comentó.

Sabía que se refería a mi vida sin André. Pero, para mi alivio y admiración, nunca lo mencionó.

Camille y yo protagonizamos el mayor espectáculo del año. Lebaron invirtió cuatro millones de francos en producir *Les Femmes* y los beneficios durante los dos primeros meses fueron aún mayores. Aunque era un espectáculo de variedades a la vieja usanza más que un musical al estilo estadounidense, los temas principales eran la competitividad y la solidaridad femeninas, desarrollados por los actores y las coristas, y también los payasos y los acróbatas. Camille y yo interpretamos todos nuestros números juntos y dos de las canciones que cantamos se convirtieron en los éxitos del año: *Bienvenidos* y *Una piedra alrededor de mi cuello*.

Las críticas arrasaron a nuestros competidores, incluyendo a Mistinguett y a Maurice Chevalier. Un periódico describió el espectáculo como «el triunfo de Simone Fleurier y la vuelta de Camille Casal», aunque no era esta la opinión de Camille:

—Me voy a ir en lo más alto —me confió una noche que estábamos cenando en Maxim's después del espectáculo—. Cuando termine la temporada, me retiraré.

Me sorprendió aquella noticia. Al trabajar juntas en una producción de tanto éxito y al compartir la luz de los focos, sentía que finalmente nos habíamos hecho amigas. En el pasado, Camille no habría confiado en mí. Pero cuando le pregunté por su hija esta vez, me contó que la había sacado del convento y que la iba a alojar con un profesor de piano en Vaucresson para que recibiera «la educación de una señorita». Cuando le pregunté por qué su hija no vivía con ella, Camille me respondió:

—No quiero que la gente sepa que es mi hija. Me gustaría que tuviera la oportunidad de conseguir un buen marido.

Recordé lo que me había dicho hacía tantos años en el apartamento de François: «¡Los hombres no se casan con chicas como nosotras!». Aunque André había querido casarse conmigo, aquella afirmación había resultado ser cierta en mi caso también. Independientemente del éxito que cosecháramos, Camille Casal y yo siempre estaríamos al margen de la sociedad.

—¡Pero el público te ha recibido tan bien! —protesté, refiriéndome a la decisión de Camille de retirarse—. Podrías hacer cualquier cosa ahora. Graba un disco. Haz otra película.

Negó con la cabeza y me dedicó una de sus lánguidas sonrisas.

—Únicamente me he dedicado a cantar y a bailar para procurarme un adinerado patrocinador de por vida —me dijo—. He coleccionado suficientes baratijas y apartamentos para que me duren hasta que sea vieja, pero nunca he conseguido un hombre rico. Aun así, todavía no ha caído el telón, así que ¿quién sabe lo que nos deparará el futuro?

Una noche, alguien llamó a la puerta de mi camerino. Sucedió durante el descanso, así que probablemente no se trataba del director de escena y tampoco me dio la sensación de que fuera mi ayudante. Me encogí de hombros. En mi camerino seguía sin poderse entrar salvo por «invitación expresa».

Quienquiera que fuera, volvió a llamar.

—¿Quién es?

No hubo respuesta.

Tiré de la horquilla que me sujetaba el pelo y dejé que se soltaran todos mis cabellos, alisándolos con la punta de los dedos. Si se trataba de uno de los tramoyistas, iba a recibir una buena reprimenda. Me ajusté la bata a la cintura y abrí la puerta de un golpe. Casi se me paró el corazón cuando me encontré cara a cara con André. Me había convencido a mí misma de que le había olvidado, de que había olvidado que alguna vez le había amado. Pero me bastó mirarle una sola vez para saber que no era cierto.

—Lo siento. Sé que no tienes demasiado tiempo —se disculpó—. Pero no he sido capaz de localizarte en todo el día.

Había algo en su aspecto que resultaba lastimoso. Su rostro aún era joven, pero la

vitalidad había desaparecido de sus facciones. Se comportaba de manera rígida y artificial.

Le hice un gesto con la cabeza para que pasara al camerino, aunque me latía con fuerza el corazón. Noté, por la incómoda manera en la que paseó la mirada por toda la estancia, que él se sentía tan nervioso como yo por aquel reencuentro. La silla en la que solía sentarse ya no estaba allí, así que le invité a tomar asiento en el sofá. Yo me coloqué en una banqueta frente a él.

Tardó unos segundos en recomponerse antes de preguntarme:

—¿Sabías que el conde Harry ha fallecido?

No podía creer lo que estaba oyendo. Cuando André regresó de Lyon el año anterior, me había contado que la salud del conde se había deteriorado debido al trastorno de haberse visto forzado a huir de su hogar por segunda vez. Sin embargo, el propio conde nos había escrito una carta para comunicarnos que se estaba recuperando.

—¡No puedo creérmelo! —exclamé—. Estaba tan lleno de vida...

Levanté la mirada y me percaté por primera vez de la carpeta de cuero que André sostenía bajo el brazo. Me pregunté qué sería.

—Siento comunicártelo en mitad de tu actuación —me dijo—. Pero el funeral es mañana.

Negué con la cabeza.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

André se sacó la carpeta de debajo del brazo y la colocó en su regazo. La miró fijamente, como si no quisiera decirme qué contenía. No obstante, la voz del botones que recorría el pasillo lo sacó de su ensoñación.

—Nunca llegué a decirle al conde que ya no estábamos juntos. Pensó que lo estábamos y por eso nos ha legado esto —me explicó André, entregándome la carpeta—. Son las páginas de su diario en las que escribió sobre nosotros cuando estuvimos en Berlín.

Me sorprendió que la carpeta pesara tanto, pues parecía muy delgada.

—¿Berlín? —susurré.

Ignoraba si tendría fuerzas para recordar aquellos días: el hotel Adlon, Unter den Linden, el Resi... El pasado me invadió un instante para desvanecerse al momento siguiente. Ver a André de nuevo y enterarme de la muerte del conde eran demasiadas emociones.

—Berlín —repetí.

Tenía la boca seca y apenas podía pronunciar palabra. Me daba cuenta de lo incómodo y triste que estaba André. Quería hacerle más fácil aquel encuentro, pero no era capaz. Cada vez que le miraba a la cara, no podía evitar pensar en aquella primera vez que había venido a mi camerino en el Casino de París. Entonces éramos muy jóvenes y estábamos empezando la aventura de conocernos mejor. Ahora nos encontrábamos al borde del abismo.

Una nota de vacilación asomó en la voz de André. —Creo que será mejor que te quedes tú la carpeta— dijo—. No es adecuado que yo la conserve.

Me eché hacia atrás. Era como si me hubiera clavado un cuchillo y ahora lo estuviera removiendo dentro de la herida. Sin embargo, conocía a André y comprendía que no lo estaba haciendo a propósito. Por supuesto que no era adecuado que se quedara él con aquellas páginas: ahora estaba casado. El botones llamó a la puerta. —¡Diez minutos! André se levantó de su asiento—. Lo lamento, Simone —se disculpó.

Me dio la sensación de que no me estaba pidiendo disculpas por haberme comunicado tan repentinamente las noticias sobre el conde Kessler, sino que se refería más bien al rumbo que habían tomado nuestras vidas.

Cuando André se marchó, abrí la carpeta y leí la primera entrada del diario del conde:

He conocido a una joven maravillosa en compañía de André Blanchard. *Mademoiselle* Fleurier vive cada nueva experiencia con el mismo asombro y entusiasmo que un niño abriendo sus regalos de Navidad. Su espíritu se me contagia y me hace sentir joven de nuevo. Estoy convencido de que logrará grandes cosas: sobre el escenario y en el gran teatro de la vida.

Aquella noche interpreté todos mis números como si estuviera sumida en un trance. Tenía que hacer un esfuerzo por bloquear los recuerdos de Berlín. El conde había fallecido y, de algún modo, André también. Nuestras vidas se habían alejado tanto que era como si estuviéramos viviendo en países diferentes. ¿Realmente el André que había visto aquella noche era el hombre que había logrado forjar mi carrera? ¿Era ese el primer hombre que me había amado? Ahora no pasaba de ser un extraño. Me costó un esfuerzo sobrehumano terminar el espectáculo y, cuando por fin cayó el telón y me retiré a mi camerino, lloré con la misma desesperación que la noche que mi padre murió.

El conde fue enterrado en el cementerio Père Lachaise. Solo había un puñado de asistentes al funeral. ¿Dónde estaban todos aquellos artistas a los que el conde había apoyado? ¿Dónde se había metido toda la gente que le había llamado «amigo» cuando era rico y generoso? André me había contado la noche anterior que el conde no había podido recuperar sus cuadros y el resto de sus tesoros de su casa de Weimar porque las autoridades habían permitido a la población local que saqueara sus pertenencias.

Evité mirar a André a los ojos. La princesa de Letellier estaba con él. Era una mujer de aspecto desamparado con el pelo rubio rizado y una frente ancha. De cuando en cuando, se volvía y acariciaba el brazo de André, como dándole a entender que estaba allí para apoyarle. Hubiera preferido evitarla a ella también, pero cuando me la crucé en el pasillo alargó la mano y me tocó el brazo.

—Lo lamento mucho, *mademoiselle* Fleurier —me dijo—. Mi marido me ha contado lo mucho que significaba el conde para ustedes dos.

La princesa de Letellier tenía que saber que André quería casarse conmigo, pero se comportó cortésmente. Percibí que su compasión era sincera. No sabía mucho sobre ella excepto que tenía buena educación y que, a diferencia de la mayor parte de la alta sociedad parisina, colaboraba con muchas asociaciones benéficas. André se había casado con una mujer decente. En otras circunstancias, quizá la princesa y yo podríamos haber llegado a ser amigas.

—Adiós, conde Harry —susurré cuando introdujeron el ataúd en el nicho.

Eché las rosas que había llevado y cayeron junto a la docena que ya había sobre el ataúd. Recordé la picara risa del conde y sus brillantes ojillos la noche que me gastó la broma en Eldorado. Aquellos alegres ojos se habían cerrado para siempre y el conde no volvería a reír.

Pensé en la entrada de su diario y en lo que había escrito sobre su primera impresión de mí. El conde había vivido con agallas y, a pesar de su mala salud, lo había hecho plenamente. Yo lo idolatraba demasiado como para incluirme en su misma categoría. Entonces no sabía que pronto se pondría a prueba la fe del conde en mis capacidades para conseguir importantes metas en el gran teatro de la vida.

Jean Renoir me invitó al estreno de su película *La gran ilusión* en el Marivaux Cinema en junio de 1937. *Monsieur Etienne* me acompañó y ambos nos entusiasmos al ver cómo había evolucionado el cine francés. La trama era sobre tres pilotos durante la Gran Guerra en un campo de prisioneros alemán y su relación con el comandante. Se trataba de una oda de amor entre los soldados franceses y alemanes, que podrían haber sido hermanos de no ser por la guerra.

—Técnicamente es tan buena como las películas estadounidenses —comentó *monsieur Etienne* cuando se encendieron las luces—. La imagen no se ve borrosa ni el sonido chirría.

Hasta entonces, como director, Renoir había sido capaz de superar las imperfecciones técnicas, pero ahora, sin ellas, su película parecía magia. Como había trabajado con él, sabía que no le gustaba fragmentar las escenas de la manera habitual cortando los primeros planos en planos generales. Prefería grabar a los actores en primer plano y después seguir sus movimientos, pasando sutilmente de un actor a otro en lo que él mismo denominaba «ballet de la cámara». De alguna manera, reflejaba el movimiento natural del ojo. Por supuesto, solamente los que trabajaban con él lo sabían. Para el público, el movimiento resultaba tan perfecto que parecía imperceptible.

Felicité a Renoir en la fiesta.

—Es una historia preciosa, contada con mucha delicadeza.

Levantó la mirada. Ya no tenía el brillo alegre que yo siempre había asociado con él.

—Simone, tú y yo somos viejos amigos, así que a ti sí puedo decírtelo. Desde que empecé a hacer cine, siempre he desarrollado un único tema: nuestra humanidad común. Hice esta película con la esperanza de detener la guerra. Pero ahora veo que el arte no puede ponerle freno a nada. Solo puede documentarlo.

En los salones y cafés de aquella época, se discutía sobre la probabilidad de que Francia se viera arrastrada a entrar en un conflicto bélico contra la Alemania nazi. Pero ¿acaso Francia no era el país más civilizado del mundo? ¿No sabíamos nosotros, de entre todas las naciones, cómo vivir plenamente? Si no podíamos detener una guerra, ¿quién podría?

—¿Piensa usted entonces que es inevitable? —le pregunté a Renoir.

—Nos gobiernan traidores e imbéciles —me respondió—. Y el resto de nosotros solo podemos desesperarnos contemplando lo que hacen.

Una mañana, cerca de un año después del estreno de la película de Renoir, abrí el periódico y recordé el comentario del director sobre los traidores. El titular anunciaba que había dudas sobre si el nuevo primer ministro, Édouard Daladier, defendería a

Polonia y Checoslovaquia en caso de que fueran atacadas por Alemania. Georges Bonnet, un simpatizante de Hitler, había sido nombrado para ocupar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores.

Sin embargo, si al resto de París le preocupaba la situación, no lo demostraba. La ciudad bailaba y disfrutaba con más pasión que nunca.

En julio de 1938 el rey Jorge VI y su esposa visitaron Francia durante una gira oficial tan suntuosa que le costó al país veinticuatro millones de francos. Me pidieron que cantara en un espectáculo de gala en donde se alardearía de lo mejor del espíritu francés, seguido de una cena de estado en la que se sirvió langosta a *Marinier* acompañada de un Château d'Yquem de 1923. Mientras cantaba, me di cuenta de que estaba formando parte de un carísimo ardid publicitario. Toda la pompa y la extravagancia, los desfiles por un París atestado de público que los vitoreaba, la solemne ceremonia en la que colocaron una corona en la Tumba del Soldado Desconocido... Todas aquellas cosas se hicieron para demostrarle a Hitler que Gran Bretaña y Francia eran aliados. ¿Acaso el dictador sería tan insensato como para atacar a Francia, cuando tenía de su parte a una nación tan poderosa?

—Parece que no se dan cuenta de lo que sucede en realidad —comentó un exasperado Minot—. Mientras tiran el dinero en entretener a la realeza, el primer ministro británico está haciendo tratos de contemporalización con Hitler.

Puesto que André ya no formaba parte de mi vida y Renoir se había marchado al extranjero, Minot se había convertido en mi acompañante a la hora de discutir sobre política.

«Ni una sola viuda ni un solo huérfano para los checos», anunciaban a los cuatro vientos los titulares de los periódicos en septiembre. Un día tras otro, *L'Action Française* publicaba en su portada: «¡No! ¡No hay ninguna guerra!», y repetía su afirmación de que eran los judíos quienes querían iniciar una guerra porque no les gustaban las políticas que Hitler había desplegado contra ellos.

Hitler había exigido la cesión de la mayor parte de Checoslovaquia. Quería reclamar los Sudetes, pero estaba claro que muy pronto pretendería hacerse con todo el país.

—¡Qué idiotas! —exclamó Minot un día que nos encontramos para tomar algo en el Café de Flore—. Incluso aunque a los gobiernos francés y británico no les importe ni lo más mínimo la vergüenza de abandonar así a un aliado, al menos deberían pensar en la ayuda que los checos podrían proporcionarnos si nos atacan a nosotros. Los checos cuentan con las fábricas de armamento más modernas de Europa y tienen una defensa muy bien planeada a lo largo de la frontera con Alemania. Son una de las pocas democracias que quedan en Europa; y no es que estemos precisamente rodeados de naciones amigas.

Tras la conversación con Minot en el Café de Flore, regresé a mi apartamento con el miedo creciendo en mi interior. Paulette había salido esa tarde, así que yo misma puse la cafetera al fuego para preparar café. Había una carta de Bernard sobre el resto

de la correspondencia. Cuando la abrí, me enteré de que tía Augustine había fallecido y me había dejado su casa. Me senté a la mesa del comedor contemplando la vista de los Campos Elíseos y tomándome a sorbos el café. Pensaba que tía Augustine me odiaba. ¿Por qué me dejaba su casa? Me la imaginé dividida entre dársela a una sobrina a la que despreciaba o cedérsela al estado. Yo debía de haber sido el menor de ambos males. Por supuesto, la vendería: no podía soportar los míseros recuerdos que me traía aquel lugar.

En la calle más abajo, un chico de los periódicos voceaba los titulares de la tarde. La gente vitoreaba y gritaba el nombre del primer ministro: «¡Daladier!, ¡Daladier!», elogiándolo por su política «ilustrada».

Cerré los ojos y recordé al joven que me increpó durante mi primer día en Berlín.

«¡Derrotaremos a Francia! ¡Acabaremos con ella! ¡Francia dejará de existir! ¡Y con ella, los franceses! ¡Escupiremos sobre sus cenizas como si fuera una puta barata!».

Una sensación heladora me invadió el cuerpo. Casi podía oler el sudor acre y la malevolencia supurando por todos los poros de la piel de aquel joven. Corrí al escritorio de la sala de estar, saqué papel de cartas y comencé a escribir.

Querido Bernard:

La guerra va a llegar a Francia. Quizá no lo percibáis en el sur todavía, pero tan seguro como que estoy respirando, sé que el ejército alemán nos va a invadir. Te envío algo de dinero extra este mes. Por favor, utilízalo para comprar lo que vayas a necesitar a largo plazo para la finca. Con respecto a la casa de tía Augustine, creo que haré uso de ella. Por favor, haz que la reparen y la pinten. Y no hables de esto con nadie más.

Me detuve. Mi intuición se estaba adelantando a mis pensamientos conscientes al hacer planes. Mi familia se encontraba en un lugar que probablemente era de los más seguros de Francia si estallaba la guerra: rodeados de escarpadas montañas y lejos de las principales ciudades, de las fronteras y de la costa. Y desde Marsella se podía llegar por barco hasta África. Si los alemanes invadían desde el norte, el sur sería la mejor vía de escape. Pero no era por mí o por mi familia por quien estaba preocupada en ese momento.

—¡Simone! —exclamó Odette, echándose a reír mientras se acariciaba su abultado vientre de embarazada—. No hagas un drama de la nada. Alemania no va a invadir Francia. E incluso si los alemanes lo intentaran, está la Línea Maginot para detenerles.

Nos encontrábamos en la cocina de la casa de los padres de Odette en Saint Germain en Laye. Odette y Joseph se iban a quedar allí hasta después de que Odette tuviera al bebé. Un rayo de sol se introdujo juguetonamente por las cortinas de encaje y produjo un resplandor trémulo sobre la mesa. La cocina estaba pintada de amarillo

brillante y los muebles eran blancos con adornos azules. Contemplé el vapor de la tetera al fuego elevándose y formando volutas en el aire.

—No creo que ya nadie siga teniendo fe en la Línea Maginot —repliqué—. Los bunkeres se acaban donde empieza la frontera belga.

—Porque Bélgica es nuestro aliado —puntualizó ella, colocando una taza de café y un trozo de tarta de chocolate delante de mí antes de sentarse.

—Los alemanes marcharán sobre ellos, como hicieron en 1914.

Odette me observó con mirada dubitativa.

—Así que ya no eres cantante, ¿no, Simone? —comentó—. Ahora te has metido a estratega militar.

—No entiendo qué tiene que ver esto con la estrategia —respondí—. Es sentido común. Se supone que nosotros, los franceses, somos grandes pensadores, pero nos estamos comportando de una manera increíblemente estúpida.

El rostro de Odette adquirió una expresión seria y se revolvió en su asiento.

—Joseph acaba de abrir su nueva tienda y cuando nazca el bebé yo le ayudaré. Él es mi marido. Si él dice que no hay nada de lo que preocuparse, tengo que creerle.

Me contemplé las manos. Quizá yo no fuera más que una artista de teatro, pero Joseph ¿era tan ingenuo que no comprendía las implicaciones para una familia judía si los nazis invadían Francia? Seguramente habría leído en los periódicos sobre las leyes que se estaban aprobando en Alemania... Hace tiempo, yo misma pensaba que la manera en la que los alemanes trataban a los judíos nunca podría reproducirse en Francia, pero ahora me daba cuenta de que eso no era cierto. La circulación de periódicos antisemitas se había multiplicado por tres en los últimos dos años.

Odette sorbió su café y tarareó una melodía en voz baja. Por muy dulce que fuera su carácter, la conocía lo bastante bien como para saber que se volvía muy cabezota ante las confrontaciones. Si quería convencerla de que abandonara París, tenía que hacerlo con tiempo y de manera sutil. El problema era que no tenía ni la menor idea de cuánto tiempo nos quedaba. Odette estaba casada y embarazada. Y yo me iba a enfrentar al fin del mundo sola. Quizá esa era la razón por la que lograba ver las cosas con más claridad. No había mucho más por lo que tuviera que preocuparme.

—¿Ya habéis decidido qué nombre le pondréis al bebé? —le pregunté, cambiando de tema.

Se le iluminaron los ojos y apareció una sonrisa en su rostro.

—Sí, Michel si es niño y Simone si es niña.

Me sonrojé. Podía percibir el cariño de Odette desde el otro lado de la mesa. Era afortunada por contar con una amiga como ella.

—¿De verdad? —pregunté.

Odette asintió y me pasó el brazo por los hombros. Era maravilloso que alguien me quisiera así. Casi noté como volvía a la vida mi destrozado corazón.

—Aprecio lo que me está usted diciendo —me aseguró *monsieur* Etienne cuando fui a visitarle a su despacho—. Y me conmueve su preocupación. Pero Joseph

también tiene razón. Los alemanes cuentan con una fuerza aérea de gran calidad, cosa que quedó demostrada en España. Es tan probable que bombardeen nuestros puertos como que nos invadan por tierra. Pero ¿qué sucede si se les corta el paso antes de que siquiera alcancen París? Habremos dejado atrás nuestros hogares y nuestros negocios para nada.

Me apoyé en el respaldo de mi asiento. ¿Acaso me estaba comportando como una neurótica? Odette se encontraba en las afueras de París. Si los alemanes nos bombardearan, estaría más segura allí que en una casa en el centro de Marsella. Por un momento, me vino a la mente el rostro del conde Harry el día que tuvo que exiliarse de Alemania. Recordé la época que pasé en Berlín y el siniestro sentimiento de oscuridad que lo impregnaba todo de decadencia. Parecía que las predicciones de una segunda guerra mundial, más devastadora que la primera, se estaban haciendo realidad. Y yo tenía que hacer todo lo posible para prevenir a mis amigos.

—Mire —le dije, garabateando las direcciones de la casa de Marsella y de la finca en Pays de Sault—, es un sentimiento visceral que tengo. Por favor, guarde estas direcciones por si acaso las necesita. Quién sabe qué puede pasar.

Por suerte para mí, no tuve problemas en convencer a Minot para que cooperara con mi plan de evacuación. Su madre era anciana y tenía que pensar en ella. Lebaron había huido dos meses antes a Estados Unidos, dejando a Minot a cargo del Adriana.

—He comprado un coche y estoy enviando suministros a mi familia en la Provenza —le conté—. Si los alemanes nos invaden, usted y su madre pueden venir conmigo y serán bienvenidos en nuestra casa.

—Es usted muy amable, *mademoiselle* Fleurier —me respondió—. Enviaré con antelación mis cuadros a la casa de Pays de Sault. No quiero que esos cabezas cuadradas les pongan las manos encima.

Sonreí, imaginando las paredes de las casas de la finca decoradas con cuadros de Picasso y Dalí. «Pobre Minot —pensé—, espero que no pretenda alojarse en un *château* con cuartos de baño de mármol». Maurice Chevalier y Joséphine Baker tenían casas de campo, como gran parte de los franceses adinerados. Yo siempre había pensado que sería algo que yo misma compraría cuando André y yo nos casáramos. Aquel tipo de residencia había mejorado mucho a lo largo de los años y ya no eran las destartaladas estructuras que solían construirse cuando yo era niña. Pero Pays de Sault seguía siendo una zona silvestre y a mi familia le gustaba la sencillez. Nuestras casas eran más rústicas que elegantes.

—Asegúrese de que los cuadros estén bien empaquetados en cajas —le recomendé—. No querrá que se comben con el calor...

La cooperación de Minot me dispensó algo de tranquilidad. Me preguntaba a mí misma todos los días si mi impulso no sería más que una exageración. Qué vergüenza si, después de toda esa preparación, no pasara nada. Pero sería mucho peor que sucediera y no estuviéramos preparados. No había ni rastro de preocupación en las caras de la gente que acudía a ver mis actuaciones en el teatro y en los clubes

nocturnos. París brillaba con más intensidad que nunca, con óperas, obras, desfiles de moda y fiestas espectaculares. El embajador polaco celebró un elegante baile la misma noche que Odette se puso de parto y dio a luz a una niña. El embajador alemán fue invitado al baile y bailamos valsos y mazurcas, y terminamos la noche contemplando unos fuegos artificiales serpentear por el aire. ¿No era aquel un signo de que todo iba bien?

Resultó que mi única equivocación fue que mi acceso de pánico se adelantó un año. Dos meses después del baile, Alemania invadió Polonia. Cuando expiró el ultimátum franco-británico a Hitler, se movilizó al ejército francés. La gente caminaba por las calles en estado de incredulidad. ¿Podía ser cierto todo aquello? ¿De verdad estábamos en guerra contra el Tercer Reich?

Minot y su madre se trasladaron conmigo por si nos encontrábamos ante la situación de tener que huir de París en mitad de la noche. Elsa Maxwell envió invitaciones para una fiesta en las que, en lugar de figurar la fórmula RSVP^[3], aparecían las siglas SNHG: «Si no hay guerra». Parecía imposible planear nada.

—¿Cómo puedo marcharme de vacaciones tranquila? —se quejó mi secretaria—. Mi marido podría ser convocado a filas y tener que unirse a su regimiento.

Pero pasaba un mes tras otro sin que sucediera nada. Los periódicos denominaron esta época como la *drôle de guerre*, o guerra falsa.

Un jueves por la tarde, después del simulacro de bombardeo aéreo semanal, me encontré con Camille cerca del Ritz. Minot me había organizado una serie de giras a lo largo de la Línea Maginot para entretener a los soldados que se sentían impacientes por el aburrimiento de estar encerrados en bunkeres. Quería ponerme al día de las novedades de Camille, por si tenía intención de abandonar la ciudad para cuando yo regresara de mi gira. Los maniqués de los escaparates de las *boutiques* en la Place Vendôme llevaban máscaras de gas con pajaritas atadas al cuello. Se trataba de una broma, pero la mera idea de que nos preparábamos para enfrentarnos a un enemigo capaz de lanzar gas mostaza sobre la población civil no me reconfortó demasiado.

En el café, los chocolates y los pasteles tenían forma de bombas.

—Es bueno ver que no todo el mundo ha perdido el sentido del humor —comentó Camille, abriendo el bolso para pagar al camarero tan pronto como nos trajo las bebidas.

Aquel era el sistema que se utilizaba en París por entonces: los camareros no esperaban a que se acumularan los platos; había que pagar cada bebida según la sirvieran, por si acaso las sirenas comenzaban a sonar y todo el mundo tenía que correr a refugiarse.

—La ciudad resulta extraña sin niños —dije yo—. Los Jardines de Luxemburgo parecen un pueblo fantasma sin ellos. Hoy evacúan a otro grupo más.

—Tendrían que haber echado a esos mocosos hace mucho tiempo —replicó Camille—. Yo estoy disfrutando de la paz en su ausencia.

Era un comentario extraño, viniendo de una madre.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunté—. ¿Cuál es tu plan?

—Bueno, la casa en la Dordoña está ahí si la necesito. Pero, si no, pretendo seguir en mis habitaciones del Ritz.

—No puedes —le respondí—. Imagina lo que te harán los soldados alemanes si toman la ciudad...

Camille arqueó las cejas.

—Yo no les he hecho nada, así que ¿por qué tendrían que hacerme ellos algo a mí? Además, según la condesa de Portes, los franceses van a organizar un comité de bienvenida.

Sentí que se me helaba la piel. La condesa Hélène de Portes era la amante de Paul Reynauld, que acababa de sustituir a Daladier como primer ministro de Francia. Era conocida por sus opiniones de extrema derecha. ¿Reynauld también las compartía con ella?

—Camille —susurré—, por favor, dime que estás bromeando.

—Franceses o alemanes, ¿qué diferencia hay? —murmuró Camille encendiendo un cigarrillo—. Siempre que París siga siendo París.

Su tono indiferente me dejó perpleja. ¿Con quién había estado hablando Camille para llegar a aquella conclusión? La examiné con más detenimiento. Su rostro estaba pálido y se le adivinaban las bolsas bajo los ojos. Había oído que tenía problemas de dinero y corría el rumor de que sus acreedores la querían llevar a juicio. Quizá aquellas cosas fueran para ella más graves que la guerra inminente.

—¿Has oído lo que los nazis les están haciendo a los judíos? —le pregunté.

Camille hizo un movimiento brusco con la cabeza y me miró a los ojos.

—Tú no eres judía. ¿Cuándo vas a empezar a preocuparte por ti misma?

Hice una mueca ante el modo tan displicente en el que pronunció aquellas palabras. Algunas de las mejores personas con las que habíamos trabajado a lo largo de los años eran judíos. ¿No sentía nada por ellos? Recordé que, cuando la conocí por primera vez y vi cómo trataba a los hombres, pensé que únicamente la motivaba el interés propio. Después, descubrí que tenía una hija. Sin embargo, su comentario sobre los judíos era ignorante y cruel. Aquella no era la Camille que había llegado a conocer mientras trabajaba con ella en *Les Femmes*. ¿O sí lo era?

Me di cuenta de que era incapaz de precisarlo. Cuando nos separamos después de nuestra cita, me quedó la incómoda impresión de que no conocía ni lo más mínimo a la verdadera Camille Casal.

Regresé a mi apartamento y frente al edificio encontré un montón de arena apilado sobre la acera. Había una gata escarbando en él, encantada por haber hallado algo blando en lo que poder jugar.

—¿Para qué es la arena? —le pregunté a *madame* Goux, la portera.

Levantó los brazos al aire.

—Es una orden de los administradores de la ciudad. Se supone que tenemos que esparcirla en la azotea.

—¿Por qué?

—Para evitar que los incendios se propaguen desde el tejado hasta las plantas inferiores. ¡Pero no esperarán que yo suba y baje siete tramos de escaleras con cubos de arena!

—Por supuesto que no —le respondí—. Yo la ayudaré. Estoy segura de que los demás vecinos también le ofrecerán su ayuda.

Le habría proporcionado la asistencia de Paulette, pero mi sirvienta ya había regresado a su pueblo en el oeste de Francia.

Madame Goux me contestó en tono de burla:

—Lo que quiero decir es que no lo voy a hacer. No entra dentro de mis atribuciones laborales.

—Estoy segura de que los alemanes serán muy respetuosos con sus atribuciones laborales cuando dejen caer una bomba sobre el edificio —le espeté, antes de darme la vuelta y subir las escaleras.

Me decepcioné al ver que los demás vecinos del edificio no estaban en absoluto dispuestos a ayudar, igual que la portera.

—¡Qué cosa tan inútil! —exclamó el hombre que vivía en el piso encima del mío—. Los *boches*^[4] no van a ir muy lejos cuando pasen la frontera porque nosotros rechazaremos su avance. El bosque de las Ardenas es impenetrable.

Solamente la vecina que vivía en el piso debajo del mío, una violinista que se llamaba *madame* Ibert, accedió a ayudarme. Nos cubrimos el cabello con pañuelos y durante las dos horas siguientes arrastramos cubos de arena hasta la azotea. Cada vez que pasábamos junto a *madame* Goux, sacudía la cabeza y dejaba escapar un bufido: «¡Fffff!». Ella no fue la única que se negó a hacer lo que los administradores pidieron. Los montones de arena fuera de los edificios de nuestra calle estaban intactos y varios niños que no habían sido evacuados se afanaban en construir túneles en ellos para sus camiones de juguete.

—Siento que le vayan a salir ampollas en las manos —le dije a *madame* Ibert, observándola mientras extendía la arena con una escoba.

Tenía cerca de diez años más que yo y era delgada como un pajarillo, con una mata de pelo castaño ondulado y ojos azul cobalto.

Se irguió y me dedicó una sonrisa atribulada.

—Es un precio pequeño por ayudar a Francia.

—En este edificio viven catorce personas y hay cientos en nuestra calle — comenté—. Y nosotras dos somos las únicas preparadas para luchar.

Cuando cerré los ojos aquella noche, me preocupó que aquella proporción pudiera aplicarse a todo París. Incluso con la guerra a la vuelta de la esquina, parecía que nos faltaba energía como para tomárnoslo en serio. Pensé en André. Su padre ya se había jubilado y André ahora era el responsable del negocio familiar. Me pregunté si se alistaría o si haría algo para contribuir con el esfuerzo bélico. Hablaba alemán tan bien como un nativo y sabía conducir automóviles y pilotar aviones.

Hacía meses que no lo veía y me sorprendió darme cuenta de que ya no sentía el dolor apabullante que me producía antes pensar en él. Incluso me imaginaba hablando tranquilamente con él sin sentirme morir. Cavilé sobre aquel drástico cambio en mis sentimientos y me pregunté qué lo habría provocado. Quizá ahora que la guerra estaba a punto de comenzar, sabía que nos estábamos enfrentando a algo mucho mayor que nuestra historia de amor.

A la mañana siguiente, no tuve reparos en llamar a André a su despacho para enterarme de qué pretendía hacer. Sin embargo, su secretaria me informó de que la familia Blanchard, junto con los directores de sus empresas y sus respectivas familias, se habían trasladado a Suiza hacía un mes. Me decepcionó la decisión de André, pero dado que algunas de las empresas Blanchard eran esenciales para la economía francesa, probablemente se trataba de la opción más correcta.

Unas semanas más tarde, Minot y yo montamos a su madre y a *Kira* en un tren con rumbo al sur. Las enviamos antes que nosotros por si necesitábamos más espacio en el coche. Bernard iría a recogerlas a Carpentras y las llevaría a la finca. A decir verdad, actuamos justo a tiempo.

A principios de mayo de 1940, el ejército alemán atacó Holanda, Bélgica y Luxemburgo. A pesar de los esfuerzos por bombardear los puentes antes de que llegaran a ellos los alemanes, una por una, todas aquellas naciones fueron cayendo en sus manos. Cualquiera que en París hubiera estado negando la realidad de la guerra, ahora vería día tras día a su alrededor pruebas de que se equivocaba. Miles de refugiados marchaban por las calles provenientes del norte. Me paré en el Boulevard Saint Michel contemplando como pasaban: una hilera de automóviles, carros tirados por caballos y bicicletas cuyos ocupantes, agotados y llorosos, tenían la mirada aterrorizada por haber presenciado los horrores de la guerra. Vi un coche conducido por una mujer embarazadísima, acompañada por una anciana que ocupaba el asiento del copiloto y cuatro niños pequeños con un gato en el asiento trasero.

Corrí de vuelta a casa y reuní las latas y la comida empaquetada que había estado almacenando. Mientras bajaba las escaleras, me encontré con *madame* Ibert, que salía

de su apartamento.

—¿Qué hace? —me preguntó.

—Le llevo comida a los refugiados —le contesté.

—¡Espere! —exclamó, introduciendo la llave de su apartamento de nuevo en la cerradura—. Voy con usted.

Nos encaminamos a los Jardines de Luxemburgo, donde muchos de los refugiados se habían detenido a descansar o a que sus caballos pastaran, y les entregamos la comida a las mujeres con niños. Algunas de ellas me reconocieron y me pidieron que les autografiara sus delantales o sus pañuelos. Aquel fue un momento de normalidad en mitad del caos. *Madame* Ibert y yo volvimos a casa después de que hubiera oscurecido. Me sentía tan exhausta que ni siquiera me quité la ropa antes de desplomarme sobre la cama.

A la mañana siguiente, traté de telefonar a Odette, pero no lo conseguí. Agarré con fuerza la fotografía que me había enviado de la hermosa pequeña Simone e intenté pensar en qué debía hacer. Finalmente, corrí al despacho de *monsieur* Etienne. Cuando encontré la puerta cerrada, me dirigí a su apartamento. Estaba en casa, haciendo las maletas.

—Vamos a quedarnos con la familia de Joseph en Burdeos —me anunció.

Burdeos todavía era Francia. Me hubiera sentido más tranquila si hubieran abandonado Europa totalmente. Ayudé a *monsieur* Etienne a empaquetar sus papeles y algunas fotografías en cajas de cartón mientras el corazón se me encogía al recordar mi primer día en París. Resultaba casi ridículo pensar que me había sentido tan intimidada por aquel hombre, al que ahora consideraba un amigo muy querido. Me pregunté qué sería de nosotros. ¿Acaso nos volveríamos a ver?

—Buena suerte, *mademoiselle* Fleurier —me dijo *monsieur* Etienne besándome las mejillas.

Siempre me había parecido un hombre muy firme y seguro de sí mismo, pero ese día detecté que sus manos temblaban y percibí la fragilidad que se asomaba en su mirada.

—¿Nunca me llamará usted Simone, por mi nombre de pila? —le pregunté, quedándome sin habla.

—No —me respondió, sonriendo a través de sus propias lágrimas—. Además, ahora lo único que conseguiría sería confundirla con mi propia sobrina nieta.

Regresé a casa y encontré allí a Minot en estado de pánico.

—¡*Mademoiselle* Fleurier! —exclamó—. ¡Tenemos que irnos ya!

Me explicó que se había visto a un paracaidista alemán aterrizando en los Campos Elíseos.

Llamé a un amigo en *Le Fígaro* para ver si podía confirmarme la noticia.

—Era un globo de observación que se ha desplomado —me contó—. Pero hemos recibido notificaciones de alemanes cayendo del cielo vestidos de curas, monjas e incluso de coristas. Ayer por la noche alguien llamó para anunciar que había visto

caer todo un cuerpo de baile.

—¿Así que París está tranquilo ante la crisis? —comenté.

A pesar de la situación, de algún modo, logramos echarnos a reír.

—¿Está usted de broma, *mademoiselle* Fleurier? —me contestó—. Las autoridades no logran que la gente de París coopere. Se comportan como si la guerra fuera una especie de incomodidad, como un apagón o una huelga. El ayuntamiento pone en marcha las sirenas antiaéreas para avisarles y en lugar de correr a refugiarse en sus sótanos, se asoman a la ventana para ver qué pasa.

—Estoy pensando en abandonar París. ¿Cree que soy una neurótica? —le pregunté.

Hubo una pausa. Un hombre gritó algo en el fondo y de repente una multitud de voces comenzó a hablar a la vez en la sala de redacción. El reportero volvió a la línea.

—¡*Mademoiselle* Fleurier! —exclamó con una voz estridente—. Acabamos de recibir nuevas noticias. Los alemanes han cruzado la frontera de las Ardenas.

La población tardaría varios días más en digerir aquella noticia, pero era un desastre para la defensa de Francia. Después de todo, la frontera de las Ardenas no era impenetrable: las divisiones de tanques Panzer de Hitler la habían dejado hecha trizas con facilidad. A menos que nuestras fuerzas pudieran detener su marcha, poco más los separaba de una invasión de Francia a gran escala.

Llamé a la puerta de *madame* Ibert.

—Mi amigo y yo nos marchamos de París mañana por la mañana. ¿Quiere usted venir con nosotros?

—Sí —me contestó, cogiéndome firmemente de las manos—. No tengo familia a la que pueda acudir.

El coche que había comprado para el viaje era un Peugeot. Había seleccionado a propósito un modelo de gama media por si necesitábamos cambiarle alguna pieza por el camino. Además, era el tipo de utilitario familiar que no llamaría la atención. Mi plan parecía muy sensato hasta ese mismo instante, pero cuando Minot y yo fuimos a recoger el coche del garaje descubrimos que habían sacado con un sifón la gasolina del depósito y que habían robado los bidones de reserva guardados en el maletero.

—*Merde!* —maldije—. ¡Tendría que haber guardado los bidones en el apartamento! ¡Pero me daba tanto miedo que pudiera haber un incendio!

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Minot—. ¡Conseguir gasolina es más difícil que comprar trufas!

Minot, *madame* Ibert y yo nos pasamos la semana y media siguiente dando paseos clandestinos para comprar combustible allá donde podíamos. La gasolina se había racionado durante la «guerra falsa» y ahora era muy difícil conseguir un poco, independientemente de lo que estuviéramos dispuestos a pagar. Todo el mundo guardaba una reserva por si necesitaba escapar. Ninguno de los tres conseguía volver con más de un par de botellas de champán llenas de combustible, a precios totalmente desorbitados.

—Esto nos va a llevar mucho tiempo —murmuró Minot, contemplándome mientras yo vertía con un embudo lo que habíamos recolectado ese día en un bidón de almacenamiento que teníamos en mi cuarto de baño.

El ambiente en París era una combinación de tranquilidad y terror. Mientras algunos veían por todas partes a alemanes cayendo de los cielos o surgiendo de las alcantarillas, había el mismo número de personas comiendo ostras y vinos añejos en los restaurantes. Aunque yo ya no tenía compromisos laborales para cantar, Maurice Chevalier y Joséphine Baker todavía estaban actuando en el Casino de París y los cines proyectaban las últimas películas: *Ninotchka*, protagonizada por Greta Garbo, y *Esmeralda, la zíngara*.

Unos días después de descubrir que nos habían robado la gasolina, el cielo de verano se cubrió de un humo espeso.

—¿Qué puede ser? —le pregunté a Minot—. ¿Una cortina de humo para protegernos de los ataques aéreos?

Madame Ibert, que regresaba del Conservatorio de París donde daba clases, nos informó de qué sucedía en realidad.

—Están quemando las reservas de carburante para que no caigan en manos del enemigo.

También había fogatas más pequeñas, las vi al pasar delante del Ministerio de Asuntos Exteriores de camino a la Gare de Lyon en uno de mis paseos en busca de combustible. Los ministros y sus ayudantes estaban quemando los documentos delicados. Cuando pasé frente al Hotel de Ville, una hoja medio chamuscada revoloteó por el aire y aterrizó a mis pies. En una esquina del papel figuraban las palabras «Alto Secreto».

Mientras que la mayoría de los ocupantes de mi *arrondissement* ya habían huido, los suburbios de clase obrera estaban llenos de gente. Cuando acudí a comprar gasolina al panadero en Belleville, me sorprendió ver a montones de niños jugando por la calle. Las amas de casa tendían la colada mientras comentaban que aquel verano parecía el más caluroso de la historia. ¿No se habían dado cuenta de que los autobuses públicos habían desaparecido de las calles, pues se estaban empleando para transportar las oficinas de gobierno fuera de París? La alta sociedad parisina y los dirigentes de la ciudad estaban desertando de sus puestos, dejando a la gente de a pie para luchar una guerra que ellos podrían haber evitado.

—Hoy están deteniendo a los ciudadanos alemanes —nos informó *madame* Ibert cuando regresé al apartamento para añadir mi escasa adquisición a nuestro depósito de gasolina—. Los están metiendo en campos de concentración.

—¡Qué estupidez! —exclamé, dejándome caer en la silla más cercana—. Mucha de esa gente son judíos que llegaron aquí escapando de Alemania o gente que se oponía a los nazis. Si están atrapados en campos de concentración y nos invaden los alemanes, será como si los estuviéramos ofreciendo en sacrificio.

—Como una oveja dentro del redil —apostilló *madame* Ibert, meneando la

cabeza.

—¿De verdad creen ustedes que los judíos serán perseguidos aquí igual que se ha hecho en Alemania? —preguntó Minot colocando un vaso de agua en la mesa junto a mí.

Me percaté de que llevaba puesto el delantal de Paulette, pero me sentía demasiado cansada como para burlarme de él.

—Me preocupa que haya tantos judíos franceses que piensen que lo que sucedió en Alemania no puede ocurrir aquí —comentó *madame* Ibert—. Creen que simplemente pueden cambiarse el nombre y conseguir papeles nuevos y nadie se lo dirá a las autoridades.

Había tenido en mente durante todos aquellos años la historia que Renoir me había contado sobre los jóvenes alemanes obligando a una anciana judía a lamer el pavimento. Comprendí que *madame* Ibert tenía razón. Al fin y al cabo, ¿no eran aquellos muchachos y aquella anciana vecinos nuestros también?

Al día siguiente, Minot y yo hicimos recuento de nuestras existencias. Teníamos suficiente gasolina como para hacer un viaje a Pays de Sault, solamente si no parábamos en todo el camino hasta llegar al sur, cosa que no parecía probable dada la congestión del tráfico de refugiados en las carreteras. Necesitábamos como mínimo dos bidones más de reserva.

—¿Deberíamos intentar ir en tren? —le pregunté a Minot—. O quizá usted y *madame* Ibert puedan marcharse en tren y yo podría seguirles.

Minot insistió en que debíamos irnos todos juntos en coche, en caso de que necesitáramos un automóvil una vez que llegáramos a la finca. Decidimos continuar nuestra búsqueda de gasolina durante algún tiempo más.

Minot se marchó para hacer unos recados y visitar a algunos amigos. *Madame* Ibert y yo nos sentamos a comer, cuando de repente escuchamos el zumbido de los aviones, seguido unos minutos después por el aullido de las sirenas antiaéreas. Corrimos a la ventana y miramos el cielo. Un enjambre de puntos negros se deslizaba por el aire.

—Deberíamos ir al sótano —le dije, recordando lo que había dicho mi amigo el reportero sobre que los parisinos se quedaban junto a la ventana durante los ataques aéreos.

Descendimos lentamente las escaleras del sótano. La situación resultaba demasiado surrealista como para sentir pánico. Obviamente, todos los habitantes del edificio compartíamos ese sentimiento, porque la única persona que había en el sótano era *madame* Goux. Estaba pelando patatas y echando las mondaduras en un cubo. Me daba la sensación de que aquel era el lugar en el que habitualmente realizaba esa actividad —así se ahorra tener que llevarlas escaleras arriba— y su presencia allí no se debía a que se hubiera refugiado en el sótano por seguridad.

Escuchamos el repiqueteo del fuego antiaéreo. *Madame* Ibert y yo hicimos una mueca.

—Lo único que están haciendo es intentar asustarlas —bramó enfadada *madame* Goux.

Pronunció aquella frase como si *madame* Ibert y yo fuéramos de una raza diferente a la suya.

—Había suficientes como para conseguir asustarnos —le dije, recordando las siluetas oscuras en el cielo.

Madame Goux me contempló con aire despectivo.

—¿Acaso oye usted alguna bomba?

Tuve que admitir que lo único que podía oír en aquel momento era su cuchillo pelando las patatas y el gramófono de *monsieur* Copeau que reproducía *Aux Îles Hawái* a todo volumen. Obviamente, el ataque aéreo no iba a arruinarle el placer de escuchar su disco.

Pero no éramos tan estúpidas como para no ser precavidas. Cuando volvieron a sonar las sirenas para indicar que el ataque había terminado, encontramos a un tembloroso Minot esperándonos en el apartamento.

—Un millar de bombas —anunció—. Al menos esa es la estimación. Han impactado contra las fábricas de Renault y de Citroën. Y contra un hospital. Deben de haber muerto más de mil personas.

—¡Un hospital! —exclamé, intercambiando una mirada de indignación con *madame* Ibert.

—Ese objetivo puede que no fuera deliberado —respondió Minot.

—Todavía no hemos alcanzado la cantidad de gasolina que nos habíamos propuesto —dijo *madame* Ibert—, pero ¿puedo sugerirles que nos marchemos ya?

No podía aducir nada en contra. Habíamos convenido que nos marcharíamos de París cuando estuviéramos seguros de que la ciudad iba a ser atacada y ahora parecía que ese momento había llegado.

Minot fue a buscar el coche del garaje mientras *madame* Ibert y yo bajamos nuestras existencias y nuestras maletas. Nos alivió que *madame* Goux no se encontrara en la portería, para que no pudiera entrometerse. Le dejé una nota para decirle que me marchaba a visitar a mi familia unos días, que mi apartamento se quedaba cerrado y que bajo ninguna circunstancia podían emplearlo personas no autorizadas —me refería a los alemanes—. Por supuesto, aquella indicación era totalmente inútil. ¿Acaso el ejército de ocupación no aprovecharía la oportunidad de allanar mi apartamento? Además, si iban a lanzar un millar de bombas cada vez que atacaran, quizá no me quedara ningún apartamento al que poder regresar.

Aunque me había estado preparando para la guerra durante casi dos años, perdí mi ventaja al abandonar París al mismo tiempo que la mitad de la ciudad. Las calles estaban bloqueadas con automóviles cargados hasta los topes, así como carros de vendedores ambulantes de café, taxis, camiones de panaderías, coches de caballos y vagonetas de heno.

—Miren qué tráfico hay —siseó Minot entre dientes—. Vamos a gastar toda la

gasolina que tenemos antes de lograr pasar por la puerta de Orleans.

Hacía mucho calor en el interior del coche. Las manos me sudaban sobre el volante. Pero en mi interior notaba un frío penetrante, como el de una tumba. Contemplé los sacos de arena alrededor de la Aguja de Cleopatra en la plaza de la Concordia. ¿Seguirían allí todos aquellos monumentos tan familiares cuando regresara a París? Si es que regresaba, claro...

«¿Por qué te marchas?».

Me pasé la mano por la frente, intentando apartar aquel pensamiento de mi mente. Pero no lo conseguí. Traté de razonar conmigo misma: «Porque tengo que poner a salvo a Minot y a *madame* Ibert».

«Sí, pero ¿y tú? ¿Tú por qué te marchas?».

Mi plan original era sacar a Odette y a su familia de Francia. También era cierto que quería ayudar a Minot y a *madame* Ibert. Pero la pregunta de por qué yo me marchaba estaba empezando a importunarme. Repasé mis razones: porque los alemanes eran conocidos por su crueldad durante la Gran Guerra y por las historias que mi padre me había contado sobre los soldados alemanes atravesando con sus bayonetas a bebés y violando a mujeres y niñas.

«La luz más brillante de la Ciudad de las Luces».

Me agarré con fuerza al volante. Aquel no era un título que yo misma me hubiera atribuido, no como Jacques Noir, que había acuñado para sí mismo la expresión: «El humorista más adorado de todo París». El mío era un apelativo que el público de la ciudad me había concedido. Y ahora, cuando París se preparaba para enfrentarse a sus horas más oscuras, su «luz más brillante» huía.

No salimos de París ni nos adentramos en la Carretera Nacional Seis hasta última hora de la tarde. La autopista que se dirigía al sur estaba atestada, pero por lo menos todos íbamos hacia la misma dirección. Al anoecer, pasamos junto a una iglesia cuyo patio contenía filas y filas de tumbas recién cavadas. Apartamos rápidamente la mirada de ellas.

Condujimos durante toda la noche, Minot y yo hicimos turnos para ponernos al volante. Cuando me desperté al amanecer, vi campos.

—¿Ya casi hemos llegado? —le pregunté a Minot, bostezando.

—¿Está usted de broma? —me preguntó—. Apenas hemos recorrido un tercio del camino.

El cielo estaba claro y el calor ya asfixiaba el aire. *Madame* Ibert hizo el desayuno, cortando pan en una tabla sobre su propio regazo. Frente a nosotros había una camioneta con una docena de niños pequeños en su interior, junto con una mujer de mediana edad y una niña adolescente.

—No los había visto antes —comenté.

—Debemos de haberlos alcanzado en algún momento durante la noche —respondió Minot—. El número de matrícula es belga.

—Todos no pueden ser de la mujer —observé, mirando las pequeñas cabecitas

moviéndose arriba y abajo.

Algunas eran morenas, otras rubias y otras pelirrojas. Las edades de los niños oscilaban aproximadamente entre los cuatro y los siete años y sus agotados rostros me encogieron el corazón.

—Puede que los hayan evacuado de una escuela —sugirió *madame* Ibert.

—¿Seguimos teniendo la bolsa de melocotones? —pregunté.

Madame Ibert tocó por debajo del asiento.

—Hay suficientes para darles uno a cada uno —respondió.

—¡Oh, no! —exclamó Minot—. ¿Qué vamos a comer si usted y *mademoiselle* Fleurier se dedican a repartir nuestra comida?

Madame Ibert me entregó la bolsa, junto con dos hogazas de pan, un trozo de queso, un paquete de chocolate y un racimo de uvas.

—Podremos comer todo lo que queramos cuando llegemos a la finca —le respondí—. Puede que esos niños no hayan tomado nada en varios días.

Íbamos lo bastante despacio como para que Minot no tuviera que detener el coche. Me deslicé fuera del Peugeot y corrí entre los demás automóviles y bicicletas hacia la camioneta.

El rostro de la mujer se iluminó cuando me vio. Extendió el brazo por el lateral para coger lo que yo le ofrecía.

—¡Muchas gracias! ¡Muchísimas gracias! —me dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

Le pregunté si era la maestra de los niños y me confirmó que así era. Habían huido mientras el ejército alemán arrasaba su pueblo.

—Buena suerte, *madame* —le deseé.

—Que Dios la bendiga —me gritó mientras yo corría de vuelta a nuestro coche.

Continuamos avanzando lentamente por la autopista, pasando junto a un agricultor que vendía agua a dos francos el vaso y otro que ofrecía gasolina a un precio que era exorbitante incluso para estar en tiempos de guerra.

—Supongo que siempre habrá alguien dispuesto a explotar cualquier situación —murmuró *madame* Ibert.

Durante la hora siguiente condujimos por campo abierto. Minot nos divirtió con historias de entre bastidores del Adriana, incluyendo cotilleos sobre las estrellas de la escena parisina, y yo traté de animar el ambiente cantando un par de números de *Les Femmes*, cuando de repente un aullido espeluznante resonó a través del cielo.

—*Merde!* —exclamó Minot, mirando por el retrovisor—. ¿Qué diablos es eso?

El tráfico se detuvo ante nosotros. La gente salía corriendo de sus coches y huía por los campos hacia un bosquecillo compuesto por unos cuantos árboles. Aquellos que conducían carros se escondieron en los bajos.

La maestra de escuela y su ayudante saltaron de la camioneta, sacando a los niños tras ellas. El conductor salió de la cabina para ayudarlas. Yo me bajé del coche. Desde el campo, un holandés se volvió y gritó: «¡Stukas! ¡Stukas!», pero los

franceses, que no comprendían lo que estaba sucediendo, se miraban unos a otros. Entonces fue cuando los vi: dos aviones alemanes se dirigían hacia nosotros.

No obstante, se trataba de aviones del ejército, que buscaban objetivos militares. No bombardearían a refugiados desarmados. Los aviones descendieron de altitud. El corazón se me paró dentro del pecho. Minot y *madame* Ibert se tumbaron en el suelo del coche.

—¡Agáchese! —me gritó Minot.

Pero yo tenía los ojos fijos en los niños que estaban intentando llegar hasta el bosquecillo, su maestra y la ayudante tiraban de ellos y los conminaban a seguir. El conductor corría mientras llevaba a dos críos bajo los brazos.

—¡¡¡No!!! —grité.

Se oyó un repiqueteo, como si una lluvia de piedras estuviera golpeando la carretera. El polvo ascendió en oleadas. Los cuerpecillos se sacudieron y cayeron al suelo. La maestra se quedó helada, moviéndose a izquierda y derecha, tratando de interponerse entre una niña y las balas hasta que tanto ella como la cría cayeron derribadas boca abajo. La ayudante cayó un instante después. El conductor todavía corría delante de ellas, aunque lo retrasaba el peso de los dos niños que llevaba en brazos. Un hombre salió de entre los árboles hacia ellos y agarró a uno de los niños. Prácticamente consiguieron ponerse a cubierto, cuando uno de los aviones se dio media vuelta.

Los derribó a los cuatro con un granizo de balas antes de tomar altura y desaparecer en el cielo siguiendo a su compañero.

Logré que mis piernas me transportaran hasta el borde de la carretera. Nadie más se movió, todos estaban aterrorizados pensando que los aviones podían volver. Contemplé el montón de cuerpos sanguinolentos sobre la hierba. A tan poca altura, los pilotos tenían que saber que sus objetivos eran niños. Les habían dado caza por puro deporte.

—¡Esos malnacidos! —gritó Minot, corriendo junto a mí y agitando las manos en el aire—. ¡Malditos malnacidos asesinos de niños!

La gente que había huido para refugiarse en el bosquecillo corrió de vuelta por los campos. Se apresuraron a acercarse a los cuerpos, pero quedó claro por sus rostros solemnes que no había supervivientes. Una mujer cayó de rodillas y plañó junto al cuerpo del hombre que había salido a ayudar al conductor de la camioneta. Surgió una discusión entre los supervivientes: unos minutos más tarde, tres hombres volvieron a sus vehículos y sacaron unas palas. Parecía que no había modo de llevar aquellos cuerpos a una iglesia, así que tendrían que enterrarlos allí donde habían caído. Una mujer preguntó si había algún cura entre los refugiados y el mensaje se transmitió por toda la fila de coches. Se adelantó un ciclista, gritando el llamamiento. Un hombre vestido de sotana salió de un coche y se dirigió hacia la escena de la masacre.

Cerca de veinte personas se quedaron atrás para ayudar a enterrar los cuerpos de

los niños y sus cuidadores. El resto de los presentes regresó a sus vehículos. No les quedaba nada más que hacer que continuar la marcha. De la conversación que escuché entre dos mujeres que pasaron a mi lado, comprendí que no era la primera vez que los pilotos alemanes habían bombardeado a los refugiados. Entonces entendí por qué muchos coches que había visto cruzando París llevaban colchones firmemente sujetos a las bacas.

—Vamos, *mademoiselle* Fleurier —me dijo *madame* Ibert, pasándome el brazo por la cintura—. Es mejor que sigamos adelante. No hay nada más que podamos hacer aquí.

Pensé en la mirada de la maestra cuando le entregué la comida. ¿Quién era aquella mujer que había dado su vida por unos niños que ni siquiera eran sus hijos? ¿Quién era su ayudante, una chica joven, mucho más joven que yo, y que también se había sacrificado? ¿Y el conductor cuyo rostro no llegué a ver? Quería llorar por la pérdida de almas inocentes enfrentadas al mal, pero no surgió ningún sonido de mi garganta. Tuve una arcada, pero no había suficiente comida en el estómago como para que pudiera vomitar nada.

Madame Ibert me frotó la espalda.

—¿Sabe usted conducir? —le pregunté.

—Sí —me contestó.

Me erguí.

—Minot tiene un mapa para llegar hasta la finca. ¿Puede usted hacer turnos con él para hacerlo?

Asintió.

—Usted descanse en el asiento trasero. Yo puedo conducir —me dijo, volviéndose hacia el coche.

La agarré del brazo.

—Lo que quiero decirle es: ¿puede usted ayudar a Minot a llegar a Sault? Yo regreso a París.

Me mantuvo la mirada fijamente.

—Hay algo que tengo que hacer —le expliqué.

Minot, que había estado escuchando nuestra conversación, se acercó hasta nosotras.

—*Mademoiselle* Fleurier, está usted conmocionada. Ahora se siente perturbada. Cállese. No hay nada que ya pueda hacer.

Sin embargo, *madame* Ibert pareció comprenderlo. Debió de verlo en el fondo de mis ojos. El asesinato de aquellos niños había hecho brotar algo de una semilla que albergaba en mi interior y ahora estaba empezando a crecer. Llegó hasta el coche, sacó una botella de agua y un poco de comida y las puso en una bolsa de paja que me entregó a continuación.

—Tardará como mínimo un día entero en volver andando —me advirtió mientras introducía en la bolsa de paja un cuchillo militar que guardaba en el bolsillo—. Y

puede que resulte peligroso.

Minot nos miró a *madame* Ibert y a mí sacudiendo la cabeza. El círculo de hombres cavando que golpeaban el duro suelo rompió el silencio. Cerré los ojos para evitar pensar en aquel sonido. Cuando los abrí de nuevo, Minot me estaba sosteniendo la mano.

—Envíenos unas líneas tan pronto como pueda. Temo por usted, pero comprendo que no lograré hacerla cambiar de opinión.

Contemplé a Minot y *madame* Ibert montándose en el coche y arrancando el motor. Después, me volví y comencé a caminar de vuelta por la carretera, en dirección contraria al tráfico. No hubiera sido capaz de precisar en aquellos momentos qué pretendía hacer cuando llegara a París. Lo único que tenía eran mi frágil coraje y la convicción de que no podía huir de las fuerzas oscuras que habían anegado Alemania y que ahora estaban cayendo sobre Francia. Hasta mi último aliento, me opondría a aquel mal sin ceder ante él. Me prepararía para luchar.

Tardé tres días en regresar a París. Pasé una noche en un campo, hecha un ovillo bajo un árbol con el cuchillo que *madame* Ibert me había dado junto a mí. La noche siguiente, dormí en un granero. De vez en cuando paraba a la gente por la carretera para avisarla sobre el ataque alemán. Un hombre en bicicleta me contempló con ojos incrédulos, pero me prometió que difundiría el mensaje. Nadie me reconoció. Con aquellas medias andrajosas, el vestido arrugado y el pelo tieso por el polvo, no guardaba precisamente demasiado parecido con la radiante figura que aparecía en los carteles del Adriana o el Casino de París. Me sentía tan cansada, sedienta y hambrienta que empecé a ver manchas ante mis ojos. A la tercera mañana, logré que me llevara una ambulancia de la Cruz Roja, el único vehículo que iba en dirección contraria al tráfico.

La conductora estadounidense me entregó una cantimplora mientras recorría con la mirada mi rostro cubierto de polvo y bañado en sudor. Percibió mi desorientación y me dijo:

—Termínesela. Tengo más agua en la parte trasera y usted está deshidratada. ¿Adónde va? ¿A París?

Asentí.

—Yo voy hacia allí para conseguir más existencias —me explicó—. Según la policía, ha quedado menos de un tercio de la población. Han huido dos millones de personas.

No cruzamos demasiadas palabras después de aquello. Probablemente, ella pensaba que yo volvía a París a recoger a algún niño o algún anciano. De vez en cuando, yo observaba su rostro. Sus penetrantes ojos azules no se apartaban de la carretera. Tenía la mandíbula firmemente apretada, como si se estuviera armando de valor para enfrentarse a la desoladora y peligrosa tarea que la esperaba. «Ella sabe adónde se dirige», pensé. Pero ¿y yo?, ¿qué pretendía hacer yo?

La Ciudad de las Luces estaba oscura como la boca del lobo cuando cruzamos la puerta de Orleans. No había farolas encendidas y las ventanas estaban cegadas. La conductora me dejó cerca del Arco del Triunfo. Era la primera vez que veía aquella rotonda sin tráfico. Unos policías de pie junto a una de las columnas eran los únicos seres vivientes en los alrededores. Le ofrecí a la conductora invitarla a cenar si encontrábamos algo abierto, pero negó sacudiendo la cabeza:

—Debo conseguir las existencias que venía a buscar y dirigirme hacia el norte. No hay tiempo que perder.

Le agradecí que me hubiera llevado y, después, sentí el impulso de preguntarle:

—¿Por qué está usted aquí? Es usted estadounidense. Su país es neutral.

No pude ver su rostro en la oscuridad, pero el blanco de sus ojos reflejó los

destellos de la luna.

—Me he divertido mucho en su país, *mademoiselle*. Como nunca en mi vida. No sería correcto abandonar Francia ahora que está pasando una mala época.

Le di las gracias otra vez y avancé por los desiertos Campos Elíseos. Los postigos de las ventanas de los edificios de apartamentos estaban cerrados y las persianas de los comercios y galerías estaban echadas. Todas las ventanas que no tenían postigos estaban cegadas con cinta adhesiva y tapadas con cortinas oscuras. El brillo fantasmal de la luna era la única luz, y no se oía nada, excepto el ladrido sordo de los perros en el interior de los edificios. ¿Se había ido todo el mundo? Pensé en la mujer estadounidense que conduciría durante toda la noche para recoger a los soldados heridos. Una extranjera que estaba lista para luchar. ¿Y por qué nosotros no? ¿Dónde se había quedado nuestra fuerza de voluntad?

Mi edificio tenía un aspecto tan sombrío y desolador como los otros de la calle. Llamé al timbre, aunque albergaba pocas esperanzas de que la portera siguiera allí. No había ninguna luz en la portería ni en su apartamento. Tenía los pies cubiertos de ampollas y me horrorizó la mera idea de tener que volver a recorrer todo el camino hasta el Arco del Triunfo para pedirle a uno de los policías que forzara la puerta por mí. Miré las ventanas de mi apartamento, como si esperara que Paulette abriera una de ellas para saludarme. Me pasé los dedos por el cabello enredado en busca de una horquilla. Un instante después, un frío objeto metálico se clavó contra mi garganta. Percibí un olor a sulfuro y algo acre, pero después no me atreví a respirar. El cañón de la pistola se apretó contra mi piel.

—¿Quién es usted?

Reconocí la voz de la portera. No podía mirarla porque me había obligado a levantar la cabeza con la pistola y tenía demasiado miedo como para moverme.

—*Madame Goux* —le dije con voz ahogada—. Soy yo. Simone Fleurier.

Aquello no era París. Aquello parecía Chicago.

Madame Goux aflojó la presión y lentamente me quitó la pistola de la garganta. Bajé la mirada. El cañón aún me estaba apuntando y el dedo de *madame Goux* jugueteaba junto al gatillo. Guiñó los ojos, tratando de comprobar si realmente era yo en la oscuridad. Debió de reconocer algo, porque al momento siguiente dejó caer la pistola a un lado.

—*Mon Dieu!* —exclamó, empujándome hacia el interior del edificio y cerrando la puerta tras ella—. ¿Qué le ha pasado?

Le relaté mi viaje, sin ni siquiera pensar en preguntarle por qué seguía en el edificio y de dónde había sacado la pistola. Pero me detuve en seco cuando encendió una lámpara. Tenía la piel hundida bajo los ojos y mostraba una expresión apática. Nunca había sido una persona cordial ni en sus mejores momentos, y los inquilinos solían bromear sobre la expresión adusta con la que saludaba a la gente, pero ahora estaba mucho más demacrada que de costumbre.

—¿Qué le ha sucedido a usted? —le pregunté yo a mi vez.

Me fulminó con la mirada y la apartó rápidamente.

—Los *boches* no solo han bombardeado objetivos militares. También han atacado las casas del suroeste de la ciudad. Mi hermana pequeña y su familia han muerto.

Miré directamente a la luz, tratando de no recordar de nuevo la imagen de los niños saltando por los aires por el ataque de los aviones alemanes. Y resultaba que seguían muriendo más inocentes.

—Lo siento —le dije, recordando la despreocupación con la que se había sentado en el sótano a pelar patatas durante el ataque aéreo.

Debía de producirle mucho dolor pensar en ello ahora.

No había suficiente electricidad como para poner en marcha el ascensor, así que tuve que subir las escaleras. Sentía retortijones en el estómago y me temblaban las piernas. Para cuando llegué al apartamento, noté como me ardía la piel y me desplomé sobre la cama. Me desperté unas horas más tarde, enroscada en la colcha. Se oían ruidos sordos y explosiones en la distancia, pero no estaba segura de si eran auténticos o me los estaba imaginando. En algún lugar sonaron las sirenas cacofónicas y los tiroteos de fuego antiaéreo cortaron el aire. Estaba segura de que aquellos sonidos sí eran reales, pero no tenía fuerza para bajar al sótano. Le recé a mi padre para que me protegiera. Quería vivir para poder luchar, pero me estaba costando todo mi esfuerzo simplemente respirar.

Mi siguiente recuerdo fue que el sol me daba en la cara y *madame* Goux me observaba detenidamente.

—Ya no tiene usted fiebre —me dijo, tocándome la frente—. Menos mal que no cerró la puerta al entrar. No me habría enterado de que se encontraba usted enferma. El hospital está lleno de soldados y ningún médico hubiera podido atenderla.

Tragué saliva. Me dio la sensación de que las paredes de mi garganta eran de papel de lija.

—Ha estado usted en cama durante dos días —me informó, aproximándose a la ventana y echando un vistazo al exterior—. Hubiera muerto usted deshidratada si no llego a estar yo aquí. Le he estado dando de beber sorbos de agua con el tubo de mi ducha.

Hice lo que pude por olvidar lo que acababa de decirme y traté de incorporarme. Me entraron náuseas y me derrumbé de nuevo sobre la almohada.

—No podrá levantarse hasta que haya comido algo —me advirtió—. Así que no se le ocurra moverse.

En el exterior, la calle estaba tranquila. Sin embargo, en algún lugar del edificio se oyó el ladrido de un perro, al que le contestó el aullido de otro.

Madame Goux encendió un cigarrillo y dejó escapar un hilo de humo. Junto con la falta de aire del apartamento y el olor rancio de mi ropa, el olor del tabaco me dio arcadas.

—¿Qué pasa con la guerra? —le pregunté.

Madame Goux arqueó las cejas, como si mi pregunta fuera tan estúpida como

alguien inquiriendo por la salud de un paciente terminal.

—El gobierno ha abandonado la ciudad. Italia nos acaba de declarar la guerra.

—¿Italia?

Traté de incorporarme de nuevo. Aquello era un desastre. Si Italia quería atacar Francia, sin duda comenzaría por el sur. Mi familia estaba lo bastante lejos de la frontera como para no correr peligro durante un tiempo, pero pensé en todos los que se dirigían a Marsella. ¿Cómo lograrían escapar ahora?

Madame Goux apagó el cigarrillo y se sentó en la silla de leopardo, el único mueble que había permanecido conmigo durante todo el tiempo. Cuando André y yo nos separamos, vendimos todo el mobiliario junto con la casa. Contemplé la silla, comprendiendo por primera vez lo incongruente que resultaba que yo, una amante de los animales, hubiera codiciado sus pieles en forma de ropa o tapicería. La especie humana era la más traicionera de todas y ahora estábamos a punto de destruirnos unos a otros.

—¿Por qué ha regresado? —me preguntó *madame Goux*.

—Quería luchar —le respondí.

Resultaba una afirmación ridícula viniendo de alguien que ni siquiera se podía incorporar en la cama, pero *madame Goux* no se rio. Le hablé sobre la conductora estadounidense que me había recogido.

—Tenemos extranjeros luchando por nosotros —le dije.

—Pues si es así —replicó *madame Goux* con el ceño fruncido—, ella debe de ser la única. El presidente de los Estados Unidos no nos ha enviado más que sus condolencias.

—Pero todavía tenemos a los británicos de nuestro lado —le dije yo.

—¡Ja! —profirió la portera con tono despectivo—. ¡No se ha enterado usted! Se están retirando del norte. Nos están abandonando.

Cerré los ojos con fuerza. Las náuseas volvieron a ascenderme por la garganta. Todo estaba empeorando por momentos.

Me quedé en la cama hasta la mañana siguiente, cuando no pude soportar más el rancio olor que desprendía mi piel. Todo se volvió de color blanco cuando me puse en pie. Me apoyé contra la pared hasta que se me aclaró la vista y me dirigí tambaleándome hasta el cuarto de baño para lavarme un poco y cepillarme los dientes. Aquellas dos acciones me dejaron tan exhausta que volví dando tumbos a la cama.

Me desperté unas horas más tarde y descubrí que estaba cubierta de motas de hollín. El sol era una esfera abrasadora en mitad del cielo. No me cabía la menor duda de que estaba soñando. ¿Por qué estaba el sol tan rojo y el cielo tan oscuro? Arrastré los pies hasta la ventana y miré al exterior. Varios camiones recorrían hacia abajo la avenida. Hombres desaliñados caminaban dando traspiés por las aceras y a algunos de ellos les sangraban las heridas que tenían en la cara y los brazos. Uno se detuvo y se sentó en el bordillo, apoyó la cabeza entre las manos y se echó a llorar.

Le observé con más detenimiento. Llevaba puesto un uniforme de oficial francés.

«Debo de estar soñando —me dije a mí misma—. El ejército francés es el más magnífico y poderoso del mundo».

Madame Goux entró en la habitación con un cuenco de sopa sobre una bandeja. La dejó sobre la mesilla de noche y miró por la ventana por encima de mi hombro. Tenía un aire aún más compungido que la última vez que habíamos hablado.

—Se supone que los soldados no deben retirarse a través de la ciudad —me explicó—. Habían recibido órdenes de rodearla.

La presencia de *madame Goux* dotó de realidad a la pesadilla en la que me hallaba sumida y se me aclaró la cabeza, pero todavía tardé un momento en comprender lo que acababa de decir.

—¿Por qué debían rodearla? —pregunté.

—He oído el rumor de que no van a defender París —me contestó.

—¿No lo van a defender? ¿Eso qué significa?

Chasqueó la lengua y profirió una carcajada triste, sacudiendo la cabeza por su propia incredulidad.

—Pues significa que vamos a ser rehenes del diablo y que no podemos hacer nada por evitarlo.

A la mañana siguiente me levanté sintiéndome más fuerte, gracias a los cuidados de *madame Goux*. Resultaba irónico que nosotras, que apenas nos habíamos dirigido la palabra durante todos aquellos años en los que yo había residido en el edificio, ahora fuéramos compañeras de la inminente tragedia de París. Salí de la cama, me lavé y me vestí, todo ello a cámara lenta porque aún me sentía muy débil. Sabía que no me encontraba lo suficientemente bien como para encarar el principio de una guerra, porque las guerras son sinónimo de racionamiento y hambruna. Hubiera sido más sensato quedarse en la cama al menos un día más, pero no podía. Quería descubrir por mí misma qué estaba sucediendo en la ciudad.

En el rellano de mi piso me golpeó un hedor pútrido. Descendí las escaleras y la pestilencia fue haciéndose cada vez más insoportable. Era diez veces peor que el olor de la carne podrida. Fuera lo que fuera, también debía de haber molestado a *madame Goux*, porque había dejado la entrada principal abierta, a pesar de su paranoia por los saqueos. Llamé a la puerta de la portería. Me dijo que entrara y la encontré sentada a la mesa ante el desayuno bebiendo café.

—¿Qué es ese olor? —le pregunté.

—Toda la ciudad apesta —contestó—. Ya no recogen la basura. No hay camiones de limpieza. Los desperdicios se apilan en las calles. La carne se pudre en las carnicerías y el resto de comida se está echando a perder en las tiendas de ultramarinos.

—Pero da la sensación de que proviene del interior del edificio —repliqué—. ¿Los demás inquilinos le han dejado sus llaves? Puede ser que haya comida pudriéndose en sus casas.

Madame Goux me miró fijamente.

—Creo que puede ser el perro de *monsieur* Copeau —me contestó—. No lo he oído ladrar durante los dos últimos días.

Al principio, no la entendí. El perro de *monsieur* Copeau era un gran danés. Según *madame Goux*, *monsieur* Copeau se había marchado el mismo día que yo. Entonces recordé los ladridos que había escuchado durante mi enfermedad y lo comprendí.

—¿Ha dejado aquí a su perro? —le pregunté.

—Todos han abandonado a sus animales, excepto usted.

Repasé mentalmente los apartamentos uno por uno. *Madame* Ibert no tenía animales; tampoco la familia del piso siguiente, porque la hija padecía de alergia. *Monsieur* Nitelet, el hombre que vivía sobre mí, sí: un terrier maltés llamado *Princesse* y un West Highland terrier llamado *Charlot*, en honor a Charlie Chaplin. Pero aquel olor era de algo descomponiéndose, no de heces de perro.

—¿Ha dejado usted que se mueran de hambre? —exclamé—. ¿Por qué no los ha liberado?

—No son míos —me contestó—. Les he echado huesos a los más pequeños, pero no podía hacer nada por el otro. Es un perro guardián. Si hubiera abierto la puerta, me habría comido viva.

El apartamento de *monsieur* Copeau estaba en la planta baja. «Podría haber roto una ventana —pensé—, y haber dejado salir al animal por allí».

Madame Goux me leyó la mente.

—Podría haberle dejado salir, pero entonces la policía le habría disparado de todos modos. Mucha gente ha abandonado a sus perros, y la policía los ha estado sacrificando para evitar que haya un brote de rabia.

—*Mon Dieu!* —exclamé, recordando la hilera de refugiados. Muchas de aquellas familias con todos sus bienes materiales apilados en vagonetas se habían llevado con ellos a sus mascotas. ¿Qué le pasaba a la gente del octavo *arrondissement*? Sin embargo, ya conocía la respuesta a aquella pregunta. Consideraban a sus animales como accesorios de moda de los que podían deshacerse cuando les estorbaran.

No obstante, había algo extraño en todo aquello. *Monsieur* Nitelet era un hombre arrogante que podía abandonar fácilmente un animal; sin embargo, cada vez que me había cruzado con el anciano *monsieur* Copeau y su gran danés, me había dado la sensación de que sentía verdadero afecto por el perro.

—He oído a los de arriba ladrando esta mañana —comentó *madame Goux*, cogiendo una llave del cajetín y entregándomela—. Parece usted olvidar que he estado muy ocupada porque tenía que llorar a los míos y cuidar de usted.

La llave era la del apartamento de *monsieur* Nitelet. Era consciente de que mi preocupación por los animales iba más allá de lo que la mayoría de la gente consideraría normal, pero no podía disculparme con *madame Goux*. Yo no pensaba que *Kira* fuera un objeto que añadiera calidez a mi apartamento siempre que yo lo

necesitara. La consideraba parte de mi familia. Después de todo, la había enviado al sur con la misma preocupación con la que Minot había enviado a su madre.

Las fuerzas que había reunido para ir a enterarme de qué estaba sucediendo con la guerra las gasté en volver a subir las escaleras. Abrí la puerta del apartamento de *monsieur* Nitelet. No había ningún mueble ni ningún cuadro, excepto un par de sillas apiladas en una esquina. Vi los huesos esparcidos por el suelo. Los dos perros correataron hacia mí. Estaban delgados y me miraron con ojos asustados, pero aun así movieron el rabo. Para mi sorpresa, también se me acercó sigilosamente un gato con una mancha anaranjada sobre un ojo y otra más pequeña junto a la nariz. No lo había visto antes.

—*Monsieur* Nitelet se ha llevado todos sus muebles —murmuré—, pero no se ha molestado en preocuparse por vosotros.

Cogí al gato en brazos —que era una gata, según comprobé— y les dije a los dos perros que me siguieran a mi apartamento. No lo dudaron ni un instante y correataron detrás de mí escaleras abajo. Tenía suficientes latas de sardinas almacenadas; de hecho, eran tantas que no había habido sitio donde meterlas cuando Minot y yo cargamos el coche. Había planeado dejarlas fuera del apartamento por si alguien las necesitaba, pero con las prisas se me había olvidado. Abrí tres latas, vertí el contenido en dos cuencos y llené el otro de agua. En menos de un segundo, las tres bolas de pelo estaban afanándose sobre la comida.

—Si hubierais sido míos —les dije—, yo os habría llevado a vosotros y habría dejado los muebles.

Me até un delantal a la cintura y al encontrar un saco vacío en la despensa, pensé en el perro fallecido del piso de abajo. Yo ya me había sentido lo bastante enferma por la deshidratación. Qué horrible tenía que ser morir de hambre. Hubiera sido más compasivo dejar que la policía le disparara.

Madame Goux me estaba esperando en el portal. Me pregunté dónde íbamos a enterrar un perro tan enorme. Con diez meses, siendo tan solo un cachorro, ya era tan grande como un hombre. El olor resultaba aún más repugnante en el pasillo contiguo a la entrada. Me quité el pañuelo que llevaba al cuello y me lo até sobre la boca.

—¿Lista? —preguntó *madame* Goux, introduciendo la llave en la cerradura de la segunda puerta.

Asentí y ella abrió la puerta de un empujón. El hedor nos envolvió como si estuviera vivo, presionando sus apestosas garras contra nuestros rostros y brazos. La bilis me subió por la garganta. *Madame* Goux corrió a la ventana y abrió las cortinas, pero no logró desenganchar el pestillo de la ventana. Me lancé hacia ella y me hice un corte en un dedo, pero logré abrir la ventana a la fuerza. Entre las dos abrimos de par en par todas las de la habitación y sacamos la cabeza por ellas, para inhalar grandes bocanadas de aire fresco.

Oímos un ladrido detrás de nosotras. Nos volvimos para ver al perro avanzando pesadamente hacia nosotras. Se le veían las costillas por debajo de la piel color beis y

tenía los ojos gachos, pero estaba vivo.

—*Merde!* —exclamó *madame Goux*—. ¡Tendría que haber traído la pistola!

Sin embargo, el perro no parecía tener intención de atacarnos. Como si quisiera asegurármelo, me apoyó el hocico sobre el muslo. ¿De dónde provenía el olor entonces? Tenía que ser algo más que basura y heces del perro.

—¿Vio a *monsieur Copeau* cuando se marchó? —le pregunté a *madame Goux*.

Ella negó con la cabeza.

—No, sencillamente supuse que se había ido, como todos los demás. ¿Por qué?

Miré hacia el pasillo desde donde el perro había venido. Tenía un aspecto lúgubre y al final había una puerta entornada que conducía a la siguiente habitación.

—¿Cree usted que el perro lo ha matado? —me preguntó *madame Goux*.

Negué con la cabeza.

—Lo estaba protegiendo, eso es todo. Sabe que hemos venido a ayudarle.

El perro gimoteó y se volvió hacia el pasillo, mirando a sus espaldas para ver si le seguíamos. *Madame Goux* y yo avanzamos lentamente tras él. El hedor era tan penetrante que se filtraba a través de nuestra ropa y se nos adhería al pelo. Podía notarlo en el fondo de la garganta.

Empujé la puerta para abrirla. Estaba demasiado oscuro para ver nada. La ventana se hallaba cegada y lo único que entraba era un débil rayo de luz por el lateral de la cortina. Me acerqué a la ventana, esperando no tropezar con el cuerpo de *monsieur Copeau*. Algo me rozó el brazo y grité. *Madame Goux* me apartó de un empujón y abrió las cortinas de un manotazo.

El perro profirió un aullido lastimero y *madame Goux* se persignó. Contemplamos el cuerpo de *monsieur Copeau*, suspendido de la lámpara como un muñeco colgado de una cuerda. No podía dejar de mirarle, pero no acababa de creerme que aquello que colgaba del techo fuera un ser humano.

La policía no vino a recoger el cuerpo de *monsieur Copeau* hasta la tarde. Si había dejado una nota, nunca llegamos a encontrarla. Pero la policía nos dijo que aquel era el octavo suicidio que habían recogido en aquella zona esa mañana y que podían imaginarse cuál era la razón. *Monsieur Copeau* había luchado contra los alemanes durante la Gran Guerra.

Mientras *madame Goux* limpiaba la habitación de *monsieur Copeau*, yo quemé mi ropa en el horno de la cocina y después me bañé, frotándome de pies a cabeza. Todavía podía percibir el hedor a descomposición, pero después de lavar al gran danés y restregarlo de arriba abajo con *eau de cologne*, supe que aquella pestilencia persistía más vívidamente en mi memoria que en ningún otro lugar. Alimenté al danés con albóndigas en lata antes de tumbarme en el sofá. La gata se encaramó a lo alto de un armario. No parecía asustada por el enorme perro, pero aun así guardaba las distancias. Los dos perrillos inspeccionaron a su nuevo amigo, olfateándole la cola y apoyándose contra su lomo. Traté de recordar cómo llamaba *monsieur Copeau* a su perro. Era algo que sonaba italiano y creía recordar que sonaba un poco *kitsch*.

—Bruno —me dijo *madame* Goux, entrando por la puerta con una bandeja de pan y queso.

Después de lo que habíamos pasado aquella mañana, me sorprendió sentir apetito como para comer.

—Bruno —repetí, acariciándole la cabeza al danés.

—No se encariñe demasiado con él, pues voy a tener que sacrificarlo de un tiro —me advirtió *madame* Goux, cortando en rebanadas el pan.

Charlot y *Princesse* aguzaron el oído.

—¿Por qué? —le pregunté incorporándome—. No tiene la rabia.

Agradecía a *madame* Goux que me hubiera cuidado mientras estaba enferma, pero en cualquier otro asunto lograba sacarme de mis casillas.

Madame Goux me pasó un plato antes de contestarme.

—Es demasiado grande. No podremos alimentarlo.

—Yo me preocuparé por eso —le respondí—. Nadie va a ponerle la mano encima.

Madame Goux hizo una mueca y profirió un bufido.

—Por supuesto —replicó—, lo mejor que podemos hacer es quedárnoslo para matarlo y comérmoslo más adelante.

Aunque la imagen del cuerpo de *monsieur* Copeau me había resultado traumática, el horror que me produjo quedó eclipsado por el deseo de averiguar qué estaba sucediendo en París. Salí a la calle a las cuatro en punto. El sol todavía brillaba. Podría haber sido un día soleado de verano como cualquier otro en París, pero no había nada de cotidiano en la ciudad. Nuestra calle estaba desierta y, tal y como *madame* Goux me había advertido, los montones de basura que se apilaban en las aceras apestaban casi tanto como el apartamento de *monsieur* Copeau.

Caminé por los Campos Elíseos hacia el Grand Palais, pero no pude encontrar ni un solo quiosco de periódicos abierto. Crucé el puente de Alejandro III hacia la orilla izquierda para probar suerte allí. Me invadió un repentino deseo de volver a visitar la zona en la que había residido cuando llegué por vez primera a París y recorrí el Boulevard Saint Germain. Había un policía de servicio dirigiendo el tráfico de los refugiados. Ya no pasaban coches, solo cientos de bicicletas y carros tirados por bueyes o burros. Algunas personas iban a pie, empujando carretillas y cochecitos en los que se apilaban todas sus pertenencias.

Encontré un quiosco abierto y le pedí a la quiosquera *Le Journal*.

—Ya no existe *Le Journal*, *mademoiselle* —me respondió—. Solo tengo la *Edition Parisienne de Guerre*.

Debí de parecer sorprendida, por lo que me explicó que el personal voluntario restante de *Le Journal*, *Le Matin* y *Le Petit Journal* se había combinado para crear aquel boletín informativo, *La edición parisina de guerra*.

Compré el periódico. Como cualquier otra publicación editada en las últimas semanas, no era más que una única hoja impresa por ambas caras. El titular rezaba:

«Aguanten. Cueste lo que cueste».

¿Qué podía querer decir aquello? Me senté en un café donde no podían ofrecerme café, sino un té aguado y leí las órdenes que se les daba a los panaderos, a los farmacéuticos y a las tiendas de ultramarinos para que siguieran en activo o, si no, se exponían a que los juzgaran. Se instaba a los trabajadores de las fábricas a no abandonar sus puestos o los acusarían de traición. «Qué buen ejemplo», murmuré, recordando de qué forma sus jefes se habían apresurado a huir y ponerse a salvo en países extranjeros.

Lo interesante de aquel periódico era que no había huecos en blanco allí donde las autoridades habían suprimido información. El departamento de censura debía de haber abandonado también la ciudad.

Caminé hacia el *métro* Odéon. Era obvio que no demasiados comerciantes estaban prestando atención a las amenazas de las autoridades. La mayoría de las persianas se hallaban echadas y en sus escaparates había carteles que decían: «Cerrado hasta nueva orden». Sí que encontré un sitio abierto y compré algunas latas más de leche condensada y varios frascos de albóndigas. Ahora tenía un apartamento lleno de «huéspedes» de los que debía preocuparme.

Había un corrillo de gente reunida en torno a la entrada del *métro*. Me paré a mirar qué estaban leyendo. La Prefectura de Policía había colgado un cartel que indicaba que «ante las graves circunstancias que están teniendo lugar en París», la Prefectura de Policía continuaría su labor y que confiaba en las gentes de París para «facilitarles» la tarea.

—¿Qué significa eso? —preguntó alguien.

Había un policía en las cercanías y una mujer le llamó. Se acercó al grupo y explicó:

—La policía se quedará en la ciudad para mantener el orden y la paz. No vamos a marcharnos bajo ninguna circunstancia.

Sentí lástima por él. Era muy joven —la edad adecuada para ir al ejército— y le temblaba la voz. ¿Quién podía culparle de sentir nervios? ¿Qué le harían los alemanes a un francés en edad de recibir instrucción militar?

Me pregunté si hubiera sido más sensato continuar hacia el sur en lugar de volver a París. Me hubiera encontrado más segura en Pays de Sault y sabía que mi familia debía de estar preocupada por mí. No había ningún modo de enviarles un telegrama, pues todas las oficinas de telégrafos estaban cerradas. Sin embargo, sentía que lo correcto era permanecer en París, y mi madre siempre me había animado a seguir mis instintos. Estaba siendo testigo de un acontecimiento de proporciones descomunales y, por lo menos, le estaba tendiendo la mano a mi querida ciudad mientras exhalaba su último estertor agónico.

Al día siguiente, el 13 de junio, finalmente me resigné a que no había esperanza de que pudiéramos oponer resistencia a los alemanes. Fui temprano al quiosco de periódicos de Montparnasse, pero estaba cerrado. La quiosquera había dejado el

último boletín pegado a la puerta:

Notificación

A los residentes de París:

París ha sido declarada CIUDAD ABIERTA,
el gobernador militar insta a la población a abstenerse de realizar
cualquier acto hostil y cuenta con que todo el mundo mantenga
la compostura y la dignidad exigidas en tales circunstancias.

El gobernador de París

Así que el rumor que *madame* Goux había oído ya era oficial. No íbamos a volar los puentes, ni a bloquear las carreteras, no íbamos a «echarle brea ardiendo al enemigo desde las almenas», por así decirlo. En su lugar, íbamos a dejar que el ejército alemán entrara tranquilamente. ¿Era esto algún tipo de estrategia militar? ¿Una trampa para los alemanes? ¿O realmente se trataba de que el gobierno había cedido nuestra bella ciudad para que los alemanes no la redujeran a cenizas, como habían hecho con Rotterdam?

Cuando regresé al bloque de apartamentos, encontré a *madame* Goux desplomada sobre la mesa de la portería, roncando sonoramente. Tenía una botella de vino vacía junto a ella. Era un buen vino que alguno de los propietarios de los apartamentos debía de haber dejado atrás. Un hilo de saliva le caía por la barbilla y terminaba por gotear sobre su copia de la *Edition Parisienne de Guerre*. Ella sí que estaba manteniendo la «compostura y la dignidad» adecuadas y exigidas en tales circunstancias. Si hubiera sabido dónde encontrar otra botella de Château d'Yquem, sin duda yo también me habría unido a ella.

Abrí los ojos al alba a la mañana siguiente, porque me despertó el ronroneo de un automóvil. El vehículo se detuvo y avanzó al ralentí bajo mi ventana. Aunque llevaba viviendo varios años con vistas a los concurridos Campos Elíseos, ya apenas quedaban automóviles en París y no había autobuses, así que aquel ruido fuera de lo corriente perturbó mi sueño. Miré hacia los pies de la cama. Cuatro pares de ojos me contemplaron. La gata, a la que había bautizado *Chérie*, estaba hecha un ovillo entre mis muslos. *Princesse* y *Charlot* se me habían acurrucado bajo los brazos. *Bruno* estaba extendido sobre mis tobillos. Todos ellos tenían como mínimo una parte de su cuerpo reposando sobre mí —hocico, patas, panza o cuartos traseros—. Así que cuando yo me revolví en la cama, ellos hicieron lo propio. Éramos como una manada de lobos, preparados para movernos cuando el animal dominante decidiera que existía algún peligro. Resistí el impulso de huir del calor y el olor a sardinas que generaban tantos cuerpecillos peludos, y traté de adivinar qué tipo de vehículo sería el que estaba pasando bajo mi ventana. Sin embargo, el automóvil inició la marcha y el sonido se fue apagando en la distancia.

Unos minutos más tarde, *Bruno* gruñó. Los animales más pequeños siguieron su ejemplo, levantando la cabeza y poniendo las orejas en tensión. Yo misma agucé el oído para escuchar a qué se debía. *Chérie* brincó y saltó al suelo, con las pupilas dilatadas y el pelaje de su lomo y la cola en tensión. Yo solo alcancé a oír un débil sonido: se trataba de un estrépito constante. ¡Clop! ¡Clop! ¡Clop! ¡Clop! El ruido se fue haciendo más fuerte, más amenazante. Me senté. Ya sabía lo que era: se trataba de botas retumbando contra el suelo. Miles de botas.

Nos habían instado a que permaneciéramos en casa durante cuarenta y ocho horas después de que los alemanes tomaran la ciudad. Sin embargo, nadie nos había avisado de cuándo debíamos esperar que lo hicieran. Me deslicé entre los animales y corrí a la ventana, abriendo de un golpe las cortinas.

Al principio, lo único que pude ver fueron filas de policías franceses bordeando la avenida, con sus bastones apoyados a un lado. ¿Acaso me había equivocado? ¿Solo había oído a la policía? Pero los policías no se movían y el sonido que yo había escuchado crecía en intensidad. Abrí la ventana de par en par y me asomé. Se me cayó el alma a los pies. Los tanques alemanes, en columna de cuatro en fondo, avanzaban traqueteando Campos Elíseos abajo. Detrás de ellos, marchaban columnas de soldados alemanes hasta donde la vista podía alcanzar.

Cerré la ventana y me puse a toda prisa un vestido y unas sandalias. A pesar de la advertencia de que debíamos permanecer en casa, aquella imagen resultaba tan terrorífica que no pude quedarme encerrada. Tenía que ver la catástrofe con mis propios ojos, porque hasta que no lo hiciera, no sería capaz de creérmela.

Madame Goux debió de pensar lo mismo que yo. Me la encontré cuando llegué al portal, saliendo de su portería, ataviada de pies a cabeza de negro, como una viuda. Fuera, en los Campos Elíseos, encontramos a otras personas que también estaban desobedeciendo el toque de queda. Todos lucían semblantes pálidos y afligidos por el dolor y muchos de ellos lloraban amargamente. Los policías no nos dijeron que nos volviéramos a casa. Quizá se sentían contentos de tener compañía. A uno de ellos, en posición de firmes, como todos los demás, le caían las lágrimas por las mejillas. Pensé en el joven oficial de policía que había visto en Montparnasse. Qué tarea tan horrible tenían aquellos hombres: entregarles la ciudad y sus gentes a los alemanes.

El primero de los tanques rugió cuando pasó junto a nosotros, su color gris resaltaba en contraste con los brillantes rayos de sol de aquella mañana de junio. Le seguía un coche blindado con dos soldados tocados con casco. El pasajero me dedicó una sonrisa. Aparté la mirada, pero la mujer que se encontraba a mi lado estaba claramente emocionada con el desfile militar.

—¡Miren qué elegantes son los uniformes de los alemanes! —exclamó efusivamente—. ¡Miren qué guapos son! ¡Son como dioses rubios!

Madame Goux le soltó:

—¡Y algunos de esos dioses rubios han masacrado al pueblo francés!

Los otros transeúntes contemplaron con desprecio a la mujer, apoyando las palabras de *madame Goux* con sus miradas glaciales. La mujer se encogió de hombros, pero fue lo bastante sensata como para callarse durante el resto del espectáculo. Lo peor era que, habiendo pronunciado aquellas palabras en alto, recalca nuestra humillación. El ejército alemán realmente tenía un aspecto elegante. Sus uniformes estaban cuidadosamente planchados y sus botas brillaban, lo cual marcaba el contraste con nuestros propios soldados cuando se habían retirado a través de la ciudad unos días antes, desaliñados, heridos, farfullando desesperadamente. Aun estando allí de pie, presenciando aquel desfile, creía fervientemente que aunque el ejército francés hubiera perdido París, tenía la fuerza suficiente como para detener a los alemanes más al sur. Aquella convicción era lo único que me proporcionaba ánimos para seguir adelante.

Los alemanes marcharon y desfilaron durante la mayor parte del día. Al final de la tarde, paseé hasta Montparnasse para ver si podía averiguar algo más sobre el desarrollo de la guerra. Me puso enferma ver que el Dome y la Rotonde estaban llenos de soldados alemanes. Y lo que era peor: también había muchísimos ciudadanos franceses felices de compartir sus mesas y charlar con los invasores como si fueran una especie de grupo turístico de visita en París. O quizá a la gente le aliviaba que los alemanes se estuvieran comportando de manera comedida. Pagaban sus bebidas, aunque el franco ahora costara una miseria en comparación con la divisa alemana, y no parecían dispuestos a embarcarse en una vorágine de saqueos y violaciones.

Por la noche, *madame Goux* y yo escuchamos la radio, tratando de averiguar qué

sucedía en el sur. Pero todas las estaciones radiofónicas de París habían sido tomadas por alemanes francohablantes, que repetían el mismo mensaje: el ejército alemán no deseaba hacer daño alguno a las gentes de París. Nuestro gobierno nos había abandonado y los judíos nos habían engañado. Cuanto antes firmara Francia la paz con Alemania, antes podrían vencer al verdadero enemigo: los británicos.

—¿Que no pretenden hacernos daño? —exclamé, apagando la radio—. Mataron a aquellos niños en la carretera. El mayor apenas tenía siete años.

A la mañana siguiente, encontré a los perros alineados junto a la puerta de entrada de mi apartamento. Ya habían recuperado suficientes fuerzas y estaban deseando que los sacaran de paseo. *Madame Goux* encontró la correa de *Bruno* en el apartamento de *monsieur Copeau*, pero la búsqueda por los armarios y cajones de *monsieur Nitelet* fue en vano, no tenía ningún trozo de cuerda o cinturón lo bastante largo como para usarlo de correa.

—¿Cree usted que habrá alguna tienda de animales abierta? —le pregunté a *madame Goux*—. ¿O alguna ferretería?

—Pruebe en la Rue de Rivoli —me sugirió, sarcásticamente—. Todos los tenderos de esa zona parecen estar recibiendo con alfombras rojas a los alemanes.

Me llevé a *Bruno* a buscar las correas para *Princesse* y *Charlot*. Era una criatura imponente; incluso a cuatro patas me llegaba por la cintura.

Los alemanes habían establecido su sede en el hotel Crillon, en la plaza de la Concordia, así que tomé el camino largo, en dirección al Arco del Triunfo. Cuando vi el monumento, las rodillas se me doblaron. Una enorme bandera con la esvástica colgaba de él y era lo bastante grande como para que la viera toda la ciudad. Gritaba a los cuatro vientos el mensaje que yo no estaba dispuesta a escuchar: París ahora pertenecía a los alemanes.

Doblé la esquina por una calle secundaria y me dirigí hacia el Sena. Pegado en la pared de un edificio había un cartel de un soldado alemán. Llevaba a un niño pequeño en brazos mientras dos niñas más le miraban desde abajo con veneración. El pie de foto decía: «Gentes abandonadas: tengan confianza en el soldado alemán».

Pensé en las emisiones de radio que *madame Goux* y yo habíamos escuchado la noche anterior. Me dije a mí misma que esta guerra habría que lucharla dentro de nuestras cabezas. Éramos gentes abandonadas, traicionadas por nuestro ejército y nuestro gobierno. Y, sin embargo, los soldados alemanes no me inspiraban confianza.

Dos días más tarde, *madame Goux* llamó a mi puerta.

—El mariscal Pétain va a hablar por la radio esta noche —me informó.

Nuestro gobierno había huido a Burdeos y las últimas noticias que habíamos recibido eran que el mariscal Philippe Pétain, el héroe de guerra francés de Verdún, había sustituido a Paul Reynauld como primer ministro. Aquella noticia había sido acogida con alegría, pero yo me preguntaba qué podía hacer un hombre de ochenta y cuatro años por Francia, aparte de soltar discursos. Al parecer, no me faltaba la razón. Pero el mariscal Pétain trató de arengarnos sobre algo que yo no podía aceptar bajo

ningún concepto.

A pesar de la estática, escuchamos la voz temblorosa de Pétain: «Con todo el pesar de mi corazón, les anuncio que hoy deben cesar las hostilidades». Estaba tratando de declarar un armisticio, de firmar la paz con los alemanes.

Madame Goux y yo nos dedicamos una mirada sombría, incapaces de pronunciar palabra. ¿Realmente Francia había sido derrotada en unas cuantas semanas? ¿Pétain nos estaba pidiendo que les facilitáramos las cosas a los alemanes y que cooperáramos con ellos?

—Han cedido París como si fuera un regalo y ahora harán lo mismo con el resto de Francia —bufó *madame Goux*.

—No puedo comprender cómo puede hacer tal cosa...

—Pues porque él mismo es un maldito fascista de extrema derecha, por eso —me interrumpió la portera, apretando los puños—. Yo no colaboraré con los alemanes. No cooperaré con esa gente.

¿Era aquella la misma mujer que se había negado a extender arena sobre la azotea? Ahora había un fuego encendido en su mirada.

El mensaje de Pétain no caló en mi mente por completo hasta la mañana siguiente. Francia ahora no era más que un satélite nazi. Todo nuestro poderío y nuestros recursos industriales, incluyéndonos a nosotros mismos, estaban a disposición del enemigo. Los alemanes tenían razón al llamarnos gentes abandonadas. Nos habían abandonado, pero yo no iba a colaborar con un régimen que asesinaba a niños y despojaba a la gente de sus derechos civiles sencillamente porque fueran judíos. Pensé en Minot. Probablemente, estaría a salvo en la finca durante un tiempo y solo se encontraba a pocas horas de Marsella en tren por si necesitaba huir del país. Pero ¿qué sería de Odette, *monsieur Etienne* y sus familias? Deseaba que se dirigieran a Pays de Sault. No importaba que Pétain hubiera declarado que se volcaría en Francia para aliviar el sufrimiento del país. El modo en el que había anunciado la rendición de Francia resultaba sospechosamente apresurado. Si Pétain era un fascista, el pueblo judío no podría esperar protección por su parte.

Había logrado comprar las correas para *Princesse* y *Charlot*, así que decidí llevar a los tres perros de paseo. Aquel espléndido día de verano daba la sensación de que *madame Goux* y yo éramos las únicas que odiábamos al ejército alemán. Según parecía, París se había resignado a la derrota y ahora estaba tratando de «sobrellevarla». Después de todo, tal y como le oí decir a un camarero a su colega cuando pasé junto a un café: «Los alemanes no son tan malos. Quizá lo que hemos oído sobre los nazis no eran más que mentiras de nuestro gobierno».

Sin duda, los soldados que vi por la ciudad no eran lo que yo esperaba. Se trataba de jóvenes de mejillas sonrosadas. Sonreían a los tenderos y a las jovencitas, pero no fraternizaban. Se hacían fotos delante de los monumentos y compraban perfumes y fulares franceses para enviárselos a sus madres. Cedían los asientos a los ancianos y a las mujeres en el *métro* y hacían cola como todos los demás para comprar las entradas

del Louvre. Se estaban ganando a los parisinos gracias a sus buenos modales.

—Les he visto rendir homenaje ante la Tumba del Soldado Desconocido —me confió *madame* Goux cuando regresé a casa.

Ambas estábamos de acuerdo en que aquellos muchachos no parecían capaces de tirotear a niños o de forzar a ancianas mujeres judías a beber de los charcos.

—Esto no cuadra —rezongué—. Todavía siento que hay algo diabólico; como una tormenta preparándose en la distancia.

—Cuando el mal llega —sentenció *madame* Goux proféticamente—, suele venir sobre las alas de almas inocentes.

La semana siguiente pasó como un extraño sueño. Aún me estaba recuperando de mi enfermedad y me sentía apática. Salir de la cama me suponía un esfuerzo tan grande que durante varios días me quedé en ella. *Madame* Goux decayó en su propia depresión, fumando y jugando al solitario durante la mayor parte del día. La única tarea que la mantenía activa era asegurarse de que el bloque de apartamentos pareciera ocupado. Regaba las flores de las jardineras, abría y cerraba las cortinas en momentos diferentes del día, y también me pidió que la ayudara a mover parte de los muebles del piso de *monsieur* Copeau al de *monsieur* Nitelet escaleras arriba.

—No quiero que los *boches* piensen que pueden venir aquí a saquear —me explicó.

Era cierto que el alto mando alemán estaba requisando los mejores hoteles y edificios de apartamentos para su uso personal.

Muchos parisinos que habían huido estaban regresando. Las persianas de los comercios volvieron a levantarse. Había comida en los mercados, los teatros anunciaban su programación y los bancos reanudaban sus negocios con horario comercial reducido. Algunos de los que volvieron eran empresarios, pero la mayoría eran propietarios de pequeños negocios, muchos de ellos judíos. Dependían de París para ganarse su sustento.

Parecía como si los alemanes hubieran planeado la toma de París durante años. Todo se movía con la precisión de un reloj suizo. Pisándole los talones al ejército, vinieron los funcionarios. Recibí una notificación de la Propagandastaffel que me anunciaba que debía presentarme en sus oficinas lo más pronto posible para incluirme en un registro. Todas las canciones de los artistas franceses se someterían a investigación y se inspeccionarían sus antecedentes antes de que pudieran volver a trabajar.

—Pues que no cuenten conmigo —murmuré.

Enrollé la carta formando un cono y la utilicé para vaciar el arenero de *Chérie*.

El flujo de tráfico de refugiados que regresaba a París desde el sur hizo que me preocupara por *monsieur* Etienne y Odette. Rezaba para que se mantuvieran alejados de la ciudad por su propio bien. Por alguna razón, nos habían cortado la línea telefónica, por lo que decidí acudir a la oficina de *monsieur* Etienne personalmente. No había taxis disponibles para los franceses, así que cogí el *métro* en la orilla

izquierda, cosa que no había hecho en años. El primer vagón en el que entré estaba lleno de soldados alemanes, de modo que me cambié a otro distinto en la siguiente parada. Pero en la siguiente estación se subieron muchos más soldados alemanes al tren. Me resigné a tener que viajar con el enemigo. Noté que alguien me estaba observando fijamente, y cuando miré hacia el otro lado del vagón, vi a dos oficiales alemanes situados en diagonal a mí. Estaban mirándome y sonreían. Yo no tenía ni la más mínima intención de flirtear con ellos, así que traté de buscar alguna cosa con la que pudiera parecer atareada. No podía mirar por la ventana, porque aquella línea era subterránea. Había un periódico doblado metido en el lateral de mi asiento. Lo saqué y simulé que leía. Un papelito cayó flotando de entre las páginas sobre mi regazo. El mensaje que llevaba escrito captó mi atención.

A las gentes de París: ¡resistan a los alemanes!

Rápidamente escondí la nota de nuevo tras el pliegue del periódico para que nadie pudiera ver que la estaba leyendo. Ojeé brevemente aquellas palabras escritas a mano. Era la transcripción de un discurso que Charles de Gaulle había pronunciado hacía una semana:

¿Ya está dicha la última palabra? ¿Se ha consumido toda esperanza?

¿Es acaso la derrota definitiva? No. Créanme cuando les digo que nada está perdido para Francia.

Levanté la mirada; uno de los oficiales alemanes todavía me estaba observando. Le susurró algo a su acompañante. Traté de adoptar la expresión más neutra que pude mientras leía el resto del mensaje. El coronel Charles de Gaulle, ahora general De Gaulle, era una de las personas que habían criticado la falta de preparación de Francia ante la guerra. Parecía que había logrado escapar de algún modo a Londres e instaba a todos los soldados franceses que estaban en Gran Bretaña, o que podían llegar hasta allí, a que se pusieran en contacto con él.

La llama de la resistencia francesa no debe extinguirse y, de hecho, no lo hará.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me tembló la barbilla. No nos habían olvidado. Existía un líder, alguien que aún creía en Francia. ¿Resistir? Por supuesto que yo resistiría, ¡hasta mi último aliento! Pero ¿cómo? ¿Cómo podría encontrar a esa gente que todavía quería luchar por Francia?

Salí del *métro* en Solférino, tan optimista por la alegría que casi corrí escaleras arriba. «No nos han olvidado —me dije a mí misma—. Nada está perdido para Francia».

—¡*Mademoiselle* Fleurier! —me llamó una voz masculina.

Me detuve, sin saber si había oído mi nombre realmente. El acento era alemán. Me volví. De pie, detrás de mí, estaban los dos oficiales que se habían sentado cerca de mí en el tren. Tenían entre las manos una cámara de fotos.

—Por favor —dijo el más alto de los dos—, nos gustaría tomarnos una fotografía

con la famosa *mademoiselle* Fleurier.

Me maldije a mí misma pensando que, por supuesto, los alemanes sabrían quién era. Me había negado a actuar en Berlín después de enterarme de las historias sobre el maltrato al pueblo judío que me habían contado Renoir y el conde Kessler, pero los alemanes seguramente me conocían por las películas y los discos.

Una multitud de gente se reunió a nuestro alrededor, ansiosa por saber qué estaba pasando. El oficial repitió su petición.

—Por favor, *mademoiselle* Fleurier. Una foto con usted.

No quería que me tomaran una foto con los soldados alemanes. Dejando a un lado mis opiniones personales, ¿qué sucedería si aparecía en uno de sus periódicos propagandísticos? «Simone Fleurier da la bienvenida a París al oficial Berlekamp y al oficial Pätz». Utilicé el consabido truco parisino de hacer como que no les entendía, a pesar de que el oficial hablaba francés razonablemente bien. Desgraciadamente, una mujer entre la multitud decidió prestarles su ayuda.

—Quieren hacerse una foto con usted —me aclaró.

El oficial levantó en alto la cámara, con una sonrisa provocativa en los labios. Yo elevé la barbilla.

—¿Quiere usted una fotografía de Simone Fleurier? —le espeté—. Pues entonces tome una foto de esto.

Le di la espalda y caminé hacia la multitud. Un par de personas profirieron un grito ahogado y el resto permaneció en silencio y se apartó para dejarme pasar. A medida que me aproximaba a la esquina, percibí la presencia de un hombre apoyado en un poste que tenía un boletín de noticias en la mano. Me dirigió una mirada penetrante durante unos segundos antes de darse media vuelta. ¿Había interpretado su mensaje correctamente? Parecía estar diciéndome: «Bravo, *mademoiselle* Fleurier. Bravo».

Aquel fue un estúpido acto de resistencia que no cambiaría nada y, si las autoridades alemanas se enteraban, lo único que podía reportarme sería problemas. Y, a pesar de todo, me producía satisfacción cada vez que pensaba en ello. Cuando saqué a pasear a los perros unos días más tarde, todavía me sentía animada por el recuerdo de mi pequeño desafío. También me alegré al descubrir que *monsieur* Etienne no había regresado a París. Quizá él y los demás se habían marchado a la finca después de todo. Desde allí, confiaba en que Bernard los ayudaría a abandonar el país.

Desde la capitulación de Pétain en nuestro nombre, Francia se había dividido en dos zonas. La zona norte, dentro de la cual se encontraba París, estaba gestionada por los alemanes. Alegaban que la necesitaban para iniciar el ataque contra Gran Bretaña. La parte sur se suponía que la iba a administrar Pétain y su gobierno de Vichy. Aunque el sur era técnicamente «la Francia no ocupada», estaba claro que Pétain no era más que una marioneta de Hitler. La correspondencia estaba limitada en la línea de demarcación. No había manera de que pudiera explicarle a Bernard la situación de

monsieur Etienne y su familia. Desde París solo podían enviarse formularios en los que se marcaban casillas con respuestas fijas: «Me encuentro perfectamente», «Me va bien», «Estoy regular». Lo único que podía hacer era rezar por que todo fuera bien.

Cogí mi camino habitual hacia el Sena. Me dio un brinco el corazón cuando vi que alguien había garabateado sobre el cartel del soldado alemán con los niños el siguiente mensaje:

¡Cuidado, nazis asesinos! ¡Os vamos a vencer!

—Por supuesto que lo haremos —le susurré a mi alma gemela invisible—. Claro que sí.

Regresé al bloque de apartamentos de buen humor, sintiendo más fuerza de la que había experimentado en semanas. Estaba a punto de correr escaleras arriba con los perros cuando *madame* Goux surgió de su oficina. Estaba ruborizada y sus pupilas eran dos puntos negros en el centro de sus ojos grises. Al principio pensé que era porque se sentía emocionada por la tarea que le había encomendado de copiar el discurso del general De Gaulle. Pretendía introducir las notas en los boletines de noticias y en otros lugares para que los encontraran los franceses. Pero cuando se me acercó vi que estaba pálida y temblorosa.

—*Mademoiselle* Fleurier —me susurró con voz ronca—. Hay dos hombres en su apartamento. He tratado de que se quedaran abajo, pero se han negado a esperarla en el portal. No han querido decirme quiénes eran.

Traté de pensar quién podría venir a visitarme, pero no parecía haber ninguna razón por la que nadie que yo conociera no quisiera identificarse ante la portera.

—¿Son franceses o alemanes? —le pregunté.

—Son franceses, pero tienen un aspecto siniestro —me respondió—. Yo no me fiaría de ellos.

Parecía una visita seria. Pero si se trataba de que los alemanes se sentían disgustados por el trato que les había conferido a sus oficiales o porque no me había registrado en la Propagandastaffel, ¿no habrían enviado a sus propios hombres?

—Voy a dejar a *Princesse* y a *Charlot* con usted —le dije a *madame* Goux—, pero me llevo a *Bruno*.

La puerta de mi apartamento estaba abierta y cuando me acerqué vi a los dos hombres sentados en el sofá. Uno era bajito y con aspecto paliducho; el otro era mayor y tenía bolsas bajo los ojos y el pelo gris alisado hacia atrás.

Tan pronto como me vio, el más joven de los dos se puso en pie de un salto y avanzó hacia mí. *Madame* Goux tenía razón: su rostro huesudo tenía un aire despiadado. Miró a *Bruno* con los ojos entrecerrados.

—Puede usted dejar el perro fuera —me dijo.

Se me aceleró el pulso. No me iban a ordenar qué tenía que hacer dentro de mi propia casa.

—Nunca dejo a *Bruno* fuera —repliqué, sorprendida de la tranquilidad que percibí en mi propia voz—. Se pone nervioso si se separa de mí.

En la cara del hombre apareció un gesto de irritación. El mayor se puso en pie.

—Está bien —dijo—, pero sosténgalo de la correa.

Algo en el tono clínico de su voz me provocó un estremecimiento. El más joven cerró la puerta detrás de mí. Oí como encajaba el pestillo. El mayor se volvió a sentar en un sillón, pero no apartó los ojos de mí.

—Nos ha enviado la Propagandastaffel para averiguar por qué no se ha registrado usted —anunció el joven, yendo hacia el sofá para sacar unos papeles de un maletín que había apoyado sobre el mueble—. Entonces su portera nos ha explicado que ha estado usted enferma. No importa, le hemos traído todos los impresos necesarios para que los rellene.

Como ninguno de los dos hombres se presentó, me inventé sus nombres. Al joven lo llamé Ratón por la manera en la que su cuerpo se movía con nerviosa energía. Al mayor lo llamé Juez por el modo en el que mantenía la barbilla erguida y los brazos cruzados sobre las rodillas. Emanaba autoridad, aunque se contentaba con escuchar mientras el otro hombre hablaba.

Ratón me tendió bruscamente unos formularios.

—Esperaremos aquí hasta que los firme —me advirtió—. Así le ahorraremos el viaje a la Propagandastaffel.

Percibí que mi futuro podía depender de cómo me comportara con aquellos dos hombres. Sabía que los teatros de variedades y las salas de conciertos volverían a abrirse, pero yo no tenía ni la menor intención de actuar para el ejército de ocupación. ¿Cómo podía expresarlo de modo que no me metieran en prisión?

—No creo que vaya a ser necesario en mi caso —comenté.

El rostro de Ratón adquirió una expresión tensa.

—¿Cómo que no va a ser necesario? —preguntó—. Todos sus colegas han cooperado. ¿Por qué va a ser usted una excepción?

La animosidad de su voz me heló la sangre. A él, en cambio, parecía hervirle.

Aquel era un momento crucial. Si deseaba llegar a ser útil para aquellos que lucharan por Francia, sabía que tenía que comportarme de un modo más astuto que hacía unos días. Si iba a correr riesgos, tenían que valer para algo.

—No tengo la intención de actuar más —dije—. Me he retirado.

El Juez arqueó las cejas.

—Estoy completamente rendida —les expliqué—, me siento demasiado cansada como para actuar. Y, últimamente, no me he encontrado bien de salud.

—Ya veo —comentó Ratón, asintiendo educadamente, pero sin calidez—. Pero esto no nos ayuda nada con el otro problema que tenemos.

—¿Qué otro problema? —pregunté.

Ratón cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Hemos investigado sus antecedentes. Y lo que hemos encontrado no es nada

encomiable. Se ha negado a actuar en Berlín y ha mantenido usted una relación muy cercana con dos antinazis reconocidos.

Supuse que se estaba refiriendo al conde Kessler y a Jean Renoir. ¿De modo que los alemanes me habían estado espionando? *Bruno* bostezó. Estaba sorprendentemente tranquilo ante el interrogatorio de Ratón; normalmente ladraba si alguien me levantaba la voz. Una vez, durante uno de nuestros paseos, un vendedor de periódicos me tiró un boletín de noticias y gritó el titular. *Bruno* casi le arrancó el brazo.

Ratón se puso en pie y comenzó a dar vueltas en círculo por la habitación.

—El *Deuxième Bureau* controla a todos los que cruzan la frontera con frecuencia. Desgraciadamente, cuando huyeron de la ciudad, dejaron atrás algunos archivos delicados. Uno de ellos era el suyo.

Le miré con ojos incrédulos. El *Deuxième Bureau* formaba parte del servicio secreto francés. ¡Había sido vigilada por mi propio país! Además, habían sido lo bastante estúpidos como para dejar mi archivo atrás cuando huyeron de la ciudad para salvar su propio pellejo.

Ratón completó el círculo de la habitación y se detuvo ante mí. Percibí que estaba disfrutando con cada momento de tensión.

—Ya ve, *mademoiselle* Fleurier —me dijo, acercando su cara a la mía—, realmente no se encuentra usted en situación de contrariar a nadie. Los franceses necesitan su luz más que nunca. Y los alemanes la necesitan también, para animar a la gente a colaborar.

En la radio, la palabra «colaborar» adquiriría un carácter positivo. Para mí en cambio sonaba peor que la maldición más obscena. Pero Ratón había logrado su objetivo: me había desestabilizado.

—No voy a colaborar con la causa nazi —le espeté—, ni voy a animar a nadie a hacerlo. No voy a ponerme del lado de un hatajo de asesinos.

Los hombres intercambiaron una mirada. Yo misma me había buscado el desastre, pero por lo menos ya había puesto sobre la mesa mi opinión. Si me iban a encarcelar, estaba decidida a caer pateando y gritando. Si los franceses iban a recibir algún mensaje de mi parte sobre el colaboracionismo, sería el de luchar a muerte contra él.

—Esa no es una actitud muy cooperadora —comentó el Juez, limpiándose una mota de polvo de sus pantalones.

—¡Y usted! —le dije, señalándole—, ¡es usted una vergüenza de hombre! ¡Es usted francés! Debería estar luchando por su país, no besando el suelo que pisan los alemanes.

Ratón avanzó hacia mí, pero *Bruno* gruñó y enseñó los dientes. Ratón pegó un salto hacia atrás.

—¡Salgan de mi apartamento ahora mismo! —grité—. ¡Los dos!

Me quedé desconcertada, pues ninguno de los dos se movió. ¿Y ahora qué iba a hacer yo? ¿Decirle a *madame* Goux que sacara su pistola? Entonces, algo extraño sucedió: Ratón y el Juez parecieron transformarse ante mis ojos. El rostro de Ratón se

relajó y su actitud se suavizó. Comenzó a dejar de parecer un ratón para adquirir más bien el aspecto de un conejo. El Juez pareció ganar en altura y agilidad. Los dos hombres intercambiaron una sonrisa, pero era un gesto alegre, algo de lo que no les había creído capaces.

El Juez sacudió la cabeza.

—Es demasiado apasionada y bocazas —le dijo a Ratón—. Ya te advertí de que los artistas son excesivamente impulsivos. ¿Qué pasará si comienza a hablarles así a los alemanes?

Ratón se encogió de hombros.

—Puedo enseñarle a ser más discreta. Lo esencial es que no cabe duda de qué lado está.

El Juez le mostró las palmas de las manos en un gesto de resignación.

—Está bien —concedió—. No tenemos demasiado tiempo ni demasiadas opciones.

Ratón se volvió hacia mí. Su expresión había cambiado tan rápido que me pregunté si mi mente estaría sufriendo algún tipo de alucinación. Me desplomé sobre el sofá.

—*Mademoiselle* Fleurier —me dijo Ratón, sentándose a mi lado—, no podemos proporcionarle nuestros nombres verdaderos, pero pertenecemos al *Deuxième Bureau* y no a la *Propagandastaffel*. Es verdad que su archivo se quedó atrás, pero puedo garantizarle que he modificado la mayor parte y he destruido el resto, aunque probablemente no con el mismo nivel de imaginación que usted utilizó para deshacerse de la notificación de la *Propagandastaffel*.

¿Así que sabía eso también? ¿Había llegado tan lejos como para revolver entre mis cubos de basura? Cuando afirmaron que no eran de la *Propagandastaffel*, no me costó ningún trabajo creerles. Pero ¿por qué el *Deuxième Bureau* no iba a formar parte del gobierno de Vichy?

—Bueno, digamos que hemos desertado —explicó Ratón—. Y que necesitamos su ayuda. Tenemos que salir de Francia para unirnos al general De Gaulle en Inglaterra.

Sentí un cosquilleo sobre la piel al oír el nombre del general. Me había preguntado cómo lograría encontrar a gente que estuviera dispuesta a luchar contra los alemanes. Por lo que parecía, ellos me habían encontrado a mí primero.

—Si esa es su misión, entonces estoy a su servicio —les aseguré—. Me comprometo a colaborar con el general De Gaulle.

Ratón se giró hacia el Juez, que asintió, y volvió la mirada de nuevo hacia mí.

—Necesitamos llegar al sur para abandonar Francia por barco o a través de los Pirineos. Podemos pertrecharnos de papeles falsos y también cambiar nuestra identidad, pero, aun así, nos resultará difícil cruzar la línea de demarcación, especialmente acompañados de nuestros «paquetes». Sin embargo, si viajáramos empleados por alguien que tuviera una buena razón para ir al sur de Francia, como

por ejemplo, para actuar allí, sería más fácil.

Le imprimió a la palabra «paquetes» un énfasis especial, pero mi cabeza estaba funcionando demasiado deprisa como para concentrarme en los detalles de lo que me estaba diciendo.

—¿Quiere usted decir que podría contratarles a ambos como mi representante y mi director artístico, por ejemplo? —sugerí.

Ratón sonrió de oreja a oreja.

—Exacto.

Después de discutirlo, convinimos en que yo organizaría un viaje a Marsella con la perspectiva de buscar locales para representar un espectáculo allí. Tendría que registrarme en la Propagandastaffel y dar la sensación de que cooperaba con los alemanes de otro modo. Pero ahora que iba a trabajar para salvar a Francia, todas aquellas cosas no me importaban. El Juez me explicó que lo organizaría todo para el miércoles siguiente. Lo único que yo tenía que hacer sería obtener el permiso para viajar, cosa que él esperaba que me concedieran, ahora que había sustituido mi archivo por uno más aceptable.

Antes de marcharse, el Juez se volvió hacia mí:

—*Mademoiselle* Fleurier —me dijo—, tengo que advertirle que los alemanes fusilarán a cualquiera que ayude a la Resistencia. Sin embargo, el gobierno de Vichy tiene un método disuasorio aún más truculento. Decapitan a todos aquellos a los que descubren envueltos en actividades subversivas. Y lo hacen con un hacha.

Estaba poniendo a prueba mi determinación, tratando de calibrar mi nivel de miedo. Más tarde, cuando llegué a conocerle mejor, comprendería que también se estaba asegurando de que yo entendía a qué precio me estaba comprometiendo. No obstante, no me asustó; me notaba la mente despejada y tranquila. Pensé en los grandes momentos de mi vida: mi primera aparición en el escenario, mi primer papel principal en el *Adriana*, el éxito de mi primera película... Ninguno de ellos se podía comparar a aquello. Esto no era una actuación. Era algo mucho más importante.

—Estoy dispuesta a hacer lo que haga falta para liberar a Francia —le aseguré—. Incluso aunque signifique sacrificar mi vida. No descansaré ni me daré por vencida hasta que no logremos expulsar por completo al enemigo de nuestro país.

Ratón y el Juez regresaron el miércoles siguiente por la noche. Me sorprendió ver que habían traído a dos hombres más. Uno de ellos medía aproximadamente uno noventa y tenía una mata de pelo negro cayéndole sobre la frente desde un ligero pico de viuda. El otro era menudo con el pelo rubio tan rizado que parecía cosido a su cuero cabelludo. El alto me dirigió un saludo con la cabeza antes de hundirse en una silla. Tenía un aire de tranquila autoridad y seguridad en sí mismo. El más joven sonrió y se le formaron unas arruguitas en el rabllo de los ojos. Supuse que eran también hombres provenientes del *Deuxième Bureau*, pero había algo en ellos que no me cuadraba. Llevaban trajes y los sombreros en la mano, pero la manera en la que se movían me llamó la atención. El de la silla se sentó con sus largas piernas abiertas; el otro se mantuvo de pie, con la barbilla metida hacia el cuello.

—Estos son nuestros «paquetes» —susurró Ratón, con cierto tono de orgullo en su voz—. Dos pilotos de la RAF que fueron derribados en Dunkerque. Uno es australiano y otro es escocés. Vamos a llevarlos de vuelta a Inglaterra con nosotros.

«¡Pues claro! —pensé—. No son franceses». Pero si yo había notado la rigidez de su modo de andar y su falta de gesticulación, ¿no lo notarían también los alemanes?

—*Mademoiselle Fleurier* —exclamó Ratón—, tenemos preocupaciones más serias que esa. El australiano habla bien francés, pero con un ligero acento. El escocés no habla ni una palabra. —Ratón debió de ver la alarma pintada en mi rostro, porque rápidamente añadió—: Pero tenemos historias de tapadera adecuadas para cada uno de los dos. El australiano ahora será un francés nacido en Argelia y el escocés será un compositor checo, aunque no hable checo. La mayoría de los alemanes tampoco lo hablan.

—Espero que al menos sepa tocar el piano —comenté, tratando de conservar mi sentido del humor.

Si no fuera porque corría peligro de acabar con mi cabeza sobre un cadalso, probablemente habría encontrado la situación extremadamente cómica.

—Sí, de hecho, sí que sabe —replicó Ratón—, y toca maravillosamente bien. Era estudiante en la Real Escuela de Música cuando estalló la guerra.

—¿Tiene usted miedo, *mademoiselle Fleurier*? —me preguntó el Juez—. ¿Quiere usted echarse atrás? Es mejor que lo diga ahora si es así.

El australiano me observó fijamente. Tenía un rostro intenso y delgado con unos dulces ojos verdes. Supuse que tenía aproximadamente la misma edad que yo, treinta y pocos, mientras que el escocés era más joven, no podía tener más de veintitrés o veinticuatro.

—No tengo miedo —aseguré—. Estoy decidida a ayudarles a pasar la línea de

demarcación.

—Lo mejor será que nos pongamos en marcha si queremos coger el tren — anunció Ratón, señalándose el reloj.

Me puso al corriente rápidamente de los nombres y las historias de tapadera de todo el mundo. Él sería Pierrot Vinet, mi representante. El Juez se llamaría Henri Bacque, y sería mi director artístico. El australiano se haría llamar Roger Delpierre, el director de escena, y el escocés ahora sería un compositor checo llamado Eduard Novacek.

Cuando terminamos con las formalidades, señalé a una línea de maletas y cajas de sombreros que estaban junto a la puerta. Íbamos a viajar en primera clase y Ratón me había indicado que tenía que hacer las maletas como las haría cualquier artista famosa. *Chérie* ya estaba en su jaula, así que abrí la puerta del dormitorio y llamé a los perros. El rostro de Ratón palideció cuando vio aparecer a *Princesse*, *Charlot* y *Bruno* dirigiéndose hacia él.

—¡Oh, no! —exclamó—. Ellos no pueden venir.

—¿Por qué no? —le pregunté, agachándome para colocarles las correas.

Ratón arqueó las cejas.

—Nos disponemos a iniciar una peligrosa misión, *mademoiselle* Fleurier. No podemos andar preocupándonos por un zoológico de animales.

—Bueno, pues aquí no se van a quedar —insistí mientras ataba las correas a los collares de los perros y me volvía a erguir—. Ya les han abandonado antes. Yo no voy a volver a hacerlo.

—¿No podría pedirle a su portera que cuidara de ellos? —sugirió el Juez—. Hasta que usted regrese.

—No estaré de vuelta hasta dentro de bastante tiempo —le respondí—. Y mi portera es el tipo de mujer que se los comería si los dejara a su cargo.

Tenía otra razón más para llevarme a los animales. Había decidido que si me iba a exponer al peligro de cruzar la frontera, una vez que hubiera logrado que los hombres del *Deuxième Bureau* y sus «paquetes» estuvieran a salvo, iría a ver qué tal estaba mi familia y a comprobar si los demás habían llegado a la finca. Estaba empezando a tener problemas para conseguir suficiente comida para los animales en París y sabía que los perros y *Chérie* serían bienvenidos allí.

El escocés se había dedicado a pasear por la sala de estar, examinando mis fotografías y los adornos situados sobre la repisa de la chimenea. Sin embargo, el australiano no había apartado la mirada de mi rostro durante todo ese tiempo.

—Bueno —dijo Ratón, estirándose la chaqueta—, pues como responsable de esta misión le ordeno que deje a estos animales exactamente donde están.

Sentí un picor en la parte de atrás del cuello. Podría haberle dicho a Ratón que, como capitalista de la misión y voluntaria del general De Gaulle, los animales se venían conmigo o él y su misión podían irse al infierno. Pero no quería decirle aquello. Deseaba ayudar a aquellos hombres a llegar a Inglaterra. Quería que el

general De Gaulle recuperara Francia para nosotros. Sin embargo, cuando contemplé la expresión confiada de los animales, supe que no podía traicionarles.

—Dejaré mi equipaje —le dije—, pero a ellos debo llevármelos.

—Eso no funcionará —replicó el Juez—. Una artista sin equipaje sí que levantará sospechas.

Aquella negociación no me estaba llevando a ninguna parte y sentí la tentación de recurrir a mis artimañas femeninas. Pero estaba demasiado enfadada como para que de mis ojos salieran unas lágrimas de cocodrilo convincentes. Me parecía inconcebible dejar a los perros y a *Chérie* en París, donde no podía confiar en que nadie los fuera a cuidar. Y no tenía intención de abandonarlos a su suerte, tal y como habían hecho sus anteriores dueños.

Pero me di cuenta por la manera en la que Ratón había colocado los pies en el suelo de que se estaba aprestando para una fuerte discusión.

Estaba a punto de decirme algo cuando Roger, el australiano, se levantó de la silla.

—Creo que vamos a perder el tren si continuamos con esta discusión —dijo en un francés cuidadosamente acompasado. Durante un instante, me quedé hipnotizada por su voz. Era rica y fluida, como la de un actor sobre el escenario—. Si *mademoiselle* Fleurier está preparada para arriesgar su vida por cuatro hombres a los que no conoce ni lo más mínimo, creo que le podemos permitir que se lleve a sus animales —continuó.

El rostro de Ratón pasó de blanco a carmesí. Sin embargo, no hubiera podido decir si era por la vergüenza de que le hubieran superado en caballerosidad o porque estuvieran cuestionando su autoridad.

—Vamos, vamos —dijo el Juez—. Cada uno llevará dos maletas de *mademoiselle* Fleurier.

Ratón, molesto y a regañadientes, fue el primero en salir por la puerta. Roger y yo fuimos a coger la misma maleta. Me sonrió. La expresión de su rostro se transformó: de repente, me pareció más atractivo que hosco. Comprendí que probablemente se habría comportado de un modo totalmente distinto si no fuera un piloto derribado, atrapado en las líneas enemigas. Noté que el corazón me revoloteaba dentro del pecho. Me sorprendió. Solamente había experimentado aquella sensación una vez antes, hacía muchos años. La sangre me coloreó la superficie de la piel y noté que se me ruborizaban las mejillas.

—Yo crecí entre perros. Tenía cuatro —me dijo Roger. Alargó la mano para recoger la jaula de *Chérie* con el brazo que tenía libre—. Nunca he tenido un gato, pero sospecho que ella me caerá bien.

Su manera de hablar demostraba seguridad en sí mismo, pero su sonrisa era tímida. Se me enterneció el corazón.

—Creo que una persona que es buena con los animales tiene que ser buena en general —le confesé, tratando de recuperar la compostura.

Me estaba comportando como si volviera a tener dieciséis años, ¡y estábamos en mitad de una guerra!

—Estoy de acuerdo —respondió, dejándome paso para que pudiera salir por la puerta primero—. Y creo que una mujer que es leal a sus animales no traicionará a sus amigos —añadió en inglés.

La voz de Roger era cálida y resonaba como un temblor de tierra. «Sería un buen cantante», pensé. El encanto de su voz provocó que yo deseara aprender... el idioma que se hablara en Australia, fuera el que fuera. ¿Australiano, quizá?

Habíamos elegido el día en el que *madame* Goux normalmente visitaba a su hermano, así que nos quedamos patidifusos cuando la encontramos de pie en el vestíbulo. Llevaba un traje de viaje y tenía una maleta junto a ella. El Juez me dirigió una mirada penetrante y Ratón me propinó un codazo. Por lo visto, iba a tener que empezar a relatar la historia de tapadera antes de lo esperado.

—Buenas noches, *madame* Goux —la saludé—. Quiero presentarle a mi representante, Pierrot Vinet...

—¡Y un comino! —me espetó, arqueando las cejas hacia mí de manera acusadora—. Sé quiénes son. Lo he oído a través de la rejilla de la ventilación. No son tan buenos espías como pensaban, ¿eh?

Me sentía demasiado sorprendida como para decir nada. Le había contado que los visitantes de la semana anterior eran de la Propagandastaffel y no había dado muestras de no creerme.

—*Madame*, ¿puede decirnos cuál es su intención? —le preguntó el Juez.

Su voz adquirió una escalofriante tranquilidad y percibí que se había metido la mano en el bolsillo en busca de un arma. Temía que si *madame* Goux afirmaba que nos iba a denunciar la matara allí mismo.

—Como ve —le respondió ella, señalando su maleta—, me voy con ustedes.

—¿Perdone? —le preguntó Ratón.

—Que me voy con ustedes —le repitió *madame* Goux—. A luchar por Francia.

—¡Oh! —exclamó el Juez, cambiando a un tono más cortés—. También puede hacerlo desde aquí, *madame*. Necesitamos un coordinador en París.

—¡No me venga con esa mandanga! —ladró *madame* Goux—. Tengo mi documentación en regla. Puede usted comprarme un billete en la estación. Voy con ustedes como asistente personal de *mademoiselle* Fleurier. ¿No se les ha ocurrido que resultará extraño que una señorita viaje sola con tantos hombres?

A mí no se me había ocurrido, pero probablemente llevaba razón. Miré a Ratón, que se encogió de hombros hacia el Juez.

—Vamos, pues, *madame* —le dijo el Juez, poniendo los ojos en blanco—. Antes de que todo el resto del círculo social de *mademoiselle* Fleurier se quiera unir a nosotros.

Llegamos a la estación para encontrarla atestada de soldados alemanes y de funcionarios franceses. Puesto que el vagón de equipaje iba lleno hasta la bandera, el

revisor accedió a dejar que los animales viajaran con nosotros, aunque nos advirtió que tendríamos que movernos si los alemanes ponían alguna objeción o si los perros empezaban a ladrar. El hecho de que me hubieran concedido un compartimento en primera clase era claramente una excepción: a los alemanes les daban los mejores asientos primero y después los franceses tenían que colocarse en los sitios que quedaran. Había seis asientos en nuestro compartimento y resultó que llevar a una persona más en el grupo jugó a nuestro favor. Si *madame* Goux no hubiera venido con nosotros, cualquier soldado alemán o funcionario francés habría ocupado el asiento libre y quizá habría intentado entablar conversación con nosotros.

Ratón y yo nos sentamos el uno frente al otro en los asientos más cercanos a la puerta. Roger se sentó junto a mí, con *Charlot* descansando sobre los pies, y colocamos a Eduard junto a la ventanilla. El plan era que si la policía entraba a comprobar nuestros billetes, Eduard se haría el dormido y yo hablaría por él.

Era consciente de que las paredes del compartimento eran muy delgadas y de que teníamos a alemanes a ambos lados, pero me sentía fascinada por los dos hombres de la RAF y quería saber más sobre ellos. Especialmente sobre Roger. Me preguntaba cuál sería su verdadero nombre, pero Ratón me había prohibido indagar sobre cualquier detalle de las vidas reales de mis acompañantes, por si me detenían.

—Si la torturan, cuanto menos sepa, mejor será para el resto de nosotros —me había advertido.

Eduard se había quedado realmente dormido, así que le susurré a Roger:

—¿Nació usted en Argelia?

Si no podía mantener una conversación real con él, seguramente lo que sí que podía era familiarizarme un poco más con su historia de tapadera.

Roger entró en el juego.

—Mis hermanas y yo nos fuimos a vivir con mis abuelos después de que mis padres murieran en un accidente ferroviario. Mi abuelo era un capitán de la marina retirado que viajó a Argelia y no quiso marcharse de allí.

Ratón me miró frunciendo el ceño, y después pareció pensárselo mejor. ¿No había insistido él mismo en que las historias de tapadera tenían que practicarse hasta que fueran perfectas y hasta que se pudiera contestar a cualquier pregunta sin dudar ni un instante?

—¿Y cómo es que está usted en Francia? —le preguntó a Roger.

—Mi tío me invitó a venir aquí para estudiar derecho en la Sorbona. Y me enamoré de París.

—¿Por qué no lo convocaron para hacer el servicio militar? —le pregunté yo, sabiendo que esa sería la primera pregunta que le harían los alemanes a un hombre de su edad.

—Soy diabético —contestó.

«¡Dios mío! —pensé—. Espero que si lo detienen y los alemanes traen un médico, sea capaz de simularlo».

Traté de identificar qué era verdad y qué no de aquella historia. Adiviné que Roger probablemente sí tenía dos hermanas. También puede que hubiera estudiado derecho, pero no en la Sorbona. ¿Cuál hubiera sido la utilidad de saber derecho francés si pretendía ejercer en Gran Bretaña o en alguno de sus territorios?

No había surgido ninguna complicación cuando el revisor comprobó nuestros billetes y nuestra documentación al embarcar al tren, pero cuando nos detuvimos en la línea de demarcación y cuatro policías franceses entraron en el vagón, el pulso comenzó a latirme con fuerza.

—*Bonsoir, mesdames y messieurs* —nos saludó uno de los policías, echándole un vistazo a nuestro compartimento—. Sus papeles, por favor.

Tal y como habíamos planeado, Roger le sacó cuidadosamente los papeles del bolsillo a Eduard, los puso sobre los suyos y me los pasó a mí. Yo le entregué nuestros tres visados al policía mientras Ratón hizo lo mismo con los del Juez y los de *madame* Goux. El policía los examinó mucho más detenidamente de lo que había visto hacer a nadie antes de la guerra. Comparó mi aspecto real con la fotografía de mi pasaporte e hizo lo mismo con las de los demás. Sin embargo, contempló durante un tiempo insoportablemente largo la de Eduard.

—Despiértenlo, por favor —nos ordenó, señalando al escocés con la barbilla.

—¿Es estrictamente necesario? —le pregunté, apoyando la mano en la muñeca del policía—. Ha contraído la gripe y lleva durmiendo desde París.

Esperaba que mi comentario sobre que Eduard tenía gripe provocara que el policía saliera de nuestro compartimento rápidamente, pero la expresión de su severo rostro no cambió. Comprobé horrorizada que se inclinaba hacia el pasillo y llamaba a otros policías para que acudieran. Observé a Ratón. En apariencia, su rostro y su postura eran tranquilos, pero vi que los nudillos se le habían puesto de color blanco, porque estaba apretando el reposabrazos con todas sus fuerzas.

Llegaron tres policías más, bloqueando el pasillo. Dirigí la mirada hacia los revólveres que llevaban atados al cinturón.

—Observen —les dijo el policía, sosteniendo los papeles de Eduard hacia ellos—. Este documento es detalladamente correcto. Eso es lo que los alemanes quieren ver. Este es el aspecto de un visado auténtico.

Los demás policías observaron el papel y asintieron.

—Los franceses no comprenden lo mucho que retrasan las cosas por no hacerlas con precisión —comentó uno de ellos.

El primer policía nos devolvió los papeles, se tocó la gorra y nos deseó un buen viaje. Tuvimos cuidado de no relajarnos tan pronto como se marchó. Hasta que los policías no se apearon y el tren no inició de nuevo su marcha, no dejamos escapar un suspiro de alivio colectivo.

—Tendremos que avisar al falsificador que utilizas en París —le dijo el Juez a Ratón—. Puede que sea demasiado bueno...

Se suponía que el viaje en tren a Marsella duraba solamente una noche, pero nos

habían advertido que, con todos los controles, podía prolongarse entre dos y tres días. En cada parada tenía que sacar a los perros para que hicieran sus necesidades y a *Chérie* también, cuando le hacía falta. Me daba cuenta de por qué Ratón había puesto objeciones a que me llevara a los animales, pero tenía que mantenerme firme en mi decisión y encontrar un método para arreglármelas. No habíamos podido reservar compartimentos en los coches cama, pero nos resignamos a dormir sentados mientras no nos molestaran. *Madame Goux* y Ratón cerraron las cortinillas. Coloqué a *Bruno* cerca de la puerta para que nos advirtiera de si alguien entraba. *Princesse* se hizo un ovillo sobre mi regazo y *Charlot* se quedó sobre los pies de Roger. *Chérie* parecía feliz de dormir en su jaula sobre el portaequipajes.

En un tren atestado de alemanes, no íbamos a arriesgarnos a cenar en el vagón restaurante, por lo que me empezó a sonar el estómago mientras me quedaba dormida y soñaba con policías que inspeccionaban sin fin mis papeles. Debí de dormir durante cerca de una hora cuando el tren disminuyó la velocidad y acabó por detenerse. Oímos gritos en el exterior; las voces eran de alemanes. Me senté erguida. Los demás hicieron lo mismo. El Juez miró a través de las cortinillas.

—Otro control. Esta vez de alemanes.

Unos minutos más tarde, el revisor llamó a la puerta de nuestro compartimento.

—Que salga todo el mundo. Dejen su equipaje dentro del compartimento.

—De acuerdo —susurró Ratón en inglés—, *mademoiselle* Fleurier y yo nos adelantaremos con los papeles de todos. Los demás, sígannos de cerca.

Dejé a *Chérie* donde estaba, pero me llevé a los perros.

Nos apeamos del vagón y nos encontramos en un andén invadido por soldados alemanes. Aunque ya habíamos cruzado la línea de demarcación y se suponía que estábamos en la Francia de Vichy, parecía que los alemanes les estaban proporcionando cierta «ayuda» a los policías locales para inspeccionar los papeles de los viajeros. Vi con horror que los mostradores de control estaban divididos por idioma y que había uno para ciudadanos checos. Estábamos acabados.

—Quédese con nosotros —le susurró el Juez a Eduard—. No permita que lo separen. Pase lo que pase, mantenga la calma.

Nos condujeron a la mesa ante la que se sentaba un oficial esperando a inspeccionar los documentos de los pasajeros franceses de primera y segunda clase. Era el hombre vestido con más pulcritud que había visto en mi vida. Sus botas brillaban bajo las tenues luces de la estación como si estuvieran recién pintadas. Las hebillas y botones de su uniforme relucían, uniforme que no tenía ni una sola arruga ni ningún pliegue donde no debiera tenerlo. Aunque sus colegas también iban muy bien vestidos, tenían un aspecto mustio por el calor. Sin embargo, este oficial estaba tan cuidadosamente afeitado y lucía un aspecto tan fresco como si acabara de empezar a trabajar en ese mismo instante. Nos hizo un gesto para que nos aproximáramos. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba segura de que el oficial podría oírlo.

—¿Viaja usted en el tren con todos esos perros? —me preguntó en un perfecto francés—. Es antihigiénico.

Parecía el tipo de hombre al que le resultaría «asqueroso» encontrar un pelo de perro sobre sus pantalones.

—Son perros muy limpios, se lo puedo asegurar. No tienen pulgas ni lombrices —le respondí. En ese mismo momento, *Bruno* descansó el morro sobre la mesa, con un espeso hilo de baba resbalándole del morro. Lo aparté inmediatamente—. Son parte de mi espectáculo —añadí, procurando que no se notara el temblor de mi voz—. Para mi próxima actuación en Marsella.

—¿Parte de su espectáculo? —El oficial contempló a *Charlot* aliviándose contra un poste—. Nunca la he visto actuar con animales.

Jean Renoir me aconsejó una vez que la mejor manera de calmar los nervios era comportarse de la manera contraria a como uno se sentía en ese momento.

—¿Me ha visto usted actuar? —le pregunté, sacudiendo coqueta la cabeza y sonriéndole—. ¿Dónde fue?

—En París, en 1930. Fui a ver su espectáculo dieciséis veces.

—Bueno —le respondí, echándome a reír—. Supongo que eso significa que le gustó.

—Vamos a Marsella a diseñar un nuevo espectáculo para *mademoiselle* Fleurier —le explicó Ratón, con tanta labia como cualquier representante parisino—. Tiene usted que venir a verla actuar allí.

El oficial observó de reojo a los dos soldados que estaban detrás de él y les dijo en alemán:

—¿Pueden creerse que tengo a Simone Fleurier ante mí? Y su representante me ha invitado a asistir a su espectáculo en Marsella.

—Debería usted cachearla —le respondió uno de ellos, pasándose la lengua por los labios—. No tendría que dejar pasar una oportunidad así.

Sentí que me ponía pálida. No llevaba nada encima que pudiera delatar a los demás, pero el mero pensamiento de que me cachearan aquellos hombres me resultó aterrador. Entonces, la imagen de mi madre se me apareció en la mente. La recordé mirando altiva a Guillemette en el Pare de Monceau cuando esta trató de intimidarla. De repente, me vi a mí misma dedicándole la misma mirada al oficial. Se revolvió en su asiento aunque había dado por hecho que yo no entendía el alemán. No obstante, se volvió a los otros y les dijo:

—No puedo cachear a una ciudadana francesa de su categoría sin una buena razón. Además, ¿realmente piensan que a un espía se le ocurriría viajar con semejante zoológico? Quiero decir, mírenlos. Especialmente la anciana. Tiene la cara como el trasero de un asno.

Los dos soldados se echaron a reír y el oficial hojeó nuestros papeles. Los selló y me los entregó.

—La veré en Marsella entonces, *mademoiselle* Fleurier —me dijo,

contemplándome con la admiración de un hombre, no de un militar.

Me metí los papeles en el bolso y me volví hacia el vagón, llamando a los perros para que me siguieran. Los hombres y *madame* Goux hicieron lo propio, pero no nos dirigimos la palabra hasta que inspeccionaron a todos los pasajeros y los devolvieron a sus asientos. De alguna manera sentí que, aunque viajábamos juntos, cada uno de nosotros estaba realizando también aquel peligroso viaje en solitario.

Gracias a algún tipo de milagro, llegamos a Marsella a tiempo y sin más incidentes. Me resultaba extraño volver a la ciudad en la que había soñado por primera vez en convertirme en una estrella. El olor a sal y los gritos de las gaviotas me recordaron a la casa de tía Augustine. Había recorrido un largo camino desde entonces.

Había reservado una *suite* de cuatro habitaciones en el hotel de Noailles. Después de que un camarero nos sirviera un desayuno compuesto por tortillas, queso, *croissants*, melón y champán, taponamos las rejillas de la ventilación y la cerradura, y brindamos por el éxito de la primera parte de nuestra misión.

—¡Por haber logrado salir de la Francia ocupada! —brindó el Juez.

—Me habría conformado con unos huevos con beicon —comentó Eduard, contemplando el festín que teníamos ante nosotros—. ¡Pero esto es realmente magnífico!

Era la primera vez que le oía hablar y no parecía en absoluto checo. Tenía una voz aguda y cantarina.

—Debía de estar usted deseando decir algo —le comenté—. Yo no creo que hubiera sido capaz de estar tanto tiempo sin decir ni una palabra.

Roger se echó a reír. Incluso Ratón y el Juez se permitieron sonreír. *Madame* Goux quiso saber de qué estábamos hablando y Ratón le tradujo nuestra conversación.

—Estoy impresionado por su sangre fría, *mademoiselle* Fleurier —me confesó el Juez, untándose un poco de mantequilla sobre un trozo de pan—. Es usted una mujer extraordinaria.

Me volví hacia Ratón, deseando restregarle lo que el oficial había comentado sobre los animales.

—Finalmente, *Bruno*, *Princesse* y *Charlot* han resultado ser la mejor tapadera.

—De acuerdo —dijo el Juez, echándose a reír—. Brindaremos también por sus animales. Y, sin embargo, no tenía ni idea de que además supiera usted alemán. ¿Dónde ha aprendido?

Le hablé sobre la temporada que pasé en Berlín y sobre las clases que tomé allí. Hice reír a todos de nuevo cuando les relaté las clases del doctor Daniel, que solía hacerme saltar sobre las sillas mientras cantaba «res» agudos.

—Usted también debió de tener unos profesores curiosos en su época, ¿verdad? —le preguntó Roger a Eduard.

El escocés dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa.

—Ninguno se igualaba a ese —replicó—. Al menos, con el piano nadie espera que seas capaz de correr y tocarlo al mismo tiempo.

—Espero poder oírle tocar antes de que se marchen —le dije—. Tengo curiosidad por saber cómo ha terminado un concertista de piano en la RAF.

—Pregúntele al capitán del escuadrón —me contestó, haciendo un gesto hacia Roger—. Yo solo soy un simple oficial. Él es el héroe de guerra. Logró derribar a varios aviones de la Luftwaffe antes de que le dieran a él.

Roger se ruborizó y, al sentirse avergonzado, bajó la guardia.

—He volado bastante en Tasmania —respondió—. Mi abuela me contó que la primera palabra que dije fue «avión»...

Ratón emitió una tos significativa y nos sumimos en un incómodo silencio. Me di cuenta de que se suponía que no debíamos llegar tan lejos. Me resultaba difícil acostumbrarme a tanto misterio. Todavía nos encontrábamos en los albores de la guerra y aún nos sentíamos alegres. La idea de acabar con nuestros huesos en la cárcel y de que nos torturaran, y menos que nos ejecutaran, no parecía real. Pero entonces ninguno de nosotros conocía a nadie que hubiera muerto de aquella manera.

—¿Cuál es la siguiente fase del plan? —preguntó *madame Goux*.

Si el Juez me había felicitado por mi frialdad ante el peligro, ella también se merecía un buen cumplido. *Madame Goux* había demostrado mucha compostura durante todo el viaje y había representado estupendamente su papel de eficiente secretaria.

—Tenemos un contacto en Marsella —nos explicó Ratón—. Cuando hayamos hablado con él, nos marcharemos por mar o cruzaremos los Pirineos para introducirnos en España. Pero me temo que no podré decirle cuál de los dos métodos utilizaremos.

El mar sería más fácil que los Pirineos, que suponían cruzar unas escarpadas montañas, difíciles de sortear. Roger, Eduard y Ratón parecían bastante en forma como para conseguirlo, pero me preocupaba el Juez.

—Por favor, señores, coman y descansen mucho mientras estén aquí —les dije—. No repararé en gastos con ustedes. Tienen que coger fuerzas para su huida.

Roger levantó la copa de champán.

—Me gustaría proponer un brindis por *mademoiselle Fleurier* —anunció—. Por ser tan comprensiva.

Me di cuenta de que Roger tenía el tipo de energía que había admirado en André. Cuando había trabajo pendiente podía ser una máquina, pero en los momentos personales se ablandaba.

Los demás levantaron sus copas y me aclamaron.

—¡Gracias! —les dije—. Les conozco desde hace muy poco tiempo y ni siquiera sé quiénes son algunos de ustedes, pero creo que voy a echarles de menos.

Levanté la vista, mirando directamente a Roger a los ojos. Me sostuvo la mirada durante un instante antes de volverse. Estaba sonriendo.

El Juez subrayó la importancia de mantener nuestras historias de tapadera para evitar sospechas. Mientras que él y Roger se reunían con su «contacto» —deduje lo suficiente como para adivinar que en realidad se trataba de dos personas, alguien que ocupaba un alto cargo en la marina francesa y un soldado aliado que había escapado del Fort Saint-Jean—, los demás teníamos que seguir manteniendo las apariencias. Hice que me instalaran un piano en la *suite* para que Eduard tocara, lo cual también nos proporcionó una excusa para dejar colgado en la puerta el cartel de «No molestar».

Mientras tanto, Ratón y yo fuimos a ver al director artístico del Alcazar.

—*Mademoiselle* Fleurier, ¡hemos tratado de que viniera a actuar aquí durante años! —exclamó Franck Esposito—. ¡Y por fin ha venido a vernos!

Según parecía, Raimu estaba a punto de realizar un espectáculo en el teatro, pero estaban interesados en que yo hiciera un par de números como artista invitada y hablamos sobre organizar una producción especial para la siguiente temporada. Para mi sorpresa, a pesar de la guerra y su falta de experiencia, Ratón consiguió negociar un buen contrato en mi nombre.

Siempre que podíamos, comíamos todos juntos en restaurantes elegantes de la Canebière, para no llamar la atención por estar siempre recluidos en nuestra *suite*. Marsella había sido bombardeada por los italianos, pero aparte de aquello, la guerra y los alemanes parecían estar muy lejos. Algo en el carácter duro de los marseleses me decía que opondrían mucha más resistencia que sus compatriotas del norte. Una noche, una española entró en el restaurante donde estábamos cenando vendiendo ramilletes de lavanda. Se parecía tanto a mi madre que me quedé sorprendida. «Extraño a mi familia», pensé. En medio de toda aquella agitación y miedo, deseaba estar con ellos. Sin embargo, durante las últimas semanas, había dado prioridad a mi país. Si lo hubieran sabido, seguramente me habrían implorado que hiciera exactamente lo que había hecho; pero ignoraban dónde me encontraba ni lo que estaba haciendo y me dolía pensar que les podía causar preocupación.

Una semana más tarde, mientras nos hallábamos reunidos en la *suite* del hotel, el Juez anunció que Ratón, Eduard y él mismo se marcharían esa noche en un tren en dirección a Toulouse.

—¿Y qué pasa con Roger? —preguntó *madame* Goux.

—Él se queda —respondió el Juez.

El corazón se me paró un instante. No reuní el arrojo para mirar a Roger. No tenía ni la menor idea de quién era en realidad, pero estar cerca de él se había convertido en algo importante para mí.

—¿Para qué? —inquirió *madame* Goux.

—Todavía hay cientos de pilotos derribados en Francia —le explicó Roger, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la ventana—. También hay prisioneros de guerra fugados que están tratando de venir hacia el sur por su cuenta. A muchos de ellos los vuelven a capturar. Es una pérdida de hombres con experiencia para los

Aliados. Mi contacto está preparando una serie de pisos francos desde París por todo el camino hasta el sur para conseguir llevar a esos hombres hasta los Pirineos. Pero necesita colaboración y gente en la que pueda confiar. Me voy a quedar en Francia para ayudarlo con su red.

Me sentí sobrecogida por la valentía de Roger. Los franceses demostraban demasiada cobardía egoísta, y allí había un extranjero preparado para arriesgar su vida por luchar contra el enemigo.

—Yo también quiero contribuir —le aseguré—, en todo lo que pueda.

—Y yo —afirmó *madame* Goux.

El rostro de Roger se iluminó.

—Ninguna de las dos se puede imaginar lo valiosas que son ustedes para la Resistencia. Pero no quiero pedirles más de lo que ya han hecho, señoras.

—Pida usted —le insté—. ¿Qué podría ser más importante para nosotras que salvar a Francia?

Roger se sentó junto a mí.

—El apartamento de París..., ¿podríamos usarlo?

—Por supuesto —le respondí—, y también tengo una casa en Marsella que he heredado. Está en el Vieux Port. No es nada del otro mundo, pero la he reformado por dentro y no es en absoluto llamativa.

Roger dio una palmada.

—¡Habla alemán e inglés y tiene una casa en Marsella! ¡Qué descubrimiento es usted para la Resistencia!

Se volvió hacia *madame* Goux.

—También me tiene usted impresionado, *madame*. Me gustaría que volviera a París para que pueda mantener vigilado el edificio. Volveremos allí.

—¡Mañana! —exclamé.

Pensé en el plan para visitar a mi familia una vez que el grupo de huidos se hubiera marchado. Me preocupaba saber si Minot y *madame* Ibert habían llegado sin percances a la finca y también si Odette y su familia estaban allí. Le expliqué mi situación a Roger, que se entusiasmó por lo que le conté.

—¡Así que no solo rescata animales abandonados, *mademoiselle* Fleurier! —exclamó—. ¡También cuenta con experiencia rescatando y escondiendo gente!

Me ardía la cara. ¿Por qué todos los cumplidos que me dedicaba me hacían sentir como una niña pequeña? Un francés jamás habría logrado tal cosa.

—¿Dónde está Sault? —preguntó, desdoblando un mapa de Francia—. ¿Cómo llegamos hasta allí?

Le mostré la línea que marcaba la vía del tren a Aviñón. Aunque el viaje se prolongaba durante cerca de seis horas con todas las conexiones, pareció emocionado.

—¿Estaría su familia dispuesta a esconder militares aliados? Se trata de un lugar muy apartado, por si en algún momento necesitamos un sitio en donde puedan

quedarse hasta que se calmen las cosas.

—Mi padre luchó contra los alemanes en la Gran Guerra —le conté—. Mi familia no tolerará el colaboracionismo.

Al oír aquello, Roger cambió de planes. Sugirió que *madame* Goux regresara a París lo antes posible, mientras que él y yo iríamos a ver la finca.

—¡Ejem! —tosió el Juez, señalándose el reloj.

Les di un beso de despedida a Ratón, al Juez y a Eduard con tanto cariño como si fueran mis propios hermanos.

—Espero que volvamos a encontrarnos en tiempos mejores —les dije.

A la mañana siguiente, *madame* Goux, Roger, los animales y yo cogimos el tren expreso de las ocho hacia el norte. Roger y yo nos quedaríamos en Aviñón, mientras que *madame* Goux seguiría su camino hacia París con mi equipaje.

Después de que *Kira* llegara a la finca con la madre de Minot, Bernard me había escrito para decirme que mi madre y mi tía estaban emocionadas con su nueva compañera felina, pues *Bonbon* acababa de fallecer unos meses antes. ¡Qué sorpresa se llevarían cuando vieran que iban a tener cuatro animales más! Y aun así, alojar animales era menos peligroso que lo que Roger y yo estábamos a punto de pedirles. La guerra estaba disminuyendo mi sensibilidad al miedo. Los nervios antes de subir al escenario que había padecido durante años ahora parecían ridículos frente a la presencia de ánimo necesaria para trabajar con la Resistencia. Me sentía preparada para llegar a donde fuera con el objetivo de liberar a Francia, pero ¿podía pedirle a mi familia que también corriera el mismo tipo de riesgos?

Debido a la reducción de servicios ferroviarios entre el norte y el sur, y puesto que no habíamos reservado con antelación, tuvimos que conformarnos con subir a un atestado vagón de tercera clase. La peste a cebolla de los cuerpos sudorosos que nos rodeaban, los niños gritando por los pasillos y el equipaje amontonado a nuestros pies limitaba la conversación entre nosotros. Los perros y *Chérie* tuvieron que viajar en el vagón del equipaje, aunque el revisor fue muy amable y prometió asegurarse de que tuvieran suficiente agua.

Cuando el tren frenó hasta detenerse en Aviñón, nos despedimos de *madame* Goux y nos abrimos paso hasta la puerta de salida. Ya no existía el servicio ferroviario a Carpentras, así que Roger, los animales y yo tuvimos que tomar el autobús. El rubicundo conductor dejó escapar un gruñido cuando vio la cantidad de animales que llevaba conmigo.

—Transportar ganado va en contra de la normativa de la Compagnie Provençale des Transports Automobiles —me espetó.

—Seguramente no está usted hablando de «ganado» refiriéndose a mis animales de pedigrí, ¿verdad? —protesté—. Son parte de mi número artístico.

—¡Pffff! —resopló, encogiéndose de hombros—. Me da lo mismo, como si mantiene usted relaciones sexuales con ellos. Va en contra de la normativa, excepto que quiera que los coloque en la baca con el resto del equipaje.

Me di cuenta de que no iba a poder embaucar a aquel sureño de aliento a ajo flirteando como lo había hecho con el oficial alemán. ¿Acaso sería capaz de hacerlo cualquier otra mujer? Terna los ojos inyectados en sangre y suciedad acumulada en los pliegues de la frente. Decidí que la solución era pagarle más dinero. Aquella fue una oferta que aceptó ásperamente, cobrándome un billete de adulto por *Bruno* y

billetes infantiles por *Princesse* y *Charlot* y una tarifa extra por *Chérie*, por «sobrepeso».

—Espero que eso signifique que los perros tienen derecho a un asiento cada uno —le dijo Roger, medio en broma—. No puede usted cobrar esos precios y esperar que vayan a ocupar el pasillo.

Llegamos a Carpentras antes del mediodía y tomamos el almuerzo en un café queapestaba a aceite y queso. Sin la brisa marina que lo aliviara, el calor resultaba insoportable. El cabello me caía alrededor de la cara en mechones lacios, y cuando me pasé un pañuelo por las mejillas vi que el maquillaje se me estaba deshaciendo formando una pasta aceitosa. Hubiera deseado que pudiéramos llegar a Pays de Sault sin llamar demasiado la atención, pero desgraciadamente la mujer tras la barra me reconoció y avisó a gritos al personal de cocina de que Simone Fleurier estaba almorzando en su establecimiento. Roger y yo tuvimos que comernos nuestros sándwiches de tomate y jamón bajo la mirada curiosa de la mujer, el cocinero, el pinche de cocina y la camarera. Cuando terminamos, la mujer me pidió que le autografiara el menú del restaurante.

—Y usted —comentó, volviéndose hacia Roger—, ¿quién es usted? ¿También es actor de cine?

Roger negó con la cabeza.

—No, solo soy uno de los agentes de *mademoiselle* Fleurier.

Tuve que contenerme con todas mis fuerzas para no reírme por el doble sentido de su afirmación. Cuando íbamos por la calle de camino a coger el autobús, le susurré a Roger:

—Tendría que haberle dicho que habíamos venido a Carpentras a rodar una película sobre el pueblo.

—Conozco los pueblos pequeños, *mademoiselle* Fleurier —repuso Roger, acercándose la boca a la oreja, cosa que me produjo un cosquilleo por todo el cuerpo—. Si le hubiera dicho tal cosa, no nos habrían dejado en paz ni un minuto. Todo el mundo, desde el alcalde hasta el sepulturero, se habrían matado por conseguir un papel.

El autobús que se dirigía a Sault aquella tarde era un vehículo aún más pequeño que el que habíamos tomado para llegar a Carpentras, pero el conductor fue más amable y no puso objeciones a que llevara los animales. Los saludó a cada uno de ellos a medida que se subían al vehículo. Como el único pasajero aparte de nosotros era un anciano con su acordeón, el conductor nos dijo que nos dejaría cerca de la finca en lugar de llevarnos hasta Sault.

—¿Así que nació usted aquí? —me preguntó Roger en un susurro, cuando el conductor arrancó el motor—. ¿Entre esta gente?

—Parece que le cuesta a usted creerlo —comenté.

—Un poco. —Amagó una sonrisa—. La veía a usted como la más sofisticada de las parisinas. Pero ahora veo de dónde saca su resolución y fuerza.

Me apoyé en el respaldo de mi asiento y estudié a Roger. ¿Era posible que, mientras que yo estaba tan cautivada por él, él se sintiera tan poco impresionado por mí?

El conductor nos dejó aproximadamente a medio kilómetro de la finca. Roger y yo llevábamos una maleta pequeña cada uno. Él cogió ambas y yo cargué con la jaula de *Chérie*. Los perros caminaban por su cuenta. El sol aún estaba alto en el cielo, pero por suerte los árboles proporcionaban sombra a la carretera.

—¿Alguna vez ha vivido usted en Argelia? —le pregunté.

—Nunca he estado allí —me respondió Roger—. Pero los hombres del *Deuxième Bureau* me hicieron estudiar la zona francesa y las casbas hasta la última tienda de alfombras y el último puesto de periódicos. Así que siento como si realmente hubiera vivido allí.

—¿Y cómo es que habla usted tan bien francés?

—Mi padre sirvió aquí durante la Gran Guerra. Era médico. Después, se quedó para ayudar con la repatriación de los soldados. Regresó a Australia convertido en un auténtico francófilo, así que contrató a un inmigrante francés para que fuera nuestro tutor. Desde que cumplí ocho años hasta los doce, hablábamos francés en casa.

Me pareció divertida aquella historia.

—Su padre parece un hombre encantador y un poco excéntrico.

—Lo era —respondió Roger—. No le estaba mintiendo cuando le conté que mis padres murieron en un accidente ferroviario y que me criaron mis abuelos. Sin embargo, he seguido hablando francés; esa ha sido mi manera de recordarle.

Caminamos por el campo mientras *Bruno* nos abría un sendero entre la hierba y *Charlot* y *Princesse* correteaban detrás de las mariposas.

—¿Y qué pasa con Tasmania? —le pregunté tras un momento.

Omití que había averiguado dónde estaba aquel lugar echando un vistazo a hurtadillas en un atlas de una librería de Marsella. Pensaba que era un país diferente de Australia, como Nueva Zelanda, pero cuando leí los comentarios me enteré de que era el estado más al sur de Australia.

Roger me contempló fijamente y arqueó las cejas.

—Estoy segura de que puede usted hablarme sobre Tasmania —le dije—. Así, si me capturan los alemanes, podré darles unos buenos consejos turísticos.

Dejó escapar una gran carcajada, tan cálida e intensa como su tono de voz.

—Supongo que no se trata de información vital, aunque los alemanes puedan albergar la intención de invadir Tasmania.

—¿Y qué encontrarán si lo hacen? —le pregunté, cambiándome la jaula de *Chérie* del brazo derecho al izquierdo.

—Bueno, en el noroeste, donde yo crecí, encontrarán grandes zonas de cultivo con tierra volcánica. Al ir hacia el sur por la costa y el interior, se toparán con pueblos mineros y zonas de vegetación virgen que nadie ha pisado jamás. Y en el noreste hallarán las plantaciones de lavanda más grandes del hemisferio sur.

—¿Plantaciones de lavanda? ¿Cómo las de aquí en Francia?

—Sí, muy parecidas —respondió, mirando a su alrededor—. Siempre he querido conocer la Provenza. Y ahora aquí estoy, por cortesía de los alemanes.

—Pensé que Australia era un desierto —comenté, tratando de mencionar toda la información que había leído para impresionar a Roger con mis conocimientos de su país.

Negó con la cabeza.

—Hay parte que lo es. Pero no Tasmania.

—Me gustaría ir allí algún día —afirmé con decisión, toda una declaración de intenciones por parte de alguien que acababa de descubrir dónde estaba el país—. ¿Hay allí teatros de variedades?

—En Sídney y en Melbourne, aunque primero tendríamos que terminar la guerra —me contestó sonriendo—. ¿Queda mucho para llegar a su casa?

—No, no queda mucho —le respondí.

Me preguntaba si le estaría importunando por hacerle tantas preguntas. Pero cuando él a su vez me preguntó por mi niñez en la Provenza y por cómo había llegado a ser una estrella en París, supuse que él también estaba disfrutando con la conversación. Me sorprendió que me confesara que me había visto actuar.

—Debió de ser en Londres, ¿no?

—Y en París también. Pero la vi dos veces en Londres —me explicó—. Estaba trabajando para la firma de abogados de mi tío en Inglaterra. Mis abuelos emigraron a Australia y mi padre nació allí. Pero la parte de la familia de mi madre es inglesa cien por cien: son todos pálidos de piel, débiles y muy endogámicos.

—No lo creo —repliqué, echándome a reír—. Mire qué resistencia tan apasionada están ofreciendo los británicos. Además, yo admiro mucho a Churchill.

—¿En serio? —preguntó Roger—. Es un buen amigo de mi tío.

—Hace que los líderes franceses que nos han metido en esto parezcan muy poca cosa.

—La próxima vez que lo vea le transmitiré lo que usted acaba de decir —me aseguró Roger—. Se alegrará, porque me consta que ha visto todas y cada una de sus películas. Fue mi madre la primera que nos vio cruzando los campos hacia la casa. Les estaba echando las sobras a las gallinas, con el cabello recogido hacia atrás bajo un pañuelo. Cuando llegamos al muro, levantó la barbilla como si estuviera olfateando nuestro olor por el aire y entonces se volvió con la mano haciéndose visera sobre la frente, para darse sombra a los ojos.

—¡Simone!

Unos segundos más tarde, tía Yvette y Bernard aparecieron en la puerta de la casa. Una de las ventanas en la casa de mi padre estaba abierta, y Minot y *madame* Ibert se asomaron por ella. Antes de que hubiéramos llegado al patio, todos ellos se acercaron a nosotros. Mi madre se echó a mis brazos.

—No hemos sabido nada de ti durante el último mes —dijo tía Yvette—. Hemos

estado muy preocupados.

Le expliqué que las oficinas de correos habían cerrado durante la invasión y pregunté por *monsieur* Etienne y Odette. Me sentí decepcionada al escuchar que no se habían puesto en contacto con Bernard. Entonces me di cuenta de que todo el mundo estaba mirando a Roger.

—Este es mi amigo Roger Delpierre —les expliqué.

Dejé la presentación ahí. No quería mentirles y decirles que Roger era mi director de escena o mi agente, pero allí de pie, bajo el sol, con tantas cosas de las que hablar, no parecía el momento adecuado para explicarles nuestra misión. Bernard le tendió la mano a Roger y todos le dieron la bienvenida.

—Y estos son *Bruno*, *Princesse* y *Charlot* —les dije, presentando a los perros.

Roger me cogió la jaula de la gata y la levantó en el aire.

—Y esta es *Chérie*, a la que Simone rescató en París.

Mi madre me contempló fijamente y se agachó para acariciar a los perros. Sentí que me ardían las mejillas. Por alguna razón, Roger me había llamado «Simone», en lugar de «*mademoiselle* Fleurier». Quizá era porque yo le había presentado como mi amigo, pero el efecto fue que nos puso a un nivel mucho más íntimo.

—Simone es la misma de siempre. Recoge mascotas allá por donde va —comentó tía Yvette.

La cocina de tía Yvette había cambiado tan poco como ella misma a lo largo de los años. A medida que nos fuimos adentrando desordenadamente en ella para resguardarnos del calor exterior en su frescor, sentí como si estuviera volviendo al pasado. Todavía flotaban en el ambiente los familiares aromas a romero y a aceite de oliva, y la multitud de ollas estaban colgadas de las vigas. Qué lejos de allí parecía la guerra. Todo estaba igual que siempre. La madre de Minot estaba sentada a la mesa, comiéndose un cuenco de sopa. A sus ochenta y siete años tenía una mente muy despierta, aunque le tuvieron que recordar quién era yo. *Kira* se había encaramado a uno de los armarios. Tan pronto como me vio, dejó escapar un maullido y corrió hacia mí. La levanté y frotó el morro contra mi mejilla, ronroneando.

—Esta es *Kira*, una de mis amigas más antiguas —le expliqué a Rogén.

—Nunca habíamos tenido a tanta gente en la finca —comentó Bernard, haciéndonos un gesto para que nos sentáramos—. Pero, de todos modos, tenemos mucho sitio.

Roger y yo nos intercambiamos una mirada. Bernard se dio cuenta y me dedicó una mirada confundida.

Mientras mi madre y tía Yvette nos preparaban pan y frutos secos, *madame* Ibert y Minot les llevaron agua a los perros, que estaban fuera. *Kira* y *Chérie* se quedaron en la cocina, mirándose la una a la otra. *Chérie* estaba acostumbrada a los otros animales y no tenía miedo. Conquistó a *Kira* acercándose poco a poco a ella y olfateándole la nariz. Después de aquello, todo fue bien y se sentaron juntas al lado de la puerta, mirando como revoloteaban los insectos en la hierba, sacudiendo al

unísono sus colas de cazadoras.

—No hemos visto ni un solo alemán por aquí —comentó Bernard—. A pesar de lo que ha pasado en el norte.

—Así que las cosas no han cambiado mucho en la aldea, ¿no? —le pregunté.

Bernard negó con la cabeza.

—Excepto que *monsieur* Poulet ha recibido orden de quitar la estatua de la Marianne y otros símbolos de la República. Están sustituyendo el lema: «Libertad, igualdad, fraternidad» por el nuevo aforismo de Pétain: «Familia, trabajo, país».

—¿Los sentimientos por aquí se han vuelto en contra de los Aliados desde el bombardeo de Mazalquivir? —le preguntó Roger, cogiendo un higo—. En Marsella sí ha sucedido.

Comprendía que Roger estaba tanteándolo, tratando de ganarse la fidelidad de mi familia. Bernard me contempló en busca de algún gesto de confianza. Sabía que el acento de Roger le había dejado perplejo. No era demasiado pronunciado, pero resultaba imposible no notarlo. Claramente, no provenía ni de París ni de Marsella.

—Muchos de los marineros que murieron probablemente eran de allí —le contestó Bernard cautelosamente—, pero la mayoría de la gente aquí piensa que era de esperar. ¿Qué otra cosa podían hacer los Aliados? Pétain les sacó las castañas del fuego, y los británicos advirtieron a la marina francesa que se verían obligados a destruir la flota si no se entregaban. No podían permitir que los barcos cayeran en manos alemanas.

—¡Malditos *boches*! —murmuró *madame* Meyer.

Roger contempló fijamente a Bernard.

—Su aldea debe de contar con un buen servicio de noticias —observó—. Lo único que llega a Marsella y a París es la propaganda alemana.

Bernard palideció. Comprendí su temor. En los tiempos que corrían, una opinión inadecuada podía ser fatal.

—No pasa nada —le aseguré—. Roger piensa lo mismo que tú.

Bernard me miró con tal confianza que me enterneció el corazón. Se inclinó sobre la mesa.

—Nuestro alcalde ha conseguido montar un aparato de radio. Hemos estado escuchando la BBC.

Sintonizar una cadena de radio «enemiga» era ilegal y estaba penado con la cárcel. Contemplé a mi familia y amigos con orgullo. Habían nacido para ser de la Resistencia.

Mi tía y mi madre sirvieron el vino y se sentaron a la mesa con nosotros. *Madame* Ibert y Minot entraron para unirse a la discusión. Noté que el pie de Roger me daba un golpecito en el mío. Confiaba en Roger y sabía cómo era mi familia. Ahora era el momento de reunidos a todos.

—Yo respondo de la discreción de mi familia —le dije a Roger—. Y Minot y su madre son judíos. *Madame* Ibert siente lo mismo que yo con respecto a los nazis.

Creo que debería contarles a todos lo que tiene que decir. De todos modos, tendrán que trabajar juntos.

—Soy australiano —anunció Roger, y una vez que todo el mundo se hubo recuperado del asombro, continuó explicándoles cómo llegó a quedarse aislado en Francia y lo que pretendía hacer para construir una red para la Resistencia.

—¡Y yo que había pensado que era usted el prometido de Simone! —comentó mi madre, con una sonrisa bailándole en los labios.

La sangre se me agolpó en las mejillas. Estaba segura de que debía de estar brillando como un farolillo. Resultaba irónico que mi madre, que apenas solía pronunciar palabra, especialmente en presencia de extraños, se hubiera atrevido a decir algo tan embarazoso. Roger se revolvió en su asiento. Ninguno de los dos nos atrevimos a mirar al otro. Lo único que pude hacer fue dedicarle a mi madre una mirada de reproche.

Bernard salió en mi rescate.

—Si hay cualquier cosa que podamos hacer para ayudar a Francia —declaró—, le aseguro que tendrá nuestro apoyo total para ello.

Roger examinó cuidadosamente cada uno de los rostros de las personas que estaban sentadas a la mesa. No había duda de que había creado un equipo extraordinario en una sola tarde. Tenía a su disposición a una estrella del teatro de variedades, a una violinista, a un comerciante de lavanda, un director de teatro, dos campesinas y una octogenaria.

Roger sonrió y levantó su copa.

—Tenemos una nueva célula en la región de Pays de Sault —sentenció—. *Mesdames* y *messieurs*, bienvenidos a la red.

Aunque mi madre y mi tía nos rogaron que nos quedáramos más tiempo, pasar un día más fuera de París podía significar perder un nuevo soldado a manos de los alemanes. Roger y yo se lo agradecemos, pero les explicamos que debíamos regresar a París lo antes posible. Habíamos decidido que *madame* Ibert viniera con nosotros para que pudiera organizar su apartamento como piso franco.

Les había cogido tanto cariño a *Chérie* y a los perros que me dio pena dejarlos. Pero vi lo que disfrutaban corriendo por la finca y lo mucho que le gustaban a mi madre. Tenía pensado dejar a *Kira* también, pero se frotó contra mis piernas y maulló con tanta vehemencia que mi madre sugirió que me la llevara.

—No creo que nuestro trabajo fuera a ser el mismo sin al menos un compañero peludo —afirmó Roger, cargando la jaula gatera en la parte de atrás de la camioneta de Bernard, y subiéndose él mismo después para sentarse con *Kira* y que *madame* Ibert y yo pudiéramos viajar en la parte delantera.

—No deberías haberte enfadado conmigo por decir que era tu prometido —me susurró mi madre—. Es amable y no ha apartado la mirada de ti en ningún momento. No quiero que estés sola.

Hice como que no la oía. En otro momento y otro lugar, podría haberme

permitido el lujo de enamorarme de Roger. Pero estábamos en guerra, luchando por salvar nuestros países. ¿Cómo podía involucrarme en nada más?

París estaba sombrío cuando regresamos. Los conciliadores muchachos de pueblo de la primera avanzadilla alemana habían sido sustituidos por oficiales más siniestros, y la verdadera naturaleza de la ocupación alemana estaba empezando a salir a la luz. La mayoría de las tiendas cerca de la Gare de Lyon estaban abiertas, pero apenas había comida en los escaparates y las baldas. Es decir, apenas había comida para los franceses. Mientras que los parisinos tenían que hacer cola para que les proporcionaran escasas raciones de pan y carne, vimos a un carnicero llenando un automóvil alemán de multitud de paquetes. La divisa de la ocupación se había fijado en veinte francos por marco. Antes de la guerra era menos de cuatro.

—Qué manera tan sofisticada de saquear —murmuró Roger, leyendo la notificación de racionamiento colocada en el escaparate de una panadería.

Tras leer otras notificaciones, nos enteramos de que los comercios de ropa y calzado también estaban obligados a racionar sus existencias.

No había taxis que nos pudieran llevar hasta el apartamento. Todos los automóviles habían sido requisados para el avance bélico alemán. Sin embargo, había demasiados alemanes en el *métro* para que nos sintiéramos seguros viajando en él. Tendríamos que caminar todo el trayecto desde la Gare de Lyon hasta los Campos Elíseos.

Nos sentimos consternados cuando llegamos a la plaza de la Bastilla y vimos que las señales de las calles estaban en alemán. La única nota de humor que hizo que nos echáramos a reír fue cuando pasamos junto a una tienda con un retrato de Pétain en el escaparate. Estratégicamente colocado junto a él había un cartel que decía: *Vendu. Vendido.*

Por suerte, encontramos a *madame* Goux en la portería de nuestro edificio de apartamentos, y no había ningún alemán residiendo allí.

—Me he dedicado a subir y bajar las escaleras todas las mañanas y las noches —nos contó—. He encendido y apagado las luces y he corrido y descorrido las cortinas. Pero dos puertas más abajo en esta misma calle, los *boches* han expulsado a los ocupantes de los apartamentos. Les han dado recibos por los muebles —pendientes de devolución en «algún momento del futuro»— y veinticuatro horas para marcharse.

—¿Dos casas más abajo? —exclamé, mirando a Roger—. ¿No es un poco cerca? Negó con la cabeza.

—A veces, la mejor manera de engañar al enemigo es trabajar delante de sus narices.

Al día siguiente, *madame* Ibert, *madame* Goux y yo nos pusimos manos a la obra para preparar los apartamentos para nuestros «invitados». Desarrollamos toda una serie de señales, incluyendo felpudos fuera de lugar, jarrones vueltos del revés y golpes en las tuberías, para avisarnos de cualquier visita alemana. Roger se mantuvo ocupado estableciendo contactos con los miembros parisinos de la red y dos días más

tarde ya teníamos alojados a once pilotos derribados. Con tantos hombres sanos entrando y saliendo de nuestro apartamento, necesitábamos una buena tapadera. Roger logró encontrar dos médicos adscritos a la causa que instalaron sus consultas en el apartamento de *monsieur* Copeau: un psiquiatra llamado doctor Lecomte y el doctor Capet, que era especialista en enfermedades venéreas. Si había dos cosas por las que los alemanes sentían terror eran las enfermedades mentales y las contagiosas.

Durante aquellos días me desperté sobresaltada varias veces por la noche, segura de que había un alemán de pie junto a mi cama o de que había oído un intruso en el piso de abajo. Me dirigía descalza hasta el piso superior para que quienquiera que estuviera de guardia me asegurara que todo iba bien. A veces, el vigilante de turno me abría la puerta para que pudiera asomar la cabeza y ver que todos los hombres estaban allí, durmiendo pacíficamente. Buscaba con la mirada a Roger entre los cuerpos tendidos. Tenía la costumbre de tumbarse perfectamente quieto, con las manos cruzadas sobre el pecho, como un ángel arropado entre sus alas. Cuando Roger estaba de guardia, le llevaba una botella de vino y nos bebíamos una copa cada uno y charlábamos hasta que llegaba el alba.

—Su madre no es hija de gitanos —me contó Roger una noche—. Es la hija legítima de sus abuelos.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté.

—Me lo contó el día que fuimos a visitar a su familia. Después de que usted se fuera a la cama, su madre y yo nos quedamos despiertos y charlamos.

—Hmmm —musité.

Le había preguntado a mi madre por la verdad de sus orígenes decenas de veces y siempre había eludido mis preguntas. ¿Qué la había llevado a contarle a un completo extraño cosas que no le había dicho ni a su propia hija?

—Su abuelo era pastor y su abuela era de origen italiano, de Piamonte —me contó Roger, contemplando mi desconcierto con aire divertido—. Su padre conoció a su madre en la feria de Digne.

Sabía la historia de la feria de Digne; mi padre me la había contado. Pero ¿y qué pasaba con el resto de los datos? Nadie había mencionado nunca que mi abuela fuera italiana.

—¿Cómo sabe usted que le ha contado la verdad? —le pregunté—. A mi madre le encanta tomarle el pelo a la gente con sus historias misteriosas.

Roger alargó la mano y me tocó el cabello.

—Eso explicaría el color de su pelo. Usted misma podría ser italiana, ya sabe.

Sentí un cosquilleo en el cuello. Me volví, preguntándome si pretendía besarme. Pero Roger ya estaba de pie junto a la ventana, contemplando el alba rompiendo en el cielo.

—Nos marcharemos al sur hoy —anunció, frunciendo el ceño—. El tiempo es bastante malo. Quizá así los *boches* nos dejen en paz.

Roger, *madame* Ibert y yo hacíamos turnos para acompañar a los hombres al sur

con papeles falsos. Como yo era la que más llamaba la atención, normalmente acompañaba a los prisioneros de guerra franceses que habían escapado o a los soldados británicos bilingües, preferentemente los que tenían algún tipo de talento teatral en caso de que hubiera que demostrar sus historias de tapadera. Con tantos hombres distintos pasando por nuestras manos, costaba mucho dinero alimentarlos y conseguirles ropa francesa, billetes de tren y papeles falsos. Dado que padecíamos las limitaciones del racionamiento, solíamos tener que comprar la comida en el mercado negro, donde los productos podían llegar a costar diez o doce veces su precio normal. *Madame Ibert* y yo nos sentíamos felices dándoles todo lo que podíamos, pero los alemanes habían limitado la cantidad de dinero que los ciudadanos franceses podíamos retirar de nuestras cuentas bancarias mensualmente y, aunque habíamos optado por vender nuestras joyas y parte de nuestros muebles, siempre nos quedábamos cortos de existencias.

Aunque yo no actuaba para los alemanes, sí que hice espectáculos en el Alcazar en Marsella y en otras ciudades de la zona no ocupada. Hice lo posible por mantener mi coartada de estrella extravagante de gustos caros, mientras bebía sucedáneo de café y comía carne de soja siempre que me encontraba a solas para poder ahorrar dinero para la red. Pero por muy duro que trabajara, nunca era suficiente. Hacia noviembre quedó claro que el mayor inconveniente para el éxito de nuestra misión, aparte de los propios alemanes, era la falta de dinero.

A finales de noviembre actué en un teatro de variedades de Lyon. Una noche, después del espectáculo, me puse el abrigo y las botas para salir al frío helador del invierno, me dirigí hacia la puerta de artistas y me sorprendió ver a alguien de pie junto a la escalera. Las luces de las farolas estaban apagadas, pero bajo el azulado brillo del cartel que había sobre la puerta pude ver la silueta de un hombre alto apoyado contra la balaustrada. Estaba exhalando espectrales nubes de vaho. Sentí un cosquilleo en la piel. Lo conocía por su altura y su forma, pero no recordaba de dónde. La puerta de artistas hizo un ruido sordo al cerrarse cuando yo salí y el hombre se volvió. Era André.

—Hola, Simone —me saludó, con la luz brillándole en sus ojos negros—. He visto el espectáculo. Has estado maravillosa.

Me sentí tan sorprendida de verle que hice lo posible por mantener la compostura y murmuré un «gracias», como si estuviera hablando con cualquier admirador en la calle y no con el hombre al que había amado durante años. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿No se suponía que se encontraba en Suiza?

—¿Puedo invitarte a cenar? —me preguntó—. Esta noche estoy solo y sería agradable tener a alguien con quien hablar.

Cuando mencionó la comida, sentí un retortijón en el estómago. Me había estado alimentando a base de fastuosos almuerzos en los mejores *bouchons* de Lyon para guardar las apariencias de estrella y me había saltado el resto de las comidas para ahorrar el dinero. Pero era difícil hacer un espectáculo todas las noches y dormir en

una habitación de hotel sin calefacción con tan poca comida en el cuerpo. Quizá resultaba inadecuado que aceptara la invitación de un hombre casado y padre de dos niñas, pero estaba tan sola y cansada del trabajo que dejé al margen toda precaución y asentí.

André hizo una señal hacia un automóvil aparcado en la esquina. Era un Citroën conducido por un chófer uniformado. El único francés que podía disfrutar de un privilegio así era aquel que estaba a sueldo de los alemanes. «Dios mío —pensé, sintiendo un vacío en la mente—, André es un traidor».

—Es extraño que nos hayamos encontrado así después de todos estos años —comentó André, ayudándome a salir del coche cuando el chófer lo detuvo delante de un bistró.

Dentro, el restaurante estaba lleno de oficiales franceses y tipos de aspecto sórdido ataviados con trajes llamativos. La comida del menú provenía del mercado negro: alcachofas, salchichas de cerdo curado y *quenelles* de lucio. Aquella era comida que la mayoría de los franceses no habían podido catar desde hacía meses.

Observé a André mientras le pedía nuestra cena al camarero, tratando de encontrar en el distinguido caballero sentado ante mí al hombre con el que había compartido mi vida durante tantos años. Su rostro seguía siendo bello, como siempre, pero tenía algunos mechones canosos en las sienes. Recordé el dolor que sentí en el corazón aquella última noche en la casa de Neuilly y me di cuenta de que todavía conservaba parte de aquel sentimiento.

—Creo que es la primera vez que actúas en Lyon —comentó André, volviéndose hacia mí.

Charlamos de unas cosas y otras, excepto sobre la guerra y sobre nuestras respectivas vidas privadas. André y yo éramos dos espíritus que se movían en un mundo de tinieblas. La Francia reluciente que habíamos compartido en su momento había desaparecido; el amor que habíamos sentido el uno por el otro seguía siendo un tema demasiado doloroso de abordar.

—¿Todavía sigues teniendo a *Kira*? —me preguntó André mientras el camarero rellenaba nuestras copas de vino.

Me eché a reír y le conté que *Kira* estaba bien, y la conversación entre nosotros empezó a resultar más fácil. La calidez del ambiente del restaurante me descongeló los huesos y el vino de Borgoña comenzó a inundarme la cabeza. Aparté la copa de vino, recordándome a mí misma que debía tener cuidado. En otra época, había mantenido una relación íntima con André, pero aquel había sido otro momento y otro lugar. Ya nadie conocía a nadie: los padres no conocían a sus hijos; los maridos no conocían a sus esposas. Una palabra en falso a André y podía poner en peligro toda la red.

—¿Así que tus fábricas en Lyon todavía están en activo? —le pregunté—. Con el racionamiento, no pensé que pudiera subsistir el mercado.

—Exporto para los alemanes —me respondió André—. Fabrico uniformes para

su ejército.

Su franqueza me sorprendió. Me resultó imposible mantenerle la mirada. ¿Cómo podía tener tan poca vergüenza? El André que yo conocía no habría hecho una cosa así. Volví a mirarle y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es el único modo que tengo de ayudar a Francia —me dijo. Parecía estar dándole vueltas a algo en la cabeza. Me di cuenta con cierta sorpresa de que estaba dudando de si podía confiar en mí. Debió de decidir que sí, porque bajó la voz y me explicó—: Tras el armisticio, no parecía que hubiera nada que un hombre pudiera hacer para borrar la vergüenza de Francia. Al menos, de esta manera, puedo mantener a mis empleados en sus cargos y evitar que los envíen a campos de trabajo. Los hombres que trabajan para mí tienen familias que alimentar. Las mujeres tienen maridos en campos de prisioneros de guerra e hijos hambrientos en casa. Es lo único que puedo hacer para ayudarles.

El temblor de su voz me llegó al corazón. Una sensación de alivio recorrió mi interior. Era como si fuéramos el André y la Simone de antaño en nuestros días de inocencia, en aquella época en la que nunca dudé de que pudiera confiar en él. Quería rodearle entre mis brazos. No, André no había cambiado. El resto del mundo se había vuelto loco, pero André era el mismo. Los comensales de la mesa contigua dejaron escapar una risotada. Tenían los rostros ruborizados y los ojos vidriosos por la bebida.

Me incliné sobre la mesa.

—André —le susurré—, cógeme de la mano como si estuviéramos manteniendo una conversación íntima. Hay algo que necesito contarte.

Pareció sorprendido, pero hizo lo que le pedía, corriendo su silla para sentarse más cerca de mí. Si le revelaba mi secreto, podría estar condenándome a muerte a mí misma y al resto de los integrantes de la red. Pero sin dinero, no podríamos seguir adelante. Tenía que correr el riesgo. Además, cuando André me cogió de la mano, sentí la misma comodidad y fuerza que había experimentado junto a él hacía años.

—Hay algo que puedes hacer para ayudar —le confié—. Yo no creo que la guerra esté perdida para Francia, que nos hayan derrotado. ¿Has oído hablar de De Gaulle?

André se revolvió en su asiento. Estudió mi rostro y, cuando lo hizo, el brillo volvió a sus ojos.

—Simone —susurró—, ¿te has unido a la Resistencia? —Sí.

—Es muy peligroso. Te ejecutarán si te descubren.

—Así es.

Había dado el salto y no tenía otra opción que continuar. Le expliqué el trabajo que estaba haciendo y el problema que teníamos de dinero. Se mantuvo inmóvil durante tanto tiempo que a lo largo de unos escalofriantes segundos me pregunté si me habría equivocado al confiar en él. En parte, había esperado sentir el cañón de la pistola de un hombre de la Gestapo apretándose contra mi cuello. Entonces, André despertó de su ensoñación y me miró a los ojos.

—No solo os ayudaré con dinero, sino que también puedo proporcionaros ropa —

me dijo—. Y si tu contacto piensa que puede darle cualquier otro uso a mis fábricas para esconder a los fugitivos, dile que venga a verme.

André pagó la cuenta. Fuera, le dijo a su chófer que me iba a acompañar caminando hasta mi hotel.

—Debemos tener mucho cuidado a partir de ahora, Simone —me advirtió mientras doblábamos la esquina—. Estoy vigilado. No solo por los franceses y los alemanes, sino también por mi hermana.

—¿Qué quieres decir?

—Guillemette está en París —me respondió, apartando la vista—, celebrando fiestas para el alto mando alemán. La mayor parte de la alta sociedad parisina hace ese tipo de cosas. Algunas de las mujeres incluso se están acostando con ellos, siempre que eso signifique para ellas que puedan continuar bebiendo champán y comiendo *foie gras*. Mi esposa y yo nos hemos desvinculado de nuestras familias y nos hemos mudado aquí.

La mención de su esposa supuso un súbito recordatorio de por qué André y yo no podíamos estar juntos. Me acordé de la princesa en el funeral del conde Harry. Entonces ya había percibido que era una mujer excepcional. El hecho de que alguien que gozaba de tantos privilegios sociales fuera capaz de darle la espalda a la alta sociedad parisina hizo que la admirara incluso más. Cogí las manos de André y se las apreté.

—Gracias —le dije—. Lo que te has ofrecido a hacer ayudará a la Resistencia enormemente. Cada vez que envíes otro lote de uniformes a Alemania, sabrás que los beneficios están ayudando a Francia.

Me contempló fijamente. Durante un momento pensé que se iba a inclinar y me iba a besar en los labios. El rostro de Roger se me apareció en la mente y retrocedí un paso. Pero André no avanzó hacia mí. En su lugar, miró por encima de su hombro y dijo:

—No me lo agradezcas, Simone. Soy yo el que se siente agradecido contigo.

Le observé mientras caminaba calle abajo y desaparecía en la oscuridad de la noche.

El invierno de 1940 fue el más frío de los que yo recordaba desde hacía años. Los alemanes no estaban dispuestos a utilizar su transporte para traer carbón a París, así que nuestros apartamentos se quedaron sin calefacción, aunque los braseros de carbón de los establecimientos que ellos frecuentaban siempre estaban encendidos. *Madame* Ibert y yo hicimos lo posible para que los hombres que escondíamos mantuvieran el calor. André nos proporcionó mantas y sobretodos, y nosotras les tejimos calcetines y guantes con el algodón crudo que caía en nuestras manos. Sin embargo, la comida seguía siendo un problema. Incluso en el mercado negro estaba empezando a escasear. *Madame* Ibert y yo tratamos de cocinar sopas, pero había días en los que lo mejor que podíamos hacer era caldo aguado de pollo. Me alegré de no tener a los perros conmigo. *Kira* se comía media lata de sardinas al día y se pasaba el resto del tiempo hecha un ovillo en el interior de una sombrerera a rayas dentro de mi armario; esa era su versión de la hibernación. Los demás solíamos irnos a dormir inmediatamente después de la cena. Era la única manera que teníamos de conservar el calor.

—Nos va mejor que a mucha otra gente —afirmó *madame* Goux, entrando de la calle en un frío día, con cuatro zanahorias mustias dentro de su bolsa de ganchillo—. La gente está quemando sus muebles y forrándose la ropa con periódicos.

—Todavía no hace tanto frío como en Escocia —comentó uno de los hombres que estaba a nuestro cuidado.

Me eché a reír, contenta de que al menos mantuviera su sentido del humor. Con las tensiones bélicas, las condiciones de hacinamiento, el frío y el hambre, corríamos el riesgo de que la gente comenzara a perder los estribos.

En una ocasión, Roger regresó del sur con una peligrosa misión entre manos. El capitán de un barco había accedido a ocultar a una veintena de personas a bordo de su navío, que se dirigía a Portugal. Teníamos alojados exactamente a veinte hombres en aquel momento y el único modo de llegar a tiempo antes de que el barco zarpara era llevarlos al sur a todos juntos. Era suficientemente arriesgado transportar a tantos hombres, ninguno de los cuales hablaba francés, con *Madame* Ibert, Roger y yo como únicos acompañantes, pero a aquel peligro había que añadirle la razón por la que se nos habían acumulado tantos refugiados bajo un mismo techo. Cuatro pisos francos habían sido desmantelados por agentes dobles y a los miembros de la Resistencia les habían torturado clavándoles espinas en las manos antes de fusilarlos. Tras una semana viviendo bajo aquellas tensas condiciones, tuvimos que abortar nuestro intento de llevarlos a todos al sur en un solo grupo cuando llegamos a la estación y descubrimos que habían colgado las fotografías de algunos de ellos en los tablones de anuncios con recompensas por su captura. El barco tendría que partir sin ellos.

Tener que regresar a un apartamento abarrotado y esperar hasta que pudiéramos conseguirles nuevos papeles y cambiar su aspecto con la ayuda de una de las ayudantes de vestuario del Adriana fue demasiado para algunos de ellos. Comenzaron a pelearse por cosas insignificantes como que alguien roncara o que pasara demasiado tiempo en el baño. Dos hombres se enzarzaron en una pelea por un juego de cartas. Algunos comenzaron a cuestionar el liderazgo de Roger.

—Si pierdo su confianza y su respeto, Simone, casi podemos entregarnos directamente a los alemanes —me dijo.

Roger, por lo que descubrí, era el tipo de persona que pensaba a lo grande. «Imposible» no era una palabra con la que se sintiera fácilmente identificado. Así, era bastante poco habitual verle tan abatido. Se estaba enfrentando a una tarea ingente. Yo ya había percibido signos de agotamiento entre los hombres incluso antes de que nos dispusiéramos a viajar al sur. Sus posturas los delataban: se encorvaban hacia delante, mirando fijamente el suelo, con los brazos cruzados al pecho como si estuvieran tratando de evitar que el corazón les estallara. Pensé en las historias que mi padre me había contado sobre hombres en las trincheras que padecían neurosis a causa de la guerra: temblando y sollozando, se lanzaban directamente contra el fuego enemigo.

La certeza de la muerte era preferible a estar esperándola constantemente.

—Es el cansancio que produce la guerra —le respondí—. Por mucho que les hayan entrenado para ser soldados, no significa que no lo sientan.

Roger asintió.

—Percibo que están listos para rendirse —me confesó.

Nos sumimos en un silencio que duró unos instantes, ambos contemplando la situación. Pensé en André. Yo había tratado de ser fuerte cuando nuestra relación se desmoronó, pero al final todo se me vino encima.

—La gente no puede vivir bajo presión a todas horas; algo se rompe inevitablemente —comenté.

—Tú y yo tenemos que andarnos con cuidado, porque soportamos la presión demasiado bien.

Comprendí a qué se refería Roger. El subidón de adrenalina que sentíamos cuando superábamos los controles alemanes era útil para mantenernos alerta al peligro. Pero lo habíamos hecho ya tantas veces que existía la posibilidad de que nos fuéramos insensibilizando y comenzáramos a cometer errores tontos.

—¿Crees que es lo que nos está pasando ahora? —le pregunté—. ¿Crees que nos estamos arriesgando demasiado tratando de llevar a todos esos hombres al sur?

Roger negó con la cabeza. Parecía sinceramente confundido.

—No lo sé, Simone. Estoy empezando a dudar de mí mismo.

Me apoyé contra la pared y me fijé en *Kira*, sentada en el umbral de la puerta, lamiéndose las patas. Por alguna razón, me recordó al globo con forma de gato que me regalaron como inocentada para desearme buena suerte en el Ziegfeld Theatre y

tranquilizarme antes de la actuación. De repente, se me despertó la artista que llevaba dentro.

—Tengo una idea —le dije a Roger—. Ayúdame a llevar arriba mi gramófono.

Roger transportó el gramófono al apartamento de *monsieur* Nitelet, donde se alojaban los hombres, y yo le seguí con un montón de discos entre los brazos. Después de dejar el gramófono sobre una silla, Roger puso un disco de tangos y yo invité a los hombres que sabían bailarlo a acompañarme por turnos. Al principio me resultó difícil convencerlos, pero después de engatusarlos, descubrí a dos bailarines de tango realmente buenos entre el grupo de hombres. Uno de ellos ejecutaba unos movimientos y unos giros tan exuberantes que logró atraer el interés de todo el mundo. Repartí a los hombres en grupos y les di una clase antes de pedirles que se pusieran por parejas.

—No somos maricas —objetó un neozelandés.

—El tango argentino se bailaba originalmente entre hombres —le respondí—, en los días en los que se importaba mano de obra y había falta de mujeres.

A pesar de sus protestas iniciales, los hombres pronto se animaron y comenzaron a bailar entre sí. Tanto los que se dedicaban a sobreactuar como los que estaban tratando de dominar el baile con la misma seriedad que aplicaban a su instrucción militar, quedó claro que se estaban divirtiendo mucho. El neozelandés se emparejó con un australiano, levantando la nariz en el aire y contoneando las caderas.

—Esto no tendría que resultarte extraño, camarada —se burló de él el australiano—. Debes de estar más que acostumbrado a hacer esto mismo con las ovejas.

Sus carcajadas me hicieron reír a mí también y me percaté de que hacía meses que no me había reído con tanta facilidad.

—¿Me permites? —me preguntó Roger, tendiéndome la mano.

—Por supuesto —le respondí, ruborizándome como una adolescente.

Roger era uno de los hombres más seguros de sí mismos que había conocido jamás, aunque siempre se mostraba reservado ante mí. Pensé que sería demasiado tímido como para sujetarme, pero cuando me sostuvo entre sus brazos, lo hizo de un modo tan apasionado que se me aceleró el pulso. Era un bailarín excelente y me llevaba con mucha seguridad. Y lo que resultaba más sorprendente: comenzó a cantar en español junto con el cantante del disco en un tono maravillosamente melodioso.

Lo verás en el fuego
todo lo que es mentira
y todo lo que es verdad.
Bailemos un tango
para que cuando me marche
pueda verte en mis sueños

Rivarola me había enseñado que al bailar un tango tenía que imaginarme a mí misma como si fuera un elegante gato: hermoso, orgulloso y grácil. Nunca me había sentido

de ese modo con él. Pero así era como me sentía entre los brazos de Roger.

—Tú no eres una mujer normal, ¿verdad que no, Simone Fleurier? —me susurró Roger al oído—. No solo eres valiente y hermosa, sino que también eres inteligente. Las cosas no iban nada bien, pero tú has conseguido subirle la moral a todo el mundo.

El ambiente de la habitación había cambiado perceptiblemente. Los hombres sonreían y se daban palmadas en la espalda. Percibí que sus ánimos renovados y su camaradería les harían superar sin incidentes el peligroso viaje que tenían ante así.

—Quería que tuvieran un buen recuerdo de París —le dije.

Roger me levantó la barbilla con la punta de los dedos para que le mirara directamente a los ojos.

—Tú eres mi recuerdo más preciado de París.

Un hormigueo cálido me recorrió los brazos y un cosquilleo agradable me bajó por la columna. Pero no fui capaz de mantenerle la mirada a Roger y la aparté.

—¡Vamos! —exclamó el soldado australiano, dándole un toque a Roger en la espalda—. *Mademoiselle* Fleurier es la que ha empezado todo esto, así que al menos quiero una oportunidad para bailar un tango con la moza.

Roger sonrió y nos separamos de mala gana. Aunque todos y cada uno de los momentos que pasábamos juntos eran preciosos, no podía negarme a bailar con un soldado, especialmente cuando existía la posibilidad de que lo mataran al día siguiente.

—Cuando termine la guerra, daré un concierto especial para todos los hombres que se encuentran hoy aquí —le aseguré al australiano.

—Entonces será mejor que procure que no me vuelen la cabeza —me contestó sonriendo francamente, llevándome por la habitación con el ímpetu de un hombre que estuviera tratando de abrir una puerta a la fuerza.

Cuando todos hubieron entrado en calor y se sintieron agotados, Roger y yo clausuramos la velada. Les di un beso a cada uno y les deseé suerte antes de volver a mi frío apartamento de la planta de abajo. Pero aunque mis sábanas parecían de hielo cuando me deslicé entre ellas, noté un calor en mi interior. Cerré los ojos e hice lo posible por no pensar en Roger. Estábamos en guerra. No era momento de enamorarse. Y, aun así, en mitad de los terribles acontecimientos y en la más improbable de las circunstancias, no podía negar que se me había encendido de nuevo una luz que llevaba mucho tiempo extinguida en mi corazón.

Durante las semanas siguientes, conseguimos con éxito que los veinte hombres cruzaran la línea de demarcación y comenzamos a recibir menos soldados en el apartamento y más agentes enviados por Gran Bretaña para informar sobre los movimientos de las tropas enemigas y las instalaciones militares. También acogimos operadores de radio y mis viajes al sur de Francia comenzaron a consistir en esconder un transmisor de radio o unos cascos dentro de mi equipaje.

Una tarde iba caminando por la Rue Royale tras una cita para recoger unos papeles falsos para tres hombres que *madame* Ibert acompañaría al sur al día

siguiente. El aire me cortaba las mejillas y el frío de los adoquines congelados penetraba por las suelas de mis zapatos. Ya no había cuero, e incluso el calzado de más categoría tenía suelas de madera que resonaban con estrépito sobre las calles como si fueran cascos de caballo. El frío me provocaba dolor de estómago y me ponía los nervios de punta. Si el invierno estaba resultando una dura prueba para mí, que era una mujer con dinero que vivía en un apartamento con cortinas, alfombras y moqueta, ¿qué podía suponer para una familia pobre? ¿Y para los niños recién nacidos? Me imaginé la prisión de Fresnes. Ahora estaba vacía de criminales —los alemanes tenían empleados a todos los matones—, pero existía el rumor de que se oían gritos de ayuda y alaridos de agonía que resonaban en medio de la noche provenientes de sus celdas. Los prisioneros eran miembros de la Resistencia que habían sido capturados. Algunos de ellos no eran más que jóvenes estudiantes.

Alguien pronunció mi nombre. Me di la vuelta para ver a una mujer rubia de pie junto a la puerta de Maxim's que me estaba saludando con la mano. Llevaba un vestido azul ceñido a la cintura y una estola de piel. Tardé un instante en reconocerla. Camille Casal.

—Pensé que eras tú —me dijo—. Pasa.

Llevaba el pelo rizado y la cara maquillada con polvos compactos blancos y barra de labios color violeta oscuro. Yo tenía el cerebro tan congelado por el frío que no lograba pensar correctamente, por lo que entré en el establecimiento tal y como ella me había dicho. Maxim's ya no era el opulento lugar de reunión de artistas y actores. Era la guarida hedonista del alto mando alemán y sus colaboracionistas franceses.

—¡Estás tan delgada! —observó Camille, contemplándome de pies a cabeza.

Apenas la escuché. La calidez y el olor a coñac eran embriagadores. Un delicioso aroma a mantequilla fundida y a pato asado flotaba en el ambiente.

—Justo íbamos a comer —anunció Camille, empujándome hacia el salón comedor—. Tienes que unirte a nosotros.

Me encontré de pie en la estancia que antiguamente había conocido tan bien. Contemplé su techo de vidriera y los murales estilo art nouveau. Aquel había sido un lugar en el que las cortesanas entretenían a sus príncipes, pero ahora estaba lleno de otro tipo de prostitutas. Reconocí a una serie de personas del antiguo círculo de André, incluidas las hijas de varias familias de las altas esferas.

Una mesa de alemanes vestidos de uniforme se puso en pie cuando entramos. Se propinaron varios codazos y sonrieron cuando Camille me presentó. Solo había cinco de ellos, pero la mesa estaba repleta de suficientes fuentes de sopa y *foie gras*, platos de caviar y verduras en salsa de mantequilla como para alimentar a un regimiento. La mayoría de los oficiales eran jóvenes y de mejillas rosadas, pero el hombre que se levantó en la cabecera de la mesa y se inclinó para besarme la mano era un cincuentón con el pelo negro cubierto de canas grises.

—Coronel Von Loringhoven —dijo Camille, deslizándose a su lado y entrelazando el brazo con el de él.

Mi mirada recayó sobre la insignia de las SS del cuello de su casaca. Apreté con fuerza mi bolso, que contenía los papeles falsos, contra el costado. Las SS eran la fuerza de combate de élite de Hitler. Roger me había contado que habían fusilado a los prisioneros de guerra aliados en Dunkerque, ignorando todas las convenciones seguidas por el ejército alemán normal. Los refugiados del norte aseguraban que las SS habían quemado iglesias y destruido crucifijos a su paso por los pueblos, alegando que Jesucristo era el hijo de una puta judía y que ellos iban a proporcionarle a Francia una nueva religión. ¿Von Loringhoven era coronel? Entonces era uno de los hombres que había dado aquellas órdenes.

—Es muy apuesto, ¿verdad? —me susurró Camille al oído—. Me ha guardado una habitación en el Ritz cuando estaban echando a todos los demás a patadas.

Paseé la mirada entre el coronel Von Loringhoven y Camille, y recordé la conversación que habíamos mantenido en el café durante la «guerra falsa». ¿Realmente estaba tan ciega? Este no era otro play-boy u otro sibarita más. Ni siquiera era un soldado alemán ordinario; aquel era el diablo en persona. ¿Verdaderamente la habitación del Ritz valía su alma? La única excusa que podía proporcionarle era que quizá lo hacía por cuidar de su hija. Me hubiera gustado llevar a un aparte a Camille y ponerla sobre aviso, pero tenía agentes aliados a mi cuidado y debía pensar en salvaguardarlos a ellos primero.

Me volví al coronel Von Loringhoven y le dediqué la sonrisa más encantadora que pude fingir.

—Ha sido un placer conocerle, pero debo marcharme.

Me devolvió la sonrisa, mostrando una fila de dienteillos afilados como los de un lagarto. Cuando me volví y caminé hacia el vestíbulo, sentí sus ojos penetrantes clavándose en mi espalda. Tuve la escalofriante sensación de que no le había engañado en absoluto.

En junio, escuchamos por la radio de la BBC que Alemania había invadido la Unión Soviética. La operadora de radio que estaba con nosotros esa semana celebró la noticia. Era una inglesa bilingüe que había vivido de pequeña en París y había sido enviada por el Ejecutivo de Operaciones Especiales para transmitir información de inteligencia a Inglaterra. Le pregunté por qué el ataque de Alemania a Rusia era tan buena noticia. ¿No significaba otro país más bajo el yugo alemán?

—¡Ah! —exclamó, con los ojos brillantes—. Usted es francesa, pero lo ha olvidado. Napoleón atacó aquellos parajes inhóspitos y a esas apasionadas gentes y fue su perdición.

Me animé por sus palabras, pero los siguientes informes que recibimos me hicieron sentirme avergonzada de haberme alegrado. En el mal equipado ejército ruso no solo luchaban hasta el último hombre y la última mujer, sino que también estaban dando su vida los civiles rusos. ¿Por qué se había rendido Francia tan fácilmente?

En diciembre, de nuevo congelados en nuestros apartamentos sin calefacción, nos enteramos de que los japoneses habían bombardeado Pearl Harbor y que los Estados

Unidos habían entrado en la guerra. «Por fin —pensé—. Por fin».

—Seguramente, con la ayuda de los estadounidenses, ahora podremos ganar la guerra —afirmó *madame* Goux.

Sin embargo, cualquier esperanza que pudiéramos haber albergado de que llegara rápidamente el final se vino abajo en el verano de 1942. Los alemanes estaban a punto de tomar Stalingrado y, con él, el Cáucaso y sus campos petrolíferos. También tenían presencia en África: Alejandría y El Cairo estaban prácticamente en sus manos. A pesar de la confianza de la operadora de radio de que la exagerada expansión de los alemanes les haría perder fuerza y derrumbarse, ya tenían bajo el punto de mira Irán, Irak y la India. ¿Quién se habría imaginado que una sola nación europea podría expandirse tan rápidamente, como una mancha oscura por el mapamundi? Quizá acabarían extendiendo sus redes también sobre Estados Unidos.

Si había tenido un fuerte presentimiento de estar ante el mal durante mi encuentro con el coronel Von Loringhoven, París y el resto de Francia pronto experimentarían lo mismo que yo. Incluso algunos de los colaboracionistas más interesados comenzaron a preguntarse qué tipo de fuerza malévola habían invitado a introducirse en su país. En julio, los nazis prohibieron que los judíos entraran en los cines, los teatros, los restaurantes, los cafés, los museos y las bibliotecas, e incluso les impidieron que utilizaran las cabinas de los teléfonos públicos. Solo podían viajar en los dos últimos vagones de los trenes del *métro* y tenían que hacer cola para recibir sus raciones a horas intempestivas. Para identificarlos, les obligaron a colocarse la estrella de David amarilla en los abrigos con la palabra «judío» escrita en el centro.

De camino a una cita en Montmartre, me encontré con *madame* Baquet, que me había proporcionado mi primer trabajo en el Café des Singes. Llevaba un narciso amarillo adornándole el cabello y una bufanda amarilla al cuello. Su acompañante masculino, al que me presentó como el nuevo número de su club, llevaba una estrella en la chaqueta en la que ponía «músico» bordado en el centro.

—He visto montones de estrellas interesantes en Montmartre esta mañana —me contó *madame* Baquet—. Budistas..., hindúes... ¡Seres humanos!

Los abracé a ambos antes de continuar mi camino. Esa era la Francia en la que quería creer: irreverente, igualitaria, humana.

No obstante, el alto mando alemán no le veía la gracia a aquella protesta pacífica. Un hombre se paseó Campos Elíseos abajo luciendo sus medallas de guerra junto a la estrella y recibió una paliza de un grupo de soldados de las SS, que luego le pegaron un tiro en la cabeza. La vergüenza de lo que les estaban haciendo a sus amigos y vecinos se extendió como la pólvora entre los habitantes de la ciudad igual que la sangre del hombre se derramó por la acera. Que el asesinato de un veterano de guerra francés se realizara tan abiertamente y a sangre fría no pasó desapercibido para los parisinos.

Unos días más tarde, recibí instrucciones de Roger de cruzar la línea de demarcación y acudir a la finca de mi familia, acompañada solamente por *Kira*.

Había despertado sospechas y parecía probable que pronto tendría que mudarme al sur de manera permanente. Aunque me había registrado en la Propagandastaffel, se estaban preguntando por qué no actuaba en París. Maurice Chevalier, Mistinguett, Tino Rossi y los demás proseguían con sus espectáculos, por lo que parecía que me estaba quedando sin excusas. Aparte de todos los demás problemas, ya no podíamos recibir más operadores de radio en nuestro edificio. En dos ocasiones, las camionetas de rastreo alemanas habían captado una señal en la zona. En una de ellas, nos habían hecho un registro. *Madame* Goux escondió el receptor introduciéndolo en la jaula gatera y colocando a *Kira* delante. El operador de radio y yo nos arrancamos la ropa y nos metimos desnudos en la bañera. Fingimos tal indignación cuando los alemanes irrumpieron en el baño que los soldados, mostrando sonrojo, se retiraron rápidamente sin darse cuenta de que no había agua en la bañera.

—¡Caramba! —exclamó después el operador, echándose a reír, cuando nos estábamos poniendo la ropa—. Aquí estoy, desnudo junto a Simone Fleurier. Ninguno de mis compañeros me creerá cuando lo cuente.

Llegué de vuelta a Pays de Sault cuando la lavanda silvestre estaba floreciendo junto al sendero y entre las grietas de las rocas. Inundaba el aire con su aroma dulce y vivificante. El camino estaba polvoriento y la jaula de *Kira* me pesaba mucho bajo el brazo. Me paré a descansar varias veces, sentándome sobre mi pequeña maleta y secándome el sudor del cuello con un pañuelo. A dos kilómetros de la finca me di cuenta de que no lograría llegar si tenía que transportar a *Kira* durante el resto del camino.

—Vas a tener que caminar, amiga mía —le dije, sacándola de la jaula y dejando esta detrás de una piedra.

Suponía que se iba a sentar sobre sus cuartos traseros y que se negaría a moverse. Sin embargo, lo único que hizo fue maullar y ponerse a corretear junto a mí.

—Si llego a saber que serías tan cooperadora —le dije—, me habría deshecho de la jaula hace rato.

Estábamos pasando junto a la antigua finca de los Rucart cuando escuché un vehículo traqueteando detrás de nosotras. Me volví a ver a Minot saludándome con la mano desde el asiento del conductor del Peugeot.

—*Bonjour!* —me saludó sonriendo y empujando la portezuela para abrirla y que yo pudiera entrar en el vehículo.

Puse a *Kira* en el asiento y eché la maleta en la parte trasera. Minot llevaba unos pantalones de algodón crudo y una camisa de cuadros en la que se le marcaban unas oscuras manchas de sudor bajo las axilas. Era difícil de creer que aquel hubiera sido en el pasado el engolado director artístico del *Adriana*. Pero yo misma, embutida en un vestido mugriento y unos zapatos rayados, tampoco me parecía precisamente a la chica que anunciaba el jabón *Le Chat*.

—¿Está Roger en la finca? —pregunté.

No lo había visto durante meses, pues había estado ocupado sacando a la gente a

través de los Pirineos. En secreto, albergaba el deseo de que al mudarme al sur podría verlo con más frecuencia.

Minot negó con la cabeza.

—Viene mañana con dos agentes a los que va a llevar con los maquis.

Los maquis eran agricultores que se habían echado al monte para luchar contra los gendarmes de Vichy y los alemanes. Realizaban actos de sabotaje y atacaban puestos estratégicos. Estaban recibiendo armas tanto de De Gaulle como de Churchill —que parecían haber tenido algún tipo de desavenencia entre sí— mediante lanzamientos aéreos nocturnos. El número de maquis se había incrementado enormemente durante el mes anterior, cuando los alemanes trataron de obligar a los franceses a ir a Alemania a trabajar en las fábricas de munición y en las granjas. Decenas de miles de hombres jóvenes habían escapado al monte para unirse a aquellos que deseaban luchar.

—Estoy preocupada por usted y su madre —le confesé. Le conté a Minot lo que estaba sucediendo en París—. El gobierno de Vichy es aún más antisemita que los alemanes. Quizá vaya siendo hora de que ustedes dos abandonen el país.

Negó con la cabeza.

—No puedo dejar a mi madre. Es demasiado mayor siquiera para subirse en un barco. Si esta horrible situación empeora, tendremos que ocultarla. Yo me echaré al monte a luchar con los demás.

Pensé en lo que Minot y yo habíamos sido y en cómo estábamos ahora. Hubo una época en la que había creído que ser una estrella y conseguir riqueza lo era todo. Pero ya no pensaba así.

—Estoy orgullosa de usted —le dije.

—Debería estarlo de su aldea —me respondió—. Sospechan que mi madre y yo somos judíos, pero ninguno de ellos nos ha denunciado. Ni siquiera el alcalde.

Cuando llegué a la casa, los perros estaban durmiendo en el jardín. Mi madre y mi tía estaban poniendo la mesa para el almuerzo. Me fijé en las ramitas de ciprés y en las cabezas de ajo colgadas en el dintel de la puerta: eran un amuleto provenzal protector. Bernard estaba sentado a la mesa, charlando con *madame* Meyer. Abracé a mi madre y a mi tía. Ambas estaban mucho más delgadas que la última vez que las había visto, aunque en el campo parecía haber suficiente comida para todos. Me percaté de que había cinco platos extras sobre la mesa.

—Pensaba que Roger y los otros no llegaban hasta mañana —comenté.

Bernard adquirió una expresión grave. Cogió la escoba que estaba junto al horno y dio tres golpes en el techo. Instantáneamente, escuché el sonido de pisadas correteando. Creía que ya habían llevado al anterior grupo de soldados a Marsella para que esperaran en la casa de tía Augustine. Entonces me di cuenta de que aquellas pisadas eran demasiado ligeras.

Los niños se quedaron parados en la puerta cuando me vieron: dos niñas pelirrojas de entre siete y nueve años, y tres niños de aproximadamente las mismas

edades. Me sorprendió la combinación de sus caras inocentes y el terror pintado en sus ojos.

—Los encontramos cuando estábamos instalando a los hombres en Marsella — explicó Bernard.

—Se han llevado a sus padres —susurró tía Yvette—. La vecina de la casa de al lado de la de tía Augustine los tenía escondidos.

—Venid a la mesa —les dijo mi madre a los niños, alargando el brazo—. Esta es Simone.

Los niños se acercaron lentamente, mi madre me dijo sus nombres: Micheline, Lucie, Richard, Claude y Jean. Sus ojos eran como globos en mitad de sus caritas. Me apenaba ver a aquellos niños traumatizados por la desconfianza. Llamé a *Kira* y la cogí en brazos para que pudieran acariciarla.

—¿Cómo se llama? —preguntó Claude, el más pequeño.

—*Kira* —le respondí—. Es rusa.

—Se parece a *Chérie* —me dijo Lucie—. *Chérie* duerme en mi cama.

Los niños acariciaron a *Kira* y le rascaron el morro, pero les temblaban tanto las manos que me pregunté si podrían sentir algo en absoluto. Es decir, cualquier cosa excepto la fría y aguda sensación del miedo.

Después del almuerzo, los niños regresaron arriba a jugar. Pensé que era extraño que no lo pudieran hacer en la calle. La finca estaba a kilómetros de cualquier otro lugar.

—Las actividades de los maquis suponen que los gendarmes vengán regularmente a comprobar que la gente de la aldea y de las fincas no está escondiendo alijos de armas o a hombres heridos —me explicó Bernard—. Me quedaría con los niños aquí, pero no estoy seguro de cuánto tiempo estarán a salvo. Espero que Roger pueda ofrecernos una solución.

Roger llegó la tarde siguiente con un instructor de armas y una operadora de radio que no parecían tener más de veinte años. Habían saltado en paracaídas sobre Francia la noche anterior. Después de cenar, enviamos al instructor y a la operadora a sus habitaciones para que disfrutaran de una buena noche de descanso en una cama, y Roger y yo salimos a dar un paseo. Estaba tan atractivo como la última vez que lo había visto en París, pero tenía sombras bajo los ojos y las líneas de su frente eran más profundas.

—Necesitas descansar —le dije.

—Y tú también —respondió, cogiéndome una muñeca y examinándola—. Mira qué delgada estás.

Le hablé sobre los niños que Bernard había escondido en la planta de arriba de la casa.

—Lo sé —me dijo Roger, mirando al cielo iluminado por la luna—. Me habló sobre ellos en Marsella.

—¿Podemos sacarlos de aquí?

Roger se inclinó sobre el costado de la casa.

—Llevamos ya un tiempo consiguiendo que varios refugiados judíos crucen la frontera. Pero esos niños no lograrán cruzar los Pirineos con un solo guía. —Se quedó en silencio durante un momento, dándole vueltas en la cabeza al asunto—. Dentro de unos días vendrá un barco para recoger a los hombres que están en Marsella —me dijo—; será peligroso, pero es la única manera que se me ocurre de que podamos sacar a esos niños del país. —Se volvió hacia mí y su aliento me rozó la mejilla—. Yo iré con ellos, Simone. Tengo que abandonar Francia.

Se me cayó el alma a los pies. Roger se marchaba.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Un doble agente me ha descubierto y debo romper mi relación con la red para no conducirlo hasta más gente.

Una sensación de frío me agarrotó las entrañas. ¿Cómo podía ser yo tan egoísta? Si Roger había sido descubierto, entonces se encontraba en grave peligro. No tenía otra opción que marcharse. Durante un momento consideré la posibilidad de preguntarle si podía ir con él, pero yo misma descarté esa idea. Francia me necesitaba y mi familia y amigos se habían expuesto al riesgo porque yo les había persuadido. Tenía que quedarme en el país independientemente de cuáles fueran mis sentimientos personales.

—Te echaré de menos, Simone —me dijo Roger, alargando la mano y pasándomela por el cabello.

Me volví para que no pudiera ver las lágrimas que brillaban en mis mejillas.

Al amanecer de la mañana siguiente, Roger y yo llevamos a los dos agentes para que se reunieran con los maquis locales con los que tendrían que colaborar.

Cuando llegamos al campamento, las primeras personas a las que vimos fueron Jean Grimaud, el amigo de mi padre, y Jules Fournier, el cuñado del alcalde. Solo logré reconocerles por su postura y su mirada, pues a ambos les habían crecido sendas barbas lanosas y sus ropas estaban salpicadas de barro y cubiertas de agujas de pino. Aquella vida durmiendo al raso allá donde pudieran les había dado un aspecto demacrado, pero nos saludaron de buen humor y nos invitaron a compartir su comida compuesta por tortillas de champiñones. Roger y yo rehusamos la invitación; sabíamos que los maquis tenían muchas dificultades a la hora de conseguir alimentos y que sus esposas e hijas corrían muchos riesgos para llevárselos.

Mientras estaban sirviendo la comida, un joven con los ojos como lagos oscuros le entregó un mensaje a Jean proveniente de un grupo de maquis vecino. El chico me resultaba familiar, pero no recordaba de qué lo conocía. Se dio cuenta de mi expresión sorprendida y sonrió.

—¡Ah, eres tú! —me dijo, con un acento que no era francés—. Nunca he olvidado lo amable que fuiste conmigo. —Se metió la mano en la chaqueta y sacó

una bolsita de lavanda, mugrienta y estropeada por el paso de los años y el manoseo —. Ha sido mi amuleto de buena suerte durante todos estos años.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de quién era. Goya, el muchacho que había venido con su familia el primer año que habíamos cosechado lavanda. Me dijo que su nombre verdadero era Juan y charlamos brevemente sobre nuestras vidas durante los años que no nos habíamos visto.

—Mi madre siempre bromeaba con que tú no eras una chica hecha para el trabajo agrícola —me dijo—. Y mira: su predicción era cierta.

Nos quedamos con los maquis la mayor parte del día. Roger intercambió información con ellos y los agentes planearon estrategias para las distribuciones de armas y tomas de contacto con los Aliados. Observé a la operadora mientras montaba su aparato de radio. Roger me había contado que cada operador tenía un código especial para comunicarse con Gran Bretaña e indicar si alguno de los mensajes que estaban transmitiendo era falso. La operadora lo necesitaría si en algún momento se encontraba con el cañón de una pistola alemana apretado contra su cabeza.

«Probablemente también tiene un amante y una familia en su casa», pensé, contemplando la férrea determinación con la que la joven se aplicaba en su tarea. Si ella era tan decidida, yo debía serlo también.

A última hora de la tarde, Roger y yo les deseamos buena suerte a la operadora de radio y al instructor de armas, y les dijimos adiós a los maquis. Llegamos al borde de los campos de mi familia justo cuando el sol se estaba poniendo. Las plantas que cultivaban entonces eran lavandín, el híbrido comercial, pero Bernard había conservado una zona de lavanda silvestre en el campo más cercano a la casa en señal de respeto a mi padre. La suave luz titilaba sobre las florecillas de las plantas. La tristeza que sentía por la inminente partida de Roger me atravesó el corazón como una piedra afilada.

—¿Podemos sentarnos aquí un momento? —me preguntó Roger.

Asentí y nos sentamos juntos sobre una roca que todavía estaba cálida por la luz del sol. Ambos teníamos las piernas largas y las extendimos ante nosotros sobre el polvo calcáreo.

—Ese era tu nombre en código en la red —me dijo Roger—. «Lavanda silvestre».

—No sabía que tenía un nombre en código. Nunca lo he utilizado.

Sonrió.

—Bueno, así es como siempre he pensado en ti: tenaz y terca, pero también bastante dulce.

Estaba a punto de decirle que no me gustaba demasiado aquella descripción cuando posó su mano sobre mi hombro.

—Cuando esta guerra termine, Simone, ¿podré volver a por ti?

Me apretaba con la mano suavemente, pero la energía fluía de ella como si fuera una antorcha. Recordé cómo me había sostenido la noche que bailamos el tango y me acerqué más a él.

—Ni siquiera sé si Roger es tu nombre verdadero —repliqué, recorriendo su pico de viuda con la punta del dedo.

Roger deslizó su brazo alrededor de mi cintura.

—Sí que lo es —dijo—. Roger es tan inglés como francés. Pero mi apellido es Clifton, no Delpierre.

Exageró tanto al pronunciar las erres de su apellido falso que me hizo reír. Presioné mi mejilla contra la suya. El sol todavía estaba allí, en el calor de su piel. Aspiré su maravilloso olor, como el del tomillo hirviendo a fuego lento.

—Y cuando vuelva a por ti, Simone, ¿te casarás conmigo?

Se me paró un instante el corazón. ¿Aquello era un sueño o la realidad?

—¡Sí! —le respondí, sorprendida de lo rápido que había aceptado su proposición de matrimonio.

No necesitaba pensarlo. Me resultaba natural estar con Roger, como si fuéramos dos piezas de un puzle que encajaban entre sí.

Roger me pasó la mano por la espalda. Cuando me tocó, me di cuenta de lo mucho que la guerra me había estropeado el cuerpo, de lo cansada y pesada que me sentía. Pero con cada una de sus caricias mi piel parecía volver a la vida.

—¿Quién podía imaginárselo? —comentó Roger, echándose a reír—. La mayor estrella de Francia y un aburrido abogado de Tasmania. Solamente la guerra podía formar una pareja tan improbable.

Recordé cómo bailaba el tango y cantaba en español.

—Tú eres todo menos aburrido —repuse—. Además, eres un héroe. Y rezo para que esta guerra no dure para siempre.

—Bueno, tenemos que creer que ya no durará, ahora que vamos a casarnos —me dijo, besándome.

La suavidad de sus labios era divina. Besarle era como presionar la boca contra un melocotón. Podría haber perdido el sentido para siempre entre sus besos, pero me aparté un momento para preguntarle:

—¿Dónde viviremos? ¿En Londres o en París? ¿O pretendes llevarme a Tasmania?

—Podemos ir a Tasmania en nuestra luna de miel. Pero cuando regresemos quiero vivir aquí.

Me senté erguida y le miré fijamente.

—¿En la Provenza? ¿O te refieres a Francia?

—Aquí, en la finca —respondió Roger, contemplando el cielo—. Es tan hermoso que no puedo imaginar que nadie pueda querer vivir en otro lugar. Yo sería feliz cultivando lavanda con tu familia y criando a nuestros hijos aquí. Ejercer de abogado me parece algo totalmente patético después de todo lo que he visto. El derecho se basa en el orden. Y yo todo lo que he visto ha sido caos.

Yo adoraba Pays de Sault y también a mi familia, pero nunca me había imaginado volviendo a vivir allí.

—No estoy demasiado hecha para las tareas agrícolas —repliqué—. No tengo remedio.

—¿Quién ha dicho que tú tengas que dedicarte a la agricultura? —preguntó—. Tú eres artista. Si quieres ir a París o a Marsella, yo te llevaré en avión hasta allí.

Las lágrimas me escocieron en los ojos. Aquel sueño era tan hermoso que no lograba imaginarme siendo tan feliz. Tenía miedo de que, si lo hacía, me arrebataran la felicidad, como había sucedido con André.

Roger acercó sus labios a los míos y me besó de nuevo. Me apreté contra él y tiró de mí hacia el suelo calcáreo.

—No le pongas barreras a la felicidad, Simone —me dijo acariciándome la cara—. Después de que superemos todo esto, estoy seguro de que podremos con cualquier cosa.

La mano de Roger se deslizó por la abertura de mi camisa y describió una curva sobre mis pechos. Cerré los ojos, temblando de deseo.

—Tenaz, terca, pero muy, muy dulce —susurró.

Cuando llegó el amanecer, me deslicé fuera del abrazo de Roger, me puse apresuradamente la ropa y corrí atravesando el patio a casa de mi tía. Mi madre estaba en la cocina, colocando los platos para el desayuno, cuando entré bruscamente por la puerta. Ella pegó un respingo hacia atrás, tirando los cuchillos y los tenedores al suelo con gran estrépito.

—Lo siento —me disculpé.

Con la tensión de las circunstancias, no era demasiado amable sorprender a la gente. Pero mi madre no se molestó.

—Roger me ha pedido que me case con él —anuncié—. Ha prometido que volverá a buscarme cuando termine la guerra.

Mi madre sonrió pero no respondió. Mantuvo sus ojos fijos en mí.

Me acerqué a ella.

—¿Tú crees que está bien prometerle algo así a una persona en mitad de una guerra? —le pregunté—. Él tiene que volver a Londres. Puede que no volvamos a vernos nunca más.

Mi madre dejó el último plato que tenía entre las manos y me cogió las mías.

—Todavía estamos vivos, Simone. Debemos comportarnos como seres vivos. Prométele que te casarás con él. Él te ama.

La rodeé entre mis brazos y la abracé más fuerte de lo que la había abrazado en muchos años. Mi madre era menuda de estatura, pero vigorosa. Podía sentir la dureza de sus huesos moviéndose bajo los músculos. Me apartó un momento y me miró a los ojos.

—Pero ¿es eso lo que realmente te asusta? ¿La guerra? —me preguntó—. ¿O hay algo más?

Bajo su mirada escrutadora, sentí como si volviera a tener catorce años otra vez. No necesitaba decirle lo que albergaba en mi corazón.

—¿André? —preguntó, arqueando las cejas.

Asentí. Lo que había sentido cuando lo volví a ver en Lyon había perdurado en mi interior. Aunque estaba casado y con hijos, y ambos estábamos dedicados a la causa, había percibido una sensación de algo inacabado entre nosotros. ¿Podía entregarle honradamente todo mi corazón a Roger si todavía me sentía así?

La mirada de mi madre se dulcificó y me besó la coronilla.

—Os he visto a Roger y a ti juntos —me dijo—. Os habéis enamorado a prueba de fuego. Lo que hay entre vosotros es fuerte. Este hombre nunca te abandonará. Puede que se marche de momento, pero si prometes que volverá a por ti, sin duda lo hará.

—¿Y qué pasa si su familia no me aprueba?

Era poco probable que la familia de Roger perteneciera a una élite similar a la de los Blanchard, pero si su tío era amigo de Churchill, estaba claro que eran gente importante en la sociedad.

Mi madre meneó la cabeza.

—Estoy segura de que se sentirán orgullosos de saber que Roger quiere casarse con alguien tan valiente y honrado. Si tu padre pudiera ver la mujer en que te has convertido, te diría exactamente lo mismo que yo te estoy diciendo. Los dones que tienes los has heredado de él.

Los pasos de tía Yvette sonaron por las escaleras. Ambas nos volvimos para verla entrar en la cocina, atándose un pañuelo a sus cabellos de ángel. Se quedó quieta en el sitio cuando nos vio, adoptando una expresión de sorpresa.

—Roger y Simone van a casarse —le anunció mi madre—. Él volverá a buscarla después de la guerra.

El rostro de tía Yvette se relajó mostrando una amplia sonrisa.

La mañana que Roger y yo anunciamos nuestro compromiso, todos nos sentamos a tomar el desayuno más feliz que habíamos disfrutado desde hacía años. Incluso los niños a nuestro cuidado parecieron más animados que el día anterior. Mi madre apoyó la mano sobre el brazo de Roger con tanto cariño como si fuera su propio hijo. Me prometí a mí misma que la próxima vez que ella y yo estuviéramos un tiempo a solas, le iba a preguntar por mis abuelos y si era cierto que su madre era italiana. Quería estar tan orgullosa de mis antepasados como lo estaba de aquella reunión de parientes, amigos e invitados. Tía Yvette y Bernard rememoraron todas y cada una de las historias de mi infancia que se les ocurrieron, tratando de avergonzarme delante de Roger, e incluso le contaron que mi mote solía ser el Flamenco por mis largas piernas. Pero no me importó. Me contentaba con saber que, a pesar de la situación en la que estábamos inmersos, podíamos animarnos simplemente pensando en un futuro mejor.

Tenía una última tarea pendiente en París antes de mudarme al sur permanentemente. Roger necesitaba enviar un código a un miembro de la red. Yo lo memoricé para que, si me registraban, no pudieran encontrarlo. El plan consistía en que me quedaría una noche en París y después cogería el primer tren de vuelta al sur. A Roger y a mí nos quedaría una última noche juntos en la finca antes de que él tuviera que abandonar Francia.

Mientras estaba haciendo la maleta, mi madre me entregó una bolsita de trapo.

—No la abras —me indicó—. Ya sabes lo que es. Noté un objeto puntiagudo y supuse que era un amuleto: una pata de conejo.

—La necesitarás —me dijo—. No puedo cuidar de ti eternamente.

Hacía tiempo que me había deshecho de mis supersticiones provenzales, pero me metí la bolsita en el bolsillo con respeto. Mi madre y yo teníamos diferentes armas, pero luchábamos en el mismo bando.

—La llevaré encima siempre —le dije, besándole las mejillas.

Cuando estaba lista para marcharme, abracé a mi madre y a mi tía, a Minot y a su madre, a Bernard y a cada uno de los niños, y acaricié a los perros y a las gatas antes de salir con Roger por la puerta a la luz del sol. *Kira* nos acompañó hasta el muro de piedra y después contempló como Roger y yo nos dirigíamos a través de los campos hacia la aldea, donde yo cogería el autobús para volver a la estación de tren.

Cuando llegamos al ayuntamiento del pueblo, Roger y yo nos besamos mientras el conductor tocaba la bocina bondadosamente.

—¡Vamos, ustedes dos! ¡Que el autobús ahora va con el horario de Vichy!

—Te amo, Simone Fleurier —me dijo Roger, colocándome una ramita de lavanda silvestre en el ojal del vestido.

Desde la parte trasera del autobús le dije adiós con la mano a Roger. Una noche en París, y regresaría con él y mi familia. Ese era el plan. Pero era algo que no se materializó. Jamás tuvo lugar.

Llegué a París entrada la noche y cogí el *métro* hasta los Campos Elíseos. Incluso para el poco tiempo que había estado fuera, me percaté de que el ánimo de la gente se había hundido aún más que antes de que me marchara, aunque todavía no podía entender la razón. Quizá me sentía demasiado cansada como para darme cuenta de que los dos últimos vagones del tren estaban vacíos.

Madame Goux me abrió la puerta. Tan pronto como entré, se desahogó contándome su historia.

—Se han dedicado a detener a los judíos —me informó—. Ya no solo a los extranjeros, sino a los franceses también. Están enviándolos a campos en Polonia.

—¿Quién los está deteniendo? —le pregunté, hundiéndome en una silla de la portería.

—La policía de París.

—¿Así que los nazis están consiguiendo que les hagamos el trabajo sucio? —comenté, echando hacia atrás la cabeza para apoyarla contra la pared.

Para mí, aquella era la noticia más desalentadora de todas. Los alemanes no tenían por qué preocuparse de perder fuerza durante su expansión cuando tenían a tantos franceses actuando como sus esbirros.

Madame Goux chasqueó la lengua.

—Una docena de policías se han unido a nuestra red. Están indignados por lo que ha sucedido en el Vélodrome d'Hiver.

Levanté la vista para mirarla.

—¿Qué ha pasado?

Madame Goux inhaló aire por la nariz.

—Vi los autobuses dirigiéndose hacia el velódromo cuando iba de paseo. Me uní a una multitud de gente que se reunió cerca de la entrada, para enterarnos de qué estaba pasando. Algunos policías estaban desgarrándoles la ropa a las mujeres, registrándolas en busca de dinero y joyas. Separaron a los hombres de las mujeres y los niños, y después se llevaron a los hombres. Dejaron allí a las mujeres y a los niños sin darles ni comida ni agua durante tres días.

Me cubrí los ojos con la mano.

—¿Qué pasó después de eso?

—Uno de los policías que se ha unido a nuestra causa ha estado aquí antes —continuó *madame Goux*—. Nos ha dicho que los alemanes han dado orden de que solo querían a niños lo bastante mayores como para que pudieran trabajar. Así que la policía separó por la fuerza a los niños de sus madres con las culatas de los rifles y con mangueras de agua a presión. Nos ha contado que recordará los gritos de esos niños mientras viva.

Me quité la mano de los ojos. ¿Cómo podía alguien hacer una cosa así? Pensé en

los policías que había visto durante los días en los que París se había quedado como ciudad abierta. Lo último que les habían encargado fue que tenían que mantener el orden. Y, sin embargo, ¿no era aquel un buen momento como para cuestionar las instrucciones que hubieran recibido?

—¿Dónde están esos niños ahora? —pregunté.

—A algunos los ha rescatado la red, pero la mayoría de ellos se han quedado solos para valerse por sí mismos —me explicó—. El policía cree que pronto volverán a perseguirlos.

—Como a animales acorralados —murmuré.

—Se ha enviado una petición a Alemania para que todos los niños acompañen a sus padres en el futuro. Es más humano —dijo *madame Goux*.

—¡Más humano! —exclamé yo—. ¡Esa gente está siendo enviada a la muerte!

Cuando en un primer momento se persiguió y se deportó a los judíos extranjeros, la mayoría de nosotros no sabíamos nada sobre los campos de exterminio y los nazis hicieron un buen trabajo de propaganda proyectando documentales en los que los judíos se asentaban en el este. La gente que no era judía incluso recibió postales de sus amigos judíos en las que les aseguraban que todo iba bien. Pero los sistemas de inteligencia de la Resistencia habían logrado recomponer una imagen totalmente diferente. Roger me había contado las presuntas atrocidades que se estaban cometiendo, pero cuando las publicaciones clandestinas como *J'accuse* y *Fraternité* sacaron a la luz informes que hablaban sobre un genocidio, la gente los rechazó porque eran demasiado horribles como para creerlos o los consideraron propaganda aliada.

Pensé en los cinco niños que Bernard había salvado en Marsella y los problemas que Roger tendría que superar para ponerlos a salvo. ¿Cómo iba a salvar la Resistencia en París a miles de niños, sin hablar de sus padres? Necesitábamos ayuda. Necesitábamos que los parisinos dejaran de esconderse detrás de la entelequia de que la vida era normal bajo la ocupación nazi.

—¿Cree usted que podríamos ocultar niños aquí? —le pregunté.

Era una pregunta desgarradora para mí. Me había comprometido a ayudar a los agentes aliados. Si ocultar niños ponía en peligro la seguridad de esos agentes, la red me prohibiría hacerlo.

La expresión de *madame Goux* cambió.

—Ya tiene usted dos visitantes esperándola arriba. La mujer no ha querido decir quiénes eran, pero creo que necesitan su ayuda.

Suponía que aquellos visitantes eran agentes, así que me sorprendí cuando encontré a una mujer sentada ante mi mesa del comedor con una niña pequeña agarrada entre sus brazos. La mujer se giró cuando me oyó entrar por la puerta. Tenía los mismos ojos aterrorizados que había visto en los niños de la finca. Pero la reconocí al instante.

—¡Odette! —exclamé.

Se puso en pie y corrió hacia mí. La rodeé entre mis brazos y acaricié la cabeza de la pequeña Simone. La niña era tan bonita como su madre, con una coqueta naricilla y la piel luminosa. Pero agachó la mirada con gesto de cansancio.

—Acostémosla en mi cama —le propuse a Odette—. Después podremos hablar.

La niña bostezó y se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza sobre la almohada.

—Dejemos la puerta abierta —dijo Odette, cuando vio que estaba a punto de cerrarla.

Su voz sonaba como si temiera que si perdía de vista a su hija durante un instante se la arrebatarían.

Nos sentamos juntas en el sofá y nos cogimos de las manos.

—¿Por qué estás en París? —inquirí.

Una mirada enloquecida brilló en los ojos de Odette.

—Tendría que haberte escuchado, Simone. Se han llevado al tío y a Joseph. Y también a mis padres. Han hecho una redada de los judíos en Burdeos. Pensábamos que estábamos a salvo porque el tío encontró un *passeur* dispuesto a ayudarnos a cruzar la frontera. Se suponía que teníamos que escondernos en la parte trasera de una camioneta de ropa. Pero nunca apareció. Se llevó prácticamente todo nuestro dinero, pero no llegó a presentarse.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y sacudió la cabeza, como si no pudiera creer que hubiera gente capaz de robarles de ese modo a los que están desesperados.

—Al día siguiente detuvieron a todo el mundo —prosiguió—. Simone y yo nos salvamos porque habíamos ido a visitar a una vecina católica. Ella nos escondió en su sótano hasta que terminó la redada. Cuando regresé a nuestra casa habían puesto todo patas arriba y se habían llevado a todo el mundo.

Enterré la cara entre las manos. Durante los dos últimos años había cedido todos los recursos y el tiempo que tenía disponibles a salvar soldados aliados y a esconder agentes británicos. Hacía meses que nos habían asegurado que los estadounidenses terminarían rápidamente la guerra. ¿Dónde estaban todos ellos ahora? ¿Acaso no veían que la situación estaba empeorando?

Fui a la cocina a prepararle a Odette un poco de café de verdad que tenía escondido. Tuve que admitir que mi verdadera decepción no era con los Aliados, sino con el pueblo francés. *Passeurs* que les robaban el dinero a los judíos desesperados... Policías que pegaban a los niños hasta que se soltaban de las faldas de sus madres...

«Si no viene ayuda de fuera, entonces debemos ayudarnos nosotros mismos», murmuré.

—Odette, ¿tú y la pequeña Simone tenéis papeles falsos o solo los verdaderos? —le pregunté, cuando le puse la taza de café delante.

—Se suponía que el *passeur* nos iba a proporcionar los papeles falsos —me explicó—. Solo tengo los verdaderos, en los que figura el sello en el que pone «judío».

—¿Cómo conseguiste llegar a París?

—Me quedaba únicamente el dinero suficiente para un billete para mí y la pequeña —explicó—. Me monté en el tren con nuestros papeles judíos y nadie nos detuvo. —Emitió una risa estridente y nerviosa—. Quizá se imaginaron que si los alemanes no nos habían dado caza en Burdeos nos detendrían en París de todos modos.

Comencé a pensar más despacio. Solamente había recogido papeles falsos de manos de otros miembros de la red, nunca directamente de un falsificador. Los buenos falsificadores eran demasiado preciados para la red como para que los comprometiéramos, así que el contacto con ellos estaba restringido. Durante años, me había limitado a acatar órdenes. No tenía ni la menor idea de cómo lograr por mis propios medios que Odette y su hija cruzaran la línea de demarcación. Pensé en Roger. No había modo de que pudiera ponerme en contacto con él en esos momentos para preguntarle qué podía hacer.

Él había cortado sus lazos con la red. Cuando no apareciera al día siguiente, probablemente se imaginaría que me habían detenido. Esperaba que aquello no le impidiera marcharse. Traté de no pensar en lo decepcionante que sería no poder verle; me sentía demasiado preocupada por *monsieur* Etienne y Joseph, y me preguntaba qué suerte correrían. Si me hubiera parado a pensarlo, seguramente me habría desmoronado. Tenía que hacer como Roger cuando planeaba una misión. Me convencí de que era una máquina, moviéndome sin parar con un único objetivo en mente: sacar a Odette y a la pequeña Simone del país.

A la mañana siguiente concerté una cita para entregar el código que Roger me había dado. Me senté en un banco de los Jardines de Luxemburgo, cosa que era peligrosa, porque algunas personas me reconocieron y me pidieron un autógrafo. Y lo que fue peor, un oficial alemán intentó flirtear conmigo. Pensé que no se iba a marchar nunca, hasta que le expliqué en alemán que estaba esperando a «mi hombre».

Cuando llegó el contacto, me alegré de que el oficial no se hubiera quedado merodeando para verle. «Mi hombre» tenía tres papadas y una barriga sobre la que se cerraban a presión todos los botones de su camisa. Le di el código. Lo repetí solamente una vez, a la perfección. Estaba a punto de ponerse en pie y marcharse cuando le puse la mano sobre el brazo.

—Necesito papeles —le dije—. Para una mujer y una niña.

—¿Judías?

Asentí con la cabeza.

—¿Tiene usted fotografías? ¿Y dinero? —me preguntó.

Le entregué un sobre con los honorarios del falsificador y las fotografías que había recortado de los papeles reales de Odette y la pequeña Simone.

Se lo metió todo inmediatamente en el bolsillo.

—Vuelva aquí dentro de tres días —me indicó.

Durante los tres días siguientes, Odette, la pequeña Simone y yo nos quedamos dentro del apartamento. Odette se dedicaba a dibujar para calmar los nervios mientras yo mantenía a la niña ocupada.

Nunca antes había tenido la oportunidad de conocer a mi tocaya y disfruté tanto como ella haciéndole muñecas de papel y jugando al pilla-pilla por la alfombra. Hacía años, un admirador me había regalado una muñeca de porcelana. Era holandesa y se le abrían y cerraban los ojos. Como no me gustaban especialmente las muñecas, la había guardado dentro de un armario. Ahora fui a buscarla.

—Me gustaría que te la quedaras tú —le dije a la pequeña Simone, entregándole la muñeca, que todavía estaba dentro de su caja.

La niña cogió la muñeca, con el ceño fruncido.

—Tiene que salir de la caja —me informó—. Las niñas pequeñas necesitan aire.

Durante el resto de la tarde, la pequeña Simone solo tuvo ojos para su nueva muñeca, a la que llamó Marie. Odette y yo jugamos a las cartas.

—Simone no ha tenido una infancia muy normal —me susurró Odette—. Temo que crezca pensando que esconderse es lo habitual.

Por la noche, Odette y yo dormimos en mi cama, con la niña apretada entre nosotras. La pequeña cogió la costumbre de agarrarse a mí con su bracito rechoncho. Escuché su suave respiración y me atenazó un sentimiento de tristeza, porque quizá yo nunca llegaría a tener hijos.

La segunda noche, la pequeña Simone preguntó por su padre y por su tío. Esperé a ver qué le contestaba Odette.

—Están en el trabajo, cariño mío —le contestó—. Mientras tanto, tú y yo tenemos que encontrar otro sitio donde vivir, para que ellos se nos puedan unir después.

Odette parecía tan tranquila que casi me imaginé a *monsieur* Etienne tras la mesa de su despacho, llamando a los teatros, y a Joseph en su tienda. ¿Dónde estarían mis viejos amigos ahora? ¿Qué atroces torturas estarían padeciendo?

Fiel a su palabra, el contacto al que le había comunicado el código me estaba esperando en el mismo banco de los Jardines de Luxemburgo tres días más tarde.

—Estos papeles no son perfectos —me explicó con total naturalidad—. Los alemanes no hacen más que cambiar los requisitos para pillar a la gente. Hay muchos judíos tratando de huir de la ciudad. A la mujer la he convertido en su prima. Pero si las detienen y comprueban sus certificados de nacimiento, estarán acabadas.

—No tengo otra opción —respondí—. Tengo que salvarlas a ella y a la niña.

Me contempló fijamente y asintió. Aunque su actitud era brusca, podía percibir compasión en sus ojos. Me animó poder mirar a la cara de otra persona que aún no había perdido su humanidad.

Dado lo que el contacto me había dicho, me pregunté si no sería más razonable mantener a Odette y a su hija en París, escondiéndolas en mi apartamento o llevándolas a uno de los pisos francos de la red. Me paré en un café para descansar

los pies y cavilar sobre el asunto. Como si de un escalofriante presagio se tratara, nada más sentarme escuché la conversación de dos hombres que estaban sentados detrás de mí.

—Están ofreciendo recompensas a cualquiera que denuncie judíos o revele quién los oculta.

—¿Qué tipo de recompensas? —le preguntó su acompañante.

—Puedes quedarte con sus apartamentos y sus muebles.

Traté de terminarme mi café lo más tranquilamente que pude, pero el corazón me latía con fuerza en el pecho. ¿Era en esto en lo que se habían convertido los seres humanos? ¿Gente codiciosa que denunciaría a una familia para poder sentarse en su sofá y admirar las vistas desde su apartamento? Hice lo que pude por pensar con claridad. Mucha gente del mundo del espectáculo en París conocía a Odette. Cruzar con ella y la pequeña toda la ciudad con papeles falsos sería tan peligroso como tratar de introducirlas en un tren con destino al sur. Pero el último empujón que necesitaba para decidirme a sacarlas de París me lo dio *madame* Goux cuando llegué a casa.

—Lo han echado por debajo de la puerta —me dijo, dándome un sobre con mi nombre escrito en él.

Lo abrí y encontré un panfleto dentro. Era una notificación de los alemanes sobre la deportación de judíos. La frase: «Aquellos que ayuden a los judíos sufrirán el mismo destino que ellos» había sido rodeada con un círculo rojo.

—¿Esto es una amenaza? —pregunté—. ¿Nos están espiando?

Cuando pensé sobre ello con detenimiento, me di cuenta de que probablemente provenía de uno de los miembros de la red. Alguien estaba tratando de advertirme.

Odette y yo no tardamos ni un minuto en hacer las maletas y marcharnos directamente a la Gare de Lyon para coger un tren hacia el sur. Por suerte, la estación no estaba más llena que otras veces que había viajado de agentes y soldados. Parecía que el éxodo en masa de los judíos con papeles falsos tratando de escapar de París no tenía lugar esa noche. Aunque no habíamos reservado asientos, logré conseguir plazas en primera clase.

—Disfrute de su viaje —me deseó el vendedor de billetes.

—Estoy segura de que así lo haré —le contesté.

Le sonreí, a pesar de que el corazón me latía a mil por hora.

Este sería mi último viaje de París al sur. En todos los demás viajes que había hecho, había tenido éxito al cruzar la frontera con mis «paquetes». Odette y la pequeña Simone tenían un aspecto menos sospechoso que los hombres que me habían acompañado anteriormente. Recé por que lográramos llegar a Lyon sin percances. André podría ayudarnos una vez que llegáramos allí.

Odette y su hija estaban sentadas en un banco esperándome. Les mostré los billetes. Admiraba a Odette por la tranquilidad con la que se había embarcado en mi plan. Tenía una labor de costura sobre el regazo y se afanaba en ella como si no le importara nada más en el mundo.

—Vámonos —les anuncié.

La pequeña Simone deslizó su mano en el interior de la mía y me dijo:

—Te quiero, tía Simone.

—Yo también te quiero —le respondí, parándome un momento para besarla en las mejillas.

El revisor nos recibió sin sospechas cuando subimos a bordo del tren. Un oficial alemán comprobó nuestros papeles en el pasillo. Miró los míos rápidamente, pero se leyó los de Odette cuidadosamente y comprobó la fotografía.

—¿Es usted del sur? —le preguntó, observando la ropa de Odette.

Llevaba un traje de color azul marino con solapas blancas que yo le había dado de mi armario. Tenía un aspecto muy parisino, pero esa era precisamente la idea.

—Sí —respondió ella—. Pero he vivido en París la mayor parte de mi vida.

La pequeña Simone le enseñó su muñeca Marie al alemán. Para mi sorpresa, él le sonrió. Le devolvió los papeles a Odette y nos hizo una señal con la mano para que avanzáramos.

Odette y yo tomamos asiento en el compartimento, colocando a la niña junto a la ventana. Estábamos tan aterrorizadas que no nos atrevíamos ni a hablar. Tomé de la mano a Odette y se la apreté. Tenía la piel congelada como el hielo. Cogió su labor y continuó tejiendo aunque le temblaban los dedos. Miré el reloj. Quedaban siete minutos para que el tren partiera. Habría más controles durante el viaje, pero estaba segura de que si lográbamos salir de París todo acabaría por ir bien.

Subieron más pasajeros a bordo del tren. Cada vez que alguien pasaba por el pasillo me daba un vuelco el corazón. Cerré los ojos y me recliné hacia atrás en el asiento, tratando de relajarme. Podía oír el silbido de la locomotora. Ya no faltaba mucho. La puerta de nuestro compartimento se abrió con un repiqueteo. Cuatro oficiales alemanes miraron hacia el interior y entonces se dieron cuenta de que se habían equivocado con los números de sus asientos. Se disculparon y continuaron su camino. Yo apenas me atreví a respirar. Hubiera sido más sencillo viajar en tercera clase, pero debido a mi reputación resultaba imposible. Recé con toda mi alma para que no termináramos rodeadas de alemanes. Me revolví el bolsillo en busca de la pata de conejo que mi madre me había dado, pero me di cuenta de que, con las prisas por salir del apartamento, la había dejado sobre mi cama. Miré el reloj. Solo faltaban cuatro minutos.

Contemplé el andén. Estaba casi vacío. Con un poco de suerte, quizá incluso tendríamos el compartimento para nosotras solas. Me relajé y me levanté para sacar un libro de mi bolsa de viaje que estaba en el portaequipajes sobre mi cabeza. En ese momento se abrió la puerta. Una sombra fría me recorrió la espalda. Me di la vuelta. Al principio pensé que mi aterrorizada mente me había producido una alucinación, pero cuanto más miraba, más reales se hacían aquel pelo negro y aquellos dientes puntiagudos. El coronel Von Loringhoven.

—¡Mademoiselle Fleurier! —exclamó—. ¡Qué sorpresa! Pensé que iba a tener el

compartimento para mí solo.

Sonrió a Odette y a la pequeña Simone. Su sonrisa parecía estirarle la piel del rostro, como si hubiera otra persona debajo tratando de salir. Me sentí orgullosa de la niña porque no gritó, pues esa habría sido mi reacción si hubiera tenido su edad.

—¿De verdad? —le respondí, recuperándome lo más rápido que pude—. No deseamos importarle. Podemos cambiarnos si necesita estar usted solo.

Tuve cuidado de imprimir a mis palabras un tono de generosidad más que de condescendencia. Las estrellas nunca cedían sus compartimentos; de hecho, nunca cedíamos nada. Pero en aquellas circunstancias hubiera sido un alivio sentarse en la carbonera en lugar de viajar con Von Loringhoven.

—Eso no será necesario —me contestó—. De hecho, esta es una coincidencia maravillosa. Siempre he deseado que pudiéramos llegar a conocernos mejor.

Paseó su mirada de mi rostro al de Odette y al de su hija; había algo traicionero en aquellos ojos que no me gustó nada. Hice un esfuerzo por simular una sonrisa de satisfacción, y le presenté a Odette y a la pequeña Simone. Le habíamos dicho a la pequeña que si alguien se sentaba con nosotros en el tren tenía que quedarse muy callada y quietecita. Se me enterneció el corazón cuando vi que fruncía los labios firmemente.

—Encantado de conocerla —le dijo el coronel Von Loringhoven a Odette—. No sabía que *mademoiselle* Fleurier tuviera parientes en París.

Odette no cayó en la trampa.

—Somos parientes lejanas y siempre nos hemos considerado más bien amigas. Solía ir a ver cantar a Simone cuando comenzó su carrera.

Los dedos de Odette ya no temblaban, pero se le formaron gotas de sudor en el nacimiento del pelo. ¿Se daría cuenta Von Loringhoven?

Miré otra vez el reloj. Solo quedaban dos minutos. Una vez que estuviéramos en marcha, podía inventarme cualquier excusa para tomar una cena temprana en el coche restaurante y después podíamos simular que dormíamos. El tren dejó escapar un silbido de vapor.

—Perdónenme un momento —se disculpó el coronel Von Loringhoven, poniéndose en pie.

No proporcionó ninguna explicación sobre adónde iba, pero tan pronto como salió, Odette me miró fijamente. ¿Había averiguado algo el coronel Von Loringhoven? Pero si nos bajábamos del tren en ese momento resultaría sospechoso.

—¡Mira! —exclamó la pequeña Simone, presionando su carita contra la ventanilla—. Ahí está ese hombre.

Miré por la ventana y vi al coronel hablando con dos soldados alemanes y señalando en nuestra dirección. El silbato sonó y el tren comenzó a avanzar.

—¡Gracias a Dios! —exclamé y casi me eché a reír.

El coronel Von Loringhoven iba a perder el tren. Sin embargo, uno de los soldados alemanes gritó algo, y el tren se detuvo abruptamente y las ruedas chirriaron

sobre las vías.

—¡Lo sabe! —exclamó Odette entrecortadamente.

—¡Vamos! —grité, cogiendo en brazos a la niña y saliendo a todo correr por la portezuela del compartimento.

Había maletas en el pasillo, pero me esforcé en sortearlas, arañándome las piernas y rasgándome las medias. Odette se abrió paso detrás de mí. El revisor nos vio venir. Durante un instante pensé que nos iba a bloquear el paso, sin embargo nos dijo:

—No salgan por esta puerta. Vayan por segunda clase.

Corrimos delante de los pasajeros de aspecto sorprendido y saltamos del tren al andén.

—¡Vamos! —le grité a Odette por encima del hombro—. ¡Corramos hasta la entrada de la estación!

Empujamos al controlador de billetes, que se quedó demasiado sorprendido como para reaccionar. Podía ver la entrada de la estación delante de mí. Odette dejó escapar un chillido. Me volví para verla forcejear con un soldado alemán, que la tiró al suelo.

—¡Corre! —me gritó.

Durante un espantoso segundo dudé entre pararme y echar a correr.

—¡Corre! —voceó Odette de nuevo.

No había nada que pudiera hacer para ayudarla. Lo mejor era tratar de salvar a la pequeña Simone. Darle la espalda a Odette me partió el corazón por la mitad como una hoja de papel, pero me puse a la niña a la espalda, me quité los zapatos de un golpe y me dispuse a correr hasta las últimas fuerzas que me quedaran en el cuerpo.

—*Maman! Maman!* —gritó la pequeña Simone y forcejeó, pero la agarré con firmeza.

Oí a los alemanes a mi espalda gritándome que me detuviera o si no me dispararían. Pero sabía que ni siquiera ellos harían una cosa así en mitad de la estación. La entrada se encontraba a unos metros delante de mí. Sentí que iba a desmayarme, pero estaba decidida a escapar. No había ningún alemán delante de mí.

«¡Vamos a conseguirlo! —les dije a mis temblorosos miembros—. ¡Lo vamos a lograr!».

Un torbellino azul cruzó delante de mis ojos. Un policía francés al que no había visto arremetió contra mí. Chocó contra mi cadera y me hizo caer al suelo. La pequeña Simone se vino abajo hacia delante. Un soldado alemán nos alcanzó y la cogió por el cuello de su abrigo. Pateó y le mordió, pero él la agarró con fuerza. Llegué hasta ella, pero el policía me golpeó con su porra en la nuca. Me caí de rodillas, con el dolor descendíendome por la columna vertebral, pero logré ponerme en pie de nuevo y tambalearme hacia delante. El policía me propinó otro golpe, pero esta vez por encima de la oreja. Llamé a la pequeña Simone, pero el policía me golpeó una y otra vez en los hombros y la espalda hasta que perdí el conocimiento.

Cuando abrí los ojos, todo estaba oscuro. Me latía la cabeza y sentí un dolor punzante en el hombro. Comprendí que estaba bocabajo sobre algo duro y frío. Una

peste a vegetación podrida me llenó la nariz. Desde algún lugar a mis espaldas, percibí el sonido de una gota de agua cayendo al suelo. Traté de sentarme, pero el dolor me abrasó la espalda. Me cedieron los brazos. Volví a perder el conocimiento de nuevo.

Debieron de pasar varias horas hasta que me desperté. Los destellos de las primeras luces de la mañana se me reflejaron sobre el brazo. Levanté la mirada y vi que la luz provenía de una ventana con barrotes. Estaba tumbada sobre un suelo de piedra que se me clavaba en las caderas y las rodillas. No se oía nada más aparte del agua que corría por una de las paredes.

Desafié a la agonía y me levanté sobre los codos, estremeciéndome del dolor que sentía en la espalda y las costillas. Había un colchón de paja frente a la puerta. Por pura fuerza de voluntad, logré ponerme en pie. La cabeza comenzó a darme vueltas y se me nubló la vista. Me tambaleé hacia el camastro y me derrumbé sobre él, cayendo en un profundo sueño.

La tercera vez que me desperté, vi que el sol había desaparecido de la ventana. Sin embargo, podía ver un cuadrado de cielo azul y el aire en la celda era más cálido. Adiviné que ya había llegado la tarde. No tenía apetito, pero notaba la garganta tan seca que me dolía al tragar saliva. No había ningún grifo en la celda. Ni siquiera una jarra de agua. Solo un cubo que despedía un olor pútrido en una esquina. Presioné el rostro contra el colchón enmohecido y lloré por Odette y la pequeña Simone. ¿Estarían aquí también o se las habrían llevado?

La reja de la puerta de la celda se abrió y se asomó un guardia. Un instante después le oí meter la llave en la cerradura. La puerta chirrió al abrirse y golpeó con estruendo la pared.

—¡Ponte de pie! —me gritó.

Comprendí que protestar no me serviría de nada. Me obligué a ponerme en pie, pero me cedieron las piernas. Tenía tan hinchada la rodilla derecha que no podía juntarlas. En comparación con el resto de dolores que sentía por todo el cuerpo, apenas me había dado cuenta hasta ese momento. El guardia se colocó detrás de mí y me agarró por debajo de los brazos. Otro guardia entró en la celda y me sujetó unas cadenas alrededor de los tobillos.

—¡Camina! —me ordenó el primer guardia, empujándome hacia delante.

Con todo el peso del cuerpo sobre una sola rodilla y la carga extra de las cadenas, caminar me provocaba un dolor insoportable. Cojeé unos pasos y me caí. El guardia que me había encadenado avanzó hacia mí. Instintivamente me cubrí la cabeza, esperando el golpe de su porra, pero en su lugar me agarró de los hombros y tiró de mí. El otro guardia puso su brazo bajo el mío y me sujetó. Caminé arrastrando los pies junto a él por un corredor oscuro. La única luz provenía de las ventanas con barrotes que había junto al techo. Escuché un grito y después una explosión resonó con estruendo en el aire. Hubo un silencio durante un momento antes de que aquel sonido detonara en el aire de nuevo. Nunca antes lo había oído, pero supe

instintivamente qué era: un pelotón de fusilamiento. ¿Eso era lo que iba a suceder? ¿Me iban a fusilar?

—¿Dónde estoy? —le pregunté al guardia que andaba delante.

—¡Cállate! ¡No hables!

Me llevaron por otro corredor que terminaba en un tramo de escaleras. Los guardias tuvieron que llevarme en volandas. Al final, me arrastraron hasta una habitación con una única silla y una bombilla que colgaba del techo. El guardia que me estaba sosteniendo me empujó para que me sentara en la silla y me esposó las manos a la espalda. Después, ambos se marcharon sin pronunciar ni una palabra.

—Es una pena ver a una mujer hermosa en tal estado.

Aquella voz cargada de maldad me provocó un escalofrío por todo el cuerpo. Sabía que era el coronel Von Loringhoven, pero no podía verle. Salió de la oscuridad a la luz. Se me paró el corazón durante un instante. Pensé que así era como debían de sentirse los buscadores de perlas cuando vislumbraran una aleta y una cola emergiendo de las oscuras profundidades marinas.

Von Loringhoven se paseó en círculo alrededor de mi silla, estudiándome desde todos los ángulos posibles.

—¿Puedo ofrecerle algo? —preguntó—. ¿Café? ¿Un cigarrillo? ¿Un poco de hielo para su rodilla?

Miré hacia abajo. Tenía la falda rasgada y se me veía la rodilla, manchada y deforme. Negué con la cabeza. No quería absolutamente nada de Von Loringhoven.

Desapareció en la oscuridad y reapareció con una silla. Arrastró las patas por el suelo y la colocó frente a mí.

—La primera vez que la vi fue en 1930 en París —me dijo, sentándose y sacando una cigarrera de plata del bolsillo—. En el Folies Bergère. «¡Qué voz! —pensé—. ¡Qué voz tan extraordinaria!». Y, por supuesto, era usted tan hermosa...

Se detuvo para sacar un cigarrillo y exhaló una larga nube de humo. La peste a tabaco me irritó la garganta. Hice lo que pude por no toser. Tomara la dirección que tomara aquel interrogatorio, tenía que andarme con cuidado. Era posible que Odette y la pequeña Simone no hubieran sido identificadas como judías y que me hubieran arrestado a mí por alguna otra razón. Después de todo, Roger me había advertido que la Gestapo estaba empezando a sospechar de mis actividades.

Von Loringhoven me dedicó una mirada larga y pensativa, como si estuviera esperando que yo hablara. Roger me había insistido en que lo más importante era mantener el silencio durante al menos veinticuatro horas. Eso daría tiempo a los miembros de la red para enterarse de la detención y esconderse. Estaba decidida a permanecer en silencio todo el tiempo que pudiera.

Una sombra apareció en la luz. Era un hombre que llevaba un abrigo de cuero. Dio un paso adelante como si fuera a saludarme, pero en su lugar me golpeó en la mejilla tan fuerte que me crujió el cuello y vi las estrellas.

—¡En la cara no! —gruñó Von Loringhoven.

Levanté la mirada a tiempo de ver al hombre golpeándome con el puño de nuevo. Sus nudillos se me clavaron en el pecho. La silla se bamboleó hacia atrás y caí al suelo, aterrizando sobre el hombro dolorido. Aullé de dolor y me retorcí hacia atrás. Traté de convencerme a mí misma de que aquella situación no era real e intenté pensar deprisa. Pero la violencia de aquel matón no formaba parte de nada que yo hubiera conocido o imaginado antes. Corrió hacia mí. Traté de hacerme un ovillo, pero no podía defenderme con los tobillos encadenados y las manos esposadas a la espalda. Estrelló el pie contra mi estómago. Emití un grito sofocado y jadeé para respirar, sintiendo como si la pelvis se me hubiera roto en mil pedazos. Volvió a separar el pie, dispuesto a golpearme de nuevo. Cerré los ojos, segura de que el siguiente golpe me mataría.

—¡Es suficiente! —ordenó Von Loringhoven.

El torturador puso en pie mi silla conmigo encima y abandonó la habitación.

—Es usted una mujer muy insensata, *mademoiselle* Fleurier —comentó Von Loringhoven—. Los alemanes y los franceses pueden trabajar tan bien juntos... Y usted podría haber continuado con su vida como de costumbre. Pero quizá ha sido por culpa de las malas compañías que ha estado frecuentando...

Apenas podía oírle porque me pitaban los oídos. El aire dentro de mi garganta producía un sonido desesperado y áspero.

—Ahora —dijo Von Loringhoven—, dígame todo lo que sepa sobre Yves Fichot.

—No conozco a ningún Yves Fichot —jadeé luchando contra el dolor.

—¿Y sabe algo de Murielle Martin?

Negué con la cabeza.

Von Loringhoven se detuvo. Durante un angustioso momento pensé que iba a volver a llamar al matón de nuevo. Pero le estaba diciendo la verdad: no sabía quiénes eran aquellas personas. No conocía los nombres de la gente precisamente con ese fin. Levanté la cabeza. Era la primera vez que miraba realmente a los ojos al coronel Von Loringhoven. Eran oscuros, pequeños y brillantes. Como los de una serpiente.

Chasqueó la lengua.

—¿Y qué pasa con su querido amigo, Roger Delpierre?

Se me secó la boca y tragué saliva. En el rostro de Von Loringhoven apareció una sonrisa. Se sentía complacido por haber conseguido una reacción por mi parte.

—¿Ve usted lo que le digo sobre su insensatez a la hora de elegir amigos? ¿Por qué una mujer glamurosa y con talento como usted se mezclaría con un tipejo como ese? —comentó.

Von Loringhoven se puso en pie y paseó alrededor del círculo de luz. Se detuvo a mi lado derecho y alargó la mano hacia mí, como si me fuera a acariciar la cara. Pero el lateral de mi mejilla estaba manchado de sangre por la caída. Debió de pensárselo dos veces, porque apartó la mano y se la metió en el bolsillo.

—¿Le dijo a usted Roger Delpierre que la amaba? —me preguntó, soltando una

ligera risita—. Les ha dicho lo mismo a todas las mujeres con las que se ha acostado. La ha utilizado para sus propios objetivos. Lo detuvimos hace tres días tratando de escapar de Marsella. Únicamente tuvimos que amenazarle con cortarle las pelotas para que cantara todo lo que sabía sobre usted y sobre la red.

Noté un sabor metálico en la garganta. Tosí y un dolor atroz se me instaló en las costillas. ¿Roger? ¿Roger me había utilizado? La paliza me había insensibilizado. Me obligué a poner un pensamiento detrás de otro, pero el esfuerzo era como uno de esos sueños en los que uno corre y corre pero no llega a ninguna parte.

Von Loringhoven regresó a su asiento, con la petulancia que le otorgaba la certeza de haber logrado que me desmoronara. Algo en su precipitación me hizo sospechar. A medida que me repetía el nombre de Roger en mi interior, me inundaron las imágenes del trabajo que habíamos llevado a cabo juntos. Roger nunca traicionaría a la red por la que había trabajado con tanto esmero, ni siquiera bajo tortura. En una ocasión, me había mostrado la pastilla de cianuro que guardaba en el bolsillo por si lo atrapaban y se sentía en peligro de «revelar secretos de vital importancia». Además, si Von Loringhoven lo había descubierto «todo», ¿por qué no había empleado el verdadero apellido de Roger?

«Está mintiendo —pensé—. Está suponiendo que si pienso que todo está perdido para la red, le diré todo lo que sé». Aquella idea me proporcionó a lo que aferrarme a pesar del dolor abrasador. Tenía que burlar a Von Loringhoven en su propio juego. Traté de emular a Roger cuando se encontraba bajo presión: ralenticé la respiración, tranquilicé mis emociones, traté de centrarme en lo esencial.

—¿Entonces lo sabe todo sobre Bruno y Kira? —gimoteé—. Los operadores de radio que llevé a Burdeos.

Los ojillos de Von Loringhoven bailotearon sobre mí.

—Sí —respondió—. Delpierre nos lo contó todo sobre ellos.

A pesar de lo atroz de mi situación, sentí ganas de echarme a reír. Lo oculté escondiendo la cabeza contra el hombro y simulando que sollozaba. El gran danés y mi gata tenían muchos talentos, pero hacer funcionar un aparato de radio no era uno de ellos. Y hacía años que yo no había puesto los pies en Burdeos.

Von Loringhoven alargó la mano y me dio unas palmaditas en el brazo.

—Quizá su visita aquí la anime a hacer elecciones más sensatas en el futuro —me dijo.

La voz del coronel me produjo picor en la piel. No me cabía la menor duda de que estaba en presencia del hombre más malvado que había conocido nunca, pero su tono casi era paternal.

Von Loringhoven llamó a los guardias, que me arrastraron de vuelta a mi celda. Más tarde, me dieron un poco de sopa aguada y unos trozos de pan duro. De nuevo a solas, tuve tiempo de pensar en lo que había sucedido. Von Loringhoven no me había hecho demasiadas preguntas sobre la red y ninguna sobre Odette y la pequeña Simone. Ni siquiera las había mencionado. Era cierto que me habían pegado, pero

había oído que la Gestapo le quemaba los pies a la gente, les cortaba los dedos de las manos o de los pies y les sacaban los ojos. En comparación con aquellas torturas, yo me había librado con poco. Me pregunté si eso sería una buena señal o si me retendrían hasta que encontraran al agente Bruno y a la agente Kira en Burdeos... Podía entender por qué incluso los más valientes acababan por hablar en los interrogatorios. La incertidumbre y la espera debilitaban tanto o más que las palizas.

Cuando escuché al guardia abriendo la puerta de la celda a la mañana siguiente, el temor me inundó. ¿La paliza de hoy sería peor que la que había recibido ayer?

Levanté la mirada y vi a Camille Casal contemplándome. El guardia trajo una silla y le limpió el polvo con un pañuelo antes de permitir que Camille se sentara en ella. Se alisó la falda de seda sobre las piernas y le hizo un gesto con la cabeza al guardia para indicarle que podía marcharse. Tardé un momento en recuperarme de la sorpresa que me produjo su presencia allí. Sin embargo, adiviné por qué la habían enviado. Esperaban que, como ella era una «vieja amiga», pudiera sonsacarme más información.

—Estás perdiendo el tiempo, Camille —le advertí—. No sé nada sobre la red. Nunca me contaron nada.

Aquello no era estrictamente cierto; después de todo, conocía a *madame* Ibert y a *madame* Goux, a los médicos, a André y a mi familia en Pays de Sault. Pero estaba lista para morir antes que delatar a ninguno de ellos.

Camille se revolvió en su asiento y se echó su chaqueta sobre los hombros, como si acabara de darse cuenta del frío que hacía en mi celda. Yo estaba tan entumecida que apenas podía sentir nada.

—Tu actitud hacia los alemanes es lo que te ha traído hasta aquí, Simone —me dijo—. Ya saben que tú no eres más que un vínculo menor del movimiento de la Resistencia. Se han aprovechado de ti porque tú te has enamorado.

Su afirmación me dejó atónita. Me senté en el camastro de paja y me apoyé contra la pared. ¿Era posible que los nazis realmente desconocieran el alcance de mi implicación en la red? Quizá el doble agente había estado jugando con ellos, protegiendo su apuesta por ambos bandos.

—Primero te negaste a actuar en París —continuó Camille y su voz resonó por toda la celda—. Te mostraste difícil con la Propagandastaffel, desairaste la hospitalidad del coronel Von Loringhoven en Maxim's y después te negaste a compartir con él un compartimento de tren.

Mi lenta, hambrienta y sedienta mente trató de seguirle el ritmo a la luz de los nuevos acontecimientos. ¿Estaba en prisión porque había herido los sentimientos de un nazi?

—¿Por qué estoy aquí? —le pregunté.

—Para que te enfrentes a tus propias responsabilidades —me respondió Camille, como si le estuviera reprendiendo a un niño rebelde—. Eres una artista muy famosa.

Percibí que estaba hablando tan alto para que la oyera el guardia del corredor.

Pero ya había confirmado lo que yo estaba pensando: no me habían encarcelado por mi implicación con la red ni porque hubiera tratado de sacar a escondidas a dos judías de París. Eso no hizo que su afirmación me sorprendiera menos.

—¿Qué es lo que quieres, Camille?

Camille bajó la voz.

—Quiero ayudarte. Al coronel Von Loringhoven le gustaría hacer algo especial para contentar al general Oberg y que coincida con los desfiles de la victoria a finales de este mes. Ha sugerido que celebrar un concierto de la esquiwa Simone Fleurier sería muy adecuado. «Cuando el mundo piensa en París, se imaginan la Torre Eiffel, la gastronomía, el amor y a Simone Fleurier», dijo. Te necesitan para poner de su parte a la gente.

Se me hizo un nudo en el estómago. Querían utilizarme del mismo modo que habían utilizado a Pétain, para hacerle más agradable al pueblo francés sus despreciables políticas. Karl Oberg era el responsable de las SS en París. Bajo su mando estaba Theodor Danneker, el oficial de las SS que supervisaba la deportación de los judíos. Yo me había negado a cantar para los alemanes desde que ocuparon París y no tenía intención de hacerlo ahora. Oberg y Danneker eran tan diabólicos como los pilotos que habían masacrado a aquellos niños belgas. Eran asesinos despiadados. ¿Qué mensaje estaría enviando si cantara para ellos?

—¡¡¡No!!! —exclamé.

Podían torturarme para sacarme nombres, pero de ninguna manera iban a obligarme a cantar.

Los ojos de Camille se estrecharon y me agarró con fuerza del brazo.

—Ya te lo he dicho, estoy intentando ayudarte. No parece entender la situación, Simone. Si te niegas, te fusilarán.

—Entonces tendrán que fusilarme —le respondí.

El tono de convicción de mi voz me sorprendió tanto como a Camille. No era valentía lo que me hizo decir aquello. Era el pensamiento de vivir habiendo hecho algo tan cobarde sin ninguna buena razón excepto la de salvar mi propio pellejo.

Camille se levantó de la silla y se paseó por la habitación.

—Oh, ¡ya estás otra vez! ¡Eres tan santurrón, Simone! Siempre lo has sido. Mírate, ahí sentada con el pelo enredado y la ropa sucia. Mira en lo que te has convertido. ¡Mira adónde te ha llevado tu mojigatería!

—Pues mírate tú, Camille Casal —le recriminé—. Mira en lo que te has convertido tú: ¡eres una puta de los nazis!

Nos miramos fijamente la una a la otra. Se me ocurrió que era extraño que Camille y yo hubiéramos llegado hasta ese punto: dos rivales con lealtades opuestas enfrentándose en una celda de una prisión. ¿Quién habría predicho tal cosa en la época en la que se nos consideraba solamente rivales sobre el escenario? No obstante, ya nada era normal.

Camille apretó los puños, pero le temblaron las manos.

—Quizá no me juzgarías tan duramente si te dijera que el padre de mi hija era judío —susurró—. Y, de momento, nadie lo sabe.

A medida que escuchaba a Camille, me di cuenta de algo. Los alemanes no podían fusilarme. Si estaban perdiendo el apoyo del pueblo francés, ¿de qué les serviría ejecutar a un respetado icono nacional como yo? Aunque Maurice Chevalier estaba actuando en París, había evitado actuar en Alemania, a pesar de las repetidas veces que se lo habían pedido. Y, además, su esposa era judía. Empecé a comprender la fuerza de mi poder de negociación.

Me puse en pie lo mejor que pude, cojeé hasta la silla de Camille y me senté en ella.

—La mujer y la niña que detuvieron conmigo...

—Han sido enviadas a Drancy. Las deportarán a Polonia.

Se me cayó el alma a los pies. Así que habían descubierto a Odette y a la pequeña Simone. Drancy era un campo de detención francés que tenía muy mala reputación por su crueldad. Rememoré el agónico instante en el que atraparon a Odette en la estación. Tuve que decidir si debía dejarla a su suerte o si podía servir a otra causa. Eso ya lo había hecho una vez. ¿Podía abandonarla de nuevo? Cerré los ojos. Me encontraba de pie junto al borde del abismo. Tenía la posibilidad de salvar a mi amiga y a su hija, pero eso supondría traicionar a mi país para ello.

—¿Pueden salvarse? —le pregunté a Camille.

—No —respondió, cruzándose de brazos—. Las órdenes vienen directamente de Alemania.

Abrí los ojos y la miré.

—¿Pueden salvarse si accedo a cantar?

Camille me sostuvo la mirada durante el tiempo suficiente como para que yo supiera que ahora sí nos estábamos entendiendo.

Al día siguiente de la visita de Camille una guardia me trajo un cuenco de sopa acuosa, una toalla y un vestido limpio. Más tarde, vino un médico a mi celda. Me lavó los cortes y diagnosticó que tenía varias costillas contusionadas y la rodilla dislocada. Me la colocó con un chasquido en su sitio, infligiéndome tanto dolor que si hubiera sido un agente de la Gestapo estaba segura de que le habría confesado lo que me hubiera pedido. Cuando el médico se marchó, los guardias me llevaron ante el coronel Von Loringhoven.

—Ya me he enterado de que ha entrado usted en razón —comentó.

—He hecho un trato —le recordé.

Puede que me hubiera convencido para cantar, pero quería que tuviera presente que no lo hacía por voluntad propia.

Ignoró mi comentario y leyó una lista de condiciones. Iba a cantar en el Adriana, que, por lo que sabía, ahora lo dirigía un colaboracionista francés. Tenía que ponerme un vestido de noche negro y no podía bailar ni cantar nada «subido de tono». Aunque hubiera aceptado bailar, cosa que no había hecho, me habría sido imposible con la rodilla herida. Para mi sorpresa, me dejó escoger mis propias canciones, aunque tendría que autorizármelas la Propagandastaffel.

—Pueden acompañarla artistas de cabaré, pero no puede aparecer ninguna corista desnuda ni humoristas —concluyó Von Loringhoven.

Por lo que parecía, Karl Oberg carecía de sentido del humor.

—¿Y mis amigas?

—Hemos sacado a la mujer y la niña de Drancy. Las mantendremos en otro lugar hasta que usted haya finalizado su actuación a mi entera satisfacción.

—Quiero que las libere antes de que yo cante —insistí.

—No está usted en posición de negociar —me contestó Von Loringhoven, adquiriendo un tono de voz más agudo—. Después de su actuación, las llevarán a Marsella y las embarcarán hacia Sudamérica. Francamente, para mí no representa ninguna diferencia, *mademoiselle* Fleurier. Muy pronto, Alemania dominará el mundo. Así que solamente les está dando un poco de tiempo a sus amigas.

Von Loringhoven tenía la misma actitud que los alemanes que habían permitido a Odette y la pequeña Simone viajar desde Burdeos hasta París. Pero yo ya había decidido que un poco de tiempo era suficiente por ahora.

—Llamaré a un conductor para que la lleve a casa —me anunció, poniéndose en pie delante de su mesa—. Pero déjeme que le haga una última advertencia: debe usted fingir que va a cantar por voluntad propia. Si le dice a alguien que ha hecho usted un trato conmigo, sus amigas morirán. Y lo haré al estilo Vichy. Decapitaremos a la madre delante de la niña. Y después, la mataré también a ella.

No tuvo que añadir nada más. Puede que lo hubiera considerado un estúpido, pero, aunque lo fuera, también era peligroso. Cuando lo miré, vi que se había transformado en una bestia, un ser antinatural, sin la lógica o la circunspección normales. Me di cuenta de que sería perfectamente capaz de llevar a cabo su amenaza.

Me llevaron de vuelta a mi bloque de apartamentos en un BMW negro. El agente de la Gestapo que hizo las veces de chófer se pasó todo el viaje bostezando, apestando el ambiente del interior del coche con su aliento a tabaco rancio. Me pregunté si habría estado en pie toda la noche, moliendo a palos a alguien hasta matarlo.

Cuando detuvo el automóvil delante de mi apartamento, me abrió la portezuela del coche, me entregó un bastón y me arrastró hasta la puerta principal.

—Me voy a quedar aquí mismo —me advirtió, señalando el suelo de la acera—. La estaré vigilando. Veré quién entra y quién sale.

—Observó mi rodilla, dejó escapar una carcajada y me echó de nuevo su repugnante aliento en la cara. —¡Pero usted no va a ir a ninguna parte con esa rodilla así!

Abrió el pestillo de la puerta y me empujó hacia el interior. El portal estaba a oscuras. Encendí la luz.

—¿*Madame Goux*? —la llamé suavemente, pero no recibí respuesta.

Empujé la puerta del apartamento de *monsieur Copeau*. La secretaria y los médicos no estaban allí. Los muebles estaban vueltos del revés y había papeles esparcidos por todo el suelo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz a mis espaldas.

Me volví para ver a *madame Goux*. Tenía los ojos amoratados y la nariz rota e hinchada.

—¿Qué le han hecho? —Cojeé hacia ella y la agarré de los hombros. Tenía quemaduras de cigarrillo en la cara y en el cuello.

Se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que le han hecho a usted? Tiene un aspecto terrible.

Le conté el interrogatorio al que me habían sometido y le pregunté por los demás, aunque me daba miedo saber si todavía estaban vivos o si los habían matado.

—Los médicos se marcharon a tiempo. *Madame Ibert* recibió un aviso y se fue al sur, a la finca de su familia. Trató de enviarme un mensaje, pero yo caí directamente en la trampa. No obstante, no me han sacado ni una palabra. Simulé que era una anciana imbécil.

Tenía una quemadura cerca del ojo, que le estaba llorando. Le pasé el brazo por los hombros. No se me escapó la ironía de que antes de la guerra no soportaba a *madame Goux*. Y, ahora, me hubiera sentido desolada si algo le hubiera pasado.

—Necesitarán algo más que esto para acabar conmigo —me aseguró, ayudándome a montarme en el ascensor, que, por algún tipo de milagro, había vuelto

a funcionar.

Unos días después de regresar a mi apartamento, escuché la voz apagada de un hombre hablando con *madame* Goux en el vestíbulo. La portera me había ordenado que no me pusiera en pie hasta que mi rodilla estuviera mejor, por lo que me encontraba tumbada en el sofá con la pierna apoyada sobre unos cojines. Traté de aguzar el oído para escuchar, intentando distinguir quién era aquel hombre.

—Solo vengo para quedarme un momento —dijo—. No quiero importunar. Les he dicho que yo iba a representarla para el espectáculo.

El concierto de las SS era una gran noticia por todo París. La Propagandastaffel no había perdido ni un minuto en hacer carteles publicitarios: «La luz más brillante de la ciudad canta para el Nuevo París». Lo que yo aún ignoraba, y posteriormente agradecí que *madame* Goux no me hubiera contado, era que extendida detrás de mi fotografía había una enorme bandera con la esvástica.

—Suba —le indicó *madame* Goux al visitante—. Necesita que alguien le levante un poco el ánimo.

Todavía tardé un instante en comprender que aquella voz era la de André. Nuestro trabajo en la Resistencia apenas nos había puesto en contacto directo más que en unas pocas ocasiones. La mayor parte de las veces nos comunicábamos a través de mensajeros. Si nos hubieran visto juntos, habrían comenzado los rumores que quizá habrían levantado las sospechas de Guillemette. El sonido de los pasos de André se fue acercando. Me alisé el cabello y me re Coloqué el camisón. La puerta de mi apartamento estaba entornada por si acaso necesitaba llamar a *madame* Goux, pero André llamó de todos modos.

—Pasa —le dije.

—¡Simone! —exclamó, apresurándose hacia mí—. Me alegra ver que estás viva. ¡He envejecido diez años de golpe preocupándome por ti!

Me quedé perpleja al verle aparecer. Con aquel traje verde azulado y la corbata roja, estaba muy guapo y elegante. Su cabello había adquirido un tono ligeramente más gris que la última vez que nos habíamos visto. Le aseguré que cada día tenía mejor aspecto. Me contempló con una mirada escrutadora y supe que estaba buscando una explicación de por qué había accedido a cantar para los nazis. Me dolía el corazón al imaginarme qué pensaría la gente de la red al enterarse de que los iba a traicionar. No me atrevía a pensar en cómo se sentiría Roger si lo descubría. Podía confiarle a André mi vida, pero el lema de nuestra red era: «Cuanto menos sepan los demás, mejor». Ninguno de nosotros podía asegurar al cien por cien lo que revelaría o no bajo tortura. Y después de la amenaza de Von Loringhoven sobre que iba a decapitar a Odette y a la pequeña Simone no podía correr el riesgo de confiarle a nadie mis razones.

—Sírrete algo de beber —le ofrecí, señalándole el mueble bar—. Y sírveme a mí un agua con gas.

Como yo pretendía, André me dio la espalda para dirigirse al mueble bar y coger

los vasos del armario. Me alivió no tener que continuar mirándole a los ojos, teniendo en cuenta que me estaba sintiendo tan mancillada. Podía verle mientras preparaba las bebidas en el espejo que había colgado en la pared opuesta. Contemplar la línea de sus hombros y sus erguidas y anchas espaldas me provocó un dolor nostálgico que me sorprendió. Ahora que estaba prometida a Roger, había supuesto que aquellas sensaciones no volverían a producirse.

—¿Cómo están tu esposa y tus hijas? —le pregunté, atónita por haber sacado el tema con tanta naturalidad.

Amaba a Roger con todo mi corazón y nunca lo traicionaría. ¿Por qué sentía la misma culpabilidad que experimentaría una esposa que estaba siéndole infiel a su marido?

—Todas están bien, gracias por preguntar —me respondió André, entregándome el agua y volviendo a su asiento—. Y ahora dime, ¿puedo hacer algo por ti?

—¿Puedes averiguar qué ha sucedido con Roger Delpierre? —le pregunté—. Quiero saber si es verdad que lo han detenido.

André me observó fijamente pero no dijo nada.

—Sabes el hombre al que me refiero, ¿verdad? El primero que entró en contacto contigo cuando te uniste a la red.

—Sí —respondió André—, lo recuerdo.

Miró fijamente su bebida durante tanto tiempo que yo recordé la noche en el hotel Adlon cuando me contó su relación con su padre. En un momento dado André y yo habíamos bromeado sobre mis clases de idiomas y al momento siguiente se había puesto de un humor muy lóbrego. André levantó la mirada. Volvía a observarme con ojos escrutadores, pero esta vez la pregunta que bailaba en ellos era diferente. Paseó la mirada por mi cuello y mi silueta. Me desconcerté al ver entonces lo que no había presenciado en todos aquellos años desde que se casó con la princesa de Letellier. Un relámpago me atravesó el corazón. André Blanchard todavía me amaba.

Tras una semana, se me pasó la hinchazón alrededor de la rodilla y recuperé un poco las fuerzas. Me di cuenta de que, si iba a actuar para «satisfacer» las expectativas de Von Loringhoven, necesitaba ensayar. Le envié una nota al director artístico del Adriana para decirle que tenía un piano en mi apartamento y que comenzaría a ensayar tan pronto como él me contratara a un pianista. Como no me tenía que probar ningún vestuario y preferí actuar sola, no me veía obligada a presentarme en el teatro hasta el ensayo final. Recibí su respuesta esa misma tarde, junto con un ramo de rosas tan enorme que el agente de la Gestapo tuvo dificultad para meterlo por la puerta. La nota decía:

Querida mademoiselle Fleurier:

Será un enorme placer que cante en el Adriana para celebrar la unión entre Francia y Alemania en la Nueva Europa.

Máxime Gaveau

Rompí la nota por la mitad. Yo había trabajado con Martin Meyer, Michel Gyarmathy y Erté. ¿Quién era aquel advenedizo llamado Máxime Gaveau? Eché las flores en el fregadero de la cocina y después recordé que el agente de la Gestapo podría volver a mi apartamento, así que, en su lugar, las metí en un cubo.

La verdad era que la nota de Gaveau me había demostrado la gravedad de lo que estaba a punto de hacer. No podía desairarle cuando yo también había accedido a colaborar con los alemanes. Puede que él estuviera colaborando por su propia ambición egoísta, pero yo estaba prestando mi nombre público y mi rostro para legitimar el Tercer Reich. Y lo que era aún peor, como posdata a la nota, Gaveau me informaba de que mi actuación iba a ser retransmitida por Radio France, así que no solo se enterarían de mi traición los miembros de la Resistencia de París, sino los de todo el país.

Más tarde, aquel mismo día, *madame* Goux me llamó desde la planta de abajo para decirme que André estaba subiendo las escaleras para verme. Me dio un salto el corazón al pensar que podía traerme buenas noticias sobre Roger. Cojeé hasta la puerta y la abrí de un golpe. Sin embargo, la sombría expresión de André me golpeó como un puñetazo en el estómago.

—Será mejor que te sientes —me dijo—. Te serviré algo de beber.

Durante un segundo no pude moverme.

—No me tengas sobre ascuas —le dije.

André me agarró de los hombros.

—Roger Delpierre fue detenido en Marsella. Pero no habló. Así que lo fusilaron.

Miré a André fijamente. Como mucho, estaba esperando escuchar que Roger había sido detenido. Nunca había considerado la posibilidad de que pudiera estar muerto. Se me doblaron las rodillas. André me ayudó a llegar hasta el sofá. ¿Roger? ¿Fusilado? El aroma de la lavanda me envolvió durante un instante; sentí las caricias de Roger en mis muslos. «No le pongas barreras a la felicidad, Simone».

André me cogió las manos. Sentí como si estuviera cayendo por un oscuro túnel. Recordé el primer viaje que Roger y yo habíamos hecho al sur junto con Ratón, el Juez y los demás. Todos nosotros habíamos estado juntos en aquella peligrosa misión, pero cada uno se había enfrentado a sus propios terrores personales a ser atrapados y ejecutados. Esa era la soledad que estaba sintiendo en aquel instante. André podía sostenerme todo lo firmemente que quisiera, pero no podría salvarme de que me hundiera en aquella pesadilla.

—Lo siento —me dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

Sabía que, a pesar de la punzada de celos que había sentido la semana anterior,

estaba siendo sincero.

—¿Ha podido haber algún error? —le pregunté.

—Roger Delpierre era el responsable de la red —me respondió—. He comprobado la historia con dos contactos diferentes. A juzgar por lo que todo el mundo sabe, la noticia es cierta.

Pensé en Roger dormido, con los brazos cruzados sobre el pecho como las alas de un ángel, y traté de recuperar el control de mí misma. Roger era un verdadero militar, me habría dicho que todavía había una guerra que luchar y que era mi deber ser fuerte, independientemente del sacrificio. Me volví hacia André.

—¿Y los niños y los soldados aliados que iban con Roger? ¿También los han atrapado?

André negó con la cabeza.

—Lo detuvieron a él solo. En un bar. Parece ser que actuó como señuelo para que los demás pudieran escapar.

Me sequé los ojos, pero fui incapaz de contener las lágrimas. Esto era lo que hacía la guerra. Nos arrebatava a las buenas personas. Uno de los pilotos a los que había acompañado para cruzar la línea me contó que había perdido a tantos amigos que no quería sentir cariño por nadie nunca más.

André me sirvió una bebida y después llamó a *madame* Goux, que estaba en el piso de abajo.

—Simone —me dijo, inclinándose para darme un beso en la mejilla—. Ahora tengo que irme, pero volveré a verte mañana. Lo mejor que puedo hacer para honrar la memoria de Delpierre es acabar lo que él empezó. Derrotar a los alemanes y ganar esta guerra.

Durante los días siguientes yací en mi dormitorio escuchando el sonido de mis pulmones, que luchaban por conseguir aire. André había dicho que la mejor manera de honrar la memoria de Roger era acabar lo que él había empezado. Pero yo había accedido a cantar para el alto mando de las SS. ¿Podía ser peor mi traición a Roger? En algún lugar entre el público estaría el hombre que había dado la orden de su ejecución. ¿De qué servía ganar esta guerra si yo había perdido a Roger? Había abierto unas puertas de mi corazón que yo creía cerradas para siempre. Después de amarle y perderle, ¿qué tipo de vida me quedaría por vivir? Miré fijamente el techo, las paredes, los muebles... Pero ninguno de ellos tenía respuestas para mí.

—*Maman!* —grité en mitad de la noche.

Dado que yo me encontraba bajo arresto domiciliario, le pedí a André que le contara a mi familia lo que había sucedido. Le rogué que les indicara, por su propia seguridad y por la de los agentes a su cargo, que no se pusieran en contacto conmigo.

—Diles a mi madre, a tía Yvette, a Bernard, a *madame* Ibert y a los Meyer que no pasa ni un solo día sin que piense en ellos.

Yo era un barco naufragando, haciendo aguas. Esta vez no había ninguna posibilidad de retirarme a la finca en busca de consuelo. Tenía que seguir navegando.

Tenía que cantar por las vidas de Odette y la pequeña Simone.

Cuando *madame* Goux anunció que había llegado el pianista del Adriana para el ensayo, me quedé totalmente estupefacta al ver aparecer a *monsieur* Dargent por la puerta de la sala de estar.

No había cambiado ni lo más mínimo desde la última vez que lo vi en Le Chat Espiègle, hacía dieciséis años. Llevaba un traje blanco con un clavel rosa en el ojal y su bigotillo curvilíneo tan rígido y negro como siempre.

—¡*Monsieur* Dargent!

—¡Mire en lo que se ha convertido usted! —exclamó, alzando las manos—. ¡La muchacha extraña que bailaba como una salvaje!

—Traté de ponerme en contacto con usted un par de veces —le dije—, para agradecerle que me diera mi primera oportunidad. Pero nunca he logrado seguirle la pista.

Profirió una de sus risas estertóreas.

—He estado viajando —me explicó, tapándose la boca con la mano—, ¡huyendo de los acreedores!

Algo en sus maneras me hizo sentir incómoda. Le conduje hasta la sala de estar.

—¿Así que es usted el pianista que me acompañará en los ensayos?

—No —replicó—. Soy el nuevo director del Adriana. Ahora me hago llamar Máxime Gaveau.

Se inclinó en una reverencia mientras hacía una floritura con la mano.

Se me hundió el alma a los pies. Era un vulgar colaboracionista. El titular legítimo de aquel cargo era Minot y aún podría ocuparlo de no ser por los nazis. Pero me recordé a mí misma que no le haría ningún favor a la Resistencia si demostraba mi ira.

Monsieur Dargent se enderezó de nuevo y me entregó unas partituras.

—Estas son las canciones de sus espectáculos anteriores. He pensado que podríamos hacer una retrospectiva. Además, también he encargado que le escriban algunos números nuevos; tienen que ser aprobados primero por la Propagandastaffel. Eso nos proporcionará unos días para ensayarlos antes del espectáculo.

No me alegré al oír aquello. Ya era bastante humillante tener que actuar para el alto mando enemigo, pero nunca había tenido la intención de cantar propaganda alemana.

Cuando el paquete de canciones llegó varios días más tarde, lo abrí con sombría aprensión. Leí detenidamente las letras de cada canción. Para mi alivio, parecían bastante inofensivas. Sin embargo, una de ellas me llamó la atención porque era muy misteriosa:

Cuando mi amor se enfríe

te dejaré por el calor de África.
Mirarás hacia el este y también hacia el centro,
pero no me encontrarás en la oscuridad de África,
a menos que me traigas la luz de tu antorcha

Con el paso de los años había aprendido a leer música, por lo que toqué la melodía en el piano con un solo dedo. Era una tonadilla suave. Los alemanes no permitían nada de *jazz*, lo llamaban «música de negros». Los versos me resultaban evocadores. Traté de cantarla, intentando averiguar dónde debía poner más énfasis y dónde debía mantener el tono. Cogí una pluma y cambié el verso que decía: «A menos que me traigas la luz de tu antorcha» por «A menos que me traigas tu luz».

Monsieur Dargent vino a ensayar conmigo al día siguiente. Hojeó las partituras y frunció el ceño cuando vio la canción sobre África.

—*Mademoiselle Fleurier*, ¿no le dije que no cambiara ni una sola letra?

—No.

—¿No le dije que la Propagandastaffel las había aprobado?

No lograba entender por qué se estaba poniendo tan frenético. Nada de lo que yo había alterado representaba ninguna diferencia en el significado de la canción. No recordaba que *monsieur Dargent* fuera tan puntilloso.

—Seguramente, la Propagandastaffel no podrá oponerse a estos pequeños cambios, ¿verdad? —le dije—. He cambiado la letra para que corresponda con la manera en la que quiero cantar la canción.

La expresión de su rostro se ensombreció. No logré interpretar aquello, pero parecía más de preocupación que de enfado. No añadió nada más, pero cuando se marchó tras el ensayo apenas le oí despedirse.

La reacción de *monsieur Dargent* me perturbó tanto que ensayé las canciones esa misma noche por mi cuenta, asegurándome de que no cambiaba ni una coma. Con el concierto a la vuelta de la esquina, y con las vidas de Odette y la pequeña Simone pendiendo de un hilo, no tenía ni la menor intención de oponerme a los nazis o, en su defecto, a los colaboracionistas.

Mi último ensayo en el *Adriana* tuvo lugar uno de esos lúgubres días en los que el cielo de París se cubre de nubes y lo tiñe todo de un fúnebre gris. Recorrí con la mirada el aterciopelado telón y el mobiliario art decó, los espejos y las puertas metálicas. La primera vez que canté allí, había temblado de pies a cabeza por los nervios. Entonces pensaba que lo más importante en el mundo era ser una estrella. Ahora no podía concentrarme en nada excepto en cuánto deseaba que se terminara la tortura de aquella noche lo más rápido posible. Y si me hubiera preguntado a mí misma si me sentía satisfecha por haberme hecho famosa, me habría contestado que hubiera deseado ser cualquier otra persona antes que Simone Fleurier, «la mujer más sensacional del mundo». Mi estrellato era un arma que los alemanes iban a utilizar contra Francia.

Me quedé en el teatro el tiempo justo para ensayar mis canciones. *Monsieur Dargent* me mostró el programa, pero no me interesaba qué iban a hacer los artistas en el resto de los números. Había unos trapeceistas austríacos, «de fama mundial», según *monsieur Dargent*; una cantante de ópera, «la mejor de Alemania»; y una tropa de cantantes y bailarines de cabaré provenientes de Berlín. Era irónico que yo, con mi bronceado aspecto mediterráneo, fuera a protagonizar un espectáculo entre tantos perfectos especímenes de raza aria. Sin embargo, aquella era la incongruencia de la fama en Europa: yo era más conocida —y más venerada— que cualquiera de ellos.

Antes de la actuación de aquella noche me senté en el camerino para escuchar el crujido de los suelos de la oficina de *monsieur Dargent*, que se encontraba en la planta de arriba, y el ruido de la orquesta, que estaba afinando abajo. No había ninguna *Kira* para hacer las veces de mi amuleto de buena suerte, ni tampoco había ningún *Minot* para enviarme una botella de champán. Estaba sola. Sentarme en el camerino de la estrella protagonista me trajo recuerdos de *Bonjour, Paris! C'est moi!* Había sido el espectáculo más deslumbrante jamás visto en París. Los escenarios y el vestuario eran suntuosos y todas las coristas eran rubias, para que yo, tal y como *Minot* lo había formulado, «destacara entre ellas como una magnífica perla negra». Ahora, la perla negra actuaría delante de la bandera nazi. Apoyé la cabeza entre los brazos y me pregunté dónde estarían *Odette* y la pequeña *Simone*. ¿Sabrían que mañana iban a ser libres? Guardaría para siempre el recuerdo de los ojos verdes de *Roger* y de su determinación inquebrantable en lo más hondo de mi corazón. Pero esta noche tenía que procurar mantener su recuerdo en la esquina más recóndita de mi mente para poder pasar por lo que estaba a punto de hacer.

Sonó un golpe en mi puerta. Sabía que no se trataba de la ayudante de vestuario: solo iba a ponerme un vestido negro, así que no me hacía falta ayuda.

—¿Quién es?

—Soy yo, *Gaveau* —respondió *monsieur Dargent*—. Necesito hablar con usted.

Todavía no me había puesto el vestido ni me había peinado. Me envolví un kimono sobre la ropa interior y abrí la puerta. *Monsieur Dargent* me empujó para abrirse paso y se sentó en el taburete de mi mesa de maquillaje. Le temblaban las manos y tenía el semblante pálido. Me pregunté por qué estaría tan agitado. No podía ser porque hubiera algo incorrecto en mi actuación, excepto porque a los alemanes pudiera no gustarles. Solamente había unas pocas canciones nuevas, no iba a bailar, no habría cambios de escenario, de atrezo o de vestuario. Ni siquiera iba a hacer mi entrada como de costumbre, descendiendo una escalinata, ni tendría que mantener el equilibrio sosteniendo sobre el cuello un complejo tocado. Y si la grabación de *Radio France* salía mal, aquello no era responsabilidad ni mía ni suya.

—¿Qué sucede? —le pregunté, sirviéndole un vaso de agua de una jarra que tenía sobre mi mesa.

¿Quizá *monsieur Dargent* sentía que aquello le venía grande? Esa era su primera gran producción en el teatro desde hacía años y, por mucho que le tuviera cariño,

sabía que no era ningún Minot.

—El otro día no tenía permiso para explicarle la situación —me dijo, bebiendo un sorbo de agua—. Pero ahora sí. Cantó usted las canciones perfectamente durante el ensayo, pero estoy preocupado por que se le ocurra cambiar algo durante la representación. Tengo que repetirle que debe cantar la canción de África tal y como está escrita.

Me incliné sobre el tocador. Estaba dándole demasiada importancia a la precisión de la letra, que en mi opinión no era tan importante como la música para cualquiera salvo para el letrista. Además, iba a cantar yo sola, así que tampoco corría el riesgo de retrasar a los cantantes que me acompañaran si cambiaba alguna palabra aquí o allá.

Monsieur Dargent se percató de que yo había fruncido el ceño y dejó escapar un suspiro.

—Podría usted arruinarlo todo —continuó—. Por eso, hemos decidido que es mejor contarle qué sucede. Las letras de esa canción son de vital importancia para el esfuerzo bélico.

Me puse rígida. Ahora todo tenía sentido. Recordé la letra, tratando de descifrar qué querría decir. No era lo suficientemente específica para ser ningún tipo de propaganda. Cuando me concentré en ella, me sonó a algo parecido a una descripción de ubicaciones estratégicas. O quizá un código.

—¿El esfuerzo bélico de quién? —le pregunté—. No tengo intención de ayudar a los alemanes de ningún modo.

A *monsieur* Dargent le brillaron los ojos.

—¿De qué habla? —susurró—. Usted y yo estamos en el mismo bando. Cuando cante la letra de la canción de África, estará informando a la Resistencia de que los Aliados y la Francia Libre de De Gaulle están a punto de atacar. La Resistencia debe estar preparada, porque cuando los Aliados ataquen, los alemanes ocuparán también el sur de Francia. A través de Radio France, se transmitirá el mensaje mediante los operadores de radio a los maquis.

Le contemplé con recelo. Él era un colaboracionista. Me resultaba más fácil creer que cualquier mensaje que la canción contuviera lo hubieran introducido en ella los alemanes para confundir a la Resistencia, no para ayudarla.

—Me está usted utilizando —le espeté.

—*Mon Dieu!* ¿Por quién me toma? —maldijo *monsieur* Dargent, poniéndose en pie—. Usted y yo trabajamos para la misma red. —Se terminó el agua de un trago y negó con la cabeza con expresión de indignación—. Clifton ya me advirtió que me lo pondría usted difícil.

Me recorrió un escalofrío por la espalda. Al principio, no estaba segura de haberle oído correctamente.

—¿Quién? ¿Quién ha dicho eso? —le pregunté ansiosamente.

Traté de mantenerme tranquila, pero no funcionó. Me temblaron las manos. Quizá

Clifton era un apellido británico muy común.

Monsieur Dargent tragó saliva tan bruscamente que su nuez de Adán se le deslizó abajo y arriba.

—Se suponía que no debía decírselo. Se me ha escapado.

Corrí hacia *monsieur* Dargent y lo agarré por los brazos.

—¿El capitán Roger Clifton? ¿Nombre código: Delpierre?

Monsieur Dargent cerró los ojos con fuerza. Yo le clavé los dedos en la piel.

—¿El capitán Roger Clifton? ¿Nombre código: Delpierre? —repetí con voz aguda.

Monsieur Dargent me apartó de un empujón.

—Él me dijo que sería usted muy terca, *mademoiselle* Fleurier. Y tenía razón. Pero tanto para su propia seguridad como para la de él, será mejor que no le diga nada más.

Sentí una comezón bajo la piel. Durante toda mi vida no había habido más que una sola persona que se había referido a mí como «terca». Repentinamente, salí de un golpe de las tinieblas a la luz del sol. Me eché sobre *monsieur* Dargent de nuevo.

—¡Roger está vivo! —exclamé—. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cómo logró escapar de los nazis?

—Nunca le llegaron a atrapar —concedió *monsieur* Dargent—. Se enteró de que la habían capturado y volvió a París a por usted. El agente doble difundió el rumor de su detención y ejecución para confundir a la red.

—¿Todavía está en París?

Monsieur Dargent negó con la cabeza.

—Se marcha esta noche a Londres en avión.

El director de escena alemán llamó a la puerta.

—¡Diez minutos para la llamada a escena!

¿Solo diez minutos? No me había puesto el vestido ni me había peinado. Pero Roger era más importante que la actuación en ese momento. Estaba a punto de preguntarle a *monsieur* Dargent si podía hacerle llegar un mensaje a Roger antes de que se marchara de París, pero él levanto una mano.

—Ya está bien, *mademoiselle* Fleurier. Dese prisa y vístase. Que disguste usted a los alemanes no nos llevará a ninguna parte.

Me volví hacia el espejo. La felicidad bulló en mi interior. ¡Roger estaba vivo! Absorbí todas las sensaciones de mi cuerpo, desde el cosquilleo de los dedos de los pies hasta la sangre que corría veloz por mis venas. Deseaba levantar los brazos bien alto y pregonar las buenas noticias a todo aquel que quisiera escucharlas, aunque, por supuesto, no podía hacer tal cosa. Roger estaba vivo y me había hecho un regalo: ¡iba a ayudar a la Resistencia, no a traicionarla!

—*Bonjour, Paris!* —entoné y saludé con la mano, introduciéndome en el escenario por uno de los bastidores.

Los alemanes aplaudieron. Más allá de los focos, podía ver las filas de negros

uniformes de las SS que se expandían por todos lados hasta los palcos, como cientos de arañas que esperaban en sus agujeros. Pero por muy repulsivo que fuera mi público y a pesar de lo que representarían, no podía contener la luz que brillaba en mi interior. Me recorría las piernas y la columna vertebral. La alegría que me producía era tan cálida que pensé que en cualquier momento acabaría por arder.

«¡Soy yo! Esta noche, de entre todas las noches, las estrellas saldrán y brillarán. Brillarán para que las vea todo París».

El técnico de grabación de Radio France estaba sentado en el foso de la orquesta. Le dediqué una sonrisa, la más amplia que le había dedicado nunca a un colaboracionista. Él y yo éramos camaradas esa noche. Él no lo sabía, pero ambos les estábamos cantando las buenas noticias a la Resistencia.

A los alemanes les estaba gustando tanto lo que veían que volvieron a aplaudir. A pesar del dolor que aún sentía en las costillas por la paliza de la Gestapo, mi voz nunca había sonado tan potente. Mi alma cantaba junto a ella. Aquella era la cumbre de mi vida; uno de esos momentos en los que el telón se abre y uno de repente sabe que lo que está haciendo es para lo que ha nacido, que está cumpliendo su objetivo en este mundo. En ese momento, sí que me sentí feliz por ser Simone Fleurier y me emocionó que los Aliados pudieran hacer uso de mí.

El coronel Von Loringhoven estaba sentado en un palco junto a Karl Oberg y Camille. La orquesta comenzó a tocar *La bouteille est vide* y yo dirigí mi voz hacia ellos.

Cuanto más consigues,
más quieres;
quieres más y más,
y luego todo se va

Karl Oberg sonrió y profirió una carcajada autosuficiente. Von Loringhoven le miró de reojo y luego volvió a mirarme a mí. Se acomodó en su asiento, satisfecho consigo mismo. «Sonreíd, sonreíd mientras podáis —pensé—. Muy pronto se os terminará la suerte».

¡La! ¡La! ¡Bum! Aquí viene Jean
en su nuevo Voisin.
¡La! ¡La! ¡Bum! Y pregunta: «¿Qué haces?».
¿Qué le puedo decir?
¡La! ¡La! ¡Bum! ¿Que estoy tendiendo la ropa?

Tenía ganas de echarme a reír por la comicidad de todo el asunto. Durante la canción del Voisin me sentí tan aturdida que tuve que recordarme a mí misma que no debía parecer tan complacida porque quizá eso levantaría las sospechas de Von Loringhoven. Canté mis canciones de tango con toda la carga trágica y la congoja que

se merecían, pero la única manera en la que pude sonar auténtica fue pensando en lo que había ocasionado principalmente que comenzara mi trabajo en la red: la masacre de los niños belgas.

Sin embargo, el gran final fue el momento más importante de todos.

Cuando mi amor se enfríe
te dejaré por el calor de África.
Mirarás hacia el este y también hacia el centro,
pero no me encontrarás en la oscuridad de África,
a menos que me traigas la luz de tu antorcha

Canté aquellas palabras con todo mi corazón. Los encandilados soldados de las SS que me contemplaban boquiabiertos debían de estar convencidos de que la estaba interpretando para ellos, pero cuando miré hacia el público ni siquiera los vi. Estaba cantando para Roger, para Odette y la pequeña Simone, para mi familia, para *monsieur* Etienne y Joseph, para el general De Gaulle, para Minot y Ratón y el Juez, para André y todos los miembros de la Resistencia. Cantaba por mi padre y por Francia. No me permití a mí misma pensar en los hombres que tenía delante, muchos de los cuales habían torturado y ejecutado a miembros de la Resistencia.

Aunque odiaba a aquellos hombres de las SS con todo mi ser, ellos me adoraban. Cuando terminé la canción, el público se puso en pie para aplaudirme. Hice una elegante reverencia y me deslicé entre bastidores.

—¡Bravo! —gritaban—. ¡Otra! ¡Otra!

Monsieur Dargent estaba de pie entre bambalinas. Intercambiamos una sonrisa. El público jaleó y aplaudió con más fuerza.

—¡Vamos! —me animó *monsieur* Dargent—. Es usted la artista. Dele a su público lo que desea.

Corrí de vuelta al escenario y me detuve frente al fondo del que colgaba una enorme esvástica. Canté la canción de África toda entera de nuevo.

El público aún gritaba para que siguiera cantando cuando el telón cayó después del quinto bis. Si hubiera caído muerta allí mismo, lo habría hecho siendo la mujer más feliz del universo.

En noviembre, los Aliados atacaron los enclaves del Eje en el norte de África. La operación fue todo un éxito, y dio a las fuerzas una base para rescatar no solo a Francia sino también a Italia. Cuando André nos comunicó las noticias, *madame Goux* y yo nos abrazamos, presionando la una contra la otra nuestras húmedas mejillas llenas de lágrimas y riéndonos de la alegría. En medio del manto de oscuridad que había cubierto nuestras vidas, una llama de esperanza volvía a brillar. Por supuesto, entonces no éramos conscientes de que los Aliados tardarían otros dos años más en entrar en Francia y que la vida se iba a poner aún más difícil antes de mejorar.

Tal y como *monsieur Dargent* había predicho, los alemanes se apresuraron a pasar la línea de demarcación y ocuparon el sur de Francia para «defendernos» contra el enemigo. A medida que aumentaba la moral entre los miembros de la Resistencia y que Gran Bretaña y De Gaulle redoblaban sus esfuerzos para armar a los maquis como preparación para una invasión aliada, la represión de los alemanes se volvió más brutal. Se formó la Milicia: un ejército francés a las órdenes de la Gestapo formado por los peores elementos de la sociedad, entre los que se incluían delincuentes que habían intercambiado su condena de prisión por la posibilidad de perseguir a los miembros de la Resistencia.

Se empezó a sospechar de André y de su esposa y, para evitar comprometer la seguridad de la red, André tuvo que cortar lazos con la organización, aunque todavía realizaba muchos pagos mediante su hermana Veronique, que vivía en Marsella. Puesto que André ya no podía actuar como informante intermediario, dejé de recibir noticias de Pays de Sault. Sin embargo, André sí tenía acceso a una radio en una de sus fábricas, y por la BBC supimos que los rusos habían avanzado, obligando a los alemanes a replegarse hacia Berlín. Puesto que la gente dentro de los países que conquistaban se había mostrado dispuesta a cooperar con ellos, los nazis esperaban que sus países satélites se organizaran en gran parte de manera autónoma. Aunque no se habían equivocado en muchos aspectos, no habían contado con la pasión de la Resistencia no solo en Francia, sino en Austria, en Dinamarca, en Polonia, en Bélgica, en Holanda, en Checoslovaquia, en Italia, en Noruega e incluso en la propia Alemania. El conde Kessler se habría sentido orgulloso de los jóvenes alemanes y alemanas que estaban luchando con valentía en el mismísimo ojo del huracán. Incluso aunque desgraciadamente fueran pocos, los rebeldes clandestinos estaban listos para luchar hasta la muerte, una prueba de que a veces la pasión podía tener más peso que el poder.

Durante el último año de la guerra, me despertaba cada mañana por el

chisporroteo escalofriante de los tiroteos. Por cada soldado alemán al que mataba la Resistencia en París, se llevaban a diez prisioneros franceses, muchos de ellos de la Resistencia también, al Bois de Boulogne y se les fusilaba allí. Aunque los miembros de la Resistencia siempre habían sabido que podían pagar su patriotismo con sus propias vidas, el terror se apoderó de París cuando los alemanes comenzaron a quedarse sin miembros de la Resistencia encarcelados y empezaron a detener a civiles.

Todos los días, cuando *madame* Goux iba a comprar nuestras raciones de comida acompañada por un agente de la Gestapo, leía las notificaciones de los fallecidos pegadas en la pared de la panadería. Así fue como nos enteramos de la ejecución de *madame* Baquet, la propietaria del Café des Singes. *Madame* Baquet estaba esperando en el Hotel de Ville para renovar sus papeles de trabajo cuando los agentes de la Gestapo entraron a la carrera, empeñados en vengarse por un acto de sabotaje llevado a cabo por la Resistencia. Ya habían vaciado la comisaría local de prostitutas, ancianos indigentes y maridos borrachos, pero aun así no tenían suficientes personas para llenar su cupo de fusilamientos. Por eso, detuvieron a los civiles que estaban en el vestíbulo: un estudiante, dos amas de casa, un médico, una bibliotecaria, un abogado y *madame* Baquet. A la mañana siguiente, aquel corrillo de gentes aterrorizadas fue conducido entre la moteada luz de los árboles del bosque. Nunca volví a poner el pie en el Bois de Boulogne después de enterarme de aquel incidente, pero se rumoreaba que las marcas de los balazos todavía se veían en los troncos de los árboles circundantes muchos años después.

En verano de 1944 la marea ya no pudo contenerse durante más tiempo. André logró traerme a escondidas un transmisor de radio desmontado, burlando a los guardias apostados en el exterior de mi apartamento, y juntos escuchamos la voz bronca de De Gaulle anunciando: «Este será el año de su liberación». Por fin algo estaba sucediendo.

París comenzó a tener el aspecto de una ciudad en guerra. Los camiones alemanes salieron a toda prisa de la ciudad y pocos días más tarde regresaron cargados de soldados heridos. André y yo nos encontramos de nuevo para escuchar la BBC, pero esta vez la señal estaba bloqueada. La comida empezó a escasear, no había leche ni carne en ninguna tienda. El abastecimiento de gas y electricidad estaba restringido a ciertos momentos del día. El *métro* dejó de funcionar. Fue *monsieur* Dargent quien nos comunicó la emocionante noticia de que los Aliados habían desembarcado en Normandía y de que estaban haciendo retroceder al ejército alemán.

Hacia agosto quedó claro que los alemanes estaban perdiendo la guerra. Dejaron de ser la orgullosa fuerza militar que había entrado en París. Como la mayoría de los soldados estaban siendo evacuados, los que se quedaron atrás para proteger la retaguardia se movían de aquí para allá en grupos, aterrorizados por lo que pudiera sucederles si se separaban de su unidad. Sus funcionarios y sus organizaciones auxiliares formadas por mujeres fueron evacuados en autobuses. *Madame* Goux me

relató la historia de un autobús cargado de alemanas, esposas de militares, que decían adiós con la mano, con lágrimas en los ojos, a los parisinos que pasaban por la acera, que a su vez se preguntaban qué sucedía. El gesto de despedida de *madame* Goux fue llenarse la boca con toda la saliva que pudo y proyectarla hacia el parabrisas del autobús. No obstante, el detalle más significativo de aquella historia era que el soldado alemán que la acompañaba no le había dicho ni una palabra.

En mitad del mes de agosto, surgieron rumores de que los Aliados habían desembarcado en el sur y que, con la ayuda de los maquis, estaban persiguiendo a los alemanes y a la Milicia para que salieran de sus reductos. Los policías parisinos, aprovechando la ocasión para limpiar cuatro años de vergüenza, se quitaron los uniformes, pero se quedaron con sus armas. El número de integrantes de la Resistencia activa aumentó enormemente. Puede que a los policías les hubieran encargado la tarea de entregar París al ejército alemán en 1940, pero ahora estaban ansiosos por mostrarle la puerta de salida al enemigo.

Madame Goux y yo nos abrazamos con fuerza en mi apartamento mientras escuchábamos el intercambio de tiroteos entre los alemanes y la Resistencia. Mantuvimos una vela encendida, aunque no era fácil conseguirlas, y rezamos por París y por los hombres y mujeres que estaban muriendo. Los franceses tomaron las calles, no solo en nuestro vecindario, sino también en la orilla izquierda y en los suburbios. Construyeron barricadas para detener a los alemanes que escapaban o que patrullaban la ciudad en tanques. *Madame* Goux y yo rasgamos unas sábanas para hacer vendas para la Cruz Roja y los soldados alemanes que nos vigilaban ahora que la Gestapo había huido nos permitieron llevarlas al hospital. Obligadas por la Convención de Ginebra, las enfermeras de la Cruz Roja estaban atendiendo tanto a los miembros de la Resistencia como a los alemanes.

Entonces, una calurosa noche de agosto mientras yo estaba tomando un baño, cesó el fragor de la batalla. El silencio tras tanta violencia resultaba desconcertante. Un momento después, comenzaron a sonar las campanas de Notre Dame. Me sequé y me envolví en un kimono. Corrí a la ventana y abrí los postigos de un golpe. Las campanas de Saint Séverin se unieron a las de Notre Dame y yo me asomé a la noche, preguntándome qué habría sucedido. Las luces de los edificios cercanos al Sena se encendieron, parpadearon y volvieron a apagarse. De repente, las campanas de Saint Jacques, de Saint Eustache y de Saint Gervais comenzaron a resonar en mitad de la noche.

Corrí escaleras abajo para encontrar a *madame* Goux de pie en el portal, con el rostro demacrado y los ojos abiertos como platos.

—¿Qué significan esas campanas? —me preguntó.

Fue entonces cuando me percaté de que los dos soldados alemanes que nos vigilaban habían desaparecido. Bajé corriendo el tramo de escaleras que me faltaba para llegar abajo y rodeé entre mis brazos a *madame* Goux. Sabía que nunca jamás olvidaría aquel momento. El abrazo que intercambiamos me hizo daño en las

costillas, pero me inflamó el corazón.

—¡Significa que los Aliados han ganado la guerra! —exclamé—. ¡París es libre!

Durante la primera ola de euforia parecía que nuestra alegría duraría eternamente. Las banderas tricolor ondeaban en las ventanas y las puertas, algunas de ellas habían sido elaboradas precipitadamente con cualquier cosa que estuviera a mano: un mantel blanco, una chaqueta roja, una camisa azul... A pesar de los restos de cristales que se amontonaban en las calles y de las balas perdidas disparadas por los soldados alemanes que aún no habían recibido aviso de su capitulación, no podíamos quedarnos en casa durante más tiempo. El aire estival se llenó de la conmovedora melodía de la *Marsellesa*, que en su momento se había prohibido, pero que ahora se cantaba en cada esquina.

Caminé por todas las calles de París, igual que cuando llegué por primera vez en los años veinte, pero a medida que pasaba por delante de los cafés y de los grupos de gente que se arremolinaba alrededor de los monumentos o de los tanques aliados plagados de flores, fui cayendo en la cuenta de que nuestra felicidad era una especie de farsa. ¿Cómo podría París ser la misma? Había agujeros de bala en muchas de las fachadas de los edificios y las flores colocadas en las calles y en las aceras estaban allí para conmemorar el lugar en el que algún miembro de la Resistencia había dado su vida por Francia. «Aquí murió Jean Sauvaire, que luchó con valentía por su país».

Sin embargo, lamentablemente había habido muy pocas personas que se hubieran resistido a la invasión. ¿Qué sucedía con aquellos que se habían quedado de brazos cruzados, o peor, que habían colaborado con los alemanes activamente? Ya había oído que a las mujeres que habían tenido amantes alemanes les rapaban la cabeza y las hacían pasear así por las calles, y se habían encontrado los cuerpos de algunos colaboracionistas flotando cabeza abajo en las aguas del Sena.

Se esperaba que el general De Gaulle hiciera su primera comparecencia oficial en París unos días después de que los Aliados hubieran entrado en la ciudad. Nos enteramos por la policía que patrullaba en los alrededores del Arco del Triunfo de que el general desfilaría esa tarde por los Campos Elíseos. Me sentía impaciente por ver al hombre que no había sido más que una voz incorpórea durante todos aquellos años de guerra, una voz que me había inspirado tanto que me había sentido dispuesta a arriesgar mi vida por su llamamiento.

Como el comedor y el balcón de mi apartamento daban a la avenida, invité a André y a *monsieur* Dargent a que se nos unieran para el almuerzo. *Madame* Goux y yo nos esforzamos por preparar el mayor festín que pudimos: tomates, un poco de lechuga mustia, pan y queso de cabra. Colocamos la mesa cerca de las puertas del balcón y la engalanamos con servilletas rojas, blancas y azules. Después de poner el champán en hielo, miré el reloj y constaté con sorpresa que André y *monsieur* Dargent llegaban media hora tarde. Me sorprendió especialmente por parte de André, que normalmente era tan puntual.

—¡Mire esto! —exclamó *madame* Goux, llamándome desde el balcón.

Desplegó una bandera tricolor que había logrado tejer de alguna manera durante los últimos días. Me eché a reír al ver aquella bandera de lana, cuyas esquinas se rizaban sobre sí mismas.

Estaba a punto de ofrecerle algo de beber cuando oímos unos violentos golpes en la puerta que nos sobresaltaron a ambas. Corrí hacia el recibidor y pregunté:

—¿Quién es?

Sin embargo, el visitante respondió golpeando brutalmente de nuevo la puerta. Estaba claro que no podían ser ni André ni *monsieur* Dargent.

—Yo abriré —dijo *madame* Goux, quitando el pestillo antes de que pudiera detenerla.

Abrió la puerta y tres hombres armados se apresuraron a entrar: uno de ellos blandía una metralleta como si estuviera esperando encontrar un apartamento lleno de alemanes. Iban sin afeitar y despedían un olor a sudor rancio, pero llevaban pintado el orgullo en sus duras facciones. Contemplé los brazaletes de las FFI que llevaban sobre las mangas de las camisas. Eran hombres de De Gaulle, pertenecientes a las Fuerzas Francesas del Interior.

—Pasen —les dije, suponiendo que debían de estar buscando lugares estratégicos en los que colocarse para detectar a posibles francotiradores sobre los Campos Elíseos. Algunas personas habían considerado prematuro que De Gaulle desfilara al aire libre cuando todavía había grupos insurgentes resistiendo en la ciudad. Sin embargo, el general había insistido en dar la enhorabuena a los ciudadanos de París por su contribución en la liberación.

—Por favor, utilicen los balcones o ventanas que necesiten. Y sírvanse la comida que quieran. No tenemos mucha, pero están ustedes invitados.

Un destello de sorpresa se pintó en el rostro del soldado que estaba más cerca de mí.

—¿*Mademoiselle* Fleurier? —ladró.

—Sí, soy yo.

Me desconcertó la ferocidad de su voz.

—Por orden de la policía de París, queda usted detenida —anunció—. Tiene usted que acompañarnos inmediatamente.

Me quedé inmóvil. Me sentí demasiado estupefacta como para asimilar sus órdenes. El soldado me miró fijamente desde arriba, como si yo le estuviera desafiando.

—Se la acusa de colaboracionismo y por esa razón tiene que acompañarnos a la comisaría.

Observé a *madame* Goux, cuya expresión boquiabierta demostraba que estaba tan sorprendida como yo.

—Está usted de broma, ¿verdad? —exclamó—. *Mademoiselle* Fleurier no es una colaboracionista. Ella ha formado parte de la Resistencia. Ha estado oponiéndose a los alemanes desde el momento en que ocuparon París. ¿Por qué si no la iban a tener

bajo arresto domiciliario?

El soldado se encogió de hombros.

—Eso no es lo que dicen nuestros informes. Pero si es así, entonces podrá aclararlo todo en la comisaría.

Noté la cabeza ligera. Traté de pensar con claridad. Lo mejor que podía hacer era cooperar. No podían encontrarme culpable de colaboracionismo aunque hubieran logrado acusarme de ello, ¿verdad? Tenía que aclarar las cosas.

Cogí mi bolso del aparador y apoyé la mano sobre el brazo de *madame Goux*.

—No se preocupe —la tranquilicé—. Tiene que tratarse de algún error. Continúe con la celebración junto con los demás cuando lleguen. Estoy segura de que todo se aclarará y estaré de vuelta para tomar el té de la tarde con ustedes.

La comisaría a la que me llevaron aquellos hombres tenía el aspecto del andén de una estación ferroviaria. Los soldados marchaban arriba y abajo por el vestíbulo con pistolas a un lado mientras la policía comprobaba los papeles de los detenidos de ojos legañosos, muchos de los cuales parecían haber sido arrancados de entre las sábanas. Me condujeron a una fila de sillas y me hicieron sentarme junto a una anciana que llevaba puesto un camisón y unas pantuflas. Miré a mi alrededor la zona de espera y vi que Jacques Noir estaba sentado frente a mí, con la cabeza entre las manos. ¿Acaso me iban a confundir a mí con alguien como él? Noir había traspasado barreras: incluso había actuado ante Hitler en Berlín. Miré la hora de mi reloj. Si todo este malentendido se aclaraba rápidamente, podría volver a tiempo para ver el desfile.

Después de verificar mis papeles, me condujeron a una celda. Estaba llena a reventar con el grupo de mujeres más heterogéneo que había visto en mi vida. Al menos la mitad de ellas eran prostitutas, mientras que el resto tenían aspecto de tenderas y de amas de casa, excepto tres mujeres vestidas muy elegantes que se habían acurrucado juntas en un camastro.

—¿Qué crees que van a hacernos? —gimoteó una de las mujeres, mesándose sus tirabuzones pelirrojos—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué van a hacer con nosotras?

Me resultaba muy familiar y traté de ubicarla. Entonces me di cuenta de que era una de las mujeres contra las que había competido en el *Concours d'élégance automobile*, una antigua amiga de André. Él me había contado cuáles habían sido los tejemanejes que había llevado a cabo aquella mujer durante la guerra. Había encontrado un perverso placer en denunciar a miembros de la Resistencia y a judíos, incluida su propia ama de llaves. No lo hacía por la recompensa, nunca reclamaba el dinero. Lo hacía porque lo consideraba un juego divertido.

—Espero que te fusilen —le dijo una de las prostitutas—. A ver si nos dejás en paz de una vez.

Yo esperaba que la fusilaran por lo que había hecho y me sorprendió la vehemencia con la que me hirvió la sangre al pensar en ello. No me creía capaz de sentir tanto odio. Miré el reloj: eran casi las tres. El general De Gaulle ya habría emprendido su desfile.

Algo más tarde, un soldado abrió la puerta y dijo mi nombre. Por el modo en el que el resto de las mujeres tembló, bien podría estar llamándome para ponerme delante de un pelotón de fusilamiento. El soldado me condujo dos pisos más arriba hasta una sala de interrogatorios. Contemplé a un teniente de mandíbula firme sentado ante una mesa.

—Tome asiento —me indicó.

Hice lo que me dijo y el teniente leyó la lista de acusaciones contra mí. Sentí un cosquilleo en la piel ante las palabras: «Pasar información de la inteligencia al enemigo» y «traición». Aquellos eran cargos graves, mucho más que mero colaboracionismo, y estaban castigados con la muerte.

—¿Quién me ha denunciado? —pregunté—. Ha tenido que haber algún error.

Me dedicó una mirada que indicaba que había estado escuchando aquellas palabras durante todo el día y que, por una vez, deseaba ver a alguien admitiendo su culpabilidad.

—No puedo darle nombres, pero usted actuó para los alemanes y los informes del Deuxième Bureau apoyan los cargos de traición.

Merde! Los informes que Ratón había «modificado». Pero ¿quién me había denunciado? ¿Una rival celosa intentando anotarse un punto?

—Yo trabajé para una red —le aseguré al teniente, tratando de sonar lo más tranquila y objetiva que pude, aunque su actitud había mermado mi confianza—. Acompañé a militares aliados y a soldados franceses a cruzar la línea de demarcación. Ayudada por mi portera, *madame Goux*, y mi vecina, *madame Ibert*.

—¿Y dónde están ellas ahora? —me preguntó, anotando sus nombres en un trozo de papel.

Le contesté que *madame Goux* se encontraba en mi apartamento y que *madame Ibert* estaba en el sur.

—Todavía no podemos ponernos en contacto con el sur, pero haré que interroguen a *madame Goux*. ¿Cuál era el nombre de su contacto dentro de la red?

—Roger Clifton... Es decir, Roger Delpierre.

Detesté escuchar como me temblaba la voz. Comencé a comprender que quizá no sería tan fácil demostrar mi inocencia como yo había creído. Había asumido que Roger se habría puesto en contacto con el Ejecutivo de Operaciones Especiales o bien se habría unido a las Fuerzas Aéreas Británicas cuando regresó a Londres. Pero no le había visto ni había sabido nada de él durante casi dos años. La guerra había terminado en Francia, pero no era así en todas partes. Puede que pasaran meses hasta que Roger pudiera llegar hasta mí. Y con De Gaulle y Churchill luchando desde campos distintos, puede que las FH no supieran ni quién era.

El teniente me contempló evaluándome.

—¿La línea Garrow-O'Leary? ¡Eso sí que es una buena reivindicación, *mademoiselle Fleurier!* Además de su portera, ¿conoce usted a algún otro francés que ocupe algún cargo de responsabilidad y que pueda responder por usted?

—Me introduje en la red después de que me lo pidieran dos miembros del Deuxième Bureau.

—¿Y cómo se llaman?

Estaba a punto de decirle que Ratón y el Juez, cuando me di cuenta de que aquellos no eran sus verdaderos nombres. No tenía ni la menor idea de cómo se llamaban en realidad. Traté de explicárselo al teniente. Dejó escapar un suspiro y se reclinó en su silla.

—Si no sabe sus nombres, ¿hay alguien más?

—Sí —respondí—. André Blanchard.

El teniente me contempló fijamente.

—André Blanchard ha sido detenido y se le han imputado cargos muy graves. Suministró uniformes al ejército alemán mientras su cuñado fabricaba armas.

—André es un patriota —repliqué—. Dio dinero y ropa a la red. Sin su ayuda, no habríamos sido capaces de salvar a todos los militares a los que ayudamos.

Mi voz sonó mucho más convincente sobre la inocencia de André que sobre la mía propia. Aquello pareció impresionar al teniente.

—El tendrá derecho a un juicio justo, igual que usted —declaró, poniéndose en pie y abriendo la puerta.

Llamó a un soldado y se volvió hacia mí.

—Lo que me parece más increíble —comentó, frotándose las manos— es que durante la guerra nunca fuimos en París más de unos cientos de personas involucradas en la Resistencia. Pero en los dos últimos días, solamente en esta comisaría, hemos entrevistado a más de quinientos colaboracionistas reconocidos que han insistido en que ellos realmente trabajaban para la Resistencia. ¿Cómo puede ser eso posible?

Me llevaron a la prisión Cherche-Midi, el mismo lugar en el que me habían internado los alemanes. Aunque en esta ocasión no me dieron una paliza y sí me proporcionaron agua y comida adecuadas, me sentía mucho más aterrorizada que cuando me encarceló el enemigo. Esta vez era inocente y la gente que me estaba reteniendo era francesa. La nueva administración parecía decidida a perseguir y castigar a los colaboracionistas antes de que pudieran escapar. Cuando oí el repiqueteo de las balas a la mañana siguiente, me pregunté cuánto tiempo dedicaría la policía a reunir pruebas para apoyar la acusación de los cargos que pesaban sobre mí.

Después de un desayuno compuesto por pan y sucedáneo de café, un guardia me condujo al patio donde las internas hacían ejercicio. Había cerca de diez mujeres más aparte de mí allí, y al verlas se me revolvió el estómago. Les habían afeitado la cabeza y les habían tatuado esvásticas por todo el cuerpo.

Una muchacha temblorosa no llevaba puesta más que una camisola. Trató de cubrir su desnudez haciéndose un ovillo en una esquina. Yo todavía llevaba la ropa del día anterior, así que le di mi bufanda para que se hiciera una falda con ella. Me contempló y comprobé que no tenía más de quince años. Acostarse con el enemigo

no era nada honroso, pero no me parecía el peor crimen del colaboracionismo. Para muchas mujeres, esa había sido la única manera de alimentar a sus hijos. Empresarios, como Félix y Guillemette, que habían ayudado a los esfuerzos bélicos de los alemanes, eran mucho peores. ¿Y qué pasaba con los políticos que habían abandonado la ciudad en primer lugar?

Había un soldado haciendo guardia a la entrada del patio. Me volví hacia él.

—¿Para esto es para lo que he arriesgado mi vida? —le grité, señalando a la muchacha—. ¿Es esta mi amada Francia? Si lo es, ¡entonces es que no somos mejores que los nazis!

—¡Cállese! —me advirtió.

Pero no me iba a acallar tan fácilmente.

—¿Por qué están estas mujeres aquí? —voceé—. ¿Es porque no pueden ustedes ponerles la mano encima a los verdaderos colaboracionistas?

Noté que me estaba poniendo verdaderamente frenética y, a pesar de la pistola que sostenía en la mano, el soldado pareció alarmado. Otro de sus camaradas corrió hacia mí y me retorció el brazo a la espalda.

—Si no aprecias el aire libre, entonces te devolveremos adentro.

Me arrastró del pelo hasta mi celda. Por primera vez, se me ocurrió que lo que les había sucedido a aquellas mujeres podía pasarme a mí también. Simone Fleurier, afeitada y humillada, desfilando por las calles de París por haber cometido el crimen del colaboracionismo. El soldado le gritó al guardia que abriera la puerta de mi celda y me empujó hacia el interior. Di un traspie sobre la rodilla mala, que no se me había llegado a curar del todo. El soldado me recogió y me echó sobre el camastro de paja. Entonces, una vez hubo calmado su ira, se irguió y me dijo:

—Nosotros no les hemos hecho eso a esas mujeres. Fue la turba. Detestamos ese comportamiento y lo hemos declarado ilegal. Pero esas mujeres han sido denunciadas por otros y debemos investigar sus crímenes.

—Quizá los que están denunciándolas tienen ellos mismos mucho que esconder —repliqué.

Me miró fijamente, juzgándome.

—Puede que sí —admitió, antes de darse media vuelta y cerrar la puerta de la celda dando un portazo tras de sí.

Apoyé la cabeza en las rodillas. Y yo que pensaba que la guerra había terminado. Qué equivocada estaba.

Todavía seguía en prisión una semana más tarde cuando recibí un mensaje del guardia informándome de que mi juicio tendría lugar en unos días. Le pregunté si habían entrevistado a *madame* Goux; si le habían tomado declaración a *monsieur* Dargent; si habían encontrado a los médicos que habían utilizado los apartamentos de nuestro edificio. El guardia no me dijo nada, pero pude contestar a todas aquellas preguntas por mí misma. Si habían tomado aquellas declaraciones, no habían sido lo suficientemente sólidas como para que me exculparan del cargo de traición.

El día de mi juicio, hice lo que pude por asearme. No logré hacer nada con el vestido, que estaba arrugado y polvoriento. Pero me refresqué con un trapo y un poco de agua y me lavé los dientes con el dedo. Quizá si hubiera comprendido lo que estaba sucediendo en el mundo exterior mi difícil situación habría estado más clara. Tal y como me había señalado el teniente, la Resistencia en París había contado con muy pocos miembros activos y, sin embargo, desde la liberación, más de 120 000 personas habían solicitado el reconocimiento oficial por su labor en la Resistencia.

Septembrisards, así es como oí que un soldado de las FFI los llamaba. Los septembrinos de la Resistencia, que se unieron a ella cuando vieron que los alemanes iban a perder la guerra. Los verdaderos miembros de la Resistencia se mostraban reacios a pronunciarse porque les avergonzaba toda aquella situación. Pero ¿dónde me dejaba eso a mí?

El día del juicio, unas horas antes de lo que suponía que acudirían a sacarme de la celda, llegó el guardia y abrió la puerta de un empujón.

—*Vite! Vite!* —exclamó, entregándome mi bolso, que había sido confiscado cuando me encarcelaron—. ¡Rápido! ¡Rápido! Póngase presentable.

Si no me hubiera quedado tan sorprendida por su repentina preocupación por mi aseo personal, me habría preguntado qué importaba que me empolvara el cutis y me pintara los labios, con la ropa tan sucia que llevaba. Pero hice lo que me dijo. Me eché *eau de cologne* detrás de las orejas y me impregné un poco en las muñecas. Solo cuando me empujó hacia el exterior de la celda, se me ocurrió qué era lo que podía estar pasando. El juicio de Simone Fleurier sería todo un acontecimiento. Si parecía que me habían maltratado, la simpatía de la opinión pública se decantaría a mi favor. Sin embargo, para mi sorpresa, no me sacaron de la prisión ni me llevaron apresuradamente a los tribunales escoltada por la policía, como yo me había imaginado. En su lugar, me condujeron al piso de abajo, a la oficina del superintendente de Cherche-Midi.

El guardia se detuvo en el pasillo, que estaba flanqueado de soldados de las FFI en posición de firmes.

—¡Aquí presento a *mademoiselle* Fleurier! —anunció.

Uno de los soldados llamó a la puerta del superintendente y le indicaron que entrara. Se apartó a un lado y me hizo pasar a la habitación. El superintendente era un hombre mayor de cabeza pelada que estaba hojeando unos papeles ante su escritorio y lucía una expresión de preocupación. Había otro hombre junto a la ventana. La luz que entraba por ella recortaba su silueta. Era el hombre más alto y más desgarbado que había visto en mi vida. Se acercó a mí.

—*Mademoiselle* Fleurier —me dijo—, discúlpeme, porque apenas me acabo de enterar ahora de la difícil situación en la que se encontraba. La liberaremos inmediatamente.

Me recorrió un hormigueo por la espalda. Nunca antes había visto a aquel hombre, pero conocía su voz. Era aquella voz la que me había llamado a filas cuatro

años antes, la que me había insistido en que nunca aceptara la derrota. Era el general De Gaulle.

—Cuando estaba en Londres, me enteré de sus valerosos servicios para contribuir a que sus compatriotas se unieran a la Francia Libre —me explicó—. Me inspiró enormemente el hecho de que no todas las luces de París se hubieran apagado, sino que hubiera una de ellas que siguiera brillando intensamente.

¿El gran De Gaulle había encontrado inspiración en mí? Me olvidé de mi aspecto desaliñado y le agradecí su cumplido como si fuéramos dos invitados a una fiesta a los que acabaran de presentar en un salón elegante. Por su parte, parecía tan absorbido por la victoria que aparentemente no se fijó en mis sucias ropas o en mi sorpresa. En su lugar, le hizo un gesto con la cabeza al superintendente, que nos ofreció unas sillas al general y a mí, y se afanó en servirnos el té con tanta prisa como una sirvienta complaciente.

—Es un gran honor para mí poder hacerle entrega de esto —anunció De Gaulle, dándome una cajita. La abrí y en su interior encontré una Cruz de Lorena dorada: el símbolo de De Gaulle en la Resistencia—. Le concederemos otros honores —añadió—. Pero tendrá que conformarse con este obsequio por el momento.

La expresión «sentir el corazón henchido de orgullo» de repente tomó sentido para mí, porque fue eso exactamente lo que me sucedió. Se me hinchó el pecho. El mundo parecía abrirse ante mí. Aquel fue el momento de más orgullo de toda mi vida.

El general dejó su taza sobre la mesa y se levantó de la silla.

—Espero que cuando las cosas se calmen, mi esposa y yo podamos reunimos con usted de nuevo, *mademoiselle* Fleurier. Pero ahora tengo ciertos asuntos urgentes de los que debo encargarme.

Me puse en pie y contemplé como el superintendente corría hacia la puerta para abrírsele al general. Antes de marcharse, De Gaulle se volvió hacia mí.

—El gobierno de Vichy también me inculpó a mí por traición, cuando mi objetivo era servir a la verdadera Francia —me confesó—. Espero que se tome usted este terrible malentendido como otra medalla de honor más.

Asentí, aunque si cualquier otra persona que no hubiera sido el general me hubiera sugerido algo así, le habría saltado a la yugular.

—*Vive la France!* —me saludó.

Sin pensarlo, me puse firme y le devolví el saludo.

—*Vive la France!*

Resultaba insólito que un militar saludara así a un civil y seguramente aquel exhausto De Gaulle se había dejado llevar por un impulso. Pero comprendí lo que sentía; era un hombre que respetaba a los luchadores por encima de todo.

Tras mi liberación, lo primero que hice fue averiguar qué le había sucedido a André. Ahora que De Gaulle había reconocido mis esfuerzos oficialmente, mi declaración ganaría peso. Por lo visto, llegué justo a tiempo. El juicio de André

estaba programado para el día siguiente. Por alguna razón, le permitían comunicarse con su propio abogado, mientras que a mí no me habían concedido tal permiso. Pasé por mi apartamento para darme un baño y cambiarme de ropa, y después fui directamente al despacho de su abogado para prestar declaración.

Monsieur Villeret era un hombre elegante de unos sesenta años que conocía a André desde que era niño.

—No se imagina la alegría que me da volver a verla —me saludó, ofreciéndome un asiento—. A André lo han acusado de colaboracionismo y traición. Ahora dudo que siquiera lo lleven a juicio.

—¿Cuándo podremos lograr que lo liberen?

—Probablemente hasta pasado mañana, no. Las ejecuciones son rápidas, pero las liberaciones son mucho más lentas.

—Le haré una visita esta misma tarde para decírselo —le anuncié—. Para que usted pueda comenzar a ocuparse de su liberación.

—¿Sabía usted que Camille Casal también está encerrada en la prisión de Fresnes? —me preguntó *monsieur* Villeret.

Algo en su tono me resultó extraño, pero supuse que simplemente me estaba comunicando el destino de alguien con quien había coprotagonizado una gran producción teatral. Camille había mostrado de manera pública su fraternización con el alto mando nazi. Aunque era improbable que la ejecutaran, había mucho en su contra como para que pudiera librarse completamente de que la encarcelaran. Me pregunté si mi declaración podría afectar positivamente a su causa. Sin embargo, gracias a su conexión con Von Loringhoven me habían permitido cantar la canción de África para la Resistencia y salvar a Odette y a la pequeña Simone.

—Quizá pueda declarar en su favor —comenté.

Monsieur Villeret pareció sorprendido. Archeó las cejas.

—¿Es usted consciente de que fue ella quién la denunció a las FFI?

Me quedé tan horrorizada durante un momento que me olvidé de dónde estaba. Mi mente se puso a cien por hora intentando encontrar alguna excusa para la conducta de Camille, pero no logré hallar ninguna.

—¿Ella me denunció a mí? ¿Por qué haría tal cosa?

—Ella siempre ha estado en contra de usted, *mademoiselle* Fleurier.

—Eso no es cierto —repliqué, negando con la cabeza—. Así es únicamente como lo ha retratado la prensa.

—No está al tanto, ¿verdad? —comentó *monsieur* Villeret, frunciendo el entrecejo. Se reclinó hacia atrás y suspiró, como si estuviera valorando las consecuencias de lo que me iba a decir a continuación—. ¿Puedo confiar en su discreción?

Todavía me sentía demasiado mareada por la revelación de que Camille me hubiera denunciado como para asimilar su pregunta. Debí de hacerlo para protegerse a sí misma o a su hija. ¿Quizá había pensado que yo la denunciaría a ella primero?

Volví a mirar a *monsieur* Villeret. Sacó una caja de un armario y la colocó sobre su escritorio con la gravedad que el director de una funeraria emplearía para manipular una urna.

—Cuando detuvieron a André, revisé los archivos de su padre para reunir apoyos para defender su inocencia —me contó— y me encontré con una serie de antiguas cartas que provenían de la correspondencia entre *monsieur* Blanchard y Camille Casal. Ella le estaba chantajeando.

Las paredes de la habitación se me volvieron borrosas. No tenía ni la menor idea de que Camille conociera al padre de André.

—¿Le estaba chantajeando? ¿Cuándo? —En 1936.

Ese fue el año en el que André cumplió los treinta años; el año en el que se suponía que íbamos a casarnos.

—¿Quería dinero?

Monsieur Villeret negó con la cabeza.

—Quería arruinarle a usted su felicidad. Pretendía que *monsieur* Blanchard no dejara que André se casara con usted.

Pensé que aquella sugerencia resultaba totalmente ridícula. Incluso aunque Camille hubiera sido tan malévola, no lograba entender por qué habría tenido tal poder sobre *monsieur* Blanchard. Al contrario de lo que había predicho su esposa sobre que nos sobreviviría a todos, el anciano había sucumbido a la demencia poco después de jubilarse y ahora vivía bajo los cuidados de una enfermera. No obstante, allá por 1936, era una persona arrogante y chulesca. Incluso una mujer tan manipuladora con los hombres como Camille no hubiera logrado manejarlo tan fácilmente.

—¿Por qué alguien con la fama y la belleza de Camille querría herirme de ese modo? —le pregunté.

Pero tan pronto como pronuncié aquella pregunta en voz alta, la verdad de lo que *monsieur* Villeret estaba insinuando me golpeó de lleno. Recordé la reacción de Camille cuando le conté la propuesta de matrimonio de André en Cannes. Y nadie había podido dar explicación al repentino cambio de opinión de *monsieur* Blanchard cuando ya había accedido a permitir que André se casara conmigo.

—Era el resentimiento lo que la movía —me explicó *monsieur* Villeret—. Todo eran maquinaciones de una mente celosa. Había unos trapos sucios en la historia de la familia Blanchard. Ella se enteró por medio de alguien que ocupaba un alto cargo en el ejército y decidió usarlo contra usted.

No podía apartar la vista del rostro de *monsieur* Villeret.

—Laurent Blanchard no murió siendo un héroe en Verdún —me aclaró—. Aquello fue una tapadera del gobierno en vista de la importancia de la familia Blanchard para Francia. Laurent Blanchard incitó a sus hombres a amotinarse. Otro oficial le disparó mientras huía de la batalla.

Se me cortó la respiración en la garganta.

—¿Le fusilaron por traición?

—No, le dispararon sin haberlo juzgado —repuso *monsieur* Villeret—. Y encubrieron lo que hizo.

Me levanté de la silla y noté que las piernas me fallaban bajo el peso de mi cuerpo, así que fui trastabillando hasta la ventana. Fuera, en la calle, unos soldados estadounidenses supervisaban el derrumbe de un edificio calcinado. Habían atado cuerdas alrededor de la estructura y los soldados tiraban de ellas. ¿Camille había destruido mi felicidad con André porque estaba celosa?

A través del aturdimiento producido por la confusión que me embotaba la mente, escuché que *monsieur* Villeret me preguntaba:

—¿Cree usted que debería contárselo a André?

Varios grupos de espectadores se reunieron en la calle para contemplar a los estadounidenses tirando abajo el inestable edificio. Al principio, me pareció que la madera no cedería. Pero tras unos minutos de decididos tirones por parte de los soldados, la estructura se derrumbó. La multitud aplaudió.

Me volví hacia *monsieur* Villeret, apenas capaz de verle a través de las lágrimas. Si el abogado le relataba a André la historia de Camille, también tendría que contarle la de Laurent. Recordé la imagen del hombre de ojos soñadores de la salita de *madame* Blanchard. Sospeché que Laurent no había traicionado a sus compatriotas, sino que había sido como muchos de los jóvenes oficiales que mi padre me había descrito: hombres inteligentes que no veían la utilidad de enviar a miles de soldados a una carnicería solo porque un general lo ordenara. Pero ninguno de nosotros llegaríamos a saberlo nunca con certeza. La acusación de traición y cobardía podría manchar la figura de Laurent si se llegaban a conocer las verdaderas circunstancias de su muerte.

Evoqué aquella fría mañana en Neuilly, cuando André y yo rompimos para siempre. ¿Qué utilidad tendría que lo supiera ahora? ¿Qué ventaja habría en que saliera todo a la luz? Pensé en la princesa de Letellier y en las hijas de André, en *madame* Blanchard y en Veronique. André y yo tendríamos que haber puesto nuestra felicidad por encima de todo entonces, todos aquellos años antes. Ahora le haríamos daño a demasiada gente. Parte de mí amaría a André para siempre y él probablemente seguía amándome, pero yo pertenecía a Roger.

—No —le dije a *monsieur* Villeret—. No debemos decírselo jamás.

Llevé a la prisión de Fresnes un paquete con ropa limpia, sábanas y mantas, jabón y comida para André. Lo trajeron hasta mí vestido con el mono de la cárcel y con cadenas alrededor de los tobillos. Me quedé horrorizada por su aspecto demacrado.

—¡Simone! —exclamó, iluminándosele la cara—. ¿Te han dejado salir? ¿Estás bien?

Sentí que mi propia sonrisa resultaba forzada. Todo lo que *monsieur* Villeret me

había contado pesaba sobre mi conciencia. Le pregunté al guardia si podía hablar con André a solas. Observó la Cruz de Lorena que yo llevaba en la solapa, asintió y se marchó.

—No te juzgarán, André. Te liberarán tan pronto como tu abogado rellene el papeleo correspondiente.

André exhaló un suspiro de alivio y presionó los dedos contra la reja de la ventana que nos separaba. No pude encontrar el valor de levantar la mano para tocarle. Delante de mí tenía al hombre al que había amado con todo mi corazón. Nunca haría nada para herirle a él, ni a su esposa ni a sus hijas.

—¿Simone? ¿Qué sucede?

—Será mejor que le comunique a tu esposa que te van a liberar —le dije Debe de estar preocupada. ¿Tienes algún mensaje para ella?

André bajó la cabeza. Sentí como si algo estuviera cambiando entre nosotros. Como dos placas tectónicas realineándose entre sí para alcanzar una posición más estable. Levantó la mirada de nuevo y me miró a los ojos.

—Solo que... la quiero, y a las niñas también —me dijo.

Ambos sonreímos.

—Y tú, Simone —preguntó—, ¿cuáles son tus planes ahora?

—Me marcharé al sur con mi familia y esperaré a que Roger regrese.

André frunció el entrecejo cuando mencioné el nombre de Roger, pero esta vez se trataba de preocupación más que de celos.

—*Monsieur* Villeret ha estado tratando de rastrear el paradero de Roger Delpierre. Era cierto que él fue el contacto para que tú cantaras tu canción en el Adriana, pero lo capturaron antes de que pudiera regresar a Londres. Lo enviaron a un campo de concentración. Nadie sabe dónde está ahora.

Me dio un vuelco el corazón. Seguramente, aquello no podía ser posible. No podía perder a Roger por segunda vez.

—¡No! —exclamé, apretando los puños.

André acercó su rostro a la reja.

—Tú le amas, ¿verdad, Simone?

Asentí, apartándome las lágrimas con el borde de la mano.

—Quería volver a por mí después de la guerra.

—Simone, no llores —me consoló André—. Tan pronto como salga de aquí te ayudaré en todo lo que pueda.

Cuando me encaminaba hacia la salida de la cárcel, el guardia que me acompañaba me preguntó si podía esperar en el pasillo un momento. Desapareció en un despacho y yo me apoyé contra la pared. Había un grupo de hombres sentados en bancos, con los rostros ensangrentados y amoratados. Paseé hasta la ventana y miré al exterior. Un grupo de mujeres se encontraba en el patio. Yo apenas estaba un piso más arriba, por lo que podía ver claramente sus rostros. Ninguna de ellas llevaba el uniforme de la prisión; iban vestidas con ropas de civiles y tenían un aspecto sucio y

desaliñado. Pero no eran mujeres de clase obrera: todas ellas llevaban los vestidos hechos a medida y los zapatos de tacón alto típicos de la alta sociedad parisina. Algunas llevaban afeitada la cabeza.

Mi mirada recayó sobre una mujer rubia de pie en la esquina del patio, fumando. Sus duros ojos azules parecían ajenos al miedo y al caos que la rodeaban. Me acerqué más a la ventana. Sin maquillaje, el rostro de Camille tenía un aspecto estropeado y demacrado. La recordé deslizándose al entrar en el escenario del Casino de París y contemplando al público, majestuosa, con su vestido ceñido al cuerpo y la capa, que dejaba caer hasta el suelo. En su momento, me había sentido cautivada por su belleza, pero la podredumbre que corroía sus entrañas ahora estaba empezando a aflorar. Recordé la expresión de serena mofa en los ojos de Camille cuando miraba al público y comprendí que ella nunca había padecido de miedo escénico: había practicado con antelación cada mohín y cada batida de pestañas con precisión militar. Camille nunca compartía nada de sí misma, al igual que la amistad que me había demostrado, que no tenía fundamento ni era en absoluto real. Había hecho lo peor que podía para herirme. Pero yo también tenía parte de culpa. Había un proverbio provenzal que decía: «Quienes son tan necios como para mantener una serpiente por acompañante acabarán recibiendo un mordisco más tarde o más temprano».

Camille levantó la vista y me miró a los ojos. Me contempló sin rastro de duda ni miedo. Comprendió entonces que yo había descubierto lo que me había hecho y no le importaba ni lo más mínimo.

—¿A quién está mirando? —me preguntó el guardia, saliendo del despacho. Miró por encima de mi hombro y profirió un ruido de burla—. ¿Camille Casal? ¿Su antigua rival? Ahora ya no tiene un aspecto tan glamuroso, ¿verdad que no?

—Nunca fue mi rival —repliqué, recordando lo que *monsieur* Etienne siempre me decía—. Yo siempre canté y bailé mejor que ella.

—Y siempre ha sido usted más guapa también —comentó el guardia, separándose de la ventana y conduciéndome pasillo abajo—. Camille Casal es una arpía despiadada. Yo asistí a su interrogatorio. ¿Sabía que tuvo un bebé? Era una niña. La abandonó en un convento y nunca regresó a por ella.

Me detuve en seco y miré al guardia fijamente. Tenía las mejillas sonrosadas y una oronda barriga, señales de que se trataba de un hombre felizmente casado.

—¿Dónde está ahora la muchacha? —le pregunté—. Ya debe de ser toda una jovencita.

El guardia negó con la cabeza.

—No llegó a crecer. La niña murió de fiebre cuando tenía cinco años. Camille Casal ya era una estrella, pero no cedió ni un céntimo para que le compraran las medicinas a la cría. La enterraron en una fosa común.

El guardia me abrió la puerta de la prisión y salí a la luz del sol. Me quedé de pie en la acera durante largo rato, tratando de asimilar todo de lo que me había enterado esa mañana. Repasé en mi mente todas las cosas que Camille me había contado a lo

largo de los años sobre la manutención de su hija. Ninguna de ellas había sido cierta. Se me quedó grabada en la memoria la imagen del rostro de Camille observándome directamente desde el patio. Había sido una desvergonzada hasta el final. Me había utilizado para volver a los escenarios de París con *Les Femmes*, sabiendo que era ella la culpable de haber destruido mi felicidad con André. No era de extrañar que nunca se molestara en mencionarle.

Se me formó un nudo en la garganta y comencé a toser. Me dejé caer hasta sentarme en los adoquines de la acera y me tapé los ojos. Quería regresar y escupirle a Camille a la cara, arrancarle su arrogante carne con mis propias uñas. No podía imaginarme poniéndome en pie otra vez por miedo a que, si lo hacía, la mataría, pero sentí un hormigueo en el corazón y se me pasó la ira. Si me enfrentaba a Camille ahora, ¿eso qué cambiaría? Había arruinado mi pasado, pero no la dejaría inmiscuirse en mi futuro.

Lentamente, se me fue aclarando la cabeza y mi corazón recuperó un ritmo normal. Me puse en pie y me arreglé el abrigo. Taparía el recuerdo de Camille del mismo modo que un perro cubre sus excrementos. Había terminado con ella para siempre. No tenía intención de asistir a su juicio; no había nada que pudiera hacer para condenar a Camille más de lo que se había ganado con sus propios actos. En lo que tenía que pensar ahora era en el futuro, y ese futuro eran Roger y mi familia en la finca.

Escribí al general De Gaulle para ver si desde su oficina podían hacer algo para investigar el paradero de Roger. Le proporcioné instrucciones a *madame* Goux para hacer averiguaciones mediante la Cruz Roja sobre él en mi nombre, así como sobre *monsieur* Etienne y Joseph, y mientras tratamos de enterarnos de todo lo que pudimos a través de nuestros contactos de la red. Von Loringhoven se negó a dar la confirmación de que Odette y la pequeña Simone hubieran abandonado realmente el país y lo más que pude hacer fue desear que Odette me escribiera. *Monsieur* Dargent venía a mi apartamento todos los días para ayudarme en mi búsqueda. Los periódicos clandestinos ahora se publicaban legalmente y allí fue donde vi por primera vez una borrosa fotografía de los cuerpos esqueléticos amontonados en fosas comunes en lo que entonces se denominó «campos de la muerte».

—Tenga fe, Simone —me animaba *monsieur* Dargent—. Cueste lo que cueste, los encontraremos.

Además de buscar información sobre Roger y mis amigos, anhelaba ver a mi familia. No había tenido ningún contacto con ellos desde que les dejé para regresar a París, y después de todas las penurias por las que habíamos pasado, mi familia, *madame* Ibert y los Meyer eran las personas con las que más deseaba celebrar el final de la guerra. Para dificultar el avance de los alemanes y apoyar a las tropas aliadas, los maquis habían volado puentes, enterrado vías del tren y cortado líneas telefónicas. Como consecuencia, resultaba casi imposible comunicarse con la gente del sur. Pero tan pronto como se restableció el más mínimo servicio ferroviario lo aproveché. Todavía mantenía la esperanza de que quizá Roger hubiera regresado a Francia a través del sur y hubiera ido directamente a la finca.

Llegué a Carpentras en tres días y desde allí cogí una camioneta. El conductor, que era de Sault, me contó que la Milicia y los alemanes que estaban de retirada habían sido particularmente despiadados durante los últimos días de la guerra. Casi cincuenta miembros de la Resistencia de Sault habían sido enviados a campos de concentración. Volví a pensar en Roger y me estremecí.

El conductor me dejó a kilómetro y medio de la finca. Estábamos a principios de otoño y el campo tenía un aspecto pacífico en comparación con el caos de París. Recordé lo feliz que se había puesto mi familia cuando Roger y yo anunciamos nuestra intención de casarnos y cómo la noticia nos había levantado el ánimo en la más oscura de las épocas. Traté de recrear aquel sentimiento de esperanza mientras caminaba por los campos de trigo y de lavanda que debían haber sido cosechados hacía meses. Me imaginé cómo sería la vida una vez que Roger y yo nos casáramos. Me vi a mí misma cuidando de un hermoso jardín de rosas y flores silvestres en macetas; un grupo de niños corriendo a los pies de mi madre y tía Yvette mientras

ellas preparaban el almuerzo en la cocina; y Bernard y Roger el uno junto al otro, inspeccionando los exuberantes campos de color púrpura.

Durante el último medio kilómetro antes de llegar a la finca, me sentí tan eufórica al pensar en volver a ver a mi familia que eché a correr. Alcancé a ver parte de la casa de mi tía a través de los árboles. No había nadie en el patio ni en los campos. No salía ni un hilo de humo por la chimenea. Doblé el recodo del camino y entonces vi la casa totalmente. Me paré en seco y las piernas casi cedieron bajo mi peso.

—¡¡¡No!!!

La planta baja de la casa estaba intacta, pero el piso superior no era más que una desoladora cáscara. Oscuras manchas de quemaduras marcaban como cicatrices los agujeros donde antes había ventanas. Me volví para ver el lugar vacío junto a la casa de mi tía donde debía estar la de mi padre. No quedaba nada excepto un montículo de piedras ennegrecidas.

—*Maman!* —grité—. *Maman!* ¡Tía Yvette! ¡Bernard!

Mi voz resonó entre los árboles, haciendo eco como un disparo al aire. Pero no recibí respuesta.

Me lancé hacia las ruinas de la casa, con el corazón latiéndome con fuerza dentro del pecho.

—¡Minot! ¡*Madame* Ibert! —grité.

Hice un gran esfuerzo por pensar, luchando contra el zumbido que me ensordecía los oídos. No me cabía la menor duda de que aquellos daños los habían infligido los alemanes o la Milicia. Pero ¿dónde estaba todo el mundo? Intenté no pensar en lo peor. Era posible que hubieran escapado antes de que todo esto sucediera.

Traté de abrir la puerta de la casa. Estaba atrancada. La golpeé con el hombro y le propiné varios puntapiés hasta que cedió y se abrió con un crujido. La cocina no había sufrido ningún daño y estaba allí, como un cuadro surrealista frente a la ruina del resto del edificio. La mesa estaba puesta para seis personas. ¿Habrían puesto la mesa aunque se estuvieran preparando para escapar? Empujé la puerta de la despensa. Estaba llena de comida en conserva, latas y sacos de grano. Si los alemanes hubieran pasado por aquí, ¿no lo habrían saqueado todo? Las diversas posibilidades se me entremezclaban en la mente. Abrí los postigos y miré hacia el exterior. ¿Podía haber comenzado un incendio en la casa de mi padre hasta propagarse al piso superior de la casa de tía Yvette? ¿Eso explicaría los daños? Le di varias vueltas al asunto en la cabeza. Algo se movió entre la hierba. Una cosa peluda pasó como una ráfaga. Contemplé fijamente las verdes briznas, tratando de discernir qué era. ¿Un conejo? Dos ojos me miraron parpadeando. No, no era un conejo. Era un gato.

Corrí al exterior y estreché a *Kira* entre mis brazos. Podía notar como su esternón sobresalía entre el pelaje enmarañado y que estaba cubierta de espinas. Maulló débilmente, enseñándome los incisivos, que estaban rotos. La acuné contra mi pecho y la llevé hasta la casa. Recordé que había visto unos botes de anchoas en la despensa, así que la dejé sobre la mesa y aplasté el contenido de uno de ellos en un

plato. Iría a buscarle agua tan pronto como comprobara que el pozo no estaba envenenado.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté, acariciándole suavemente la cabeza con el dedo.

Un pensamiento desazonador me pasó por la mente. Si mi familia había recibido con suficiente antelación la noticia de que debían huir de los alemanes, ¿por qué habían dejado a *Kira* atrás? ¿Quizá se había escondido y no habían logrado encontrarla? Pero no me lo pude creer. *Kira* era una gata doméstica y apenas se apartaba de mi madre. Me quedé de pie en la puerta y llamé por su nombre a los perros y a *Chérie*. No obstante, tal y como me había imaginado, *Kira* estaba sola.

Me desplomé sobre una silla. Tardaría una hora en caminar hasta la aldea, pero no había otra cosa que pudiera hacer. Quizá mi familia estaba allí. Contemplé a *Kira* mientras lamía las anchoas, agachada sobre los cuartos traseros. Tenía dieciocho años, era muy mayor para ser una gata. Me pregunté cómo habría logrado sobrevivir sin que nadie la alimentara.

—¿Hola? —exclamó una voz de hombre.

Corrí a la ventana para ver la silueta entrecana de Jean Grimaud que se aproximaba por la carretera. Se me ocurrió otra idea de repente. Quizá todos habían huido para unirse a los maquis. Pero ¿qué habían hecho con *madame Meyer*?

—¡Jean! —grité, corriendo hacia el patio.

—Estaba en Carpentras —me dijo, haciendo una mueca—. Me enteré de que venías hacia aquí.

—¿Dónde están? —le pregunté.

Jean tragó saliva y se miró las manos. Y entonces lo supe. La verdad saltaba a la vista en todo lo que me rodeaba, y aun así me había negado a reconocerla. Me sentí como si alguien me hubiera golpeado el corazón con una azada. Me puse de cuclillas en el suelo. Quería que me tragara la tierra calcárea, deseaba hundirme en ella como un cadáver, para no tener que enfrentarme a las terribles noticias que Jean me iba a comunicar.

Jean se agachó junto a mí.

—Lo siento —se disculpó, con los ojos llenos de lágrimas.

Pobre Jean Grimaud. Por segunda vez en su vida, tenía que ser él el que me informara de las malas noticias.

—¿Qué ha pasado?

Jean me pasó el brazo por los hombros.

—Encontraron las granadas que Bernard nos estaba guardando después de que nos las lanzaran los Aliados —me explicó—. Tres de nosotros veníamos de camino a la finca cuando vimos que los alemanes ya estaban aquí. Nos escondimos entre los árboles. No pudimos hacer nada para salvarlos. Nos superaban en número.

Me atraganté por las lágrimas.

—¿Dónde se los llevaron?

—Los mataron aquí mismo.

Presioné el rostro contra el brazo de Jean.

—¿A todos?

Jean me abrazó con más fuerza. Levanté la mirada y él asintió.

—Debes sentirte orgullosa de ellos, Simone —me aseguró—. Murieron como santos. Se arrodillaron y se cogieron de las manos. Los alemanes los fusilaron.

—*Maman!*

La sangre me martilleaba en los oídos. Me apreté los puños contra la cabeza. A pesar del peligro al que había expuesto a mi familia y amigos, nunca pensé ni por un momento que les pasaría nada malo. Mientras la batalla en París arreciaba, me sentía reconfortada al pensar que ellos vivían en una zona lejana del país. Apenas pude oír a Jean cuando me contó que el primer soldado alemán al que le ordenaron realizar la ejecución no tuvo arrestos para dispararle a *madame* Meyer, así que su superior lo mató a él y realizó la ejecución él mismo. Me sentía demasiado horrorizada como para asimilar nada más.

—Iré contigo andando hasta la aldea —me dijo Jean—. Puedes quedarte con Odile. Tiene a tus perros y a una de tus gatas. No pudimos encontrar a la otra.

—No —repuse, limpiándome la cara polvorienta, marcada por las lágrimas—. Ella esperó aquí mismo a que yo regresara.

No regresé con Jean a la aldea. Le dije que quería pasar la noche en la cocina de mi tía. No discutió, solo me dijo que volvería al día siguiente. Antes de que Jean se marchara, le pedí que me mostrara dónde habían fusilado a mi familia, a Minot y a su madre, y a *madame* Ibert. Me señaló un lugar cerca de la puerta de la destilería. Bajo la luz moteada de la tarde, no pude ver ninguna marca en la madera, similar a los agujeros que la gente contaba que se veían en los árboles del Bois de Boulogne.

Les dispararon desde atrás —me explicó Jean—. En la nuca.

Jean me dejó a solas después de darme un beso en cada mejilla, pero yo apenas los sentí. Me senté sobre una piedra, contemplando el lugar en el que habían muerto mi familia y amigos. *Kira* se frotó contra mis piernas antes de acomodarse junto a mí. Era difícil imaginar que ningún tipo de acto violento hubiera podido acontecer en aquel lugar. Cuando empezó a desaparecer el sol, una brisa corrió entre los árboles y todo se quedó en calma. Recordé la primera cosecha de lavanda. Escuché a mi padre cantando, vi a mi madre secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano, a tía Yvette estirándose las mangas para protegerse del sol abrasador...

Alguien se echó a reír y me volví antes de darme cuenta de que me había imaginado aquel sonido. Minot brindando conmigo, alzando su copa de champán tras mi primera actuación en el Adriana. «Felicidades por el magnífico espectáculo». Pensé en su madre, acariciando a *Kira* mientras esperaba a que partiera su tren en París. Después recordé a *madame* Ibert, extendiendo la arena con una pala en el ático de nuestro edificio en París.

No podía creer que todo hubiera terminado, que nunca más volvería a ver sus

rostros, a los que tanto quería. Cuando finalmente el sol desapareció y cayó la noche, el entumecimiento que sentía dio paso a una oleada de profundo dolor. «¿Algún día podréis perdonarme?», gemí al silencio de la noche.

Jean me había contado que los aldeanos habían enterrado a mi familia y amigos en el cementerio, pero cuando llegó el alba me di cuenta de que todavía tendría que dejar pasar un tiempo hasta que lograra encontrar el valor de visitar sus tumbas. Me quedé atrapada en un sueño, aprisionada entre una realidad que no quería afrontar y los recuerdos felices de la vida en la finca. No tenía intención de volver a París.

Había verdura en el jardín y el agua del pozo estaba intacta. Lavé la cocina y preparé un dormitorio en la habitación principal, aunque había un agujero en el tejado. Fregué los suelos y las paredes con agua de lavanda, luchando por acabar con el hedor a humo. Me entretuve ocupándome de *Kira*, la alimenté con huevos, anchoas, sardinas y carne enlatada, con la esperanza de que lograría engordarla. Pero un día dejó de comer. Cuando me desperté a la mañana siguiente, no estaba dormida junto a mí. Busqué por la casa y el patio. No era típico de ella deambular más allá, pero no conseguí encontrarla por ninguna parte. Corrí por los campos, aterrorizada pensando que un águila podría haberla cogido fácilmente como presa. Caminé entre la lavanda y la vi tumbada sobre un costado. Estaba jadeando. Cuando la miré a los ojos, supe que no vería despuntar el día.

—Gracias, amiga mía —le susurré, tumbándome junto a ella y acariciándole el pelaje—. Has esperado por mí, ¿verdad? No querías que descubriera lo que había sucedido aquí yo sola.

Kira alargó la patita y me tocó la barbilla, como le gustaba hacer cada mañana.

Enterré a *Kira* junto a las tumbas de *Olly*, *Chocolat* y *Bonbon*. Durante toda mi vida, la gente se había reído de mí por el cariño que sentía por mis mascotas, pero después de sobrevivir a una guerra había acabado por preferir los animales a la gente.

Por la tarde, caminé hasta la aldea. Jean estaba hablando con Odile y Jules Fournier junto a la fuente. Odile fue la primera que me vio aproximándome y corrió hacia mí. Notaba la garganta tan llena de lágrimas que no logré pronunciar palabra. Me envolvió entre sus brazos. Odile era una mujer menuda, mucho más baja que yo, y aun así sentí la fuerza de su abrazo. En realidad me estaba sosteniendo, pues la pena había consumido mis fuerzas.

—Tengo aquí a tus animales —me dijo—. ¿Te gustaría verlos?

Bruno, *Princesse*, *Charlot* y *Chérie* estaban tomando el sol en el patio del bar como estrellas de cine en la Riviera. Se pusieron de pie de un salto en cuanto me vieron y comenzaron a competir por mi atención. Los acaricé, les froté el pelaje y les hice carantoñas a todos ellos, aunque no podía dejar de pensar en *Kira*.

—Les he ido cogiendo cariño —comentó Odile—. Son una buena compañía.

—¿Te importaría cuidar de ellos un poco más? —le pregunté, cogiendo en brazos a *Chérie*.

Apenas me sentía capaz de cuidar de mí misma, por no mencionar a los animales.

Odile le acarició la cabeza a *Chérie* y a mí, la mejilla.

—Ven a buscarlos cuando estés preparada.

Me pidió que me sentara a la mesa y me trajo un vaso de *pastis*, aunque en nuestra aldea no era una bebida que solieran consumir las mujeres. Era tan fuerte que logró relajar el potente latido de mi corazón. Jean entró en compañía de Jules. Agradecí que ninguno de ellos me hiciera hablar. Les escuché charlando sobre el cambio de temporada y los nuevos cultivos. Ninguno de nosotros quería hablar de la guerra, pero resultaba imposible evitarlo. Lo había cambiado todo. Yo no era la única persona que había sufrido. Diez familias de nuestra minúscula aldea habían perdido un padre, un hijo o una hija.

—Al menos aquí no ha habido colaboracionistas, como en otras aldeas —declaró Jean con orgullo—. Aquí todos hemos luchado por una misma causa.

—Los colaboracionistas se están librando del castigo con mucha facilidad —se quejó Jules—. Incluso han conmutado la pena de muerte de Pétain por una cadena perpetua.

—Depende de cuánto dinero tengas —comentó Odile, frotándose los dedos de una mano—. Si eres rico y famoso o te necesitan de alguna otra manera, seguro que te perdonarán. Pero ten cuidado si eres pobre. Te fusilarán para que «sirvas de ejemplo a otros».

—No —repuso *monsieur* Poulet desde la barra—, De Gaulle ha convertido Francia en toda una nación de miembros de la Resistencia. Es la imagen que quiere proyectar ante el mundo para poder llevar la cabeza bien alta cuando se codea con otros líderes aliados.

Pensé amargamente en De Gaulle, recordando cómo lo había idolatrado. Ningún héroe es perfecto.

Esa fue la primera tarde en la que rompí mi aislamiento. Después de aquello, iba caminando hasta la aldea todas las mañanas para enviar telegramas desde la oficina de correos a París y Marsella y cartas a Londres. Estaba agotando todas las vías de comunicación que se me ocurrían para tratar de averiguar qué le había sucedido a Roger. Todos los días tomaba el almuerzo con Odile antes de volver a casa. Fue ella la que me contó que la diseñadora de moda Coco Chanel no había sido acusada de colaboracionismo, aunque ella y su amante alemán habían tratado de convencer a Churchill de que firmara un tratado de paz con Hitler. Quizá si mi familia no hubiera sido asesinada, no me habría sentido tan resentida contra ella. Su colaboracionismo no le había proporcionado la felicidad, pero sí le había reportado riqueza. Pero ¿por qué tenía que haber muerto mi familia tratando de defender un país en el que tantos egoístas no estaban recibiendo el castigo que merecían?

Al día siguiente, regresé a la oficina de correos para enviar más cartas.

—Hay algo para ti —me dijo la encargada—. Parece oficial.

«¡Oficial!», pensé, y una alarma comenzó a sonarme dentro de la cabeza. Aquello no era bueno. Lo que estaba esperando era una carta escrita a mano por Roger

diciéndome que estaba bien. Abrí el sobre y vi que era un artículo que *madame* Goux había recortado de *Le Fígaro*. Camille Casal había sido acusada de colaboracionismo. Su castigo consistiría en no poder actuar en Francia durante cinco años. Recordé su rostro frío devolviéndome la mirada aquel día que fui a la prisión de Fresnes. Ella no iba a padecer su colaboracionismo al mismo nivel al que yo había sufrido mi apoyo a la Resistencia.

—¿Son buenas noticias? —me preguntó la encargada de correos.

Negué con la cabeza.

—No es ninguna noticia —le respondí—, ninguna en absoluto.

Unas semanas más tarde, recibí otra carta de *madame* Goux en la que me informaba de que la Cruz Roja no había podido localizar a Roger. Pero sí había recibido noticias de Odette. Ella y la pequeña Simone habían llegado a Sudamérica y estaba esperando para trasladarse a Australia, donde habían sido aceptadas en calidad de refugiadas. Sin embargo, aún no se sabía nada de *monsieur* Etienne o de Joseph. *Madame* Goux preguntaba por mi familia y por *madame* Ibert, y me di cuenta entonces de que no se había enterado de lo que había sucedido. Yo no se lo había contado a nadie en París.

Caminé por los campos otoñales, aliviada de saber de Odette y la pequeña Simone, pero todavía preocupada por los demás. ¿Australia? No se me escapó la ironía del asunto.

«¿Plantaciones de lavanda? ¿Cómo las de aquí en Francia?». «Sí, muy parecidas».

Traté de imaginarme el país de Roger según me lo había descrito él. Visualicé una costa escarpada y tierras salvajes de siglos de antigüedad, un lugar no afectado por la amargura de la guerra. Sin noticias de Roger y con la revelación de cada vez más atrocidades apareciendo diariamente en los periódicos, se me encogió el corazón al pensar en la nefasta posibilidad de que él, *monsieur* Etienne y Joseph pudieran estar muertos. Ya había perdido a mi familia, ¿por qué no a ellos también?

Para cuando llegué a la casa de mi tía, soplaba el mistral. Encendí un fuego en la cocina pero no fue suficiente como para hacerme entrar en calor. ¿Qué haría allí durante el invierno? Pensé en toda la gente del mundo que estaba intentando rastrear el paradero de sus seres queridos. Si regresaba a París, podría ayudar a la Cruz Roja con las búsquedas. Acaso André y yo podríamos juntar lo que quedaba de nuestras fortunas para ayudar a los huérfanos de guerra...

Entonces se me ocurrió otra posibilidad: quizá debía marcharme a Australia. Con mi familia muerta y la esperanza de encontrar a Roger con vida menguando con cada día que pasaba, ¿qué había en Francia que me retuviera? No podía imaginarme a mí misma volviendo a cantar o a actuar en el cine, excepto para entretener a los soldados heridos o a la gente de los campos de refugiados. O podía rehacer mi vida en un nuevo país con Odette y la pequeña Simone. Pero tan pronto como sentí la ilusión de aquella idea, volví a notar como se me encogía el corazón. Tratar de empezar una

nueva vida era demasiado doloroso. Sería más fácil quedarse aquí, en mi burbuja.

El mistral aulló con más fuerza. Vacié mi bolsa de viaje en el suelo, en busca de otro jersey. Algo repiqueteó sobre las baldosas del suelo. Vi la bolsita que mi madre me había dado con la pata de conejo dentro. «La necesitarás. No puedo cuidar de ti eternamente».

«Tendrías que habértela quedado tú, *Maman*», pensé.

Recogí la bolsita y abrí el cordón que la cerraba. El hueso me resultaba ligero sobre la mano. Mi madre no me había dicho de qué parte del animal provenía, pero adiviné por la forma que era una pata. Algo me llamó la atención. Moví la lámpara y coloqué la pata bajo ella para que la iluminara la luz. Grabadas en el borde había unas palabras con una letra temblorosa e informe. Tuve que guiñar los ojos para leerlas: «*Á ma fille bien aimée pour qu'enfin brille sa lumière*». Para mi hija querida cuya luz brille por fin.

Contemplé fijamente aquellas palabras, sabiendo que era mi madre la que las había escrito. Pero ¿cómo?, ¿cuándo había aprendido mi madre a escribir?, ¿o siempre había sabido?

Me escocieron los ojos por las lágrimas al recordar a aquella mujer que toda la vida había sido un misterio para mí, y que ahora lo sería para siempre. «Para mi hija querida cuya luz brille por fin». Al menos podía estar segura de una cosa: de lo mucho que me había querido mi madre.

Cuando el fuego se extinguió, me acurruqué bajo las mantas, mirando el cielo iluminado por la luna a través del agujero que había en el techo. En algún momento de las primeras horas de la mañana el viento murió. Me desperté por los rayos de la luna que me brillaban en la cara. Me levanté de la cama, atraída por el resplandor, y me envolví las mantas alrededor de los hombros.

Fui arrastrando los pies hasta la cocina y vi que la puerta de fuera se había soltado de sus bisagras. Se abrió de par en par hacia el patio. Los árboles formaban mágicas siluetas bajo la luz plateada. Se oyó una lechuza desde el bosquecillo. Caminé hacia el patio con la ligereza volátil de una ensoñación. El aire era fresco y me provocaba chispas de electricidad en la piel. Una sombra cayó como una cortina cuando una nube tapó la luna.

Me dirigí hacia el camino y proseguí andando. Había sombras moviéndose en el lugar en el que había visto bailar a los gitanos tantos años antes. Al principio, no logré distinguir de qué se trataba y tuve que entrecerrar los ojos como una ciega para ver en la oscuridad. Entonces, la nube se apartó de la luna, que volvió a brillar; y las vi: las siluetas de dos hombres y cuatro mujeres, la mayor de ellas se apoyaba sobre un bastón. Una de las mujeres estaba delante de los demás, con un vestido escarlata hinchado a su alrededor y los cabellos flotando sobre sus hombros como una bandera en el mástil de un barco. Levantó una mano hacia mí.

No tenía miedo, pero se me aceleró la respiración. Las lágrimas me cegaron la vista. «*Maman?*».

Presioné el suelo con los pies dominada por la añoranza y el deseo. Quería correr hacia ella, que me estrechara entre sus brazos. Quería estar donde ella se encontraba y no sola bajo la luz de la luna. Pero la gravedad pesaba sobre mi cuerpo y no conseguía mover los pies. Pasó otra nube sobre la luna y percibí que algo había cambiado en la atmósfera. Los otros comenzaron a moverse lentamente hacia delante con sus rostros brillando en la oscuridad. Los contemplé uno a uno. Tía Yvette y Bernard con sus cabellos rubios angelicales; la sonrisa de Minot; los elegantes ojos de *madame* Ibert; las mejillas regordetas de *madame* Meyer... Comprendí por qué habían venido tan claramente como si me lo hubieran dicho. Deseaban decirme adiós.

Me volví hacia mi madre. Me habló sin mover los labios. «Nada se malgasta, Simone. El amor que damos a los demás nunca muere. Solo cambia de forma».

Me percaté de que *Kira* me estaba contemplando con sus vividos ojillos y sentí que volvía a sumirme en la inconsciencia del sueño. Antes de hundirme definitivamente en la oscuridad, escuché que mi madre me susurraba: «Nunca temas dar amor a los que te rodean». Aquellas palabras fueron a parar a mi dolorido corazón con tanta suavidad como un beso.

«¡Simone, la lavanda te está esperando!».

Abrí los ojos. El sol atravesaba el agujero del techo, llenando la habitación de luz. Miré el cielo azul, a la espera de que me embargara el monótono dolor que me encogía el corazón todas las mañanas. Pero no sucedió. En su lugar, me inundó una sensación diferente. Me pregunté cómo era posible que estuviera sintiendo aquellos destellos de alegría que encendían mi alma, cuando no había nada en el mundo por lo que mereciera la pena vivir.

El viento había desaparecido y el aire era fresco y limpio. Inspiré profundamente; noté el olor a humedad y a pino, el aroma del otoño en la Provenza. Escuché un pájaro cantando en un árbol cercano, tratando de averiguar qué tipo de ave era. Después, percibí otro sonido, como una especie de murmullo. Me senté bruscamente, aguzando el oído. El débil zumbido de un automóvil resonó en el aire. ¿Era la camioneta que se dirigía a Sault? El sonido se hizo más fuerte. Miré a mi alrededor por la habitación, en busca de mi vestido. Había ropa colgada de la cómoda que había rescatado de uno de los dormitorios, pero nada que pudiera ponerme. ¿Dónde estaba mi vestido? Lo localicé colgado detrás de la puerta, donde lo había puesto la noche anterior. Me lo metí por la cabeza y deslicé los pies en el interior de los zapatos antes de correr al exterior de la casa.

Todavía no podía ver el coche, pero estaba segura de que se aproximaba hacia la finca. Entonces, apareció a través de los árboles del bosquecillo. Un polvoriento Citroën al que le faltaba la rejilla. «¿Quién será?», me pregunté. La mayoría de los automóviles en la aldea empleaban carbón como combustible, pero aquel era un coche de gasolina. El vehículo se detuvo en el patio. No lograba ver al conductor por el reflejo del cristal. La portezuela se abrió y de él salió André.

—¡André! —Se me conmovió el corazón al verle. «Se ha enterado de lo que ha

pasado —pensé—. Se ha enterado y mi querido amigo ha venido a consolarme». André dijo mi nombre como respuesta a mi saludo, pero no añadió nada más. Rodeó la parte delantera del coche y abrió la puerta del copiloto. De ella salió una pierna estirada, después otra. A continuación, un bastón. Todo comenzó a transcurrir a cámara lenta. André se inclinó para ayudar al hombre vestido con el uniforme de la RAF a salir del coche.

—¿Roger? —susurré.

Ambos se volvieron hacia mí. Contemplé al hombre del uniforme de la RAF, tratando de encontrar algún rastro de mi amante en aquella figura demacrada. Le habían afeitado la cabeza y lucía una cicatriz irregular sobre la oreja izquierda. No, no era Roger. Seguramente sería otro militar aliado, quizá algún amigo de Roger que había acudido a traerme las malas noticias personalmente.

El soldado se colocó el bastón en la mano derecha y avanzó cojeando por el montículo. André se quedó junto al coche. Me di cuenta de que al aviador le provocaba un gran dolor caminar por lo mucho que apretaba la mandíbula. Debería haberme acercado para facilitarle la tarea, pero me quedé clavada donde estaba. No me sentía capaz de asumir las noticias que me iba a comunicar.

El mensajero levantó la mirada hacia mí.

—¿Dónde están todos los animales? —me preguntó—. Esperaba que a estas alturas ya hubieras montado tu propio zoológico.

En su rostro se pintó una sonrisa y entonces vi más allá de los estragos de la guerra. Los destellos de alegría que había sentido aquella mañana prendieron una llama dentro de mi alma.

—¡¡¡Roger!!!

Corrí hacia él sin que mis pies apenas tocaran el suelo y le eché los brazos alrededor de la cintura. Roger me apretó contra su pecho y se inclinó para besarme. Sus labios eran suaves, cálidos, y estaban vivos. Le besé una y otra vez, como si él fuera la última bocanada de oxígeno del mundo. Las lágrimas me caían por las mejillas y se mezclaban con nuestros besos. El sabor de las lágrimas era el de las posibilidades, del regreso del amor y de la risa.

Nos separamos un momento, abrazándonos con la mirada mientras tanto. Debía haberle preguntado qué le había sucedido, cómo había escapado del campo de concentración, pero no encontraba las palabras. Lo único que sabía era que se había muerto, y que yo misma también había estado muerta, y que ahora habíamos regresado al mundo de los vivos. Se nos había concedido otra oportunidad.

Escuché el sonido de un motor y me volví a tiempo de ver a André diciéndome adiós por la ventanilla del Citroën. Su sonrisa era amable, pero vi que sus ojos se estaban despidiendo de mí. Pensé que el corazón me iba a explotar. Le contemplé mientras el coche doblaba un recodo del camino y desaparecía por la carretera.

—Gracias a André, tenemos esta nueva oportunidad —dije—. Te ha traído hasta mí.

—Es tan tenaz como tú —respondió Roger—. Buscó en todos y cada uno de los hospitales hasta que me encontró.

Cerré los ojos, dominada por la sensación de estar volando. Verdes colinas y bosques surgieron ante mí. Olas que rompían en prístinas arenas níveas de playas vírgenes. Me sentí como un explorador que llegaba a una tierra mística. Era hermoso, como si mi alma se hubiera liberado de las ataduras terrenales y pudiera ver el pasado, el presente y el futuro. Había dolor y tristeza y terror, pero sobre todo había bondad y amor.

—Creo que estoy sufriendo una alucinación —dije, abriendo los ojos—. Me parece que he visto Tasmania.

Roger se echó a reír y deslizó los brazos por mi cintura.

Contemplé su cara sonriente y descubrí que yo también estaba sonriendo. Caminamos juntos hacia los restos de la casa. Fuera lo que fuera a lo que tuviera que enfrentarme, ya no lo haría sola. Mi australiano había regresado. Tal y como había prometido.

Nota de la autora

Durante la Segunda Guerra Mundial no existió una organización unificada conocida como «la Resistencia» en Francia. En el periodo de posguerra ese término se utiliza de forma general para describir a los grupos aislados de comunistas, socialistas, agricultores, estudiantes y redes de ciudadanos de a pie que emprendieron una amplia gama de actividades en pos de «resistirse» a la ocupación nazi de su país. Estas personas y grupos hicieron de todo: desde editar periódicos clandestinos, ocultar a soldados aliados, crear líneas de huida para los judíos, hasta realizar actos de sabotaje y tomar parte en el combate. Sin embargo, para simplificar, yo he utilizado el término «la Resistencia» para describir la causa de cuyo lado se pone Simone Fleurier cuando se une a la red de ayuda a los huidos.

Parte del placer de escribir *La lavanda silvestre que iluminó París* ha residido en poner a mis personajes de ficción entre los verdaderos personajes de París y Berlín de esa época, como Jean Renoir y el conde Harry Kessler. Espero que los lectores familiarizados con los diferentes movimientos artísticos y sociales de la Europa entre los años veinte y la Segunda Guerra Mundial encuentren satisfacción al ubicar a los personajes reales entre los de ficción. Por supuesto, el Folies Bergère y el Casino de París fueron famosos teatros de variedades de la época. El Adriana y su empresario teatral, Regis Lebaron, y su director artístico, Martin Meyer, son creaciones de mi imaginación.

En la medida de lo posible, he tratado de ser fiel a la consecución de los acontecimientos históricos, pero hay un momento en el que he cambiado un año. La producción del Folies Bergère de *La Folie du Jour*, protagonizada por Joséphine Baker, y el litigio entre Mistinguett y las hermanas Dolly en realidad tuvieron lugar en 1926, pero he situado ambos acontecimientos un año más tarde y en 1925 respectivamente para que cuadraran con la historia.

Desde luego, escribir *La lavanda silvestre que iluminó París* ha resultado ser un viaje revelador y delicioso, y espero que leerla les haya proporcionado tanto placer como a mí escribirla.

Agradecimientos

Mientras Simone Fleurier estaba haciendo su viaje desde Pays de Sault hasta convertirse en la cantante de teatro de variedades más famosa de Francia y formar parte de la Resistencia, yo también estaba haciendo mi propio viaje. Escribir *La lavanda silvestre que iluminó París* ha sido una experiencia maravillosa y enriquecedora, debido principalmente a la gente que he conocido mientras me documentaba y escribía.

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a cuatro hombres en Francia, sin cuya generosa ayuda y esfuerzo esta novela no habría sido posible: Xavier Jean-François, que desinteresadamente dedicó su tiempo a traducir para mí las preguntas de investigación, a ponerse en contacto con organizaciones y académicos en Francia en mi nombre y a prestar su apoyo al proyecto de todas las formas que pudo; Michel Brès y José Campos, que han sido para mí unos magníficos investigadores en Pays de Sault y Marsella; y Graham Skinner, cuyos conocimientos de los sistemas de transporte franceses y ferrocarriles de la época en la que transcurre la historia han resultado ser de valor incalculable.

Además, entre las personas que me han ayudado con mi investigación francesa se cuentan: Nicolás Durr y su padre, Gilbert Durr; Pascale Jones; Chris y Vanessa Mack; Antoine Carlier; Selena Hanet-Hutchins y su madre, Kari Hanet; y Robbi Zeck y Jim Llewellyn de Aroma Tours, que me iniciaron en los placeres y la historia del cultivo de lavanda en la Provenza.

También estoy muy agradecida a la gente que ha ayudado generosamente con la investigación en sus respectivas áreas de especialización: a Gary Skerritt y Adam Workman por la información sobre los automóviles clásicos; a Fiona Workman por los asuntos médicos; Christine Denniston y Sophia y Pedro Álvarez por su información sobre el tango en el París de los años veinte; a Jeff Haddleton y Fiona Watson por su información sobre los bailes de salón; a Barry Tate, historiador de aviación, cuya excelente información sobre aviones no he llegado a utilizar en esta novela, pero la guardo para otra futura; a Steven Richards de Hewlett Packard por salvarme de un infierno informático; a Andrea Lammel por revisar mis frases en alemán; a la doctora Larissa Korolev por revisar mis frases en ruso; a Damian Seltzer por sus airadas maldiciones para el bailarín argentino de tango, a Álvaro Covarrubias por ponerme en contacto con Damian, y a Rosalind Bassett por ponerme en contacto con Álvaro; y, por supuesto, tengo que dar las gracias a mi apuesto compañero de baile, Mauro Crosilla, por aceptar el desafío de aprender a bailar el tango conmigo para que pudiera experimentar ese baile por mí misma.

También tengo que dedicarle un agradecimiento especial al personal del Servicio de Información Bibliotecaria Estatal y a la Biblioteca de Ku-ring-gai por hacer

siempre lo indecible para encontrarme la información que necesitaba.

Me gustaría expresar mi gratitud a mi maravillosa agente, Selwa Anthony, por su entusiasta apoyo y por ser una fuente de inspiración y equilibrio durante el proceso de escritura y edición. También me siento muy agradecida a su mano derecha, Brian Dennis, por proporcionarme sabios consejos sobre cuestiones prácticas relativas a la labor de ser escritor.

El viaje para escribir *La lavanda silvestre que iluminó París* se ha hecho todo lo agradable que era posible gracias a mi «equipo en boxes» de *HarperCollins Publishers*, que tan hábilmente me han cambiado los neumáticos, me han ajustado la suspensión, han revisado mis frenos y me han puesto gasolina antes de enviarme a dar cada vuelta de edición. En particular, también me gustaría decir que trabajar de nuevo con mis editoras, Julia Stiles y Nicola O'Shea, en este libro ha sido una de las cosas que más ha merecido la pena de escribir una novela casi tan larga como *Guerra y paz*, ¡así el placer ha durado más! He valorado muchísimo la perspicacia inspiradora de ambas.

Finalmente, me gustaría darles las gracias a mi familia y a mis amigos por darme el apoyo constante que me proporcionan durante el proceso de escritura. La vida no sería la misma sin ellos.



BELINDA ALEXANDRA. Ha sido publicada con enorme éxito en Australia, Nueva Zelanda, Francia, Reino Unido, Alemania, Rusia, Holanda, Polonia, Noruega y Grecia. Hija de madre rusa y padre australiano, ha viajado por todo el mundo desde muy joven. Su amor por otras culturas y lenguas es solo comparable con la pasión que siente por su país, Australia. Es integrante voluntaria del equipo de rescate de la asociación NSW Wildlife Information and Rescue Service (WIRES).

Notas

[1] En italiano en el original. (N. de la T.) <<

[2] Narigudo. (N. de la T.) <<

[3] Del francés «Répondez, s'il vous plait», «Responda, por favor». (N. de la T.) <<

[4] Término despectivo que los franceses (y posteriormente también los anglohablantes) acuñaron para referirse a los alemanes y que se popularizó durante la Primera Guerra Mundial. En francés, boche, igual que en castellano, significa «asno». (N. de la T.) <<